UNIVERSIDAD DE LA HABANA

DIARIO DE SOLDADO

FERMIN VALDES-DOMINGUEZ

(TOMO PRIMERO)

Transcripción y revisión de
HIRAM DUPOTEY FIDEAUX
Centro de Información Científica y Técnica
Universidad de La Habana

COLECCION DOCUMENTOS

No. 8 – Noviembre de 1972

UNIVERSIDAD DE LA HABANA
CENTRO DE INFORMACION CIENTIFICA Y TECNICA

COLECCION DOCUMENTOS

No. 8

DIARIO DE SOLDADO

FERMIN VALDES-DOMINGUEZ

(Tomo Primero)

Transcripción y revisión de
HIRAM DUPOTEY FIDEAUX
Centro de Información Científica y Técnica
Universidad de La Habana



LA HABANA, NOVIEMBRE DE 1972



PROLOGO

Ya cumplido el centenario del fusilamiento de los estudiantes de medicina en esta capital en 1871, el Centro de Información Científica y Técnica de la Universidad de la Habana, rinde homenaje de recordación a su gran reivindicador Fermín Valdés-Domínguez, con la publicación del primer tomo de su *Diario de Soldado.*

Este noble patriota, que fue uno de los estudiantes de medicina involucrados en aquel fatídico proceso, es conocido de la actual generación cubana sobre todo como el autor del célebre libro *El 27 de Noviembre de 1871,* el más formidable alegato de la inocencia de sus compañeros respecto al cargo infamante de profanadores de tumbas. Con esta obra logró, aún en plena colonia (1887), su completa y definitiva reivindicación ante la historia.

Pero pocos saben que Fermín Valdés-Domínguez, hermano del alma de José Martí, a quien secundó eficazmente en sus actividades revolucionarias, se incorporó desde sus comienzos a la guerra del 95, haciendo toda la campaña primero con Serafín Sánchez y Carlos Roloff, después con José Maceo y más tarde a las órdenes de Máximo Gómez como su jefe de despacho, terminando la guerra junto a esta figura cimera del Ejército Libertador con el grado de coronel.

Desde el momento de su incorporación, Valdés-Domínguez comenzó a escribir sus memorias en campaña, que él mismo tituló *Diario de Soldado,* denominación con la cual ve ahora la luz y que abarca desde el 6 de junio 1895 hasta el 17 de octubre de 1898, distribuido en 78 cuadernillos de 12 × 18 cm, los cuales, actualmente laminados, se conservan en el Archivo Nacional de Cuba, que gentilmente ha facilitado para la transcripción del manuscrito.

Esta obra excepcional de Valdés-Domínguez aparece en sus inicios como una extensa carta escrita en forma de diario al gran amor de su vida, a la que él llamaba cariñosamente *Asunta.* Pero muy pronto el contenido de lo escrito va complicándose en su alcance, pues no sólo comprende la relación de las incidencias de campaña y noticias sobre la vida en la manigua sino que recoge los rumores, comenta-

rios, dichos e impresiones reinantes entre los mambises. Apunta también sus juicios y apreciaciones sobre muchísimos jefes y compañeros de armas, y todo esto salpicado de observaciones, muchas muy agudas y apasionadas sobre la conducta moral de determinadas personas con las que tiene que trabar alguna suerte de relación.

No sólo en su aspecto objetivo es valiosa esta obra de Valdés-Domínguez. Sirve también para adentrarse en la compleja e interesante psicología de este espíritu sensitivo, a quien ningún sufrimiento ajeno le fue indiferente ni extraño, y cuya devoción por la memoria de Martí no reconoce límites. Su espíritu se nos ofrece tan imbuido de la prédica martiana, que la identificación ideológica y doctrinal con el Maestro nos da la sensación de ser absoluta.

El hilo conductor de todo el *Diario* es el amor y el sacrificio por la patria. Todos sus juicios, su propia conducta, la manera de ver y enjuiciar a los que le rodean, están siempre en función de este motivo central que se mantiene sin decaer en ningún momento. Cuando fustiga severamente a personajes considerados en nuestra historia como figuras más o menos intocables, invariablemente se aprecia que éstos antepusieron sus intereses y ambiciones personales a los de la patria. Asimismo llama la atención el sentido tan profundo que en él reviste el sentimiento de la lealtad: a la memoria de Martí, al recuerdo de sus compañeros de condena en 1871, y la devoción militar absoluta a su jefe y amigo Máximo Gómez.

Singularmente valiosa para la investigación histórica es la transcripción completa de partes reservados, correspondencia confidencial y otros oficios del Estado Mayor del General en Jefe, que Valdés-Domínguez vierte en sus numerosas cuartillas. En éstas se destaca, además, el sentido político-social de la revolución del 95, que recoge en el siguiente pasaje de su *Diario*:[1]

"Y tanto en Tampa, como en el Cayo, los pobres tabaqueros con todos sus defectos, pero también con todas sus grandezas patrióticas, envidiables siempre, estaban como representación del patriotismo. La obra de aquellos hombres, que es la obra de los pobres, es la que hace más grande y más justa nuestra revolución. Ya lo he dicho en muchas veces, —la revolución del 68 fue la obra de los ricos sostenida por los grandes capitales de los hombres de la revolución—; esta es la revolución del pueblo".

(1) Archivo Nacional de Cuba. *Donativos*, Caja 270, No. 9.

Diáfanamente se manifiesta Valdés-Domínguez cuando el cónsul norteamericano en Santiago de Cuba lo sondea en 1896 para conocer su opinión sobre los planes intervencionistas en la Isla por parte de los Estados Unidos:(2)

"No me han dicho los americanos nada nuevo sobre nuestros asuntos, y sólo tenía por objeto la llamada, preguntarme —en nombre del cónsul de los Estados Unidos en Santiago de Cuba— si los cubanos aceptarían la *intervención* de los Estados Unidos en nuestros asuntos revolucionarios, a lo que contesté de acuerdo con la Constitución, que siempre que la paz que resultase de esa intervención tuviese por base la independencia, sí; de otro modo, no. Les pareció buena mi respuesta y me dijeron que enseguida la pondrían en conocimiento del Cónsul. Querían mi opinión como Ministro del Exterior y como tal la di. Ahora sólo me queda comunicar esto al Gobierno".

Y en cuanto a la ubicación de cada cual ante la posteridad, Valdés-Domínguez adopta una postura igualmente diáfana. Por eso, consciente de su responsabilidad histórica consigna admonitoriamente:(3)

"No para impedir la obra de la Revolución sino para poder contribuir mañana al sostenimiento y prestigio de la República hay que juzgar a los hombres de ahora y señalar sus miserias. Mañana será quizás tarde y el olvido de los procedimientos injustos deje ocupar puestos en la historia al lado de los grandes a los que por sus ruindades, egoísmos e injusticias son tan pequeños, a los que andan ahora —a pesar de sus puestos y sus ambiciones— como perdidos entre tantos héroes humildes que serán mañana los continuadores de la obra de Martí y son hoy sus más valerosos soldados".

Finalmente, de entre el cúmulo de sus anotaciones surge su voluntad, manifestada de modo explícito, que su *Diario* se publique, explicando las razones que tiene para ello con estas palabras: (4, 5, 6)

"¡Que triste es apuntar miserias!".

"Yo no sé herir por la espalda, pero de frente sí he de atacar —cuando pueda— a muchos miserables.

"Ahora la Revolución me ordena sufrir y callar pero —contigo— a solas, sí debo escribir. Y, si muero, pido que mis apuntes —que son los que quedan en esta carta larguísima— se publiquen".

---

(2) *Ibid.*, Caja 270, No. 11.
(3) *Ibid.*, Caja 270, No. 16.
(4) *Ibid.*, Caja 273, No. 1.
(5) *Ibid.*, Caja 274, No. 1.
(6) *Ibid.*, Caja 272, No. 5.

"Por eso, como ahora, trabajo de noche. Tengo velas y el sueño me importa poco cuando hago algo que creo útil, si no ahora, algún día cuando haya quien sin las penas de los que aquí luchamos pueda cómodamente en su bufete sacar de estas líneas mal escritas alguna enseñanza o algún buen juicio".

"Y si muero trabaja porque alguna mano amiga corrija las inevitables repeticiones propias de una vida tan agitada y tan azarosa como la de la guerra y porque todo lo que te escribo en esta larguísima carta se publique. Poco me importa la crítica, sé que muchos al leer algunos juicios míos me maldecirán, pero yo allá, en la soldedad de mi tumba me alegraré pues aquí quedan verdades y lecciones para muchos que se creen inmaculados".

La publicación de este primer tomo del *Diario de Soldado* abarca el intervalo comprendido desde la incorporación de su autor a la guerra del 95, hasta el momento en que, desilusionado por todo lo que ve dentro del gobierno, se separa del mismo para ponerse a disposición de Máximo Gómez como un soldado más. Las razones que le mueven a tomar esta decisión las expresa Valdés-Domínguez en su manuscrito en los siguientess términos:[7]

"Entre otras muchas que me guardo, dos razones son las que me inducen irme de aquí. Es la primera, mi deseo de no tomar parte alguna —ni directa ni indirectamente— en la obra de la desunión. Aquí todos viven de la murmuración, todos critican los actos del compañero, y cada uno se cree un genio. Yo entiendo que todos debíamos tener como nuestras, las faltas de los que a nuestro lado están, y que el que hace algo por la desunión es un traidor y un infame.

"Tengo yo todo mi empeño en combatir las miserias entre los que me muevo, es tarea sí estéril y pesada, a la que no me sustraigo, pero sin éxito al fin, pues nadie quiere dejar a un lado su vanidad, y todos lo que quieren es llamarse incólumes, y pasar la vida lo mejor posible, sin sacrificar nada, y sin dejar nada como ofrenda en el altar de la patria. Yo vengo de la guerra, yo vengo de los centros guerreros en los que si hay que sufrir alguna ordinariez al jefe y al oficial sin instrucción, a diario hay que admirar los heroísmos de los soldados y por eso no puedo avenirme a la inacción, y no puedo soportar —por antipatriótica y cobarde— la vida de la murmuración, y por eso quiero irme.

[7] *Ibid.*, Caja 272, No. 16.

"Nunca he tenido más que una vanidad: el ansia de servir a mi patria, y de trabajar como el primero, por su libertad y por su honra".

Es bueno advertir que las páginas que siguen son las de un diario, y que en ellas aparecen los puntos de vista de Fermín en el momento y bajo las circunstancias en que escribe, produciéndose más tarde a lo largo del texto y de acuerdo con nuevas informaciones o circunstancias, rectificaciones o ratificaciones de juicios anteriormente emitidos, pero que en cada momento representan su opinión sincera e impregnada de fuerza y fervor revolucionarios.

Centro de Información Científica y Técnica
Universidad de la Habana.

La Habana, Cuba. Noviembre de 1972.
"Año de la Emulación Socialista"

A la memoria de mi hermano del alma José Martí; y de Máximo Gómez, mi queridísimo jefe en la guerra.

Amorosa y humilde ofrenda de

Fermín Valdés Domínguez.

A la memoria de mi hermano del alma José Martí; y de Máximo Gomez, mi queridísimo jefe en la guerra.

Amorosa y humilde ofrenda de

Fermín Valdés Domínguez

LA REVOLUCION(*)

Como *Introducción* a MI DIARIO DE SOLDADO, estudio la protesta del pueblo cubano en este tomo que titulo: *La Revolución;* y recojo antecedentes, a mi juicio necesarios, para llegar a la consagración de los trabajos de José Martí en el Partido Revolucionario Cubano, que organizó y proclamó la Revolución como única fórmula política, real, de alcanzar y merecer la Independencia.

Y, al reunir mis apuntes políticos, —sin pretensiones de ninguna clase— dedico sus primeras páginas a Martí para explicar —quizás con vanidad que solo disculpa mi leal y buen afecto hacia él—, donde nació nuestra amistad y porqué —con amor por su parte y con amor y orgullo por la mía— nos llamábamos hermanos.

(*) Archivo Nacional de Cuba. *Donativos*, Caja 237, No. 5.

3/

Como Introducción á Mi Diario de soldado, estudio la protesta del pueblo cubano en este tomo que titulo: La Revolución; y recojo antecedentes, á mi juicio necesarios, para llegar á la consagración de los trabajos de José Martí en el Partido Revolucionario Cubano, que organizó y proclamó la Revolución como la única fórmula política, real, ~~a alcanzar~~ de alcanzar y merecer la Independencia.

Y al reunir mis apuntes, políticos, – sin pretensiones de ninguna clase – dedico mis primeras páginas á Martí, para explicar – quizás con-

vanidad que solo disculpa mi leal y buen afecto hácia él, — donde nació nuestra amistad, y porqué — con amor por su parte y con amor y orgullo por la mía, — nos llamabamos hermanos.

4

MARTI

Nos conocimos el año de 1864 en el Colegio "San Anacleto" que dirigía en La Habana el laborioso e ilustrado educador Señor Rafael Sixto Casado. Eramos ya íntimos amigos, cuando fuimos al Instituto de Segunda Enseñanza de La Habana, pero en el año 1867 nos unimos Martí y yo en el más leal afecto, y como hermanos, nos buscábamos en las horas de estudio, y en las aulas del Colegio "San Pablo", que dirigía en La Habana, el sabio maestro de la juventud, el ilustre poeta cubano, el caballero correctísimo y patriota sin tacha: Señor Rafael María de Mendive.

Su pobreza y su talento eran íntimos lazos de afecto que amorosamente me ligaban más cada día, al compañero noble y cariñoso. Era suya mi casa y mis libros, y cuanto tenía; y sus consejos y explicaciones me ayudaban en mis estudios.

Mis padres lo tenían por hijo, y se alegraban de nuestro acercamiento de almas.

No era el Colegio del Señor Mendive uno de esos planteles de educación en los que el Director es antes que todo, hombre de negocios. Mendive, pobre entonces, pero generoso e ilustrado, no quería reunir grandes sumas, sino ser amoroso mentor de los niños o adolescentes que allí nos reuníamos para estudiar y para aprender.

Lo autorizó el gobierno español para la dirección de una Escuela Municipal Superior, pero el fundó el Colegio de Segunda Enseñanza.

Anselmo Suárez y Romero nos enseñaba latín; griego, Claudio Vermay y José Ramón Cabello; inglés, Ambrosio Aparicio; gramática castellana, Alejandro María López y Manuel Sellén; matemáticas, Roberto Escobar y José del Alamo y Millet; religión y moral el Dr. Ramón Zambrana y el Presbítero Manuel Pina; literatura e historia el Director Señor Mendive; y, entre los otros profesores, recuerdo a Antonio Govín y Torres, a Enrique Sallés profesor de francés y a Miguel Ventura.

Aquellos maestros nos enseñaban con amor, y sus sabias lecciones nos prepararon para otros estudios, y para la vida que pronto tendríamos que hacer, a pesar de nuestros pocos años.

Cuando nos ufanábamos de los *triunfos* alcanzados en nuestros exámenes en el Instituto de Segunda Enseñanza de La Habana, vinieron a despertar en nuestros corazones el amor patrio, ennoblecido en nosotros por las palabras de nuestro Director, —el 10 de Octubre primero, y la libertad de imprenta, decretada por el General Dulce después; y luego los sucesos de Villanueva que llevaron al Señor Mendive a la cárcel, al Castillo del Príncipe, y a España como deportado.

Mendive tuvo en nosotros agradecidos y buenos hijos. ¡Aún me parece que lo oigo, cuando en vísperas de su prisión —abrazando a Martí y a mí— nos dijo, amorosamente, —"Hijos míos, quizás yo no vea a mi Cuba libre y feliz; Uds. sí, pero tengan la seguridad de que ese día mis huesos se moverán gozosos en la tumba!"

Martí no fue entonces —para querer y para servir a su maestro— un niño, sino un hombre; y un hombre valeroso y altivo. El fue al Gobierno y habló con el Gobernandor Gutiérrez de la Vega y —sin recomendación alguna— consiguió un pase para poder entrar en el Castillo del Príncipe y llegar hasta el calabozo en donde estaba encerrado el Señor Mendive. Y allá iba diariamente, solo o acompañando a la Señora Micaela Nin y Pons de Mendive, a la esposa ejemplar, a la madre amorosa y a la matrona, honra de la sociedad cubana.

Martí era hijo de un celador de Policía, sargento licenciado del ejército español, Don Mariano Martí y de la señora Doña Leonor Pérez. Humildes pero honrados, eran sus padres, a los que él quería con toda la pureza de su alma.

Pero Martí no había nacido para ser únicamente el fénix de los escribientes de celaduría; y en la vida íntima de la casa del Señor Mendive, y siendo en la de mis padres, mi hermano, pronto —en todo él, a pesar de sus catorce o quince años— se veía al hombre cortés y elegante por instinto, aunque siempre modesto y esclavo del estudio y del trabajo. Así, después de la prisión del Señor Mendive, siguió conmigo sus estudios, y se colocó en el escritorio

del Señor Don Cristóbal Madan, antiguo y buen amigo de nuestro Director y maestro muy amado.

Durante la libertad de imprenta, publicamos un periódico, "El Diablo Cojuelo" y a Martí se le autorizó por el gobierno civil español para la dirección de "La Patria Libre" que redactaban los señores Mendive y Madan, siendo este periódico el que publicó el hermoso poema de Martí titulado "Abdala".

Fue para mi queridísimo compañero, día de emociones aquel en que vió —en plomo— a "Abdala". Los primeros versos suyos que merecían esos honores; su alegría era grande, y yo gozaba viéndolo feliz. ¡El, que siempre estaba triste!... pero aun me parece que siento su abrazo cuando volvió de su casa, con dolorosa aflicción porque no estaban muy de acuerdo sus padres, con aquellos escarceos poéticos y políticos....

En aquellos días me regaló mi Martí un retrato, cuya copia y dedicatoria quedan aquí como memoria amada.

En la dedicatoria cariñosa se leen las luchas de su corazón.

Hijo amantísimo, quería sentir en su hogar alientos para poder ser —por sus estudios y por sus escritos— útil a su patria.

Y llegó el 4 Octubre del año 1869.

Acusados aquel día por un grupo de voluntarios, mi hermano Eusebio Valdés Domínguez, Manuel Sellén y Mr. Atanasio Fortier de que al pasar por mi casa, de vuelta de una *gran parada*, se habían burlado de ellos; vinieron por la noche —con gran escándalo— a prenderlos. Sabía yo que todo aquello era una farsa urdida con el propósito de ultrajarnos como cubanos. Nervioso, presenciaba aquella indignidad, cuando uno de los voluntarios, queriendo quizás amedrentar e humillar a mi padre que defendía a mi hermano Eusebio, levantó contra aquel su fusil para darle un culatazo. Sin darme cuenta de lo que hacía, levanté —a mi vez— con mis débiles brazos una silla, y la dejé caer —con ira— sobre el cobarde voluntario. Quizás por lo violento de mi acción el miserable aquel no me mató, contentándose con decirme:

—Quedas arrestado como los demás.

Esa misma noche, nos pasearon amarrados por las más concurridas calles de La Habana, para presentarnos al Coronel de Ligeros Sr. Bonifacio Jiménez, que para buen consuelo nuestro dijo a sus *valientes*:

—No habéis cumplido con vuestro deber, —debíais haberles metido la bayoneta en el buche!...

Luego nos llevaron a una celaduría, después al vivac, y amanecimos en la cárcel.

¡ahora hacen igual!

Durante toda aquella noche hicieron un escrupuloso registro en mi casa. En mi mesa de estudio encontraron algunos periódicos del yo, para mandársela a un condiscípulo que se había alistado como estaba sin cerrar, que aquel mismo día habíamos escrito Martí y yo, para mandársela a un condiscípulo que se había alistado como oficial español, siendo cubano, y estaba peleando contra nosotros. La carta decía:

"Señor Carlos de Castro y de Castro: -

"Compañero: -

"¿Has soñado tu alguna vez con la gloria de los apóstatas? ¿Sa-
"bes tú como se castigaba en la antigüedad la apostasía? Espera-
"mos que un discípulo del Dr. Rafael María de Mendive no ha
"de dejar sin contestación esta carta. Habana, Octubre 4 de 1869.

"José Martí. - Fermín Valdés-Domínguez".

Esta carta determinó la prisión de Martí.—Me pareció más aceptable la cárcel desde que él llegó a ella.

Tras largos meses de causa pendiente se nos juzgó en Consejo de Guerra. Martí y yo —que teníamos la letra muy parecida— sostuvimos ante el Tribunal que sólo uno había escrito la carta y firmado por los dos. Pero al carearnos, Martí no me dejó hablar, y —con energía— lo hizo él, para demostrar que era suya toda la culpa, y —formulando duros ataques contra España y proclamando, en párrafos correctos y elocuentes, nuestros derechos a la independencia. Asombró por su audacia y dominó con el hechizo de su palabra a aquel tribunal de militares sanguinarios y nada peritos en la aplicación de las leyes. Fue aquél su primer discurso y la prueba más hermosa del afecto que yo le debía hacía ya mucho tiempo. Actos como éste, sólo son propios de almas ejemplares como la suya. Diez y seis años tenía entonces Martí. El fiscal pedía para él la última pena, y para mí diez años de presidio. El fallo fue: seis años de presidio para él, y uno para mí. Fue a presidio, y de allí

a Isla de Pinos y a España después, en calidad de deportado. Yo también, por conmutación de pena pasé a un calabozo de la Fortaleza de la Cabaña en donde estuve un año.

Copio los documentos que pedí al Comandante del Presidio de La Habana y al Alcaide de la Cárcel para unir estos datos oficiales a mis apuntes sobre las prisiones de mi hermano.

(faltan de la cuartilla 21 a la 28 ambas inclusive)

mental del presidio si escribo al lado de ellos sus dedicatorias sólo lo hago para estimar purezas de su espíritu y energías de su carácter.

A Fermín Vadés-Domínguez.

Si en un retrato el corazón se envía
Toma mi corazón, y cuando llores
Lágrimas de dolor, con ellas moja
La copia fiel de tu doliente amigo.

J. Martí.

Presidio 9 junio de 1870.

A Fermín Valdés-Domíguez.

Hermano de dolor; no mires nunca
En mí al esclavo que cobarde llora
Ve la imagen robusta de mi alma
Y la página bella de mi historia.

J. Martí.

Presidio 28 Agosto 1870.

Lo que Martí sufrió en presidio, él lo dijo en un hermoso folleto "El presidio político en Cuba" que publicó en Madrid. Del presidio salió enfermo, y enfermo y pobre, lo encontré en Madrid cuando —después de arrastrar cadena en el presidio como compañero de los jóvenes estudiantes asesinados el 27 de Noviembre de 1871— allá me mandaron las cobardes autoridades españolas de La Habana que temerosas de los voluntarios, dejaron incumplidas las órdenes de las Cámaras españolas y del Rey Don Amadeo de Saboya.

Martí estaba muy enfermo. Dos veces lo habían operado de una sarcoceles producida por un golpe del grillo en las crueles faenas de la Cantera.

Nunca se curó de esta, que fue para él terrible dolencia, por las operaciones hechas a destiempo y en muy malas condiciones, y que tantas veces le obligó a guardar cama y le impedía andar.

¡Oh! Pena grande fue la mía al encontrarlo en España enfermo y pobre, viviendo en una buhardilla y comiendo gracias a unas clases que daba en casa de Don Leandro Alvarez Torrijos y de la Señora viuda del General Ravenet. Ocultando él como siempre, sus necesidades, nada decía de sus penas a nadie, y menos a su generoso y leal amigo el español Señor Torrijos ni a la cubana y noble Generala. Delgado, sombrío el semblante, era un condenado a muerte por la enfermedad.

Nuestra primera entrevista fue tristísima. El me veía enfermo y yo lo creía incurable.

...Pero había llegado yo, y ya él no se moriría, y él a su vez, pensaba que con sus cuidados, yo me curaría.

Pronto cambió de aspecto mi hermano. Ya no me pesaban las onzas que mi madre había puesto en mi cinto y recordaba con placer que mi padre dejó en mi cartera una letra *para los tres*: mis hermanos Eusebio y Martí y yo.

Ya en habitaciones amplias y hasta elegantes, con buena mesa y buen sastre, y médico acreditado, había elementos para hacerle la guerra a la muerte... y vencerla!

Los doctores Candelas y Gómez Pamo nos atendían. Eran éstos, prácticos notabilísimos que después fueron sabios maestros míos.

Acordaron operar de nuevo a Martí, y en aquella difícil intervención quirúrgica, se vieron los defectos, ya irremediables, de las anteriores. No quedó curado Martí, pero decidimos seguir nuestras carreras, ya que sólo ese podíamos hacer, dado nuestro estado físico.

Al dejar Martí a Cuba, no había terminado sus estudios.

(faltan las cuartillas 34 y 35)

En el año de 1872 —a los diez y nueve de edad, pues ambos nacimos en 1853— reanudamos nuestros estudios en Madrid, y después, en Zaragoza; lugares en donde siempre fue Martí mi hermano y mi compañero en dolorss y fugaces alegrías.

Dije que su primer discurso fue el que pronunció ante el Consejo de Guerra que nos juzgó; pero quiero recordar otro suyo en Madrid.

En la casa de un cubano entusiasta, el Sr. Carlos Sauvalle, nos reuníamos los cubanos, para hablar de la patria y tratar de honrarla auxiliando a los presidiarios de Ceuta, fundando periódicos y contestando en folletos, como el que Martí publicó —"La República Española ante la Revolución Cubana"— a los ataques de los hombres políticos españoles que con cinismo nos trataban, falseando la verdad y enseñando a los crédulos, que sólo veían en Cuba a la factoría necesaria.

Reuníanse allí los cubanos un 27 de Noviembre para conmemorar el asesinato infame. Martí acababa de operarse, y pálido y demacrado, me acompañaba con su amable sonrisa en los labios y en su frente sombra de tristeza honda.

A pesar de estar débil y enfermo, habló. Y fue su oración —patriótica y enérgica— tan hermosa y arrebatadora, que en aquella sala no había corazón que no se agitara de pena, ni ojos que no lloraran, ni labios que no se abrieran nerviosos para aclamarlo. Detrás de él, a espaldas de la improvisada tribuna, colgado en la pared a la altura de su cabeza, estaba un mapa de Cuba, y cuando Martí, al terminar evocó a la patria y le habló en nombre de los que allí lo escuchábamos con religiosa unción, al decir: "Cuba llora"... el mapa se desprendió de la pared y se quedó sobre su cabeza, como si quisiera convertirse en corona de laurel para su frente!

Martí era respetado en España —por sus folletos, sus escritos en periódicos, y sus discursos— como político, como letrado, como literato y como orador, y en las Universidades en donde estudió y sufrió sus exámenes, eran días solemnes —entre catedráticos y alumnos— aquéllos en los que el pobre cubano, proscripto y enfermo, iba a desarrollar una tésis de derecho o a disertar sobre algún arduo tema de letras o filosofía.

Era el jefe, entre los viejos de aquella emigración cubana de Madrid— el sabio Calixto Bernal— el autor de una obra notabilísima de derecho político titulada "La Vindicación". No creía él en las promesas de España, ni pensaba en los beneficios de las libertades que pudieran alcanzarse por la autonomía, pero trataba con cariño a los que como Labra, José Ramón Betancourt, Gabriel Millet, Fran-

cisco Ramos, Lastres... eran más o menos españoles, a pesar de saber que en España, ni el íntegro Don Nicolás Salmerón, ni el sabio Don Francisco Pí y Margall, podían oponerse a lo que decía el famoso Castelar: "antes que republicano, antes que estadista... antes de todo, —siempre que de Cuba se trate— soy español!"

El dominador, el amo, estaba siempre dispuesto a tratarnos como raza inferior, como pueblo esclavo y sin derechos.

Para combatir estas añejas teorías buscaba el noble viejo Bernal a Martí, y era hermoso verlos como dos camaradas, en centros políticos en donde se hacían respetar a pesar de que los llamaban *los filibusteros.*

La publicación de los folletos de Martí, a los que antes me he referido, y de mi libro "Los Voluntarios de La Habana en el acontecimiento de los estudiantes de Medicina", extendieron nuestras relaciones entre notables políticos españoles.

En el Ateneo de Madrid, en la Academia de las Artes, en la Biblioteca Nacional, en teatros y en salones distinguidos, éramos tratados por españoles ilustres, con deferencia y afecto, doliéndose los más de las infamias que en Cuba deshonraban la bandera española.

En pocos periódicos escribimos. Sólo recuerdo "El Jurado" del digno Don Francisco Díaz Quintero y un semanario fundado por el canario Don Andrés Avelino de Orihuela, *excelentísimo e ilustrísimo señor,* que fue, y deportado cubano por infidente —que era— por la voluntad de los nobles matadores de adolescentes!

Trabajo me costaba sacar a Martí de nuestro cuarto de estudio; pero yo ejercía sobre él, el dominio del cariño y él siempre —por complacerme— cedía a mis deseos o caprichos.

Las noches las dedicábamos —en Madrid y en días de tregua en el estudio— a los teatros o a la logia masónica; aquella logia Armonía que presidía el General Pierrad o el músico notable Max Marchal, en la que Martí era el orador, lugar aquel en donde —semanalmente— nos dábamos cita todos los cubanos jóvenes que estábamos en Madrid, y a donde también iban muchos notables literatos y periodistas españoles.

Era la logia, templo de amor y de caridad. Ella auxilió —más de una vez— a los cubanos presidiarios de Ceuta, y así como atendía a las necesidades de los pobres de cualquier país, seguía al cubano

al hospital o a su casa. Aquella logia fundó un Colegio para niños pobres, del que era director y único maestro, nuestro compañero de deportación —por infidencia— el español Don Amelio de Luis y Vela de los Reyes. Visitaban muchos hermanos de noche, aquella escuela. Martí y yo, lo hacíamos con frecuencia; dirigíamos algunas frases a los niños, y les dejábamos dulces o libros.

Otras noches, las dedicábamos a los ilustres talentos españoles, Díaz Quintero, Eduardo Benot, Félix Bona, Montero Teninger, Salmerón, o a nuestros Calixto Bernal, Betancourt, Ramos... o nos íbamos al café de los Artistas; y, si hablábamos con afecto al eminente Don José Echegaray, en el saloncillo de El Español, y eran nuestros amigos, Calvo y Teodora Lamadrid, y Burón y la Boldún —nos complacía charlar en la Cervecería Inglesa— con Marcos Zapata, el aragonés genial y talentoso. De esa vida entre hombres inteligentes, no pudimos nunca olvidarnos.

Y para reir nos íbamos a aplaudir a Luján en Variedades. Y luego —sin detenernos mucho en Capellanes...— a comer cabrito o conejo en la Taberna de Botino.

De tiempo en tiempo nos dejábamos ver en las butacas del teatro Réal —pues allí estábamos *abonados* a las deliciosas gradas del paraíso.

Ibamos a algunos salones. A los del Marqués de San Gregorio, el distinguido médico, a los de la Sra. Marquesa de Vega Armijo, a los de los Sres. de Villaurrutia, y a los modestos, pero amorosos, de la distinguida cubana, de la Sra. de alma de ángel, Barbarita Echevarría, viuda del General Ravenet. Comprendió esta señora, todo lo que sufría mi hermano y trataba de borrar de su frente aquellos tristes sombras que parecían oscurecer las grandezas de su genio. Siempre hablaba Martí de estas reuniones con afecto, con entusiasmo.

Ninguna de aquellas fiestas, en las que tantas atenciones recibimos, señala en nuestro recuerdo una sola pena; y puede que en el baile o la tertulia íntima y al calor de la chimenea en las largas noches de invierno —dejáramos algún pedazo de nuestro corazón!

Mucho gozó Martí cuando terminé el libro sobre los tristes sucesos del 27 de Noviembre del 71 que me llevaron a presidio. Al leer la relación de mis dolores, recordó él los suyos tristísimos, al esperar en su pobre cama de enfermo el telegrama que le dijera si era yo uno de los vilmente asesinados...

Y escribió unos versos para mi libro. Al insertarlos al final de él, escribí yo: "Libro que empieza el martirio, debe cerrarlo la poesía".

Pero también fue él quien en el primer aniversario del fusilamiento, escribió la hoja que —suscrita por un compañero mío de presidio y por mí fijamos— los tres: Martí, aquél y yo, en los lugares más públicos de Madrid, sin que nadie se opusiera a ello, ni se nos dijera nada. Los hombres leían callados, muchas mujeres lloraban...

La casa de huéspedes en donde vivimos en Madrid, la casa de Doña Antonia como se la llamaba, —Desengaño diez quituplicado, segundo derecha, esquina a Barco— era uno de los puntos de cita de los cubanos; pero no quiero olvidar al trazar este ligero bosquejo de la vida de Martí en España, el cuarto de estudio de nuestro querido compañero Francisco Solano Ramos.

Era una casa cubana enclavada en Madrid; hasta los muebles me recordaban los de Cuba. La madre, santa señora, no era sólo madre de los hijos que allí la rodeaban amorosos, era la madre de todos los cubanos que como nosotros, tanto sentíamos la nostalgia de la patria.

Era el cuartito de estudio de Solano, un pequeño templo consagrado a la patria, en donde se hablaba bajo, se leían y comentaban los periódicos *filibusteros* de Nueva York, y se aplaudían los artículos de Martí y los versos *sabrosos* e intencionados de Manuel Delfín, se escuchaba con seriedad a José Manuel Pascual, y trás un chiste de Braulio Sáenz, dejaba una frase caballeresca el tipo hermóso de la edad media, el correctísimo Francisco de Albear, nuestro inolvidable amigo Paco!

Nadie faltaba el día de la llegada del correo de Cuba. Allí nos agrupamos casi todos los cubanos: Manuel Díaz Quibus con sus patillas de notario pacífico, y nunca falto de buen cocido; Andrés Valdespino, tan metódico que sólo dedicaba a sus castos amores, un día de la semana; Tallabita —Francisco Javier del Castillo— el camagüeyano simpático; Obdulio Barrena, el *matador* sin cuadrilla posible; Pepe Pardiñas, el médico por instinto y estudiante concienzudo; Camilo Marín, el letrado elegante, Nicolás Marín, el luchador contra aquel su célebre aforismo: "La noche se ha hecho para dormir y el día para descansar". Pedro Torres, mi compañero en el presidio, espanto de las mamás en la coronada villa, y mi amigo fiel, Trino Márquez, el dandy; Gabriel Zéndegui, el

actor inédito y fumador a la usanza oriental; José Inés Ruiz, el guajiro siempre en su bohío; los estudiantes Juan Manuel, Miguel y Tomás Sánchez Toledo, mi buen hermano —*el Bachiller*— Doctor Eusebio Valdés Domínguez; Eligio Callejas, homeópata, orador republicano, y gran maestro de acordeón; Pedro Córdova, sabio astrólogo; Pruna, farmacéutico por combinaciones con el Municipio de Sancti-Spíritus... y otros más.

Con ansiedad que fortificaba nuestras almas, todos estábamos allí pensando en nuestra patria. Todos esperábamos anhelantes el momento en que se leyera la carta de Cuba —que luego pasaba de mano en mano— que nos escribía por todos los correos españoles que salían de Cuba el valiente patriota estudioso hermano nuestro, Eduardo F. Plá. El nos mandaba recortes de periódicos y detalles importantísimos de cuanto pasaba en Cuba, que le servían a Martí para escribir en "El Jurado" y en "El Americano" de París, y a José Manuel Pascual para deslizar algo en las columnas de "La Discusión", diario en cuya redacción trabajaba.

Al releer aquellas cartas en las que Plá nos hacía ver nuestro hogar triste, en donde la enfermedad amenazaba la angustiosa vida de la madre siempre llorosa y siempre de rodillas... ¡Oh!, como maldecíamoss nuestras enfermedades y nos entristecía la impotencia física que ya quitaba vida a nuestros cerebros enfermos.

Martí y muchos de aquellos estudiantes, han muerto, tócame a mí —y a los que han sobrevivido— honrar hoy a nuestro corresponsal de entonces, al Doctor y Director del Instituto de Segunda Enseñanza de La Habana, Eduardo F. Plá, al leal amigo que —siempre cubano— no ha transigido nunca con el deshonor y que al cabo ha podido ver cumplidas de algún modo sus esperanzas, las que lo han hecho —entonces y siempre— trabajar por la libertad y gloria de la patria.

Mi grave enfermedad del estómago, que en ningún clima encontraba alivio, y por lo tanto no me dejaba pensar en una pronta curación, nos hizo ir a Zaragoza. ¡Y allá llegué con mi enojosa dolencia! ¡Triste y fatal recuerdo de las canteras de San Lázaro y de mis trabajos como presidiario en la Quinta de los Molinos!

Pero en Zaragoza como en Madrid seguimos, muriéndonos, nuestros estudios.

Martí no olvidó nunca nuestros meses pasados en Aragón, ni yo podré borrarlos jamás de mi memoria.

Era la Universidad para nosotros, nuestra casa, nuestro ateneo y lugar de gratísimas emociones. ¿Cómo olvidar pues, ni dejar de querer a aquellos cariñosos catedráticos que gozaban con nuestros éxitos y que tenían a Martí por amigo y compañero más que discípulo?

Y si dejábamos la Universidad y nos íbamos a nuestro palco en el teatro Principal —nuestro célebre palco número trece, al que nadie se abonaba—, allí nos recibían con saludos afectuosos muchas amigas y amigos. Ingrato sería si no dijera aquí que —a pesar de que se nos llamaba: *los insurrectos*— en Zaragoza jamás nos creímos deportados, ni en tierra extraña.

En el café, en la redacción de "El Diario de Avisos", en todas partes, teníamos amigos. Larga sería la lista de ellos, pero no puedo dejar de escribir los apellidos de algunos: Savall y Dronda, Ariño, Penen, Peiro, Daina, Arpal, Villarroya; Ordaz; Zapata; Luzón.

Y nuestra casa de huéspedes en la calle de la Manifestación, del *patrón valiente* Don Félix Sanz; ¡y las paticas verdes! y nuestro criado el negro cubano Simón, hombre de armas y de frases, que al entrar —muy de mañana— en nuestra alcoba el 3 de Enero del 73 y preguntarle Martí que había de nuevo, le respondió:

—Niño: hay un frío, que se hielan las palabras.

Hasta el día siguiente no volvimos a ver al famoso negro limpiabotas del Arco de Sineja; al que en la primera remesa que mandó a Fernando Poo el General Lersundi, fue deportado por ñañigo y asesino; al negro fuerte y de cara simpática y varonil que buscaba su reivindicación moral, peleando como bravo por la libertad, en las barricadas aragonesas.

¡Oh, las barricadas! Nada más tristemente hermoso que aquel valor del hombre republicano de Aragón contra la ferocidad del general Burgos que con sus cañones Krupp, y por buscar un entorchado más, asesinó hombres, niños y mujeres.

Grandes eran los charcos de sangre que se veían —al pie de las barricadas— al siguiente día de la pelea criminalmente provocada por el Gobierno; sangre acusadora que aún no ha podido enseñar a los déspotas que la libertad y la ventura y la riqueza de los pueblos sólo se consiguen sabiendo ser justos los gobiernos, y enseñando a amarse a los hombres.

Días después de aquel día de matanza, se reunía el pueblo de Zaragoza en el teatro para recaudar algún dinero para las viudas y los huérfanos de los valientes muertos. En esa velada, habló Martí, y dió a nuestro amigo Leopoldo Burón unos versos suyos, que este famoso actor español leyó con maestría y entusiasmo. El insurrecto fue aclamado aquella noche, cómo orador y como poeta.

En muchos de sus escritos recuerda Martí a Aragón, y en sus "Versos Sencillos" deja su afecto a la tierra de la sinceridad y el patriotismo.

Por la mañana —los días festivos, y aquellos en los que no había clases— visitábamos la Aljafería y los arrabales de la capital de Aragón; por la tarde íbamos al Canal de Pignatelli o a el Pilar o a la Catedral de la Seo; y —de día— pasábamos horas deliciosas en el estudio del famoso pintor Gonzalvo, o —invitados por el Notario Señor López Bermez—, gozábamos de un día de campo en su torre, y admirábamos su valiosa colección de monedas y cerámica.

En Zaragoza, en un pequeño y solitario paseo que hay al costado del Pilar y a orillas del Ebro hermoso, íbamos de tarde a estudiar. Allí empezó a escribir Martí su drama en prosa, "Adúltera". Nada se conoce de esta obra literaria y filosófica de mi Martí. Como otras muchas, se publicará. Si llega a publicarse, cuando haya pasado la época en que la escribió, y los hombres para quienes la meditó como enseñanza provechosa.

En Zaragoza empezó a escribir artículos en donde dejaba los juicios que le merecían los monumentos antiguos. Y siguió estos estudios en Madrid, Burgos, Sevilla, Cádiz y otros lugares de España y Francia.

Pero digamos adios a Zaragoza; a nuestras amigas y amigos, a nuestros templos y a la Aljafería que —según decían allí— guarda el primer oro que llevaron de Cuba los conquistadores. Y volvamos a Madrid.

Terminó Martí sus estudios universitarios en el año de 1874.

Después de un viaje por París y otras capitales de Europa, llegamos —enfermos, pero animosos— a Southampton. Allí debía embarcarse Martí para México. Sus padres y sus hermanas lo esperaban allá, y el iba —con sus títulos de Abogado y Licenciado en Filosofía y Letras, y sus estudios especiales en Administración— a

trabajar para ellos, sin dejar de pensar —como siempre— y a pesar de sus penas físicas, en las tristezas y dolores de la patria!

Abatidos, nos despedimos en aquel puerto sombrío. El barco era de emigrantes, pero en aquel gran vapor, habían buenas cámaras para pasajeros de primera. Llevaba Martí dinero bastante para pagar su pasaje de primera y llegar con algunos pesos a México, pero suponiendo yo, que deseoso de llevar más dinero a su familia sería capaz de tratar de ir como emigrante, luego que nos abrazamos, me fui a la casa consignataria, y allí entregué al capitán el importe de un pasaje de primera, explicándole mis temores.

No me equivoqué, y siento haber perdido la carta en la que él —amorosamente— me hablaba de esto.

De su vida en México, han escrito los más notables publicistas de aquella república en la que fue letrado, periodista, autor dramático, poeta, maestro y supo —como en todas partes— alcanzar en la tribuna, las más hermosas coronas de laurel. Y como una prueba innecesaria, si se quiere, de esto; pero para contento mío y para robustez de mis afirmacions, copio un párrafo de una reseña que publicó "El Federalista" de México en 7 de Abril de 1875, refiriéndose a la primera vez que Martí habló en el Liceo Hidalgo, siendo el tema del debate "Espiritismo y Materialismo", es como sigue:

> "Un gran orador se dió a conocer en aquel momento. Un joven "cubano, Martí, pidió la palabra para contestar al Sr. Baz. "Cuanto de su discurso pudiéramos decir, seria pálido. Una "cascada, un torrente de ideas vestidas de la manera más galana "y florida fue su alocución, altamente espiritualista, demos- "trando con *razones de sentimiento*, la existencia del alma".

En México puso en escena Burón, su precioso juguete cómico "Amor con amor se paga" y si no hubiera estado allí —como en todas partes— obligado al trabajo constante, otras muchas obras hubiera llevado al teatro, pues me enseñó en sus notas de México, asuntos ligeramente apuntados, que así se quedaron para desgracia de nuestras letras.

El periodismo fue su principal ocupación en México y son muchos los artículos que allá escribió en donde se ve su labor política y literaria, y en los que hay felices muestras de su talento crítico.

A principios del año 1877 me sorprendió muy alegremente su visita en La Habana. Me pareció más fuerte, más animoso que otras veces, y alegre pensaba que en Guatemala, la patria de mi padre, a donde quería ir, se formaría pronto un porvenir para poder volver a México y casarse con la señorita cubana que era su prometida.

Mi padre le dio varias cartas para condiscípulos y amigos de (documento incompleto).

El año de 1878 volvió de Guatemala, lo acompañaba su esposa la Señora Carmen Zayas Bazán.

La Habana lo recibió con esperanzas de poderlo obligar a aceptar la nueva situación creada por el Zanjón, pero él —consecuente con sus ideas separatistas de siempre— se unió al movimiento de Calixto García y trabajó como abogado en los bufetes de Don Nicolás Azcárate y Viondi.

Casi en un mismo día —y viviendo juntos— dieron a luz nuestras esposas.

Y cuando lo embarcaban para España como deportado, lloraba yo la muerte de mi hijita...

Y me quedé solo abrumado por mi pena, pero siguiendo con fe mi vida de cubano luchador, y dominando en mi voluntad mis angustias.

Las siguientes cartas de mi hermano expresan todo su cariño. El no podía estar nunca lejos de mí, yo vivía en su alma y su recuerdo era para mí, fuerza y consuelo. Cumplí un deber y su aplauso fue mi premio mejor.

[New York] 28 de febrero 1887.

Fermín:

Mi padre acaba de morir, y gran parte de mí, con él. Tú no sabes cómo llegué a quererlo luego que conocí, bajo su humilde exterior, toda la entereza y hermosura de su alma. Mis penas que parecían no poder ser ya mayores, lo están siendo, puesto que nunca podré, como quería, amarlo y ostentarlo de manera que todos lo viesen, y le premiara en los últimos años de su vida, aquella enérgica y soberbia virtud que yo mismo no supe estimar hasta que la mía fué puesta a prueba. Mi dolor, Fermín, es verdadero y grande, pero la bravura y nobleza de que acabas de dar muestra, han podido consolarlo. Hace tiempo que no nos escribimos; pero acabo

de leer tus cartas en "La Lucha" y la relación de lo que vale más que ellas, el acto tuyo que las provoca, —y no puedo reprimir el deseo de apretarte en mis brazos.

Tú has hecho, con singular elevación, lo que acaso nadie más que tú, se hubiera determinado a hacer. Lo has hecho sin pompa y sin odio, como se hacen las cosas verdaderamente grandes. Tu moderación en la justicia te habrá granjeado el respeto de los mismos que quisiesen ofenderte, y enfrenará la lengua de los envidiosos, que ya los has de tener, pues nada los tiene tan implacables como el carácter. Tú has servido bien a la paz de nuestro país; la única paz posible en él sin mentira y deshonra, la que ha de tener por bases la caridad de los vencidos y el sometimiento y la confusión de los malvados. Tú, recabando sin cólera de los matadores, la confesión de su crimen, has sembrado para lo futuro con mano más feliz de los que alientan esperanzas infundadas, o pronuncian amenazas que no pueden ir seguidas de la obra, ni preparan a ella con determinación y cordura. Tú nos has dado para siempre, en uno de los sucesos más tristes y fecundos de nuestra historia, la fuerza incalculable de las víctimas. ¡Oh! Si por desdicha hubiésemos estado en guerra, podría decirse, Fermín, que tú solo has vencido a muchos batallones.

De mí no te quiero hablar. ¿Qué ha de ser de mí, puesto que no tengo hoy manera de servir eficazmente a mi patria? Actos como el tuyo son los únicos que me sacan momentáneamente de esta ansiosa agonía de la que nada se debe decir, porque la lengua se deshonra con la queja. Bien se yo que en mi tierra hay todas las virtudes que se necesitan para hacerla por fin respetada y dichosa. Crece en lo mismo que parece que desmaya; fortalece su ánimo con la paciencia y con el juicio, y se la ve ganar en bondad y en energía. Allá todo será posible, porque la mayor parte de los cubanos somos buenos.

Y tú, Fermín, eres uno de los mejores, pues has podido, en instantes y cosas que turban la vista y desatan la mano, ser justo sin ser vengativo. Eso es lo que te celebro; y en eso es en lo que has servido mejor a tu patria. ¡Feliz tú que has sabido domar la ira, y en una hora trágica y memorable dejar satisfechas las sombras de tus hemanos!

Con lo que le queda de alma lo es tuyo,

José Martí.

[New York] 31 de Marzo [1887]

Mi Fermín:

Sólo momentos me quedan: son las doce, y acabo de terminar tu artículo. ¿Te diré, ya al estribo del correo, el júbilo con que acepté el generoso encargo de escribirlo? era mi deseo callado, y vino a mí naturalmente; pero ¿cómo habré podido decir en mi posición especialísima, escribiendo para un diario de La Habana, todo lo que tu mereces? Has de decir al Sr. San Miguel que estimo en lo que vale el encargo que por tí me hace, como todo lo que hace por mi tierra, que creo de trascendencia incalculable.

No he puesto mi firma al pie del artículo, no en manera alguna porque lo rehuya si así lo quiere el periódico, sino porque no pareciese imposición de mi nombre y aprovechamiento impuro de un asunto que está por sobre las personas. Si se desea que lleve mi firma, autorízalo. Yo lo he escrito de manera que el lenguaje no parezca impropio en el periódico. Y dime de veras si he dicho lo que tu esperabas y se debía decir.

A tu carta, ya ves que esto no es respuesta. Fue un júbilo. Y no lo creerás, pero me parece que he vuelto a asir la vida. [Me quedan minutos.] Hasta mañana. Tu hermano,

José Martí.

[New York] 7 Abril [de 1887]

Mi buen Fermín:

Una semana hace que ando buscando una hora de sosiego para empezar a vaciar en tí, el alma cerrada desde muchos años; pero ni en lo alto de la noche la hallo, porque esa es precisamente, la hora en que más trabajo. Al fin, rodeado de gente, te escribo estas líneas, porque la resurrección en que me siento, y en que no eres tú la menor parte, me tiene el alma encendida y ganosa de decirte todo lo que la preocupa o entristece.

De tí quisiera hablarte largamente, pero no donde la gente extraña me vea, como me lo están viendo ahora, los pensamientos. De tí y tus proyectos.

Tal vez mi Fermín, no dije en mi artículo para "La Lucha" todo lo que tú en justicia esperabas que dijera, y en alguna parte aún he de decir. De mi hijo, cuando lo mereciese, no podría decir yo más que lo que tengo que decir de tí. Pero no me pareció, que debía escribir aquel artículo como cosa personal, ya porque la dignidad del asunto así me lo imponía, ya por respeto natural y cariñoso al diario que me hacía la merced de acordarse de mí, ya por-

que los que andan haciéndose de nuestra patria vestido y sombrero, hubieran podido propalar que yo me valía de ese sagrado tema para reaparecer con colores simpáticos en la política de mi país. La verdad es, Fermín, que yo no vivo más que para mi tierra; pero refreno mil veces lo que el amor a ella me manda, para que no parezca que hago por interés mío o por ganar renombre, lo que me aconseja ese amor absorbente que a la vez me sostiene y me consume. ¿Me perdonas, pues, que te haya parecido tibio en la manera de celebrarte, por esta razón egoísta? No espero, por ser grande la diferencia de tono entre lo que yo siento aquí y lo que "La Lucha" puede publicar allá, que el artículo se haya publicado, ni me enojaría con el periódico que harto hizo en pedírmelo, y tiene deberes de propia conservación por cumplimiento sería yo el último en censurarlo, ni lo sentiría siquiera, pues pagada a tí la deuda de escribirlo, otro, sin las trabas mías, hubiera podido decir sin tanto miramiento todo aquello a que tu acción invita. Lo que sí he de decirte, es que, por razones generales que ocupan ahora sin cesar mi mente, he visto con gozo que la idea dominante en el artículo, fuera de la de hacer resaltar tu hermosa conducta, es la misma que impera en dos bellísimos y trascendentales artículos de fondo de "La Lucha", cuyo autor quisiera conocer, y a quien en mi nombre —por más que esto no puede importarte mucho—, has de felicitar: los artículos de fondo del 24 y 26 de marzo. Todo yo, si pudiera hacerlo dignamente estaría en esa campaña. Flota en el aire como pidiendo molde, un sentimiento vivo que en estos artículos se insinúa y concita, —que allí se desperdicia, o desafía, o no se atiende—, y el cual, como es el esencial para la prosperidad de mi país he preparado desde la sombra, con tesón, aún en los momentos mismos en que teníamos las manos puestas en la guerra. Aquí muero, Fermín, sin poder dar empleo, más que indirecto e infeliz a esta actividad ardiente. Yo asiría eso que flota y haría algún bien con ello. Tú no sabes cómo me aflijo, cómo me indigno, cómo tiemblo, cuando veo nuestros destinos confusos, comprometidos o mal llevados por el influjo de pasiones que no debieran tener acceso en ellos. Por eso, también, me dejaría sin pesar que el artículo no se hubiera publicado: —porque ya en los dos que te cito se ha percibido y expresado felizmente la lección de los sucesos que se te deben,— y lo que importa en las cosas patrias no es quien las haga, sino que se hagan.

Mi Fermín: —no me gusta el proyecto de mausoleo que contando justamente con mi discreción, me ha dejado ver en fotografía un buen amigo. Algo de monumental lo recomienda; la figura de la mujer que señala el monumento, es intencionada y propia; la palma

dibujada en la columna indica el asunto con sencillez laudable; pero no produce el mausoleo en conjunto, la impresión de tristeza irrevocable, de esperanza radiante, de juventud tronchada que este símbolo de nuestra vida, debiera producir con autoridad majestuosa. El templete, aunque poco solemne, no está mal imaginado, pero la columna acomodada en el remate ni explica nada con la cruz común que le da cima, ni responde con su carácter bizantino a aquellas pobres vidas nuevas que se llevó con toda su luz el viento. No me digas entrometido, pero ¿por qué no he de decirte la verdad? ¿pues no estoy yo mismo, y no estamos todos enterrados con sus huesos que tú sacaste de su primera sepultura? ¡Oh! !Que cosas se me ocurren, cuando pienso en tí, en el día en que ese u otro cualquier mausoleo, por la virtud pasmosa del martirio, —se levante para señalar sin duda—, si no se guía mal lo que ahora puede ser guiado, una era probable de justicia! Mientras más medito en ello, más me entusiasma el pensar en lo que en Cuba te debemos.

De veras me enoja que esta gente extraña me esté viendo lo que escribo. Quería hablarte de mí, pero eso sería siempre lo último, y enviarte mi retrato tan pronto como el destierro lo permita.

Con ansias espero carta tuya, así como el folleto, cuya portada sí me pareció elocuente y oportuna. Yo acá no escribo ahora en periódico en castellano que valga la pena, pero he de publicar tu retrato en alguno, con una historia de esos sucesos, que sea leída y guardada en toda tierra en que se hable español.

Aún tengo que acabar. Olvidaba decirte que te mando lo que un hombre famoso de la América del Sur, Sarmiento, el verdadero fundador de la República Argentina, y hombre de reputación europea, sobre ser innovador pujante, acaba de escribir de mí. No me conoce, y aún sospechaba por mis opiniones sobre los Estados Unidos, no tan favorables como las suyas, que no era muy mi amigo. Y ve las cosas que se ha puesto a escribir. Como hijo que se alegra de que sus padres vean la prueba de que no lo deshonra, me alegraría yo, pensando más que en mí, en aquello para que pudiera yo mañana, de ver republicado allí ese juicio. La que pudiera servir yo mañana, de ver republicado allí ese juicio. La descripción de las fiestas de la estatua, que en el mismo paquete te mando con "La Nación", no es la que Sarmiento cita. Escribí tres distintas, y no tengo memoria de cuál pudiese parecer mejor.

Pero no sin decirte que alegría siento cuando pienso en lo interior de tu corazón, y en lo que tú y Consuelo se dirán cuando acaba la luz del día y empieza la del alma. ¿Creerás que ese pensamiento es para mí una verdadera fuente de dicha?

Adiós, de veras,

Tu hermano,

J. Martí.

(Documento incompleto).

los que sabíamos como pensaban Gómez, Martí y Collazo, teníamos la seguridad de que no habían de dejar de ir.

Hubiera bastado la noticia del levantamiento —que si era cierta— para que la alegría, y el entusiasta desprendimiento de aquellos obreros, hubieran puesto —como los pusieron— muchos miles de pesos en la Tesorería del Partido, y quizás el buen Gonzalo de Quesada lo hizo para despistar a los agentes del gobierno español que tanto perseguían al General Gómez como a Martí.

Si a todos les costaba trabajo creer que en tan poco tiempo ya se hubiera alistado una expedición en Santo Domingo, se alegraron de que al fin, viera Martí cumplidos sus nobles deseos y pudiera saludar —tras largos sufrimientos— las playas de la Patria.

Los Generales Máximo Gómez, José María Rodríguez y Enrique Collazo, nos han dicho lo que —a juicio de ellos— determinó a Martí a venir a Cuba, y seguro de la cruel injusticia de este juicio, voy al libro de Collazo y copio:

Dice el General Collazo: ...Habíase conseguido un corto número de armas y algunas municiones, parte en Santo Domingo y parte en Cabo Haitiano, a donde había vuelto Martí, por tierra desde Montecristi.

"Proponíase el General Gómez, marchar inmediatamente a Cuba [acompañado de Borrero, Rodríguez, Guerra y Collazo, con ocho o diez hombres más, en tanto que Martí, con M. Mantilla regresaría a los Estados Unidos a agitar la opinión entre los emigrados, organizando una gran expedición que podría llevar el mismo más tarde.

Oponíase a este plan Martí, a quien su amor propio inspiraba la idea de acompañar a Gómez y desembarcar con él en las costas de Cuba.

La llegada de Mayía Rodríguez y las noticias que llevaba de la capital de Santo Domingo, vinieron a reforzar las razones del general Gómez y a quebrantar la tenaz oposición de Martí. En su consecuencia, se celebró una junta en la que se resolvió la salida de Martí para los Estados Unidos.]

"Desgraciadamente aquel mismo día se recibieron noticias de New York. El "Herald" de aquella ciudad publicaba un telegrama de la Florida, firmado por Fernando Figueredo, en el que se

aseguraba que Gómez, Martí y Collazo irían inmediatamente a Cuba. Este telegrama echó por tierra el plan de Gómez, y desde ese momento fue imposible detener a Martí".

Cuando nuestro amigo, y leal compañero en la emigración, el Coronel Señor Fernando Figueredo, recibió el 26 el telegrama de Gonzalo en el que se hablaba del viaje de Gómez y Martí a México, muchos repórters de periódicos de New York y de otros lugares de los Estados Unidos, que algo parecía que (documento incompleto).



Asunción Castillo y Camus. La Asunta del *Diario de Soldado* de Fermín Valdés-Domínguez, y más tarde su esposa.

Mi Asunción:(*)

Para tí son estas líneas.

Es mi primera carta de soldado. Guárdala como testimonio de mi amor sincero. Ojalá que pronto la leamos juntos; pero si muero, no olvides que me acompañarán en la tumba las puras frases de tus labios y la lágrima que dejé en tus ojos, que son y han de ser siempre luz y consuelo de mi alma apasionada.

Vivo o muerto, es tuyo este pobre soldado de su honra,

Fermín V. Domínguez.

¡Ya!

6 de Junio de 1895.

Día que es el principio de una vida de esperanzas y dolores, fue para mí el día en que recibí la orden de dejar a West Tampa. Latía mi corazón con los latidos del orgullo, del honor satisfecho; con la alegría de ver —al cabo— a la patria libre, o a caer envuelto en su bandera.

Yo comprendí aquel día la despedida angustiada y hermosa del esposo que deja —quizás para siempre— al ángel de sus amores; yo que tengo en mi Asunción esposa y amor santo, y es ella la única pasión de mujer noble y grande que he sentido en mi vida.

Pero todo debía ofrecerlo a la patria, y todo lo ofrecí a mi patria, con el valor de cubano y con la ternura del hombre que sabe amar.

Y dije adiós a mi Asunción, y mis lágrimas no fueron lágrimas de debilidad, sino lágrimas de consuelo, que al caer calientes sobre mis mejillas eran juramentos de venganza: era que mi alma toda se salía del pecho, era que ofrecía a mi patria mi vida, la felicidad nunca soñada por mí...

Pero yo veré, al cabo, brillar en el cielo de la patria, la luz de libertad que nos lleva al combate: a él voy decidido y sereno, a él llevo la lágrima pura de mi amada, la bendición santa de mi madre y el deber de escribir en la tumba de mis hermanos o dejar escrito con mi sangre en la tierra que me guarde este epitafio: *vengados.*

Por mi patria me preparo a todos los sacrificios: por Martí —que es mi hermano— y por mi Asunción —que es mi ideal— escribo.

(*) Archivo Nacional de Cuba. *Donativos.* Caja 568, No. 22.

El 19 Abril llegué a Key West.

Los días que he pasado en mi Cayo tan querido han sido ahora para mí, días de angustia y de dolor.

Esperando el cumplimiento del deber, ¡cuán despacio han pasado los días!

Esperar con ansiedad y volver mi espíritu a donde está mi corazoncito: esa ha sido mi vida.

¿Puedes tu morir para mí, queridísimo hermano Martí? Si algo me ha hecho sufrir, si algo ha doblado mi espíritu a la pena más honda, lo ha sido la noticia tristísima para mí —más que para otro alguno— de la muerte de mi hermano Martí.

Minutos que han marcado años de dolor en mi corazón, han sido los que han pasado desde que se dijo que Martí había muerto, hasta que se aseguró que todo era una infame y ridícula invención de los españoles.

Después de la muerte de mi madre, después de las penas que llevo en mi memoria; solo en el mundo, sin familia, sin más amores que el del hermano de toda mi vida y mi Asunta del alma. Sin más brazo que pueda ampararme y sin otros alientos que los que puedan venir hasta mi del compañero y del amigo de toda la vida, del que conmigo ha vivido, y ha pensado siempre conmigo, y han sido sus deseos los míos, y los empeños de toda mi vida y mis triunfos sobre los españoles tan suyos como míos, ¿podía yo pensar en algo más triste que la muerte de Martí?

Cuando todos dudaban, lloraba yo. Si mi cerebro me mandaba juzgar como necias las noticias españolas, mi corazón no podía sustraerse a la pena. Cuando todos dudaban... yo me sentía más huérfano que nunca... ¡Ah, ya no podré olvidar estos días de dolor!

Y el día llegó.

Al escribir mi última carta a mi Asunción el alma se me fue en ella. No podía, en los días que han pasado, sustraerme a una pena inexplicable... Yo que no he tenido en mi vida de hombre más ideal que aprender a vivir luchando en el campo de la honra, o en ensueños de mi agitado cerebro en el hueco amoroso en donde duerma para siempre, —sueño hermoso y tranquilo—... ¿Por qué había de estar triste ahora que ya he de ver pronto lo que tanto

ha ansiado mi condición de cubano nunca dispuesto a aceptar la esclavitud injuriosa del déspota? ¿No va a Cuba mi brazo, y el hecho de dejar yo lo que más amo: esa luz de ventura, que ahora parece alumbrar con luz nueva mi porvenir —no me llena de orgullo?— ¿Cómo puedo gozar con más precisión para el alma cuando pienso que he de marcar con sello infamante la frente de los que se olvidan de los dolores de la patria y reciben —de rodillas— el mendrugo de pan que —como resto del festín colonial— les arroja el representante en esta época de los Boves y Ovandos? ¿No es para mí un placer —y el más grande— contestar —con el machete y el rifle— a los que se atrevieron a decir que no se alzaría el monumento de los estudiantes, porque yo me había robado el dinero recolectado al efecto? ¿No se sentirán los autonomistas avergonzados, —si es que hay algo de vergüenza o de rubor en los traidores— al ver ellos —cubanos— que todos nos disponemos para la lucha, y que —cuando no queda un solo cubano fuera de su lugar, ni lejos de su puesto— ellos, cubanos, pero servidores con alma de eunucos, aún se atreven a llamar a la guerra libertadora *cuestión de órden público*, a *aplaudir al noble pacificador* y a trabajar en pro de la dominación y de la tiranía de España, que ampara y vive del favor, del robo y de la infamia? ¿Cómo he de sentir pena, si ahora me voy a encontrar frente a frente con los asesinos, con los españoles asesinos de ayer y de hoy, y con los cubanos que con sus cobardías y sus miserias son los propios asesinos de la dignidad de la patria?

¡Oh! yo no puedo estar triste. Es que siento algo grande que me hace pensar en la patria con más fe y que me hace a la vez oir el clarín que anuncia el triunfo de nuestra lucha; es que ahora me acompaña el recuerdo del beso puro y tristísimo de mi madre y que —al partir— llevo en mi retina la mirada ardiente, la mirada hermosa de la mujer que adoro, que me dice llorando:

—Lucha y vence— alma mía, que aquí te espera tu esposa.

¡Ah! pero era justísima mi pena, Martí debió llevarme a su lado, y si es verdad que él ha muerto, mía debió ser la bala asesina. Este es mi legítimo dolor.

Es conveniente —para que puedan juzgarse siempre sucesos que han pasado— que los recuerde en esta relación, y que —antes de dejar el Cayo—, quede en ella mi juicio sobre los mismos, y explique —a la vez— a quien se debe que estemos ya camino de Cuba.

Fui a West Tampa a vivir de mi trabajo profesional como había vivido en el Cayo, y mi viaje fue de acuerdo con el General Serafín Sánchez. Al marcharme me dijo Sánchez: Poco estará Ud. por allá, tenemos el pie en el estribo. Y me fui tranquilo.

Pero el tiempo pasaba y no recibía noticia alguna.

Una carta de Gonzalo de Quesada me sorprendió muy desagradablemente. En ella se me decía que yo no debía ir al combate.

Serafín me escribía y en ninguna de sus afectuosas cartas encontré nada que modificara nuestro amistoso acuerdo.

El 29 de Enero llegó Gonzalo de Quesada a West Tampa. Me enseñó una carta de los generales Roloff y Sánchez, y me dijo que yo no podía acompañarlos porque éstos debían ir en una pequeña embarcación, pues así eran las instrucciones del General Máximo Gómez. La carta de los generales sólo se refería a la extrañeza conque veían que nada oficial se les había comunicado de los trabajos revolucionarios de aquellos momentos.

Para Rosendo García, el coronel Federico Martínez y para mí, pensó Gonzalo que podía preparar otra embarcación en la que fuéramos con pocos hombres.

Teodoro Pérez fue al Cayo a hacer las proposiciones a Roloff y Sánchez. Martínez y García quedaron con el encargo de indicar a la delegación, o mejor dicho, a Gonzalo, lo que se necesitaba para poner en ejecución el plan propuesto por él.

El 22 de Febrero vino Rosendo a las nueve de la noche a despedirse de mí. Martínez, él y otros salían para Cuba. Me explicó Rosendo después que Martínez no me quiso exponer a los azares de una expedición peligrosa, que así lo había dicho a Gonzalo en carta suscrita por ambos, y que ésta y no otra fue la causa de no ir yo con ellos. Antes de las veinte y cuatro horas, ya Rosendo estaba de vuelta, y si no es por su discreción, hubiera perdido el Partido más de 800 pesos, pues Martínez, que era el jefe, nada había orgazado y soñaba con sorprender una embarcación norteamericana para ir en ella a Cuba.

Pocos días después volvió Gonzalo de Quesada a West Tampa y me dijo que la Delegación había autorizado a los generales Sánchez y Roloff para percibir las sumas que dan semanalmente los patriotas obreros del Cayo para que con ellas prepararan la expedición.

Cuando esperaba carta del General Sánchez, llegó Enrique Loynaz del Castillo. Venía a ponerse de acuerdo con el tesorero del Partido

Bejamín Guerra y a comprar armas y útiles para una expedición en la que habíamos de ir Rosendo y yo. A su marcha todo quedó listo y convenida la forma en la que, sin llamar la atención de nadie, debía ir yo al Cayo.

Un telegrama y una carta a Rosendo, de Loynaz, dejaron en suspenso todos los trabajos.

Mientras tanto —y esto es lo que he sabido luego— Serafín y Roloff con tanto talento como discreción, preparaban la expedición utilizando —como ya he indicado— el óbolo siempre generoso de los buenos cubanos del Cayo.

Nada podía ni debía yo saber, pero algo me dio a entender Manuel Mantilla al pasar por West Tampa. Es este desventurado, unos de esos seres que no dejan por donde pasan más que miserias, si no infamias. Me indicó, que él era el alma de la expedición de Sánchez... A pesar de una carta de mi hermano Martí, que guarda mi Asunción, en la que me presentaba a Mantilla con *alma nueva*, temí el éxito de algo en que interviniera ese hombre que hace tanto tiempo ha olvidado la honra.

Benjamín Guerra siguió para el Cayo. Llamado por un telegrama para un meeting político, fui también yo. Era esta la fórmula convenida con Loynaz, pero como ya nuestros proyectos no se habían llevado a la práctica, supuse que sería algo que se relacionaba con los empeños de Serafín.

No me equivoqué, aunque cuando dejé a West Tampa, no sabía a lo que iba ni para que se me llamaba.

Y aquí terminaría esta parte de mi relación, si no debiera decir antes que el Mantilla se burló de los hombres dignos que al lado del incansable Serafín Sánchez trabajan por la libertad y la honra de la patria. No es posible emplear más discreción, ni demostrar más tino, en todo lo que a esta expdición se relaciona, como el que han demostrado los generales Roloff y Sánchez. Para todos ha sido un secreto lo que se ha hecho, y sólo gracias a esto, se ha podido reunir un cargamento considerable de materiales de guerra.

Pero no es sólo esto lo que determina el éxito de una expedición.

Mantilla robó y nada hizo. Charles Hernández que es un corazón puro y hombre honrado, tenía después que esperar las determinaciones del Tesorero y del Secretario del Partido.

Ningún percance pueden lamentar los que hasta aquí han trabajado. Si algo hay que sufrir, no es pues en modo alguno, culpa de

los que dignamente han venido trabajando con tanta fuerza de voluntad y tan levantado concepto de las santas imposiciones de los deberes patrios.

Siguiendo mi sistema, nada pregunté al general Sánchez, ni quise averiguar por dónde habíamos de ir. Sabía la traición de Mantilla y sabía que Charles Hernández había llevado a Nueva York un mensaje de Roloff y Sánchez, pero no podía ocultar mi impaciencia a mi queridísimo José D. Poyo. Este me contestaba siempre: *el caballo ya está al llegar.* Y cada carta de mi Asunción era para mi angustiado espíritu, como una lágrima suya que caía amorosa en mi corazón, ¡pobre almita mía! No sabía ni lo que le escribía: yo no puedo engañarla, pero tampoco podía escribir nada que se relacionara con los asuntos políticos, y en esa lucha, tiraba la pluma, y más de una vez lloré como nunca había llorado, ...pero yo sé que ella sabe guardar mis dolores, que ella sabe sentirlos, que ella sabe y sabrá quererme, que la he de volver a ver, que en sus brazos me espera la felicidad, y que en sus besos está mi premio y mi corona de laurel.

Veía que se embarcaban unos para Tampa, que otros venían, pero nada más...

El día 6 a las ocho de la mañana, nada sabía. La noche anterior, se embarcaron varios amigos y oí a alguno decir que no iba a despedirse de la Sra. de Serafín Sánchez, porque la suponía triste por el próximo viaje de éste, fui a verla yo, y nada noté de nuevo; al despedirme del general le pregunté si me necesitaba para algo y me contestó negativamente.

A las ocho y media de la mañana me encontró Raimundo Sánchez y me dijo que el general me andaba buscando. Fui a su casa y allí noté ya, que había llegado la hora de la partida. Quince minutos me dio Serafín para ir a mi cuarto, recogí las cartas de mi Asunta y volví: hice entrega a Pepa de mi tesoro, tomé un bocado y pocos minutos después salíamos Sánchez y yo. Por la calle de Duval hacía Rocky Road íbamos silenciosos los dos. Yo pensaba en tí, vida mía, y me sentía más fuerte y más valiente que nunca. Sánchez me dijo: *No me he atrevido a despedirme de Pepa* y una lágrima asomó a sus ojos. Yo te mandaba mi adiós y me acongojaba la idea de que ya no habías de saber de mí hasta que llegara a Cuba: una carta mía sé yo que sería leída en secreto por los que me quieren; pero se trata de asuntos que comprometen la vida de muchos; todas las precauciones son pocas y para que nunca

nadie pueda sospechar una indiscreción, lo mejor es sufrir en silencio y esperar.

¿A dónde íbamos?

Seguimos por Rocky Road, y después de muchas vueltas para esquivar las miradas de los curiosos, llegamos al pequeño monte de zarzas que está antes de la playa de los fuertes. Por el monte, encontramos al general Roloff a Castillo a Aulet, Piñan, a mi querido Rosendo, Barrios y otros que supuse serían compañeros de viaje. Nuestro guía era el digno cubano Angelo Figueredo. Más de dos horas anduvimos por esos montes tratando de llegar a la playa sin ser vistos. No es posible pintar nuestra ansiedad ni medir nuestra fatiga. Con las manos sangrando llegué a la playa. Nos esperaba un bote grande con dos marinos cubanos. De un carro que estaba allí se sacaron una caja de rifles y otra de parque; y luego uno a uno, fuimos llegando a la embarcación. A popa no podían ir con comodidad más que dos o tres personas, y en la cámara, apenas si cabían ocho. Aquella cámara estrecha y oscura, a la que había que entrar en cuclillas, me ofreció un rincón en donde caí, más para pensar, que para descansar. Sin pies y sin costumbre de andar, seguí a los demás y no me faltaron ni fuerzas ni entereza.

A las once y media dejamos la Salina, punto de nuestro embarque. Eramos doce los tripulantes del bote. Sólo Sánchez, su hermano y Roloff ocupaban los asientos de popa, los demás, íbamos ocultos en la cámara para que no nos vieran desde tierra o desde los barcos de guerra norteamericanos que estaban en bahía. El viento nos favorecía y pronto nos íbamos separando del Cayo.

Supuse yo, al principio, que íbamos en busca de algún vapor para trasbordarnos a él, pero estas y otras, eran conjeturas mías, allá en el fondo de la cámara. Como una hora después logré salir de allí y me senté en la popa entre Sánchez y Roloff. Ya estaba transformado: los puños y el cuello se quedaron en la cámara, el chaleco me servía de colchón en el anafe que era mi asiento, mi sombrero había cambiado de forma, y mi corbata ya flotaba en el mar.

Supe allí todo lo que hasta entonces había sido un secreto para mí. Roloff y Sánchez, me iniciaron en el secreto de todos sus trabajos. Dos meses hacía que no descansaban mis jefes y amigos queridos. Con silencio habían sacado de Key West, armas y otros efectos de guerra. Todo se encontraba en una goleta y nosotros íbamos en busca de un vapor que debía estar esperándonos —según

telegrama que había recibido Roloff de Benjamín Guerra— los demás expedicionarios estaban acuartelados en un cayo en Bahía Honda en el Condado de Monroe. Hacía allá nos dirigíamos porque cerca de ese cayo debía estar el vapor que nos había de llevar a Cuba.

Las múltiples peripecias de ese viaje están en mi memoria como testimonio del patriotismo y entereza de nuestros hombres. Ni la calma, que a veces nos amenazaba con hacernos perder un tiempo precioso para nuestros empeños, ni el tener que echarnos al mar para empujar la embarcación que se varaba a cada instante, ni la falta de agua para beber, ni los malos alimentos, nada turbaba la alegría de todos, y ni por un momento dejó de estar cada cual en su puesto.

Tenía ansia de llegar temprano el General Sánchez, pero la noche trajo una noticia terrible: nuestro amigo Angelo Figueredo, hacía de patrón, pero no conocía el rumbo que debía tomarse para ir a Pine Key. El verdadero patrón del bote estaba en el timón, cuando entrada ya la noche, dijo: *me he perdido.*

Muchos botes y alguna que otra goletica encontramos en el camino, pero tratamos de no ser vistos para evitarnos una delación, —aunque habíamos abierto la caja de rifles y estábamos preparados para defendernos en caso necesario.

Perdimos el rumbo cerca de las once de la noche. Un bote de un negro esponjero se había quedado a nuestra espalda, Angelo consultó a los generales y volvimos para atrás en su busca, diez pesos adelantados cobró el viejo marinero por llevarnos al Cayo.

Aún me parece ver acostado sobre la cámara al digno polaco Roloff en lucha constante con la bota-vara que sostiene la vela, y a Serafín que no durmió ni un momento, y cuya ansiedad daba a su semblante esa seriedad que pinta la pureza de las almas capaces de todos los heroísmos.

Yo en mi hueco sobre mi anafe u oculto en la cámara cuando así era necesario hacerlo para no ser vistos, estaba tranquilo y satisfecho. Pensaba en Cuba, mi patria, y en tí, mi esposa del alma, en tí, mi Asunta.

Llegamos, por fin, a las diez y media de la mañana. Nuestro bote no podía llegar hasta la playa, una canoa muy pequeña nos llevó hasta unos cincuenta pasos de tierra. Allí nos quitemos los zapatos y nos suspendimos los pantalones: con el agua hasta la rodilla y

andando sobre piedras, que son arrecifes infernales, llegamos a una playa fea y sin vegetación, en la que no se ven más que pinos raquíticos y tristes palmetos.

Este es el escondite buscado con talento por Serafín y Roloff. Cerca de la playa, por donde desembarcamos, hay dos casas de madera mal construidas: en ellas vive el moreno Severiano, nacido en Cuba, pero que hace más de veinte años que anda raqueando por aquí. Está casado con una morena americana y es un hombre honrado y buen cubano. Nos dio hospitalidad. La casa que puso a nuestra disposición se limita a una sala con hamacas, algunos sillines, dos sillas y dos mesas.

Almorzamos o comimos carne de lata, huevos fritos, plátanos y café.

Y se pasó allí el primer día. El vapor esperado no había llegado. No llegó tampoco aquella noche.

Y yo me creía tan lejos, tan lejos de tí... ¡Y sin poder escribirte!

La noche anterior a nuestra salida del Cayo, Rogelio Castillo se embarcó con otros expedicionarios. Llegó dos horas después que nosotros.

Como ya digo no había venido el buque que esperábamos, pero sí estaba en el canal de Bahía Honda, el Revenue Cutter, vapor de guerra americano que sin duda venía en persecución nuestra.

Fueron pues, mis compañeros en el bote de Antonio e Hipólito:

Mayor General Carlos Roloff
Serafín Sánchez
Rosendo García
Fermín Valdés-Domínguez
Higinio Esquerra
Raimundo Sánchez
Pedro Piñán
Aurelio Aulet
Ramón Marín
Eduardo Hernández
Juan de Dios Barrios
Enrique Valdés.

---

17 de Junio.

Huérfana, te quiero más

Día 26

Si desde el día 17 no he podido escribir ¡cuántas lágrimas han caído sobre mi pobre corazón! ¡Que amargo han sido mis dolores!

El convencimiento de la muerte de Martí me ha anonadado.

Pero con todo mi valor y con toda mi fe, me preparo a entrar en esta nueva vida de orfandad y de luchas, que marcan —más que los años que pasan— los días agitados de mi vida. Hasta me olvido que estoy en este Cayo tristísimo, en el que tanto he sufrido y sufro por otros conceptos. De todos me olvido, para meterme dentro de mi corazón y pensar en él con todos sus pensamientos, y sentir con todo lo que él siente. Me he olvidado de las congojas de esta expedición, de todo me he olvidado para guardar en mi pobre alma —como antorchas siempre encendidas— las amorosas memorias de Martí muerto, y de mi corazoncito, de mi Asunta, que es hoy el único consuelo de mi pobre y agitado espíritu!

El día que dejé de escribirte, —por razones de prudencia que luego sabrás— leí en "El Yara" que había muerto tu padre: mi angustia me encerró en el silencio de mis pensamientos. ¿A quién podía yo decir todo lo que sufría? ¿A quién podía yo enseñar el lugar que tú tienes en mi corazón? ¿Quién podía comprender cómo se me iba la vida a tu lado, y quién tampoco había de comprender que la lágrima que rodaba por mi mejilla era la que yo veía en tus ojos?... Y estar tan lejos de tí, y —lo que es aún más triste y doloroso para mí, no poderte escribir— y si como hoy puedo hacerlo, no saber si estas líneas las has de leer después que yo haya muerto...

En mi soledad, en esta vida de miserias en que vivo desde que llegué aquí, en esta vida de dolores, —en la que se me quedan para siempre tantas aspiraciones y tantos ensueños— te veo a mi lado, te siento a mi lado, me parece que recojo las lágrimas de tus ojos... ¡Ah hermosa mía, no me olvides en tus dolores!... Mi huerfanita, mi Asuntica de mi alma, quiéreme siempre como yo te quiero... No es posible que seamos desgraciados. Dios, tu Dios y el mío, ha de bendecir —con bendiciones de cielo— nuestra unión.

En los días que han pasado, y que han dejado tanta soledad en mi espíritu, tu alma se me ha presentado más hermosa y más pura. Eres mi virgen, eres el altar en donde puedo hacer mis juramentos.

Si no te tuviera, me importaría poco la vida, porque te tengo, la quiero y la defenderé. ¡Ah! si no caigo al peso infame de la traición, como cayó Martí, si puedo cumplir mis deberes como cubano... entonces ¡con cuánto orgullo llegaré a tu lado y el beso que nos demos será el que guarde el santo recuerdo de todos nuestros dolores!

Peor que en una prisión estoy. El deber me manda callar y callo. El deber me manda no escribir, o mejor dicho, no mandarte lo que puedo escribir, y cumplo mi deber, y siento que cada día cae una nueva losa sobre mi pobre corazón... sobre ese corazón que es todo tuyo, tuyo sólo, que es sólo del ángel bueno de mis amores, de mi Asunta queridísima. No te olvides tú de mí, no dejes sin tu amor esta alma que es sólo tuya, no olvides que solo vivo para tí, y que sólo tengo tu amor en el mundo.

Huérfano soy yo más que tú, y como huérfano voy por el mundo con la sonrisa de los dichosos en los labios y la frialdad cruel de los desengaños en el alma.

Pero tengo fe en tí. Si no la tuviera, entonces me creería muerto. Que me veas tú —como yo te veo— con los ojos del espíritu, que me veas siempre a tu lado con más amor y con más fe en mi amor que nunca.

Y tu —cielo que me cubres— tan triste como mi alma, di a mi Asunta que la adoro y que estoy a su lado para sufrir.

Yo vivía conforme con mis penas. Cuando me sentía muerto, tú me diste el fuego de tus ojos; cuando me creía desamparado, me envolviste con la pura pasión de tu alma en el manto hermoso de tus virtudes y me dejaste ver a Dios en el juramento santo de tu boca.

Y lejos de mí, yo tenía al hermano a quien quería y respetaba con el cariño y el respeto del hijo y del hermano. Tenía a mi Martí, que a más de ser mi mejor amigo, era algo de mí mismo, era el recuerdo de mi infancia, porque juntos veneramos a la madre mía, que fue también para él, la más amorosa de las madres, y a mi padre, que descubrió en él a los nueve años, al genio que había de dar tantos días de gloria a la patria, —porque juntos empezamos a sufrir, juntos vimos nacer a nuestros hijos, y juntos hemos sabido despreciar a los déspotas y a los que venden la honra por un puñado de oro. Y ahora —en alto ya, por el poder de su genio y de su talento y patriotismo—, el estandarte de la honra y de la libertad de la patria, juntos debimos estar en el combate, y juntos debimos caer...

Sin familia, sin amores vivía yo. El era mi familia, y fuera de él, el mundo nada decía a mi alma.

Tú me enseñaste a sentir y entonces ya me creí dichoso.

¡Ahora, ya mi hermano se fue! En nube de gloria veo perderse para siempre su cuerpo en el espacio, nube grande y de luz, la más hermosa, la única en donde puede ir a la inmortalidad, el que dominó la miseria con la virtud y con el talento, el que pobre y extranjero, impuso su voluntad y supo hacerse respetar de los poderosos y de los sabios en la tierra que no era suya; el que tuvo —por la pureza de su alma, y su corazón abierto siempre a todas las noblezas—, una patria en cada pueblo de América, en donde fue a trabajar y a sembrar —como apóstol— la semilla de la verdad y de la ciencia. Ese era mi hermano Martí, el cubano siempre valeroso y altivo, y el hombre cuya vida fue un sacrificio y cuya muerte será para los cubanos dogma santo de la religión del patriotismo.

En su tumba yo no puedo llorar. Voy a ella con toda mi fe a ofrecerle mi vida. Debimos morir juntos. Yo vengaré su muerte criminal.

Si desde la infancia fue su cariño —su cariño de hermano siempre dispuesto por mí a todos los sacrificios— símbolo de lealtad, si fue nuestra primera prisión, cuando apenas teníamos catorce años, trasunto ya de su gloria como hombre y como tribuno son ejemplo entre nosotros; si no domó, ni la deportación ni las miserias, ni el amor falso de mujer egoísta, —que quiso arrastrarlo hasta la antesala del déspota español, para obtener en cambio el falso brillo de las riquezas que dejan vergüenza y luto en las almas, ni la alta posición política y social conque le brindaban los gobiernos suramericanos, conocedores de sus virtudes y de sus talentos—, nada, nada pudo detenerlo en su tenaz y difícil tarea de recoger la bandera gloriosa de Yara, y con ella levantar un Partido, reunir fondos, preparar la unión entre los elementos civiles que surjen después del Zanjón, y las viejas no domadas energías de la guerra de diez años. Y cuando los aduladores, —los cubanos que se esconden tras los ruines dogmas autonomistas—, decían que Cuba no quería la guerra, buscando en esta falsa afirmación la manera de seguir medrando al lado de la bandera asesina, cuando las almas que viven de miserias decían que él, —modelo de honradez— explotaba al pobre obrero que trabaja en las Emigraciones por la honra de la patria—, el genio se abre paso y luego los mismos, que necios o viles, se ocultaban para infamar, se arrastran como falderillos entre el pueblo que orgulloso aclama al libertador, al que lucha en

los campos de batalla por la reivindicación de la dignidad cubana, hoy más que nunca mancillada con su muerte, que es ya lábaro sagrado de la honra para todos los hombres libres de la tierra!

¡Oh! no queda el cuerpo profanado del patriota en el amoroso pedazo de patria que lo guarda. Martí es luz para las inteligencias de los cubanos, sangre para el corazón y fuerza para el brazo, sin su recuerdo, sin el aliento de su vida y de sus virtudes no llegaremos a la república, en la que él soñaba y él no nos dejara, que vive en nuestro cielo y es alma de nuestras almas!

Vive más, ahora que el déspota lo mata con mano vendida y traidora. Traidores y vendidos han sido los que se han atrevido a injuriarlo, traidores y vendidos los que ahora se agitan al lado del déspota para impedir ¡insensatos! que quede en lo alto la bandera amada de la independencia de la patria.

Murió en la lucha, murió a caballo, murió erguido y plomo asesino no humilló su frente. Alta, alta está para vergüenza de los asesinos españoles y para castigo de los apóstatas y de los traidores.

En política, en la vida social, en la cátedra y en la familia, solo tuvo un dogma: el amor. Con los brazos abiertos vivió, y con lágrimas en sus ojos para todos los dolores ajenos. Pobre y enfermo había riquezas en su alma. No abatían a su cuerpo las penas y los dolores físicos. Cuando parecía que iba a morir, resurgía más entero y más animoso dominando, con el poder gigante de su palabra, los egoístas sofismas que sirven al déspota de escudo y pretexto para imponer con descaro, la infamia que nos ata como esclavos sumisos a sus pies, y nunca tuvo nuestra tribuna verbo más sincero de la verdad y justicia de los principios que sustenta el Partido que él supo crear, que cuando —como su apóstol— hacía de la tribuna Sinaí hermoso, desde donde proclamaba —con la emoción del patriota— las leyes que habían de marcar los días de gloria que ya podemos recordar con orgullo desde el 24 de Febrero.

No puedo conformarme con su muerte, es algo así, como el anuncio de la mía.

¡Ah mi vida, si yo muero, que nunca te olvides de mis penas! Y en tus horas tristes, y en tus horas de alegría, recuerda que hay en lo alto, dos almas que se juntarán para pensar en tí...

Pero no me olvides, y yo volveré y te contaré mis alegrías.

Como cubano, odio a los españoles que nos infaman; como hermano de mi Martí, los odio más, y porque me separan de tí, son más pesadas las cadenas que debo romper.

¡Malditos sean! No hay perdón para los miserables. Aun entiendo que es poca la sangre para borrar los crímenes cuya relación forma la historia de la más ruín y cobarde de las naciones de la tierra.

Día 29.

Sigo en la relación de mi voluntario cautiverio.

Ya en este Cayo, decidieron los generales esperar aquí. Los primeros días los pasamos en la casa que nos dió alojamiento. Desde el tercero o cuarto día salimos todas las mañana al Campamento; allí pasamos el día y a las seis o seis y media, volvemos a la casa. Y así, todos lo días. El Campamento está a dos millas de la casa. Es un árido pinar sobre piedras que apenas si dejan andar. Han tumbado algunos pinos y con ellos, y guano, se han levantado —sin orden— ranchos, casi todos pequeños, a los que hay que entrar en cuclillas. El nuestro, —para durante el día— es más grande. Caben en él cuatro hamacas, pero como todos los demás, llueve adentro tanto como fuera. En este desierto están los soldados dispuestos, sucios, casi todos macilentos y delgados. La alimentación es la misma siempre: carne salada, galletas, arroz, y esto algunas veces muy escaso, hasta el punto de haber tenido que contentarnos muchos días con una sola comida. El agua es de casimbas o depósitos que se descompone a menudo.

Los días pasan largos y tristes. Pesado es esperar, cuando como nosotros, vemos que cada día se da como cosa segura que ya estamos en Cuba, y tan no estamos, que aún no sabemos a dónde hemos de ir ni cómo hemos de salir de aquí. A las penas morales, al aislamiento que imponen los generales obligando a no escribir, se une una plaga de mosquitos que no nos deja tranquilos ni un momento, que no nos deja dormir, y que es causa de una desesperación y de una angustia imposible de pintar, imposible de describir. Pero si de noche no es posible dormir, si de día no descansa la mano matando mosquitos y toda la piel la tenemos desbaratada a pesar de estar constantemente entre hogueras, —para mí, que tengo muy dentro de mi alma todas mis ideas y todos mis dolores— no son tan duros estos tormentos; sólo me preocupa esta incertidumbre, esta espera tan larga, esto es lo que me apena y me abate.

Si me vieras viniendo por las mañanas de la casa al Campamento o volviendo por las noches, te habías de sonreír con pena. Andando sobre piedras, con los botines rotos, con los bajos de los pantalones comidos por detrás y más de un indiscreto agujero, sin cuellos ni puños, la camisa y el saco rotos y sucios, y un gran sombrero de guano de forma rara; la barba —que me da otro aspecto— y mi cabeza pelada, completan el cuadro. Estoy delgado, pero estoy bien de salud. Los pies me duelen poco o ya me he acostumbrado a sufrir mis dedos sin uñas. Como soy todo un Sr. Coronel, cargo a la cintura mi revólver y mi machete y las cápsulas. Los primeros días me era muy pesada la carga, pero ya me voy haciendo a ella. Pero esos paseos diarios, no sólo son pesados por lo árido del sendero, sino también por el calor y los mosquitos. Llego muerto, cansado y sudoroso, pero pienso en mi patria, en Martí, beso tu retrato —que no se aparta de mí—, y me siento fuerte.

Dicen los hombres que han luchado en la pasada revolución que estos trabajos que pasamos, son más duros que los que allá se sufren. Yo no sé quejarme, y estoy tan acostumbrado a sufrir, que sólo me preocupa no estar a tu lado y pensar —más que en la mía— en la soldedad que te rodea.

Para venir aquí, nada quise pedir, vine con lo que tenía, y hasta dejé muchas cosas que ahora me hacen falta. En los días de agua, me acuesto con las ropas mojadas, pero ya el General Sánchez me encargó una capa.

Todos me quieren, y a todos animo con mis cuentos y mis relaciones alegres. ¡Ah! Asunta mía, cuántas veces cuando río, veo con los ojos del espíritu tu carita y tus ojos, y siento que quema mi mejilla una lágrima amorosa!...

A las cinco de la mañana del día once nos dejó el General Roloff. Los generales, en consejo privado con el comandante Castillo acordaron que aquél fuera a avistarse con los hombres que forman la delegación. De entonces a ahora, la vida ha sido para nosotros la ansiedad y la duda. Los periódicos nos hacen ya en Cuba. Serafín recibió el día 16 dos telegramas de Gonzalo de Quesada en los que le decía que un vapor americano vendría en busca nuestra e indicaba por lo tanto, que debíamos abandonar —furtivamente— este Cayo. Serafín contestó que de aquí no saldría sino para Cuba o preso por los americanos. Estos telegramas agravaron nuestro cautiverio, se nos quitaron las armas y se no prohibió escribir.

El 22 llegó la goleta que llevó a Roloff. No sé si mandó correspondencia, pero parece que las últimas cartas han dado alguna esperanza a Sánchez, porque el 26 nos devolvieron las armas y el cuaderno en que te escribo.

No nos ha molestado aquí ninguna autoridad americana, sólo hemos visto algunas tardes los botes de los vapores de guerra de la república.

¿Me has visto en el "Herald" de New York? Allí está muy mozo tu comandante.

No es este lugar malsano, pero las aguas no son buenas, y si a esto se une la mala alimentación, se explicarán las enfermedades del estómago que aquí se sufren.

La sanidad la componemos Raimundo Sánchez, Gonzalo Otazo, Pedro Piñan, Abelardo Valls y Tomás Montoto ayudantes, y yo como jefe.

Pero no sólo la falta de buena alimentación y el clima tan inclemente como abrasador, son causas de las enfermedades; enferma más que nada la horrible plaga de mosquitos que no nos deja, y que no aplaca ni el viento, ni el agua, ni las hogueras entre las cuales tenemos que vivir.

La noche del día once fue memorable entre nosotros. A las once me fueron a buscar porque a un hombre le había dado un ataque y estaba muriéndose, me decían.

La debilidad y los mosquitos tenían desesperados a todos los que viven, casi y sin casi, a la intemperie. Caían unos que estaban de pie, rendidos por el sueño y otros —no pudiendo ya sufrir los mosquitos y el hambre, sufrían vértigos y se agitaban coléricos y frenéticos, buscando en los desahogos de la deseperación, alivio moral para sus penas. Imponente era el cuadro, aquellos hombres nerviosos, pálidos, con las pencas de guano seco en las manos para espantar los millones de mosquitos que los rodeaban, otros, intentando robar alguna galleta de las de la ración que guardaba en un rancho el Cuartel-Maestre, muchos condenando la conducta de los jefes, y casi todos, —protestando de que no pasarían un día más en aquel estado— se me quejaban, y algunos me pedían que como ellos, protestara, comprendiendo todos que si yo sufría sin quejarme, no por eso dejaba de sentir tanto como ellos, pues mi cuerpo estaba acribillado por los malditos insectos.

Raimundo Sánchez había venido conmigo para administrar las medicinas que yo ordenara, luego que terminó, se marchó. Me quedé yo, y mandé a buscar mi hamaca, la colgué entre dos pinos y cerca de una hoguera, y allí quise quedarme para aplacar con mis consejos a aquellos hombres, todos armados de machetes, que en su desesperación, ya pensaban en una verdadera sublevación. Fui imprudente, pero yo debía hacer algo para que el General Sánchez pudiera, al venir a la mañana siguiente, dominar la justa y lógica excitación, más lógica si se piensa que no a todo el mundo se ha de pedir igual juicio para estimar el valor de los sacrificios que por la honra y por la libertad de la patria está obligado a hacer todo cubano.

Sánchez vino por la mañana, se enteró de todo y con talento, arengó a la gente. Algunos dijeron que no podían sufrir más, pero él los exhortó a esperar y a todos dijo que estaba dispuesto a dejar, al que no quisiera voluntariamente seguirlo.

Aquel día llegó la goleta, con buenas provisiones, se hizo comida abundante, y así terminó lo que uno de los amotinados llamó "la cuestión mosquito".

Por evitarnos los viajes a la casa, —cada día más pesados— por el calor y las aguas, decidimos quedarnos en el Campamento. No pudimos dormir; yo me eché en las piedras, debajo de la hamaca de Castillo, y al lado de una hoguera al cuidado del Ayudante Francisco Díaz Silveira y a pesar de esto, no pude dormir ni un segundo, tantos y tan tenaces eran los mosquitos. Pero me alegré de haberme quedado, porque vi lo que inventaron los soldados para dominar un tanto la plaga. El cuadro era fantástico. Formaban un gran círculo de fuego con pinos y pencas, y en el centro, se apiñaban todos en la tierra, las llamas elevándose en toda aquella circunferencia en ignición se oponían a la entrada de los mosquitos: seres infernales parecen los que se envuelve en las llamas para dominar la punzante y afilada aguja de los mosquitos. Y todo esto no es sin embargo, suficiente.

Se necesita pues, tener fe y confianza en los ideales santos que nos mandan sufrir para no desmayar, para no perder la paciencia y para no desertar asustado ante una vida, que no es vida, y que lleva a la enfermedad y quizás a la muerte. Se necesita ser cubano antes que nada, para sufrir y esperar, como debemos sufrir y esperar todos.

Ocho compañeros, egoístas unos, y jóvenes sin criterio político otros, prepararon en secreto la fuga y la llevaron a cabo el 22 a las 2 de la tarde próximamente. Parece que pudieron tomar un bote en la costa y al día siguiente supimos que habían llegado a Cayo Hueso. Han exagerado allí nuestros sufrimientos para explicar su falta de patriotismo. Ya hablan de esto los periódicos norteamericanos, y esta fuga nos ha hecho esperar alguna pesquisa de las autoridades federales. Pero nada se nos ha dicho.

¡Sigue la tranquilidad abrumadora y la espera sin horizontes!

Mi compañero y buen amigo R. Sánchez ha escrito la siguiente glosa que copio como recuerdo de su afecto sincero, y en memoria de las picadas... de estos implacables mosquitos:

Volverán mis sufridos compañeros
Sus miradas gozosas a pasear
Por el Cayo que un tiempo fue el asilo
Del cubano ejemplar.

Pero el árido islote de los pinos,
Do fieles han sabido soportar
La escasez, el mosquito y la intemperie
Allí no volverán...

Volverán de la patria al llamamiento
Sus hogares de nuevo a abandonar,
Y con aire marcial, y denodados,
Al campo marcharán.

Más si tienen, para ir a nuestra patria,
Que a cincuenta kilómetros pasar,
De este infierno horroroso y maldecido,
Entonces... ¡si no irán!

Volverán a emigrar, si el cruel destino
La victoria nos llega a arrebatar,
Para China, Siberia, El Congo, Arabia,
Australia, el Indostan...

Pero al célebre Cayo, donde han visto
En la hoguera el mosquito procrear,
Allí..., lo han jurado una y mil veces,
Ni muertos volverán.

En la tristeza más inútil se encierra ahora nuestra vida No ocupamos nuestro puesto en el campo, y aquí nos enflaquecemos, se enferman nuestros cuerpos y se gastan inútilmente las fuerzas del espíritu.

Hay muchos ya dispuestos a imitar la conducta criminal de los que se marcharon a Cayo Hueso. Cunde el descontento y cada día se presentan pequeños disgustos que son lógica consecuencia de la vida que llevamos.

No es posible apreciar a dónde llegaremos si así seguimos, como no es posible juzgar, —después de saber que es del dominio público todo lo que se refiere al vapor que nos había de llevar—, si es posible que de aquí salgamos sin ser molestados por las autoridades federales. Así cree Sánchez; él entiende que si Roloff trae un vapor, podemos sacar el armamento y embarcarnos sin peligro ninguno. No pienso yo así, entiendo que por los que desertaron, conoce el Cónsul español en Cayo Hueso, y las autoridades norteamericanas cómo vivimos aquí, y lógico es por lo tanto, pensar que no nos quiten la vista.

De Cayo Hueso nos viene el rancho, y ya dicen los boteros que los agentes de la Aduana registran algunas embarcaciones.

Desde que al llegar no estuvo aquí el vapor, yo pensé que la expedición estaba perdida, esto es, que había que darle otra dirección al plan, y desistir de este Cayo, el que hubiera yo abandonado tan pronto como se recibieron los telegramas de Quesada.

Pero Roloff resolverá todo esto con su vuelta. Por eso lo esperamos impacientes.

Pude esta semana escribir a Poyo mi queridísimo amigo. Sólo dos letras en las que le dije muy poco de lo mucho que lo quiero, y en las que escribí, con pena, tu nombre, —con pena—, si almita mía, porque hubiera querido decirte todo lo que pienso y con cuanta seguridad espero que ha de llegar pronto el día en que seamos felices para siempre. Le pido a Poyo tus cartas y le hablo de tí. Espero el bote con ansiedad. ¿Me traerá alguna carta tuya?

No puedo pensar en tí sin sentir que mi pobre corazón se me quiere salir del pecho. Ahora que yo debía estar a tu lado y ser tu consuelo, ahora que yo debía pagar, con todo mi cariño y con todo mi afecto, la larga deuda de amores que tengo contigo, y la que me une para siempre a tu buena madre, ahora es cuando estoy más lejos de tí. —Ahora— que yo necesito oir de tus labios los

consuelos de tu alma pura, y encontrar —en el fuego hermoso de tus ojos, —el valor que necesito sentir para ser digno hermano del que supo morir como mueren los héroes—, estoy aquí, sin provecho para nada ni para nadie, cuando pudiera estar a tu lado. Pero así lo ha querido la fatalidad, ni en Cuba, ni a tu lado. Piensa, piensa alma mía en mis dolores y quiéreme, y no olvides a tu pobre náufrago en Pine Key.

---

1 Julio

Anoche a las diez llegó el bote de Cayo Hueso y nos trajo a Aurelio Noy.

Yo no recibí carta tuya...

Quizás tu pienses que estoy en Cuba.

De Roloff, nada sé.

---

2 Julio

Hoy es el cumpleaños del General Sánchez. Las dos compañías que mandan los capitanes Higinio Esquerra y Julián Sierra vinieron con sus banderas y cornetas, a saludar al veterano que nos enseña con sus virtudes, y nos alienta con su valor y entereza. Por todos estos soldados habló Clemente Vivanco: fue su discurso, breve y correcto, fiel expresión del patriotismo de todos.

Por un momento, me alejé de estos tristes pinares, me parecía que estaba en Cuba, que aquella corneta nos llamaba al combate.

Pero... todo fue sueño de mi ya cansado espíritu, aspiración de mi voluntad, y alientos de mis energías, —que son las que me han de acercar a tí, puesto que éllas me han de dar patria y nombre honrado que ofrecerte.

El tiempo sigue malo, y yo ¡sin capa! Me equivoqué, no era para mí la capa que pidió Serafín.

Y parece que ya no tengo tiempo de mandar a buscar una al Cayo.

Aquí hablo de ti con José Matilde Camus. Cuando lo vi, me alegré, me parecía que tenía algo tuyo a mi lado, y con cuanto gusto le enseñé el retrato tuyo que llevo sobre mi corazón, que es mi compañero, el que oye todas mis lamentaciones y recoge mis besos y mis ensueños de amor puro y santo y apasionado, como nacido al calor de tu alma de ángel.

---

3 Julio

Ya parece que se despeja el horizonte de nuestros empeños. He podido hoy confirmar por muchas cosas que he oído de labios autorizados, creencias mías que si no las he dejado antes escritas, creo que ahora si debo explicarlas.

El vapor en que debimos salir, vino, según afirma C. Hernández, dos veces al punto de cita. La culpa fue por lo tanto, de los que no se apuraron por estar con anticipación cerca de este Cayo.

Esto, que ha dicho Noy, ha causado mal efecto entre los hombres de la Delegación, y hasta el mismo Collazo se queja no tan sólo por falta de cumplimiento de las órdenes, sino porque de este fracaso sufre también él en sus planes revolucionarios.

Todo lo que nos ha pasado, ha traído como lógica consecuencia, nuevos gastos. Diez mil pesos han tenido que salir del Cayo para comprar otro vapor y en él esperamos a Roloff de mañana a pasado.

Noy trae instrucciones de la Delegación, para que si los jefes no quieren ir en el barco que ahora viene, entenderse con Rosendo y dar a este el mando de la expedición.

Todo esto ha venido por no haber estado aquí a tiempo, y haber confundido con el vapor norteamericano al que venía en busca nuestra.

Ya hoy están llevando las armas a las embarcaciones que las han de conducir al vapor, y esto hace que se note en todos, una animación poco común, aquí en donde la vida es tan triste y tan igual siempre.

Yo por mi parte estoy contento también. Ya que no debo estar a tu lado, ya que es mi deber ir a donde me manda mi condición de cubano que no entiende —ni ha podido entender nunca— que haya quien pueda sustituir a alguien en el cumplimiento del sacrificio necesario por la libertad de la patria, estoy en mi puesto, seguro de cumplir mis obligaciones y dispuesto a todos los dolores y seguro de que he de poder arrancar una hoja de laurel al árbol hermoso de la victoria para ofrecerlo a mi buena y cariñosísima Asuntica.

Mi patria y tú, esos son mis amores.

Por ellos, sólo por ellos, vivo. Me voy sin decirte adiós, pero es que estás tan en mi alma, que te llevo como mi talismán protector.

No temo y tengo fe en mi estrella. Yo no puedo perderte porque tú no puedes dejarme de querer.

Pero yo no sería sincero, si no te dijera que siento tanto dejarte, que sólo lo hago por ser digno de tu cariño, y porque pueda siempre —aunque muera— llamarte con orgullo, mi esposa.

Han sido nuestros amores tan puros, nos hemos querido con tanta fe, y tanta confianza tengo en tu corazoncito, que no me puede pasar por mi angustiado cerebro la idea triste de que yo deje de estar en él, ni un solo momento. Esa confianza es mi religión, esa confianza es bálsamo para las heridas de mi espíritu.

No me voy pues, porque me quedo en ti.

Allá va mi brazo y mi fe de hombre honrado, aquí a tu lado, queda mi corazón.

Volveré fuerte y purificado por la lucha, y te encontraré tan amante y tan buena como te dejo.

Yo creía que ante mi muerte no había de retroceder, que élla era la vida verdadera para mí. Tú me has devuelto la vida con tu cariño, es tuya pues, mi vida; ahora la ofrezco a mi patria, y es gloria para mí, poderla ofrecer en nombre de la que ha enjugado, con su afecto de ángel, toda mis lágrimas, de la que me ha hecho pensar que aún hay felicidad y luz para este huérfano.

¿Cuándo leerás estos renglones?

Estaré lejos de aquí, y quien sabe todo lo que me habrá pasado.

Pero te tendré a ti, y esto me da fuerzas para sufrir.

Quisiera escribirte hoy todas las cosas, quisiera decirte todo lo que sueño con los días en que juntos hablemos de estos días de penas y de zozobras. Pero más que lo que yo puedo escribir, más que mis palabras, te habla mi corazón, vida mía. ¿No es verdad mi Asunta? ¿No sientes sus latidos? Y en tu frente, ¿no sientes el beso casto y ardiente de mis labios?

Mi buen amigo Loynaz del Castillo está a mi lado. Está enfermo con fiebres, y me acompaña en el rancho.

Sufre, y yo lo consuelo. Ya para mí, que tantos sufrimientos y tantos desengaños cuento, es la amistad algo a donde es difícil llegar, pero no sé tener prevención contra nadie y si me equivoco, es sólo a medias.

Pero Loynaz es inteligente y bueno. Hablamos de Martí, y me consuela su afecto.

Yo no llevo más amigo aquí en mi alma, sino al amigo muerto, mi hermano queridísimo, Martí.

Pero eso no quita, que tenga buen cariño para todos mis compañeros, los que saben como Loynaz amar a su patria, y ser dignos del respeto de todos sus compatriotas.

Tengo unos minutos para escribirte antes de irnos a la casa, y te escribo, porque me parece que así te tengo más cerca, que así te siento a mi lado y te veo...

Solo, bien solo me siento sin tí, vida mía.

Y hoy, quizás más que nunca.

Me dicen que nos vamos de mañana a pasado.

¿Volveré? ¿Te veré? ¿Te oiré decir otra vez que me quieres?

¡Ah mi amor!, si cae aquí una lágrima, no es de miedo ni de duda; no temo a la muerte, ni dudo de tí, pero me siento solo aquí.

Allá en Cuba, en el combate, me sentiré más acompañado. Allá estarán juntos todos mis amores: mi patria y tú.

Aquí me siento solo y triste, porque estando cerca de tí no estoy a tu lado y me apena, a la vez, haber pasado aquí tanto tiempo sin utilidad para nada ni para nadie.

Este pinar tristísimo es para mí, como un cementerio, en el que se quedan tantos suspiros y tantos momentos de angustiosa duda. Sí, mi vida, porque después de haber venido lleno de esperanzas a cumplir mi deber, me ha sido muy duro, ver pasar los días y conocer las debilidades que nos han atado al poste de la paciencia —dejando al cabo debilidad, en nuestros cuerpos y angustias en el alma.

Pero hay que ofrendarlo todo a la Patria. Ella sufre más que nosotros, y ella necesita todas nuestras energías para romper la cárcel en que la degrada el despotismo español.

Todo, todo por ella.

¡Oh, sí, todo! ¡Por ella te dejé a tí que eres mi vida!

Pero tú no me olvidas.

Y me quieres más, porque no soy ni cobarde, ni egoísta.

¿Verdad mi Asuntica?

---

4 Julio

Salimos del Cayo el jueves 6 de Junio, y el Cónsul español Solís, no tuvo conocimiento de nuestra marcha hasta el viernes a las dos de la tarde. A esa hora fue a la Aduana y pidió que saliera en persecución nuestra el vapor de guerra americano. No pudo ponerse éste en camino sino hasta las siete, de modo que de haber estado aquí a tiempo, hubiéramos podido estar en Cuba antes de la llegada aquí del Revenue Cutter, no fue por lo tanto éste, el vapor que vio Marín y los que con él vigilaban la costa, y esta equivocación es la causa de todas nuestras desdichas.

Esto lo ha aclarado Noy, y a la verdad, que es de tenerse en cuenta este hecho, para juzgar luego lo que pueda sucedernos, si no tenemos la suerte —como deseo— de salir y llegar con toda felicidad.

Yo veo que los norteamericanos no nos quieren hacer daño, pero a la vez, no olvido que los traidores que nos dejaron, nada han ocultado, y se sabe en el Cayo, que Roloff nos dejó y anda por New York y otros lugares.

Esperemos pues.

Las armas ya están en la goleta, y desde ayer se hace ejercicio de fuego.

Algunos de los compañeros se quedan, unos por enfermedad y otros porque el miedo los hace preferir la vida pacífica del Cayo y Tampa.

Yo siento no tener un buen botiquín y una bolsa de cirugía completa. No me dejaron traer mis instrumentos de Tampa y no sé si en el vapor, me mandará B. Guerra los que le pedí. Con la bolsa de R. Sánchez y su pequeño botiquín, trato los enfermos y —si no hay otra cosa—, con ellos empezaré mis trabajos en Cuba.

Copio aquí dos composiciones. Una de mi querido amigo Francisco Díaz Silveira y la otra de Pedro Piñán.

A Pine Key

Ni tus plagas de insectos asesinos
Ni tus bosques monótonos de pinos,
Ni tu infecundo suelo
Que destroza mis pies con sus breñales,
Ni tus fétidas aguas, ni tu cielo,
Ancho palio de males,
Que pesa como lápida de hielo
Sobre mi corazón entusiasmado
Y que hace más y más abrumadoras,
Las apáticas horas
De mi incipiente vida de soldado,
Ni tu cobarde mar a quien domeñas
Con la cinta breñas
Que a sus fuerzas titánicas opones,
Ni la muerte de algunas ilusiones
Por tu causa marchitas,
Ni el inmenso dolor que me anonada
Cuando vienen al alma las benditas
Memorias de mi madre abandonada.

Ni mayores torturas que sufriera
Si mayores hubiera
En tu suelo mezquino
Un instante pusieran en mis labios
Maldiciones o agravios
Contra ti, Cayo Pino.
No te maldeciré, porque te muestras
A mi alma agradecida
Cual la primera etapa del camino
Que conduce a la Patria redimida.

Antes en mis recuerdos cariñosos
Conservaré tu nombre y con frecuencia,
Al rodar mi existencia
Por senderos oscuros y tortuosos
Recordando el dolor que en tí resisto
He de mostrarte con amor profundo
Como a los ojos del piadoso mundo
Muestra su cruz dignificado el Cristo.

Francisco D. Silveira.

Al General Serafín Sánchez

E. S. D.

Con orgullo sin igual
El sol que brilla en Oriente
Hoy saluda en su natal
Al invicto General
de mi Cuba independiente.

Y yo, en nombre del soldado
Que incansable le rodea,
Juro con pecho esforzado
Permanecer a su lado
Mientras dure la pelea.

Pronto a la hermosa sultana
Que es reina de las Antillas
Llegue nuestra nave ufana
Y la bandera cubana
Domine en todas Las Villas.

Pronto resuene tu nombre
En la infortunada tierra
Donde esclavo gime el hombre
Y al hispano pueblo asombre
Tu heroicidad en la guerra.
Al alcanzar la victoria
Su página más ardiente
Te dará la patria historia,
Ciñendo tu honrada frente
Con el laurel de la gloria.

Pedro Piñán de Villegas.

---

5 Julio

Que tarde tan triste pasé ayer. Me parecía que estaba a tu lado. ¿Te acuerdas del año pasado?

No sé escribir sobre esto. Vienen a mi memoria tantos recuerdos. Fue aquel día el primero en que pude decirte lo que mi alma sentía... Aquel día te amé más. Aquel día tuve celos y envidia de todos los que te hablaban. Aquel día yo dejé de ser desgraciado porque a pesar de tus frases, me pareció que tus ojos me decían que me amabas.

No me engañé, y siempre será el 4 de Julio, fecha de eterna memoria.

Ahora la recuerdo casi para encontrar en ella un consuelo para mis dolores.

Me consuela mortificar hoy mi espíritu con la memoria de la dicha que me queda a la espalda, con el cuadro de amores que allá en tu casa, y a tu lado, sé yo que tengo.

Quiero hoy —que tan cerca veo el momento de dejar este Cayo maldito —que queden aquí mis penas todas, para que tú las guardes como tuyas, para que en ellas me veas, para que ellas te digan todo lo que te quiero, todo lo que guardo para tí aquí en mi pobre alma.

Ayer no pude escribirte apenas, el agua, los mosquitos y los preparativos de marcha, me lo han impedido.

Ahora, sin tinta, escribo con lápiz, y escribo con la fe de que hasta mi última frase la has de leer con gusto.

Esta noche debe llegar el vapor que nos ha de llevar a Cuba.

De allá te escribiré tan pronto como pueda y siempre estarás en mi memoria. Tu retrato y tus ojos, me acompañaran, y la seguridad de tu cariño.

Esta carta la mandaré a Poyo, y él te la mandará tan pronto como sepa que hemos llegado a Cuba.

Este es un nuevo dolor y una nueva espera, son estos dolores y esperas necesarias, deberes a los que no quiero faltar yo, para que nadie me culpe a mí de imprudente, y en cambio todos vean, que a pesar de lo que yo trabajo y he trabajado siempre por la honra y por la libertad de mi patria, ni me impongo, ni nada exijo, como un soldado sirvo, y como soldado también obedezco.

Pero estas líneas, que son copia fiel de mis pensamientos, son tuyas. Tu eres la única que tienes derecho a todo lo mío.

Ya a Guerra le di una carta para que Billard entregara a tu pobre padre todo lo mío, ahora te va aquí otra carta para Billard, por si no están en tu poder todos mis papeles.

Todo es tuyo: arréglamelos y cuídamelos. Y guárdame todos los periódicos que hablen de mí o de Martí, pues espero escribir a tu lado, un libro que titularé "José Martí".

¿Cuándo recibiré carta tuya?

¿Cuándo leeré algo escrito por tu mano?...

Ahora escribo en medio del barullo de los que se visten y se ponen la ropa nueva que llegó ayer en una goleta de americanos que será la que nos lleve al vapor.

Yo también tengo algo nuevo, un pantalón de dril crudo, de Roloff, y un par de zapatos.

6 Julio

Poco pude escribir ayer por el agua, y por la llegada al Campamento de Mayía Rodríguez, y 40 expedicionarios más. Andaban ellos en el vapor que debió llevarnos a Cuba. Muchas han sido sus penalidades, pues el tal vapor no tiene sana la caldera y por esta y otras causas han tenido que dejarlo y venir en busca nuestra para encontrar la manera de llegar a Cuba.

Es Rodríguez un jefe simpático y de buenas formas sociales. Es cojo a consecuencia de un balazo que sufrió en la guerra pasada. Nos trae la noticia de que el vapor que nos ha de llevar, no llegará aquí hasta el lunes o el martes.

La llegada de estos nuevos compañeros ha venido a romper la motónona vida que hacemos.

Han llegado estos compañeros, cansados y enfermos; y para todos he tenido que indicar alguna medicina. La mayoría son hombres ya peritos en la guerra y los jóvenes son hombres en su mayoría de Oriente y Camagüey, fuertes y animosos todos.

Cada día hay algo que nos detenga. Cada día nos encontramos con un nuevo inconveniente, pero ahora me parece que todo se presenta bien.

Si tenemos buenos prácticos de la costa cubana, el éxito es completo. Esta ha sido la razón de no haber podido entrar Mayía en Cuba. Llegó hasta la costa, en el vapor que lo sacó de Santo Domingo, pero como el capitán no la conocía, le fue imposible desembarcar.

Entre los expedicionarios de Mayía, vienen varios jóvenes de Santiago de Cuba que me han dado noticias de algunos hombres de Ba-

racoa. Con pena he sabido que un joven que allí se hacía muy independiente no se atreve a ir a la guerra. Dejo aquí su nombre, y ojalá que comprenda su error y sepa cumplir con su deber; se llama Miguel Perellada.

Mucho hemos hablado de la muerte de Martí. No pueden tratarse nuestras cuestiones, no puede hablarse de lo que se refiera a la política cubana sin sentir la falta del genio que nos llevó a la guerra, y que nos enseñó —en su entereza y valor —el camino de la honra y de la dignidad.

Su muerte no tiene, para los que saben amar a la patria, nada que la haga olvidar. Es preciso pensar en esto siempre, para hacer lo que el deber nos manda, para llegar a donde el deber nos manda ir, y para triunfar o morir como él también nos manda triunfar o morir. Con él estamos pues, y como he escrito ya y no me canso de repetir, vive entre nosotros, está entre nosotros, nos guía, y el día que nos olvidemos de sus consejos, el día que nos olvidemos de la luz que nos viene de su alma —nunca muerta para nosotros— el día que nos creamos bastantes para olvidarlo, será ese también el día en que andaremos sin guía y sin brújula en el mar de nuestras esperanzas y de nuestros patrióticos y dignos empeños como cubanos.

Pero no lo olvidaremos. Hombres como él se lloran más cada día, y cada día se siente más su falta.

Y si para todos deja vacío tan grande... ¿Qué he de decir yo?

Sólo tú, que sabes cómo sé yo querer y que me quieres, puedes comprender este constante dolor mío.

Sólo tú, que sabes que soy un huérfano, y que mi pobre corazón sólo tiene una ilusión y una esperanza que vive en tu corazón, puedes comprender todas mis penas!

Hoy hace un mes que dejé el Cayo.

Hace un mes que estoy aquí esperando, sufriendo por no estar en la tierra que nos llama y lejos también de tí que eres mi vida.

No me da pena hablar de mis sufrimientos, no menguan mis alientos patrióticos ni me hacen retroceder ante los peligros. Es al contrario. Te adoro y por eso soy bueno. Te quiero y no puedo faltar a la palabra que te di. Y por eso soy digno de la estima-

ción y del afecto de los hombres. Sé que no puede nadie ir por mí a la guerra, y que no soy yo capaz de volver la espalda a ningún deber político, y *por eso* te digo adiós y te dejo llorando, y me voy triste porque te dejo, a morir quizás, con la sonrisa de la gloria en mis labios. Pero no moriré, porque tu me esperas, no moriré porque me esperan tus brazos amorosos, porque en tu seno hay el calor y la vida que yo necesito y que sólo en ti he de encontrar.

Espérame pues, alma mía, segura de mi amor y segura de la verdad de este afecto grande que yo no he sentido nunca por nadie, que yo no creí que pudiera sentir jamás.

Sí, alma mía, que nunca muera para ti este fuego de amor con el que te dejo, que nunca haya entre tu corazón y el mío nube alguna, que tu vivas feliz con mi afecto y tus lágrimas caigan siempre como básalmo de consuelo sobre tu corazón; que lejos de ti, tu me sientas a tu lado, y en tus horas de dolor, veas en el cielo de tu vida, el premio que merece tu alma de ángel.

Y si muero que muera yo siempre con la seguridad de tu cariño. ¡Ah! si al morir, yo no siento en mi retina el fuego de tus ojos, y no late tu corazón sobre el mío, mi pobre cuerpo no tendrá reposo y mis lágrimas humedecerán la tierra que guarde indiferente el cuerpo del hombre más desventurado de la tierra...

¿Pero tu no me olvidarás, mi prieta de mi vida?

¿Verdad que no?

¡Oh! no me olvidarás, sólo sospecharlo sería ofenderte, y perder yo para siempre el valor y la fe. Sería tanto como ir muerto a desafiar la muerte, y a vencerla, para ofrecerte al fin, el único laurel con que y sueño; mi vida toda y todo mi corazón, que como tuyos, he de poner a tus pies.

Hoy ha llegado una goleta con víveres y cartas, ninguna para mí. Ninguna.

Con dolor vi otras cartas, y ninguna tuya. Rosendo recibió de su Sra. Nada me dice de tí.

¡Que triste es esto! ¡Pero que triste!

Parece que el barco en el que hemos de salir se pone hoy en camino para acá. Veremos.

Todos los días lo esperamos y todos los días tenemos que conformarnos con una nueva espera y con sumar nuevos dolores.

---

7 Julio.

Cada día hay para mí un nuevo dato que me hace sentir más la muerte de mi Martí. Ahora sé —por labio autorizado—que Martí fue a Cuba porque así lo acordaron Gómez y él, en virtud de una carta que recibió de Cuba, el primero, y en la que se le indicaban diferencias entre los jefes que estaban allá, sobre la constitución y forma que había de darse al gobierno de la república. Gómez no se atrevió a arrostrar sólo el conflicto y pensó que Martí debía acompañarlo. Y aquí la causa de su viaje, puesto que hay un acta en donde consta el acuerdo, aceptado por Martí, de no ir a Cuba hasta que la revolución tomara más fuerza y ya hubiera ido todo el concurso de los elementos de guerra del exterior.

De modo que este viaje señala otro acto grandioso de su vida; otro sacrificio más por su patria, y otro heroísmo.

Hoy es mi santo y mi cumpleaños. Nadie me ha saludado. ¡Que me importa! Sólo tu saludo me hace falta. Sólo me contentaría hoy, verte cerca de mí y oir tu voz, y ver que me amabas y que a mi lado te sentías dichosa; pero para mí no hay más que penas, ahora, se entiende, porque yo me prometo pasar mi santo el año próximo, a tu lado y feliz.

¡Ah! si no pensara así, no te podría escribir, no podría pensar, estaría muerto.

Porque te tengo, porque te siento en mi corazón, me siento vivo y tuyo.

Mañana cerraré esta carta. Espero que el vapor vendrá por la noche, y no quiero esperar a última hora para arreglar el paquete que he de mandar a Poyo. Cuando tu leas mis pensamientos, las tristezas y las esperanzas que aquí dejo, mándame un recuerdo, y ten la seguridad, que dondequiera que esté yo, he de oir tu voz, he de sentir los latidos de tu corazón, y hasta he de ver las lágrimas de tus ojos lindísimos.

Pero esta carta en la que te quedan todas mis ideas, es además, mi diario de revolucionario, y por lo tanto, es sólo para tí. No lo enseñes a nadie, y sólo lee a los demás, algunos de sus párrafos.

Ya no quisiera ni escribir, ni estar aquí.

Ya no puede conformarse mi espíritu, con esta vida, y con esta espera.

Y aunque estoy lejos de tí, siento la misma pena que la que me pudiera dominar al estar a tu lado en estos momentos.

Me dijo el General Sánchez ya en la calle, el día que dejamos al Cayo: No me he atrevido a despedirme de Pepa. Así digo yo ahora a mi pobre alma, no puedo pensar que te dejo, no puedo pensar que te abandono ahora que mi deber me mandaba unirme a tí, y ser más que tu esposo, y ser para tu buena madre, a la que quiero tanto como si fuera mía, hijo cariñoso. No puedo decirte adiós, no puedo decirte tampoco, hasta luego. Dios sabe que será de mí. Dios sabe lo que el destino tenga señalado, si es que hay destino, y Dios sabe si la casualidad o la desgracia, corte con mano traidora y despiadada, la hermosa historia de nuestros amores, y el mundo de esperanza en que vivimos.

No espero más que en tí, no tengo hoy confianza más que en la fe conque te amo, y en la fe conque amo y respeto a mi patria.

Puedo caer, pero con tu amor en el alma, caeré dichoso, con tu amor, caeré contento, y sólo tus lágrimas llegarán a mi tumba; sólo éllas han de hacer que mi cadáver se mueva gozoso en su tumba, para bendecirte y para sentirme dichoso muriendo en el cumplimiento de mis deberes como cubano, y como hombre.

Pero a pesar de todo esto, no me atrevo a decirte adiós. Separarme de tí, es tanto como separarme de la vida, separarme de tí, es tanto como decirle adiós a la felicidad que se llama: mi Asuntica.

Sígueme tú, y no me digas tú tampoco, adiós. Sígueme tú, con tu amor y con tu afecto puro. Sígueme tú, con las virtudes que forman tu alma, cuando estés solita, y pienses en mí, piensa que estás en la memoria y en el corazón de tu Fermín.

¡Cuánto he pensando en tu pobre madre!

La muerte de tu padre, ha sido para mí, uno de esos dolores que me han dejado sin consuelo. Por él, por tu madre y por tí, he sufrido. Por tí más. Huérfana y sola y sin mí, te quedas.

Pero tu sabes que no me he ido por dejarte, que no me he ido por no ser digno de tí, sino por ser digno de todos, y cumplir como debo, mis deberes. Ya te lo digo en otro lugar, tú no me quieres, ni cobarde ni vil, y por eso me consuela pensar que tú me has de juzgar mal, que para tí soy como soy, pobre, pero honrado y digno. Estos son los títulos que yo quiero ofrecerte siempre y que y tú, para mí, la esposa más amada.

Viva yo o muera, soy para tí el esposo que no falta a su palabra, y tu para mí, la esposa más amada.

Nadie más que tú, tiene derecho a mi recuerdo. Nadie tiene derecho a reclamación de ninguna clase, ni moral, ni material.

Yo no he unido mi vida a la tuya con los lazos que marca la sociedad, —han sido tan puros nuestros amores, como puro es nuestro cariño. En tus alas de ángel, no hay una mancha de apasionamiento estúpido. Te he respetado con todo el respeto del amor más santo, por eso te tengo alma mía, en mi alma, como la personificación de algo divino, como la encarnación de un rayo hermoso de la verdad y de la belleza divina. Como algo que se separa de este mundo de dolores, en donde sólo he visto a mi lado, miserias y falsías, y ha sido el amor de mujer, símbolo asqueroso de la traición.

Sólo tú, estás en mi corazón, allí vives al lado de mi madre, de mi hija y de Martí. —Allí estás y allí estarás siempre. Que la tumba no puede borrar con su silencio tristísimo, lo que es más que tierra y polvo, eso que no muere, lo que queda como nimbo de luz sobre la losa de las tumbas, lo que es ejemplo para los demás, y remordimiento para los viles, y escribe la más amada página en el libro de la inmortalidad.

---

8 Julio

No cierro hoy mi carta. Me duele tanto escribir la última palabra y decirte el último ¡adiós desde este lugar tan triste!

No quiero cerrar mi carta porque se me dice que hasta mañana no vendrá el vapor que nos ha de llevar.

Un día más, y aunque ya no sé lo que debo y puedo escribirte, dejo a mi corazón latir con violencia, guardo mis penas, porque ellas me hacen pensar en tí y en mis dolores, en mis pensamientos todos, te veo como se ve al ángel bueno que en la noche triste de la vida es estrella y es consuelo y es esperanza.

Tú, mi vida, no puedes pensar en todas mis penas. Sabes que después de la muerte de Martí, me considero huérfano y solo; sabes que sólo tú eres la que me acompañas y la que me alientas, sabes que voy a la guerra por ser digno de tí y ser fiel a mis principios, y esclavo de mis deberes; pero no sabes todo lo solo y triste que me siento, no sabes que a pesar de todos los que van conmigo, me parece que voy solo y que allá sin Martí, estaré solo también. Esta soledad que yo siento en mi alma, que es hija de mis sufrimientos, es la que me hace encerrar en mí mismo, y me hace volar con las alas de mi pasión santa y buena, al lado de mi Asuntica queridísima, al lado de mi almita de mi corazoncito, de la que es mi esposa y mi vida.

A tu lado de todo me olvido, a tu lado pasaré las horas o los días que tenga que estar aquí.

A tu lado sí, pero si los ojos de mi espíritu te ven, si mi corazón siente —con alegría— los latidos del tuyo... busco en vano la luz hermosa de tus ojos, busco la lágrima que deja en tus ojos, te busco... y sólo encuentro el cielo oscuro, el aire caliente de este infierno en el que se quema mi espíritu... y esta tierra ajena en donde quedan mis lágrimas que no son de miedo ni de debilidad.

Mañana probablemente, ya estaré en marcha, ya mañana será mi último día de esta vida tan llena de penas. Pero también mañana —o cuando me vaya— empezará una nueva vida de dolores. Dolores que no acabarán para mí, sino el día que pueda estar a tu lado, y recordar a tu lado todas mis angustias de ahora.

¡Que días tan alegres hemos de pasar! Cómo hemos de recordar tantos días sin luz, tantas noches sin dormir, tantos días sin término para la angustia.

Las penas de ahora nos dejarán una enseñanza, y nos dejarán también en el corazón, la seguridad de que nuestra pasión, de que nuestro amor, es tan grande, como grandes son y han sido nuestros sufrimientos.

Sufro más por tí, mi vida.

Sufro por tí, porque me parece que te veo y que siento tus sufrimientos.

Tus lágrimas llegan hasta mí.

Las recojo como testimonio de nuestro amor, las guardo como timbre de la fe con que te adoro. Tu lo sabes, nadie puede querer como yo te quiero, y nadie puede quererte como te quiero yo.

Y si no te vuelvo a ver, si muero lejos de tí, entonces, guarda mi memoria, y que Dios tenga para tí todas las venturas! Y que en tus horas felices, te acuerdes de mí, te acuerdes del hombre que sólo vive para quererte, y que aún después de muerto, te adorará!

¿Verdad mi vida que no me olvidarás nunca?

Esta noche se espera el vapor. Es pues hoy el último día de Pine Key.

¿Qué he de decirte que no sepas?

Ahora que las horas me dicen que te voy a dejar, ahora que mi corazón te manda todos sus latidos, mi alma todas sus lágrimas ,y mi fe en tu amor, toda la seguridad de mi honradez, toda la seguridad de que sólo muerto podré dejar de ser tu esposo, y de que nadie puede tener un lugar en mi corazón, porque él se queda —todo entero— a tu lado, junto al tuyo, para vivir contigo, para sentir la vida y el calor del tuyo.

Voy con el alma enferma, voy triste porque te dejo, y alegre porque espero que al volver de donde mi deber me manda ir, te he de encontrar tan cariñosa como te dejo, tan buena para mí y tan dispuesta a ser mi consuelo y mi esperanza.

Sólo por tí estoy triste, y sólo tu recuerdo me alienta y me anima.

Allá, cuando esté lejos, y cuando algún peligro me amenace, tu estarás a mi lado, tu me darás fuerza para resistir todas las penas, y tuya sola será la gloria —si hay alguna, en que yo vuelva con vida y con honra del campo de mi Cuba.

Si ahora es un día éste, el más triste de mi vida, porque te dejo, —aunque es el que marca el primero de la vida de mi dignidad y de mi honra—, será el más alegre, y será el primero de mi felicidad

verdadera aquél en que te vuelva a ver y lea en tus ojos el amor con que me has enseñado tu corazoncito, tan lleno de encantos para mí.

Siento deseos de cerrar aquí mi carta. Ya mi alma no tiene fuerzas para sufrir, ya parece que ha llegado a su colmo, el dolor y la pena.

¡Qué triste es vivir como he vivido siempre! ¡Qué triste es recordar en la hora de la pena que se llevan tantas amarguras, y para mí lo más doloroso es que hoy, que a tu lado se me presentaba la única dicha verdadera, me separa de tí esta cruel condición de mi vida!

Voy con la serenidad del hombre a donde el deber me manda ir, voy con la serenidad del cubano, al combate necesario, y voy con mi fe política y con todo mi valor. No tiemblan mis piernas, ni hay en mi espíritu ideas que me lleven al desencanto ni a la duda; no creo que he de morir, sé que no he de volver sin honra... pero pienso en tí, y siento que una lágrima caliente y amorosa, y en la que está todo mi amor, cae por mi mejilla. Es que tú no puedes estar sino en mi alma, es que vives en mi corazón, es que tú me haces bueno, es que por tí soy digno, es que porque te adoro, sé cumplir mis deberes, y soy capaz de morir contento y que caer orgulloso... ¡te tengo a tí!

¡Ah! sí. Te tengo, eres mía, mía solamente. Tú no puedes ni has podido nunca mentirme. Eres mía y lo serás siempre y yo no sé pagar tu amor más que con todo mi amor, con esta fe que me lleva a tí, con la seguridad que tengo en mí mismo, y el orgullo conque me siento querido por tí que eres tan buena, por tí que eres un ángel...

No puedo pensar en tus ojos, no puedo pensar en tu carita, no puedo recordar los cortos momenticos que hemos pasado juntos, tan cortos y tan inolvidables para mí!

Sí, mi vida, y no puedo olvidar los momentos aquellos en los que yo palpé a tu lado la dicha que hoy había soñado, pero que yo veía tan lejos de mí.

¡Ah¡, yo no he soñado. Esa felicidad la tengo, porque tú no me has olvidado ni puedes olvidarme. Tú no me has engañado ni puedes engañarme. ¡Ah! yo no he soñado la felicidad, yo la llevo en mí mismo, ¡porque te llevo a tí! yo la tengo, porque te he de encontrar tan amorosa como te dejé, porque te he de encontrar tan

pura y tan mía como te vi el último día —inolvidable para mí— en que te dije adiós en West Tampa.

Por eso sufro más hoy, no puedo detenerme ante el cumplimiento de mi deber, y llevo todos mis sufrimientos y todas mis esperanzas, y todas mis memorias, y —en lo mejor de mi corazón— te llevo a tí.

Te llevo a tí y te tendré en él, mientras esté vivo, te tendré en él, mientras haya en mí, un átomo de luz, mientras aliente, mi corazoncito de mi vida.

Y yo no puedo morir porque tú con tu fe, con tus virtudes, con la pureza de tu alma, tienes en los labios la plegaria más santa, la plegaria más amorosa, y tus lágrimas no han de perderse, tu Dios te oirá, tu Dios, que es mi Dios, también tendrá para tí un rayo de su luz, y para mí vendrá de tí, la dicha; de tí me vendrá la felicidad, y cuando la fatalidad quiera separarnos para siempre tú, con tu amor, con las grandezas de tu amor, me salvarás y me llevarás a tu lado, y me cubrirás con tus divinas alas de ángel!

Adiós, mi Asuntica de mi vida, aquí te quedan todas mis lágrimas, y todo mi amor. Guarda, guarda alma mía, mis dolores, guarda, prieta de mi alma estas pobres frases mías; guarda toda esta pasión tan vehemente como pura, con que te quiero, guarda mis angustias, guarda mis anhelos, guarda en fin, mi corazón, que es —tan tuyo— que es, sólo tuyo, y el beso más cariñoso del que vive y morirá adorándote.

Fermín.

Mi madre:

Por serlo Ud. de Asunción, lo es mía, y por eso le escribo para decirle que no la olvido ni la olvidaré jamás, para decirle que le dejo a mi Asunción todo mi corazón, y que volveré a cumplir mis deberes como hombre, y mis compromisos y dulces lazos que ya me unen para siempre a los seres que forman ahora la felicidad y la dicha del alma, que sólo al lado de Udes. puedo encontrar en mi vida de dolores.

Punta del Caney, Tunas de Zaza
24 de Julio de 1895(*)

. . .brigada Mayía; allí dormí toda la noche.

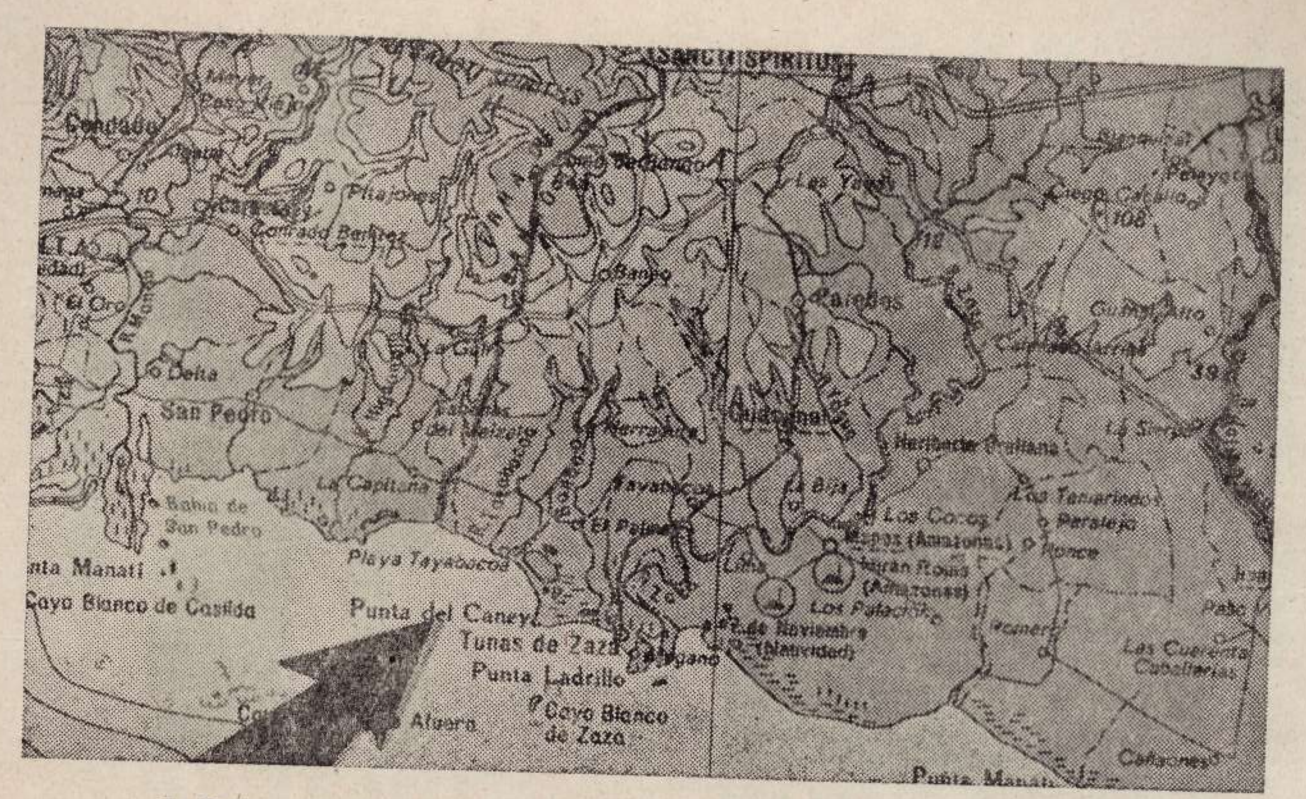
Soñé, vi en mi sueño a mi madre, me parecía que la tenía cerca y que sus besos y sus bendiciones me daban fuerza para la lucha y te tenía a ti a mi lado, mi Asunta de mi vida. Ah! desde aquel día no se separan de mí, desde aquel día siento la bendición de mi madre y tus besos amorosísimos que me siguen, que no se apartan de mí, que me hacen fuerte y digno del amor y del respeto de los que saben amar a la patria.

"Punta del Caney" es el nombre del lugar en donde desembarcamos como ya [roto] el 24 de julio. La marcha del veinte y cinco fué para mí y para todos una de las más alegres de nuestra vida. Era una mañana en Cuba, una mañana en la patria después de tantos tristes días de angustias, de sufrimientos en la emigración. Los amigos me trajeron marañones y guayaba, me sentí libre y fué tuyo mi Asuntica, [roto] solo, —en aquella mañana—, todo mi pensamiento.

Cuando [ordenaban] sus medidas los generales para emprender la marcha vimos acercarse un bote, no eran hombres de guerra los que venían, los tres tripulantes eran dos hombres y una mujer, esos pacíficos vivían en la casa donde acampamos pero por miedo no dormían sino en Tunas. Uno era un viejo cubano que conocía a Serafín y el otro un español marido de una bayamesa tan ordinaria y deslenguada como vieja y fea, el susto fué mayúsculo pero después de la sorpresa entraron las confianzas: quedaron todos detenidos por órden de [borrado]: todos se prepararon, me armé con mi relámpago [borrado] el grupo que reconocía [borrado] no puede decirse que [borrado] fué una alarma, fué si algo [borrado] la natural demostración del patriotismo y disciplina de todos los viejos y los noveles soldados que allí nos habíamos reunido. Pronto supimos que no eran enemigos: saludamos a los primeros compañeros de armas que nos encontramos: el Capitán Quirino Amenaga con 19 hombres.

El 27 ocultamos en buen lugar los parques y otros objetos de guerra y se unió a nosotros el Comandante Federico Toledo con 19 de los suyos.

(*) Archivo Nacional de Cuba. *Donativos*. Caja 270, No. 11.



La flecha señala el lugar por donde desembarcó la expedición Sánchez-Roloff.

Es este Jefe un hombre que merece una nota especial: cubano casi nacido en el campo de la guerra durante la lucha de los 10 años, es un hijo de nuestros campos, robusto de alma y de cuerpo, sincero y [roto el documento] ...en nombre de Cuba de nuestros Jefes nos hicimos de algunos caballos y como a las tres de la tarde llegamos a Río Abajo y a un ingenio derruido en donde fuimos bien recibidos. No pudimos llegar todos juntos; con Roloff y Mayía llegó la vanguardia de caballería, la infantería, Serafín y los otros jinetes se quedaban atrás con las carretas [roto]. En el camino vi dos enfermos y receté recibiendo [borrado] tabacos, buen café [borrado] y galletas. Casi ya de noche llegó Serafín y el resto de la fuerza con la carga. Decidimos permanecer allí hasta el día [borrado]. Como una [...] haría que estábamos reunidos [borrado] anunció que venían [roto el documento] emoria: no pasan [roto] los que vimos de [roto] y de esperanzas [roto] los botes y, [roto] salieron los exploradores: Rosendo y otros. Yo ocupé un lugar al lado de Sánchez en el segundo bote y con el [ilegible] llegué a tierra en los hombros de un bravo soldado expedicionario que no me dejó saltar sino en sus brazos para que no me mojara. Nadie nos esperaba, la playa o mejor dicho la rada o embocadura de un río estaba sola: a poca distancia había una casa en la que no estaba nadie; pero se veía, por los objetos que allí se encontraron, que era aquélla vivienda de algunos. Todos los expedicionarios y el cargamento se trasladó a tierra en silencio y sin que nadie nos interrumpiera en nuestro empeño: a las dos de la mañana ya el barco nos dejaba a nosotros; sin temor ya por la [ilegible] pisábamos tierra cubana, tierra libre cubana, y nos acampamos con precauciones puesto que ya teníamos que defender el rico parque y los rifles y el material de guerra que a pesar de las quijotescas manifestaciones de nuestros enemigos habíamos introducido burlando a los cañoneros y los hábiles espías españoles. Acampamos el Cuartel General en la casa, se pusieron las guardias y en la playa quedó Rosendo al frente de una fuerza custodiando el parque y la dinamita.

Sin hamaca,, pero con la más grande de las alegrías y con el alma [roto] que mi ayudante sanitario [roto] pusiera mi [roto] en el [roto] de casa en el suelo y cerca del lugar [roto] en su hamaca el...

No me olvido de sus penas, las llevo también en el alma como mías.

Para Yoya, para Luis, para Nicolás, para Yoyita, para todos, mi cariño sincero. Y para Ud. un beso y un abrazo de su hijo,

Fermín.

EN CUBA LIBRE (*)

Cacarratas

27 Dic., 1895

Asunta mía:

Allá, en la isla desierta de la tierra americana en que tú vives escribí mi primera carta de soldado. ¿Llegó a tus manos? ¿Leíste lo que más que mi pluma, escribió mi corazón? Estas preguntas me las hago y no encuentro contestación que me dé el consuelo que necesita mi alma enferma ya de tanto sufrir.

Sufro, mi vida, y lloro —lágrimas que no corren por la mejilla. lágrimas que caen en mi corazón, como plomo encendido— lágrimas que explican todo lo que debo callar, y que por amor a mi patria, he de callar siempre.

Pero aun en mis sufrimientos, está mi alegría.

Y así es, mi vida, sufrir es vivir para el que ama su honra; para el que por ella se siente digno, para el que con las pobrezas de la vida, guarda —como un tesoro— lo que vive más en el ideal, que es luz, —que en la realidad—, que sombra y noche triste.

Te he escrito, mi Asuntica queridísima, mi mujercita inolvidable, —siempre que he podido, y todas mis cartas me parece que no te han dicho todo lo que te quiero, todo lo que pienso en tí, todo lo que adoro a mi prieta, y todo lo que estoy dispuesto a hacer por ella.

---

28. Nauyú

Prefectura de Morón.

Escribí cuando llegué a la tierra cubana, y cuando el fuego del combate me enseñó a amarte más. Sí, mi vida, yo no puedo olvidar que en el primer combate, allá en los Pasitos, en tierra de Sancti-Spíritus, cuando los hombres caían a mi lado, y las balas llovían sobre nosotros, cuando —después del combate rudo y glorioso para las armas cubanas— en el que Serafín dio pruebas de su valor, y Rosendo enseñó como se conquista puesto heroico en la pelea, —cuando crucé al galope en mi caballo Mapos, los campos en donde

(*) Archivo Nacional de Cuba. *Donativos*. Caja 272, No. 16.

cayó sin vida el simpático soldado Indalecio Mole, y fui a curar a los siete heridos que con el novel guerrero Mole fueron las únicas bajas de aquel día inolvidable para mí, —tú estabas a mi lado, y yo sentí en mi frente tu beso amoroso y puro...

Y te escribí también aquel día.

Te sentía a mi lado en el oculto monte en donde curaba a los heridos, ...fue aquel el primer día en que yo —a solas contigo— me sentí digno de tu cariño, y me pareció que tus ojos, —tus ojos hermosísimos— me miraban con más fuego que nunca... Aquel día olvidé todas mis penas, y era dichoso, porque no temblaba ante el plomo del español, y porque ocupaba mi puesto en el combate con la fe del que sabe servir a sus dos grandes amores: a la Patria, y a tí, Asunta...

Luego vinieron otros días de pelea ruda, y tú —como la égida santa de mi vida, has estado junto a mí... y, ¿cómo no?, si tu eres mi corazón, si tu dejaste en mi alma el fuego de la vida...

Y si mis cartas te han dicho todas mis esperanzas, si por ellas he querido acercarme a tí, y que ellas te llevaran todos mis pensamientos, —en una carterita había escrito mis alegrías y había dejado todos mis dolores— para que pudiéramos algún día recordar esta época de prueba hermosa, en la que libre de los hombres que no saben amar a la Patria, y gastan sus energías en los vicios que degradan y empequeñecen, cumplía con mi Cuba, vengaba a mis hermanos, y me creía ya, digno de tí... En esa cartera que no se separaba de mí, guardaba con esas notas escritas a veces en el campo de batalla, las unas y otras, con el frío de la fiebre, o en los campamentos, —tras largas y penosísimas marchas—, tu retrato —y con él, mis besos más puros, mis mejores lágrimas, y los únicos ensueños grandes de mi vida.

Allí, al lado de tu retrato, y entre aquellos papeles, estaba una carta y algunos pensamientos escritos a bordo del vapor que nos trajo. Esa carta era mi testamento. En él pedía al que encontrara mi cadáver, que te mandara todo lo que guardaba como un tesoro. La sortija que está en mi dedo, y además, decía que moría contento, porque estaba satisfecho, pues en todos mis actos como hombre público, siempre se había guiado el deseo de servir a mi patria; que mi libro "El 27 de Noviembre de 1871" era el legado que dejaba a mi tierra, y que sólo tú, eras la que tenías derecho a dejar en mi

tumba una lágrima. —Que tú, con todas las purezas del ángel,— eras mi esposa —y eras luz y consuelo de mi alma.

¡Ah! yo guardaba tu retrato y esos papeles, como reliquia adorada, pero mi deber me llevó a la Ciénaga, y allí quedó mi tesoro, en las aguas pestilentes de aquellos montes tristísimos, en aquel hueco en donde se oculta el crimen, y en donde quizás haya muerto mi compañero queridísimo, Piñán.

Pero tú, mi Asunta, estás aquí en mi corazón, y la luz de tus ojos, es antorcha que alumbra siempre el altar de mis amores, en donde sólo hay dos ídolos santos: Cuba y tú.

Cuántas horas de ansiedad, cuántos días de alegría noble y patriótica han pasado, desde que te dije adiós en West Tampa. Pero esos días no pueden pasar para nosotros, yo sé que tú —como yo— has contado las horas de esos días, y que las sombras de tantas noches como nos han separado, nos han servido de templo en donde con nuestro Dios por testigo, hemos podido orar con esa oración que sólo entienden los que saben amar, y los que saben sentir.

Los días han pasado, pero nos queda recuerdo que nos une más, esperanza que nos hace pensar en otros de dulce y justísima alegría.

Después de los trabajos de la expedición, mi campaña en Sancti-Spíritus fue rudísima. Día por día guardo en mi diario los combates y las marchas, y mis trabajos y mis escritos como Jefe de Sanidad del 4to. Cuerpo del Ejército Libertador, y por lo tanto, Coronel de ese cuerpo facultativo. Después pasé al Camagüey como diputado, y constituí la Asamblea que nombró al Gobierno de la República. Y si a la bondad de mis compañeros debo el que me nombraran Subsecretario del Exterior, quiero —recordar ahora— los días que pasé en aquella Asamblea que vino con sus determinaciones a dar forma entre los hombres de la guerra a lo que Martí como genio de la Patria misma, había hecho ya en la emigración, y ratificó luego con su muerte heroica, en los campos de la guerra.

De la Asamblea aquella no apuntaré ahora, sino lo que importa a la Patria. ¿Para qué recordar miserias que ya yo he perdonado, y sobre las que queda la losa del desprecio? A los hombres viles, a los cobardes, los intrigantes y los ignorantes, que por las ci-

cunstancias ocupan puestos que no merecen, a esos tristes, no se les debe recordar ni aún para condenar sus miserias; vale más —y es mayor castigo—, dejarlos con sus orgullos tontos y sus manejos ruines a la puerta de las cuevas en que se esconden, y desde donde —como falderillos— ladran de lejos, y sólo se les ve, cuando salen para lamer la mano que los castiga y que —por misericordia— les deja un hueso para que puedan vivir.

Hubo cosas nobles, y hombres puros y patriotas. De esas cosas, y de esos hombres, sí debo acordarme.

Camagüey, 31 Dic.

Veracruz.

Si yo pudiera en pocas frases, pintar el patriotismo y la fe conque se reunieron, y el tesón conque discutieron los hombres de la Asamblea Constituyente, yo me impondría esa tarea. Pero ni el talento, ni las hermosuras del genio, —que se traducen en rasgos que no puede encerrarse en los estrechos límites de la más exacta y apasionada reseña. Queda en mi corazón, como en una urna santa, la alegría y la honra de haber puesto mi nombre humilde, al pie de la constitución de mi patria; de haber sido dos veces electo diputado para aquella Asamblea y que mis compañeros me confiaran la misión de llevar al ilustre Gómez, al genio de nuestra guerra, el mensaje anunciándole que había sido electo por aclamación, Generalísimo de nuestras fuerzas. De esos hechos, como de la proclamación de la Constitución, y la jura de nuestra bandera, ante nuestras tropas, queda dulce y consolador recuerdo en mi memoria.

Te escribí desde los lugares en donde se reunió la Cámara. Y mandé a "Patria" y a "El Yara" cartas en donde decía todo lo que sentía en aquellos días tan dichosos para mí, puesto que eran la aurora de la nueva y fuerte República Cubana.

Terminados mis trabajos como diputado, dejé al Camagüey, y volví al Cuartel General, del General Roloff, y de allí por orden de éste, emprendí viaje —de nuevo— con el objeto de organizar el Cuerpo de Sanidad en la Segunda Brigada del cuarto cuerpo del Ejército, al mando del General Suárez y el del quinto Cuerpo que estaba a las órdenes del Brigadier en Comisión, Panchito Pérez.

Mi diario y mi memoria, se encargarán algún día de hacerte conocer todo lo que he sufrido desde que dejé a Roloff, hasta que volví de mi voluntario destierro de la Ciénaga.

Pero no puedo seguir estas líneas, que voy escribiendo donde me dejan mis ocupaciones y las marchas fatigosas y constantes de esta campaña en la que libramos los cubanos la más heroica de las campañas y es la guerra símbolo de redención y de justicia; no puedo seguir, sin hacer un paréntesis, y paréntesis tristísimo, y recordar mis angustias en esa furnia en donde la dignidad y la honra relegan a todo lo que apesta, a todo lo que con los alientos de la vida, lleva en el ama frío de muerte, y es fosa en donde el criminal encuentra hueco cómodo para vivir, y el hombre que ha vivido en lucha con la virtud, y enfrente de la sociedad, halla manera de burlar las miradas de los hombres honrados, miradas que los persiguen como jueces dispuestos a lanzar sobre ellos, el fallo abrumador. Esa es la Ciénaga.

La tierra es pobre, nada crece en ella, la naturaleza negó a aquellos campos las flores y el perfume de los montes, entre secos bejucos y ásperas zarzas está la ciénaga apestosa. Fango y fiebre, días sin sol, y campos sin verdura. Esa es la cueva de Matagás, ese es el asilo de los réprobos, ese es el pedazo de tierra cubana en donde yo pensé en la muerte, y comprendí y me expliqué el suicidio.

Fui allí a cumplir mi deber como médico, y a llenar mis empeños como Jefe de Sanidad y como soldado de la revolución. Me dijo Panchito Pérez: "En la Ciénaga está Matagás enfermo de cuerpo y de espíritu, le suplico que lo cure de la fiebre, y que lo determine a salir, pues me hace falta como práctico, y espero que Ud. ha de conseguir ambas cosas". Y allá me fui con mis fieles y buenos ayudantes Piñán, Pinto y Escobar.

Pude curar la fiebre, pero no pude llevar calor a un corazón frío, ni luz a una conciencia siempre en tinieblas, y a un cerebro en donde no había más que el acusador recuerdo de los crímenes y las miserias de una vida crapulosa.

Piñán, mi buen amigo, mi compañero siempre leal, quedó allí. Pinto y yo, sufrimos fiebre y hambre, aún sufrimos las consecuencias de un paludismo sin segundo.

Cambiábamos un día de campamento, dejábamos el Ojo de Agua, en donde habíamos tiroteado al español, dejábamos atrás "La Puntilla", Piñán iba muriéndose de fiebre y de debilidad yo apenas si podía tenerme en el caballo, y en el camino de la Ciénaga, en donde hay que andar más de tres leguas por la laguna pestilente en la que los caballos se hunden en el agua y el cieno hasta la cincha, allí cayó mi caballo y allí se quedaron mis alforjas; yo me levanté para amparar a Piñán que tenían en el semblante el sello de la muerte... y la marcha seguía y no se podía detener la columna.

Me muero, me dijo Piñán, y yo creí que un pedazo de mi alma se quedaba en aquella laguna. No me fui sin que una lágrima caliente y una mirada de horror se me quedaran allí. Tras la laguna vino el momento en que mi deber me obligaba a dejar á mi amigo enfermo. —¡Pobre Piñán!— mi confidente y mi amigo. Se quedó él en la Ciénaga enfermo, y allí se me quedó, —con mis alforjas perdidas—, tu retrato, mis apuntes íntimos, y las cartas que no te había podido mandar...

La marcha fue terrible, pero ni el fuego del enemigo, ni la pérdida de mis espejuelos —al pasar una vereda horrible—, ni el hambre, ni la sed, ni el frío de la fiebre, me preocupaban... pensar que después de cinco meses de guerra, y además los largos días de Pine-Key, sin una carta tuya, —era tu retrato mi consuelo—. Tú, que me quieres como yo te quiero, piensa en este dolor mío, y mide mi angustia... Yo no sé si odié, pero yo sé que sobre el hombre de la Ciénaga, quedó mi maldición, y cuando pienso en los días que pasé en aquel infierno, me parece que he salido de una tumba y el frío que a veces me abate, no es frío de fiebre, sino es frío de muerte.

Pero pienso en tí, y vivo.

Vivo mi Asunta, para tí. Y porque vivo para tí, sirvo —por tí— a mi patria, y sufro por ella para así merecer tu cariño, tu cariño y tu amor, que es el ideal de mi vida.

¡Oh! yo no moriré. Yo pondré a tus pies todas mis coronas.

Enero 1ro., 1896

San Martín.

Con el nuevo año soñaba yo allá a tu lado, en día de preparación para esta vida de lucha en la que el heroísmo escribe con sangre, la página más hermosa de nuestra historia, —y el año empieza lejos de tí, pero me siento más cerca de tu corazón que cuando a tu lado, y viendo en tus ojos el cuadro encantador de la felicidad y de la paz, siempre en mis sueños —suponía que libre mi patria, y a tu lado, había de empezar para mí, el nuevo año.

Entre hombres que saben luchar por la independencia, apuntando en mi memoria cada día, un nuevo heroísmo, y dejando mi pobre grano de arena en la obra de todos, vivo yo. Sirvo a mi Patria, y vivo para tí.

¡Oh, mi Asunta!

Todo lo he ofrecido a mi patria. Por eso no me duelen mis sufrimientos. Los siento en lo mejor de mi alma y gozo con mis dolores. Aquí estoy solo, sin familia, sin alegrías de esas que ayudan a vivir. La música que anima en el campamento a los que pocos momentos antes han peleado como leones, la corneta que llama al combate, los vivas que anuncian la victoria, la relación animada del compañero que acaba de venir de larga y difícil comisión, la mano digna del Jefe, modelo de pureza y ejemplo de valor que estrecha con cariño mi mano, esas, esas son mis alegrías, que dejan una lágrima en mis ojos y me llevan a tí.

Cayito, 3 Enero

Cada día recuerdo más a mi pobre hermano Martí.

Si no oigo su nombre yo lo veo siempre a mi lado; con él, hablo yo, y a él, le confío mis pensamientos todos.

Oh, mi bien, si yo pudiera escribir mis penas y mis dolores, con sangre y no con tinta, tendría que escribir!

Enfermo, con fiebre, sin fuerzas para sostenerme en el caballo, me quedé en una colonia del Ingenio Juraguá. Piñán y Pinto también estaban enfermos. A los dos días pasó por mi bohío una Comisión del Mayor Gómez, y yo dejé la hamaca, y con fiebre aún, fui a ocupar mi puesto en las fuerzas de Panchito Pérez. Podía morir de fiebre, pero no quería caer en poder de los españoles. Mis compañeros no pudieron seguirme.

Un médico, el Dr. Nicolás Alberdi, solicitó mi protección como Jefe de Sanidad, y dejé a Panchito Pérez satisfecho de haber podido dar cumplimiento a los encargos del General Roloff.

Ya la fuerzas de Gómez y Maceo estaban en las Villas. Ya había llegado hasta mí, la noticia de las victorias que habían conseguido en la marcha siempre triunfal. Con 20 hombres de la fuerza del simpático comandante Robau, atravesé la línea de los españoles, con fuego, y temores sin cuento, hasta que llegamos a Manicaragua. El fuego del enemigo nos impidió incorporarnos a la columna del Mayor Gómez. Esperamos, y después de ver desde lo alto de las lomas los combates de Casa de Teja y Boca de Toro, seguimos el rastro de los nuestros, y allá por el Ingenio Santa Teresa, en Mal Tiempo, nos incorporamos a Gómez, después de haber saludado al valiente Brigadier Zayas.

Cada vez es más grande mi admiración, y más justificado mi afecto, hacia el General Gómez.

El fue, en aquella tarde, el primero en esgrimir el machete. Poco le importaba que una bala le hubiera atravesado el sombrero, y que otra le matara el caballo: él estaba en la vanguardia en la pelea, y estaba en su puesto. La música de Oriente tocaba danzas cubanas —después de haber hecho saber con sus acordes que había que arremeter al machete— y la pelea ruda y desigual, continuaba, y la alegres notas de la música, no dejaban oir los gemidos de los que caían. Tres columnas compuestas de más de mil hombres, parapetadas tras cercas de malla y de alambre, nos atacaban por distintos puntos y sólo doscientos hombres de las escoltas de Maceo y Gómez, y algunos villareños, defendían al machete, nuestras malas posiciones. A las tres horas, quedamos dueños del campo... Más de ciento cincuenta hombres cayeron al filo de nuestros machetes. Recogimos la bandera que decía "Batallón de Canarias", cuatro mulas de parque, otra con el botiquín, y vimos que llevaba el enemigo, más de cien heridos.

Yo no sé pintar al genio, que si era el primero en el combate, luego en la marcha, sin dejar de atender a las exigencias de la guerra, nos deleitaba con la más amena y sabia conversación, en la que —con talento y precisión— pasó revista a todas nuestras más graves cuestiones de órden social y político.

La marcha duró casi toda la noche. Desde las cuatro de la tarde andábamos sin parar. Y era espectáculo fantástico, el que se ofrecía ante nosotros. Entre las negras sombras de la noche, se alzaban innumerables columnas de fuego; se oía como descarga de fusilería; era que ardían los cañaverales de todos los ingenios que quedaban a nuestro paso. La guerra invadía las zonas españolas, el fuego purificaba los lugares donde el crimen de la esclavitud levantó, para vergüenza de España, esos alcázares, que como dijo Mendive —mi amadísimo padre intelectual— al peso del crimen, se rindieron.

5 Enero

"El Redentor"

En uno de esos grandes campamentos en donde se unen ahora las fuerzas de Oriente, Camagüey y las Villas, acampé, y a pesar del cansancio, no pude dormir las dos horas que aún faltaban para el toque de diana.

En la marcha, el Mayor Gómez me había hablado tanto de Martí!

Sus palabras las guardaba con amor en mi memoria, y me parecía que el sueño me había de alejar de aquel hermoso soñar. Cuando Gómez me decía todo lo que Martí trabajó a su lado por la guerra que ahora nos honra, cuando me contaba que ya estaba resuelto que se quedara en el extranjero y no viniera a Cuba en los primeros momentos, por entenderse que su influencia y su talento nos eran necesarios en los Estados Unidos más que en Cuba; cuando me pintaba al hombre puro y valeroso que aceptaba con dolor la imposición de sus amigos y compañeros, me parecía que aún sentía yo, su último abrazo —allá en el Cayo, en noche lluviosa y triste que no podré nunca olvidar, en aquella noche en la que hablamos de mi deseo de venir a cumplir el compromiso sagrado de mi dignidad, en aquella noche en que me dijo con la dulzura de su carácter:

—No dudes del cariño de Asunción, es muy niña, pero tu tienes un corazón que sabe amar, y eso es todo lo que ella necesita para que sea feliz a tu lado.

Se fue aquella noche el vapor más tarde que nunca, y no sé porqué, los dos llorábamos al decirnos adiós por última vez; y fue aquella por desgracia —nuestra eterna despedida!

No era aquella la primera vez que Gómez me hablaba de la razón porqué Martí había venido, que no concuerda con lo que Mayía me afirmó allá en Pine Key. Mayía me dijo que unas cartas de Maceo y otros, que había recibido Gómez anunciándole diferencias entre cubanos, diferencias que —según el Mayor— solo él podía arreglar, determinaron a Martí a venir a pesar del acta en la que se habían hecho constar las razones por las que de antemano se había acordado que permaneciera en Nueva York; pero Gómez dice que lo que determinó a Martí a embarcarse con él, fue un suelto de "Patria" que hacía público el necio telegrama de Gonzalo y de Figueredo en el que se anunció a las emigraciones que Gómez y Martí estaban en Cuba, cuando aún no habían salido de Santo Domingo.

—Entró Martí en mi cuarto, me dijo Gómez, y demudado, y con la energía de un hombre que es valiente, y no vuelve nunca la espalda a sus deberes, me dijo: lea —y me enseñaba un suelto de Patria; yo, que no doy a los papeles gran importancia, le digo tranquilamente: lea Martí, y leyó el telegrama de Figueredo, anunciando los festejos y la animación patriótica de las emigraciones, en virtud del desembarco de Martí y mío.

—Después de esto, no hay razón que pueda detenerme. Voy a Cuba con Ud., me dijo. Y no pude convencerlo de que hacía mal.

Era necedad querer dominar el patriotismo de un hombre de las condiciones de Martí, grande y admirable en todo.

Y cuando hablaba así, dando con el gesto más energía a sus palabras, yo vi lágrimas en sus ojos. Aquellas lágrimas del guerrero valeroso, que pocas horas antes había asombrado a todos por su talento militar y su valor; y que había sido el primero en dividir con el filo de su machete al soldado del déspota, —las sentía yo en mi corazón.

Yo sentía por Gómez admiración y respeto. Desde aquella noche, lo *amo con amor de hijo*...

Cuando tantos olvidan, cuando hay quien niegue al genio, su influencia y su prestigio, quizás por oculto remordimiento, es para mi consolador, —en medio de la soledad de mi vida— que haya quien como Gómez, sepa todo lo que la patria cubana debe a su libertador José Martí.

Sta. Rufina

6 Enero

En algún periódico leí que Portuondo había salido para Nueva York, y alguien me dijo que del Gobierno me llamaban para ocupar la Secretaría del Exterior; pero yo no me ocupé de estas cosas, porque no había recibido ninguna comunicación oficial.

Le hablé a Sánchez Agramonte —nombrado en mi ausencia—, Delegado de Sanidad, para que me indicara a dónde debía ir a servir a mi patria. Como era natural y lógico —puesto que había sido el primero en ir a la jurisdicción de Matanzas, y ya dejaba allí organizado el 5to. Cuerpo de Sanidad—, me dijo Sánchez que allí me correspondía volver. Antes de extenderme mi nombramiento, habló con Maceo, que como Jefe del Cuerpo Invasor, lo era del 5to. de ejército, y éste se opuso a mi nombramiento, porque quería aquel puesto para su médico el Dr. Hugo, —más moderno que yo— y sin título alguno para semejante distinción. Para evitar disgustos, y puesto que no me había de tratar con agrado si me imponía en aquel destino, que por deber me correspondía, le dije a Sánchez que me iría al Gobierno o él podía indicarme otro lugar en donde ir a prestar mis servicios. Consultó el asunto con Gómez, y éste me dijo que puesto que yo no quería imponerme y estaba dispuesto a trabajar como hasta aquí, él creía que yo podía ir de Jefe de Sanidad al 1er. Cuerpo de ejército, y a la vez, ayudar a José Maceo y a Félix

Ruenes allá en Baracoa. Acepté la proposición del Mayor, y éste me dijo que me daría una fuerza pequeña para que me escoltara.. Hablé del asunto a Maceo, quise ver hasta dónde llegaba la oculta inquina de aquel hombre —inquina que luego trataré de explicarme— y también encontró algo que objetar. —Creo, me dijo, que ese nombramiento no podrá hacerlo Sánchez, porque ya José debe haber nombrado al Jefe de Sanidad. No sé que le contesté, pero mis palabras debieron mortificarlo, pues noté en su semblante como si una contrariedad pusiera silencio en sus labios, y dejara en sus ojos la mirada de la ira. A pesar de esto, vi por la tarde a Gómez, y Sánchez me dio mi nombramiento, y quedó pactada mi marcha para el día siguiente. Gómez me ofreció una carta para José Maceo.

Y dejé el campamento sin despedirme de Maceo, pero llevando en la memoria sus palabras frías y envenenadas por sentimientos impuros.

Maceo no puede verme sin sentir algo como un remordimiento; fui yo quien combatió en la Asamblea, el plan de Portuondo, que fue escrito para levantarlo sobre Gómez y hacerlo el dictador y el señor feudal de nuestra República, y sobre todo, yo le recuerdo a Martí, a quien el odia, y al que le niega su influencia en nuestros asuntos patrios.

Me fui contento, y lo estoy. No quise dar un escándalo imponiéndome, pero le enseñé que sí sé ser cubano, sé defender mi dignidad.

El quedó con sus miserias, y su alma más negra que su piel, y yo, vengo tranquilo, satisfecho y sin vanidades. Me dicen algunos amigos, que no debía ser Sánchez sino yo, el Brigadier Delegado de Sanidad, otros creen también que así como a todos los que van ahora para Matanzas se les da un grado, a mí —con más razones— se me debía recompensar con el empleo de Brigadier, mis servicios en la Ciénaga y en la provincia de Matanzas.

Dejo a todos con sus buenos deseos, y con mi conciencia tranquila, y con la satisfacción del deber cumplido, sigo mi camino... el que me ha de llevar a tu lado, —vida mía—, pues es el que me ha de hacer digno hijo de esta patria a la que quiero con amor tan grande como el que me une a tí para siempre.

Copio aquí la carta de presentación de Gómez, pues la estimo como un título de honra, y quiero que tú la conozcas; dice así:

Cienfuegos.

Sr. Don José Maceo.

Mayor General Jefe del primer Cuerpo del Ejército.

Mi querido amigo:

Quisiera tener tiempo sobrante para hacerle una relación circunstanciada de la marcha triunfal hasta aquí del Cuerpo del Ejército Invasor, pero como el dador de ésta lo será el Doctor Fermín V. Domínguez, él, carta viva, le dará cuenta de todo.

El Doctor va nombrado Jefe de la Sanidad Militar del 1er. Cuerpo de Ejército, y por lo tanto, como mi particular amigo, se lo recomiendo muy mucho. El le será bastante ayuda, no solamente en el desempeño de sus funciones, sino también con su influencia política y social, sobre todo en la comarca de Baracoa.

Con saludos afectuosos a Jefes y Oficiales, queda de Ud.,

su querido amigo,

M. Gómez.

Salí el 20 del pasado, del campamento de Gómez y Maceo, y aún no he podido reunirme con el Gobierno. Desde el río Hanabana vengo atravesando caminos infernales y largas sabanas, y como es tan reducida mi escolta, y tan sagrados los compromisos y las obligaciones que me imponen los pliegos que llevo, y el puesto que ocupo en el Gobierno de la República, no estaré tranquilo hasta que no termine mi viaje y llegue por lo tanto al fin de esta peregrinación.

Encontré por el camino a Santiago García Cañizares, Secretario del Interior y amigo a quien quiero, por su talento y discreción. Si lo abracé con gusto, también lo tuve en apretar otra vez entre mis brazos al simpático e inteligente compañero Díaz Silveira, Brigadier, como Jefe que es, del despacho de los asuntos de la cartera de Cañizares. Díjele a éste algo de lo que me había pasado, y le enseñé mi nombramiento y la carta de Gómez.

No cree Cañizares que deba ir al 1er. Cuerpo como médico, sino que debo ocupar mi lugar en el Gobierno. Me dijo que tan pronto como se embarcó Portuondo, no sólo se me había pasado una comunicación oficial llamándoseme, sino que el Marqués me había escrito una carta en la que me decía que dejara toda comisión, y viniera cuanto antes

a mi cartera. Para más satisfacción mía, quiso escribir, y escribió al Marqués, el buen Cañizares, diciéndole que creía que él debía influir en mí para que no me fuera a Cuba y me quedara a su lado como Ministro, y por decontado, con la categoría de Mayor General.

No por el grado ni por los honores, sino por mi tranquilidad, y porque aliento así la esperanza de saber de tí, y aún, de poderte ver, creo que haré lo que opina Cañizares —si es que al llegar no encuentro algo que me haga seguir para Santiago de Cuba. Pronto, —quizás mañana— se despejará esta incógnita.

Las Pulgas, 7 Enero

No creo poder encontrar hoy al Gobierno. Nunca me han parecido más largos los caminos; es que sé que con Carrillo y Aguirre ha venido el hermano de Collazo, y ardo en deseos de verlo para preguntarle por tí.

Ojalá pueda decirme que te ha visto... y que sabe que tú no me olvidas!...

Si fuera yo a recordar los días que he pasado en la fuerza del Brigadier Francisco Pérez, y tratara de escribir todo lo que guardo en mi cerebro, sería interminable mi carta y dejaría en estas notas de mi vida militar, lo que está ya en mi diario; —que me lleva ahora mi buen Pinto, y que cuido más, por tí, para que juntos podamos leerlo algún día en nuestro nido amoroso...

Pero aquí, aprovechando todos los momentos, escribiré para tí. Esta carta es la charla de un corazón que es bueno, porque es tuyo, y que solo se siente contento, cuando piensa que tú no lo has olvidado, que tú no lo puedes olvidar nunca.

Antes de llegar al Cuartel General de Panchito Pérez, escribí una proclama que he ido dejando por los lugares en donde he acampado. Proclama que ha traído ya, a muchos a nuestras filas, y que ya está impresa, no porque yo me haya ocupado de esto, sino porque así lo han querido buenos cubanos de Sagua y de otras partes.

Yo no tengo ni he visto ningún ejemplar de los impresos, pero si consigo alguno, te lo guardaré para mandártelo.

Ahora hago que Pinto, que se la sabe de memoria, te la copie.

"A mis compatriotas cubanos"

Para ratificar con mi sangre un juramento sagrado, para grabar con buril de acero, en el blanco monumento del 27 de Noviembre el epitafio que allí falta, para eso he venido, débil de cuerpo, pero con alma fuerte, a la guerra que redime, a la lucha en que los hombres que saben serlo, dejan en el altar de Cuba Libre, con la modestia y el desinterés de los héroes, frescas y hermosas coronas de laurel.

A la tierra, quité los huesos olvidados de mis hermanos que asesinó la España que mata y que roba; en el día de la reivindicación, todos estuvisteis a mi lado, entre lo que hoy están conmigo, espero a los que faltan. No excito a nadie, a todos doy la cita de la honra. ¡Hay que levantar alto monumento en donde quede para siempre la gloriosa bandera de Yara!

A los que supieron ser hombres en día inolvidable para mí; a los que saben morir por la reinvindicación de la Patria, envía un abrazo desde los campos libres de Cuba: F. V. D.

Los Angeles 13 Enero 1896

Por fin llegué al Gobierno. Hace hoy tres días que estoy con él.

Me recibieron muy bien, y desde el primer día, ocupo mi puesto en el Consejo de Gobierno. En la primera sesión a la que asistí, dije que quería que se me aceptara mi nombramiento de Jefe de Sanidad del primer cuerpo de Ejército, para ir a tomar posesión, y después seguir en la Secretaría; pero no fue aceptada mi proposición. Por lo tanto, en la sesión de ayer, presenté una instancia que te copiaré aquí, en la que hago historia de mis nombramientos y de mis renuncias, terminando por hacer la del cargo de Subsecretario de la cartera del Exterior, para ponerme en condiciones de ocupar mi puesto en la Sanidad. No sé todavía que resolución tomarán mis compañeros.

Hoy te he escrito una cartica. Cuatro renglones que mando a Poyo para tí. Ya no sé consolarme de la pena de no tener carta tuya.

Yo no tengo más consuelo que el triste de pensar en tí. ¿Me habrás olvidado? ¿Habrá llegado hasta tí la noticia de mis enfermedades, y pensarás tú que yo te adoro hoy, tanto o más de lo que te adoraba cuando me separé de tí? Aquí cumplo mis deberes, pero a pesar de estar entre tanta gente, que solo estoy, vida mía!

Recuerdo ahora los días del invierno pasado. Estaba yo en West Tampa. Te veía todos los días... y ahora, —en estos campos de mi patria— me parece que tus ojos me siguen, y que no me olvidas, y que me quieres... Ah, si después de tantas angustias yo perdiera tu cariño, si tu dejaras de quererme... ah, entonces no preguntes por mí, sin fuerzas para sufrir, me iré a morir lejos de todo el mundo, y... tuyo será mi último suspiro. Será esa la sentencia triste de mi destino. Cuando pienso en esto, —perdóname, no escribo para ofenderte, ni calumniarte—, cuando pienso en esto, quisiera haber muerto ya, y que las balas de los españoles —que hasta ahora sólo han podido matar mis caballos— me hubieran matado a mí.

El Potosí, 14 Enero

No es la vida del campamento en donde se reúne el Gobierno, igual a la que he tenido que hacer allá por Matanzas. Las marchas son cortas y acampamos con comodidades y podemos descansar algunos días en un mismo lugar.

Estamos ahora en territorio de Las Tunas, y por primera vez, paseo estos campos de Oriente.

Te quiero describir —puesto que puedo— este campamento. Lo forma una plaza semicircular, que está rodeada en parte por el monte, y tiene al fondo un brazo de río, al norte, se extiende la sabana. Varias tiendas de campaña se juntan formando el pequeño pueblo en armas. En una está el Marqués y Masó, otra, la ocupa Roloff y su hijo, Pina y yo, ocupamos otra con Nodarse y Pinto, y las demás más pequeñas, son las de Alsina, Amstrong —que es mi Jefe de Despacho— y de los otros ayudantes. Casi en el monte está, la de Carlos Manuel de Céspedes y sus compañeros de expedición. Ahora en la sabana están preparando una mesa en forma de herradura para un *banquete* conque nos obsequia hoy el Teniente Gobernador, un tal Martí.

El Presidente siempre está en su mesa trabajando, y ocupándose de todos los asuntos de órden político.

Masó es un buen señor, buen cubano, pero que no parece ni militar, ni menos general. No puedo juzgar aún al hombre.

Céspedes es un muchacho simpático, parece más francés, que cubano.

Roloff es para mí, el amigo y compañero de la expedición. No tengo queja ninguna de él.

Vienen aquí muchos pacíficos a presentar sus quejas y a traer regalos, a pedir permisos y suplicar favores, es un constante entrar y salir de gentes.

Cañada Honda, 19 Enero

Seguimos nuestra marcha sin tropiezos.

El banquete en el que solo se sirvió lechón y carne guisada y dulce de boniato y miel de abejas, no estuvo muy concurrido. Se sirvió tan tarde, que algunos se acostaron y no esperaron, —como yo— con más hambre que un maestro de escuela.

Terminado el tajaleo ofreció Roloff, media botella de aguardiente compuesto, y como el que presidía era el Marqués, él fue el que escanció el brebaje aquel. Ofreció en primer lugar el vaso de metal, único lujoso en todo el campamento, al vicepresidente Masó, habló con dificultad y muy personalmente, haciendo alusiones al patriotismo, y saludando al simpático Céspedes, —nombrado ya, por el Consejo de Gobierno, Gobernador del *estado* de Santiago de Cuba. Fue este, el segundo en hacer uso de la palabra. Pocas frases bien dichas y meditadas con arte. Vivanco, efectista, pero entusiasta y talentoso, tuvo un párrafo felicísimo, fue el orador de la noche. Catá y Pina, hablaron también, y —como este último— dijera que en la revolución había faltas que corregir y defectos que remediar, yo tomé en sus palabras motivo para mi brindis, el que debía ser el último, como resumen, por quererlo así el Marqués. No sé lo que dije, pero si recordé los heroísmos que unen a todos los soldados de la república en una sola aspiración. El que dude esto, o se ocupe de buscar defectos en todos, y haga de la vida un constante motivo de duda, y se crea capaz de criticar los actos de todos, y ponga la burla y la ponzoñosa sátira allí en donde está obligado a dejar respeto y cariño, ese o es un miserable, o un necio. Bien sé yo, que no todos los que ocupan puestos elevados, tanto de orden civil como militar, son hombres sin tacha, pero sí son en su mayoría, hombres de buena voluntad, patriotas intachables. Dejemos pues, ahora, la crítica que enferma y empequeñece, si hay faltas, y las conocemos, hagámoslas nuestras, tratemos de corregirlas como si fueran nuestras, y no se olvide aquella sentencia de Martí; "recordar a un caído que es hombre, basta a veces, para levantarlo".

Y sobre este punto quiero apuntar un hecho que no puedo olvidar; hecho elocuentísimo que dice más que toda la charla ruin de los que en su pequeñez, sólo se pueden levantar sobre la difamación y la calumnia, y los mueve la envidia y la pasión.

Y es el ejemplo siguiente:

Antes de la batalla de Mal Tiempo, venían los soldados incómodos por lo largo de la jornada, por el hambre y por los malos vestidos, todos a una, trinaban contra Gómez y Maceo. De pronto anuncia la corneta que nos esperaba un combate, y todos gritaron llenos de alegría y pelearon como leones y olvidaron todos los motivos de disgusto. Alegres lucharon y vencieron, y después, en la larga marcha de toda la noche, no oí una queja. Contentos andaban por caminos infames, por barrancos peligrosísimos, habían matado 182 españoles y llevaban como trofeo del combate, la bandera del Batallón de Canarias.

Pero aquí es distinto el cuadro. Por desgracia para nuestra tierra, ocupan puestos en el Gobierno, hombres sin talento y jóvenes, buenos en el fondo, patriotas, pero llenos de vanidad. Y aquí, lejos del combate, lejos de los campos en donde se acrisola el patriotismo, se nota esa vida de comadreo que tanto daño hace a las causas tan grandes y tan sagradas como la que a todos nos congrega... Desde que estoy en la guerra, nunca he pasado días más tristes que éstos que paso aquí. No oigo más que crítica acerca del compañero y del amigo, no hay virtudes para estos jueces crueles y falsos, todo cae al peso de la diatriba infamante. Critican los defectos, y forjan faltas, para herir por la espalda, y ni el viejo soldado que merece respeto, ni el buen patriota, que todo lo ha sacrificado por la honra, merece para estos torpes, una sola palabra de cariño...

Yo no sé hasta donde puede llegar esta infame tarea, pero me asusta, y espantado quisiera huir de esta cueva de víboras. Pero no me iré, sin tratar de hacer todo lo que pueda por curar estos males, no temo a los críticos, si me asusta y me incomoda esta vida, es sólo por lo que tiene de ridícula y anti-patriótica.

Leían hoy los *críticos* del campamento, el último discurso de Manuel Sanguily titulado "Céspedes y Martí".

Y yo, que ya conocía ese hábil trabajo literario, en donde hace su profesión de fe revolucionaria, el que tanto se opuso, y tan duramente juzgó a Martí en otros tiempos, —oía con calma los juicios de los modernos *sabios*.

Manuel Sanguily ha visto caído a su hermano y se ha visto humillado por los acontecimientos, y él, que es hombre de gran talento, ha emprendido la obra de levantar al caído, trayéndolo al Partido que el negó, y levantando —para ampararlo y cubrirlo con ella— la bandera de Martí y Céspedes.

Yo entiendo bien este discurso. No hace mucho que al llegar a West Tampa, juzgando el movimiento revolucionario, decía: "Eso no tiene importancia, es cosa de negros, allá por Santiago de Cuba".

Y Benjamín Guerra, que vive, no debe haber olvidado que en la Habana, cuando en nombre de Martí, lo invitaba para que se uniera a los trabajos de Martí y fuera a Nueva York a hacerse cargo de la dirección de "Patria", dijo: —Iré si me dan 300 pesos mensuales, antes que la Patria está mi familia a la que no sacrifico por nada".

Su patriotismo y su separatismo, no obedecía a principios: les ponía precio.

Y luego fue él, quien —como consta en carta que obra en el archivo de Martí—, [dijo que] este vivía del dinero de los tabaqueros.

Calumniaba el que pedía 300 pesos por ser insurrecto. Y éste es, el que un pueblo le llama y le llamó, —cuando vivía aceptando la dominación española y codeándose con los Santos Guzmanes de la Colonia: —Catón.

Oí en el Cayo a un honrado tabaquero de la raza negra, el juicio siguiente:

Sanguily atacó tan duramente a Plácido, en estos momentos, porque creyó que así sembraría la desunión entre blancos y negros, pero se equivocó.

No tengo para él más que amor, si de buena fe viene a nosotros, y ojalá que sea, como redactor de Patria, lazo de unión, y sincero su deseo de ser útil a la patria.

Pero me dice Céspedes que va a París. Apunto esto, sin entenderlo.

Ciego de la Rioja, 20 Enero

Acabamos de pasar por los Moscones, y por el estrecho camino en donde el General Capote atacó a los españoles al principio de la

revolución, y allá por los primeros días del mes de Abril del año p.p. Fue esa la primera batalla. Veinte hombres de los nuestros, atacaron a los mil soldados españoles que venían seguros del triunfo, y ya traían las cuerdas con que habían de atar a las fuerzas desarmadas de Miró.

En el camino vimos huesos de los caballos del enemigo y un simpático bayamés, Teniente Coronel Mendieta, me contó detalles curiosos del combate. Allí murieron muchos españoles y en el campo quedaron más de quince; los heridos que se llevaron, pasaban de veinte.

Y es tanta la impresión moral que esta derrota ha hecho entre los soldados de España, que aún hoy, cuando pasan por ese camino, hacen descargas al monte, temerosos —sin duda— que se repita la escena que no saben olvidar.

Tengo que apuntar una desgracia: te escribí y te dí la dirección de Ferrer y Picabia, hoy me dicen, que los han hecho prisioneros, y están en un cañonero. Perdí ese conducto, y por lo tanto, perderé tu carta.

Palmarito 21 Enero.

Hoy en la marcha, recordaba Masó la entrada en Yara de Céspedes.

La noche era oscura, y para poder ver, llevaban en la avanzada los caballos blancos. Céspedes y sus ayudantes, entre los cuales estaba el difunto Titá Calvar, se disponía a entrar triunfante en el pueblo, pero a la llegada lo recibió a tiros, fuerza española; sin embargo, dice Masó que entraron, y que celebraron una junta. Así empezó aquella guerra en la que tantos heroísmos escribieron una de las más hermosas páginas de nuestra historia.

Sta. Gertrudis, 24 Enero.

Ya tengo en mi poder el oficio en el que mi compañero Vivanco, Secretario y Canciller del Gobierno, me comunica el acuerdo de la Junta, que ya me manda entregar mi nombramiento de Jefe de Sanidad del 1er. Cuerpo, aprobado ya por mis compañeros.

Antes de dejar aquí las consideraciones que este asunto me sugiere, quiero copiar, primero, mi renuncia, y luego, el oficio de Vivanco.

Dije así en mi renuncia:

"C. Presidente y miembros del Consejo de Gobierno:

Deseoso de dar cumplimiento a las órdenes del Mayor General Máximo Gómez, y servir a mi Patria, allí en donde él entiende que mis conocimientos y aptitudes pueden ser más necesarios, acompaño a estas líneas, mi nombramiento de Jefe de Sanidad del 1er. cuerpo del Ejército, para su aprobación.

Después de haber cumplido la orden del que fue Jefe del 4º Cuerpo C. Mayor General Carlos Roloff, por la que constituí el 5º Cuerpo de Sanidad, acompañando en sus operaciones militares al Brigadier Francisco Pérez, fuí nombrado por el Mayor Gómez, Jefe de este cuerpo, luego que me incorporé al Ejército invasor, en Mal Tiempo. Renuncié a este destino, y por lo tanto, al ascenso que me correspondía, pensando que por encima de los intereses particulares, están siempre los altos y santos intereses de la Patria, ahora, para poder ocupar mi lugar en el cuerpo de Sanidad, y obedecer la orden del mayor, renuncio también el cargo de Subsecretario de la cartera del Exterior, que hoy, por la ausencia del Secretario Rafael Portuondo me eleva a este puesto, creyendo que así cumplo con mis deberes, y así sirvo mejor a la causa de la independencia de nuestra amada tierra.

Con fecha 11 del que cursa, reunido en sesión el Consejo de Gobierno, fué presentada su comunicación adjuntando el nombramiento de Jefe de Sanidad del 1er. Cuerpo de Ejército, expedido por el Jefe, en cuya comunicación hace renuncia expresa del cargo de Subsecretario de Relaciones Exteriores, por estimar un deber de patriotismo el ocupar el destino que en el Cuerpo de Sanidad se le ha señalado. En vista de todo lo cual, se acordó en dicha sesión, confirmar el nombramiento de Jefe de Sanidad indicado, y no aceptar la renuncia que hace del cargo de Subsecretario de Relaciones Exteriores, por estar ahora desempeñando interinamente la Secretaría, debido a la ausencia del Secretario efectivo, y además, estar este Gobierno en marcha hacia el Cuartel General del 1er. Cuerpo de Ejército, para donde ha sido designado como Jefe de Sanidad.

En tal virtud, sírvase Ud. darse por notificado del acuerdo predicho, acusando recibo de la presente, que tengo el honor de pasarle a los fines indicados. Patria y Libertad, en Cañada Honda, Enero 19 de 1896. —El Secretario del Consejo —José Clemente Vivanco.— Hay un sello que dice: República de Cuba, Consejo de Gobierno, Secretaría. C. Subsecretario de Relaciones Exteriores.

Estoy por lo tanto ya libre, para ocupar mi puesto en el 1er. Cuerpo.

Entre otras muchas que me guardo, dos razones son las que me inducen a irme de aquí. Es la primera, mi deseo de no tomar parte alguna, —ni directa ni indirectamente, en la obra de la desunión. Aquí todos viven de la murmuración, todos critican los actos del compañero, y cada uno se cree un genio. Yo entiendo que todos debíamos tomar como nuestras, las faltas de los que a nuestro lado están, y que el que hace algo por la desunión, es un traidor y es un infame. Pongo yo todo mi empeño en combatir las miserias entre las cuales me muevo, es tarea sí estéril y pesada, a la que no me sustraigo, pero sin éxito al fin, pues nadie quiere dejar a un lado su vanidad, y todos lo que quieren es llamarse incólumes, y pasar la vida lo mejor posible, sin sacrificar nada, y sin dejar nada como ofrenda en el altar de la patria. Yo vengo de la guerra, yo vengo de los centros guerreros en los que si hay que sufrir alguna ordinariez al Jefe y al oficial sin instrucción, a diario hay que admirar los heroísmos de los soldados, y por eso no puedo avenirme a la inacción, y no puedo soportar —por antipatriótica y cobarde la vida de la murmuración, y por eso quiero irme.

Y hay otra razón: si viene Portuondo, y no tomo posesión de mi destino, lo pierdo, y luego me quedaré de médico del Gobierno.

Padró y Carrillo, y el hermano de Collazo, acaban de llegar. Le he caído a Collazo como una *lapa.*

Poco me ha hablado de tí, pero me ha dicho algo que me ha sacado de una duda. Me ha dicho que tú habías recibido mi carta de Cayo Pino.

No he podido hablar mucho con él, pero sus pocas palabras han sido bastantes para que me sienta feliz.

Hay alegría en mis sufrimientos. Te veo leyendo lo que he escrito con el corazón, más que con la pluma. Te veo lejos de mí, pero te siento, —alma mía— tan a mi lado, que me parece corta la distancia que nos separa, que me siento amparado en mi triste vida por tu mirada de fuego...

Ah, mi Dios! que no pierda yo nunca tu amor santo, que viva yo en ese corazoncito tuyo, en donde he visto yo en mi vida triste, la felicidad! Y que no dudes tú, —tan digna de ser amada—, de mi amor— más grande que mis penas, y digno de tí, puesto que es hijo

de tus virtudes y tus encantos, porque vive con el fuego puro de tus ojos, y en tu alma tiene su templo!

Siento que no te haya visto antes de venir a Cuba; una letra tuya me hubiera hoy dado el consuelo más grande, pero hay que esperar, y esperaré. Y esperaré con el alma llena de pena, pero con el alma llena de anhelos santos. Si tengo la dicha de leer una carta tuya, ya me parecerá más humana mi vida de soldado. Y leer tus consejos, y verte en tus palabras, y sentirte en tus quejas, y nacer a la vida en una de tus palabras cariñosas... Sueño, sueño sólo con tus cartas, sueño con tus protestas de afecto y me siento más solo con este triste silencio tuyo...

Y esta es una de las causas de mi separación del Gobierno. Espero poder organizar mi correspondencia desde Cuba, y ya me parece que recibo la contestación de estas líneas que ahora te escribo. ¡Seis meses de guerra y ni una carta tuya! Seis meses, y en todo este tiempo, la soledad del alma, y la tristeza de mi corazón.

---

26 Enero.

Seguimos en el mismo campamento. Llegan distintos jefes de Oriente y con éllos, las noticias de los últimos combates. Nos persiguen tres columnas, con las que han tenido fuego fuerzas de Rabí que es el jefe del 2º Cuerpo de Ejército.

He tratado en estos días de campamento, a Francisco Carrillo. Es un hombre muy simpático, y un general que lleva en su semblante, el sello del valor.

También está aquí, Batista Varona, el comandante camagüeyano que conocí allá en el Cayo, *Pespunte.*

Y Rafael Manduley el famoso coronel Jefe de Estado Mayor de Masó, sigue tan *catedrático* como siempre, y como siempre, inútil.

Hoy le oí decir al presidente Cisneros: las dos hojas de servicio más bonitas de la guerra pasada, fueron las de los oficiales Lacret y Maestre.

Acabo de escribir una carta al Jefe español Pin, en la que le digo que los cubanos no hacemos guerra infame, sino defendemos con valor nuestros derechos. Estoy contento, le he salvado la vida a un capitán español prisionero de guerra nuestro. Con la carta, se

lo devolveremos a su Jefe, así le enseñamos a cumplir los deberes de hombres de este siglo; pero como bien sabemos que nada han de aprender, a pesar de nuestra conducta, así lo digo en la carta. Cumplimos con nuestros deberes como hombres, pero sin pensar en recompensas de ninguna clase.

Realmente se siente satisfecho el que salva a un hombre de la muerte, pero la satisfacción de hoy, me trae a la memoria días que han pasado, pero que yo no olvido nunca. —Me refiero a los que pasé en la jurisdicción de Matanzas. Allí no se había peleado antes de mi llegada. Las partidas, cortas en número casi todas, y mal armadas, poco podían hacer. Los ciento cincuenta hombres que salieron de la Ciénaga, y que Matagás tenía a su lado sin prestar servicio alguno, fueron los héroes de Cayo Espino y otros combates de importancia, y en menos de dos meses, ya pudimos reunir más de 3000 hombres.

La vida militar era una ansiedad constante. Los hombres del campo, no creían en la guerra, y no entendían su importancia, los ricos, engañaban a los pobres, y les decían que España nos vencería, para poder hacer la zafra, y no pocos miserables, militaban en las filas del gobierno del déspota como guerrilleros. De aquí, que los espías y los infames delatores abundaran tanto por aquellos lugares. Y no era esto sólo lo que nos hacía pesada y difícil la vida por allá, sino también los innumerables abusos de los *plateados*.

En la pelea, es cosa a la que hay que acostumbrarse, el cuadro triste del soldado que expira, del herido que sufre los dolores de la amputación o la curación de la herida que lo prepara para la larga marcha en la hamaca, hasta que se encuentra en el monte, lugar a propósito, para instalar el hospital de sangre.

Pero hay otros cuadros de dolor que dejan triste recuerdo, y entre estos, es el más triste, el traidor o el infame, a quien hay que colgar de la *guásima*. El ahorcado es feo, y es la forma más triste de la muerte.

Y hemos tenido que ahorcar a muchos hombres. Por traidores los unos, y por espías y plateados los otros.

De dos recuerdo, que aún me parece verlos de lejos en dos árboles cerca de un camino. Llegamos a un rancho en donde nos recibió una pobre anciana y una guajirita —(no te pongas celosa recuerdo que era bonita porque me hizo pensar en tí)—. Le preguntamos si sabían de la tropa española y nada nos respondieron que pudiera hacernos sospechar alguna infamia. Ya íbamos a dar nuestras órdenes para acampar, cuando la *cuya* guajirita me dijo: yo soy cu-

bana, y debo decirle que mis dos hermanos han ido a buscar a los españoles. Panchito Pérez —mi amigo y mi jefe— la escuchó haciéndose el indiferente, dio las órdenes oportunas, y antes de retirarnos al monte próximo, se pusieron dos emboscadas en los caminos. Dos horas más tarde, vinieron los dos hermanos de la pobre muchacha con las fuerzas españolas. Nos había salvado de una sorpresa su patriotismo, pero su inocencia o su falta de talento, condenó a muerte a sus dos hermanos..

Me daba pena luego, oir las frases de aquella pobre anciana, y con sus lágrimas y las lágrimas y los lamentos y los gritos de dolor de la hermana, el llanto del huerfanito que por sus pocos años no se podía explicar aquel cuadro de penas en donde la justicia había dejado el peso de su espada, y la guerra había sellado con las energías del deber.

Decían los campesinos de Colón y Matanzas, que los españoles no cometerían en esta guerra, las infamias que en la pasada, y así explicaban los favores y servicios que según ellos, se veían *obligados* a prestarles.

Por desgracia, la batalla de Cayo Espino les hizo comprender lo equivocados que estaban. Sentí que las tropas del General Prats fusilaran a todos los pacíficos que se encontraban en Cayo Espino después del combate. Pero esta desgracia nos fue provechosa, porque ya después se ocultaban avergonzados los defensores de la *tropa*.

Y fue aquel acto uno de los más inhumanos que hasta ahora registra la guerra. Sin formación de causa, reunieron a los pacíficos, y a la vista de las pobres madres y de las esposas, los fusilaban sin oirlos, sin dejarles dar a sus hijos un beso de despedida... Y una pobre niñita de 9 años que quiso ver a su padre en aquel momento terrible, recibió una herida de bala que casi la lleva a la tumba.

Allí muerieron dos tíos de mi buen hermano Piñán.

Después de la batalla, escribí una carta al General Prats que le mandé firmada por el Brigadier Panchito Pérez y la que hago copiar como recuerdo.

Decía así:

Si no fuera el deseo de enseñar a los extraños, la manera inicua que tienen de hacer la guerra los Jefes españoles de su talla, no me tomaría el trabajo de escribirle. La infamia perdura, la infamia

y el asesinato no se esconden, y si en el campo de la guerra es laurel y es corona amparar a las familias, asesinarlas es también sello infamante que queda en la historia para vergüenza de España, y que da a nuestras armas un derecho más, unido a los muchos en que se basan nuestros empeños revolucionarios.

Mucho han hablado los periódicos de la batalla de Cayo Espino, las noticias han sido confeccionadas por agentes españoles y a pesar del empeño de disculpar actos para los cuales no hay en los códigos castigo bastante, se ve cómo los hechos mismos se convierrten en testigos y acusadores.

Gran importancia dio Ud. a nuestras fuerzas, cuando sólo contábamos con 280 de Núñez y míos, los cuales operaban bajo mi mando.

Fuerte arremetida fue el principio de la batalla en el que quedaron en el campo, al filo de nuestros machetes, más de 14 muertos y como 20 heridos. Esta fue por nuestra parte, el principio del combate, después llegó el refuerzo y llegó Ud. para dejar en Cayo Espino en cada piedra y en cada árbol, un recuerdo de su maldad. Nuestra infantería resistió con valor el refuerzo, y allí quedaron más de 30 españoles entre muertos y heridos.

Frente a frente, desafiamos los cubanos a los soldados de Ud., y cuando caían esos soldados más dignos que Ud., del respeto de los hombres, sin consejo de guerra, sin llenar ningún requisito, asesinó Ud., a hombres indefensos, atropelló Ud., a mujeres y niños, sin duda pensando, en que quitándonos el apoyo de los pacíficos habíamos de andar muy mal por el campo.

No es este hecho, el único en esta guerra, pero ahora que se escribe, ahora que se dice que el General Campos, no quiere la guerra de represalias, bueno es que sepa Ud., cómo sabemos estos hechos, y bueno es también que sepa todo el mundo lo fácil que será su comprobación.

A los pacíficos los asesinaba Ud., y a un Guardia Civil prisionero, le hemos perdonado la vida.

Si cuando lea Ud. esta carta, siente en su alma algo así como la acusación, recuerde a la vez, que es muy difícil medrar en la vida a costa de sangre inocente, y que al cabo, aún los miserables, tienen su momento de expiación.

Conmigo, los que no saben asesinar, lo emplazan a Ud. para ese momento.

Mandé esta carta, con un largo artículo para "Patria". ¿Se habrá publicado?

Espero que tan pronto como arregle mi correspondencia, tendré todos los periódicos.

Te encargué en una de mis cartas, que me guardaras todo lo que se relaciona con Martí para poder terminar a tu lado el libro que voy escribiendo sobre él. Tengo ya mucho adelantado, y espero, que si no por los juicios míos, por los datos que allí reuniré, y por la importancia política de Martí, lograré que sea leído con gusto por todo el que sepa ser cubano. Pero ese libro para que sea bueno, tengo que terminarlo a tu lado.

Mi diario te lo iré mandando, tan pronto tenga la seguridad de que ha de llegar a tus manos.

Por cierto, que cuando ese diario se publique ha de poner en claro muchas cosas curiosas. Hoy me decía Collazo, que se había publicado en "El Yara" una carta de Serafín, en la que se hablaba de algunos de nuestros compañeros. No sé lo que dirá Serafín en esa carta, pero me ha sonado en el oído el nombre de un cojo que vino del Cayo que *dicen* es un gran tirador y hasta hoy, no se ha podido lucir, pues siempre que hay fuego, se encuentra —sin duda por casualidad— en la impedimenta.

Pasan pues los días aquí, sin saber del mundo. Ni un número de "Patria", ni del "Yara" he podido ver. A tí te encargo que me guardes todos los periódicos que se ocupen de mí. Sé ya, que no me han de matar los españoles y que he de ir a tu lado, y que juntos hemos de leer todo lo que para acercarme a tí, y por no sentirme solo, escribo ahora.

28 Güairajal.

Ayer hemos aprobado en el Consejo, la ley de Organización Militar.

Y hoy te he escrito diciéndote por dónde puedes escribirme. Ya voy encontrando amigos antiguos, entre ellos el Teniente Coronel Balán. Con gusto he estrechado la mano a este valiente, que a pesar

de sus viejos balazos ha venido a la guerra a enseñar a los soldados noveles, cómo se conquista puesto honroso en la filas de la república.

No sé aún, si me voy de una vez del Gobierno, o me quedo hasta la llegada de Portuondo. Si me dejan con licencia, y sin perder mi destino en el Primer Cuerpo, me quedaré, si no, no. Y tengo que anotar con agradecimiento, el empeño que todos demuestran porque no me vaya de aquí. Y con satisfacción veo, que mis consejos han hecho que en parte, se estén cortando ya los disgustos, y no tenga la murmuración, tan perniciosa influencia entre hombres que deben estar unidos en sentimientos y aspiraciones.

Si me quedo, seguiré cumpliendo con mis deberes, y contento pasaré los días, aunque tenga que sufrir. Aquí los hombres no hemos venido sino a ofrecer todo a nuestra patria, todo, hasta la vida...

Yo por mí no me ocupo de las penas. Ya me dice todo el mundo que he variado; que tengo el carácter *más dulce* y *que no soy tan peleador* como antes. Me encuentro yo tan malo o tan bueno como antes.

Aunque físicamente no soy el mismo. De fealdad, no hay nada que hablar, por desgracia, es la misma... pero estoy más delgado, o mejor dicho, flaco. Ya no me dan fiebres, pero el paludismo de la Ciénaga, aún me tiene algo mal. No me quita esto ni el apetito, ni la buena disposición para todo. Ni las marchas, ni los trabajos como Ministro, ni las penalidades todas de la campaña, me afecta en nada, estoy fuerte como un roble.

Y aunque en más de una de mis cartas, ya te lo he pedido, aquí lo he de repetir. Perdí por mi desgracia, en la Ciénaga, tu retrato. Te suplico por lo tanto, que me mandes uno lo más pronto que puedas. Con tu retrato he pasado tantos días, y ha sido el confidente de tantas horas de pena... que no sé olvidar el día en que lo perdí para siempre. Espero pues, otro. Te tengo en mi alma, te llevo en lo mejor de mi corazón, y sin embargo, me hace falta tu retrato. Y si te haces uno nuevo, no dejes de mandarme otro de los que te hiciste en Tampa el año pasado.

Se acaba el cuaderno, y aquí terminó esta carta que creo podrá estar en tus manos, pronto.

Corrige las faltas, por tú puntos y comas, y recibe, con el suspiro más amoroso, el recuerdo del que morirá adorando a su Asunta,

Fermín.

Canastas 31 enero 1986*

Ya estamos en el Cuartel General del Mayor Maceo (José). No quiere el Marqués que me separe del Gobierno. Veré si puedo arreglar mi destino, de modo que pueda conservarlo después que llegue Portuondo.

He abrazado a mis amigos de Oriente, a Félix Ruenes y otros buenos cubanos.

6 Febrero.

Guarda estos recuerdos míos que son solo para tí. No lo enseñes a nadie, porque hay juicios que he escrito con todo mi corazón y que algunos pueden juzgar mal.

Te abraza y te besa tu,

Fermín.

---

* En el cuadernillo correspondiente, aparece esta anotación al principio, correspondiendo por su fecha al final del mismo.

2ª S.
2. Sic.) (*)

Asuntica de mi vida:

Es tan necesario a mi espíritu estar en relación con el tuyo, que me parece poco, para dejar en el papel algo de lo mucho que guardo para tí en mi alma, todo lo que escribo.

Saber yo de tí, es el único anhelo de mi vida. Y será para mí uno de los días más grandes de la guerra, aquel en que reciba carta tuya, y tu retrato.

Pego aquí un recorte en donde se habla de la vuelta a España del General Campos, porque estimo yo este hecho, como una batalla ganada al enemigo, sus palabras servirán algún día al que escriba la historia de los miserables voluntarios de la Habana, para asegurar que los de ahora, son de la misma calaña de los que el 27 de Noviembre del 71, fusilaron a mis pobres hermanos y pusieron un grillete en mi pierna.

Guarda estas líneas mías y ve en ellas todo el amor de tu

Fermín.

MARTINEZ CAMPOS

Entrega de mando

SABAS MARIN

Toma de posesión

Desde las primeras horas del medio día de ayer, se susurraba la noticia con motivo de la llegada por la mañana, del general Marín, de Colón, de que el general Martínez Campos iba a entregar el mando de Capitán y Gobernador General de esta isla, embarcándose en el primer correo para la Península.

A las cinco de la tarde, pudimos confirmar la noticia de una manera positiva, sabiendo que el general Martínez Campos había recibido un telegrama del Presidente del Consejo de Ministros, autorizándolo para entregar el mando al general Marín.

(*) Archivo Nacional de Cuba. *Donativos.* Caja 272, No. 13.

A esa hora supimos que las Autoridades y Jefes y Oficiales del Ejército de guarnición y de Voluntarios y Bomberos estaban citados por S. E. para las seis de la tarde con ese objeto.

A las seis de la tarde, llegaron a Palacio, el general Marín, generales Arderius, Barraqué, Rey, Loño, general de Marina, Intendente Militar, Auditor de Guerra, el Obispo, Coroneles de Voluntarios, los Jefes y Oficiales de la Guarnición y las Autoridades Civiles de esta Isla.

Una vez en el salón principal, el general Martínez Campos, que tenía a su izquierda al General Marín, dirigió la palabra a los concurrentes, manifestando que los había citado a todos para anunciarles que habiendo sido autorizado por el Gobierno de S. M. para regresar a la Península, iba a entregar el mando de los cargos de Gobernador y Capitán General de la Isla, al General Marín.

Acto seguido, el General Martínez Campos conmovido, continuó hablando de la gestión de su mando, durante los meses de operaciones en que ha estado encargado de ellas, y cuando llegamos al salón, oímos que decía que gran parte de la opinión de esta isla creía que el General en Jefe debía tener menos contemplaciones con el enemigo; y aunque acaso, añadía, esa queja sea legítima, yo no podía hacer otra cosa, porque siendo como es, cuestión de conciencia, la mía, me dictaba que no debía hacerlo, ajustándome así la regla de conducta que había seguido en las dos guerras civiles de la Península y Cuba, pasadas.

No trato de disculparme, dijo, pero puedo aseguraros que en esta guerra no he ido más allá; pues nunca, como he dicho antes, he fusilado más que a los bandoleros, o cuando el enemigo fusilaba los soldados que tenían la desgracia de caer en sus manos.

Pero en estos tiempos, el enemigo, y sépase que no quiero elogiarlo, porque no lo merece, quien a pretexto del grito de independencia agota los medios de destrucción y de ruina, no fusila a nuestros soldados, aunque esa conducta ya lo sé —no obedece a sentimientos nobles, sino a un plan político, porque no pueden tener sentimientos, los que por doquiera que pasan van incendiando las propiedades y destruyendo toda la riqueza de este hermoso y desgraciado país.

Pero el hecho es, que no maltratan a los soldados y devuelven los heridos.

Sin embargo, yo he fusilado dos cabecillas, he mandado a los presidios de Ceuta a muchos, y he dado últimamente la orden de que

sean fusilados *in continenti* todos los que se cojan incendiando los campos.

Pero la desgracia me ha perseguido durante el mando, agregó más adelante.

Cuando los insurrectos entraron en la provincia de Matanzas, tomé la resolución de venir a la Habana para poder dirigir sin que las interrupciones telegráficas me lo impidieran, y todos fuisteis testigos de cómo se me recibió aquí, a pesar de que no lo solicité, pero que soy enemigo de festejos populares. Pues bien, al día siguiente, a los pocos días, comenzó la agitación, y se escribieron cartas a Madrid pidiendo mi relevo, cuando públicamente dije que el día que no tuviera la confianza de todos se me dijera claramente, porque si en aquella ocasión consentí continuar en Cuba, era porque quería ser solamente agente de la opinión y por cumplir además con el que me había impuesto.

En vista de estas circunstancias, reuní ayer a las personas más caracterizadas de los tres partidos, y a otras de significación, y lo que ellos me dijeron, lo trasmití al Gobierno de S. M., y éste, inspirándose en altas miras patrióticas, y ahogando todas las simpatías personales con que me honra, me ha autorizado, como lo hago en este momento, para entregar los mandos de Gobernador General y Capitán General, al General Marín.

No tengo que hacer elogio a él, porque bien le conocéis. Como Jefe de columna se ha batido bizarramente, como Comandante General, ha demostrado dotes excelentes, y como Gobernador General, ha demostrado condiciones de aptitud para gobernar.

Quiera el cielo que tenga más acierto que yo, y devuelva a este país, las venturosa paz que todos deseamos.

El General Marín contestó conmovido, haciendo un elogio del General Martínez Campos, cuyas dotes de militar todos conocían y cuyos relevantes servicios a la Nación, y a las instituciones eran también reconocidos por todos.

A ayudarle con todas mis fuerzas, y a ser su más leal subordinado, vine a esta isla, pero hoy, por altas razones de abnegación y patriotismo nos abandona. Séame pues permitido en este momento, reiteterarle más que nunca en mi nombre y en del ejército, la más respetuosa consideración al ilustre soldado de noble corazón que nos abandona.

Cuanto al ejército, espero su más decidida cooperación para restituir en breve plazo la paz en este país.

Terminado el acto, el general Martínez Campos se despidió uno por uno, de todos los concurrentes, saludando a los corresponsales de los periódicos de la Corte y a varios periodistas de esta capital, con quienes estuvo hablando breves momentos en el salón contiguo.

Pocos momentos después el general Martínez Campos llamó al Secretario del Gobierno General, y Jefe de Estado Mayor para que diesen cuenta al Gobierno de haber hecho entrega de los mandos al general Marín.

El general Martínez Campos, acompañado de sus hijos y Ayudantes, se embarcará en el correo del día 20 para la Península.

DESPEDIDA DEL GENERAL CAMPOS

Sres. Generales, Jefes, Oficiales y Soldados. Voluntarios y Bomberos:

El gobierno de S. M. (q. D. g.) ha dispuesto entregue el mando al dignísimo General D. Sabas Marín. Ejerciendo a la vez los cargos de Gobernador General y General en Jefe, tenía que responder a los dos. No he sido afortunado a pesar de vuestro valor y sufrimientos en el segundo. No he acertado en el primero, a seguir la política de guerra, que la opinión de los partidos constitucional y reformista querían que siguiese, y que mi conciencia me impedía seguir; expuse estas consideraciones al Gobierno, quién sabiamente, y encargado de velar por los altos intereses de la patria, y comprendiendo la incompatibilidad que entre los dos partidos y yo, existía, se ha inspirado en altas miras de patriotismo.

Mucho siento separarme de vosotros que tantas pruebas de afecto me habéis dado, siento más, el no haber por mi doble cargo, compartido con vosotros, las fatigas, privaciones y peligros, en la medida que correspondía como General en Jefe. Si en mí ha habido deficiencias como General en Jefe, vuestro valor, vuestra disciplina, vuestros sufrimientos, y el constante anhelo de dar vuestras vidas por la patria, ha casi desvanecido aquéllas.

Orgulloso me siento de haberos mandado, y no necesito encareceros, sigáis como hasta aquí, bajo las órdenes de mi querido amigo y compañero, el General Marín, que sabrá conduciros a la victoria, y la tranquilidad a la Madre Patria.

Habana, 17 de Enero de 1896.
Arsenio Martínez de Campos.

Holguín, 3 Febrero, 1896.

Maibio.

Sigo mi Asunta, la carta íntima, en la que dejo la relación de mis alegrías, y con la que me alejo de todo lo pequeño de este mundo para elevarme a tí, que eres para mí, lo alto, lo puro, —el lazo de flores que me une a mi Dios, y el ángel de amores que me guarda la única recompensa que espera mi pobre corazón.

Nunca he tenido más que una vanidad: el ansia de servir a mi patria, y de trabajar como el primero, por su libertad y por su honra.

Y cuando pude haber sentido el halago de los que me estrechaban entre sus brazos, sólo he gozado con la satisfacción del deber cumplido, y los aplausos me han excitado para trabajar con más fe. Después de todo lo que he luchado en la prensa y en la tribuna, aún me parece que no he podido hacer nada por mi pobre patria...

Y aquí estoy gozando con todos mis dolores, y con las contrariedades que son la cruz que cargo con orgullo en este *vía crucis* que se llama: la vida.

Pero en la vida mía, yo que tanto he sufrido, nunca he podido soñar con la felicidad, hasta que tu amor ha encendido en mi alma, la única esperanza. Por tí vine animoso a la guerra, y me sostengo fuerte en mi puesto. Hubiera yo llegado aquí con la muerte en el alma, sin esperanza, sin ambiciones, con el deseo de caer, para así descansar para siempre, y empezar a vivir en la tristeza de las tumbas. —Te amo pues vida mía, con amor tan grande, y me siento tan feliz pensando en los encantos de tu cariño, en los consuelos que tu alma me guarda, que la única nota que me hace dichoso es la que vibra en mi cerebro, al recordar que no estoy solo en el mundo, que tú me esperas, y que en tus brazos está la mejor corona para mi pobre cabeza en la que son tuyas mis mejores ideas.

También por tí, no quiero morir. Y por tí, anhelo que llegue pronto el día en que libre ya mi Cuba, vea yo en tus ojos hermosísimos, la gloria con que nunca soñé...

Ahora, al escribir en estos campos de la guerra, todo me parece tan natural, si es el combate el que me hace ocupar mi puesto, y si veo caer a mis compañeros y tengo que disparar mi revólver o curar a los heridos lo único que me hace soñar con la felicidad es tu amorcito santo, por eso al escribir, no tengo más ideas que las que tú me inspiras.

Siento no poderte pintar de distinta forma mi cariño, no quiero que lleguen hasta tí mis penas y mis lágrimas, pero sí quiero que nunca olvides todo lo que te quiero, y que sepas que siempre, a toda hora, piensa en tí tu constante adorador.

Desde que nos hemos juntado con el Mayor General José Maceo, la vida ha sido distinta...

---

5 Febrero.

Sigo hoy esta relación en la que apunto cosas que a mi juicio, son de vida o muerte para nuestra revolución.

Y por ahora, escribo a la carrera, porque no me queda tiempo para nada; lo comprenderás, cuando leas todo lo que ha pasado en estos primeros días del mes que señala ya en nuestra historia un año de guerra.

Como ya te dije, no ha querido el Gobierno que me quede en el primer cuerpo como pedí en mi renuncia; luego han pasado cosas que me obligan a quedarme para cumplir un deber que entiendo de alta significación. No sé si tendré que dejar a mis compañeros. No quiero tampoco prejuzgar sobre este asunto; decidido a servir a mi patria, haré lo que en consonancia con mi conciencia juzgue más oportuno y más útil.

A la llegada de Maceo con sus fuerzas, empezaron los trabajos de los hombres del Gobierno, y fue el primero, una junta en la que se consultó a Maceo su opinión sobre los trabajos políticos que debían emprenderse. Se discutió si era necesario ir ahora a las Villas a apoyar a Gómez, o si era más útil emprender operaciones militares para hacer concentrar aquí las fuerzas españolas. Maceo, en su puesto, dijo que pelearía en donde se le mandase, o seguiría en Oriente. Manifestó también, que no lo movía más que el deseo de servir a su patria. El Marqués no dijo claramente en esa reunión cuál era su opinión, pero parecía inclinarse a la idea de que permanecieran las fuerzas cubanas en sus puestos operando todas con energía. Masó, —que ese día estaba excitado por la inquina que lo mueve siempre que se trata de algún asunto que se refiera a los hermanos Maceo, —con muy poca suerte dijo, con rebuscado énfasis, que puesto que había podido el ejército invasor determinar la salida

de Martínez Campos de Cuba, una nueva expedición que llevara por Jefe al prestigioso José Maceo, llevaría al Morro la bandera tricolor.

(Mayarí) Migiales 7 Enero(*)

Perdona mi almita que siempre que te escriba, lo haga en estas notas para recordar asuntos políticos. ¿ Pero en cuáles mejor que en tus manos puede estar todo lo que yo escriba?

Y tengo que aprovechar todos los momentos que me deja libre mi puesto en el Gobierno, y las ocupaciones militares, pues si lo que escribo ahora, lleva el sello de la lealtad de mi alma, mis apreciaciones, por lo sinceras y desapasionadas, me servirán algún día para escribir la historia de esta revolución grande, en la que sobre todas las ambiciones y todas las miserias de algunos de sus hijos, están las virtudes de los más valientes y más intrépidos y sufridos soldados del mundo.

Es por eso, mi Asuntica de mi vida, que no te cuento ahora todas las cosas que pasan en mi alma al pensar en tí. Dejo para cuando ya no quede tanto en la memoria que no quiero perder, pues aquí, —en la guerra, ni sabe uno a dónde ha de dormir cuando amanece, ni si el boniato asado o el pedazo de carne asada o cocida con sebo, que tras una marcha empezamos a comer en la hamaca, la hemos de acabar de engullir a caballo, y de nuevo en marcha o cargando el rifle o descargando el revólver. Hay por lo tanto que aprovechar todos los momentos, y sobre todo, yo tengo que escribir en mi hamaca, porque el Ministro del Exterior, no tiene, —como el de la Guerra y Hacienda—, mesa de tijera en donde hacerlo. Cuando como ahora, puedo conseguir de Alsina, Jefe del Despacho de la Guerra, un lugar en su mesa, y si como ahora, no me rodean como casi siempre, todos, para hablar y discutir a la vez con tal estrépito, que no hay quien se atreva a trazar una línea. En esos momentos, hay que oir el periódico de Cuba o de La Habana que lee uno, o la carta del amigo, o suplicar al compañero que le de un pedazo de casabe para aplacar el hambre... Mi pabellón es el más popular. En él están los muchachos todos, los viejos se unen con el Marqués y Masó y el General Roloff.

(*) Este día corresponde al mes de Febrero.

Pero sigo las consideraciones que me han de sugerir los hechos que van pasando ahora, y que tienen una gran importancia para los destinos de la patria.

De aquella primera reunión, nada se sacó como acuerdo, pero me sirvió para conocer a José Maceo, y para empezar a juzgar los acontecimientos.

José Maceo es un negro alto y robusto en cuya cara vulgar, pero sin imperfecciones de esas que afean el semblante, se descubre el valor, la inteligencia y más que esto, la astucia, y todas estas muestras del mérito intelectual, enaltecidas por una mirada bondadosa y a la vez enérgica, en la que se descubre su alma buena y amorosa. Da a su aspecto intelectual más simpático sello, su traje siempre limpio, en el que se notá la elegancia —toda la que cabe— en los vestidos de la manigua.

Ahora lleva sin polaina la pierna derecha, aún no está bien de la herida que sufrió en el combate de Palmarito, y en el que recibió una menos grave en la parte posterior de esa pierna.

Sobre la blanca blusa de mambí, se asienta un cuello de seda negro, en el que dos estrellas de oro se esconden en un hermoso bordado de oro que limita las orillas. Son estas las insignas de Mayor General que lleva el valiente Jefe de Oriente.

Como valiente, no tiene nada que envidiar a ningún Jefe cubano. Todo su cuerpo está marcado por las balas. Cuenta 18 heridas, gaguea un poco, pero cuando se le nota este defecto, es cuando se incomoda o se anima por la pelea, o cede su palabra a la excitación del entusiasmo político.

No es a mi juicio, un general capaz de dirigir un combate en el que haya que mover muchos miles de hombres, pero ya la práctica de los combates le ha dado tacto bastante, para precaver los peligros y dominar los planes militares del enemigo. Es —sin disputa— el primero de nuestros guerrilleros.

Antonio tiene más talento, pero tiene a la vez, pretensiones y vanidades que éste desconoce por completo. Si es modesto, aunque altivo, tiene el convencimiento de lo que vale y de lo que representa para los hombres de Oriente.

Nadie puede dudar que hoy no hay en Oriente, ningún hombre, de la importancia política de José Maceo. Quizás alguien puede pensar que Calixto García pudiera ser mejor jefe de Oriente que

Antonio o José Maceo, pero hay una razón para negar esto. —A más de la importancia que tenían los Maceos antes de la guerra, hoy se aumenta con el hecho de que éllos y Gómez, fueron los primeros en venir a Cuba. Si antes eran los Maceos hombres bastantes para levantar a todos los de Oriente, después del 24 de Febrero y de los múltiples e importantes combates que se han sucedido, suponer que alguien pueda disputarles la jefatura de Oriente, es no conocer lo que más importa al bien de la guerra.

Si en aquella reunión pude apreciar las condiciones del hombre que por primera vez tenía delante, me fue fácil conocer que tanto el Marqués como Masó, no podían *pasarlo.*

El Marqués ya me había hablado de la importancia que *los dos* hermanos Maceos se daban, y me había también apuntado la necesidad de combatirla. Y a este fin encaminaba los acuerdos que por su inspiración, se tomaban en el Consejo. Ya aquí he dicho como se aprobó la Ley de Organización Militar, pero no estará demás que lo recuerde ahora. Dijo el Marqués, que por encargo y autorización de Gómez, presentaba la ley para su aprobación. Yo —que no quiero nunca mezclame en las cuestiones que no conozco, propuse que una comisión técnica, diera antes su parecer, pero como esto demoraba su planteamiento, no se tomó en cuenta mi dicho y yo enmudecí, y la ley lo fue de hecho y de derecho. Entre otras cosas, en esa ley había un artículo en el que se dividió la isla en dos distritos militares: Oriente, hasta la trocha camagüeyana, y Occidente, hasta el Cabo de San Antonio. Y que Oriente tendría tres cuerpos de ejército, dos en Oriente y uno en Camagüey, y de aquí, que sobre los tres jefes de Oriente habría otro que lo fuera de todos. Ya se verá después por qué inspiró esto el Marqués.

De Masó, sólo tengo que repetir que este hombre que pudo ser uno de los primeros en la guerra por su importancia, perdió su influencia, por su falta de valor como general de la república, y no tuvo talento para hacer buenos sus deseos de servir, en primera línea, a los intereses de la patria. Y esto hace que no pueda ver a los hombres que han eclipsado con sus hechos de armas, —todo lo que hizo después del momento feliz en su historia en el que cuando parecía que el movimiento había fracasado, él le dió importancia con la entereza del antiguo guerrero que llamaba al combate a todos los cubanos.

Pudo Masó, como me dijo Gómez, cuando Antonio Maceo le pidió fuerzas del segundo cuerpo de ejército que el mandaba, decir: no me opongo a la invasión y me pongo al frente de los mejores para ir al combate. No lo hizo, y en cambio se opuso a la invasión, sólo por

hacerle lo contra a Antonio Maceo; no pudo contener la ya gloriosa carrera de Maceo y en cambio él se anuló. Por eso le vi con pena defender en aquella junta la idea de volver con nueva columna invasora, y decir que el sería el primero en ir, —como oriental—, a ocupar su puesto en la pelea. Sus palabras fueron la nota cómica de la reunión.

---

7 Sabana de la Burra.

Creí poder escribir hoy mucho, pero después de almorzar carne de vaca con sebo y plátanos fritos también con sebo, nos pusimos en marcha y hemos venido a acampar de noche. He conseguido la mesa y dejando para luego hablar de esta marcha, sigo mi relación.

La noche del día de la primera entrevista de que me he ocupado, comí con los oficiales del Estado Mayor de Maceo, que me invitaron y me obsequiaron con frijoles y arroz y hasta champagne, —bueno es hacer constar que el único que se *alegró* un poco fue el viejo Masó, invitado como yo al *banquete*.

Luego que terminó, —poco antes de tocar retreta— fuimos a saludar al General Maceo y a tomarle el café. Pocos momentos después tocaron las cornetas y los músicos dejaron oir danzas y marchas patrióticas. Luego pasamos el Cauto y fuimos a nuestro campamento a dar serenatas a mis compañeros en el Gobierno. Llegamos primero al pabellón del Marqués y de Masó. Como sucede en las *situaciones grandes* los compañeros comenzaron a pedir discursos, y hablamos. Yo dije algo sobre las virtudes de nuestros soldados; Puyés —un periodista de Santiago de Cuba y poeta, y ahora secretario de mi amigo el Dr. Tomás Padró, como administrador de hacienda, —habló con fuego de tribuno y patriótico entusiasmo; recitó versos suyos y entre aplausos, pasó el General Maceo al pabellón de Roloff y con él, todos los que lo acompañábamos.

---

8 Febrero. Joturito.

Anoche, poco pude escribir. Un ayudante del Marqués, *un tal* Aguirre me dio un cabo de vela y ésta se me acabó en la cena.

Temprano emprendimos hoy la marcha, y hemos acampado cerca de la tierra que guarda los restos de Guillermo Moncada el valiente

jefe a quien todos conocíamos con el cariñoso título de Guillermón, por su estatura y por su competencia en la guerra.

Sigo pues, sin mesa, y escribiendo en la pierna, mi relación interrumpida —tan inoportunamente por la vela y por la cena.

Habló de nuevo Puyés para saludar a los generales Roloff y Maceo y luego me tocó mi turno. Y fue aquel, por las circunstancias del momento y por los aplausos de tanto amigo viejo, —mi discurso de la noche—, modestia a un lado, —hablé de los hombres orientales que dejando aquí su tierra y lejos de sus hogares han ido a llevar a Occidente la revolución, recordé a los que han muerto en distintos combates, dando con un valor que supera a toda ponderación, gloria a las armas cubanas y gloria por lo tanto, a este Oriente en donde encontró Martí siempre, hombres que lo creyeran, y en donde la revolución tuvo hombres que la sacaran del olvido a donde querían relegarla los que —por sus miserias y egoísmos— la negaban siempre.

No podía yo hablar de guerra sin saludar con entusiasmo a los que fueron los primeros en ir al combate y a los que abandonaron la paz infamante por la lucha desigual en la que la gloriosa bandera de tantos combates nunca se dobló, ni se humilló nuestro estandarte libertador, ante el poder del opresor infame. Y al tener frases de aplausos para los soldados, no pude olvidarme de los ilustres capitanes de tan bravos guerreros, y por eso —con brío y con intención— saludé a los Maceo como jefes indiscutibles de las legiones de Oriente. Quisiera acordarme de todo lo que dije esa noche, para que tú conocieras las razones por las que me abrazaron con amor todos estos bravos que tienen ya por sus campañas, derecho a que se les estime, como a los héroes de esta epopeya grandiosa que nos prepara por los sufrimientos y por los sacrificios al dominio seguro de la libertad que nos dará en pago la independencia que ansiamos, y por la que sabemos morir.

Después de los aplausos y de las protestas de cariño de todos, se disolvió la fraternal reunión y cada uno fue en busca de su pabellón y de su hamaca; y como yo tengo la mía, bajo la misma tienda de campaña que los Nodarse y Alsinas, y otros que son de Matanzas o de la Habana no estuvieron muy contentos esa noche conmigo; sentían que yo diera a Oriente gloria que parecía —según éllos— que quitaba merecimientos a las huestes de Occidente. Sé yo bien por qué Matanzas no pudo secundar el movimiento de Oriente, pero esto en

nada quita mérito a los hombres de Oriente. Por lo demás, nadie sabe mejor que yo, que he sido el primero en pelear en la jurisdicción de Matanzas, cómo saben cumplir sus deberes los hombres de allá, y además que —desde el día que puse mis pies en Cuba—, di principio a la más activa y constante propaganda en pro de la unión de todos los cubanos.

A pesar de las cariñosas demostraciones de sentimiento de mis buenos compañeros, yo me alegré de haber abordado una cuestión tan grave como la jefatura de Oriente.

Desde el día siguiente empecé mis trabajos de unión y mis deseos de poder estudiar más al *general José* como todos llaman a José Maceo. Me ayudó en esto mi amigo desde Santiago de Cuba, Tomás Padró, que había sido Jefe de estado mayor del general.

La amistad de Padró me sirvió mucho y quizás por esto, fue para mí muy cordial la del general. Padró se separó de él, por su carácter. Tiene el general un corazón noble, pero carece de formas sociales y cortesía para tratar a sus ayudantes y mucho más, a aquellos que como Padró, han sido siempre sus íntimos amigos. Hice que desde el primer momento se fueran endulzando las relaciones entre ambos, para poder influir en el ánimo del general y aconsejarlo en caso necesario.

Presenté al General la carta de Gómez y la leyó con agrado no oponiéndome obstáculo alguno en la toma de posesión de mi destino de Jefe de Sanidad del 1er. Cuerpo de Ejército dada mi condición de Secretario del Exterior.

Paso por alto las marchas de los días siguientes y las penalidades que sufrí en los distintos campamentos para llegar pronto a la tarde del día en que acampados a la margen del Cauto nos saludaron los españoles con descargas de tres horas.

En mi diario, encontrarás los detalles del combate, aquí solo recordaré el valor de nuestros soldados que en número de 300 sostuvieron el fuego —a pecho descubierto contra los 1,000 españoles que defendidos por el monte, nos hacían fuego desde el otro lado del río.

Dió la orden Maceo de que el Gobierno se internara entre los tiros, emprendimos la marcha, pero a media milla hicimos alto para esperar cerca del campo de batalla, nuevas órdenes del General.

Como a la media hora de haber acampado —serían las doce del día— me llamó Vivanco, pues me necesitaban para una reunión del Consejo. Era aquel el momento más rudo del combate, las balas de los máusser las oíamos aullar por encima de nuestras cabezas.

Acostados en la yerba me esperaban Cisneros, Masó y Roloff. No estaba allí Vivanco, Secretario y Canciller del Consejo de la República.

Corta fue la sesión, pero de importancia para los destinos de nuestra patria. Me dijo el Marqués, que puesto que la nueva organización del ejército dividía en dos partes la isla, era preciso pensar en el Jefe de Oriente, y me manifestó que lo debía ser el General Carrillo. Le hice observaciones a esta proposición que yo entendía antipolítica dada la influencia de los Maceos. Rebatió el Marqués, y con él los demás, mi franca, pero sincera opinión en contra, y viendo el Marqués que no me dejaba convencer, dijo: Intento reunir a los Jefes y proponerles tres cosas: 1ro., La revisión de la causa que se siguió a los desertores del Ejército invasor; 2do. La nueva organización del Ejército, y 3ro. La proposición de Carrillo como General Jefe de los 3 cuerpos de ejército de Oriente. Roloff secundó al Presidente y Masó dijo que no le parecía que las determinaciones del Consejo se sometieran al juicio de los jefes de las fuerzas. Arguyó el Marqués que al pedir su asentimiento a los jefes, quería demostrar que en el Consejo no había criterio cuando de estas cuestiones se trataba. Masó no quedó satisfecho, pero al fin cedió a lo indicado por el Presidente. Yo acepté en todas sus partes la proposición del Marqués, aunque de nuevo le manifesté cuán impolítico me parecía poner a Carrillo que acaba de llegar, sobre los Maceos que han sido de los primeros y más antiguos en el escalafón militar.

Los tiros seguían silbando sobre nosotros, y yo dije al oir una tremenda descarga: Vivanco puede poner en su acta que bajo una tempestad de balas nosotros nos ocupamos de las difíciles tempestades de nuestra política. Entonces noté que Vivanco, si estaba bastante cerca de nosotros para oir lo que hablábamos no estaba en nuestro grupo. Esto luego tendrá su explicación.

No nos dejaron seguir las descargas; un médico vino a cambiar de caballo o a buscar refugio en la impedimenta que ya estaba en salvo, como a dos leguas de distancia. Nos dijo que ya habían heridos, reuní a los médicos y sanitarios y me fuí al lugar del combate, ya que por acompañar al Gobierno y estar a las órdenes del Presidente no fui desde que sonó el primer tiro.

Cuando llegué al cuartel del General José, había cumplido este sagrado deber. Pasé a caballo por la orilla del río en donde todos nuestros soldados, desplegados en guerrilla, esperaban en sus puestos las decargas enemigas, me saludaban con cariño al pasar y los más íntimos, como Félix Ruenes y otros, me indicaban el peligro que corría, puesto que al otro lado, y en todo el trayecto de mi marcha, —más de media legua— estaban emboscados los españoles, dos hombres murieron aquel día y ocho quedaron heridos gravemente, después hemos leído en los partes españoles que los *gringos* tuvieron 4 muertos y 31 heridos, pero nosotros hemos sabido de sus bajas no son menos de 40, sin embargo, no tengo por buena, para nosotros, la pelea.

Por la tarde volvimos a nuestro antiguo campamento, y ya de noche, tendimos nuestras hamacas y colgamos la casa de campaña.

Tengo que pasar por encima de una miseria y lo hago, como siempre, con pena.

José anda en la guerra con sus mujeres, dos o tres mulaticas, dice él que son sus sobrinas y que lo asisten de su herida.

No perdono esta falta que sólo disculpa su valor y, mejor dicho, su temeridad para la pelea.

No cambiamos de campamento, y al día siguiente se celebró en una de las casas deshabitadas del campamento, la reunión que me indicó el Presidente, pero con sorpresa ví que se había citado a jefes y oficiales, y que todo el que quería ocupaba un lugar en los bancos de cujes improvisados al efecto, y que por fuera había público que se disponía a oirnos. Ocupamos nuestros puestos los del Gobierno, y ya serían cerca de las cinco de la tarde cuando abrió la sesión el venerable Cisneros. Puso sobre el tapete, después de algunas frases de saludo a los hombres de Oriente, el asunto de los desertores, y después de haber tomado la palabra algunos de los presentes estuvieron todos conformes en que se formara un Consejo de revisión y se hicieron votos porque el fallo fuera absolutorio. Con dos palabras mías encaminadas a hacer constar el respeto que todos debíamos a las determinaciones de nuestras leyes militares, terminó la discusión del punto y también la sesión, puesto que dijo el Presidente que esperaba los datos de los jefes para terminar los trabajos de organización militar. Me pareció que quería andar

con pies de plomo, y que le asustaba la discusión de los otros puntos que ya yo conocí. Vivanco no asistió a la reunión, y yo hice de Secretario.

Al otro día a las 12, fue la segunda sesión.

En la anterior no había secretario, en esta, habían dos: Vivanco y *un tal* Aguirre. Dio lectura Vivanco a la nueva ley de Organización Militar, no para ser discutida, —como me había indicado el Marqués—, sino para que todos la conocieran y la acataran como que ya estaba sancionada por el Consejo y empecé a comprender porqué en la reunión del día del fuego, Vivanco se alejó de nosotros, se quería oir mi opinión, y por eso se le daba por un lado carácter oficial, y se dejaba una brecha para —cuando así les conviniera— negar su carácter legal. Terminada la lectura, pasó el Marqués unos papeles al Aguirre, para que les diera lectura. Eran los apuntes para la designación de los distintos batallones y regimientos que componían los distintos cuerpos de ejército.

Se dijo pues, que había en Oriente dos cuerpos de ejército, sin dependencia ninguna uno de otro.

Padró pidió la palabra para indicar que entendía fuera de ley e inconstitucional por lo tanto, lo que se hacía. No pudo acabar su pensamiento pues el Presidente lo llamó al orden. Volvió Padró a hacer uso de la palabra para hacer historia y señalar los derechos que asistían al General Maceo para llamarse Jefe de Oriente y de los dos cuerpos por lo mismo. Leyó parte de una carta del General Gómez de 4 de Diciembre p. p. en la que desde Ciego Potrero le decía a José Maceo, que nombrara al General Rabí, Mayor General en Comisión del 2o. Cuerpo de Ejército *bajo la dirección y dependencia de Ud.*, —palabras textuales, que es una orden del General en Jefe que se da de bofetadas con la proposición del Presidente, que deja a cada uno de los jefes bajo la dependencia del Jefe del distrito militar. Maceo también habló para defender sus derechos, y al mismo tiempo, para hacer notar las faltas cometidas en las listas que se leían, faltas que no existirían si se le hubieran pedido por el Ministerio de la Guerra, los datos necesarios. No pudiéndose por lo tanto, llegar a un arreglo, dadas las deficiencias de las notas, levantó la sesión el Presidente para continuar —si los soldados lo permitían,— al día siguiente.

Y la tercera reunión, que fue la última, se celebró a las nueve de la mañana del siguiente día, en el pabellón del Presidente; a ésta no asistieron más que los oficiales generales.

Volvimos al mismo asunto iniciado en la sesión anterior. En la organización se empezaba por el Jefe de los tres cuerpos de Oriente. No se nombró y se pasó al 1er. cuerpo con la precipitación del miedo. Dijo el Presidente que para aquel puesto no había que pensarse en otro que no fuera José Maceo, y después se siguió designando a los generales y jefes que debían quedarse en sus puestos y a los nuevos, que se les ascendía para ocupar otros. Terminado este enojoso trabajo durante el cual solo tercié yo para hablar en pro de Félix Ruenes, Balán el valeroso, y otros a quienes conocí por Baracoa y Santiago de Cuba, —preguntó Maceo en que condiciones quedaba él, respecto del 2º Cuerpo del ejército, y —con gran asombro para mí, que tantas veces le había oído afirmar al Presidente que no tenía autorización de Gómez para llamarse Jefe de Oriente, le dijo que el Gobierno, respetaba las órdenes que sobre este particular le hubiera dado el general Gómez. —Esto es, que el 2o. cuerpo, obedecería sus órdenes!

Antes de llegar al último punto que se trató, debo decir —como aclaración de lo que allí me pasó—, que Roloff, abusando de sus facultades, dicta órdenes, se mezcla en las operaciones militares, da comisiones en nombre del Consejo, sin que éste tenga de ellas conocimiento alguno, y sin facultades por la Constitución, asume las que sólo competen al General en Jefe y en su defecto a su Lugar Teniente General.

Pues bien, después de hablar Maceo, presentó el Presidente como cosa emanada de la Secretaría de la Guerra, una serie de reglas u órdenes que debían cumplir los soldados de la República. Me opuse a éllas en conjunto, por entender que tal cosa sólo era de la competencia del General en Jefe o de su Lugar Teniente.

(Mayarí "El Manzano" 9 Febrero.

Mis frases inspiradas en el conocimiento de la Constitución y del espíritu de la misma, no fueron ni duras, ni injustificadas, pero bastó que yo dijera que la Constitución no autorizaba al Ministro de la Guerra a dictar por sí, ni a nombre del Consejo, reglas a la Milicia, para que el Presidente se volviera airado contra mí, y pensando inoportunas mis observaciones, diera por terminado el debate.

Yo dije que llevaría esa cuestión al Consejo. Vivanco pidió la palabra y —cosa extraña, después de impedir el Presidente que yo hablara—, se la concedió en contra mía. No lo dejé hablar, me levanté a manifestar que si Vivanco podía usar la palabra en contra mía, yo, con más derecho, podía hablar en pró. El presidente comprendió su error, y dió por terminado el incidente, y con él la sesión.

La sesión terminó sin que el Presidente propusiera al Jefe de las Fuerzas. La plaza pues, quedó vacante. No se atrevió el Presidente a proponer a Carrillo, y bien me alegré, puesto que hubiera tenido —cumpliendo con mi conciencia de cubano que sabe pensar con su cabeza y sentir con su corazón—, que oponerme a tal nombramiento por creerlo impolítico e injusto, ahora que Antonio Maceo lleva nuestra bandera a los Remates de Guane, y José su valiente hermano, es el jefe más prestigioso de Oriente, y el más popular entre los hombres que no cejan en los combates.

Este mismo día, después de almuerzo, arreglaba yo en el Cuartel General de Maceo los puestos que debían ocupar en el 1er. Cuerpo sus médicos, cuando un ayudante del Marqués me dijo que me esperaban para Junta. Desconocía la causa. Me fuí al campamento y supe que estábamos de marcha, pero antes había sesión de la Junta de Gobierno.

Pocos momentos después, principió la sesión. Dió lectura Vivanco al acta de la sesión —última a la que asistió Pina— que fué aprobada.

La Junta del día del fuego, esa se quedó en el olvido. Era oficial lo que en ella se trató siempre que les convenía, y cuando no, se pasaba por alto al tratarse de ella.

Leyó una comunicación el Secretario, y oí que se trataba de mí. En ella Roloff pedía que se le dijése cuáles eran las facultades y atribuciones del Secretario de la Guerra, apoyó su proposición y dijo que la había formulado por mi *regaño* público de aquel día. Pedí la palabra y defendí mi oposición de la mañana. La Constitución, para evitar los inconvenientes de la Cámara pasada, establece con precisión y claridad cuáles son los deberes y derechos de los distintos Secretarios, y también fijó las facultades del General en Jefe y de su Lugar Teniente, facultades que no está autorizado a delegar en nadie. Todo lo que se refiere al ejército, es de la competencia

hoy de Gómez, y en su defecto de Antonio Maceo. Resulta por lo tanto, muy limitada y estrecha la esfera de acción de los Secretarios, pero así lo quisimos los que hicimos la Constitución. Los Secretarios —por élla— sólo están para deliberar en las juntas, y para comunicar sus acuerdos.

No fuí duro con Roloff porque su defensa no pudo ser más floja El Marqués dijo que yo no estaba en lo cierto, y quiso defender a su Ministro, concretó su defensa en esta frase: estuvo Ud. ligero. No he cometido ligereza alguna, le repliqué, y con pena le digo que la ligereza ha sido suya, puesto que Ud. llevó allí un documento en que se señalaban deberes, que el Ministro de la Guerra no tiene derecho a dictar. Después de tantos argumentos fueron de parecer de que nada constase en el acta y se terminó aquella ridícula aclaración que me sirvió para ratificarme en mis afirmaciones.

Cesó el Consejo, pero todos han quedado humillados por la fuerza de la razón que me asistía, y me tratan con temor y a la vez con frialdad.

Poco me importan a mí esas nubes de verano, cumplo mi deber, sirvo a mi patria y todo me importa poco.

Antes de emprender la marcha —después de la sesión— mandó Maceo al Marqués una carta en la que le decía que en aquella fecha escribió al General Gómez, poniéndole al corriente de todo lo que estaba haciendo el Gobierno —a su juicio— inconstitucionalmente. La carta, escrita por Padró, está escrita en tono mesurado y con buen acopio de razones. Será un buen documento para nuestra historia.

¿Qué debo hacer yo?

Callar, cuando veo que se falta a la ley y se compromete con actos violentos el porvenir de la patria sería faltar a mis deberes como representante de una gran parte de los cubanos en armas, sería cambiar por una sonrisa interesada mi condición de cubano y de hombre honrado.

Pina no está aquí,. tardará todavía algunos días en venir. Hasta que él no llegue, no debo dejar al Gobierno, porque sin mí no puede celebrar juntas, pero tan pronto como se una a nosotros el Ministro de Hacienda, o cuando ya el Gobierno deje a Oriente, yo me

separo, pero —al hacerlo— formularé mi voto en contra de todo lo que se hace contra la Ley.

Dirás tú al leer estas cosas políticas: "Fermín me hace ya a mi también en la manigua y tomando parte en los Consejos y en las batallas".

—Dispénsame almita mía, que sea mi carta de amores, relación a la vez de mis trabajos políticos; pero tú eres la única persona en quien puedo depositar todos mis pensamientos. Tú, la que me hace pensar en la vida, y soñar con la felicidad, tú eres mi Asuntica queridísima, el espíritu bueno que me sustenta, la fuerza misteriosa que entre todas mis penas, me hace ver a mi lado tus hermosos ojos... los ojos que son para mí, estrellas que me señalan que aún hay Dios para mí, y aún hay cielo, porque me esperan tus brazos, y en éllos, la única gloria que yo creo verdadera.

Me acuerdo ahora que te hablo de tantas cosas de guerra, de Serafín Sánchez cuando en el Cayo, siempre le hablaba a su Pepa de batallas y combates. Pero tú me perdonarás todo esto, si recuerdas que después de la muerte de Martí, no me quedó más corazón en donde dejar mis alegrías, que ese hermoso y puro corazón tuyo, en donde yo tengo mi nidito santo!

Si me quedo —como espero, de Jefe de Sanidad, del 1er. Cuerpo de ejército, podré recibir cartas tuyas, y recibiré también tu retrato.

...Ya me parece que contesto a tus carticas. Pon en éllas todo tu pensamiento y todo tu corazón; no olvides en éllas, que eres mi esposa y que yo no tengo más consuelo, que pensar en los días que hemos pasado juntos, aquellos días del Cayo, y la noche inolvidable para mí, —como todas las que pasé a tu lado—, en la que me diste tu sortijita como testimonio de tu amor santo. Y ahora que estoy en Cuba, en esta patria tan querida, y en donde tanto he sufrido, tu amor es para mí más grande, y cada día lo siento más como vida de mi alma, como síntesis de mi espíritu, como mi espíritu mismo!

Me pongo a veces, y, tantas veces prieta adorada! —a imaginar que te veo, que oigo tu voz, que te veo, y es que te veo, con los ojos de mi alma, y es que aún estoy a tu lado, que estaré a tu lado, hasta que la fatalidad quiera tronchar mi existencia...! pero con mi cuerpo caerá en la fosa triste que quizás me señale mi suerte, este amor grande que te tengo, esta adoración que me hace ver en tí

encarnados todos los grandes amores, con los que —si he soñado— siempre han estado en todo tiempo, muy lejos de mí.

Sí, te veo, y veo a tu lado a la que quiero con amor de hijo, a tu buena madre, que para quererla yo más tiene los títulos que le dan sus sufrimientos y su abnegación heroica para resistirlos. Creo oir sus suspiros tristísimos... y pido a mi Dios, que esté a tu lado como el ángel del bien, y ejemplo de virtudes.

Y ahora voy a hablarte de mi herida.

Te la he ocultado porque no quise que te figuraras que era más grave, y estuvieras con cuidado.

Dos días después del combate de Cayo Espino, allá por la Ciénaga, iba yo a incorporarme a las fuerzas de Panchito Pérez. Venía yo de curar los heridos que habían quedado en el hospital de sangre, y una guerrilla me esperó en una emboscada para matarme cobardemente. Dos descargas me hicieron, y sólo a mí me hirieron en la pierna izquierda, fue una herida de suerte. Me atravesó la bala por entre los músculos gemelos, y la bala casi me pasó rozando la espinilla. Fué una bala de Máusser, y las dos heridas fueron dos *agujeritos* chiquitos, pero que me han hecho sufrir mucho, sin embargo, sólo hice diez días de cama, y cuando me uní en el Camagüey con el Gobierno, ya venía convalesciente. Ahora ya estoy completamente curado, y no me ha quedado imperfección ninguna en la pierna, y eso que yo he sido en los primeros días, mi propio médico.

La guerrilla pagó cara su cobardía. Al día siguiente, las fuerzas de Panchito y las de Mofi les dieron machete, y los que sobrevivieron, emprendieron la huida.

Cuántas veces en mis largas horas de insomnio, en las que a los dolores de la herida se me unía la fiebre de la Ciénaga, cuántas veces en aquellas noches tan solas y tan largas, me parecía que te tenía a mi lado, y que tu mano sostenía mi cabeza caldeada por la fiebre y el dolor, y cuántas —también—, me parecía que un ángel del cielo me traía como medicina santa... un beso de tus labios purísimos de virgen.

Mayarí Arriba, 10 Febrero.

Son nuestras marchas cada día más penosas por los caminos que hay que pasar; ya se me han cansado muchos caballos y en la de anteayer, me dí tres caídas, pero sin hacerme daño.

Son hermosos esos montes de Mayarí en donde la naturaleza está siempre de gala y de fiesta. Sin embargo, son muy altas las montañas, y a la belleza del paisaje, hay que unir lo peligroso de los precipicios.

Ayer vino a visitarme un valiente amigo mío, militar de la *guerra grande*, y conspirador —conmigo— en Baracoa. Con placer estreché su mano honrada. Anda con una pierna enferma, a consecuencia de sus balazos, y conserva en su cara los rasgos de un valor nunca dudado por nadie, y aquilatados siempre en todas las peleas. Es un mulato alto, de ojos vivos y largas patillas, inteligente y modesto, y de mirada dulce. Así es *El Pelao* —nombre por el que lo conozco y lo conocen todos sus compañeros de guerra, y los que han estado cerca de él en los días de la paz.

Me trajo todo su afecto que es grande y sincero, y el saludo de su familia que es buena y honrada, y también dos mazos de buenos tabacos de Mayarí y un paquete de raspadura.

Se separó hoy de mí, Tomás Collazo, y pronto te verá. Le he encargado que te diga cuánto te quiero, y cómo te tengo siempre en el alma.

Ah, si yo pudiera verte! Si yo pudiera estar a tu lado! Pero tú no me quieres indigno, tú no me quieres cobarde, y yo creo que es una cobardía y una indignidad, que yo pida —con algún pretexto— mi vuelta al extranjero. Estaré aquí hasta que se acabe la guerra, o hasta que los que pueden mandarme, crean que debo volver a tu lado, y que lejos de los combates, puedo prestar mejor servicio a mi patria.

Y mientras tanto, cuando veo que otros se van, los veo ir con envidia, aunque me duele que los que han venido, vuelvan, cuando a mi juicio hay en el extranjero muchos que pueden prestar los servicios que ahora éstos van a prestar. Sin embargo, debo decir que Tomás no va porque así lo haya él pedido, sino porque a propuesta del Presidente, lo acordamos en el Consejo.

Quizás pueda él, llevarte esto que escribo ahora, pero de todos modos te llevará la seguridad de que cada día te quiero más, y de mejor manera.

Vamos ahora en marcha para realizar una operación militar, sobre la que hoy no quiero —ni debo escribir nada.

Las fuerzas de caballería —casi todas— han contramarchado hacía Holguín a las órdenes del General Carrillo. Con el Gobierno viene José Maceo y toda su gente de infantería.

Parte de la escolta del Gobierno ha contramarchado también hoy, pero siempre es grande la fila de hombres montados que llevamos entre jefes, el Gobierno, las impedimentas y... la artillería.

Y la artillería es la mayor impedimenta. "San Cañón" como dice Padró, necesita muchos mulos y muchos hombres. Y con el cañón viene un artillero que trajo Carrillo o Aguirre que para mí tiene más de *maromero* que de artillero, sin embargo, me dicen que es muy valiente y ya esta es cualidad bastante para que me sea simpático.

El cañón es bueno y la carga nos sirve para atacar fuertes. Y cuesta mucho trabajo cargar con el Sr. Cañón.

En los días que llevamos con Maceo ya ha hecho dos trabajos guerreros: la batalla a orillas del Cauto fue el primero y un puente volado, "San Luis" fué el segundo. No quedó nada de él en pie. Fué una verdadera explosión que se oyó a gran distancia.

COMO VIENE

Sr. Director del "Boletín de la Guerra".

Vuelvo, mi noble amigo, al lado de mis mejores compañeros, y al lado de hombres muy amados, entre los cuales es el primero el integérrimo Salvador Cisneros, nuestro digno Presidente.

De Occidente traigo la fatiga de los combates diarios y la seguridad del triunfo de nuestras armas. Allá en la Ciénaga sentí frío de muerte, pero cuando el cuerpo se doblaba por la fiebre, buscaba en los campos de la nueva guerra, fuerzas y energías en el valor de los soldados del Brigadier Francisco Pérez, del noble jefe, hijo de la Sierra hermosa de Oriente.

Hasta los montes de la jurisdicción de Matanzas, hasta los campos de Colón en donde me encontraba, llegó la noticia de la invasión de los Generales Gómez y Maceo, y con el rumor de las batallas, el saludo ardoroso de los hermanos vencedores siempre.

Manicaragua, Casa de Tejas, Mala Noche, Boca de Toro, Mal Tiempo, son combates que recuerdan muchas glorias, y que escriben heroísmos en la historia de nuestra campaña.

El día 17 de Diciembre, me incorporé a las fuerzas de los valerosos caudillos, el mismo día de la batalla de Mal Tiempo. Fué Gómez en aquella tarde el primero en esgrimir el machete. Poco le importaba que una bala le hubiera atravesado el sombrero y que otra le hiriera el caballo El y Maceo, estaban en la vanguardia durante la pelea, y estaban en sus puestos. La música de las fuerzas de Oriente tocaban danzas cubanas, después de haber hecho saber —con sus acordes— que había que arremeter al machete, y la lucha ruda y desigual, continuaba, y las alegres notas de la música no dejaban oir los gemidos de los que caían. Tres columnas compuestas de más de mil hombres cada una, y atrincheradas tras cerca de mallas y alambres nos atacaban por distintos puntos y sólo 200 hombres, de las escoltas de Gómez y Maceo, defendían al machete, nuestras malas posiciones A las tres horas, quedamos dueños del campo. Ciento ochenta y dos hombres cayeron al filo de nuestros machetes, recogimos la bandera que decía "Batallón de Canarias" cuatro mulas de parque, otra con el botiquín, y oí afirmar que llevaba el enemigo, más de cien heridos.

Yo no sé pintar el valor de Maceo, ni el heroísmo de Gómez, de ese genio de nuestra guerra, que si fué el primero en el combate, luego terminado éste, nos deleitaba en la marcha con la más sabia y amena conversación, en la que pasó revista a todas nuestras más graves cuestiones de orden social y político. Y esa marcha duró toda la noche. Y era espectáculo fantástico el que se ofrecía ante nosotros. Entre las negras sombras de la noche se alzaban innumerables columnas de fuego. Se oían como descargas de fusilería, era que ardían los cañaverales de todos los ingenios que quedaban a nuestro paso. La guerra invadía las zonas españolas. El fuego purificaba los lugares en donde el crimen de la esclavitud levantó, para vergüenza de España, esos alcázares, que como dijo Mendive, "al peso del crimen se rindieron".

Ahora, al llegar aquí y al escribir estas líneas dejo mi ofrenda en la tumba del valiente Oscar Primelles, que murió con muerte envidiable, que cayó como caen los que se levantan hasta el trono de la gloria para vivir siempre en el corazón de los suyos, y ser ejemplo y enseñanza de los débiles y de los que llenos de vanidad, niegan virtudes al soldado cubano.

Y luego allá en Oriente, yo saludaré con orgullo a mis viejos amigos, y al estrechar entre mis brazos a mi hermano Félix Ruenes, sentiré una de mis mayores alegrías, pues Ud. sabe cuáles son las alegrías de los que hemos venido a ofrecerlo todo a la Patria. Y de mí sé decir, que no me duelen mis sufrimientos, los siento en lo mejor de mi alma, y gozo con mis dolores, y aunque estoy solo, sin familia, sin ensueños de esos que ayudan a vivir así, la música que anima en el campamento a los que pocos momentos antes han peleado como leones, la corneta que llama al combate, los vivas que anuncian la victoria, la relación animada del compañero que acaba de llegar de larga y difícil comisión, la mano digna de jefe modelo de pureza, y ejemplo de valor, que estrecha con cariño mi mano, el recuerdo de la mirada triste y alentadora de virgen tan pura como amada... ésas, ésas son mis alegrías, que si dejan una lágrima en mis ojos, me dan fuerzas para cumplir mis deberes como hombre y como soldado de la Revolución.

Fermín Valdés Domínguez.

BIENVENIDO

Hemos tenido el gusto de dar un estrecho y fraternal abrazo a nuestro ilustre amigo el doctor Fermín Valdés Domínguez, ex-diputado del Camagüey y Subsecretario de Relaciones Exteriores, que desde la disolución de la Asamblea Constituyente se encontraba en Las Villas, siempre en labor incansable y meritísima.

Después de los servicios prestados en Las Villas, organizando el Cuerpo de Sanidad, ha sido nombrado Jefe de Sanidad del 1er. Cuerpo de Ejército, y ante la incompatibilidad de los dos cargos, pretende renunciar el primero, el más elevado y cómodo, para echar sobre sus hombres el más difícil y espinoso, por lo que posible es nos veámos otra vez privados de su compañía.

A instancia nuestra, en la carta que insertamos nos comunica de las buenas nuevas que trae de Occidente, donde la enseña tricolor, la bandera de la libertad, sostenida por los invictos Gómez y Maceo [encarnaciones de esta heroica lucha] con sus huestes Orientales y Camagüeyanas, avanza decidida y triunfadora hasta las puertas mismas de La Habana.

Pego esto que publica el "Boletín de la Guerra", órgano oficial del Gobierno de la Repúbica de Cuba, que dirige mi querido amigo Melchor L. de Mola Mora. Es el número 10, correspondiente al 10 de Enero de este año de 1896.

Este artículo lo escribí a instancias de Molita y teniendo delante la libreta anterior a esta. —2ª de la segunda *serie.*

De modo que no te pongas celosa, tu eres mi única musa.

---

11 Enero(*)

Seguimos en Mayarí arriba.

He descansado de las marchas curando heridos y escribiendo el borrador de la comunicación que pienso dejar a mis compañeros en el Consejo, cuando me separe de ellos, que espero sea pronto.

Te la copio aquí.

Al Ciudadano Presidente y Secretario del Consejo de Gobierno de la República de Cuba.

Antes de separarme de mis compañeros en el Gobierno, es mi deber tributarles el más sincero testimonio de mi agradecimiento por las atenciones y afecto que les debo. Favores que no se borrarán de mi memoria y sí aumentarán los títulos que ya tenían para mí más alta estimación, pero faltaría a la sinceridad de mis anhelos patrióticos, y a la honradez que el cumplimiento de obligaciones sagradas me imponen, si —al dejar mi puesto en el Consejo—, no señalara a los que en él quedan con más aptitudes que yo, para sus elevados fines, las irregularidades que a mi juicio, se han cometido en los últimos acuerdos, y sobre todo en la aprobación de la Ley de Organización Militar.

Se redactó la Constitución de tal modo, que no dejara lugar a falsas interpretaciones, y así, lo que quizás alguno puede estimar como deficiencias, para nosotros, los que la redactamos, explica que cumplimos bien la voluntad de la mayoría de los miembros de la Constituyente. El Gobierno no tiene más derechos que los que resultan preceptuados en la Constitución. Ni el Presidente, ni ninguno de los Secretarios pueden por sí, y sólo porque forman nuestro Gobierno, arrogarse facultades que son o del Consejo o del General

(*) Esta fecha corresponde al mes de Febrero.

en Jefe, y su Lugar Teniente General, y éstos —porque a tanto no los autoriza la Constitución— no pueden delegar las atribuciones y los derechos que la misma les otorgó. Tampoco a ninguno de los Secretarios puede investírsele con la representación de las distintas carteras y menos con la del Consejo.

En la última sesión que consta en las actas de las sesiones del Consejo, aparece al pie mi firma, que es tanto como la aprobación, pero sólo significa que no quise oponerme a la voluntad de mis compañeros, que no tienen criterio cerrado cuando tratan cosas graves que afectan —como ahora— los destinos y la vida de la República.

No tengo necesidad de copiar artículos de la Constitución para demostrar que se ha barrenado al presentar al Consejo, la Organización del Ejército y al proclamarla como Ley. Solo al Gral. en Jefe, o en su defecto, a su Lugar Teniente Gral., toca la presentación de leyes y ordenanzas militares, como sólo a él toca también la dirección de todas las operaciones militares de la guerra. Dice el Presidente —y su respetabilidad, patriotismo y buen deseo son indiscutibles—, que el Gral. en Jefe lo autorizó de palabra, —para la redacción de esa Ley y la Organización del Ejército. La Constitución puso al lado del Gral. en Jefe un Lugar Teniente Gral. y no preceptúa nada, ni era lógico, —que lo faculte— así como no faculta al Presidente ni a los Secretarios—, a delegar en nadie de palabra ni por escrito, los derechos y prerrogativas personalísimos que a cada uno da la Constitución. ¿Cabe pensar en tales transferencias al tratarse de puestos públicos, de responsabilidad individual, y que el pueblo otorga por el sufragio de sus representantes? Para que las Leyes sean cumplidas con orgullo por los pueblos, es necesario que no sean confeccionadas a la carrera, olvidando preceptos fundamentales o pasando por encima de éllos como por entre abrojos y sin dar nunca lugar a que haya quien piense que todo obedece en síntesis a una manera de resolver conflictos que casi siempre no pueden conjugarse, resultando al fin doble motivo de pena y quizás más tristes días de dolores para la Patria.

Creo pues —y no he de molestar mucho la atención de mis patriotas compañeros—, creo político, y de alta justicia, que el Consejo deje sin efecto legal el Código Militar que aprobó, y lo creo, porque trato de servir a mi patria, y en su nombre se lo suplico a mis amigo, que esa Ley si merece mi respeto, como cosa emanada del Consejo, —es letra muerta para todos, como incompatible con lo preceptuado por la Constitución. Y de tal modo lo creo, que aunque el Gral. en Jefe dijese hoy que acepta como bueno lo hecho por el Consejo, no le daría ya la legalidad a lo que tuvo desde su principio, vicio claro e incuestionable de nulidad.

Así también entiendo que debe recogerse al Ministro del Interior la autorización que tiene del Consejo, porque es anticonstitucional que un Ministro asuma la representación de todas las carteras y resuelva por sí, hasta los asuntos militares que son sólo de la incumbencia del Gral., en Jefe o de los Generales que están al frente de los distintos cuerpos de Ejército.

No me perdonaría nunca haber cometido una ligereza al atacar a mi compañero el ciudadano Ministro de la Guerra, cuando en una reunión de oficiales generales, presentó unas reglas a que debían ceñirse los hombres de guerra, y de esto sólo me ocupo para rogar a mi valiente compañero de expedición, que no sea tan ligero en la redacción de sus órdenes y documentos como Ministro de la Guerra.

Y por último he de expresar mi súplica más ferviente al mismo Secretario de la Guerra, para que dando nuevo testimonio de su patriotismo, retire la proposición en que pide para los militares de la guerra pasada, el pago de los sueldos que en ella devengaron. Y entiendo que debe retirar su proposición —no por creerla injustificada— sino porque estando pendiente de la aprobación del Consejo, está sobre el tapete, y no debe olvidarse que el Secretario de Hacienda, nuestro muy estimado Severo Pina, se opone a ella de tal modo, que dijo que se separaría del Consejo si se aceptaba, y sería éste el primer disgusto para los que unidos, hemos venido ocupando nuestros puestos en el Gobierno evitándose así que alguna de esas almas que viven de la murmuración se atreva a sospechar que había podido guiar a nuestro digno amigo el Gral. Roloff, alguna conveniencia personal.

Me quedo en el 1er. Cuerpo de nuestro Ejército, me quedo en Oriente, y aquí, —como en donde quiera que pueda servir a mi patria, me acompañará siempre el recuerdo de los días que he pasado entre vosotros. Y al lado del valiente José Maceo, que es hoy por derecho propio el único Jefe de las fuerzas orientales, —esperaré el día en que saludemos al pie de nuestra bandera la hermosa aurora de nuestra independencia.

Calabazas, 12 Febrero.

13.

Anoche solo pude escribir el nombre del campamento y la fecha. No teníamos más que una velita y expiró muy pronto. A las 7 y media de la mañana emprendimos hoy la marcha. Ha sido una de las más penosas que he hecho en toda la campaña. Vamos camino de Sagua de Tánamo y todavía no entiendo bien esta marcha. Quiere el Gobierno acompañar a José en sus operaciones y eso me parece

que es un mal por dos razones. Es la primera, que el General no puede moverse con libertad por nuestra gran impedimenta, y en segundo lugar, las fuerzas se sorprenden con nuestra llegada a los distintos campamentos de estas lomas pues creen que nosotros venimos a buscarlas para llevarlas a Occidente, y ya han habido algunas presentaciones que no se explican sino por el temor de abandonar el terruño. Pero quiere el Marqués ser testigo de las operaciones militares, y por eso no hay que quejarse, sino seguir.

No me quejo a nadie de mi vida. Me encuentro solo en el mundo, después de la muerte de Martí, tuyo es el único corazón que yo siento latir dentro del mío.

Yo sé bien que si Martí viviera, ni él ni yo estaríamos en la manigua; pero ahora solo tú puedes pensar en mis sufrimientos físicos, no por egoísmo, sino por amor santo y bueno.

Y en medio de mis dolores, me alegro de que me crean capaz de servir a mi patria como soldado. Creí que debía venir a la guerra y vine, y por deber también, estoy contento en mi puesto.

No puedo andar a pie y ando, a pesar de mis pies ensangrentados; todos lo saben, y siempre me ven dispuesto a seguir en la vanguardia del peligro.

Y aquí estaré hasta que crean que ya no pueda prestar los servicios que —con orgullo— presto hoy.

Cuando luchábamos por la guerra, Martí en Nueva York y el Cayo, y yo en Cuba, los que se tenían por guardadores del espíritu de la guerra de los diez años, criticaban a Martí, y a mí me negaban el derecho de hablar de revolución, por eso Martí debió morir en la guerra y murió, y por esto también, yo —ciego, y con mis pies sin uñas y con la debilidad de mi cuerpo— debo estar aquí y quizás morir olvidado en una de estas lomas o atravesado por una bala en uno de los combates.

Pero mientras tú me ames, mientras yo sienta en mi corazón el fuego vivificador del tuyo, mientras yo te sienta en mí, como ahora y siempre te he sentido, ni puedo morir, ni en los montes más tristes y solitarios puedo sentirme nunca ni solo... ni muerto...!

Cuando pienso en tus cartas me parecen siglos los días. ¿Cuándo las recibiré? ¿Sabré pronto como piensa en mí, el ángel bueno de mis amores?

Sagua de Tánamo.

Vega de Cabo de Escuadra - Feb. 14.

Después de una marcha terrible sin almorzar ni comer, acampamos aquí anoche; mi única comida en todo el día fué un pedazo de *raspadura*. Se han quedado en la marcha más de 30 caballos, pero el mío se ha portado como un valiente.

Como siempre hemos tenido que admirar la serenidad del Marqués. A pesar de sus años, es de los primeros y más decididos en la marcha, dando a todos, ejemplo de valor.

Hoy creo que seguiremos la marcha. Casi todos irán a pie. Te escribo después de haber desayunado con una *sopa de corazón*, comida de valientes ¿verdad mi vidita?

He pensado suprimir a mi documento oficial de despēdida del Consejo, los párrafos y conceptos que te pondré entre paréntesis, me parecen muy personales, y yo no quiero mortificar a nadie, sino cumplir mis deberes.

No se encuentran por estos lugares soldados españoles, no salen de los pueblos sino en grandes columnas y se hacen fuertes en los pueblos. Se dicen dueños de la tierra que no se atreven a defender, y son valientes tras las cercas de alambre de las ciudades, y ocultos en los fuertes. Santiago, Sagua y Mayarí y Guántánamo tienen más de 100 fuertes y todavía se *sienten* tan *solus* como el gallego del cuento.

Por eso hay que ir a buscar al ratón en la cueva.

De nadie sabemos hace ya algunos días. No tenemos periódicos españoles de ninguna parte, nada sabemos por lo tanto de Gómez ni de su ejército ni de Maceo y sus valientes, parece que operamos en un desierto. Pero ha sido necesaria esta marcha para poder llegar sin tropiezos para el Gobierno, hasta a donde queremos ir.

¿Al salir al limpio tendré carta tuya?

Esa sería la gloria y hay en mi alma una esperanza que no quiero perder, y que es hoy quien me da fuerzas para esperar resignando y para sufrir con orgullo de hombre, todos mis sufrimientos.

Esta mañana después de las 10, han acabado de llegar nuestros soldados. Los caballos que se han perdido llegan a más de 70, y tres mulas de la artillería, muertas.

No creo que podamos salir de aquí hoy. —Se han mandado exploradores y ya hay muchos que conocen o sospechan cuál es la operación militar que tenemos en planta. Estamos a dos leguas y media de Sagua de Tánamo. El canadiese José Chaploan y el capitán León Primelles son los encargados del cañón. Salen hoy dentro de pocas horas. ¿Y nosotros? Ya se encargarán de decirlo los acontecimientos.

Sagua de Tánamo es el lugar de la operación. Hay que entrar y hay que atacar los ocho fuertes que defienden este pueblo. Ya los soldados se preparan para el raqueo y yo pienso en las armas que podemos coger al enemigo, y también temo que el General Maceo sufra alguna herida, dado su arrojo y el estado en que se encuentra. Aún lo molesta su última herida y el reuma lo hace sufrir fiebres diarias, pero no por eso se abate ni deja su puesto de honor en las marchas rudísimas y en las peleas.

Verraco(*) 15 Enero.

Dormimos en Torcido, y estamos en terrenos de la hacienda Miguel, que llaman Verraco, los nombres de pila no pueden ser más poéticos.

La marcha de hoy ha sido muy corta, no hemos andado ni una milla.

Maceo parqueó anoche la tropa y a las 3 de la mañana tocó marcha; ya a las 5½ estábamos andando. Y al llegar aquí, emboscó la infantería por varios caminos y cubrió todas las entradas. Yo me uní a la Sanidad y me quedé con la caballería en la sabana de este lugar. El General mandó anoche una comisión compues-

(*) Esta fecha corresponde al mes de Febrero.

ta de 6 hombres desarmados y cuatro armados para que cogieran algún ganado e hicieran saber a los españoles este raqueo, a fin de que salieran en su busca y poder caerles al machete. Serían las ocho de la mañana cuando sentimos primero tiros de nuestras avanzadas y luego dos descargas de los enemigos; era una guerrilla de caballería que sin saber nuestra presencia en estos lugares, había salido, pero a nuestros tiros hicieron las descargas y salieron *zafando*.

Ha mandado el General a saber si los soldados han dejado el fuerte del Esterón según se decía, pero ahora que son las 6 de la tarde, nos afirman que los soldados están allí. El artillero acaba de salir (las seis de la tarde) a ver los lugares desde donde puede disparar su cañón para destruir los fuertes de Sagua que nos queda a poco más de una legua. Ya nos dicen los *correos* que los españoles saben que estamos aquí y que intentamos atacar al pueblo.

Andrés 17 Febrero.

Anteanoche estuvo Maceo a hablar con el Gobierno sobre la proyectada toma del pueblo de Sagua. Ya el artillero había vuelto, y Roloff tenía a su lado más de cuatro prácticos. Roloff había escogido el lugar desde donde debía dispararse el cañón, y había conferenciado sobre el ataque con el general Capote y otros Jefes. Maceo dijo que no le parecía que el cañón debía colocarse en el alto de la loma de La Chiva, porque él que tendría que ir con la infantería por el extremo opuesto del pueblo, no podría defender el cañón, ni saber los estragos que pudiera hacer la artillería, y dijo que entendía que llevando él el cañón, se atrevía a entrar en el pueblo y señaló de paso, los inconvenientes que veía para el ataque, y dijo que había que contar también con la resistencia que haría el enemigo en los fuertes y en las buenas posiciones naturales que podía ocupar. Cedió Maceo a las indicaciones de Roloff, a quien oían en silencio el Marqués y Masó.

Se acordó que aquella noche a la una, saldrían las fuerzas. Pero eran ya algo más de las cinco de la mañana de ayer y aún estaba el Gobierno en sus hamacas. La artillería salió del campamento a las 3. A esa hora vino Maceo incómodo porque la artillería no había marchado a la hora que tocó marcha (la una) y porque esperando al Gobierno, él, desde esa hora no había podido ocupar su puesto. A la carrera cargaron las acémilas los asistentes, y yo que ya tenía mi caballo preparado desde las 3, monté y esperé. Emprendimos al fin la marcha, y a los pocos metros — después de pasar el río Sagua — nos rodearon las balas del enemigo, todavía no estaba en

el lugar designado el cañón, y los españoles ocupaban una loma desde donde nos hacían fuego apuntando, lo que nos indicó que eran cubanos de los 50 o más guerrilleros de Sagua. Fue aquél un momento de confusión en el que demostró su valor heroico el viejo Marqués, y Roloff y Masó su inutilidad; yo al lado del venerable Cisneros me parecía que aprendía a ser valiente, tan hermosa era su serenidad, y la varonil entereza con que desafiaba todos los peligros. —Sigo en la otra libreta. —

Te adora tu

Fermín

3 (sic.) (*)

Sagua de Tánamo

Andrés 17 Febrero 1896

Que grato es a los que han ido a la guerra cumpliendo el mandato santo de su alma, encontrar en ella hombres en quienes sobre todas sus virtudes, brille más la principal, la que los eleva y los agiganta, la que los coloca entre los héroes, por su bravura y por la honradez conque saben amar y morir por la patria, —envueltos en el hermoso sudario que la gloria guarda para sus mejores hijos! Y estas consoladoras [ideas] son las que al escribir ahora, llenan de esperanzas. Cada día da una nueva prueba del valor y de las virtudes patrióticas de estos hombres de guerra. Pero si en las marchas y en la vida de privaciones de los campamentos hay siempre algo que admirar y mucho que aprender, después de una batalla, sólo cabe rendir en toda forma el más religioso tributo de leal veneración a éstos, tan dignos hermanos nuestros.

Al lado del valiente Cisneros marchaba yo, entre balas, saltando cercas de piñas, animando a los tímidos y aclamando a los que al grito de ¡Cuba Libre! volaban más que corrían, a ocupar el lugar en la loma en donde caían, como lluvia de fuego, las balas de los españoles. Y en aquel momento el primero entre los valientes, era José Maco, que al frente de su escolta ocupaba el lugar más difícil de sostener. Desde las 5 y media que empezó el fuego, hasta cerca de las 8, contestó nuestra fuerza el nutrido fuego que le hacía una española que oculta entre los arbustos, los cazaba desde una loma. Horas terribles y tristes fueron aquellas horas. Horas de gloria para la patria, pero a la vez, siglos de lágrimas para muchas familias cubanas! En aquellas horas cayeron 23 hombres de los que han muerto ya 4.—Lo que el General Maceo le había anunciado al gobierno cuando combatía la noche anterior los planes de Roloff, salió cierto. Los españoles nos esperaron y hasta que pudo el cañón lanzar su primer disparo, estuvieron tirando, y nosotros, viendo caer a los que con valor sostenían el fuego con sus armas. La caballería no podía ir a la carga con sus soberbios macheteros, y sostenía con los infantes de las fuerzas de Baracoa y de Sagua, aquel combate. Cuando llegó hasta la ventajosa posición de los españoles la bala del cañón, y estos huyeron, y cesó el fuego, ganaron los nuestros sus posiciones, y entonces colocó Maceo el cañón en frente del pueblo. A las 9 empezó el tiroteo de nuestra pieza de artillería, en todo el día se dispararon 27 cañonazos. Nos posesionamos de todas las

(*) Archivo Nacional de Cuba. *Donativos*. Caja 272, No. 12.

casas del veguerío y de una tienda; sólo nos separaba media legua, y en algunos lugares, menos de media milla de la población, pudiendo oir nuestras avanzadas —las conversaciones del enemigo. Este no cesó de tirar desde los fuertes, y desplegado en batalla, hasta que a las 5 de la tarde una llovizna vino a terminar la jornada.

Casi a mi llegada al campo de la lucha, cayó el primer herido, corrí a su lado y luego me retiré a un lugar a propósito, y allí, con la ayuda del Dr. Martínez y Pinto, Escobar y los otros sanitarios, los curé a todos. Con pena vi morir a Fáez y coloqué el vendaje al hijo de Mr. Julio, un amigo mío de Baracoa, y al Coronel Cartagena, y a un pobre mulatico que fué mi carpintero, y a todos aquellos bravos que llegaban a la muerte sonrientes y felices! Cuando se siente uno tan cerca de tanta grandeza, se adquiere valor para todas las penas, y se tiene en el alma disculpa para las debilidades, y perdón para todas las miserias de la vida!

Hice llevar los heridos a una casita que estaba a media legua del campo de la lucha, y luego me fuí a recorrer nuestras posiciones *ganadas a costa de tanta sangre y tanto parque*, y estreché la mano al valiente Maceo, y ví a los bravos baracoenses en sus puestos, al lado de los mayariceros y sagüeros; luego fui al hospital de sangre, y ya cuando volvía, el silencio me hizo comprender que había terminado —por lo menos momentáneamente— el ataque. Ví después otra vez al General, vino en busca mía, necesitaba hablar con alguien de aquel día de lucha, y desahogar su corazón. Me habló de los heridos como el padre más amoroso, como el mejor de los hermanos, y luego, ¿que me había de decir de aquella operación que había costado tantas vidas, sin duda, por haberla dirigido quien no tiene conocimiento ni del lugar, ni de la manera de utilizar los servicios de los que siguen en sus ataques a su jefe, —que sabe apreciar, más que otro alguno, sus aptitudes en el combate? El Gobierno consintió que Roloff se metiera en lo que no debía, y los resultados han sido que cayeran 27 heridos, que murieran ya hasta ahora, (9 de la noche) 6 hombres, y que hayamos tenido que retirarnos esta mañana. Yo protesté a tiempo, y aunque aún no me he separado del Gobierno, no estuve al lado de él, en sus planes militares, por creerlos anticonstitucionales e impolíticos. Esta mañana, ya preparados para la marcha, como viera Maceo que el cañón estaba sobre su cureña, se acercó al Gobierno, y allí en la formación, delante de todos, le dijo a Roloff que si el Gobierno quería, podía seguir el cañoneo, pero que él —que no había hecho más que seguir sus indicaciones— creía el plan descabellado, puesto que de todos los disparos, sólo uno o dos había hecho blanco. Roloff quiso hacer recaer la dirección en el General, pero éste le re-

plicó con energía, y tanto él como el Marqués, tuvieron que callar. Se dió la orden de marcha, y empezó el desfile. El botín fué pobre, solo pudieron las fuerzas coger algunas reses y muy pocos efectos de la tienda, maiz y tabaco, no salvándose ni una gallina; los pericos cayeron en poder de los famélicos sitiadores.

Peladero 19 Febrero.

En la mañana del 17 me quedé esperando para marchar con el estado mayor del General José, y saber de los heridos que debían salir con 100 hombres de las fuerzas de Sagua a un lugar seguro, en donde por orden de José, debía establecerse el hospital. Ya las cornetas habían tocado marcha, y la columna, hacía más de quince minutos que la había emprendido, cuando —al ir el General con uno de sus ayudantes de Campo al lugar en donde había estado colocado el cañón el día anterior— vió que el enemigo, desplegado en tres flancos, en número de 300 hombres, venía a reconocer nuestras posiciones que ya creían —sin duda— abandonadas por nuestra marcha, pero una de nuestras avanzadas les hizo fuego y vió el General caer un soldado muerto, y que se llevaban otro herido. Los *valientes* se metieron en el pueblo a la carrera, y diez minutos después, ocupábamos todos, tranquilos, nuestro lugar en la columna.

La marcha es penosa y larga. No quemamos más que tres casas al dejar el Campamento de Sagua y otras dos en el camino, por ser todas de españoles y de cubanos guerrilleros. Con nosotros vienen muchas familias que hacen la marcha a pie por el fango y las lomas altísimas cargando sus hijos, y es momento triste aquel, en que con lágrimas de profunda tristeza, abandonan sus pobres hogares, y es también hermoso ver estas pobres mujeres —esposas o hermanas de nuestros soldados— dar a la fuerza, la vaca que les proporciona sustento para los pobres niños que desde la cuna empiezan a sufrir por esta patria de nuestros amores.

Nos siguen estas pobres gentes porque saben de cuánto es capaz el español, y prefieren la vida del monte, con todas sus miserias, a la vida infamante de la población, que las obligaría, —para conservar sus vidas y las de sus hijos— a delatar a sus hermanos y a sus esposos y a sus hijos, y a cambiar el pedazo de pan que pudieran así llevar a sus labios, por la infamia y la traición.

Y sufren resignadas —como nosotros— el hambre y la sed, y el frío y el agua; y algunas de estas mujeres son más valientes para caminar por los ríos, las lomas y los pantanos que muchos de nosotros.

Y a dónde vamos? El Gobierno vuelve al parecer, al Camagüey. Maceo me ha dicho que Roloff le ha propuesto otra operación; yo le he aconsejado que no se preste a esta otra imprudencia y él me ha prometido hacerlo así. Yo voy unido a esta larga columna hasta que pueda separarme para visitar los heridos, puede que Félix Ruenes venga conmigo, y luego ya veremos a dónde van mis huesos. Hoy escribo en Peladero con un frío terrible y sin abrigo, porque le presté el mío a mi compañero Nodarse antes de separarnos. —Con frío y con hambre, pero a la vez, con la satisfacción de sentirme en mi puesto y satisfecho de mí.

Concepcioncita 19 (6 de la tarde)

Apenas sin almorzar, pues cuando iban mis asistentes a salcochar los boniatos, tocaron marcha y nos pusimos en camino con el credo en la boca, como dicen las devotas, tan fatales son estos despeñaderos a los que los españoles se atreven a llamar "caminos reales", pero llegué en mi caballo moro chiquito, pero fuerte, que le *traté* al coronel Cartagena. —Es una condición de los insurrectos, estar cambiando todo lo que se tiene, yo no me sustraigo a esta costumbre, aunque siempre pierdo en los *tratos.*

Me olvidé apuntar un detalle del sitio de Sagua, y es que no quisiera tener nunca que ocuparme de miserias, pero es un dato para el historiador de mañana, que tiene su importancia. Cuando marchábamos a la loma en donde estaba el cañón, el Marqués era —como luego le dije—, el presidente de los valientes— iba adelante sin detenerlo las balas, Roloff que marchaba a su espalda le propuso deternerse y ocultarse en la falda de la loma; con frase dura —en inglés— le echó en cara el Marqués su cobardía; siguió, pero trató de ponerse lejos del lugar del fuego, en cambio, el viejo Marqués, desafiaba —con valor— todos los peligros. La firmeza del uno y la debilidad del otro, fue el motivo de la charla de los bravos ayudantes de Maceo. Uno de ellos, Valiente, me contaba, que por indicación del General convidó a Roloff a ver desde la altura —en donde estaba el cañón—, el pueblo de Sagua; pero él, *prudentemente* le dijo que no lo acompañaba porque era miope y sin los gemelos nada vería. No salió de su buena posición detrás de un árbol, y en una bajadita de la loma. En cambio el viejo Marqués, animaba a los tiradores que estaban a su lado, el mismo Valiente me refería con emoción, que en el momento en que él se preparaba a tirar a los soldados españoles, cuando amedrentados por el primer disparo del cañón huían a los fuertes, él le decía: "Tíreles, tíreles", y fué preciso que el mismo ayudante lo cogiera por el brazo para

que se quitara del lugar a donde dirigían todos sus tiros el enemigo, y repito que los tres ayudantes del General, se portaron como verdaderos soldados de la patria. Dos de ellos perdieron sus caballos, murieron a balazos. Lástima ha sido que el *famoso* artillero expedicionario de Carrillo y Aguirre, haya dado tan mal resultado; ya se sabe que solo 3 de las 27 balas de cañón hicieron blanco, y aún estas, sin consecuencias positivas para el sitio. No sirvió por lo tanto, la pieza, sino para hacer huir a los que nos esperaron emboscados e hicieron las bajas.

Sospecho que proyecta Roloff otra operación, pero por lo que ya he hablado sobre esto con Maceo, éste la dirigirá solo, y por lo que me ha parecido entrever, el Gobierno esperará —en marcha— el resultado, y ya preveo el buen resultado. No sé si acompañaré al General, y es eso lo que ahora me preocupa.

Llega ahora una Comisión del Camagüey que ha traído al Gobierno noticias de sensación. Una es la quema del Central Narcisa en Remedios, de orden superior, y es la otra, que ya ha llegado al Camagüey el General Manuel Suárez, nombrado por el General en Jefe para el mando del 3er. Cuerpo de Ejército. Y este nombramiento me parece que va a traer nuevos disgustos al Gobierno. Roloff cree que él —como Ministro de la Guerra— puede suspenderlo en su destino, y si llega a cometer tamaña irregularidad, preveo rozamientos muy serios, puesto que Suárez no es tonto, y con su nombramiento de Gómez, va a dar mucho que hacer a los que intenten deponerlo. Siento que el Marqués apoye a Roloff y se preste a secundarlo, yo, antes de separarme del Gobierno, les dejaré mi opinión y el deseo de evitar así que siga en sus empeños anticonstitucionales. Siento yo que Gómez haya nombrado a Suárez jefe de las fuerzas camagüeyanas, y que Mayía —que es un buen militar— y un valiente, lo lleven a Colón, porque ya Suárez, —después de su desgraciado mando en Las Villas, en donde se cuenta que reunió buenos miles de pesos, que afirman que mandó a su esposa—, ha quedado desconceptuado. Dos son las condiciones que han de tener todos los que quieran servir en primera fila los intereses de la patria: valor y honradez.

Con estas dos condiciones podemos vencer, y sólo con ellas podremos llegar orgullosos a nuestra independencia.

La noticia de la quema del Central Narcisa indica que es tontería pensar que los ingenios de las Villas puedan salvar sus campos de caña y menos la zafra, por contratos con nuestro gobierno, hay que

darles candela porque se convierten hoy en fuertes y asilos de los españoles.

---

20 Febrero.

Seguimos en el mismo campamento, no podemos continuar la marcha porque los caballos están cansadísimos.

Hoy ha celebrado sesión el Consejo; como Vivanco no está aquí, yo —*por mis pocos años*— hice de secretario. Entre los distintos asuntos de que tratamos, los más importantes fueron lo que se refería al Central Narcisa y las comunicaciones de Suárez y Mayía, diciendo el uno, su toma de posesión del mando del 3er. Cuerpo de Ejército, y el otro, participando la entrega y algo más grave, la orden de Gómez de escoger entre las fuerzas camagüeyanas 200 hombres, para que con ellos, vaya allá Mayía. Estimaron mis compañeros tan impolíticos estos asuntos como otro que nos anuncia Cañizares en carta particular, el nombramiento de Quintín Banderas como jefe de la brigada que mandaba en Sancti-Spíritus el Brigadier Castillo. No creo yo que puede meterse el Gobierno en estos asuntos, y sólo particularmente pueden sus individuos dirigirse al Mayor Gómez, pero no opinan así los otros *señores del margen* y ya quieren aplicar el artículo 4º de la Constitución que autoriza al Consejo de Gobierno a intervenir en las *operaciones militares cuando sea absolutamente necesario a la realización de altos fines y políticos*, y se preparan para impedir la marcha de Mayía y los 200 camagüeyanos, y para la suspensión de Suárez. Si hacen todo esto, harán un disparate y se buscarán la enemistad de Gómez y Antonio Maceo. Pude en la sesión de hoy, contener a mis compañeros y conseguir —para que el tiempo los haga pensar con más cordura— que puesto que tiene el Consejo que informar sobre el estado en que ha encontrado las fuerzas de Oriente, díjose a Mayía que viniera a unirse al Gobierno y demorara —por el momento— el envío de los 200 camagüeyanos. Mayía en su comunicación dice que estimando lo de los hombres que se les manda escoger, antipolítico, y de gran alcance, no se atrevía a dar cumplimiento a la orden sin consultar antes al Gobierno. No creo que ha debido hacer esto Mayía, pues los militares no podemos en ningún caso, —discutir las órdenes que se nos dan. El Marqués puso el grito en el cielo, y con él los demás, oponiéndose todos a la salida de fuerzas del Camagüey, y yo creo que no tienen razón. Si Oriente dió fuerzas para la invasión ¿qué razón hay para que Camagüey no lo haga ahora también? ¿Que no tiene muchos hombres armados? tampoco los tiene Oriente. Veo sí impolítico el nombramiento de Suárez, y sobre esto si creo que podía el

Gobierno dirigir una razonada carta que hiciera volver sobre este acuerdo al General en Jefe, pero todo lo que no sea esto, es faltar a la Constitución. En fin, me alegraré estar lejos del Gobierno cuando se trate de estos asuntos sobre los cuales ya conoce mi opinión.

Anoche vino a mi tienda el jefe de la artillería y sus palabras han venido a demostrarme que Maceo supo prever todo lo que desgraciadamente pasó el día del ataque al pueblo de Sagua. Piensa ahora el artillero que no debía haberse colocado la pieza en la loma, sino en terreno llano; el ataque hubiera sido fácil, de modo que viene a darle la razón a Maceo, y lo cree ahora así porque ha comprendido que el cañón no tiene fuerza bastante para atacarse con él a gran distancia, de modo que Maceo supo comprender sin ser artillero, lo que el jefe de nuestra artillería ha necesitado este segundo fracaso para poder formar nuestra opinión.

Me acaba de regalar el General Maceo una mulita de paso. Mañana iré en la marcha, caballero en mi mula y —aunque me sobren piernas— iré seguro de no dar con mis huesos en el fango. Mi caballito moro se lo he *cedido* a mi ayudante Pinto, que perdió en estas últimas marchas su hermosa yegua espirituana.

Escribía hoy su diario Alsina, a mi lado, y me leía párrafos que dedica a Oriente; las penas que hemos pasado, hacen que la nota triste sobresalga en sus escritos, pero las lomas no tienen la culpa, es España la que nos obliga a estas miserias, y como las sufrimos por libertar a la Patria, hay que buscar en ellas mismas esperanzas y consoladores anhelos.

De estos orientales sólo hay que recordar sus virtudes como cubanos y no fijarse en el oficial o en los soldados a quienes hay que hacer ir al lugar del combate obligados por el machete del jefe. Débiles hay en todas partes y yo he visto a Gómez detrás de los villareños *haciéndolos pelear en Mal Tiempo a golpes*, y como en toda reunión de hombres, hay quien robe y quien falte a sus deberes y muchos que jueguen en los campamentos. Y sobre esto, aunque repita algo de lo ya escrito, debo consignar aquí que los jefes no deberían permitir nunca que las fuerzas jugaran. Serafín Sánchez no lo permitía, ni Roloff, ni Panchito Pérez ni Zayas, en cambio en la columna invasora todos jugaban, y aquí hay quien juegue dados, barajas y todos los juegos *ilícitos*, como dicen los *pacíficos*.

Pero he dejado de intento, otro juego: los gallos. En nuestra marcha desde Sagua han venido nuestros soldados pidiendo, robando o comprando gallos finos, y es cosa que da pena y risa ver las vallas en los campamentos, y entre los jugadores es el más entusiasta el General José. Me detuve con él en una casa para descansar, mien tras la fuerza sacaba *víveres* (boniatos) y como pasara por nuestro lado un jinete con un gallo, que dijo haber comprado en un peso, le dijo el General: —"No lo topes, para pelearlo al llegar al campamento" La gritería es atronadora y no tiene esto más ventaja que la que indicaba un compañero el otro día, que se acaban los gallos; pero el vicio siempre encuentra quien lo amamante y los gallos cubanos no han de acabarse nunca... por desgracia. Y esta debilidad del General trae como natural secuela, que se vea en las marchas el ridículo cuadro de los soldados que cargan al lado de sus rifles el consabido *gallito* que va recordando a *Pedro* que ha olvidado los deberes que le impuso el *Maestro!* Pero esos son los bravos que saben morir por la patria y —lo confieso— no jugaré nunca, pero ya no me parece tan criminal el juego de gallos; para los demás, si no encuentro disculpa, y creo que no deben nunca permitirse, porque es criminal pervertir, con los vicios, a los que saben tener en el alma tantas virtudes.

Copio lo que escribí para un número especial del "Boletín de la Guerra": se publicó el 30 de Septiembre del año pasado.

Cada día que pasa después del asesinato de Martí, se eleva más su monumento de luz; y es más amada su vida, y es más grande su gloria.

Pero aún no se sabe todo lo que encerraba en su cerebro gigante. El orador era egregio; el político, honrado y creador; el literato, maestro; el poeta, ángel y profeta y el hombre, hermano y padre, más que amigo, de todos los caídos. La miseria era su altar y en la redención de los débiles, y en la curación de las enfermedades del alma, buscaba y encontraba fuerzas para vencer las ambiciones y las vanidades de los poderosos.

Su obra mejor es la guerra que nos libertará, su mejor discurso y su testamento inolvidable, es su muerte,

Amó a su pueblo, vivió para él, por el luchó y por él supo morir.

Sobre su tumba se escribirá la fecha de nuestra redención. Es ese el único epitafio digno del genio de nuestras libertades patrias.

F. V. D.

Soledad — 21 Febrero.

Temprano dejamos el campamento en donde descansamos, y en pocas horas hemos andando las 4 leguas que nos separaban de este lugar en donde creo me separaré por dos o tres días del Gobierno, para acompañar a Maceo en una operación militar que aún desconozco.

En esta marcha se han enfermado muchos, y casi todos han perdido sus caballos. En las marchas me he reído mucho con Masó, no sabía él a lo que se exponía con esta jornada, y ha venido renegando y maldiciendo que ha sido un gusto. Para el Gobierno y para Maceo, han sido sus acerbas críticas, y cada vez que había un mal paso, —de los muchos en donde rodaban los caballos—, o tenían que subir como chivos por cuestas empinadísimas, —Masó suspiraba y decía: ¡Ah, esta marcha es muy patriótica, política y militar!...

Mayarí Arriba, 22 Febrero

Como a las 3 de la tarde salimos ayer de Soledad, y acampamos aquí por la noche. Como yo —pensando que Maceo se separaría hoy del Gobierno— marchaba a la vanguardia, llegué antes que mis compañeros en el Gobierno, y acampé con los oficiales del Estado Mayor del General. Como yo no traía que comer, porque mis pobres provisiones las consumí en el almuerzo, todos se disputaron los honores del convite y las tres cocinas, los tres calderos, los tres *trenes* como decía Valiente —se pusieron a mis órdenes, y era cosa que ya preparaba el cuerpo para la comida, la fraternal unión de aquellos valientes jóvenes, dispuestos siempre para todos los heroísmos, y entre los que apenas si hay alguno cuyo nombre no tenga ya puesto honroso en la historia de las luchas patrias. Fue la comida tan cordial como el recibimiento. Carne salcochada y malangas, y luego una buena taza de café. Y era de ver como se *atracaba* aquella digna gente. Los calderos se ponían al lado de mi hamaca, un machete clavado en la tierra hacía de candelero, y entre las risas y las ocurrencias de todos, engullíamos más que comíamos los *sucu-*

lentos manjares. Y después la sobre-mesa no dejó nada que desear. Sánchez —el hermano de Urbano— y Ducouré y todos hablaron y cantaron y me hicieron cariñosamente los honores.

Aquí encontré los heridos que han sobrevivido. Murió el hijo de Mr. Julio, el de Baracoa, Cástulo Osorio; Francisco Acosta, y los otros van algo mejor, pero les han faltado medicinas y sal y buenos alimentos. En Cástulo se ha perdido un hombre bueno y un patriota decidido y leal. Yo lo conocí mucho y sé que era tan ilustrado como valiente, aquí queda su cadáver y con él, las lágrimas de sus buenos compañeros. Ayer a mi llegada, vi a Félix Ruenes llorando en el rancho en que Cástulo había muerto; las lágrimas de este jefe de las fuerzas baracoanas son más elocuentes que todas las frases conque pudiera explicarme su pena por la pérdida de tan bravo ayudante suyo. Pero esta es la vida del militar cubano, caer envuelto en su bandera y dormir el sueño de la gloria en un rincón de la sagrada tierra de la Patria. Mañana cuando la columna emprenda su marcha, y los pacíficos y Prefectos tengan que abandonar sus ranchos, lo acompañará la bendición de nuestro cielo y las brisas le traerán el amoroso beso de la madre o de la mujer amada y la lágrima tristísima y el suspiro más desgarrador!... Pero a eso venimos: a levantar el altar de las libertades patrias sobre esas tumbas! Y aquí no es triste el eterno sueño de la muerte, y es envidiable morir! Largo y penoso es el calvario de nuestra guerra que nos separa aún de la libertad porque combatimos! Y para seguir adelante, sin dudas ni vacilaciones, para dejar de lado todos los sufrimientos, hay que sentir en el alma el amor patrio, como el más grande de los deberes, como bálsamo santo de todas las penas y como premio de todos los heroísmos!

Ayer también quedó en el campo colgado en uno de los árboles del camino, un español prisionero a quien se supuso espía. Causa pena estas ejecuciones en las que a las veces, —pagan justos por pecadores—. Pero así es la guerra. Por donde quiera nos encontramos con un nuevo horror, y lo triste es, que éste no será el último y que no podemos ser clementes los que luchamos por vencer la tiranía española y no podemos olvidar de cuánta infamia es capaz el Gobierno que mata y que roba para dominar.

A veces la clemencia se traduce por debilidad, y la caridad por cobardía.

Creo que vamos en rumbo de Ramón de las Yaguas y que hoy nos separamos del Gobierno.

Hoy le he dicho a José que me voy con el herido Amelio Acosta al Ramón, para operarlo y de allí seguir a Baracoa en donde pienso estar unos días para descansar y buscar ropa y otras cosas que me faltan, y —sobre todo—, para mandar lo que te escribo ahora y para ver si al fin, tengo el consuelo de recibir carta tuya.

Sé que voy a pasar trabajos hasta que me encarrile aquí, pero todos los prefiero a la vida de angustia que paso en el Gobierno. No quiero romper con mis amigos, pero como mi opinión se estrella ante la de todos, y preveo días tristes para el Gobierno, creo que separándome ahora, hago lo que debo.

Ya llegó Weyler y ya se empieza a sentir su tiranía. Sabemos que ha fusilado más de 25 pacíficos. Sin embargo, ha dado un decreto concediéndole indulto todo el que se presente hasta el 25 del presente. Ha dado mal resultado el tal decreto, pero ha sido porque los prefectos y el Gobernador Civil, o mejor dicho, el Teniente Gobernador, han dado muchos permisos a los pacíficos para ir a las poblaciones. El Gobierno, para evitar este abuso, ha tenido que acordar hoy, que sólo los jefes superiores del ejército den los consabidos pases.

Me hace reir que *los civiles* han tomado la cosa muy en serio y se creen los Gobernadores y Tenientes Gobernadores *que lo son de verdad*. Céspedes, que es el Gobernador del Estado de Oriente, se siente una autoridad *pacífica*, tiene su escolta de 20 hombres armados, y cuando acampaba con nosotros, ponía una bandera cubana en su pabellón y guardia *y todo*. Trabaja mucho por organizar a los prefectos y demás civiles; pero se olvida que sin ponerse de acuerdo con el jefe militar es tontería intentar nada, y es preciso que nadie olvide que ésta es una revolución militar, y que sin el auxilio de la fuerza, nada es posible hacer, ni debe hacerse. Después que lleguemos a la independencia, entonces podremos legislar, y entonces sí vendrán de perlas todas las buenas aptitudes civiles, pero por ahora lo que importa es destruir y acabar con todo lo que favorezca al español y demostrar en la guerra que estamos dispuestos a morir antes que dejar nuestro puesto. Esto no lo comprenden mis compañeros en el Gobierno, —se meten en asuntos militares como el de Sagua— y se empeñan en dar a los civiles gran importancia con perjuicio de los hombres de armas y con beneficio de los muchos que han venido a *majasear* en la guerra, que es lo mismo que no hacer

nada, andar desarmados, montar muy buenos caballos y comer bien. Para favorecer a éstos que son una rémora de la guerra, para eso sirven los civiles.

Ya empiezan a sentirse también los efectos de esta irracional concentración de fuerzas. De todas partes recibe comunicaciones el General, en las que le piden auxilio, mal recuerdo deja pues, por aquí el Gobierno.

Cada minuto que paso siento ansiedad consoladora, pues espero encontrar cerca el camino que me ha de llevar a donde espero recibir tus cartas, pero me parece que hoy no saldremos de este campamento.

Ya no tengo ganas —Asunción de mi alma— de escribirte, sino de verte y contarte todo lo que sueño contigo. ¡Tan largo me parece el tiempo que hace que no te veo!

Siglos me parecen los días, y si los que han pasado me indican todo lo que he sufrido, los que me quedan delante me parecen interminables, y —con horror—, pienso en ellos.

Tu has recibido sin duda, cartas mías, pero yo no he podido leer ni un solo renglón escrito por tu mano.

Cuando hablaba de tí con Collazo, me decía él: —"Que poca gracia le harán a Asunción tus escritos, élla lo que querrá es que acabes de llegar". Y lo oía yo con alegría. Sus palabras me decían también que tú me esperas, que tú no me has olvidado, que tengo en tí el consuelo que tanto necesita mi alma enferma de esta enfermedad que se llama la ausencia.

Tú tienes el consuelo de tu familia, y puedes por la pureza de tu alma, encontrar distracciones para tu espíritu. Yo no sé conformarme con esta separación que es un verdadero sacrificio que me ha impuesto el deber y mi amor a la patria.

Todo me parece oscuro en derredor mío, nada me alegra ni me consuela. Siento el goce del cumplimiento de lo que la dignidad me manda; voy sereno a los combates y no tengo temor de morir, y es que hasta en los momentos de mayor peligro, ni en lo más recio del combate, me falta tu recuerdo. Te veo mi corazoncito santo, en todas partes, y la hermosa mirada de tus ojos no se aparta nunca de mi retina, está allí y allí estará hasta que muera! Los que me ven alegre y decidor, los que se ríen de mis chistes, dicen que aún

en mi sonrisa se descubre que sufro y oculto mis sufrimientos. Yo tengo para todos cariño, para los que saben ser cubanos toda mi admiración y todo mi respeto, y para los que faltan a sus deberes, para los débiles, la disculpa del hermano; pero yo en cambio, no encuentro más que afectos pasajeros, manos que estrecho con amor, pero que yo siento frías, como la de los muertos dentro de las mías. Pero yo no he venido aquí ni a buscar gloria, ni a conseguir aplausos, ni nuevos afectos; me alegra que todos me quieran, y son tuyos —tuyos solamente— todos los laureles que puedan ofrecerme los que me quieren quizás más de lo que yo merezco ser querido. Pero sin tí, ya yo no sé ver azul el cielo, ni es la vida mía, más que una peregrinación que sólo terminará el día que llegue hasta tí y encuentre en tus labios purísimos el premio de tantas noches oscuras y tristes de martirio, en las que la fatalidad convierte todos estos días tan alegres y tan hermosos para todos los que no llevan —como yo— un mundo de penas en el alma.

Pero así debe ser, y así es. Yo que tanto he sufrido, que llevo en mis pies las muestras de la barbarie española, que tengo los horrores del presidio en mi pierna derecha y en mi herida la gota de sangre —ofrecida por mi— en tú nombre —al Dios de las libertades patrias; yo debo sufrir y sentirme por tí, orgulloso de todos mis sufrimientos y esperar que al cabo pueda llegar a tú lado orgulloso y tranquilo, y sentirme [documento roto] siempre,

Tu Fermín.

Segunda S.

No. 4 (sic.) (*)

Mayarí Arriba, 22 Febrero 1896

Mi Asuntica idolatrada:

Escribirte es unirme a tí con el pensamiento, es dejar las monotonías del campamento para acercarme al ideal de mi vida; tu amorcito —vida mía—. Cuando como hoy, descansamos en un campamento mi única manera de olvidarme de mi mismo y de mis penas es escribirte. Me encierro en mis pensamientos y me olvido que estoy en mi hamaca y que a mi lado ríen y discuten y murmuran los jóvenes que acompañan al Gobierno, y sólo me hace levantar la pluma el anuncio de un boniato asado que me trae mi asistente o alguna pregunta o el cumplimiento de alguna de mis obligaciones como Ministro o como Jefe de Sanidad.

Cuando yo escribía hoy, murmuraba algo sobre Gonzalo de Quesada, un sobrino de Alsina, —que me acompaña en espera de destino El tal, que es abogado y *todo*, es bastante pedante y muy pretensioso, decía mucho en contra del melenudo Secretario de la Delegación, no pude oírlo en calma y le hice observar cuáles eran los merecimientos de mi amigo. Y cuando yo aquí lo defiendo, él allá, al lado de su buena Angelina y de su precioso bebé, ya no se acordará de mí. Pero que el me olvide no es razón para que yo deje de pensar —con cariño— en el que tiene para mí el mérito de haber sabido querer siempre a Martí, y el de haberlo acompañado en días de soledad para mi pobre hermano. Tiene el mismo Gonzalo la culpa de que lo juzguen pretensioso y tonto; sus ambiciones y sus entusiasmos juveniles, explican estos juicios, pero los críticos *a la violeta,* olvidan que cuando Martí luchaba por vencer a los que se creían los únicos patriotas y por hacerlos pensar en sus deberes, él —a pesar de sus muchachadas y de sus *cosas,* —fué un buen amigo y un cariñoso compañero del Maestro. Yo por eso le perdono todas sus faltas, y sólo recuerdo —con orgullo como soldado de la patria— sus virtudes. Me parece que lo veo entusiasta en la tribuna y que arrastra con su palabra a la gente Norte-Americana, pero es de los que como yo y como Loynaz, tenemos a Martí como al genio de esta revolución, que no hubiera podido desarrollarse sin su esfuerzo; porque vale más, por esa razón es que lo critican.

(*) Archivo Nacional de Cuba. *Donativos.* Caja 270, No. 7.

Jarahuecca, 23 Febrero

Esta mañana nos separamos del Gobierno y aquí hemos llegado por la tarde, después de haber pasado por San Benito y Seboruco y La Lombriz. En la Sub-prefectura de Seboruco se quedaron los heridos, los demás, siguen aquí a mi cuidado o irán conmigo a Ramón de las Llaguas. Comí esta mañana un plato de ajiaco que me ofreció un viejo mambí en lo alto de la loma de Seboruco, en la misma casa en donde acampó Guillermón, el 24 de Febrero p. p., cuando con veinte valiente se lanzó a la guerra. Mañana se cumplirá un año de lucha, y mañana también hará siete meses que desembarqué, once que no te veo, y como diez que no sé de tí. Me alienta la seguridad de tu amor, pero me abate esta triste separación que cada día es para mí más triste. Pero bien mereces tú —vida mía— todas mis penas y mis lágrimas, —que no me abaten ante las penalidades de la guerra, sino que por el contrario, me dan más serenidad y más valor. Me acerco a tí cuando —como ahora— me parece que mi alma vuela a tu lado, y que siento latir en el mío tu hermoso corazón, y que sobre mi pobre frente está siempre el beso purísimo de tus ardientes y amorosos labios.

Me dicen hoy que vamos a atacar a Sabanilla. Después me figuro que hemos de volver a encontrar al Gobierno. Veremos.

Siento ya la felicidad de poder obrar por mi cuenta, y ya no pesa sobre mí la responsabilidad de los actos del Gobierno. Ahora sólo me preocupan mis deberes como Jefe de Sanidad. He venido a la revolución, no a sostener y soportar personalismos que pueden ser —Dios no lo quiera— fatales para la revolución. A ellos sólo les queda, desde hoy, toda la responsabilidad, y si yo soy el equivocado, con gusto reconoceré siempre toda la gloria que pueda caberles.

He conocido hoy al Coronel Castillo, hermano del Dr.; es simpático e inteligente, y su muleta y su aire militar, dan a su bella figura, sello de valor y nobleza.

---

24 Febrero

Estoy acampado en una casita de gente honrada, de hombres de armas. Me han tratado con afecto, y a pesar del frío, he podido dormir. Anoche, el teniente coronel Sánchez, me invitó a comer en

otra casa, ya había comido aquí, pero quise ir por complacer a los que deseaban obsequiarme, pero uno de los de la reunión empezó a tocar su *tres* y Sánchez habló de baile, a los pocos momentos me despedí y vine a mi rincón a pensar en tí y a escribirte. Yo en un baile —con todas las penas que tengo en el alma, es algo así, como una profanación de este amor que me sostiene vivo, de este amor que me hace digno de tí y hermano —aunque menor— de los que defienden, como héroes, las libertades patrias! A lo lejos oía yo anoche, el triste sonido del *tres*, cuyas notas llegaban hasta mi cerebro como lúgubres vibraciones. Los que después de los combates pueden reir, los que cumplido el deber patrio pueden encontrar en la danza, distracción que les haga olvidar todas las fatigas de la guerra, —para esos—, es alegría y es consuelo la música y el baile, pero para los que llevan en el alma pesado *jolongo* de sufrimientos, la música y el baile, son la risa sarcástica de la fatalidad...! Anoche —en ensueño de amores— me parecía que estaba a tu lado, que te veía como en noche inolvidable para mí, en la que la música del baile me hacía pensar en tantas glorias para la patria, y ver en tus ojos hermosísimos la dicha para mí nunca soñada, la corona de luz que supo levantar a mi pobre corazón hasta el trono de mi Dios la palabra cariñosa de tus labios que apenas podía ocultar todo el cariño que ya tenías para mí! Aquella noche todo era para mí, alegría y esperanza; no pude dormir, a la madrugada me levanté enfermo y escribí a la carrera las cuartillas que dí luego a "El Yara", recuerdo que al escribirlas, mis lágrimas caían sobre el papel, y que luego que terminé mi escrito, sentí el alivio y el descanso del que ha conseguido al cabo de toda una vida, la seguridad de un amor puro y santo! Después, tú sabes como he vivido amándote, y tú sabes también cuán grande ha sido el sacrificio y cuán grande ha sido la ofrenda que he hecho a mi patria dejando el nido de mis amores, dejando mi hogar santo, en donde lo mejor sería el perfume de tus virtudes, para venir aquí a sufrir o a buscar la muerte, y a sentirme olvidado de todos y casi muerto, —si no pensara en tí que eres mi vida! La música cubana de la noche inolvidable del Cayo que pasé a tu lado, me hacía pensar en los heroísmos de esta guerra necesaria y justa, la música de anoche —ah, la música de anoche, me hizo llorar! He visto mis sueños cumplidos, estoy en mi puesto, pero qué dura y qué amarga es la prueba! Para todos no es lo mismo la guerra. Para unos, es una manera de vivir, para otros, es una fiesta, para los que todo lo hemos sacrificado por ella, es la ofrenda más grande y la prueba más hermosa de patriotismo. Los años pasarán; quedarán tumbas olvidadas y hombres como yo, dispuesto —desde ahora—, a olvidarlo todo, si —al cabo— llego a tu lado y encuentro

en tí el calor santo de amores que yo tengo para tí en mi alma! Ah, si son estos, sueños, yo quiero estar siempre soñando!

Ya sé —por el General— que ahora, no me he de encontrar con el Gobierno. Y tan pronto como lo supe, mandé al Presidente la comunicación que te copio en mi libreta anterior, la dejé íntegra— —como la escribí— pues así creo— que debía ir. Si tiene durezas, lleva verdades que yo estimo que es patriótico decir en estos momentos de lucha. Para los que ven —de lejos— la guerra, puede que tenga yo censuras, pero los que saben pelear, éstos están conmigo, y por esa razón estoy contento y tranquilo. De los hombres que saben pelear, es la patria, y a éllos hay que consultar todos los trabajos de los que por la voluntad popular tienen la dirección de los destinos de la patria.

---

25 Febrero

Creo que mañana cambiaré de campamento. Me dicen que el Gobierno anda por la Ensenada.

Anoche los músicos vinieron a tocar en mi rancho. En la salita de mi modesta casa, había tres hamacas: la del ayudante del General, Comandante Francisco de Paula Valiente, la de Pinto y la mía. Hablábamos de la guerra, y recordaba yo, a los hombres de Nueva York, cuando sonaron los primeros compases de la danza cubana. Solemnizábamos la fecha gloriosa del principio de nuestra guerra. Con los músicos venían algunos veteranos, los obsequié con buen café. Como una hora duró la patriótica serenata... después, nos quedamos soñando despiertos, y haciendo planes para el día de la paz por la independencia. Con esta esperanza de vida, nos dormimos. En sueños me parecía que veía a mi hermano Martí, que arrastraba con su palabra y que lo rodeaban hombres de todas las repúblicas americanas que aclamaban a nuestra Patria...

---

26 Febrero

Sigo en este descanso necesario para las bestias, para mí, han sido días de trabajo. No he parado un solo instante, ya curando heridos, o reconociendo enfermos.

Ha llegado a este Cuartel General Sánchez Vaillant, sobrino de Urbano y compañero mío en la Constituyente. Viene herido en el pecho y bien merece —por esto— que le haya estrechado con orgullo su mano.

Y me trae la noticia para mí gratísima, de que Piñán —mi buen compañero— está bien, y al lado de Serafín Sánchez. Siento aún la pena de haberlo dejado en la Ciénaga, pero —así es la guerra, todo lo deja detrás, el que cumpliendo un deber, va— como el "Judío errante" —cumpliendo su mandato cruel... Oh, si, todo se deja detrás— te he dejado yo a tí!

Creo que hasta mañana estaré en este campamento.

Ya hoy dejaré mi cueva o mejor dicho, la cambiaré por otra. Maceo deja ahora también el campamento. Nos veremos cuando los heridos, con los que me quedo, estén bien y pueda yo seguir hasta Baracoa. El General ha oído mis observaciones y no dará ningún ataque con el cañón hasta que no tenga la seguridad del éxito de la operación, evitando así que se desacredite —más de lo que ya está, por el fracaso de Sagua— nuestra pieza de artillería. Cada día estimo más a Maceo; me guarda atenciones que no prodiga, y oye los consejos que le doy. Me consultaba hoy cómo compondría una pieza del cañón y siguió mi indicación al pie de la letra. Y al despedirse de mí me indicó a dónde podría verle antes de seguir mi viaje a fin de que tuviera los auxilios necesarios.

Tengo empeño en arreglar todo lo que se relacione con los heridos, que es muy triste para el que pelea por la patria con tanto tesón y tanta honradez, no tener quien luego lo atienda y lo cuide en el rancho en donde se le oculta herido en lo más oculto del monte. En Las Villas, y en todas partes en donde he estado, me he esforzado en el cumplimiento de los sagrados deberes que impone el patriotismo, y a cuyo servicio nos pone a todos el amor a nuestros hermanos! Siempre recuerdo los días tristes y largos en los que yo estuve con mi pierna herida y me ví solo... Pero ya eso pasó, y yo estoy ya bueno.

Hoy, —con uno que se va a Las Villas— escribo a Piñán y le mando su nombramiento de "Jefe del Despacho de la Inspección de

Sanidad del Estado de Oriente". Me alegraré que venga pronto, pues es un hermano a quien quiero.

Hasta después que almuerce, no cambio de rancho. ¡Qué triste se queda un campamento después de la marcha de la fuerza! ¡Es el silencio más triste este silencio!

Ojo de Agua

Llego aquí por la tarde. Es un rancho rústico a orillas de un pequeño arroyo. En frente hay otro en donde vive una familia con un *batallón* de muchachos. En mi rancho están dos heridos: Amelio Acosta y Félix Pérez Sevilla, peninsular, sargento de la escolta del General. Para llegar aquí he tenido que cabalgar más de hora y media por entre el monte firme, subiendo y bajando muchas lomas, pero estoy contento a pesar de estos trabajos necesarios. Mis heridos están bien asistidos, tienen el médico a su lado y nada les falta. He trabajado, pero ya hoy tengo reses y gallinas, tres cajones de medicinas y dos cajas de amputaciones y los instrumentos; y preparados necesarios para toda clase de operaciones. Y aquí estaré hasta pasado mañana que iré a ver los heridos que están en la Prefectura de Seboruco, en donde está el Dr. Martínez; y todos me tendrán cerca hasta que ya no me necesiten. Y qué tranquilidad se siente en el alma cuando se cumplen así los deberes! Un sentimiento tengo, y es que el Dr. Veranes, por *majasear* en casa de un amor ilícito, no haya acudido al llamamiento que le hice, al llegar a Jarahueca. Hoy he recibido sus instrumentos y un oficio en el que me dice que está enfermo, *que el reuma no lo deja hoy montar*, pero como yo sé que esto no es más que una disculpa de *mambí suelto*, le he oficiado de nuevo recordándole cuál es su obligación. Doy —con mi conducta— ejemplo, y no sería honrado que yo permitiera una inmoralidad que tanto perjudica a los pobres heridos, siento esto de Veranes, pero antes que amigo suyo, —y muy leal—, soy soldado de mi Patria.

Y ahora por servir a mi causa me privo del consuelo de acercarme a los lugares desde los que puedo mandarte mis cartas y recibir las tuyas, pero sé que tú me has de perdonar esta vez, pues conoces la razón y eres buena y cubana, y has de tener lástima y amor para los que caen en el campo de batalla y están heridos y lejos de sus hogares. Los curo pensando en mis días de dolores físicos, y creo

que por eso he aprendido a tenerles más cariño; al lado de estos enfermos valerosos, me acompañas tú para tener fe y para llevarles el consuelo de la ciencia que tanto necesitan. Por tí pues, y por mí, hago el doble papel de médico y de "Hermana de la Caridad". Pasarán pues, algunos días, para que pueda ver letra tuya y mandarte esto que ahora te escribo, pero cuando esta libreta llegue a tus manos, te llegarán también las cariñosas protestas de agradecimiento y de cariño de todos estos patriotas que quiero como hijos, y que ven en mí a un padre y al mejor de sus amigos.

Si pudieras verme en este rancho, te habías de alegrar. De palos del monte que nos circunda, me han hecho los asistentes una mesa al lado de mi hamaca, mesa en donde he comido, y en donde me alumbra una vela ahora que te escribo —mientras yo hablo— en espíritu —contigo; todos —que pocos momentos antes se reían con mis cuentos y mis chistes, —guardan el más religioso silencio. Es hermosa esta confraternidad del dolor y de la desgracia! Y los que no saben amarla y respetarla, son —sin disputa— unos miserables!

Pero después que ya estén curados, me estaré en donde pueda esperar tus cartas. ¿Habrás recibido las que te he escrito? En ellas te digo cómo has de dirigir las cartas para que yo pueda recibirlas. Esta duda me mata. Y así puedes tu comprender cómo todo lo que hago en esta guerra, es para mí un sacrificio que ofrezco a mi Patria, pero con orgullo he de guardar —para tí— mis pobres triunfos como médico y las lágrimas de amor de estos hombres!

Todo para mí es martirio, pero todos los sufro con orgullo! por Cuba y por tí, alma de mi alma!

Y en las noches tristes de la guerra, se sale el corazón de mi pecho, lo siento sangrar de dolor y de pena, y me parece que me han de faltar fuerzas para sobrevivir y poder llegar a tu lado!

En estas noches tristes yo quisiera velar a tu lado, verte y sentir el fuego de tus ojos hermosísimos! Quisiera poder estar un momento a tu lado, un minuto solamente... ¡tan amargos son estos momentos!, pero me parece que te veo leyendo mis escritos y sintiendo todos mis dolores y pensando en mí. Pensar en tu amor es para mí, vivir, y es la única esperanza alentadora que enjuga mis lágrimas y me da entereza y valor para resistir todos mis sufrimientos!

Guarda alma de mi alma, en tu corazón purísimo, todos estos desahogos míos como prenda de amores, como testimonio santo de la adoración que te tengo, y no me olvides... no me olvides nunca, Asunta mía!

Ahora en Oriente, me parece que estoy más cerca de tí. Y en realidad estoy aquí tan lejos como en todas partes! Si es verdad que aquí es fácil la salida para el extranjero, ya tú sabes cómo pienso yo en esto de dejar el puesto de honor que aquí ocupamos. Para todos los que se les manda salir, es fácil la manera de embarcarse, pero yo no creo que los que como yo, hemos venido a cumplir la orden del deber, podemos abandonar la Patria, para ir a vivir tranquilos allá en Nueva York o en Tampa. Cuba necesita la sangre y el esfuerzo patriótico de todos sus hijos, y es cobarde el que vuelve la espalda al peligro, o bajo cualquier pretexto se va lleno de títulos, a brillar en los salones de los emigrados, o a pasear en las calles de los Estados Unidos sus trajes y su cuerpo elegante. Yo no me separo de mi puesto, ni dejo el cumplimiento de mi deber, y sufro más que todos juntos por mis dolores físicos, por la inutilidad de mis pies y por las angustias que llevo en el alma!

En el santo altar de la Patria, dejo pues, todo lo que tengo. Te quiero más cada día, porque cada día me cuesta más dolores esta separación que tanto me entristece y me abate; siento —cada día— más firme la fe que tengo en tu amor, y es más cruel esta lucha en la que me siento, si vencido, dispuesto a todos los sacrificios. Algún día cuando pasen estos días, yo llegaré a tí con la frente alta, encontrarás en mi cara el triste surco de mis lágrimas; mi cuerpo flaco, pero fuerte, te dirá toda la fortaleza de mi patriotismo y si hay orgullo en mí será el que me inspire tu amor. Volveré a tu lado honrado, y sin manchas de esas que dejan las cobardías, y cuando deje a tus pies todas mis coronas, con cuánto entusiasmo te he de decir: tú que eres mi encanto, la única pasión de mi alma, tú que me has sostenido vivo cuando este frío de muerte he sentido a mi lado, puedes tener la seguridad que nadie ha sufrido más que yo al ofrecer en ese santo altar de la patria, tu amor santo, que tanto es, y es tan grande el sacrificio para que el que sabe amar como amo yo, estar aquí y estar dispuesto a seguir en su puesto! —Con el alma te besa tu

Fermín.

Segunda serie

5ª Libreta (sic.) (*)

Santiago de Cuba

Ojo de Agua — 28 Febrero 1896

Temprano he recibido hoy un oficio del Presidente mandándome a decir que me necesita para celebrar sesión y tratar en el Consejo de asuntos pendientes de resolución. No he podido cumplimentar la orden, porque no debo abandonar mis enfermos, y además, porque después de la comunicación que les mandé desde Jarahueca y que recibieron según recibo que tengo del Prefecto de la Lombriz, fecha 24 del presente, ya no desconocen que me he retirado por ahora del Consejo y que no quiero mezclarme en sus determinaciones; pero yo comprendo porqué no quieren entender lo que bien claro dejo expresado en el escrito que oportunamente les mandé. Ahora necesitan resolver los asuntos que se refieren al General Suárez y al envío de las tropas camagüeyanas a Occidente —según la orden de Gómez— y de aquí, el apuro, pues ya el General Mayía —si no ha venido— debe estar al llegar a la residencia del Gobierno. Saben además cómo pienso yo sobre estos asuntos, y yo sé que todos mis compañeros en el Consejo, piensan oponerse a las órdenes de Gómez, y por lo tanto, bueno es que evite tomar parte en estos líos que estimo de gran trascendencia para los destinos de la Patria. Si yo pensara que mi presencia en el Consejo los había de hacer variar de criterio —haría el sacrificio de ir, pero sé que nada habría de conseguir y que al fin había de salir peleado con mis amigos y ésta es cosa que evitaré hasta el último extremo. Pero sobre todo esto, está mi deber como médico, que es razón de más peso para que no me mueva hoy de aquí.

Dicen —yo no he oído nada— que se han sentido aquí hoy tiros y hasta descargas y cañonazos, pero yo creo que estos ruidos no son más que temores fantásticos. Estamos en una retirada del monte a donde no han de llegar los españoles fácilmente, y hasta donde no llegarán sin que antes lo sepa yo por los Prefectos. Además, Maceo no está lejos, y el Gobierno sigue en "La Ensenada", —por lo menos de allí me escribe el Presidente con fecha de ayer. No tengo temor alguno ni por los heridos, ni por mí. —Y no quiero pensar en una sorpresa —cosa que en esta guerra es casi imposible prever—,

(*) Archivo Nacional de Cuba. *Donativos*. Caja 270, No. 8.

pues eso sería para mi, si no me acompaña la suerte, —una muerte segura. Pero éste es otro sacrificio necesario. ¡Ruega tú a tu Dios por mi, que las plegarias de los ángeles son las que llegan siempre al Cielo!

Entre la curación de mis heridos, contestar algunas comunicaciones de los prefectos y practicantes y escribirte, se me va pasando el día. Y hay diferencia de la vida bulliciosa del campamento a la triste y solitaria del rancho de los enfermos; pero hoy he pasado uno de los mejores días de la manigua. Nada me interrumpe en mis pensamientos y sigo desde aquí a mi espíritu que va hasta donde tú estás...

Ya yo creo que vivo en un mundo en donde para mi alma sólo hay otra alma: la tuya. Y por eso en mis momentos de descanso o de alegría porque tengo tinta y papel y tiempo para escribir, ni se me ocurre pensar en hacer una carta ni mandar un recuerdo a otra persona que no seas tú.

1ro. Marzo.

Hoy he ido a Seboruco a ver los heridos que cuida el Dr. Martínez y pasado mañana veré los de Mayarí Arriba.

No hay temor de españoles por aquí, y los tiros que me dijeron ayer que se habían oído, fueron ilusorios.

Con alegría me han recibido mis enfermos al vover a mi rancho y —a pesar de tener al frente del hospital de Seboruco a otro médico, mi llegada fue un gran consuelo para los enfermos que siempre tienen algo que pedirme y alguna súplica que hacerme. Todos los que sobreviven se salvarán, si —por desgracia— no se presenta en algunos la gangrena.

Mi viaje a Mayarí Arriba es necesario y lo haré, aunque tengo dos días de largas y difíciles marchas. Me dicen hoy que hay en Peladeros otro herido, allá mandaré de Mayarí Arriba, a mi practicante Castellanos, —mi simpático Fígaro—, para que lo cure y me lo traiga a Seboruco.

Yo no te puedo hablar de *alta* política ni de operaciones militares. Por ahora, y estoy muy contento de ello, —sólo me preocupan— —aquí— mis enfermos, pero esto durará poco. Y pienso esto, porque tan pronto como estén curados me uniré a Maceo y ojalá que antes de separarme de él para ir a Baracoa no hayan otros tiritos como los

de Sagua... y que no los tenga yo por el camino o vengan a *molestarme* en mi cómoda y tranquila retirada, porque estos malditos *sorches* son de lo más *impolíticos* que hay en la tierra de españoles. Llegan cuando menos falta hacen, y —en cambio— se esconden mientras más se les busca. Por ahora a los vivos quiero lejos, pero bien lejos!

Cada vez que me veo aquí, y pienso en los que —como Enrique Collazo— y otros se han quedado al otro lado del charco... me río de los que pensaban que yo no podía o no debía venir. Sé que ahora —si antes me querían— me han de querer más mis buenos amigos del Cayo, de Tampa y de Nueva York. —Y cuando pienso en esto, me alegro por tí. Eres allá mi esposa, más que mi prometida, y la que guardas todos mis pensamientos, y también me consuela la idea de que los que no me querían, ahora tendrán una palabra de disculpa para mis faltas.

Cuando echo la vista al pasado recuerdo a Enrique Collazo cuando volvía de Jacsombil (¿se escribe así conguita mía?) y me hablaba, con entusiasmo, de mi inolvidable Martí. El, que vive ahora en Tampa, entre el patriota pueblo cubano de las emigraciones de la Florida, entre los tabaqueros de Cayo Hueso debe también recordar con tristeza aquellas cartas y aquel duelo... que yo no olvido porque es testimonio de las virtudes y del patriotismo del mártir de Dos Ríos! Los años han pasado, Martí que vivió como pobre, pero muy amado de los hombres— rico de alma— de los hombres de la Florida, ya no existe, pero viven los que supieron comprender todas las grandezas de su alma.—Enrique Collazo debe amar más la memoria honrada de mi hermano, ahora que vive entre estos hombres.

Y cuando pienso en la vida pura y digna de Martí, siento que se oprime de pena hondísima mi corazón. Sufrió en su pobre casa paterna, sufrió en la deportación y en el presidio, no pudo encontrar paz y amor y al lado de su necia y ridícula mujer, traicionó su amistad, el mismo a quien salvó con el producto de su trabajo personal de la deshonra y de la cárcel infamante. Fué criticado y calumniado por los mismos que debían estar a su lado en el momento de morir, y... aún después de muerto hay quien no bendiga —de rodillas— su nombre! Pero por eso mismo durará más la memoria de sus grandezas. El genio de nuestras libertades, ha de vivir para el pueblo cubano, mientras haya un solo hijo de esta tierra capaz de ofrecer su vida —con heroica abnegación— por nuestra independencia y por nuestra libertad! Y los que lo calumniaron...! qué larga

y qué triste ha de ser para esos miserables la expiación a que los condena ya sus propias conciencias!

Ah, para mí no ha muerto ni puede nunca morir mi hermano queridísimo. Me parece que lo siento a mi lado y que sus brazos me abrazan y que su voz es la que me alienta en los momentos de prueba y de tristeza.

Hablaba hoy el Capitán Acosta y otros, del mal efecto que entre los orientales han hecho algunas apreciaciones de algunos oficiales de la fuerza camagüeyana que acompaña al Gobierno. Se referían a que unos dijeron al ver a Maceo: ¡"Si es negro"! y otros miraban con desprecio a los hombres de la raza negra que —por su valor y honradez— ocupan puestos entre los jefes y oficiales. No tienen la culpa estos pobres murmuradores que así critican a los valientes orientales, culpa es de los hombres del Gobierno que no recuerdan —al hablar—, que hoy para los patriotas no hay colores ni razas, que sólo hay cubanos dignos, o cobardes miserables. Esta cuestión de razas preocupa sólo a los cobardes o a los inútiles en la guerra. —A mí ni me asusta, ni me preocupa. Veo que los que son valientes y dignos se levantan, y veo también despreciados a los cobardes. Veo en lo alto de la guásima, tanto al plateado blanco como al plateado negro, y para mí es tan honrado la mano del negro que la mano del blanco, que sabe estar en su puesto. ¡Qué me importa que haya muchos negros en Oriente, si son esos negros honrados, y valientes! Son cubanos, y por eso ya son tan dignos como el blanco que sabe también serlo. Pero estos juicios de la gente pequeña no obedecen más que a la inquina de los camagüeyanos o mejor dicho de algunos de los camagüeyanos contra los hermanos Maceo, y más que esto a la ligereza de los juicios del viejo Masó que es un bilioso y un hombre sin entereza bastante para ocultar sus vanidades.

Al oir hablar de esto a mis enfermos, me acordaba de Martí, Siempre luchó él desde Nueva York contra estos provincialismos que son tan fatales cuando de cosas de guerra se trata. Y ninguno le fué en zaga, en la tarea patriótica de la unión de las razas. Suyas son aquellas hermosas, palabras en las que hizo la síntesis de la guerra de los diez años: "el negro llevó en sus hombres, al blanco que supo pelear por la libertad del negro". Ya no hay manera de levantar en Cuba el fantasma de la separación de razas. La guerra ha unido a todos los cubanos dignos, y los necios que no lo quieran comprender esos tendrán que llevar sus vanidades muy lejos de Cuba, si no quieren enterrarse con ellas en el último rincón de esta tierra, y entre los traidores a las libertades patrias.

Maceo es un negro, y su hermano también, pero éste es el león que lleva desde Oriente la guerra a Mantua, y aquél el terror de los españoles en toda la isla. Porque son negros, porque no han recibido la ilustración de muchos blancos inútiles, porque trabajan y pelean y sufren sus heridas, y desafían la muerte por la libertad de todos, por esto son para mí —y deben ser para todos los cubanos, más dignos de respeto y de admiración. Pero sobre esto, poco debe decirse, sin embargo, que las frases de los oficiales camagüeyanos —provincialistas hasta la pared de enfrente— han dejado mal recuerdo en estos hombres, que —con razón— adoran al negro José Maceo. —¿Pero qué mucho que los ayudantes del Marqués hayan dicho estas sandeces cuando el Presidente de la República soñaba —como ya te he dicho— con poner de jefe en Oriente a Carrillo, anulando así a los *negros* Maceos?

Los años pasarán, seremos libres — a pesar de los provincialismos de aquí y de allá, y ya habrá quien recuerde que por mí, no ha habido ahora un cataclismo en Oriente, por mí no ha nombrado el Gobierno a Carrillo, y por mí no ha dimitido Maceo del puesto que ocupa, y como ya estaba resuelto, no se ha ido al extranjero. ¡Pueda yo siempre servir a mi Patria como ahora! Porque escribo para tí, me permito la vanidad de este recuerdo que es sin duda el nuevo título que tengo para el cariño y la consideración de todas estas gentes a quienes ya estaba yo tan acostumbrado a querer y a las que debo tanto amor.

Si Martí viviera, cómo había de condenar la obra infame de los cobardes murmuradores de oficio y cómo había de enseñar a los racistas blancos y negros, la enormidad de sus crímenes, pero si él ha muerto, nos queda su obra: la guerra, y ella se encargará de elevar a los buenos y de señalar para siempre con el estigma de los réprobos, a los que todo lo sacrifican a la vanidad y al necio orgullo, y ocultan sus miserias entre las viejas paredes de la antigua casa solariega que quizás fué testigo de otros viejos crímenes no purgados todavía!

---

2 Marzo.

Hay movimiento en mi pequeño campamento. Han traído de Jarahueca la noticia de que los españoles vienen por tres puntos distintos hacia acá. Ya he mandado a preguntar al Prefecto lo que hay de verdad sobre esto, y a la vez le consulto, si puedo salir mañana para Mayarí Arriba como pensaba. Anoche me dormí pensando en una sorpresa del enemigo, pero —dispuesto a todo— espero con serenidad los acontecimientos. Y sería cosa triste tener

que sacar a cuestas estos pobres heridos y salir —sin rumbo— por montes del diablo! Pero no hay que hacer comentarios a priori, quizás todo no sea más que una falsa alarma o disculpa para el miedo de algunos. —Lo que fuere, sonará.

Ayer recibí de "El Triunfo" —un ingenio inmediato, azúcar, frijoles, arroz, una botella de ron, tabacos y para Amelio, un galón de vino. Estoy pues, rico, y mis enfermos contentos. También me mandaron manteca, que es renglón escaso por aquí, y cebollas y otras menudencias. He comido ayer como un *pacífico* y ya hoy, me preparan mis asistentes un buen *menú*: arroz con guinea y *congrí* —arroz con frijoles y tasajo de vaca—, lo que es este almuerzo no me lo quita el *gringo*!...

Cuando tomaba hoy un trago —un *seco* como decimos por acá— me acordaba de tí y de lo disgustada que te ponías cuando te decían mis enemigos que yo andaba allá por los *bay-nins* (no atino con la manera de escribir este maldito inglés). Y recuerdo con respeto los buenos y santos consejos de tu madre inspirados en el mejor deseo, e hijos del cariño que te debo. Ahora siento más que nunca que los murmuradores de allá te hicieran sufrir con estas hablillas. Pero es ley fatal de la humanidad la que mueve los labios de todos, para criticar la vida de los hombres que se separan del común de las gentes y que señalan a los cobardes el camino de la vergüenza y de la honra. Y no digo esto, para disculpar una falta mía, sino para explicar cómo se daba por algunos más importancia a lo que ninguna tenía, pues a Dios gracias, jamás ningún vicio me ha dominado, ni por el he faltado à mis deberes como hombre, y nunca —tampoco— he puesto en ridículo con mis actos públicos y privados, los principios santos de la religión que tiene por dogma el amor a la patria! Pero no me perdono haberte hecho sufrir, con haber entrado en los cafés de Tampa. Y guardo —como los consejos de mi madre a quien adoro muerta— los buenos y puros de tu madre. Si falté, ya tengo tu perdón y ya tengo el castigo con esta vida de privaciones que sufro con orgullo. Diles pues, a los que me criticaban, que vengan a aprender a ser puros a mi lado... y que aquí el ron sabe a pólvora!

Pero siento no poderte convidar a mi almuercito.

¿Te acuerdas de aquellas sabrosas comiditas en tu casa? Recuerdo con cariño a tu padre. Fué noble y leal conmigo, y por eso no sé olvidarlo. ¿Y Yoya, se acuerda de mí? Cuando me escribas háblame de todos, yo a nadie olvido, pero escribiéndote y pensando

en tí, ya me parece que pienso y que escribo a todas las personas que tu quieres y que sabes tengo yo razones también para querer.

Y entre éstas, es la primera mi inolvidable Poyo. Hay tantas grandezas en su alma, en donde los hombres ingratos han dejado tantas tristezas! Sus cartas me las leería como las de un padre; también me hacen falta. Pero mi aislamiento durante los meses que van pasando, no ha podido ser más completo. Ya que no recibía carta tuya, tenía la esperanza de que él me escribiera, pero todo se ha quedado en el deseo, y se lo ha tragado la distancia abrumadora y larga que nos separa y que es causa de todas mis angustias y de todas tristezas. ¿Cuándo llegará el día claro en que yo reciba carta tuya?

Van llegando aquí pacíficos y *civiles*, *majases* todos, y todos cobardísimos. Todavía no me ha contestado el prefecto a preguntas de esta mañana. Son ya las doce del día, y aún no ha llegado el práctico que he pedido. Las mujeres del rancho de en frente, ya tienen preparados los líos para la huida.

Y es una familia especial. La vieja, hermana del Subprefecto de Seboruco y 13 hijos; una de ésta casada con 5 hijos, tres *niños* [más] de un civil de Jarahueca, y ahora acaban de llegar otras mujeres y más muchachos; no puede ser mayor la impedimenta! Y hay también hombres que no tienen pantalones.

Acabo de recibir —(las 12 y ½) un aviso del Prefecto que dice que los españoles están en la zona, que ya se les ha hecho fuego. Y siguen llegando gentes que van de huida. No tengo práctico, ni puedo encontrar quien dé ahora con el Prefecto. El guamo anuncia el peligro y yo espero los acontecimientos con calma. Preparo las acémilas y detengo a los que pueden servirme, a última hora de prácticos. Creo que el Prefecto no nos dejará aquí sin auxilios, y que se ocupará de poner en lugar seguro a los heridos, pero como sé que el miedo es un mal consejero, no las tengo todas conmigo en este punto. Me preocupan mis pobres heridos, sufriré con ellos todas las penalidades y todo los disgustos que parece nos quieren proporcionar los malditos *gringos* que bien podían dejarnos quietos.

Te adora tu,

Fermín.

Segunda S(*)

6ª

Santiago de Cuba

Ojo de Agua, Jarahueca

2 Marzo de 1896

Con la alarma del soldado dispuesto a defender su botín, así estoy yo. No sé cómo voy a defender a los heridos sin fuerza ni prácticos del monte; pero sé que no he de dejarlos solos, y que —con ellos— he de sufrir todo lo que sea necesario esta vez. He mandado a uno de guardia en el camino, y a mi ayudante Escobar con Juan Baracoa a explorar.

Ya llegaron los soldados a la casas de Jarahueca —(las 5 de la tarde). —El prefecto me ha dejado sin práctico, pero yo me he buscado un viejo que ya me ha indicado el lugar a donde puedo llevar a mis heridos. Como han llegado muchas familias, y con ellas *sus* hombres, he organizado una guardia de dos hombres para que durante toda la noche tengan cuidado de la vereda. Mi práctico es de parecer de que no abandone mi rancho hasta la mañana, y así lo haré —si antes no me dan aviso de novedades los que están en la guardia. La conducta del Prefecto no puede ser más digna del castigo que ya le reservo *in mente*. No se ha ocupado para nada de los heridos ni de mí. Pude yo esta mañana cuando supe la novedad, haber montado en mi mula y salir a viaje, pero esa conducta mía, no hubiera sido honrada dejando sin amparo a los pobres heridos. Con ellos estaré en todos los tropiezos que quizás me reserve mi mala suerte, y si ya no tuviera la certeza de la inutilidad de los hombres civiles me la daría el proceder criminal y ruín del Prefecto Pekot, dicen que desde muy temprano, y abandonando reses y sin cuidarse del vecindario, se fue —como alma que lleva el diablo— a la retirada en donde tiene oculta a su familia. Por su cobardía a impericia se comerán los españoles las reses que tenía para los heridos, y por lo mismo quizás cuales serán los apuros en que nos hemos de ver metidos. Pero en estas situaciones difíciles es cuando necesito tomar menos *tilo* y cuando andan más serenos mis nervios. Estoy convertido en maestro, callando a los muchachos y como jefe, imponiendo castigos a los que alteran la orden, sólo se oye el murmullo

(*) Archivo Nacional de Cuba. *Donativos*. Caja 270, No. 9.

de la incesante cháchara de las mujeres y el llanto de los niños. Veremos si podemos pasar en paz esta noche de zozobra que se nos espera.

Me dicen los heridos que en situaciones análogas, Veranes y otros médicos se han ido, y han dejado abandonados a los heridos. Esto explica la contestación del Prefecto y su conducta cobarde. Pero ha sufrido una equivocación que le ha de pesar.

En esta situación de apuro hay su nota cómica. A un pobre satico se le antojó ladrar cuando yo imponía silencio, y sin más trámites que mi orden, fue castigado sin formación de consejo, y lo mandé ahorcar. Eran dos. Ni sé cómo se salvó el segundo.

Por cuidar de las vidas de mis heridos, he sacrificado la del pobre perrito ladrador. ¡Cosas de la guerra! ¿Qué dirán mis pacíficos amigos los que —como yo— éramos de la "Sociedad protectora de animales y plantas"?

Pero gracias a mi cuidado, todo está en orden y puedo ufanarme de mis disposiciones.

El perro es el único que —hasta ahora— ha pagado el pato. Si yo fuera espiritista me alegraría por aquello de la emigración de las almas, pero yo creo que esta alma perruna se queda por aquí, si las *auras* no disponen otra cosa.

El viejo práctico me da una noticia que no pasa desapercibida para mí que ya soy buen gastrónomo manigüero. Dice el viejo que tiene una perra de busca a la que no se le escapa ni una jutía. Indulto de antemano a la perra, y hasta le permito que ladre esta noche —*sotto voce*— con tal que pueda yo mañana —si el *sorche lo* permito— comerme una asadita!

Llega ahora —las 7 de la noche— otro pacífico. Los españoles están en la boca de la vereda, en la casa en donde estaba acampado el General Maceo. Dice el pacífico civil —que tanto monta— que se oye arrear vacas y romper casas y cortar palos, pero que aún no han quemado casa alguna.—Le pregunté por el Prefecto y me contestó que no sabía nadie de él. —Me parece que la cosa se va complicando y que la noche no ha de ser muy buena. Siento que se

coman mis vacas, o mejor dicho las vacas de los heridos, esos españoles, pero ya me la pagará el *cuyo* prefecto!

No podré dormir. A pesar de mis ayudantes, tengo que cuidarme del relevo de las guardias y para mayor martirio se le ha antojado a Juan Baracoa amarrar a mi cabecera la hamaca del *crío* que es un negrito llorón como él solo. Pero todo hay que sufrirlo por la patria!

Guardo —hasta mañana— mi cartera, pues es bueno apagar las luces. Miedo o prudencia, pero necesario en estos casos!

---

3 Marzo

En el monte

A pesar del cuidado que me dieron las guardias dormí anoche mejor que la noche pasada. Fue noche larga de ansiedad y de pena para todos y ,—sobre todo— para las pobres mujeres y para los heridos. Mi viejo práctico, el veterano de la guerra grande, Cornelio Gé, me ha indicado el punto del monte a donde debemos ir en retirada. Temprano, a las cinco, mandé mis exploradores que aún no han vuelto y ya son las 10¼. A las 8½ llegó el encargado de las reses de la prefectura, quien me aconsejó que esperara las noticias de mis exploradores en el monte, pues así estaba menos expuesto a una sorpresa. Los heridos se animaron y se dispusieron a sufrir las peripecias del viaje, y con mi viejo de vanguardia, emprendí viaje, y aquí acabo de llegar. La marcha no ha sido larga, sólo hemos andado un cuarto de legua por el monte firme, pero qué triste ha sido esta marcha! Amelio en una hamaca iba sufriendo golpes a cada paso, sólo teníamos tres cargadores, dos asistentes de los heridos y Ricardo Ortiz. boyero de la Prefectura; como por ensalmo se me desaparecieron los pacíficos cuando se olieron que había que cargar. Detrás de Amelio iba en mi mula, desafiando todos los precipicios y las lomas, y luchando con los palos de bosque. Pinto me seguía, detrás venía Sevilla con su tremendo balazo en el pecho, venía a caballo, y como tuvo que doblarse muchas veces sobre el *lomillo* de su cabalgadura, llegó sufriendo crueles dolores. Detrás venía mi impedimenta, mi mula coja con su gran serón y los tres asistentes de los cuales sólo dos son míos; el otro es de mi querido secretario el *teniente* Pinto, que es un perro fiel para quererme, que tiene una letra hermosísima, pero con quien hoy no puedo contar para nada, porque anoche con las guardias, pasó mala noche, y hoy —si lo dejan los soldados— se estará durmiendo todo el día. En un clarito del monte hemos

formado el campamento. Amelio ya está en su catre y con ramas y colchas y frazadas se le ha formado un toldo para evitar el sol y que le caiga el rocío de los árboles; a su lado he colgado mi hamaca, tengo sentado cerca de mí al viejo Gé y a pocos pasos están las hamacas de Pinto y del practicante Papita, de quien por sus ínfimos méritos, ya me iba olvidando en esta tan real como triste relación, pero de paso, debo hacer constar que hay en este monte unos mosquitos zancudos que ya me tienen giro.

Van siendo ya las 11 y Escobar no vuelve. No me va gustando su tardanza. Sentiría que le hubiera pasado algo; es un valiente, y me quiere mucho. Los asistentes de los heridos que acaban de llegar de mi rancho con los bultos que dejaron escondidos por el monte, me dicen que nada se sabe de Escobar ni de los soldados, y que tan pronto como me fuí, empezó la *habladera* en Ojo de Agua. Dios quiera que esta maldita charla de las pacíficas y pacíficos, y la gritería de los pequeños no llegue hasta el campamento de los españoles y los traiga hasta mi refugio del monte!

Desde anteayer está al lado de Amelio su mujer, que es una parda de peso, fea, pero cariñosa y trabajadora, y una vieja tía del herido, que es una ardilla. Me cuida, y se ocupa de hacerme muy buen café.

El boyero Ricardo Ortiz me dice que se presentó al Prefecto para indicarle que podían picarse las cercas del corral y echar las reses al monte; a lo que se opuso el Prefecto, que después de tocar el guamo, se fué con sus honores.

Llega ahora —las 11½— el auxiliar de la prefectura de Leonor C. Juan Jaime y me da la buena nueva de que esta mañana, —muy temprano— se fueron los soldados.

Eureka! Almorzaremos aquí, y después: —al rancho !

Parece que se van los españoles con rumbo a Mayarí Arriba o El Avispero, en donde está ahora el Gobierno. Dicen que no han saqueado las casas y que no se llevan reses.

Espero las noticias de Escobar.

Parece que esta zambra de soldados va teniendo buena solución. Si es cierto lo que dicen, me alegraré que siempre sea igual mi suerte!

A los dos menos cuarto llega Escobar. Ya tenía la acémila cargada y todos nos preparábamos a volver alegres a nuestro rancho. Lo veo llegar sudoroso y con el revólver en la mano, y al encontrarse conmigo, me dice: —"Juan Jaime se equivocó, los soldados están en Jarahueca". Y me explicó lo que había pasado. Jaime vió que muchos soldados salieron con sus acémilas de parque y ya pensó que todos se habían marchado. Escobar fué con Ricardo Ortiz y los vió en la casa de zinc, en donde estaba acampado el general. Se ha dividido pues la fuerza, y los que quedan, tienen amarradas las reses. ¿Qué esperan? ¿Seguirán a la otra fuerza, o irán a reunirse con ella por distinto punto?

La noticia del Jaime fué causa de que algunas familias que estaban en Ojo de Agua y en otras retiradas se pusieran en camino hacia sus casas y por poco se encuentran con el enemigo. Y él también tuvo la culpa de la gritería de las mujeres y de los muchachos y de que todos los asistentes se pusieran a tumbar palos de *ramon* para las hambrientas. Con la rectificación de Escobar todo ha vuelto a la calma y al silencio de antes. A Ojo de Agua mandé a Escobar para que impusiera silencio a las familias imprudentes que están allí, y para que se ocupe de las guardias, y me he quedado con los heridos. Cuando me diga Escobar que puedo salir, me daré a la luz, mientras tanto aquí me estoy con mi práctico al lado por si hay que ir más adentro del monte, si los soldados se resuelven a visitar mi rancho de Ojo de Agua. Merecía un *planazo* el Jaime, porque su noticia que tanta alegría nos trajo, pudo también ser causa de serios disgustos. Las imprudencias son peores a las veces que los descuidos. Yo sin embargo, no estaba satisfecho; necesitaba ver a Escobar para poder creer lo que ya me habían dicho y tomé con alegría más por mis heridos que por mí mismo. Dije contento: Eureka! pero agregué, si es cierto!

A las 3½ se oyen dos tiros de *yegua* y luego dos descargas de la tropa. El práctico se levantó del suelo asustado, di yo orden de preparar para la marcha y mi asistente Santos se puso cenizo de puro miedo; me arregló el mulo al revés, y todo se le perdía, perdió el freno y tuve que montar sin él, y sólo con la soga que se le ata al cuello para comer. El pobre Amelio sereno y valiente, se dispuso a sufrir la nueva peregrinación. El práctico tomó el camino en el monte

y cuando yo pude montar, gracias al miedo empalagoso de mi asistente, ya iban delante todos; yo seguí detrás de Pinto, a quien tuve que despertar, pues cuando los tiros, roncaba como un bendito. Y la mula me dió sendos golpes con los palos; sin freno, no tenía manera de hacerla andar por donde yo quería y aporreado he andado algunos metros monte adentro.

El práctico cree que aquí podemos esperar los acontecimientos. Los sufrimientos de Acosta han sido mayores esta vez, porque su asistente —el *indio montado*— es tan Santos, por lo cobarde, como el mío, y como al *coraje* se unía el peso de la hamaca, que con un palo cargaba con otro asistente, el catalán, —los temblores eran tantos, que fué preciso sustituirlo por uno de mis asistentes baracoanos, que se han portado con serenidad y entereza. Por el camino hemos encontrado al Ricardo Ortíz que venía acompañando a su familia. Nos dijo que le parecía que los tiros habían sido lejos. Se volvió para tomar informes. Suponemos que alguna guardia nuestra hizo los dos disparos, a los que la fuerza española contestó con las descargas. Escobar no ha venido a decirme lo que sepa y eso me da esperanzas de que aquí se quedará este capítulo de nuestra historia... que ya se iba cambiando en tragedia, y larga! Yo le encargué a Escobar que tan pronto como supiera que había que seguir por el monte y alejarnos de estos lugares, viniera a reunirse conmigo, al no haber venido ya, supongo que el pleito ha sido lejos, de lo cual me alegro mucho.

La pobre y buena esposa de Amelio, lloraba y seguía cariñosa a pie, al lado de su enfermo valeroso, —la viejecita no se quedó atrás.

A las 4½ llegó Escobar. El fuego fue por Seboruco, en Jarahueca Abajo. Lejos de aquí, como a dos leguas.

Y me dice Escobar que no hay gente esta noche para hacer guardías, me dice que después de los tiros la gente se ha regado, y han sido éstos más eficaces para que todo el mundo se haya quedado como en misa, que todas mis órdenes y consejos.

Cómo he sentido yo que el general no me haya dejado treinta o cuarenta hombres para tirotear a estos mentecatos que me están cargando la paciencia ya más de la cuenta! Siempre he pensado que no se deben dejar los enfermos sin fuerza que les dé guardia y los defienda en caso necesario, pero como no es de mi incumbencia como Jefe de Sanidad, meterme en la distribución de las fuerzas militares, ni la Ley de Sanidad me autoriza a pedir escoltas, ni hombres ar-

mados, —me quedo con mi opinión, pero he de hablar de esto con José, y quizás se lo indique oficialmente.

El conocimiento de la manera de operar de las fuerzas españolas me hace pensar cada día más, en que el mejor modo de perseguirlas y batirlas es usando el sistema del ataque con guerrillas que las tengan sin reposo y que las sorprendan por todas partes, pudiendo operar solas o reunidas. Ahora una guerrilla podría copar, dadas las posiciones que tiene Jarahueca, la fuerza que se quedó aquí, y otra, desbandar a la que acaban de tirotear probablemente algunos civiles de la Subprefectura de Seboruco.

A pesar de que Escobar ya ha vuelto al Ojo de Agua, no estoy tranquilo por las guardias de esta noche. No creo que debemos, tener confianza en que no han de llegar hasta donde estamos, y por los tiros que acabamos de oír, creo más comprometida nuestra situación, pues —con bastante parque y buenas armas, no tiene nada de extraño que se les antoje hacer un reconocimiento por estos lugares, y más si saben— como es fácil que lo sepan —que por Monte Oscuro anda el Coronel Castillo, y que por aquí está el Mayor General, Secretario del Exterior y Jefe de Sanidad—, hoy de huida entre los montes. Pero a todo estoy dispuesto, y ahora ya en la hamaca que de nuevo he hecho colgar entre dos palos, llego a la hora triste del crepúsculo que inspiró al gran Víctor Hugo su famosa "Oración por todos".

Amelio se queja de su herida, los golpes de este último *viaje* han sido tremendos. Es lástima que haya tenido que dejar el rancho y andar de huida; su herida ya iba muy bien, y con estos meneos, no sólo se atrasa su curación, sino que se aumentan sus sufrimientos. El agradece que yo lo acompañe y lo cuide, y yo tengo orgullo en cumplir mi deber al lado de tan valeroso soldado de la Patria.

El soldado español Sevilla no ha podido montar su caballito para acompañarnos en esta jornada. A pie venía el pobre hombre, y al preguntarle por qué no venía a caballo, me contestó con acento muy peninsular: —Toma, pues porque los palos me golpean mucho! Aquí está —como siempre— en el suelo, no cuelga la hamaca porque dice que en ella siente mucho el frío. Nadie le oye en todo el día. Contesta cuando le hablan y come cuando le dan. Tiene una cara simpática y es muy joven. Quien sabe como se explicará él, allá en

sus adentros, su deserción del ejército español y el por qué pelea con valor a nuestro lado!

Ya nuestros acobardados asistentes han vuelto del susto. Han sufrido con valor nuestras burlas y ya Santos me ha querido explicar el por qué de su aturdimiento. No le tengo miedo a los tiros, me decía, sino que veo que si nos encuentran aquí los españoles, nos matan sin remedio, pues sólo hay para defender a todos, su buen revólver que vale tanto como un rifle. Ud. no va a abandonar a los heridos y nos matan, nos matan!... "Yo me reía de sus explicaciones, y como comprendo que —en parte— tiene razón para temer, no me he podido incomodar con él. Y le perdono los golpes que he sufrido en la mula sin freno, porque ya aquí me encontré otro asistente a quien mandé en su busca a nuestro antiguo campamento.

Pero siempre me reiré, cuando recuerde su cara de espanto al oír estos tiritos.

Dije que mi Pinto se repondría hoy —con una buena siesta— de la noche pasada en vela. Y así fué. Estaba profundamente dormido y no oyó tiros ni descargas, trabajo me costó despertarlo y darle mis avíos de escribir para que los guardara. Pero Pinto no es de los que se asustan ni tiemblan, ni se atacan a los nervios, va a los fuegos, sereno y sin chistar, nunca hay que llamarlo al lugar del peligro, sabe estar a mi lado siempre como mi ayudante y como mi compañero en la expedición y como mi amigo leal desde entonces.

Los golpes y el camino ya han hecho su efecto en mi herido. Ya Amelio tiene fiebre y le duele y sangra su herida. Mando ahora a buscar medicinas, pero esta noche de frío que se nos espera en medio del monte, temo que sea la causa de algo muy grave que sólo de imaginármelo ya me asusta. Ojalá que mis temores no se realicen. Sentiría que después de estar tan bien, se presentara cualquier complicación que viniera a echar por tierra todos mis esfuerzos.

Combatiré la fiebre, y si mañana puedo sacarlo de aquí, yo espero conjurar el mal. Si no, culpa será de dejar los heridos sin quien los proteja y a merced de un prefecto que se va sin acordarse de dejar ni un práctico y sin avisar los peligros ni indicar siquiera la manera de poderlos conjurar. Y —como causa ocasional— culpa también será de estos malditos *sorches*.

El agua está muy lejos de nuestro escondite. Santos y el Indio los dos *bravos* que fueron por ella, llegan ahora —ya de noche— jadeantes con su carga. Me dicen que hay muchas mujeres y niños perdidos en el monte.

A pesar de los disgustos, y gracias a la viejita, he comido una buena sopa de arroz, y guinea asada y plátanos idem; pero con su mantequita... y todo. Comida de Jefe al fin! Pero creo que mañana será día de abstinencia, se han acabado ya los *víveres* —léase plátanos.

Qué triste es una noche en medio de un monte, con un enfermo grave y la angustia de la persecución por todas partes! En el silencio necesario por la proximidad del enemigo, son más tristes los lamentos del enfermo y más dolorosas las lágrimas de la pobre esposa. Los hombres duermen rendidos por la fatiga y los trabajos del día, todos duermen, sólo la guardia y yo, y las pobres mujeres, velamos, y sólo rompen la soledad triste del silencio en este bosque, el monótono canto de los grillos y las chicharras. La humedad me llega hasta los tuétanos, y me parece que la noche en este bosque es eterna. Debe ser igual, la fría humedad de las tumbas. Cuando salga de aquí podré repetir lo que dije al dejar la Ciénaga: ¡"Gracias a Dios que he podido arrancarme de los brazos de la muerte"!

---

4 Marzo

Seguimos en el monte. A pesar del frío pude dormir anoche, bien envuelto con mi frazada y mi pobre capa. Van a ser ya las 10 y aún no he tenido noticias de afuera. Hace más de una hora que mandé a Santos a preguntar la situación al valiente Escobar, que —sin dudas— se ha pasado toda la noche en la guardia de la vereda.

Amelio ha amanecido mejor, Sevilla bien, pero la viejita mal. No es posible que pueda resistir con sus años y sus achaques la vida de los mambises.

Hoy espero poder volver a mi rancho, y buena falta me hace para poner en orden mis asuntos y saber de mis otros enfermos.

Padrón y Veranes me han contestado las cartas que les escribí desde Jarahueca. Los dos me invitan a pasar con éllos unos días en el Ramón, pero no entro en esta majasería. Me da Veranes la

buena nueva de que ya deben estar cerca los encargos que le hice, más no me contesta el oficio que le mandé reiterándole la orden de venir. Lo siento porque debe venir y vendrá. No puedo ser débil con el amigo pues esa injusticia me quitaría el respeto de los demás médicos y hombres a mis órdenes.

No comprendo que se pueda venir a la guerra a vivir en los ranchos con mujeres y abandonando el cumplimiento de sus deberes. Ni lo comprendo, ni como Jefe lo puedo ni lo debo consentir.

Cómo aquí hay *majases* con categoría de *cocodrilos*, como digo yo, —en todas partes. Allá en Sancti-Spíritus está Raimundo que ha venido a la guerra a vivir en las casas de sus parientes y comer y vestir bien; por esto no está en los fuegos y abandona los campamentos, debilidad de que es responsable Serafín Sánchez. Como este, hay muchos por todas partes, por desgracia para la revolución. Muchos han muerto ya en los ranchos de sus concubinas pero...! ni por eso escarmientan los cabezones! No transijo con ninguno, los persigo cumpliendo un deber, y estoy muy lejos del contagio...

A las 12½ llega Escobar.

Ya se fueron los soldados!

Escobar viene del campamento en donde han estado los españoles, del que trae un plato, una caja vacía de galleticas y un caballo. Se fueron esta mañana a las ocho.

La columna que salió de Jarahueca fue a Seboruco, y de vuelta, tiraron dos tiros a Alejandro Santos y su esposa, y al subprefecto Manuel Dutor, y como éstos salieron de las casas corriendo en dirección del monte les tiraron las descargas que oímos ayer; los tiros fueron pues en Jarahueca del Medio, en el punto conocido por la Lombriz. El Santos no se sabe si lo mataron, lo hicieron prisionero o anda por el monte. Por Seboruco dicen que no quemaron las casas pero mataron gallinas e hicieron otras fechorías. En Jarahueca quemaron muchas casas empezando por la de Juan Baracoa, donde yo vivía. La casa de zinc en donde tenía el General su cuartel general no sufrió nada, pero destruyeron todas las siembras de Perdomo, dieron machete al platanal y al café; hasta las matas de mangos las han tumbado.

Me dicen que al marchar para Seboruco la columna —por la prefectura de La Lombriz, le hizo fuego Antonio Velázquez civil de

la misma, dos disparos de un revólver y uno de yegua. Los de la guardia me dicen que el Jefe español al sentir los tiros le gritó a su gente: —¡No tirar!— Parece que dejaba su furor bélico para la vuelta.

Parece que han dejado pocas reses. Ha visto algunas Escobar y su valiente compañero en sus exploraciones, Ricardo Ortíz.

Esta mañana me dijo Santos que había visto una pareja armada de la prefectura de Pekot. Al darme este aviso mi asistente Santos, dijo en seguida: Ya se fueron los soldados, puesto que ya están dando señales de vida los civiles!

Escobar se ha portado como todo un valiente, y como un servidor fiel de mis órdenes. Se estuvo toda la noche en la guardia y explorando, y siguió las operaciones de la tropa hasta que se marcharon. Cerca de éllos pudo hasta oír cuando el Jefe dio la voz de marcha. Y luego recogió con el Ortíz, —único valiente, entre tanto civil majá—, el campamento.

Ya yo sabía que tenía en él un buen soldado y un amigo leal.

Mandé a buscar algunos pacíficos para cargar al herido, y ya me preparo para volver a mi rancho.

La columna se va con rumbo a Sabanilla, dicen que van tocando *Guamo* y quemando las casas que encuentran a su paso.

Por la parte que da al camino de Ojo de Agua, tenían los españoles la guardia en el cafetalito de Perdomo, en la misma vereda, pero no se atrevieron a andar ni un metro dentro del monte, lo que hace creer que venían pocos guerrilleros y que los españoles son *prudentes*.

A las tres llegamos al Ojo de Agua y ya estoy instalado en mi rancho.

Amelio y Sevilla han llegado bien y ya los he curado. La fiebre del primero cedió a las primeras medicinas que empleé.

Dicen que en Seboruco quemaron entre otras, las casa de Perfecto González y que los soldados se llevaron a los tres hijos de Pedro Dutor a quien en otra ocasión, hizo prisionero Tejeda. Pedro Santos y un hermano suyo se les supone también prisioneros. Parece que la mujer de Dutor estaba muy tranquila en su casa pensando que allí no llegarían los soldados, y cuando emprendió la huida dejó en el camino los pobres niños. Por fortuna para nuestra honra, son pocas entre nosotros, las mujeres capaces de una cobardía semejante.

En la prefectura de la Lombriz a más de las de Juan Baracoa y otros, han quemado las casas de Antonio Velázquez, Manuel Dutor y Pedro de los Santos. Un tal Pastor —armero de la misma prefectura— no se sabe por donde anda, lo suponen también prisionero.

He mandado nuevos exploradores y no he podido ir yo mismo, porque he tenido que ver muchos enfermos y repartir medicinas y no me atrevo— sin una necesidad— a meterme de noche por una vereda tan mala como la que nos separa de Jarahueca.

Y es cosa que da tristeza ver tantas familias sin qué comer, y tantos niños hambrientos; y a la vez, da incomodidad codearse con los pacíficos y civiles que sólo sirven para coger el monte y comer lo que cocinan sus mujeres y ellos no trabajan.

Del Prefecto nada se sabe. Me dicen que quedan por el monte como veinte reses de las 50 ó 60 que había en la prefectura del *famoso* Peacot o como se escriba: Todavía no se debe sentir tranquilo ni seguro. Y poco le importa que los heridos no coman.

No he oído decir que a los heridos de Seboruco les haya pasado algo. Eso me alegra. El Subprefecto, con ser menos ladino que el Prefecto de aquí, me parece mucho más hombre y de más valor... si es que este tiene alguno, —que lo disimula mucho con su extremada *prudencia.*

Al fin ya estamos en el epílogo de esta tragedia cuyas consecuencias voy apuntando tales como van llegando a mi conocimiento.

Anoche te sentía a mi lado. En mi triste retiro del bosque no estaba solo con mis penas. Tu, —almita mía—, me acompañabas y me dabas todas las energías para vencer en esta lucha constante mía, entre mis deberes como cubano y el amor santo que llena de luz toda mi alma. Te quiero tanto, que cada minuto que paso lejos de ti es una lágrima más que cae en la copa ya rebosante de mis dolores. Y los minutos son tantos! Y han pasado ya pocos, si pienso en los que aún nos separan. Y ¿cómo no he de sentir siempre tristeza en mi corazón, si a toda hora y en todos los instantes de mi vida te veo más hermosa y más digna de mi amor? ¿Cómo no he de sentir dolor en mi corazón si está en mi pecho como oprimido y encarcelado, porque está lejos del fuego que le hace latir, de los encantos que le dan vida, de los ojos tuyos —Asunta mía— que lo sacaron de la tumba en donde ya parecía dormir —para siempre— el sueño solitario de los muertos? Y dejé por cumplir mis deberes patrios, mi virgen de amores, la que me alentaba con sus consejos, la que me hacía soñar con tantos días de ventura, la que dió inspiración a mi torpe pluma, y puso palabras de entusiasmo y enérgicas censuras en mis labios, la que pudo borrar, con solo la afirmación de su amor de ángel, toda la página oscura y dolorosa de mi pasado; y como la hada misteriosa de la felicidad, me trajo del cielo, y —dejé con respeto de hombre en sus labios el beso de los Dioses... ¡Oh, mi Asunción, para olvidarme de tí un solo instante, para ofender y manchar la pasión conque te adoro con una sola idea amorosa que no sea inspirada por tí, —sería preciso que me olvidara de la dignidad; que mi espíritu honrado dejara para siempre mi pobre cuerpo!

Vengo a ofrecer a mi patria la vida; pero al dejarte, he hecho ofrenda mayor, antes de dejar gotas de mi sangre en el campo de batalla, dejé mis lágrimas en la playa cubana por donde desembarqué! Y al ver como se alejaba el vapor que nos trajo, me parecía que se llevaba un pedazo de mi alma. ¡Qué la fatalidad nos separaba para siempre! Desde aquella noche, se entabló esta lucha cruel entre mi deber como cubano y tu amorcito. Lucha constante que se acabará el día que llegue orgulloso a tu lado, o que la muerte nos separe para vivir para siempre en esa triste vida del espíritu que se llama la inmortalidad! Si cae —vida mía— mi cuerpo en la fosa del olvido, antes de cubrirme la tierra amada de la patria, te llevará mi alma triste mi último beso y mi lágrima más ardiente como prenda santa de mis amores!

Perdona —Asunta— que te mande aquí mis angustias. Escribo lo que pienso, y ¡son tan tristes todos mis pensamientos!

Cuando lea tus cartas, cuando sepa de tí, tendré más fuerzas para seguir mi peregrinación y para esperar el témino de mis afanes. Me sentiré más cerca de tí, y por lo tanto menos triste.

Ahora —prieta mía— quiéreme como soy. Tuyo, para amar la vida; de Cuba, para ofrecerle mi vida que es tuya, y para hacer por ella el sacrificio de mi felicidad y de mi gloria en la tierra, que se encierran en tu amor. Quiéreme mucho, tanto como yo te quiero... y pide a tu Dios, que suene en el reloj de mi destino, la hora de mi rescate en que caigan a tus pies, convertidas en coronas de laurel, las cadenas que me atan hoy al poste de mis deberes como hombre, y como hijo honrado de esta tierra, en donde duerme —con santo sueño— la madre mía que me enseñó a amarla, y que me dejó, con su último beso, legado de honra que sé cumplir con orgullo hoy, porque tú me alientas con tu amor de ángel.

Quiéreme mucho, que así la muerte me respetará, y el Dios del bien, —que es mi Dios— me llevará dichoso a tu lado.

¿Cómo haría yo —mi Susie— para que llegue hasta tu frente el mejor beso de mi alma?

¡Oh, no me olvides —mi vida!

Ojo de Agua

5 Marzo

Temprano oficié a Peakot —el Prefecto, pidiéndole reses y auxilios para ir a Mayarí Arriba a ver a mis heridos. Escribí —también al General, dándole cuenta de lo ocurrido y consultándole lo que debo hacer con los heridos, si —como se supone—, es que han de volver los españoles. Sin una fuerza es un disparate quedarse aquí, pues si esta vez escapamos ni sé cómo, otra vez no sé si saldremos del difícil atolladero.

Peakot vino tan pronto como recibió mis oficios, a presentarme sus respetos y a sincerarse. Ahora —después de la bulla— me pone un práctico, y me manda *construir* otro rancho más hacia el monte, en otra aguada. Si antes no hay alguna alarma, no lo ocuparé hasta que Amelio no esté mejor.

Tomo nota de las noticias del Prefecto. —Dice que la columna española era de más de 4,000 hombres, que venían en la vanguardia como 100 guerrilleros, y que la mandaba el General Lechambre que

montaba un buen caballo moro. Que fueron pocos los que fueron hasta Seboruco y que no sabe que se hayan llevado a nadie. Que las casas las han saqueando, y quemado la mayor parte, que han inutilizado todas las siembras, y que la miseria obligará a emigrar a las familias; que se han comido muchas de las 25 ó 30 reses que tenían, y que no han dejado un boniato.

Pero me hacía reir cuando contaba sus heroicidades. El, que fue de los primeros en dar el ejemplo a los pacíficos *civiles*, corriendo al monte, cuenta ahora que por hacerle fuego a la tropa, *por poco* cae en poder del enemigo; pero a pesar de todas sus energías, el hecho fue que no disparó un solo tiro, y que no impidió que los soldados hicieran todo lo que quisieran hacer. Es un tipo contra el que no se puede hacer nada porque al fin hace reír con sus cobardías. Pero como yo no quiero que me vuelva a pasar lo que ahora, ya tomo mis medidas y espero que el General me señale el camino que debo seguir.

Los enfermos de Seboruco tuvieron que coger el monte como yo. Hoy me escribe el Dr. Martínez diciéndome que les falta de todo. Que no tienen ni aves, ni carne, ni sal... les mandaré mañana un poco de todo. Hoy mando a El Triunfo.

Mando hoy el tercero y último oficio al Dr. Veranes recordándole sus deberes. Si no cumple ahora, daré cuenta al General, y que él resuelva el punto como se le antoje. No puedo permitir con mi debilidad que se falte a lo que la Ley manda y a lo que obliga el deber.

Si se ofende conmigo, hará mal, pues no me separo del camino de la justicia.

Recibo hoy una carta de José Maceo del 1ro. del presente y de Corralillo.

Me dice que está enfermo y me pide medicinas para el reuma y para una gran opresión que sufre en el pecho. Hasta mañana no puedo contestar su carta y mandar las medicinas, pues por las prefecturas han de ir sus encargos y el Prefecto me dice que hoy no puede ocuparse de nada. La carta es cariñosa y me demuestra en la estimación que me tiene el General; así puedo servir mejor a los

intereses de la República. —Nada quiero para mí, ni trabajo por interés. Trabajo por deber, y nada más.

Me dice el Prefecto que acaba de pasar por Jarahueca la fuerza de Cebreco —400 hombres—; llevan el cañón y van a unirse a Rabí.

Y decía Peakot: —Esta fuerza—, que estaba muy cerca, pudo batir a la columna enemiga. Le oía con pena, cuando —en un momento de *entusiasmo*— gritaba, —él, que es un majá—, "parece que ahora el mambí está cobarde"!

Creo yo que Cebreco ha hecho bien en no buscar pendencia esta vez, porque con 400 hombres es cosa difícil defender nuestra pieza de artillería de los 4,000 españoles que ocupaban aquí en Jarahueca, las mejores posiciones. Pero así son los juicios de los cobardes macheteros —*de lejos*, a los que yo les regalaría uno de aquellos machetes, de dos leguas de largo que allá por el Cayo metía en sus versos el Vate Charo Jiménez.

Te acuerdas del viejo Charo? Recuerdo sus malos versos que tanto me ha hecho reír, y no sé olvidar el cariño que me tenía y la gratitud que me guardaba por haber curado a toda su familia.

No puedo emprender mañana mi viaje a Mayarí. Dice el Prefecto que no es prudente por el momento. Y en esto de prudencia hay que oír al Prefecto: ha demostrado que es perito. Esperaré, aunque siento que pasen los días y yo no haya podido ya ver y curar a los pobres que allá me esperan impacientes.

Dice Peakot, que puesto que los soldados han quemado muchas casas y han dejado la de zinc que ocupa Perdomo, como para acampar en ella cuando se les antoje volver, —la va a quemar. Veremos hasta dónde llega su *ardor* bélico!

Y no deja de tener razón el tal. Me gusta acampar en casas en días de frío, pero lo mismo me da estar en *pleno* bosque. En esta guerra que hacemos, revolución quiere decir destrucción. —Debemos acabar con todos los ranchos para que no tenga el enemigo en donde meterse y para evitar las imprudencias de los civiles y pacíficos. Sin pueblos ni caseríos, no hay comunicaciones con los españoles, y por lo tanto, hay menos lugar a delaciones voluntarias o casuales, y se evitan —de paso— las presentaciones. De esta manera se normaliza

la vida de las familias y se obliga a los pacíficos a elegir de una vez entre la guerra o la población española. Las familias tienen que vivir en el monte, para que vivan tranquilas al amparo de las fuerzas, y los hombres se ocupen de sembrar y cuidar los animales. Es así como se pueden sostener —con provecho de todos— los talleres, tan necesarios ahora que van empezando las necesidades en la guerra. En ninguna parte se puede establecer este sistema necesario y útil con más facilidad que en Oriente, en donde la naturaleza tiene un fuerte natural en cada montaña.

Ya en el Camagüey hay buenos talleres, y lugares bien dispuestos para las familias. Por aquí aún no se ha atendido a esta necesidad, pero esto tiene su explicación si se recuerda que aquí solo ha habido tiempo para pelear, y que de aquí han salido los hombres que llevan la guerra al extremo opuesto de la isla. Yo creo que ahora es el momento, —puesto que hay pocas fuerzas armadas— aunque siempre son tres veces más de las que hay en el Camagüey, —de emprender la obra de organización civil; para que esta dé buen resultado, es preciso que la dirijan hombres de armas, pues los que no conocen las necesidades de la campaña, todo lo entorpecen y lo enredan, y sus órdenes son como dos que recuerdo dió Céspedes, sin consultar a Maceo; una, mandando a buscar reses para matar al día siguiente a treinta leguas de distancia, y la otra, haciendo trasponer unos caballos, por mejorar de pasto, y estar el nuevo potrero dentro de la zona de los españoles.

Ha pasado el día tranquilo, o mejor dicho —va pasando, pues aún quedan en el cielo algunos celajes de luz. —He podido mandar carne a mis heridos y algún poco de azúcar y sal. —Sigo yo preso, pero mañana saldré a ver mis heridos de Seboruco.

La noche pasada no me ha dejado dormir el frío. Soñé contigo, desperté triste; todo había sido ilusión de mi pobre y abatida imaginación! Estuve un momento a tu lado y te ví tan amorosa y tan buena para mí, como siempre. Y cómo no he de soñar contigo, si despierto te tengo en el pensamiento y te llevo en el corazón?

Sienta bien al estado de mi alma esta tranquilidad de mi rancho. Al otro lado del arroyo, en el rancho de enfrente, todos ríen, y los niños gritan y lloran; hay allí quienes enamoran a niñas sucias y llenas de... lo escribo?... caránganos! y feas como rayos las dos. Que si no tuvieran túnicos puestos, se podían confundir con dos yucatecos acabados de desembarcar. A una tuve que tomar hoy

el pulso, y cuando la ví de cerca y la oí hablar, me figuré que me iba a fajar de puro salvaje. Las otras cuatro o cinco mujeres, son casadas y tienen sus hombres allí, acostados, mientras ellas trabajan y cuidan a sus hijos. *La miseria alegre*, llamo yo este depósito de hombres y mujeres y niños, en donde se vive en comunidad y se ríe y se llora según soplen los vientos políticos. Las familias que ahora se han albergado en ese rancho, por haberles quemado los suyos los españoles, no estarán mucho tiempo por aquí, ya las he mandado volver a Jarahueca, pues no me conviene que haya tan cerca de los heridos, esta reunión de hombres y de gentes que los incomodan con sus gritos. Aquí es muy distinto el cuadro. Los heridos en sus hamacas y sus catres. La pobre mujer de Amelio, que después de ocuparse con la viejita —durante todo el día— de la comida y de las medicinas, de noche vela, sentada al lado de la cama de su esposo. Pinto y Escobar en sus hamacas al lado de la mía, y los asistentes de los heridos por el suelo, dispuestos a todo lo que se les mande, y el practicante Papita —que se da vida de canónigo— fumando buenos puros en su hamaca, después de haber comido como si estuviera herido de gravedad. Y yo, —en mi mesa rústica escribiéndote— pensando en tí, hablando —desde mi hamaca con todos, y viviendo buena vida material, pues me cocinan las dos buenas mujeres con gusto—, supliendo con mucha ventaja, a mis pobres asistentes que apenas si saben salcochar boniatos y asar carne. Hoy —cómo maté una vaca— de las que dejaron los españoles —para los heridos y los asistentes, he comido un buen bisteck y otros fritos y hasta dulce. Y así, en tranquilidad honrosa, —al lado de mi deber—, veo pasar las horas con calma y con el santo consuelo de poder entregarme a mis pensamientos, y a mis ensueños, que me llevan tan lejos, que me hacen sentirme amparado por la luz hermosa de tus ojos.

Las noticias vienen por docenas. Todo el que llega trae una *fresca*, y siempre distintas a las que trajeron los que vinieron antes. Uno me dice que con la fuerza de Cebreco no va el cañón; que él la vió toda y que el Prefecto no la vió.

Han quemado los cubanos algunos ranchos, pero el Perdomo no le permitió a Peacot que quemara la casa de zinc.

Pero todos si están contestes en que los españoles arrasaron todas las siembras, muchas reses muertas o mutiladas dejaron por el monte; a algunas sólo les cortaron un pernil, desjarretaron otras, y no pocas dejaron sin vida a machetazos. Y esos son los que dicen que hacen guerra de gente humanitaria y noble.

Dejaron papeles insultantes dirigidos a José Maceo, y letreros ridículos en los troncos de los árboles.

¡Cuanta miseria!

---

6 Marzo

Escribo y mando al General las medicinas que me pide, con un subteniente, José Montes de Oca hombre de color que tiene en la cara el sello del valor. Escribo también a Padró y le pido mis encargos.

Llega ahora —las dos de la tarde, el Prefecto Peackot— ya sé como se escribe este condenado apellido. Y trae una noticia de sensación, que es el principio —sin duda de nuevas calamidades. Dice que ha sabido por conducto seguro, que se ha apuntado como práctico en las guerrillas el vecino de ésta zona Mauricio Ortíz. Y que por lo tanto, no cree que pueden quedarse aquí los heridos, y me anuncia que mañana estamos de viaje. Hoy me he convencido de lo cobarde y miserable que es este Prefecto.

Aunque en mi carta ya decía yo al General todo lo que nos había pasado, le acabo de mandar otro oficio en el que le indico los nuevos inconvenientes que se presentan para que podamos permanecer aquí.

Ya me sospechaba yo algo malo al ver tanto mándria por aquí, y tan poca disposición y falta de orden en el Prefecto.

Su visita significa pues, que estamos vendidos, y que en el mejor momento y cuando menos lo esperemos, se nos van a meter aquí los soldados. No tengo confianza en nadie de por aquí, y me preocupa la situación por los heridos. De los de Seboruco tampoco puedo pensar mejor, a pesar de las buenas cualidades que reconozco en aquel Subprefecto.

Quiso el Prefecto hoy, lavarse las manos como Pilatos, pero yo le hice comprender cuál era su deber y a lo que estaba obligado como agente de la Autoridad Civil. Entre otras cosas decía: "yo no puedo ser traidor, porque fuí de los del 68". Y yo le repliqué: "no lo será Ud. porque tiene vergüenza y sabe lo que se debe a la patria, pero sepa que López Queralta es de la guerra pasada, y —a pesar de esto—, fué el primer traidor en esta". Y con esta y otras verdades, le maté el gallo.

Si el General no manda una fuerza para cuidar de los heridos y escoltarlos hasta el punto a donde debemos ir, ya me siento errante

por estos montes, porque a mí no me cogen de manso los españoles. Y tampoco cogerán a Amelio ni a Sevilla; ya el segundo puede andar y montar, y Amelio irá también a caballo, pues ya pienso cómo he de ponerle un aparato en la pierna, para que pueda montar a la mujeriega.

Quiere Amelio ir al Ramón, y yo me alegro de su deseo, pues tengo allá cerca, a mi buen amigo Padró, y a más de favorecerme con los *recados* que tenga, sé que pondrá al servicio de los heridos su escolta como Administrador de Hacienda. Ojalá allá hubiéramos ido desde el primer momento; nos hubiéramos evitado las penas que ya hemos pasado y las que parece que se nos esperan.

Estamos *ñeques.* Estamos de mala suerte. Es la influencia de alguno de esos hombres que todo lo descomponen; son éstos, espíritus *ñeques.* Este Prefecto Peackot es *ñeque* por los cuatro costados. Para evitar sus efectos malignos no basta *soplarlos con todos los dedos de las manos.*

Son fatales estos ñeques.

Merecen —más que el perro ladrador del otro día—, la horca.

Triste condición la nuestra; siempre hemos de andar sin seguridad de poder estar en un lado el tiempo que se desea, o que sea necesario estar. Y esto es peor, cuando se trata de enfermos que necesitan quietud para poderse curar. Así Amelio que podría tener su pierna casi buena de aquí a 15 días, —con las marchas y los caminos infernales que quizás tendremos que andar, sufrirá mucho, y no estará bien tan pronto como desearía para que le quedara sin deformación su pierna.

La guerra es terrible para todos, pero aún más terrible para los enfermos y sobre todo para los heridos.

Pero nada nos detendrá a los cubanos. Tenemos que luchar hasta con los elementos, dejamos la vida en los montes, y regamos con nuestra sangre la tierra por cuya libertad peleamos. Y seguimos sin preocuparnos nuestro honroso camino seguros de que así —con sacrificios— es como se consigue la libertad. Por eso, cuando estoy en un lugar, nunca pienso que he de estar en él mucho tiempo, ni pienso que he de acabar la noche en mi hamaca cuando me acuesto para descansar de los trabajos del día; siempre estoy dispuesto para la marcha, si acampado me quito las polainas y las espuelas y las

armas, siempre lo tengo todo a mi lado y son muy pocas las veces que lo hago, —para estar dispuesto a montar en mi mula, a la que sólo le quito el freno para que coma. Si saco una medicina enseguida arreglo de nuevo el botiquín, porque me duele que se quede algo por detrás en caso de alguna sorpresa. Mis ayudantes están siempre cerca de mí, y a Pinto no se le queda nunca detrás su cartera en donde lleva mis libretas, y todos mis útiles de escribir. No he venido a la guerra a gozar sino a servir y a pelear. A servir con mi amor a Cuba y mis conocimientos, y a pelear siempre que sea preciso; no tengo miedo, y por lo mismo sé estar con serenidad ante todos los peligros. Mis ayudantes se reían esta mañana porque al regalarme el viejito práctico Gé, un ñame grandísimo en seguida lo mandé a las cocineras para que hicieran un buen ajiaco; ...pero "enseguida", dije. —¿por qué se apura General? me preguntaban. Y yo les contesté: "Porque no quiero que los soldados se coman mi ñame". —Y cuando pasaba esto aún no había venido el *ñeque* del Prefecto a traer la noticia de la posible *invasión* de los *bárbaros.*

Con todas las precauciones puede que nos sorprendan los españoles, pero teniéndolas, hay manera de defenderse, y sobre todo, si fatalmente llega la desgracia, se la espera cara a cara y frente a frente, y no en cuclillas.

Por el momento ya he tomado mis precauciones; tengo a mi práctico en el rancho, y tan pronto como suene el guamo o Peackot me mande algún aviso, *pico* para el monte. Pero estas medidas —que sólo he tomado para dar ánimo a los heridos—, nada significan en puridad. Si —como teme el Prefecto—, la fuerza española llega hasta aquí, traída por el Mauricio Ortiz, nada vale mi preparación, vendrán por cualquiera de las muchas veredas que llegan hasta esta aguada y cuando vengamos a verlos ya estarán encima de nosotros. La única medida racional sería dejar el rancho hoy mismo. Así lo dije al Prefecto, pero él no cree que hoy pueda venir —no sé por qué piensa así, pero como él es quien me tiene que facilitar los cargadores, y darme el práctico del lugar a donde vamos me he callado y espero intranquilo, porque no las tengo todas conmigo por lo que a los heridos se refiere, pues sería necedad en mí, ponerme yo solo—, a hacer fuego a una columna. La situación es de las más difíciles pues tengo por cosa segura que al sentirse aquí los españoles sólo quedarán a mi lado mis ayudantes, pues los demás, se volverán todos prácticos para coger el monte y salir zafando como almas que lleva el diablo.

Pero no hay que curarse en salud. —Ya salimos bien una vez, y esta espero que sea una de tantas falsas alarmas, de las que más de una vez me han tenido con el pie en el estribo, pero que no me han quitado ni el sueño ni el buen apetito que —a Dios gracias—, me acompaña.

No pudiendo irme esta tarde, porque yo no dejo a mis heridos, y no debiéndose estos ir hasta mañana, según opinión de Peackot, comeré y dormiré y esperaré, pero —como siempre— cuando duerma no cerraré más que un ojo.

¿A dónde me llevará el fatal Prefecto?

¿Será verdad lo del pacífico que se apuntó en la guerrilla?

¿No habrá detrás de todas estas *cosas* del Prefecto el deseo de quedarse solo... con sus majases?

Todo es posible pensarlo de un hombre que se dice el primero entre los valientes y en los momentos de peligro, no hay quien lo encuentre ni vivo ni muerto. Poco a poco se irán aclarando todos estos misterios.

Ya llega la noche y con ella las sombras y las tristezas de la vida del pobre mambí errante, que bien puede cantar parodiando a un poeta:

Tiene la alondra su caliente nido
Que del adusto invierno la defienda,
Y a mi me niega el gringo *maldecido*
Tierra donde plantar mi pobre tienda.

Mandé a Gómez copia de la exposición conque me despedí del Gobierno y al remitírsela le escribí la siguiente carta que Pinto te copia:

Al General en Jefe del Ejército Libertador,
Ciudadano Máximo Gómez.

Jarahueca, marzo 2-1896.

Si los votos sinceros del último soldado de la patria llegan al altar de nuestras glorias, no se quedarán en el silencio, los que hago por la vida del que como Ud., sabe sacrificarla por las libertades patrias.

A mi paso por el Camagüey, encontré al Gobierno, y siguiendo los deseos de mi respetable amigo el Marqués, me incorporé a él, ocupando la cartera del Exterior; pero en la primera sesión, presenté la renuncia de ese cargo, para venir, cumpliendo sus deseos, a ocupar mi puesto de Jefe de Sanidad en Oriente. No me aceptaron la renuncia mis buenos compañeros, por estar todo el Gobierno de marcha hacia el Cuartel General de mi muy querido amigo José Maceo. Pero al volver a Camagüey el Gobierno, me separé de él en Mayarí Arriba, el día 22 del pasado. Le adjunto la comunicación que le mandé al dejarlo, para que Ud. sepa y juzgue mi conducta.

Al mismo tiempo debo decirle que en la última sesión, entre otros asuntos, se dió cuenta de una comunicación del General José Mayía Rodríguez, en la que este ponía en conocimiento del Gobierno, no haber dado cumplimiento a la orden de Ud. de mandar hombres del Camagüey a Occidente, por creer impolítica la determinación de Ud. Entendía que el General Rodríguez faltaba a su deber con semejante consulta porque los militares debemos obediencia y respeto a las órdenes de nuestros superiores; como mis compañeros en el Gobierno, no están gustosos en que vayan fuerzas camagüeyanas a Occidente no pensaron como yo, pero hice constar en el acta, el deber en que están todos los cubanos a secundar los esfuerzos de los hombres de Oriente. Sobre los nombramientos del General Manuel Suárez y del Brigadier Quintín Bandera, también quiso discutirse, pero yo les hice recordar que sólo al General en Jefe y a su Lugarteniente General competen estos asuntos.

Con gusto le manifiesto que como Ud. me dijo, he encontrado en José Maceo a un hombre valiente y a un corazón honrado y puro. Ya estoy en mi lugar, y espero poderle escribir de nuevo pronto dándole buenas noticias, pero no terminaré esta sin decirle, que también por mi oposición, no ha nombrado el Gobierno al General Carrillo Jefe de Oriente, evitando de ese modo un conflicto, pues a mi juicio, el único jefe hoy que es de este Estado, lo es por derecho propio José Maceo. Es siempre su adicto y el último de sus soldados, F. V. D.

Algún día cuando pasen estos de luchas y noblezas, yo gozaré leyendo a tu lado esta carta que te copio. Ella me hará recordar días en los que me he sentido envejecer pensando en la manera de conjurar disgustos que no puedo apreciar cuantos años de penas nos traerían. Vencí, y ahora me siento contento de mi mismo, y —con orgullo de hombre— dejo a tus pies estos hechos que te ofrezco como laureles que yo por tí y para tí he ganado.

Atajado ya el mal, será imposible la desunión y la discordia entre hermanos que luchamos por una misma idea, por una misma patria, y por conseguir —para todos— libertad y honra. Y si alguna vez se les ocurre a los hombres del Gobierno, querer imponer a Oriente su Jefe, no podrán traer aquí la desunión, pues ya saben todos que sobre la opinión de esos hombres, está la Constitución que señala hasta dónde alcanzan sus derechos y que explica que en los asuntos militares sólo el General en Jefe puede ordenar, y sólo a él toca indicar quiénes han de ser los Jefes de los estados militares. Ya esto no solo lo saben los soldados todos de la Patria, sino que lo único que puede suceder, si la pasión guía a los del Gobierno, que éste caerá; —pero no se debilitará la revolución, caerá el Gobierno y triunfará la Ley, y los vanidosos ocultarán sus cabezas—, en las que nació y encontró abrigo esta criminal idea de desunión y esa egoísta ambición de imponer a todos la soberbia provincialista de los que ven con envidia la labor noble y cubana de Oriente!

Ni una estrella hay en el cielo: no encuentra mi pobre alma manera de comunicarse con tu alma.

Miro en vano a ese cielo oscuro y triste... está tan oscuro y tan triste, como ahora mi porvenir.

Que llegue pronto la claridad consoladora del día!...

Que llegue pronto el día claro y hermoso en que yo te vea almita mía!...

---

7 Marzo

El día amanece alegre —¿cómo será para nosotros? Son ya cerca de las ocho de la mañana aún no ha venido el Prefecto. ¿Habrá cambiado de opinión? Esperemos.

Ahora que son las 10½ de la mañana llega el Prefecto con unos civiles. El que hacía de práctico me dijo que venía para llevar la camilla y hacer un rancho, camino de Monte Oscuro en una buena aguada. Ordené que fueran a hacer el rancho, y que mañana temprano vinieran por nosotros. El Prefecto que se había quedado en el rancho de enfrente —vino enseguida y me dijo que el enemigo había quemado la prefectura de la Australia, y que estaba en distintos puntos inmediatos a la zona, y aún en esta misma—, que él —sin fuerzas— sólo podía salvar al herido, huir con él, y tratar de

irlo encaminando por los montes hasta llegar a la zona del Ramón. Dice el Prefecto que los soldados se llevaron en la prefectura de Ti Abajo al secretario y tres civiles más. No me determiné a dejar sacar hoy a Amelio y al otro herido porque el día está de agua y los dos están con fiebre —aunque leve y de forma catarral—, en este estado no deben ir sin antes tener preparado el rancho, y esto es cosa que pueden hacer los civiles en todo lo que queda de día. Sé que hay peligro en permanecer aquí, por lo menos así me lo hace pensar el Prefecto con sus noticias, pero por evitar un mal, no voy a buscar otro mayor. Por hoy lo he obligado a tener bien cubiertos los caminos y a poner una guardia en lo alto de Jarahueca, para que tan pronto como se oiga el guamo que anuncie la proximidad del enemigo, venga —a la carrera— a avisar; sólo en ese caso, sacaría yo de aquí a los heridos. Y si a eso me obligan los *sorches* encontraré, sino concluido, —en construcción— el nuevo rancho. Y además, tengo otra razón para no ir de viaje; a más del agua, el sol del medio día que es tan perjudicial para los heridos como el agua. Estos días de sol y de agua son terribles en estas montañas.

La charla del Prefecto nos ha entretenido hoy. Después de hablarnos de los españoles y de decirnos que andan por los alrededores más de 14,000 soldados, nos contó sus riquezas y sus trabajos guerreros. Supe —por él también— que por aquí hay un taller de armería y que tiene herramientas y cueros para establecer por la sierra, uno de curtir cueros. No creo que lo que haga este prójimo valdrá algo para las necesidades de la guerra. Quien tanto cuida de su pellejo, y tanto le teme a los españoles, no puede hacer nada de provecho.

Me pinta Peackot muy bueno el lugar a donde me va a llevar. Dice que tiene que ir a tierras de la otra prefectura, pero que tiene que hacer esto para poder aislarnos y ponernos en vías de salvación, caso de venir el soldado.

Por lo que él y el práctico me dijeron, presume que quedaré más cerca de Monte Oscuro en donde están Castillo y el Dr. Valiente.

No me deja el Prefecto ir ni a Seboruco. Me dice que no tiene fuerzas que poner a mi disposición y que sin una escolta no me deja salir del rancho. Le agradezco este interés que se toma por mí, y por los heridos, me alegro que haya comunicado su miedo a Maceo, pues ahora cuento conque éste tomará alguna determinación —si son justificados los temores del Prefecto; y— si como creo, —son

todas exageraciones suyas, me dirá que puedo andar *sin rabo*—, como llamo yo a los escoltas, y contento, por esta noticia, volaré con mis ayudantes.

Y no me preocupo más hoy que ayer de mi situación. Si el tal práctico se ha ido y quiere entregarnos a los españoles, tan vendidos estamos aquí de día y de noche, como en el nuevo rancho.

Que el *Gran Arquitecto* nos salve!

Mañana temprano será la marcha. Pasaremos otra noche por aquí. No hay hasta ahora, —las ocho de la noche— ninguna noticia alarmante, y —a pesar de las alarmas del Prefecto dormiré más tranquilo que anoche.

Y digo que dorminé sin nuevas intranquilidades porque ha estado aquí y ha comido conmigo el Dr. Martínez, y me ha dicho que a la Prefectura de Seboruco no ha llegado noticia ninguna de soldados, lo mismo me dicen los otros vecinos que van llegando; nadie sabe del soldado, yo creo que solo están en la cabeza del miedoso Peackot.

Me ha informado el Dr. Martínez, que los heridos siguen mejor. Fermín Vera es el más grave; tiene para más de un mes su curación. Y me alegro consignar que el Dr. Martínez se está portando bien. El ve como trabajo yo, sin deber hacerlo, pues —como Jefe de Sanidad del Estado de Oriente, sólo es mi obligación la inspección de los hospitales y la dirección de los servicios sanitarios—; ve que hago también el servicio de un médico de Primera Clase y que estoy en todas partes, y no hay para mí inconvenientes cuando se trata de trabajar y cuidar a mis buenos compañeros en la guerra. —Los médicos, mis subordinados, ven todo esto, y por eso es que los que se encuentran en el caso del Dr. Martínez, saben cumplir con gusto sus deberes, y me ayudan en todos mis empeños como médico y como soldado de la revolución.

Llegó ya a Seboruco el herido peninsular —soldado nuestro— que estaba por Peladero, a quien no pudiendo yo ir a ver, mandé venir. Su herida es —según el Dr. Martínez— menos grave.

Se llevó el Dr., sal, azúcar, frijoles colorados y algunas medicinas. Castellanos, mi practicante, fué con él, para quedarse asistiendo al herido Nicó que está en la casa del buen amigo que me dió ajiaco cuando venía de Mayarí.

Me contó Martínez que el día que fueron allá los soldados, los civiles no pudieron portarse peor. Que el Subprefecto anunció por la mañana la proximidad del enemigo y dijo el Dr.: "Si Ud. ve que los heridos no están bien en la retirada, llévelos a la loma", y le señaló el monte. 200 hombres supone el Dr. Martínez que fueron los que llegaron hasta aquellos lugares; 100 se quedaron apostados poco antes de la Subprefectura y los otros la rodearon, destruyeron las mesas y otros objetivos, y se llevaron monturas, el tabaco que dejaron colgado y muchos de los caballos que andaban por el potrerito; siguieron el rastro del trillo de la retirada, y lo siguieron más de media legua adentro. Se llevaron la yegua y la montura del Dr. Un civil de la dicha Subprefectura me dijo a mi vuelta al rancho que le había hecho frente al enemigo con un revólver del Dr. Martínez, y hoy me aclaró Martínez que el tal *valiente* civil, fué de los que más corrió. "Me pidió el revólver —me dijo el colega— y se escondió en el monte. Como dos horas después de haberse ido la columna tiró dos tiros al aire", esta fué toda su heróica hazaña. Allí como aquí, destruyeron los boniatales y todas las siembras. A Martínez pues, le sucedió casi lo que a mí. Sin prácticos, tuvo que ir al monte con los enfermos, sin saber cuál era el mejor lugar, estas es la manera que tienen los Señores Prefectos y Subprefectos de cuidar sus heridos. Todos son iguales, no sirven más que para vivir de los fondos públicos, decirse patriotas y ser en suma, rémoras de la Revolución. No sirven para buscar los auxilios necesarios para los heridos, no los defienden en las situaciones difíciles, los abandonan para ir a esconderse con sus familias en el monte, y en cambio comen la carne que se les facilita para los heridos, ocultan el azúcar y la sal que yo les mando, y luego hablan alto, y cuentan —con descaro inaudito— que son los que mayores sacrificios hacen por la causa santa de las libertades patrias.

Esto de haberse detenido los soldados en la Subprefectura de Seboruco, y explorar por la vereda que va a la retirada de los heridos, así como una conversación que oyeron los civiles y de la que pudo sacar el Dr. Martínez que uno de los oficiales españoles dijo: "Aquí huele a ácido fénico, aquí deben haber curado a algún herido", —me hace temer por la seguridad de este hospital. No me parece que puedan quedarse allí los heridos y tan pronto como me instale en mi nuevo rancho, arreglaré este asunto que tanto me hace pensar.

Creo que los españoles saben que por aquí hay heridos, y tantas vueltas darán por aquí, hasta que descubran el escondite y hagan buena presa.

Si el general no me contesta pronto, me veré obligado a tomar por mi propia cuenta una resolución, pues es mi deber evitar los males que estas idas y venidas de los españoles me hacen temer.

Pinta el hecho que voy a apuntar el carácter del General José Maceo. Venía de los pueblos ocupados por los españoles una negra a quien llamaban Belén Botijuela que vendía dulce en los campamentos insurrectos y visitaba las casas de los pacíficos. La tal Belén, era espía de los españoles. Por sus delaciones, mataron muchos cubanos e hicieron innumerables prisioneros. Conocidos por nuestras fuerzas sus hechos criminales, emprendieron muchos la tarea de encontrarla para reducirla a prisión y llevarla al General José para que la juzgaran. Cayó al fin un día en nuestro poder al ir para un pueblo, y se quiso desprender de las manos de los insurrectos gritando a los españoles que la defendieran. José Maceo sabía de sus actos miserables, y cuando los suyos le preguntaban si no la iba a matar, contestaba siempre con desdén y molesto por la insistencia de los que sabían de lo que era capaz aquella hiena si se la dejaba en libertad. —"Se matan a los hombres"... Y no quería ocuparse de la prisionera que ya quizás pensaba en la manera de vengarse de los que la habían detenido en el camino de sus crímenes. A pesar de las reiteradas insinuaciones de sus valientes soldados, José Maceo no salía de su contestación primera.—"Se matan a los hombres". Y se hubiera ido en paz la infame, si el Mayor General Antonio Maceo no hubiera conocido del asunto. Este, pensando en las razones en que se basaba la acusación, entendió que con la muerte de aquella mujer se evitaba la de muchos cubanos acusados por élla ante el español del delito de serlo con amor bastante para servir a la causa de la independencia, y dijo a los acusadores: "Ahí la tienen, ahórquenla, porque es preciso quitar de en medio todo lo que se oponga a nuestra obra santa". Y fué su muerte, trágica como su vida. Tres veces la suspendieron en el palo, y las tres, se rompió la soga, entonces la mataron a machetazos, y sus lamentos no se borran de los oídos, y están en la memoria de los que la recuerdan con horror. ¡Tantas y tan graves eran sus culpas!

Justa y necesaria fué la sentencia del Mayor Antonio Maceo, pero es hermosa la pureza de alma que se descubre en la frase desdeñosa del General José:

—Se matan a los hombres!

Para que sirva de ejemplo a los críticos, y para que me sirva a mí de recuerdo valioso, copio la frase que me afirma en mi creencia de que en José hay un noble y digno corazón capaz de todas las bondades.

---

8 Mazo.

Seguimos en Ojo de Agua. El Prefecto cree que debemos quedarnos aquí y dejar el nuevo rancho como retirada caso de que vuelva el soldado. Me alegro de su determinación, pues si como espero, no viene el *gringo* en 5 ó 10 días, ya Amelio podrá montar, y así será más fácil y cómoda la marcha.

Mandé a buscar al Subprefecto de Seboruco y ya estoy tranquilo por lo que respecta a los heridos que están a su cuidado, ya hemos convenido a dónde ha de retirarlos en caso necesario. Este Subprefecto es hombre de recto juicio y sabe atender las observaciones que se le hacen; con hombres así, honrados, modestos y patriotas, da gusto tratar. Suple la buena fé y las virtudes y el valor personal, la falta de ilustración y de cultura. Es el reverso de la medalla del hablador Peackot. Pero ya quisiera éste parecérsele en algo.

Ya me dijo Peackot que estaba arreglando los asuntos para poder acompañarme en mi viaje a Mayarí Arriba. Esta distinción me demuestra que el hombre ha comprendido con quién está tratando. Me alegraré que pronto esté dispuesto para ir a ver mis heridos de Mayarí; son los únicos que necesitan mis auxilios y también a los que después del fuego de Sagua, no he podido ver.

El Presidente me escribe un papelito que recibo hoy, en el que —sin fecha ni lugar— me dice que ha recibido mi último oficio, que están de marcha, y que si no puedo ir a reunirme con el Gobierno, me acerque a Maceo, pues este ha de encontrarse con ellos y *urge* que yo me *una* al Gobierno.

Comprendo y entiendo la razón de estas reuniones y urgencias; pero yo estoy bien al lado de mis enfermos y no quiero más líos.

Repito que si pensara poder llevar al ánimo de mis compañeros mi manera de pensar, iría; pero convencido como estoy de que no, los dejo con sus ideas y los dejo también con la responsabilidad de

todos sus actos. No debe andar lejos el compañero Pina, y ya con él, pueden celebrar sesiones. ¡Y que Dios los ilumine!

No me esperan con ansiedad porque necesiten el concurso de mis anhelos patrióticos, sino porque yo hago el número cuatro, sin mí no hay *quorum*, y por lo tanto, no hay sesión.

No sé a dónde dirigir la contestación de este papelito cariñoso y atento del Marqués. No está fechado en ninguna parte, y si lo mando a Maceo, llegará —sin duda— tarde.

Siento que esta distinta manera de apreciar la ley, nos tenga separados. ¡Que distinto sería que todos, sin distingos ni personalismos, nos ocupáramos de los asuntos generales sin pesar en lo que conviene a los intereses del Camagüey o lo que más importa a Oriente, sino de lo que conviene a la revolución, y por lo tanto, a la causa de la libertad, al bien de la patria cubana.

Pero por desgracia, no es esto así. En el Gobierno, el Marqués representa a Camagüey, Pina a Sancti-Spíritus y Masó representa a Bartolomé Masó, y a su inquina contra los hermanos Maceos. Yo no tenía allí zona; para todos igual criterio, soy tan oriental como el primero, y como el primero, occidental, y defensor de los que supieron pelear al lado de Juan Gualberto Gómez y Guillemo Moncada.

Si en lugar de la comunicación oficial que recibí primero, y del papelito que recibo ahora, me hubiera escrito el Marqués cediendo a mis observaciones consignadas en la minuta de la última sesión, en lo que se refiere a Mayía y a Suárez y al envío a Occidente de los 200 camagüeyanos, hubiera hecho el sacrificio de ir —a pesar de los peligros que me rodean, pero de otro modo creo que sirvo a mi Patria no yendo, pues así, demoro determinaciones que quizás no tomen luego por tardías, o porque el tiempo o la meditación les haya hecho volver del acuerdo equivocado.

Me quedo pues, al lado de mis enfermos, y me quedo contento. Sirvo a mis deberes como médico y sirvo a mi patria como Secretario del Gobierno.

Dice Peackot que nuestra fuerza ha tenido fuego con el enemigo por el Ramón. No respondo por la certeza. Peackot es dudosa estafeta.

Pesaba hoy escribir una serie de artículos para "El Cubano Libre" sobre el movimiento revolucionario en el extranjero, en los que hi-

ciera la historia de las emigraciones, historia poco conocida y apreciada por los que no se han visto obligados a dejar en días de preparación el suelo patrio.

Pero me dan una noticia —que aunque siento que haya llegado a mí, de labios de Peackot— me deja sin deseos de dar principio a mi tarea hasta no estar seguro de ella. —La noticia es, que ya el Gobierno Norteamericano ha reconocido nuestra beligerancia.

Esta importante noticia que de momento detiene mi pluma, es —al mismo tiempo— la que tan pronto como sepa que es o no cierta, me determinará a dar principio al trabajo.

Si el Gobierno Americano ha reconocido nuestra beligencia, nadie puede negar que este importante hecho se debe en gran parte a la labor de las emigraciones; y —sobre todo— a la emigración de la Florida. Desde que Martí fundó en el Cayo el Partido Revolucionario Cubano, hasta que yo salí del Cayo Pino, han pasado tantos hechos dignos de guardarse! ¡De los hombres del Cayo! ¡De los patriotas de Tampa. ¡Hay tanto que escribir!

Allá en el Cayo, como representación del patriotismo, estaba el honrado Poyo; solo a las veces, para luchar con los obstáculos que los egoísmos ponían a su paso; y tanto en Tampa, como en el Cayo, los pobres tabaqueros con todos sus defectos, pero también con todas sus grandezas patrióticas, envidiables siempre. La obra de aquellos hombres, que es la obra de los pobres, es la que hace más grande y más justa nuestra revolución. —Ya lo he dicho en muchas veces, —la revolución del 68 fué la obra de los ricos sostenida por los grandes capitales de los hombres de la revolución—; ésta es la revolución del pueblo. Los pobres trabajaron para llevar al tesoro de la revolución los primeros auxilios. De las tabaquerías del Cayo salieron los primeros rifles, y del Cayo también, las sumas que mandó Martí a Collazo para atender en Cuba —en la Habana— a las necesidades de la guerra: de los tabaqueros, y de hombres como Gato, que si hoy son ricos, han adquirido todas sus riquezas en la mesa del obrero y al lado de los virtuosos emigrados cubanos. Todas las expediciones que han venido a Cuba, tienen algo que deber al Cayo y a Tampa. La nuestra fué la primera, y los pobres del Cayo, costearon el vapor que nos trajo, y casi todas las armas y el parque, y la dinamita y la pólvora que desembarcamos; más de veinte mil pesos costó el barco, y a los otros gastos de la expedición, hay que sumar las cantidades gastadas por Serafín y Roloff para despistar a las autoridades españolas en sus empeños de persecución; las que se emplearon en pagar los gastos de los expedicionarios, y otras sumas gastadas por los generales, y por otros afines, y las que les dejaron a sus familias...

todas salieron del trabajo de los pobres obreros del Cayo'. Semanalmente entregaban a la Junta nombrada ad-hoc, las cantidades que restaban al producto del trabajo personal; gotas de sudor honrado, que al caer sobre la mesa del trabajo, se convertían en armas y parque para venir los hombres a pelear por la libertad y la honra de la patria. Allá quedó Collazo, a nuestra salida, organizando su expedición, y si hasta ahora ha fracasado, de entonces acá han sido de los obreros de Tampa las cantidades gastadas y las que han servido para sostener a los hombres y a las familias de los *ñequeados* expedicionarios, —Yero entre ellos. Y Céspedes y Sánchez también han ido a buscar elementos de guerra que traer a Cuba en los talleres en donde responden siempre entusiastas —con el honrado aplauso de sus chavetas, —aquellos cubanos que son ejemplo de civismo —a todo el que sube a la tribuna, y en nombre de las miserias de la patria les pide, y en nombre de las libertades cubanas les dice que está dispuesto a venir a luchar y a morir por la honra de la patria! Los fracasos, las cantidades que se han perdido, y las que se arriesgan en distintas empresas, no sirven más que para dar estímulo a los que todo lo sacrifican por el cumplimiento de sus deberes. No puedo recordar, sin sentir alegría y orgullo, —del buen patriota del Cayo; allá en la familia honrada, la escasez y hasta la miseria, sin vestidos los hijos, y sin abrigos en los días de frío y de heladas terribles, la comida escasa y mala, pero la alegría en el semblante del obrero, —enfermo de tanto trabajar, que llega a su hogar y cuenta a la esposa que ha dado para la patria las dos terceras partes de lo que ha trabajado; y a las veces, ese mismo, en momento de necesidad urgente, todo lo ofrece a la patria. Sus pobres muebles, el reloj de plata que trajo de Cuba y que es recuerdo de sus días de abudancia, o la sortija de oro y brillantes que dió a la madre de sus hijos, a la esposa adorada, el día de la boda, y que ella ha guardado —y en días de estrechez ha salvado de las garras del usurero—, y orgullosa presenta ahora y antes de entregar a los comisionados de la recolección, besa con pasión, dejando sobre élla —con orgullo— la lágrima del más sincero patriotismo. Se encuentra en la guerra al tipo heróico del soldado, y allá —en el Cayo— al hombre más digno del respeto de sus conciudadanos: aquí, los que pelean sin miedos ni ambiciones; allá, los que trabajan mejor, por la obra de preparación, por reunir los medios de hacer la guerra, y por formar la verdadera familia cubana.

Y cuando trate de escribir sobre todas las grandezas que encontré allá, he de tener fijos mis ojos, los ojos de mi espíritu, en el ángel de mis amores.

Yo no sé si pasé días tristes en el Cayo, yo no sé si sufrí alguna pena, porque tengo llena el alma de grandes recuerdos. Nunca he sentido más motivo de gratitud para los hermanos míos en el amor a Cuba, que en aquellos días en los que sí pude sentir alguna vez el orgullo y me obligaron a llorar agradecido ante las ovaciones que me tributaron. En aquellas tabaquerías dejé mis más sinceras frases, allí hablé de mi hermano Martí; allí me sentí cubano capaz de servir a la patria, y los aplausos de aquellos hombres los guardo como el premio de todos mis afanes.

Y como corona de rosas, todos aquellos aplausos, y todo el cariño que guardo para el Cayo, los reuniré en mi folleto que escribiré para tí.

Y allí, te conocí, y allí te amé, y allí empecé a vivir para tí y para Cuba.

Te besa tu Fermín.

Segunda serie(*)
No. 7

Santiago de Cuba
Jarahueca
Ojo de Agua
8 Marzo 1896

Paso a otro cuaderno y sigo —almita—, mi larga carta. Carta íntima de amores y relación de los heroísmos de mis hermanos y diario de mis penas, y *libro mayor* de mis luchas y empeños patrióticos. Hablándote del Cayo, terminé hoy el 6º tomo, y he de continuar esos apuntes para con ellos hacer un folletico que tendrá por prólogo el artículo —A tí— que escribí después de un baile que no olvidaré nunca. Y tu sabes que para mí el recuerdo más hermoso del Cayo es aquél que me hace pensar en tus ojos —Asunta mía!—

Esta tarde ha venido a consultarse un moreno de la guerrilla de Sánchez que en la marcha de Cebreco hacía el Gobierno, se dió una caída del caballo. Me dice este valiente que se llama José Sánchez, que dejó ayer al Gobierno en Bruñí; que Cebreco al pasar por aquí, se dirigía con el cañón a donde estaba el Gobierno, y que la columna no atacó a los 2,000 hombres que con el General Lachambre estuvieron aquí, porque el General Maceo había dado a Cebreco un pliego cerrado de operaciones al que tenía que ceñirse; sin embargo, me informó de que Cebreco, —que seguía en su marcha a los españoles— estuvo al tanto de sus operaciones por si llegaban a atacar y a querer sorprender los lugares en donde él sabía que estaban los heridos, que por esto mandó un práctico a tomar informe. El práctico no pudo llegar, de modo que si el enemigo hubiera descubierto nuestro escondite, Cebreco lo hubiera sabido después de ser inútil el ataque en nuestra defensa. También me aseguró que el General José, tuvo fuego con los españoles en el Ramón.

Por lo que el Sánchez me dice, y me indica el papelito del Presidente que hoy recibí, el Gobierno hace otra vez sus marchas acompañado de Don Juan Cañón, y su corte de impedimentas, y va a encontrarse con Maceo quizás para otra operación militar.

Hablándome de la inutilidad de los pacíficos y civiles, y de los males que causan con sus conversaciones y sus directas o indirectas delaciones me decía que Maceo con el cañón y sus fuerzas, había

(*) Archivo Nacional de Cuba. *Donativos.* Caja 270, No. 10.

llegado hasta Tiguabo, que no tenía fuerzas; tan pronto como se acercó, llegó una gruesa columna española en su defensa. Es preciso acabar con estas gentes que quieren vivir de la guerra, pero que a la vez no están de acuerdo con que se les cierre las puertas de los pueblos y caseríos españoles. Hasta que no se castigue severamente a estos vividores, y se les obligue a vivir sirviendo, —o como soldados, o como labradores— a la revolución —las operaciones militares han de saberse siempre en el campo enemigo, antes de llevarse a cabo. Son muchos los pacíficos ruines, y no pocos, los cobardes delatores.

Como lo que acaba de pasar en Tiguabo, sucedió en Sagua. Hace pocos días pasó por Jarahueca, conducido por hombres de nuestras fuerzas de Sagua, un tal Pachuco Barrera, hombre de algunos años que vivía en el monte y con los españoles, y que según aseguraron al Coronel Cartagena, había informado en Sagua a los españoles de lo que hacía nuestra fuerza, y les indicó nuestros preparativos de ataque. Cartagena lo mandó prender, y —cuando pasó por aquí— lo llevaban para juzgarlo en el Cuartel del Mayor José Maceo. Creo que hombres como éste —después que se tiene noticias de sus crímenes—, ya están juzgados y sentenciados; para estos traidores debe estar siempre dispuesto el palo y preparada la soga.

Me prometen un periódico español que habla del reconocimiento de la beligerancia. Y me dicen que han leído un número del "Cubano Libre" en donde hay un artículo mío. Espero leerlos mañana, y buena falta me hacen los periódicos; sin noticias de nadie, enterrado en este retiro necesario, me siento tan solo y tan aislado, que a las veces, me figuro que estas montañas y estos árboles corpulentos que me circundan, son las murallas de una cárcel de donde no he de salir, y en donde cada día, han de ser más gruesas las cadenas que me retengan al poste de mi desgracia... pero no es así, saldré de aquí después que cumpla con lo que mi deber me ordena, o cuando pueda mandarte, en estas mis cartas larguísimas, el mejor testimonio de mi amor, la prueba más sincera de la fe conque te adoro, y... todas mis lágrimas, vida mía!

---

9 Marzo

Dicen que hoy es domingo. Puede que lo sea, para mí, es un día larguísimo y triste.

Nadie ha venido de afuera hoy por aquí. Y para distraer mi aburrimiento, he tenido a Pinto un poco enfermo y displicente, y un pleito enojoso entre la vieja madre de 14 hijos, dueña del rancho de enfrente y concubina de un mulato de la fuerza, a quien no quiere a su lado por haragán y por haberla amenazado con la muerte por celos infundados. Son dos tipos los tales viejos. Pero la pobre vieja que parece honrada, me ha dado lástima, y como vino a buscarme como juez, he tenido la paciencia de oir sus cuitas y he hecho ir a ocupar su puesto al *enamorado galán*. De estos casos hay muchos entre estos hombres come-vacas. Y con razón decía un Subprefecto, que los celos hacen que cuando llega el enemigo por la zona, no se encuentre —ni para remedio— a un solo civil; todos se van detrás de sus amores y no se separan de ellas ni un momento. Tan poca confianza tienen en la pureza de sus mujeres! Y esta es una prueba más de lo inútiles e inconvenientes que son los *civiles*. Cuando menos, sólo sirven de estorbo.

Casi de noche me llega un periódico, "La Patria" de Santiago de Cuba del 3 del corriente, y una carta que desde Baracoa me escribe el hijo de mi difunto amigo Cayetano Conde, el simpático Lorenzo.

Tres noticias encuentro en el periódico que me he leído de cabo a rabo. Es la primera, que por España han apedreado consulados americanos al saber allá que el Senado de los Estados Unidos se preparaba para la votación de nuestra beligerancia. A pesar de que luego dicen los telegramas, que hay buenas relaciones entre Cánovas y el Ministro Norteamericano, yo entiendo que después de estos hechos, algo más importante para nosotros debe haber pasado. No creo que decreten hoy la beligerancia los americanos, pero sí tengo por seguro que algo bueno hemos de sacar de estas deliberaciones del Senado. Si podemos como hasta ahora, sostener la guerra y darle duro a las tropas, e impedir el comercio de los pueblos, —después de haber imposibilitado la zafra en las Villas, —la guerra económica, la guerra al capital y a las producciones del país, dificultarán las operaciones al español que tendrá que importar necesariamente enormes sumas para sostener un ejército doblemente diezmado por las balas y por el clima. Ahora hablan los periódicos de nuevas remesas de tropas para la guerra, pero 20.000 hombres de los que ahora se habla, son muy pocos para cubrir las bajas que les han hecho sólo en las Villas. En Oriente apenas habrá 10,000 hombres; para sacar ahora Lachambre 2,500 para venir por aquí tuvo que dejar sin fuerzas algunos pueblos y así tienen que hacer todos los Jefes que operan en estos lugares. Nos hacen falta armas y parque. No necesitamos expediciones de hombres; hay muchos por acá y muy valientes, lo

que deben hacer los Jefes que andan en el extranjero, es alistar pequeños barcos con pocos tripulantes, pero con muchas armas y mucho parque. Así podríamos hacernos dueños de Oriente y apoyar los esfuerzos de los camagüeyanos y villareños. Aquí hay muchos hombres armados a pesar de todos los que están con Gómez y Antonio Maceo, pero es muy grande el territorio y son pocos para ocuparlo militarmente como sería necesario para tomar los pueblos y obligarlos a abandonar esta parte de la Isla. Y no quiero pensar en lo conveniente que nos sería que España se *atracara* con los Estados Unidos, pero la *diplomacia de la prudencia* lo impide.

Ojalá pues, que hayan llegado a Estrada Palma mis cartas como Ministro del Exterior, porque en ellas indico lo que más nos importa, y pido lo que más necesitamos.

Y por eso también quiero ir a Baracoa.

En el mismo periódico encuentro nota de varios acuerdos tomados por el Ayuntamiento de Sagua de Tánamo. De ellos infiero que las bajas en nuestra operación del 16 y 17 del pasado fueron muchas para los españoles. Dicen que los del Municipio han acordado erigir —por suscripción popular— un monumento a la memoria de los que murieron defendiendo la plaza y no hablan nada del número de muertos; por esto pienso que han sido muchos. Explica también el acuerdo, que la miseria es grande, y pide para el pueblo la protección del Gobierno.

Y la otra noticia de importancia para la revolución, es la que se refiere a los acuerdos tomados por el Ayuntamiento de Baracoa que preside mi señor compadre Quinco —D. Francisco Zamora— pidiendo autorización al Gobierno paa levantar fuertes en Yumurí y Mata para poder realizar sin tropiezos por parte de nuestras fuerzas, la zafra de guineos y cocos. Creo que podemos y debemos impedir que hagan estos fuertes. Escribiré mañana al General José sobre esto, y creo que ahora va a ser útil mi viaje a Baracoa. Habrá que pelear, pero es necesario impedir que esos miserables cubanos españolizados y cobardes siempre, se salgan con su intento. Creo fácil impedirlo, si pronto se les ocupa y se les bate en los lugares que intentan fortificar.

Al lado de Quinco leo nombres de cubanos autonomistas y entre los que figuran en la fuerza española como guerrilleros, hay también cubanos que conozco y españoles como Jerónimo Abril y otros. Ojalá pueda yo contribuir a que todos estos viles paguen en la horca de los cubanos —la guásima— todos sus crímenes.

Haré todo lo que pueda con el apoyo del General o sin él. Y confío en que he de salir bien en mi empresa. Quisiera ahora que mis heridos se curaran en dos días; pero escribiendo mañana al General para ponerme de acuerdo en el lugar en que debo verlo antes de emprender mi viaje, puedo tener —de vuelta de Mayarí Arriba—, su contestación.

Las noticias españolas del ataque de Sagua dicen que defendieron la plaza la 4a., 5a. y 6a. compañía del 1er. Batallón de Regimiento de Infantería de Córdova No. 10, la guerrilla local y los voluntarios, y que nuestras fuerzas se componían de más de 2,000 *bien armados y 3,000 desarmados.*

Nuestros armados no llegaban a 800.

Así escriben la historia los quijotes españoles.

Me dice Conde que han preso y desterrado a Filín Arrue, a José Homobono Pérez el médico, a Rafael de la Cruz, a Baquero, y a otros muchos, pero que este ejemplo no ha servido para que los demás cubanos comprendan qué es lo que les manda el deber.

Ya los arreglaré.

Sueño con la idea de poder entrar en Baracoa y hacer sentir mi brazo, ya las balas me conocen y no le temo a sus caricias, y tú —mi estrella salvadora— me acompañas a todas partes.

Y no son odios personales los que me hacen pensar así, cuando pienso en Baracoa. No odio a nadie, ni tengo amor más que para tí, pero me duele que allí donde yo tanto he trabajado, los que se atrevieron a escribir a Martí que mi intimidad con Tito Columbié les hacía dudar de mi cubanismo, sean los que ahora —cuando la guerra los llama al campo de la vergüenza— estén al lado del gobierno español y traten de levantar fuertes, costeados por ellos mismos. No voy a vengarme de la ofensa que me infirieron dudando de mí, esa ofensa me honra hoy, y es timbre de gloria para mí.

Los que dudaron de Martí, los que lo ofendieron —o intentaron ofenderlo— con sus juicios, hacen hoy más grande su obra y más venerable su memoria. Así, los juicios de los hombres de Baracoa que me quisieron empequeñecer a los ojos del hermano mío, hoy me elevan en mi pequeñez real.

Antes de saber lo que era la felicidad —que yo entreví un día en la cuna de mi hijita, pero que se fué con ella, —antes de sentirme renacer con tu amor de ángel, te lo confieso, yo odiaba. Tu has borrado —para siempre— mi pasado; sobre él hay una losa blanca en donde tu mano ha escrito: *olvido,* y mi Dios completó el elocuente epitafio con esta otra palabra: *perdón.* La losa funeraria cubre con el olvido a los que con el perdón de lo alto duermen el sueño eterno de los muertos.

Porque estoy yo vivo, porque —gracias a tí— honro a mi patria, enseñaré a los que la ofenden cómo se paga la falta, cómo se expía el crimen. Yo no tengo la culpa de que la patria me haya elegido como su vengador en este caso.

1ro. Marzo

He ido hoy a Monte Oscuro. Ya me había procurado un práctico porque ayer me quedé esperando el que quedó en mandarme el Prefecto, cuando se me apareció el propio Peackot que venía a buscarme para que viera a un herido que había llegado de lejos y al que por su gravedad había mandado a Monte Oscuro. Muy grave me dijo que estaba el tal enfermo y sin quien lo curara. Mandé a buscar a Castellanos y después que tomamos un *tente en pié* muy suculento, nos pusimos en camino. Se quedó atrás el Prefecto y yo dije a mis ayudantes: el Jefe de los come-vacas se ha quedado atrás para murmurar algo de mí. Y así fué. Amelio —a mi vuelta— me dijo que había querido cortarme un vestido, pero que a tiempo le quitaron las tijeras. Miserable, une a sus *bellas* prendas la de cobarde. Tengo lástima a estos viles.

Sin necesidad, me hizo ir por Jarahueca el Prefecto. Triste está el campo en donde estuvo el poblado; casas quemadas, soledad, y labranzas destruidas y árboles mutilados o cortados casi de raíz. Lo que era cuando yo acampé allí, un grupo animado de viviendas, es hoy un cementerio en donde las cenizas y los tristes maderos negros —restos de las casas— son los mausoleos de esta necrópolis. "Aquí yace Jarahueca", dije al pasar.

En Monte Oscuro encontré varios heridos y entre ellos el que llegó hoy. Es este un pobre soldado herido en ambas piernas, débil y flaco; a la herida se une la demacración propia de una alimentación deficiente. Me dijo que le habían herido en Banabacoa el 29 de Diciembre p.p. Se llama Ramón Verdiases, y se me quejó del prac-

ticante que había quedado asistiéndolo: no lo curaba con esmero y lo abandonó en su lecho miserable. Cuando llegué a su lado lo curaba un practicante a quien dejé su nombramiento de Sargento de Sanidad, se llama Crescencio Moncada. Ya he puesto este hecho criminal de abandonar al herido, en conocimiento del Mayor José para que sufra el castigo que merece el practicante inhumano. Tratar con dureza y olvidar los deberes que impone la ley y la vergüenza a la cabecera de un hombre enfermo que ha sufrido en el campo un balazo por defender la independencia de nuestra patria, es crimen que se debe castigar con dureza. No he querido formar yo el expediente sin antes informar al General. Es el primero que delinque y no quiero ser yo el que imponga el castigo, creo que un Consejo de Guerra debe juzgarlo y que el fallo debe hacerse público para ejemplo, y si del procedimiento resulta que la culpa no es solo del practicante, sino de otros al mismo tiempo, para todos los culpables sea el castigo. Gozo yo viendo bien atendidos a todos mis enfermos y he de luchar por conseguir para éllos todas las comodidades y todos los auxilios posibles. Y porque pienso así y no me ocupo para nada de mi tranquilidad, ni me importan nada los peligros cuando se trata del cumplimiento de mi deber, he de ser duro con el que a mi lado se atreva a faltar, o como este practicante sea tan criminal como estúpido y tan inhumano como mal patriota.

Vi también allí a mi simpático e inteligente compañero el Dr. Porfirio Valiente. El padre sigue mejor de la enfermedad que lo llevó allí, *gusto cubano* —según unos, sarna según creo yo. Ya está casi bueno y como pasó ya del período contagioso, lo he hecho cargo de los 5 enfermos que hay en ese Hospital de los cuales dos, son heridos del último fuego de Sagua, y los otros de otros anteriores.

Tranquilo me separé de aquellos cubanos que llevan en sus cuerpos las envidiables huellas de sus heroísmos, tranquilo porque el Dr. Valiente es un buen médico y el practicante Moncada —a quien conocí hoy— ha demostrado en la curación del Teniente Coronel Vega que aún está allí, su inteligencia y esmero en las curaciones, y contento también porque les he facilitado los medios de allegar todos los auxilios necesarios para la alimentación necesaria.

Hablé con Valiente de las noticias sobre la beligerancia. Me dijo que en un periódico posterior al que yo había leído había visto que el Senado Norte Americano había votado en favor de la beligeran-

cia, y que en España habían tratado con dureza algunos diputados a los hombres de Washington, y que la reina había dado por esto oficialmente una satisfacción al gobierno de los Estados Unidos.

Ya me pongo yo a pensar en los beneficios de todo esto, y sería muy corta esta cartera para escribir en ella lo que se me ocurre.

A las noticias aisladas que tengo, quisiera unir otras de más buena fuente, quisiera tener periódicos americanos, y ya que no, me contentaría con "El Yara" o "Patria"; pero éstas son gollerías, ni un solo número de estos periódicos he recibido desde que estoy en la guerra.

Esperaré noticias.

Según me dicen, sigue peleando el General José por el Ramón.

Por aquí, tranquilidad completa.

Con gusto me ví de nuevo en mi rancho esta tarde.

Cuando salí del monte y llegué a donde estuvo Jarahueca, comprendí la vida de los pacíficos civiles. Parece que el monte es asilo infranqueabe y que sus árboles y sus zarzas son murallas que protegen las vidas de los que en él buscan refugio. En el llano, en la montaña abierta se respira aire que viene de lejos, se siente uno atraído por el deseo de correr en busca del enemigo cobarde que quema la casa que no es suya y tala y destruye la labor del campo que es todo nuestro. Veía con ira los ranchos hechos por los soldados, miraba las vueltas del camino, me parecía que debía haber quedado alguno por allí y lo buscaba con rabia. Después, entré de nuevo en el monte para ir a ver mis enfermos de Monte Oscuro. Entonces comprendí por qué los cobardes buscan el monte para vivir.

Y siempre ha de ser mi vida lucha entre mis deseos, mis gustos y mi deber. Quisiera yo —ya que estoy en la guerra—, estar en el combate y en el campo de la lucha, y sentir el cansancio de las marchas y sufrir hambre y sed, pero ver la pelea, estar en ella y batir al enemigo. Pero ese gusto que fué para mí pasajero en mi temporada de Colón, y que me parece tan lejos de mí si recuerdo los Pasitos y Mal Tiempo y tantos otros combates, hoy me lo prohibe mi deber como Jefe de Sanidad. Cerca de aquí, pelea Maceo en el Ramón, pero yo no puedo abandonar a mis heridos. Tengo pues, que esperar y sufrir esa contrariedad, y vivir —contra mi voluntad— vida de herido, —estando ya curado y retecurado.

Yo, hombre que ha luchado contra todas las adversidades de la vida y las ha vencido, y que ahora cumple su deber orgulloso y altivo, pero con el alma enferma de esa enfermedad terrible de la forzosa separación del ser idolatrado, yo, que he visto pasar silbando por mi lado tantas balas, y he visto caer envueltos en la gloria a tantos héroes, y que en mi tristeza de huérfano errante no he sonreído con sonrisa de alegría verdadera sino cuando he visto a los soldados de la Cuba que quiere ser libre y pelean ufanos de la victoria, levantar en alto la bandera arrancada en el combate al enemigo, y que me he sentido fuerte y dispuesto al lado de nuestros jefes más valientes y sin ira he adelantado mi caballo a todo correr, para ocupar un puesto en la vanguardia del peligro, y no me he sentido ni ciego, ni cojo, ni débil... tengo que vivir la vida de los pacíficos civiles!

La lucha, la lucha siempre; —pero ahora como siempre, vencedor en la lucha. No hago lo que quiero, pero cumplo el deber que mi dignidad me impone, y basta.

Estoy aquí y mi alma cada día más tuya, me deja con mis luchas para ir a preguntarte si me quieres todavía, si me has olvidado, si llegan hasta tu corazón mis tristísimos suspiros... Y cuando le pregunto a mi alma, nada me responde...

Pero así debe ser, porque así es.

Esta época pasará y yo volveré a los combates, y dejaré el monte, que es para los débiles y para los heridos, para esos bravos que necesitan descanso y curación para ocupar sus puestos de honor. Y volveré a sonreir ante los peligros, y a bendecir tu nombre en la pelea que dé a Cuba honra y gloria.

Y pasarán también estos días de guerra, y cuando saludemos a la hermosa aurora de nuestra Independencia, yo volaré a tu lado y te diré alegre y satisfecho de todas mis penas y de todas las luchas de mi alma..

Aquí estoy —vencedor siempre— si tú me amas como yo te amo.

Y entonces será que yo veré la gloria mía en tus ojos en donde Dios puso todo el fuego de este sol que se alza en nuestro cielo orgulloso de alumbrar tantos actos heróicos, y que calienta con sus rayos de luz las tumbas de nuestros mártires.

Benditos sean pues, mis dolores!

Y bendita seas tú, —vida mía— que me has dado corazón para amar, y voluntad y fuerzas para servir a mi patria!

Oh, mi Asunta queridísima, bendita, bendita seas!

Te digo que con gusto me ví esta tarde en mi rancho. Y es así. Por ahora, —ya que estoy aquí— me alegra estar a donde puedo pensar y escribir lo que pienso.

Es variado el paisaje en Monte Oscuro, y bello el río Jarahueca que fertiliza las tierras aquellas, y es alegre el cielo y es animado el caserío; pero no me parece punto bastante resguardado para un hospital de sangre. Aunque yo entiendo que hoy sólo con la fuerza se pueden resguardar los hospitales.

---

11 Marzo

Viene a visitar a Amelio un viejo mambí de la loma, el que me ofreció ajiaco —Eusebio Grano de Oro. Me recitó décimas cubanas que copia Pinto aquí; las primeras son frescas de esta guerra, las otras son de la guerra grande. Desahogos patrióticos de estas almas puras!

Yo soy cubano de aquí
Español tu eres de España
Yo soy cubano de Cuba
Si a ti te gusta la uva
A mi me gusta la caña.

Yo no como tu castaña
Ni tu comes mi jagüi
En nada te ofendo a tí
Con decirte la verdad.

Español tu eres de allá
Yo soy cubano de aquí.

No vengan con fantasía
Que en España siempre hay guerra
Pues yo no he ido a tu tierra
Y tu has venido a la mía.

Yo no sé porque sería
Si sería por verme a mí

Y por hacerte feliz
Como han hecho los demás.

Español tu eres de allá
Yo soy cúbano de aquí.

España ha venido aquí
Con traición a hacernos ver
Que a Cuba le han dado ser
Al venir ellos aquí.

A donde lo habrán sabido
Yo bien sé que no es así
Que éllos han venido aquí
A buscar prosperidad.

Español tu eres de allá
Yo soy cubano de aquí.

Dicen que España es la madre
De Cuba bella nacida
Y si la España ha parido
Me dirán quien es el padre.

Y que dichosa es la madre
De una hija tan feliz
Y yo como soy de aquí
Debo de adorarla más.

Español tu eres de allá
Yo soy cubano de aquí.

YA ESTA EL MAMBI FACISTOR

La división Bayamesa
En Media Luna peleó
Con machete en mano entró
Y empezó a tumbar cabeza
Esta es la delicadeza

De todo el libertador
Siempre va Cuba mejor
Gastando más patriotismo
Muera España sin guarismo
Ya está el mambí facistor.

Cogimos una bandera
Con felicidad y fortuna
Y al punto de Media Luna
Hasta le dimos candela
El muerto por donde quiera
Para el cubano es valor
Que se merece un traidor?
Un traidor, que se merece?
Que le tumben la cabeza
¡Ya está el mambí facistor!

Tuve noticias de que Sánchez había llegado ayer a Monte-Oscuro con su guerrilla y le mandé a pedir una pareja armada para ir mañana a Mayarí y —al mismo tiempo— oficié al Prefecto pidiéndole práctico y al Subprefecto para llegar hasta donde me lleva mi deber. Ya tengo la pareja, y si no hay algún entorpecimiento saldré mañana temprano.

Mi *valiente* ordenanza Santos, quiso hoy andarse con filosofías y lo mandé a la fuerza con todos sus honores. Me ratifico en mi creencia firmísima de que los cobardes no sirven para nada... ni para asistentes!

Me cuentan algunos que llegan del Ramón, de paso para otras partes, que en los fuegos que ha sostenido el General José han tenido los españoles como 60 bajas. Hasta ayer nosotros no habíamos tenido ninguna.

QUE VIVA LA INDEPENDENCIA

Viva el general Maceo
Viva Cuba y su recreo
Viva Gómez y su potencia
Vengan tropas a la montaña
A batir con el cubano
Con el machete en la mano

Haremos nuestra campaña
Arruinaremos la España
Si sigue la competencia
Pelearemos con violencia
Hasta morir o ganar
Viva nuestro General
Y viva la independencia.

Viva el General José
Y el Brigadier Periquito
Que en el fuego del Jobito
Hicieron forzar la fé
Se retiraron después
Porque ya no había carga
Pasaron por el Recreo
Del ingenio La Esperanza
Y aclamaron con confianza
Viva el General Maceo.

Viva el Jefe Mayarí
Viva el General Masó
Viva el Coronel Miró
Viva el Brigadier Rabí
Es un fuerte Manatí
Cuando se pone en planteo
Hace un corto tiroteo
Y da una carga al machete
Pues que valeroso es este
Viva Cuba y su [ilegible]

El Regimiento Moncada
Son dos fuertes batallones
Que le disparan cañones
Y piensan que son pedradas
Le dan una macheteada
Porque esa es nuestra ocurrencia
El acabar con violencia
A un Gobierno tan tirano
Que vivan los ciudadanos
Viva Gómez y su potencia.

A UN GUERRILLERO

¿DONDE TU TE METERAS?

Me dirijo a mis hermanos
Que están con el español
Porque han perdido su honor
Y también el ser cubanos
Desde Cuba hasta Bayamo.

Cubanos encontrarás
Y si sigue más allá
Encontrarás al Gobierno
Cuando no halles el infierno
¿Dónde tú te meterás?

Grano de Oro siguió diciendo sus décimas y yo le rogué a Pinto que te las escribiera, y el viejo las dictaba muy serio y Pinto se sonreía y me demostraba su disgusto al escribir tan malos versos; ahí te van para que te rías del númen de mi vate manigüero. Y conste, que entre la gente del monte, tiene nombre el *Grano de Oro mentado.*

Dicen que han llegado tropas españolas a "El Triunfo" el ingenio que está a cinco leguas de aquí, pero parece que no se confirma la noticia. Sería más que broma que los maldecidos soldados me impidieran por segunda vez mi viaje. Peackot no me ha mandado ningún recado sobre esto, ni me ha contestado mi oficio de esta mañana.

El General Weyler decretó un indulto a favor de los nuestros que se presentaran en un plazo fijo. El plazo se ha cumplido y algunos miserables se han presentado. Es un mal para nosotros; pero la verdad es que los cobardes que están a nuestro lado nos hacen más daño quedándose, que yendo a las filas de los españoles. Aquí nos pueden vender y ser la causa de la muerte de algunos de nuestros mejores hombres de guerra, mientras que en la guerrilla pueden caer el mejor de los días y pagar de una vez todas sus infamias.

Ha reunido todas las pequeñas fuerzas que antes operaban solas. Esas pequeñas columnas no bajaban de 500 hombres cada una. Dicen que por el Ramón la *columnita* española es de 8,000 hombres. Y todavía se creerán *solus.*

Obligan a las familias a ir a las poblaciones y nuestras autoridades no dan a nadie pase para los pueblos. Ya llegó la hora de la separación definitiva. Los que están con los españoles se irán a los pueblos, y los nuestros, estarán con nosotros en el monte. Weyler trabaja para nosotros. Pronto se verá el *buen* resultado de su manera de dirigir las operaciones militares.

Da todo el mundo por segura la noticia del reconocimiento de la beligerancia.

Yo no sé más que lo que te he escrito.

Ha acampado hoy en Jarahueca una guerrilla cubana de cuarenta hombres de la escolta del General José al mando del Capitán José Antonio (no sé el apellido). Va a cumplir órdenes del General, a destruir puentes y atacar a las fuerzas españolas; son 40 leones para la pelea.

Sánchez ha puesto a mis órdenes una escolta de 30 hombres bien armados y parqueados. Yo no me llevo más que una pareja, dejo los otros para que defiendan a los heridos en caso necesario.

Mayarí Arriba

12 Marzo

Ya he visto a mis pobres heridos de aquí. El Teniente de la fuerza de Baracoa, Antonio Ferreiro a quien le dieron un tremendo balazo en la cara y un joven sagüero, herido en un brazo y pierna a quien le alcanzó la bala estando lejos del fuego en la impedimenta, y recuerdo ahora de paso, la curiosa casualidad de que el primer herido lo fué un pardito que estaba en al plana mayor de los asistentes prudentes, los que se ponen lo más lejos posible del fuego. —No están bien los heridos, el practicante, el viejo Andrés Avelino Sabiñón, no sabe curar y quiere curar con yerbas. Dejo a Castellanos con medicinas al frente de este Hospital hasta que el sagüero Fidel García pueda montar, pues entonces ya he dispuesto que me los manden a donde los puedan asistir el Dr. Martínez o el Dr. Valiente. Los prefectos de por aquí son fatales. Ni el Prefecto Felo Montoya ni el Subprefecto Cayetano Samé han cumplido con sus deberes; han

abandonado por completo a sus heridos que han estado sosteniéndose con lo que les han facilitado los vecinos de este caserío mambí. Yo doy el parte correspondiente, a fin de que sean castigados estos miserables.

Al dejar aquí a mi fígaro Castellanos, lo he ascendido a Subteniente. Al viejo Sabiñón, por viejo y porque llegó hasta teniente de sanidad en las otras guerras, también le he dado igual graduación.

El simpático e inteligente comandante de la fuerza de Sagua, Jesús Herrera, me ha alojado en su casa, y tanto él como su amable familia, me tratan con cariño. Pasaré aquí la noche y mañana saldré temprano a ver otros heridos que me dicen están sin asistencia y luego iré a ver a Pelado que vive a cuatro leguas de aquí.

Jesús me ha dado noticias importantes sobre el fuego de Sagua. Me dice que los españoles tuvieron 56 muertos. En la loma de Miguel en donde se parapetaron para tirotearnos, se retiraron en tres grupos, y los primeros se llevaron el cadáver de su comandante. Allí les hicimos 16 bajas. En el cuartel Amarillo 32, 5 en el Hospital y 2 en las calles. Y me dijo también que a la puerta de la iglesia habían hecho una bóveda en donde afirman que han enterrado al comandante y a los dos que murieron en la calle; los muertos de la loma lo fueron de los disparos de nuestros soldados, los otros, por el proyectil del cañón.

He hecho mi viaje sin peripecias desagradables y sin alarmas de esas tan comunes en la guerra. Al salir de la Prefectura de Jarahueca me dijeron que *se decía* que había tropa por "El Triunfo". Di poca importancia al dicho, y emprendí la marcha! Solo me ha desagradado la conducta de los civiles prefectos de aquí y las vejeces del practicante que desde hoy jubilo con todos sus honores de viejo guerrero —curandero— herbolario.

Al lado de Herrera he pasado horas agradables. Son 6 hermanos y todos están en la guerra y todos son valientes. El más *nuevo* de 13 años se colocó el servicio de las carretas en uno de los fuertes de Sagua. Cuando llegó a adquirir la confianza de los hombres del fuerte, pidió al sargento una tercerola y la canana, pues la mandaba

a buscar el teniente, el sargento lo creyó y le dió el arma y el parque que le pedía su jefe, y el niño burló la vigilancia de todos, y se presentó a Jesús armado y dispuesto para la pelea. Este niño que apenas tiene hoy 14 años, ya es un soldado distinguido y fogueado.

Los nombres de los hombres honrados, no deben olvidarse, y por eso apunto el del Comandante Bartolomé García, Inspector de Prefecturas. Es un viejo valiente, que sin obligación, ha sido el amigo y el hermano de estos heridos.

Manzano, 13 Marzo

Esta mañana pensé ir a Mícara a ver unos heridos, pero el Comandante Jesús que era mi práctico, me dijo que sería mejor ir a ver el Pelado y luego —de vuelta— visitar los enfermos. A las 12½ después de pasar por Sabanilla, llegué a la casa en donde vive el Coronel Juan Pastor Sánchez (a) Pelado. Me recibieron con los brazos abiertos, con todo el cariño de hermano. Todo el día lo he pasado viendo enfermos y hablando de la guerra.

En Sabanilla hay un buen Prefecto, se llama Manuel Torres.

Ojo de Agua, 15 Marzo

Ya estoy en mi retiro del Monte después de haber cumplido mi deber visitando los heridos. Quedan en Mayarí Arriba bien cuidados los que allí están. He dejado medicinas a muchos enfermos y a otros se las mandaré. Ayer fuí hasta Mícara, casi todo el día me lo pasé a caballo. En este punto hay dos enfermos, el uno, que ya está casi curado, fué herido el 9 de Agosto p.p. y lo mando al cuidado del Dr. Valiente para que se restablezca, y el otro, herido el 15 de Diciembre en el Ramón. Son hermanos y capitanes del ejército cubano, José Hechevarría se llama el primero, y el otro Gumersindo; la herida de éste le ha dejado una fístula que es preciso curar con esmero.

Muy temprano salí ayer de la casa en donde vive como un patriarca el buen Pelado entre sus siete hijos y su esposa honrada y los soldados que lo acompañan. La marcha fué larga y mala. En el camino, ¡cuantos enfermos! Y detenía la marcha para consolar más

que para curar a tantos niños y a tantos hombres con fiebre y debilidad y miseria. En Sabanilla vi —con reuma— al Comandante Aniceto Serrano y como las 11 serían cuando llegué a Mícara. Recuerdo con pena esta visita. Los dos capitanes han estado durante todo el tiempo que llevan ya de enfermedad sin que nadie se ocupe de su curación y sin auxilios de las autoridades civiles y militares, abandonados por completo de los compañeros de armas y de los representantes del Gobierno Civil.

Sus quejas justísimas, las oí con dolor y con ira. Con dolor, por éllos y por nuestra honra; y con ira, porque no comprendo este desvío criminal. Para los jefes de sanidad y para los jefes de las fuerzas orientales hay en esto responsabilidad y hay culpa. En lo que yo pueda, trataré de remediar estos males, pero ya llegan tarde mis cuidados. El recuerdo de los días pasados en el olvido no se borarrá tan pronto de la memoria de estos infelices y de todos los que han sido testigos de estas miserias. A las palabras de protesta del uno, y a la justa y triste queja del otro, no tuve nada que contestar. —A Castellanos dejo encargado de la curación de Gumersindo, a José lo mando a reponerse. Volveré a Mícara. La fístula que la herida ha dejado por la falta de asistencia necesita una operación que yo haré.

Casi de noche —después de ver en Sabanilla a muchos enfermos— llegué a la casa del Pelado; y comí y me acosté triste y cansado. Pero no era el cansancio de cerca de doce leguas que había tenido que andar, era el cansancio de mi espíritu. No sé disculpar a los que vuelven la espalda a los que sacrifican todo por la libertad de la patria y son míos los sufrimientos y todas las quejas de los que al caer en el campo de batalla no tienen una mano amiga que los levante, ni un hermano que los acompañe en el rincón en donde van a morir olvidados con todos sus sufrimientos y todas sus tristezas.

¡Pueda yo llevar consuelo a los que sufren como éstos, tan hondos sufrimientos!

Al lado del Pelado me consolé de los sufrimientos del día. Al lado de hombres como éste, se aprenden todos los heroísmos. Lo oía yo contar combates de la guerra pasada y lo veía con su pierna inútil, al ilustre inválido y me sentía curado de mi enfermedad del momento. Y caí en la hamaca, pero entre sueños me parecía que tenía a mi lado — y de rodillas— a todos los que olvidaron a los heridos y los dejaron solos allá en los montes de Mícara!...

Y siento escribir estas cosas.

Y siento tener que decirlas al General José, porque creo que la responsabilidad de estos hechos cae sobre el General y sobre el Jefe de Sanidad.

No me dejó el Pelado dejar su casita dichosa sin almorzar. Y emprendí la marcha en un hermoso caballo que *encontré* en Mícara, y una hamaca nueva que me regaló el Pelado y media arroba de magníficos manojos de tabaco que le compré a una vieja mambisa en Sabanilla. Y llegué aquí por la tarde y me recibió Amelio y su familia con los brazos abiertos.

Y ya he comido mis frijoles colorados y mi vaquita asada y miel de abejas y buen café aromoso.

He encontrado una carta cariñosa del General José. Me habla de sus glorias en el Ramón; han batido bien nuestras tropas al enemigo, y me dice que no tema —por los heridos— que vengan por aquí las tropas, pues por ahora, todas están en su persecución.

Me dicen que me espera en Jarahueca un practicante de la fuerza de Periquito Pérez que viene por medicinas para unos heridos que dicen tiene por allá, lo espero mañana. Dios quiera que éste no sea para mí, otro viaje y largo.

Me duele algo mi pierna, parece que el viaje me ha sentado mal.

Falta de costumbre. Otro me curará.

Pero no puedo acostarme en mi hamaca nueva. Pinto ronca ya y casi todos duermen. Escobar despalilla a mi lado el tabaco que prepara para torcer mañana, y yo recuerdo con pena aquellos días y aquellas noches en las que a tu lado, tú y tu buena madre y mi hermana querida, también despalillaban...

Y ahora ¿a dónde está mi Asuntica?

Piensa en mi el ángel de mis amores?

Yo sé que sí. Si no lo supiera, no podría vivir. Después de tantas penas y tantas luchas para cumplir mis deberes, yo no tengo más que una esperanza, que lejos de tí, vivo en tu corazón!

La herida me duele, me voy a acostar. Pensando en tí amaneceré bueno.

---

16 Marzo

Ya estoy bueno. Y dispuesto a seguir a caballo hoy mismo si es necesario.

Desde anteayer han empezado los días de agua, y yo sin capa. La vereda que me trae a mi rancho está infernal. Dos veces me tuve que desmontar ayer temeroso de que mi caballo me cogiera debajo una pierna al caer en la loma resbalosa y pendiente.

Ayer pasaron por aquí Alsina y Amstrong, mis amigos del Gobierno que venían de una comisión. No los ví a pesar de habernos cruzado en el camino. Siento no haberlos visto, pero éllos han sido unos ingratos al no buscarme ni a la ida ni a la vuelta. Sánchez —que iba con éllos— me invitó, con uno de los números de la pareja que me acompañaba a ir hoy de paseo a "El Triunfo". No puedo yo pasear ahora. Ya pasearé cuando haya terminado mi obra y estemos juntos, cuando esté contigo y sea feliz. Ahora tengo que recordar versos del Romancero español y decir con él:

Mis arreos son las armas,
Mi descanso es pelear,
Mi cama las duras peñas,
Mi dormir siempre velar.

Pero la *verdad histórica* me hace que cambie las *duras peñas* por la hamaca; y, por mi desgracia, —ahora— la pelea, por la curación de mis enfermos y mis constantes viajes.

Acabo de hablar con el practicante Juan Valverde a quien he dado el nombramiento de Subteniente. Viene a buscar medicinas para heridos que están por Palmarito y Filipinas. Lo mando a la enfermería del Dr. Martínez hasta que arregle los heridos que dejé en Mícara y pueda ir con él, a ver los de su brigada que es la de Pedro Pérez.

Se me esperan largos viajes, pero a todas partes me acompañará mi buena estrella, tus ojos, vida mía!

Y cuando ya haya visto todos los enfermos y pueda ir a cumplir los encargos de Gómez en Baracoa esperaré allí tus cartas y tu retrato, con el que sueño en estos días de aislamiento y de tristeza, que son sin ti, todos, prieta de mi alma!

Con el Pelado recordaba yo a los viejos revolucionarios que quedaron en la emigración. A Fernando Figueredo el primero y más querido por aquí, y a todos los compañeros en los días inolvidables de la guerra vieja.

¡Quien me había de decir cuando fui al Cayo, y en días felices para mí —cuando viví en Tampa tan cerca de ti— que aquí había de recordar a Manana y al Coronel Figueredo!

Y ellos allá? Se acordarán de este soldado que no cambia su puesto por todos los mejores y más cómodos de la emigración?

Sé que sí, y por eso les mando desde aquí —y en esta carta tuya— un recuerdo cariñoso y el más sincero saludo de hermano.

Sigan allá los que tanto pueden hacer con el auxilio de la propaganda y formen todos —al lado del intachable Estrada Palma— grupo fuerte para mandarnos con armas y pertrechos la manera de sostenernos y de vencer en la lucha a los españoles.

Que no olviden, que no olviden ahora que lo que se necesita en Oriente y en el Camagüey son armas y parque.

Y que de éllos los esperamos.

Si —como esperamos— los mandan, los tendremos como soldados en armas y dispuestos a la pelea, si no los juzgaremos como majases.

Y esto nos será muy doloroso.

Diles pues a todos, que aquí los espero, pues cuando se reciba aquí una expedición de armas, me parecerá que los estrecho a todos en el más apretado abrazo.

Cada día señala un nuevo triunfo en nuestra campaña de Occidente. Llegan algunos heridos y otros en comisiones del General en Jefe y de Maceo —Antonio— y todos nos cuentan nuevas victorias.

Se da por muerto al General Luque uno de los jefes más prestigiosos de los españoles. Pero ¿que puedo yo decirte de estas cosas, ni que noticias puedo yo darte, si no se cuando llegará a tus manos esta libreta?... ¿y si llegará?

Llega ahora —las 5 de la tarde— una comisión del Cuartel General de José Maceo; el brigada Lorenzo Durán y cinco desarmados para la atención de los heridos.

Y también recibo una comunicación del General en la que me dice que no puede mandarme una fuerza armada por las operaciones militares, y me indica a donde puedo llevar los heridos en caso necesario.

También me ha escrito el Comandante Francisco de Paula Valiente. En su carta me dice que parece que por la beligerancia son más rudas las operaciones de los soldados, que han tenido un gran combate y aún andan en lucha y sólo nos habían hecho los españoles un muerto como única baja en todos los fuegos. La carta no trae fecha, la comunicación del General es del 10. También me manda Valiente tres números del Cubano Libre que trae mi artículo "Mi abrazo".

Vienen todos los que llegan, contentos porque se afirma que ya es un hecho la beligerancia.

Valiente solo me dice sobre esto: *parece que con la cuestión beligerancia se dedican —(los españoles)— a operar muy fuerte.* Pero no me indica si ya es un hecho el ansiado reconocimiento. Sólo nos quedan las noticias que da el brigada Durán; cuenta éste que los americanos lo afirman por todas partes y hasta dice que lo ha oído leer en uno de los últimos periódicos de los españoles. Tomo estas noticias a beneficios de inventario y las pongo en cuarentena, —aunque como todos—, me alegran.

Me decía ahora mi ayudante Escobar: —Ya estamos casi de viaje para Tampa, mi General. Y yo sentí que el alma se me iba a tu lado.

Ojalá se cumplan los deseos de estos buenos amigos y sea la alegría de todos, anuncio de la mía!

Y hoy ha sido día de correspondencia. También me ha mandado el Gobierno una órden fechada en Remanganaguas el 12, en la que me llama el Presidente porque *como se me ha dicho ya urge mi presencia.* Contestaré mañana. No puedo ir dejando mis obligaciones sagradas que otro no puede hacer por mí, mientras que allá Pina, que no debe estar lejos puede suplirme.

Entiendo bien la urgencia de ahora. Mi comunicación de despedida les ha hecho pensar en las consecuencias de meterse en acuerdos de la importancia de los que intentaban tomar. Y quieren que yo cargue —con ellos— la responsabilidad de sus actos. Pero yo que ya les dije todo lo que todos los puntos discutidos y por discutir cuanto tenía que decirles, me quedo por acá y sigo la ruta que me señala mi dignidad y mi patriotismo.

Dentro de 15 ó 20 días debo estar al lado del General. Si para entonces todavía andan por aquí o mejor dicho por donde esté el General, los del Gobierno, veré lo que quieren. Ya para entonces —si los encuentro— que lo dudo—, habrán tenido tiempo de pensar bien el mal que ya han hecho y los males y desaciertos que tienen en cartera. Y si me veo obligado a protestar de algunos de sus acuerdos, mi protesta será conocida por todos; que no estoy dispuesto a cargar culpas ajenas.

Por esto quisiera que no se ocuparan de mí, o mejor no encontrarlos.

Espero esto último.

Han destruido los soldados todo el caserío del Ramón de las Yaguas y cafetales y fincas limítrofes y han atropellado muchas familias. A una pobre mujer que vivía en el cafetal "El Triunfo", la apalearon...

Cobardía española que acredita los procedimientos pacíficos y caballerosos del famoso Weyler!

Hay que repetir con Martí:

"Mata déspota, mata"...

Me dice Valiente que cree que Veranes ha renunciado su puesto en la Sanidad. Nada sé, pero lo siento por los enfermos, por los heridos que el deber le manda asistir y por él. No estoy dispuesto a aceptarle su renuncia. Los médicos en la revolución antes que todo, y sobre todo, han de ser médicos. Son muchas las fuerzas y muy corto el

número de profesores que hay en el campo para que por estar de *mambí suelto* —como dice Valiente— pretendan cambiar la lanceta y el bisturí del cirujano por el bastón —ideal por ahora— del Teniente Gobernador...

Esto es más que ridículo, es hasta criminal.

Y que cometa estas locuras un hombre inteligente y buen patriota como Veranes, es cosa que no entiendo —ni como decía mi padre— me cabe en la cabeza!

Y si esta renuncia de mi amigo es por no cumplir mis órdenes, ¡cuanto lo he de sentir yo que no quise más que amparar a los pobres soldados que quedaron heridos en Sagua y para algunos de ellos lo llamé!

Leí esta noche a mis enfermos y a mis soldados el artículo "Mi Abrazo", y me sentí orgulloso cuando aplaudieron el párrafo en que hablo de mis dos amores: Cuba, y tú.

Que él te lleve —Asunta de mi vida— todo lo que sabe sentir por ti y sabe quererte el que lo escribió pensando en ti y soñando con el día en que pueda volverte a ver!

Como ya apunté, en el fuego que ahora ha tenido el General en el Ramón, solo hemos tenido que lamentar la muerte del Teniente Narciso Zayas en "Mondesiré".

Otra víctima más y otro valiente menos.

Siguiendo lo que me dice el General en su comunicación que recibí ayer, he oficiado al Prefecto de Monte Oscuro Pilar Méndez para que haga un rancho para los heridos y otro pequeño para las medicinas. —En esta semana iré a Mícara, operaré al viejo herido y después que ya tenga en Seboruco y Monte Oscuro a los heridos, —todos los de por aquí— emprenderé mi marcha hacia el Cuartel General, y luego a la Brigada de Perico Pérez, y no podré ir a Baracoa sin haber visto antes a los heridos de Maibio de aquella acción a orillas del Cauto que fué la primera en que me encontré al llegar a Oriente.

Tengo pues mucho que hacer y mucho que andar la semana próxima; hoy —como domingo— estoy de descanso en mi rancho tranquilo y dichoso, —por ahora.

Hoy me pone de mal humor una contrariedad que no me deja escribir por dos razones que las explican una misma causa. —La libreta se me va acabando y sólo tengo una de papel blanco que hice el otro día por si acaso se me acababa ésta en el viaje. Pero es que dí a la pareja armada que me acompañó una órden para que me fueran a buscar maíz para las bestias, y debieron haber estado ayer de vuelta y aún no han venido. Lo siento, porque me dolería que les hubiera pasado algo y lo siento también porque uno de ellos me ofreció traerme varias libretas en blanco.

Y van a ser ya las diez y media y no llegan.

Y dice el Noy —un catalán—, muy catalán —al cuidado de Sevilla, que se oyeron tiros por la vuelta de Joturo del Padre.

Esperemos, y alto a la pluma!

Puedo ya seguir.

Escobar me trae de "El Triunfo" tinta y papel. No ha llegado la pareja de Joturo, pero me dicen que Panchito Sánchez, que es el jefe, anda por allá y esto me quita en parte la zozobra. Y ya, si no llegan las libretas haré un cuaderno de papel igual al que tengo ya preparado para cuando termine éste.

Me trae mi ayudante Escobar muy buenas noticias de "El Triunfo". Dice que el dueño, Mr. Whiting, está muy contento, y me manda a decir que ya podemos alegrarnos; pero no me escribe ni me manda periódicos. Sin embargo, me manda a buscar y me cita para el jueves. Veremos si puedo ir.

Parece que es cierto que los cónsules han tomado algunas medidas para favorecer las vidas y los intereses de los americanos.

A la órden del Presidente que simplemente me dice que urge mi presencia en el Gobierno, le contesto en esta forma:

Ciudadano Salvador Cisneros Betancourt, Presidente de la República de Cuba.

Recibo hoy su órden, en donde me reitera que urge mi presencia en el Gobierno. Contesté a la primera y ahora lo hago de nuevo pues no me perdonaría nunca ser desatento con Ud. ni faltar a los deberes que me impone el cargo que desempeño en el Gobierno por la bondad de Ud. y mis otros dignísimos compañeros, y a pesar de mi renuncia y de la comunicación que le envié al ocupar el puesto para el que fuí designado por el General en Jefe.

No puedo ahora ponerme en camino, por tener en Mícara un enfermo grave y otros en Mayarí y Jarahueca. Mandé a buscar al Dr. Veranes para dejarlo en mi lugar pero no ha venido y hasta me dicen que por seguir de Teniente Gobernador, intenta dejar su puesto en la Sanidad con perjuicio de los heridos.

La próxima semana saldré para el Cuartel General, y entonces se pondrá a sus órdenes —El Subsecretario del Exterior. —F. V. D. Jarahueca, Marzo 18 de 1896.

Cómo vivimos los mambises! Sin almanaque no sabemos a punto fijo en que día estamos. Hasta ahora —que ya es de noche— creía que hoy era domingo; pero al arreglar con mis ayudantes mi itinerario de la semana, me hizo ver mi buen Pinto que es lunes. Me alegro, he ganado un día!

¿Serán las noticias que corren sobre la beligerancia, anuncio de que pronto han de terminar suestras penas?

Esta idea llena toda mi alma. Ya quisiera que mañana fuera jueves para ver al inglés de "El Triunfo". Iré aunque tenga que andar en un mismo día muchas leguas; las que ande por saber noticias, me parecerán leguas que ande por acercarme a tí.

Algo creo que han influido en mi estas ideas, que por completo me embargan hoy, al contestar la órden del Gobierno. No abandonaré a mis enfermos, pero yo quisiera ir al Gobierno para conocer allí la verdad de todas estas ilusiones o verdades tan consoladoras para mí y para todos los que como tú esperan y con fe creen en la verdad de un amor tan puro y tan grande como el nuestro!

Me hace no temer tanto a mis compañeros y a las responsabilidades y disgustos que se me esperan... tu amor que es para mí, brazo y corazón para vencer todas las contrariedades, para luchar siempre hasta vencer!

Y venceré porque te tengo, porque te llevo en el alma, por que eres Asunta, mi esposa amada, luz que disipa todas las sombras del dificíl pero honrado y digno camino de mi vida.

Por Cuba, —uno de mis amores—, he ofrecido a la patria mi vida toda.

Por tí —mi único amor, después que Cuba sea libre—, ¿qué puedo yo ofrecer, si mi vida es tu amor mismo?

Ojalá todo lo que se dice, —y yo escucho con reserva de hombre que no se deja sorprender—, sea verdad.

Y que llegue el momento de la llegada feliz del soldado vencedor!

Pero si todo es creación de nuestras fantasías, estos días de sueños reparadores dejarán algunas canas más en mi cabeza, alguna lágrima rodará por mi mejilla a la luz de este sol o en las tristezas de las sombras, y en mi corazón quedará más fuerza para sufrir y más entereza para esperar. Que la desgracia es el altar de la fe y en él te ven siempre mis ojos!

No dudo yo del éxito de nuestra campaña. Cuba será libre mal que le pese a los españoles. Ni el gobierno de los Estados Unidos ni ninguno que presuma de honrado, puede volvernos la espalda, pero también sé que España defenderá su feudo hasta el último momento. No nos dará ella la independencia que merecemos, sino cuando se vea forzada a ello por sus derrotas y por la imposibilidad de sostener un poderío que no tendrán millones con que defender, pero al fin no podrán vencernos, —aunque en la hora de la victoria no haya más que un montón de escombros sobre el cual se alce vengadora nuestra bandera de combate!

Sé esto bien, y sé también que los cubanos no volverán la espalda a las miserias de la guerra, y seguirán como hasta ahora y en sus puestos sonará en el reloj de la libertad americana, la hora de la victoria —¡aquí están los que han de vitorear nuestra Independencia y los hombres que han de proclamarla!

De España no esperamos nada, ni queremos nada. Ya le hemos impuesto en nuestra Constitución —como base para la paz— el reconocimiento de nuestro derecho a la Independencia. De modo que aún reconociéndonos lo que nos pertenece, nada nos uniría a élla y nada —por lo tanto— tendríamos tampoco que agradecerle.

En cambio al reclamar por la guerra nuestros derechos de pueblo libre, ¡con cuanta razón castiga nuestro brazo las infamias del más estúpido e infame conquistador! Pero si pone el Dios de la justicia su espada de fuego en nuestra mano, no la guía la venganza ruin; la sostiene el derecho que eleva y dignifica.

El conquistador cobarde y ruin, el negrero infame e inhumano, y el amo y gobernante inmoral, pirata en el mar, ladrón en la tierra, y déspota en todas partes; todos, todos expían hoy sus crímenes, sufren el castigo que les impone tribunal inapelable en donde actúan como jueces todas las conciencias honradas del mundo.

La bandera que amparó la trata que humilló a un pueblo libre, que consintió el crimen para poder exportar enormes sumas de oro, para sostener un trono inmoral de rufianes y toreros... cae ya para vivir en el olvido, allá en las páginas de El Quijote; ese libro en donde un español supo escribir la historia de un pueblo enano e inútil para los destinos y para el cumplimiento de su misión en el palenque de la civilización.

Pero los quijotes de ahora —sin reparar que llevan la lanza rota y caída la celda—, se figurarán que pueden vencer nuestras legiones de héroes que al morir por la Independencia de Cuba, mueren por la libertad y por la honra de todos los pueblos dignos de la tierra. Vencer al déspota es siempre abrir nuevo camino a la civilización, y encender faro de libertad que a todos ilumine!

Por eso venceremos!

Me dicen hoy que Weyler ha pedido su relevo.

Así sea —como dicen los católicos.

Y si se vá, ¿quién viene?

Y que se van a suspender las operaciones militares.

Esto es muy de Ministerio Español: es preciso pensar,

"La manera de caer.

Y hasta el modo de morir!"

Recibo dos comunicaciones: Una del General en la que me dice que en la Prefectura de Jurisdicción me espera —hasta hoy— Félix Ruenes por si quiero unirme a él para ir a Baracoa, y otra de Sánchez, de Joturo, en el que me comunica que recogió allí la pareja porque

tiene que explorar por Songo, pues se dice que hay movimiento de tropas. Promete avisarme de lo que ocurra.

El oficio del General del 15 me da una mala noticia, puesto que yo no puedo abandonar mis heridos y salir escapado a ver si encuentro a Félix. Así no voy ahora a Baracoa. Bien deseo yo poder estar allá para escribirte y para recibir tus cartas, pero no he de ir abandonando mis heridos y cometiendo así la falta que yo persigo y castigo en los demás. Iré a Baracoa, pero iré cuando deba ir y cuando no perjudique con mi viaje, a nadie.

Pero siempre la contrariedad, siempre la lucha entre mi deber y mi voluntad.

Otro en mi lugar —con la autorización del jefe— se hubiera puesto en camino, pero ese no cumpliría con su deber y no estaría tan satisfecho —como yo— de sus actos.

Y me he quedado sin asistentes. Mis dos baracoanos se pusieron tristes lo pobres, tienen allá sus madres, sus hijos y sus mujeres! Les dí el pase y se fueron dichosos con sus grandes jolongos a cuestas.

Yo buscaré otros. Sé que voy a estar mal servido por unos días, pero no puedo tener a nadie a mi lado contra su voluntad.

Ya que yo no puedo aquí trabajar por mi felicidad, me complazco en hacer la de los demás.

Como no ha venido la pareja que ya está con Panchito no he recibido las libretas.

Ya tengo dos de mi fábrica; con la buena cooperación de Pinto he cosido y empastado una hoy, y en esa seguiré mis notas y mi carta.

Los enfermos se alegran porque yo me quedo, y yo con la tristeza de siempre en el alma, sigo el camino que mi deber me señala.

Y seguiré mi vida cumpliendo mi misión sin murmurar. Si hay contrariedades, todas las venceré.

No iré a Baracoa tan pronto como esperaba, pero yo buscaré —antes de llegar— manera de escribirte y de saber de tí.

Recibo ahora —las dos de la tarde— un papel del Subprefecto que me dice que el General que está cerca, me llama, y voy.–

Te adora,

Fermín.

Segunda S.(*)

No. 8

Santiago de Cuba
Jarahueca
Ojo de Agua,
17 Marzo 1896

Vengo —alma mía— de ver al General. Está acampado en el camino de Monte Oscuro y viene contento de sus luchas por el Ramón. Me mandó a llamar para hacerme ver que estaba equivocado: para mí y sobre todo para Pinto, hoy estábamos a 18, y parece que no es así, hoy es 17. Me llamaba el General para decirme que si quería aún podía alcanzar a Félix Ruenes y a su fuerza, pero se alegró cuando supo por qué demoraba mi viaje. Fueron cortos los momentos que estuve en el campamento, pero en ellos oí de sus labios palabras de elogio para mí y me satisfizo más que todas ellas, el respeto y distinción con que me trata. Sabe que trabajo sin vanidades *por el bien y por la honra de todos y que sé estar tan en* mi puesto de Ministro como en el que yo más quiero, de médico y amigo de los que luchan, ya que —por mi desgracia— no puedo yo ahora luchar y ser testigo y actor en los combates. Hablamos algo de su enfermedad que desaparece tan pronto como llega el momento de la lucha; hablamos de su valiente escolta y recordó con dolor, debilidades que todos sentimos. Y fué una la que lo hizo no firmar el nombramiento de Brigadier de Félix Ruenes antes de permitirle su vuelta. Me autorizó para arreglar a mi antojo todo lo que se refiriera a la Sanidad y me dió medicinas que ya me hacían falta. Y después de un rato de agradable charla en la que no olvidamos lo que a la política extranjera nos importa lo dejé con sus amigos— de esos que saben adular— y me despedí. No me dejó ir sin prometerle que mañana muy temprano, habría de ir a tomar café con él, pues estaba con el pie en el estribo y no podía estar mucho tiempo en el mismo campamento.

No estoy contento a pesar de las atenciones del General; siento no poder ir a Baracoa por muchas razones y sobre todo porque se me alarga el tiempo de saber de tí. Cree Maceo que no pierdo nada con esperar porque las determinaciones del Gobierno Americano han de ser las que indiquen la política que tenemos que seguir en Baracoa, y ya está cerca el plazo que se señala para la resolución de estos

(*) Archivo Nacional de Cuba. *Donativos.* Caja 270, No. 11.

asuntos, el 5 del mes próximo. Pero —a pesar de todo— por tí primeramente y por mis trabajos como soldado, siento esta demora necesaria.

Pero no será la espera muy larga, —o puedo yo poco!

De la beligerancia tengo noticias que me alegran. Se afirma que después de la votación en nuestro favor del Senado y de las Cortes Americanas como sólo quedaba ya el voto del Presidente, éste ha dicho que no está por la beligerancia, que cree más provechosa para la causa de la independencia, la intervención, a fin de que termine la guerra.

Comprendo lo que guía a los americanos en esta opinión, pero al mismo tiempo veo la importancia que tiene para nuestros esfuerzos. Se descubre el deseo de imponer condiciones el yankee, al auxilio que nos preste, pero esto no le quita importancia para nosotros. Lo que nosotros hacemos cuestión de honra y de principios —ellos hacen de negocio— y ya piensan lo que nuestra libertad ha de pesar en la bolsa de New York, pero de todos modos, vale más perder dinero y ganar en el plazo que nos señalan para alcanzar nuestra libertad, que por defender unos millones más o menos, sacrificar muchas vidas de hermanos valerosos y decididos. Lo que el Presidente de los Estados Unidos propone, es un buen negocio en el que España ha de ver la manera de sacar también su parte en el botín. Pero venga la Independencia, que después Cuba sabrá pagar sus deudas y ser feliz con su libertad.

Me dice Maceo que persona de toda su confianza, le asegura que las operaciones militares quedarán pronto en suspenso, y no estarán las tropas españolas más que a la defensiva. Veremos.

Dicen que el gobierno anda muy lejos. ¡Qué tenga tino y patriotismo para resolver todas las cuestiones que tiene en cartera!

Y que lo encuentre yo dispuesto a volver sobre sus acuerdos tomados en días que pueden señalar en nuestra historia momentos de lucha que nos empeñece y nos degrada.

¡Y no olviden mis consejos y mis súplicas sinceras!

Estoy satisfecho de mi manera de servir a los intereses de la patria que amo, pero estoy triste. Siento a pesar de las libertades en que me muevo, algo que me ata y me sujeta contra mi voluntad; sé que puedo volar y hacer mi voluntad, pero hoy me hubiera parecido mejor una imposición que la franquicia que me dice: Cumple tu deber y esconde tus sufrimientos.–

Pero el corazón se me sale del pecho y sangrando me grita: —Ni una carta, ni un recuerdo, la soledad para mi por todas partes!...

¡Oh lucha! ¡Oh lucha grande y dolorosa y triste de mi pobre vida!

Y después, los días seguirán y con ellos mis anhelos y mis trabajos.

Y después?

Quizás, la muerte, o el olvido.

El Dr. Martínez me esperaba en mi rancho a donde volví —dejando el bullicio de los aduladores— a cumplir mis deberes, a pensar en tí y a escribirte.

Casi de noche llegué. Ofrecí mi ajiaco al compañero, y ahora que te escribo ya van siendo las diez y todos duermen en sus hamacas.

Yo tengo que velar. Mi espíritu está tranquilo cuando está contigo, cuando deja a un lado las miserias de la vida y busca en tu alma grandezas y luz.

Al llegar aquí me esperaba el pobre Elías, Subprefecto de Seboruco; se quería cometer una infamia y fué el pobre hombre —todo bondad, a denunciarla al General— ántes había estado aquí en momentos en que yo había salido. El Prefecto Montoya, hombre miserable, lo quiere quitar del lugar que tanto ha sabido merecer por los cuidados que ha tenido con los heridos. Lo oficié haciéndolo responsable de sus actos ilegales, y mañana haré saber al Gobernador del Estado hasta donde alcanzan los abusos de este Prefecto Montoya.

Alegre se fué Elías con la comunicación que oyó dictar y con su *managüi* al hombro por la oscura vereda que lo lleva al rancho en donde lo esperan sus hijitos enfermos y su buena esposa. Pero en

el *managüi* no lleva sino malangas y azúcar y sal para los enfermos que oculta y cuida allá en el lejano rancho del monte a donde apenas se puede llegar...

De estos patriótas no se ha escrito nunca, pero no es extraño; lo que es tan grande no cabe en el papel y su descripción es imposible, se admira, y nada más.

Y ese pobre es feliz.

Cuando se fué, cuando sentía sus pasos por el monte y le oía alegremente despedirse de sus familiares, los que viven en el bohío o rancho de enfrente, tuve envidia del buen Elías. El va ufano con su carga y con el oficio que puso con cuidado, dentro de su sombrero de guano...

El va contento... y yo estoy triste... Yo no sé todavía cuál es la vereda por donde yo he de ir —con mi jolongo y mi managüi hasta donde tu me esperas!

Sobre las autoridades civiles también hablé con el General. De Veranes —como Teniente Gobernador— poco dije, pero si apunté la idea de que no le admitiría su renuncia del empleo que ocupa como médico.

Ahora que se persigue a las familias y las quiere obligar el gobierno español a reconcentrarse en las poblaciones, es cuando se ve todo lo cobarde e inútiles que son los prefectos.

Yo pienso, y conmigo muchos, que no podrán arreglarse las prefecturas hasta que estas no estén únicamente bajo la autoridad militar. Ahora son militares cuando les conviene, y no tienen que dar la cara al enemigo, en todos los otros casos son simplemente vividores y maestros de cobardías. Y, como ahora, sucede que para quitar uno que no se ocupa de los heridos o desatiende a las familias a su cuidado, hay que andar buscando al Teniente Gobernador para que éste oficie al Gobernador del Estado, que nadie sabe a donde está y como se llega a él.

Estos civiles no son sólo los hombres inútiles de la revolución, sino —a las veces—, los más infames.

El Montoya y el Subprefecto de Mayarí Arriba, son dos ejemplos.

Esta noche recibí una carta de Baracoa y otra de Valiente el médico, pero ya es muy tarde y no quiero mortificar a mis pobres enfermos con mi escritura..

Triste, pero triste, sólo porque no sé de tí, dejo la pluma para soñar o para llorar!

---

18 Marzo

Fuí esta mañana a tomar café con mi General. Muy temprano me levanté y hasta las ocho estuve con el valiente negrazo José Maceo. Nuestra larga entrevista fué aún más íntima y amistosa que la de ayer. De muchas cosas hablamos, pero la que más nos ocupó —después de acordar la manera de encontrarnos la semana próxima— fué la ocupación que ha de darse al Coronel Delgado, de Baracoa. Este hombre, a quien yo conozco mucho, es uno de los hombres que sólo se ocupan de pedir grados y son inútiles para la guerra; racista blanco y hombre ambicioso, es un elemento de disgusto entre todos los que se ocupan de las operaciones militares, por esto el General ha oído mis consejos y hemos acordado que el Coronel Demetrio Castillo fuera conmigo a Baracoa y asumiera el mando de las fuerzas de Delgado —por ahora— y después las de Ruenes para ser al cabo el Jefe de la Brigada. A Delgado lo deja el General para un destino civil de importancia. Para esto apenas si sirve el buen viejo, pero así verá que se le estima en lo que vale por sus trabajos prestados en la guerra pasada ya que en ésta no ha podido lucirse. Me habló también el General de una carta que le había dado a Félix Ruenes creyendo que yo lo encontraría, en la que me autorizaba para hacer nombramientos y destituir algunos que a mi juicio no cumplieran con sus encargos patrióticos. Y después hablamos de sus planes militares del momento.

Ayer cuando hablaba con mi hermano el héroe negro y lo veía en su lujosa hamaca de colores, me parecía que tenía delante a uno de esos capitanes que la historia de los pueblos antiguos guardan en sus mejores páginas. Este hombre, león para el combate, que olfatea el peligro y lo domina con la fuerza de su brazo —cuando se alza altivo y sereno sobre el indómito animal que parece orgulloso de la carga que sustenta—, éste, nuestro Otelo, no encontrará Desdémona que pueda dominar su poderío, ni amenguar las fuerzas que el Dios de nuestra guerra puso en él para honra de la Patria, y para gloria de los pueblos libres. Me parecía que hombre que tanto merece, por su valor y por su honradez, era como un símbolo. Hay en su rudo

busto el arreo conque se han cubierto siempre los cuerpos de los hombres inmortales. Más de media hora estuve hablando con mi amigo ayer y con orgullo, contemplando al Otelo de nuestra independencia, en su hamaca hermosa de colores.

Este negro vale más que muchos blancos.

Hoy era el General y el hombre digno el que merecía mi respeto y al que admiraba. Sin temores trataba con justicia todas las cuestiones que tenía que resolver y se alzaba en sus protestas a la altura de los hombres ilustrados. Es sincero y tiene toda la altivez del hombre puro. Hay en su carácter las durezas que no han sido domadas por la instrucción, pero su inteligencia y el conocimiento de las virtudes que enaltecen y de las miserias que degradan a los hombres han dado a su espíritu sello de dignidad y juicio que lo guía y lo lleva triunfante por la vida de glorias por donde lo conduce su estrella venciendo todos los obstáculos que la vanidad o la envidia le presentan a cada paso.

Si el soldado es invencible, el hombre es intachable por sus virtudes políticas: es un genio. —Hay defectos que ya he apuntado al escribir sobre él, pero de su vida puede decirse, que como en las alas del cisne hay polvo, pero nunca manchas.

Allí recibí dos comunicaciones: una de Veranes y la otra del Comandante Aniceto Serrano, enfermo de reuma en Sabanilla de Mayarí.

Me dice Veranes en su escrito, que ha comunicado al Ministro de la Guerra su deseo de separarse de la Sanidad. Le he contestado no aceptando su pase y en ese mismo concepto escribí al General Roloff. Parece mentira que haya hombres que olviden sus deberes por ceder a los falsos consejos de la vanidad.

Sigue el Comandante Serrano enfermo y para que se cure lo mando a la enfermería de Seboruco.

Tengo la satisfacción de saber que mis quejas sobre las debilidades y cobardías de los prefectos son atendidas por el General.

También en el Cuartel General me enseñó hoy quejoso, una comunicación del Teniente Gobernador Veranes, el *cuyo* Peackot, en la que le llama la atención sobre sus obligaciones. Peackot me dijo que había sido muy cruel, pero yo le hice rectificar y pensar

que sólo he sido justo en cuanto he tenido que decir sobre él al General, y éste —en cumplimiento de su deber— ha puesto en conocimiento de la Autoridad Civil para que remedie el mal o imponga el correspondiente castigo al culpable. Y el miserable bajó la cabeza, así son siempre los viles y los cobardes. Ruines siempre.

Un pobre y buen amigo mío Juan Bautista Morales, me escribe desde Baracoa; fue una de las cartas que recibí anoche. Contesté hoy. Es ya capitán y cuenta conmigo para unas reclamaciones que intenta. Me felicita en su nombre y en nombre de muchos buenos de por allá; guardo yo con más gusto estos aplausos de los pobres, que las palabras que se vierten a las veces, escondiendo detrás la falsedad y el engaño de la traición. Quiero al buen Morales.

Ordenó el General en mi presencia que redactara uno de sus ayudantes una comunicación al Coronel Félix Ruenes en la que se le dijese que no prestara auxilio de ninguna clase a los encargados del cobro de las contribuciones que imponía el Gobierno. Este escrito se basa en otro que ha recibido el General en el que le dice Padró que las autoridades militares para nada tienen que intervenir en el cobro de dichas contribuciones.

Tal como es nuestra revolución, es imposible llevar a la práctica con buen resultado para la guerra lo que quiere Padró y con él, otros. Las contribuciones no se pagarán si no se las impone por la fuerza, y en Baracoa, ahora que intentan hacer fuertes para poder realizar la zafra, mucho menos. Y todo esto viene de que cada pequeña autoridad, sin ocuparse de lo que más conviene a la revolución, sólo se ocupa de lo que ella importa o da valor y falso prestigio. Así Padró con su nombramiento de Administrador de Hacienda y con su escolta ya se tiene por un rey chiquito... ¡pero tan chiquito! El mal será para Cuba.

Si con la influencia del elemento militar se podían sacar como veinte, sin él, gracias que se saque como diez.

En Baracoa esto reviste proporciones más graves. El elemento militar podría imponer contribuciones de armas y ser éstas de gran ventaja para la guerra ahora ¿cómo se entienden los elementos civiles y militares? Tan grave veo yo este asunto por lo que se refiere a mis empeños allá por Baracoa, que he de escribir al Gobierno consultando sobre este punto antes de ponerme en camino y si puedo, he de hablar también sobre esto con Padró.

Y de todas estas diferencias tiene la culpa el Gobierno. La constitución hermanó los intereses civiles y políticos e hizo al elemento militar árbitro de nuestros anhelos. No han debido los Jefes civiles pregonar y fomentar la división, si no por el contrario, unir a todos, puesto que todos ya estamos unidos en el deseo de pelear para, por la lucha de las armas, llegar a la Independencia!

No ha sido así por desgracia, sobre todo en Oriente. Esta ha sido aquí una de las maneras de mortificar a los Jefes militares. Muy satisfechos estarán los que piensan como Padró, pero los que ya contaban con algunas armas y algunos miles de pesos no estarán hoy —sin duda— tan satisfechos, —ni tampoco los que aman los intereses de la revolución más que los propios.

Criticaba pues —con razón— el General, la conducta de Padró. No se sirve a la Patria haciéndose instrumento de rencores y pasiones cobardes. El Gobierno quiere mortificar con esto a Maceo, y Padró que lo sabe, se presta a ser instrumento de una venganza ruin. Y así paga el amigo las distinciones que debe al hermano.

Al lado del General ha estado Padró desde que salió a la guerra; sabe que es un cubano sin tacha y que ha trabajado con fe y con entusiasmo de joven, siendo ya viejo en los asuntos de guerra, que nada lo ha detenido ante el peligro y que todo su bienestar lo ha sacrificado por la Patria. Todo esto sabe Padró, y además que siendo aquí el primero entre los negros, ha querido por su conducta y por sus actos justicieros ser el primero entre los cubanos. El, que como Jefe de Estado Mayor ha guiado todos los actos del General y ha sido su consejero y su mentor en todas las comunicaciones que ha pasado al Gobierno discutiendo sus acuerdos, hoy, porque está lejos del General, se une a los que él predispuso con sus escritos y ejercita también su talento para zaherir al amigo, al hermano y compañero siempre.

Bien sabe Padró, porque me lo ha dicho más de una vez, que el General puede levantar en cualquier parte los fondos que desee, y sabiéndolo, se presta ahora a secundar una idea que a más de ser antipolítica, encierra una ofensa embozada y un medio de limitar los medios de acción del Jefe de esta región.

Hay en todo esto tanta miseria, que da pena pensar que haya hombres capaces de venderse así por un halago pasajero o por una independencia personal que se consigue a cambio de una traición, o por ocultar —sistemáticamente— verdades que él sabe conviene hacer públicas por lo que importan a los intereses de la Patria!

Siento esta falta de Padró porque lo quiero y no sé ser yo falso amigo de mis amigos.

Con pena oía yo esta mañana quejarse al General del amigo tan querido por él.

Esta que ahora comete Padró es una traición, y razón tenía el General para acusarlo por ella, él que había olvidado, cuando lo hizo su hombre de confianza, que en las otras guerras había traicionado también a la Patria y se había presentado arrastrando casi mil hombres y había servido en pago de la infamia, de ayudante de un General español, el General Pando creo. Dura fué su acusación, pero también grande ha sido la falta.

Me alejo y me alejaré de este Padró que así falta a sus deberes. Estos grandes criminales que andan sueltos y hasta merecen las consideraciones de los hombres, son lepra de la sociedad y a ellos hay que hacerlos responsables de todas las desventuras que pesan y pueden pesar sobre nuestra pobre tierra.

Cualquiera que hubiera oído esta mañana al General se hubiera convencido de lo que yo he pensado siempre sobre este hombre; su corazón noble y honrado es el que se descubre en sus frases y en sus enérgicas y hasta brutales afirmaciones.

Pero Padró vive hoy al lado de su amor y Maceo enfermo, y con su herida aún sangrando, viene de pelear y de matar muchos españoles.

Este es de los que hacen Patria; el otro, de los que la ofenden y con sus debilidades la venden...

Pero los falsos cubanos caerán envueltos en sus miserias y la verdad y la justicia se abrirá paso, para que Cuba pueda aplastar la cabeza de la infame víbora que ya trata de morder a los que se levantan sobre ella para buscar en el martirio o en la muerte la manera de honrar el nombre de cubano y romper para siempre la cadena que nos esclaviza y que nos degrada.

Se fué hoy Maceo. ¿A dónde? No es muy lejos, pero no sé. Si sé que nos veremos pronto.

Para ir mañana a "El Triunfo" y para ver mis enfermos y organizar las enfermerías mandé a Joturo en busca de dos parejas armadas, siguiendo indicaciones del General, pero las parejas no han venido y Sánchez me dice que espere a pasado mañana o vaya a dormir a

Joturo para luego ir juntos a "El Triunfo". Haré esto último, para luego seguir mi viaje.

Ya hoy me siento más dispuesto a esperar.

Ya me explico mi tristeza de ayer. Las noticias de la beligerancia me acercaron tanto a tí!

Me vi tan cerca de mi Asunta!

Pero hay que esperar. Y trabajar por la libertad de la Patria, y sufrir.

Contigo voy —alma mía— y contigo llegaré al fin de mis penas, que en tí está toda mi esperanza, y para tí aliento...

---

19 de Marzo

He pasado una comunicación al Gobernador Civil del Estado, ciudadano Carlos Manuel de Céspedes, proponiéndole para Prefecto y Subprefecto respectivamente de San Benito y Mayarí Arriba a José Leiva y Carmelo Chaveco.

---

20 de Marzo

Al medio día salí de mi rancho ayer y pronto llegué a Joturo por el camino de la prefectura de Cagüairo. Es este caserío de buenas tierras de café y cacao, todavía una muestra de lo que fueron estos fértiles y hermosos campos de Oriente. Las casas casi todas están habitadas y hay mucho maíz y caña para hacer raspadura y lindos cacaotales. Dejamos atrás la prefectura y por un camino llano llegamos a la casa de zinc en donde me dijeron que estaba acampado el Teniente Coronel jefe de la Guerrilla "Maceo". Era una casita de madera en donde se veía el buen gusto y la limpieza de los que en ella debieron vivir; ahora todo estaba solo. Aquel nidito de una familia honrada y trabajadora estaba frío y mudo. Sánchez no estaba allí. Mientras venía recorrí la casa y mis pies ya extrañaban pisar sobre un pavimento de tablas. Desde el pequeño corredor de la entrada se recorría el panorama de las altas montañas del frente y los palmares y los fértiles campos de la vega que baña el río que le da su nombre a la comarca. En otra casa de enfrente más grande pero de menos agradable aspecto, que fué tienda o barracón estaba acuertelado el pequeño escuadrón. No tardó mucho en llegar el

simpático Panchito y pronto quedó tendida mi hamaca en la sala y después de desaparejar las bestias y mandar que pilaran café, nos fuimos —a pie— a la casa de una familia amiga de Panchito en donde habíamos de comer. Y allí pasé parte del día tomando buen café y hablando de la guerra y —como buen mambí— cambié mi caballo por uno muy bueno y después de comer volvimos a la casita a sentarnos a fumar mis buenos puros de Mayarí y Sabanilla —de los elaborados por mi Alférez Escobar y por el negrito Ramón el simpático *brubi uté contá;* ya era cosa de vernos sentados en dos mecedoras como si no hubiera guerra y no estuviéramos a 3 leguas de Songo que es una de las mejores plazas fuertes de estos alrededores.

Las familias están en las casas durante el día, pero por la tarde se van a las retiradas que tienen en lo más oculto del monte. La familia a donde me llevó Panchito es la de un valiente y honrado mambí civil, padre de 12 hijos que tiene bien atendida su hacienda y cosecha maíz y café y cacao y tiene su trapichito y vende su raspadura. Apenas si hay en la cocina de la casa —único punto en donde está de día la familia— dos o tres taburetes de cuero en que sentarse. En un rincón hay tres o cuatro líos de ropas que traen por la mañana y cargan por la tarde cuando se van. Lo único que se queda de guardia toda la noche en la cocina es el caldero en donde se calienta el agua y se tuesta el grano para hacer café. Los muebles, las camas y toda las riquezas andan por el monte escondidos entre las malezas. Panchito que desde que llegué no sabía que atención tener conmigo, preguntó al amo de aquella casa dichosa a pesar de los azares de la guerra, si los balances estaban lejos, contestó negativamente y como a los 10 minutos vi a dos montunos que llevaban los *pacíficos* mecedores y en ellos —departiendo sobre el principio de la revolución por Santiago de Cuba y Baracoa— me sorprendió la noche.

Estas tierras fueron de la familia de Sánchez y aún tiene parte en ellas Urbano; por esto es el lugar, el cuartel general de Panchito. Allí organizó su guerrilla y de allí salió para operar al lado del General Maceo. Hace tres meses llegaron los españoles pero sólo quemaron la casa de la loma en donde Panchito tenía su avanzada, las familias los recibieron en sus casas, era la guerrilla del dominicano Federico Tejeda que iba con otras fuerzas a soprender y batir al expedicionario Sánchez. Pero ya hoy no esperan los pacíficos en sus casas a las tropas españolas; saben que ahora, si vienen, han de quemarlo todo como en otras partes, y no han de respetar las familias de los cubanos, y por lo tanto insurrectos y traidores... Este Tejeda, Coronel y Jefe de la guerrilla, es un miserable que si antes por cumplir las órdenes de Martínez Campos, no dió riendas a

sus instintos de chacal, ahora escudado en la política de Weyler, hará su gusto. Por eso Sánchez no quiere abandonar a Joturo y anhela poder armar mucha gente para batir allí a su atrevido perseguidor.

Antes de dormir arreglamos la manera de emprender hoy, bien de mañana, nuestras operaciones.

De Joturo del Medio a "El Triunfo" es un bonito paseo de una hora, poco más o menos, por camino cómodo y casi de carruajes. Temprano llegamos al ingenito del americano Waiting. Padre e hijo me recibieron muy bien. Después de hablar de nuestros asuntos políticos y pedirle yo que viera si puede mandarte alguna carta, me invitaron a tomar un tente en pie, y fué suculento: carnero asado, mantequilla, pan y café. ¡Desde el Cayo no comía mantequilla! Pero no habían llegado las carretas y no pude comprar nada ni para mis enfermos. Panchito y su guerrilla me acompañaron hasta al lugar donde se encuentran los dos caminos: de Jarahueca y de Joturo; allí me despedí del buen amigo y seguí para acá con una pareja armada. La guerrilla se dividió también, unos pocos para ir a tirotear a los alrededores de Songo, y otros para seguir a Joturo con el Jefe.

Poca importancia ha tenido para mí, la excursión que me ha hecho cansar mis caballos sin razón bastante. No me han dicho los americanos nada nuevo sobre nuestros asuntos, y solo tenía por objeto la llamada, preguntarme —en nombre del Cónsul de los Estados Unidos en Santiago de Cuba, si los cubanos aceptarían la *intervención* de los Estados Unidos en nuestros asuntos revolucionarios, a lo que contesté de acuerdo con la Constitución, que siempre que la paz que resultase de esa intervención tuviese por base la independencia, sí; de otro modo, no. Les pareció buena mi respuesta y me dijeron que enseguida la pondrían en conocimiento del Cónsul. Querían mi opinión como Ministro del Exterior, y como tal se la dí. Ahora solo me queda comunicar esto al Gobierno.

Tarda ya la resolución del Presidente de los Estados Unidos. Pero esta tardanza es para estos amigos de "El Triunfo", señal de que algo bueno nos prepara, y que ya a esta hora ha estudiado la manera más práctica de terminar la guerra y darnos la independencia.

Ojalá no se equivoquen estos buenos amigos!

Como tu comprenderás, mi Asuntica, no ha dejado de tener su importancia mi visita; pero como ya yo ardo en deseos de ver terminada esta lucha.

Pero terminada por la independencia. De otro modo sería una indignidad en la que no quiero ni pensar.

Me parecía cosa de sueño cuando me veía comiendo en mesa con buenos manteles y platos y vasos limpios para agua pura y buena; fué un banquetico yankee.

Condenando las crueldades de Tejeda se habló de Fermín del Toro guerrillero cubano, que aún después de muerto, es el recuerdo de su nombre —motivo de espanto para todas las familias. Murió en uno de nuestros combates. Uno de la fuerza del General Rabí, se puso a tiro y le soltó un balazo pero no cayó, apuntó y volvió a herirlo y fué necesario que descargara por tercera vez el arma, para que al fín pagara con su vida aquel malvado, los asesinatos que contaba como glorias, el muy traidor.

Hay todavía muchos como este, pero todos han de expiar de igual manera sus culpas, que no puede quedar sin castigo el que asesina a hermanos y adula al déspota que compra su mano de asesino.

Ahora la guerra que los condena a morir, les sirve de escudo, pero al cabo con ella o con la paz, han de tener su lugar en el hueco que les señala la justicia en el montón de los degradados y de los leprosos a quienes la caridad no puede amparar en su templo de perdón. No hay asilo para el traidor; ni muerto paga sus culpas el cubano que sirve a España en las filas de los guerrilleros.

Hoy no he podido seguir para Mayarí y Mícara porque los caballos están muy cansados. Pasado mañana haré mi viaje y así se repondrán un poco mi mula y mi caballo nuevo, buen jaco que llevó a Panchito a Sagua y sufrió —como... un caballo—, la larga y penosa jornada por las lomas y los precipicios que no quiero recordar.

Y atenderé también a necesidades de mis heridos. No tengo apenas sal, pero no es por mi culpa ni por culpa del general. Encargó éste, gran cantidad a Mr. Waiting para que la dividiera en tres

partes: una para él, otra para los heridos y la otra para Roloff; pero éste al pasar por una prefectura en donde estaba depositada la cuya sal, se la cogió toda... quia nominor leo!

Glotonerías del Ministro que necesita para su *tente en pie* tres gallinas y una docena de huevos!...

Pero esto es más que glotonería, es una falta de caridad y de respeto a los heridos, a los soldados que no dan la espalda al peligro y saben como se pelea por la libertad y por la honra de la Patria.

Buscaré sal y mañana trataré de conseguirla.

Por lo pronto, ya hoy les he dado la mitad de la que tenía en éste Hospital.

Al dejar esta mañana "El Triunfo", se acercó a saludarme un muchacho dominicano cuyo nombre no recuerdo, y que Pinto me presentó como de los compañeros de Mayía que había venido con nosotros.

Desde ese momento tengo una dolorosa impresión en el alma. Me dijo —y lo oí con verdadera pena— que por Sancti Spíritus había tenido Serafín Sánchez un combate parecido por sus funestos resultados al de Las Varas, me dijo que al querer cargar con la caballería una fuerza española, habíamos tenido como 80 bajas, y que en aquel sangriento combate había muerto entre otros muchos, nuestro compañero de expedición, el Comandante Aurelio Noy.

¡Pobre amigo Noy! Me parece que lo veo tan fiel a la amistad de Serafín, tan honrado y leal servidor suyo y tan dispuesto a sacrificar por él su vida. Fué un servidor noble de la revolución y un soldado valiente, y como tantos, vive en el corazón de todo el que conoció como yo sus méritos y sus virtudes. Si alejados por el carácter, siempre lo ví como uno de mis buenos compañeros y mi mano siempre estrechó con lealtad su mano.

Me parece que lo veo, Asunta mía, cuando bailaba contigo en West Tampa la noche de mi llegada, allá en la casa cubana del justamente querido siempre, Martín Herrera. Entonces él soñaba con la gloria, hoy la gloria, como madre cariñosa, cubre su cuerpo y con sangre de sus heridas escribe en la tierra que oculta sus restos: "Así se honra cubanos a la Patria". Joven, modesto, humilde y pobre, conquistó por su valor, nombre grande y tumba que sabrá guardar el ángel justo y premiador de la Inmortalidad.

Deja la vida otro de los obreros del Cayo.

Aún hay guerra. Todavía no somos libres. Aquí está su machete manchado con sangre enemiga. Aquí hay un puesto vacío...

Pero si a su lado estábamos todos para ver en él al cubano que sabía cumplir los mandatos de su honra, y al hijo que vengaba la muerte inhumana de su padre... en nuestro puesto seguiremos sus pasos, y orgullosos sabremos levantar su machete para saludar la estrella de nuestra independencia o como hermanos suyos pediremos a la tierra lugar en donde descansar a su lado, si caemos también en la redentora liza.

La muerte de Noy me ha impresionado mucho. No sabía yo todo lo que lo quería hasta hoy.

El cinto que llevo en el que cargo mi machete y mi revólver, me lo regaló él en Pine Key cuando llegó allí del Cayo, después de su viaje a Nueva York.

Antes de saber su muerte, había encargado otro cinto al yankee, pero ahora lo guardaré mientras pueda, como un recuerdo del buen compañero.

Otra batalla es esta en que ha muerto Noy, que viene a probarme lo que ya tengo muy sabido. Serafín es hombre valiente, pero no servirá nunca para General. Dicen que los españoles formaron el cuadro, y que él mandó romperlo con una carga de la caballería. Esto es no saber dirigir un combate. Los cuadros no se rompen con la caballería. Se manda avanzar a la infantería y después que las descargas de ésta lo han roto, —porque no han de esperar en el pelotón las descargas cuando son tan cerca como se las endilgan nuestros infantes— entonces se abre la infantería para dejar paso a la caballería que acaba al machete con los atemorizados soldados. Allí tenía Serafín infantería y caballería. ¿Por qué no utilizó antes la primera?

Siento yo esto mucho porque lo quiero, pero me duele que como en Taguasco y Las Varas, haya sacrificado a tantos buenos soldados.

Dicen que ha muerto también el segundo de las fuerzas de Federico Toledo.

No sé nada de Rosendo García y tengo miedo de preguntar si le ha pasado algo. Como a un hermano quiero yo a Rosendo.

Pero, ¿y a quién pregunto?

Tan dolorosa fué para mí la noticia de esta tarde, que separé con violencia del pobre compañero sin preguntarle a donde estaba, sólo le oi decir que había venido con los doctores Perucho Hechevarría médico de Oriente, y Sánchez Agramonte, el médico de Gómez y Jefe de Sanidad.

---

21 Marzo

No he podido dormir tranquilo pensando en la violenta y fatal desaparición de nuestro compañero Noy. Hemos venido a morir, pero nos parece que los que son tan necesarios y tan buenos no nos pueden dejar, y que el plomo de nuestros contrarios debe respetarlos. Pero la fatalidad escoge sus víctimas entre los mejores, entre los que más valen.

Pensaba yo esta mañana en los amigos y entusiastas compañeros de Noy que se quedaron en el Cayo y en Tampa. Mi querido Ramón Rivero y Gualterio García y tantos otros, ¡cómo sentirán ahora no haber podido defender al buen hermano!

Muchos expedicionarios han muerto ya.

En Taguasco: José Pérez, al que llamábamos el loco; Esteban Jiménez, el matancero; y Casimiro Regueira; estos tres fueron los muertos, y de los siete heridos el intrépido y patriota Félix Delgado que fué uno de ellos, murió luego de viruelas.

En los Pasitos, entre los siete heridos, uno fué Elizardo Frías, dominicano de los expedicionarios de Mayía, que murió después en una atrevida comisión de Gómez. Tenía éste en su poder el revólver que acompañó en la guerra al inmortal Ignacio Agramonte y lo traía para entregarlo al pobre Paquito Borrero. Y allí también perdió la vista el heróico y sufrido *pitañoso*, uno de los bravos del Cayo.

También han muerto José Carrillo, Gumersindo Pérez, y muchos han sufrido heridas graves.

Y al pensar en mi querido Rosendo, no olvido a mi cariñoso hermano Enrique Loynaz. ¿Qué será de ellos?

Voy a escribir a Piñán y a Enrique. ¿Llegará mi carta? ¡Ojalá!

La pareja que me acompañó a mi vuelta del Triunfo y a la que mandé a buscar clavos y herraduras para mi caballo, llega ahora a las 9 de la mañana y me trae un oficio de Sánchez en el que me dice que los soldados españoles andan en persecución del General por Majaguabo. Ya se supone que tendrá fuego nuestra fuerza.

Yo saldré mañana para Mayarí.

Nos alegramos Pinto y yo a la vista ayer del ingenito. Nos recordaba nuestra campaña de Colón tan llena de angustias y tan hermosa por lo importante que fué para la revolución. Algún día cuando se escriba la historia de esta campaña gigante en heroísmos, se apreciará todo lo que valieron los esfuerzos del puñado de valientes que a las órdenes de Panchito Pérez burlaron la persecución tenaz de los españoles y los batieron en Cayo Espino y otros lugares. Aquéllos fueron los llevaron la guerra a los campos de Matanzas, y mis cartas, los primeros consejos que llegaron a los hombres que peleaban sin orden ni concierto, aunque dando a diario pruebas de valor y patriotismo indiscutibles. La invasión llevó la fuerza, nosotros fuimos los que llevamos la revolución y el espíritu de la Constitución que hermanó todas las voluntades y dictó el código que puso en las manos de nuestros caudillos Gómez y Maceo, el mando absoluto de las fuerzas, la dirección de la guerra y el afianzamiento de la Revolución. A nuestro paso se nos unían los que ya esperaban arma al brazo desde el 23 de Febrero, los que sin el Jefe que olvidó el mandato del deber, bastante hicieron con dar los unos la cara a la desgracia, y los otros, esperar que pasaran los efectos del fatal comportamiento del desgraciado Julio Sanguily. La invasión encontró muchos hombres armados y muchos soldados ya avezados a la guerra y jefes tan valientes y tan peritos en cuestiones militares como Zayas (Juan Bruno el Dr.) y otros, y como prueba de todo esto, ahí queda el recuerdo y ahí están los resultados de tantos combates en los que Occidente ha sabido ocupar su puesto dignamente al lado de los orientales que han llevado hasta Mantua la bandera que a tiempo y con valor, supieron tremolar los Moncada y Masó y luego los Gómez y Maceo.

Cuando yo llegué a la Ciénaga, cuando yo me uní a Panchito y se proclamó la Constitución, puede decirse que empezó la revolución en la provincia de Matanzas, y que del entusiasmo que en aquellos momentos dominara los espíritus hasta entonces opacados por la desgracia de Julio, nació la organización de las fuerzas y con ella el haberse podido batir en Cayo Espino y en el Ojo de Agua a los

envalentonados españoles, y por la unión de los elementos hasta entonces dispersos, se pudo también dar machete a la guerrilla de cubanos que nos perseguía y parecía burlarse de nosotros en sus ataques. Yo encontré a Panchito Pérez con 150 hombres armados y cuando éste se unió al contingente invasor después del combate de Mal Tiempo, ya contaba más de 300 armados; y todo esto en menos de tres meses. Guardo yo mi parte de gloria para tí nada más. Trabajé para Cuba y para tí, y estoy contento de haber podido ayudar a Panchito con mis consejos y haberme encontrado en aquellos combates que no sólo fueron los primeros, sino los precursores de otros aún más gloriosos para la Patria. Pero aún no se ha terminado la guerra y espero poder servir como entonces serví. Mi *hoja de servicios* la llevo para tí, para que tu premies con un beso de tus labios purísimos, lo que sólo hago por cumplir mis deberes como cubano y por ser más digno de tu amor. Y si muero, se que no estaré solo en mi triste fosa, se que me acompañaran tus lágrimas.

Y el ingenito me llevó muy lejos.

Pero vuelvo a lo que te decía de "El Triunfo". Es un *cachimbo,* pero sus amos, como buenos yankees, hacen comercio de todo y el ingenio viene a ser el pretexto para las demás industrias. Sin embargo, el movimiento de los trabajadores, el silbido de la máquina y el ruido de las centrífugas me trajeron tantos recuerdos. Allí viven muchas familias de civiles y de insurrectos y el batey es un campamento por el constante entrar y salir de hombres armados. Me cuentan que poco tiempo después de haber salido dió el yankee padre la voz de alarma y al avisar que venían los soldados todo el mundo se fué al monte. Parece que quiso quedarse solo porque venían las carretas con las cargas, pues los soldados andan por otros lugares. Por si esto es cierto, mandé esta mañana allá a Escobar para ver si consigo algo para mí, y para mis enfermos.

No se atreve el Mr. Waiting a llevar tus cartas, ni recibir las que tu me mandes, pero ha quedado en buscarme la manera de que pueda comunicarme conmigo. ¡Cuánta falta me hace poder saber que tú recibes mis cartas y leer algo escrito por tu mano!

Y ver tu retrato, con el que sueño en estos días tan tristes!

Ha venido por aquí el Comandante Hilario Montoya de la fuerza de Guántanamo y dice que en todos los barcos españoles ha visto izada bandera blanca y que por allá se presume que esto obedece a la beligerancia o intervención, o a que intenten paralizar las operaciones.

Veremos si voy con éste a ver los heridos de Periquito Pérez y así de paso, veo también a Enrique Brooks.

A todo el mundo se le oye hablar con entusiasmo del término de la guerra, pero a nadie se le ocurre pensar que podamos ir a la paz sin la independencia. Ya está hecha para siempre la obra de la libertad. Ya ni hay, ni pueden haber obstáculos que se opongan a nuestro anhelo reparador, la independencia, y con ella, la vida de Cuba unida y feliz; sin ella, la guerra sin cuartel y la muerte.

Ahora no hay, no puede haber más pacto que el que ya hemos hecho con la dignidad y con la honra.

¡Cuba será libre!

Viene de nuevo un frío intensísimo a visitarnos: a los días de agua, suceden estos vientos fríos que son en los montes terribles. Yo sufro todo con resignación y siento más estos malos tiempos por los enfermos y por mi queridísimo Pinto, que aún se resiente de sus males adquiridos en la Ciénaga, fatal para todos.

Pero este tiempo no nos quita el apetito y el buen humor; nos acabamos de comer media jutía asada, y —perdóname— a pesar de habérmelas lavado, estoy escribiendo con las manos apestosas a ratón.

Cosas de la guerra.

Joturo, 24 Marzo

Vi anteayer mis heridos de Mayarí Arriba y de Mícara, y dormí en La Caoba en casa del Pelado Sánchez. Ayer pasé el día viendo enfermos, repartiendo medicinas y hablando de la guerra. Muy temprano emprendí hoy la marcha, y después de hacer paradas en El Arpón y La Ensenada, vine aquí para cumplirle a Panchito Sánchez el ofrecimiento que le había hecho de almorzar con él. Por el camino supe que el General José andaba por aquí. Y lo encontré a mi llegada, ya acampado. Llegó aquí ayer por la tarde después de haber tenido fuego por Banabacoa sin pérdida alguna para nosotros.

Como era mi deber, fuí a ponerme a sus órdenes y fué larga y amistosa nuestra larga entrevista.

Después acepté el almuercito que me ofreció Panchito, y como ya eran las tres cuando dejamos la mesa y abandonamos la cocina de la casa hospitalaria de este Joturo, determiné mandar a mi ayudante Escobar a mi rancho de Ojo de Agua y quedarme yo por aquí para evitar el agua que ya cae a torrentes y para que descansen las cabalgaduras.

En la casa del Pelado te escribí ayer unas líneas para que te las mandara por Banes un buen amigo. Dos letras con lápiz, pues a mi buen Pinto se le olvidó traer el tintero y la pluma y hasta aquí no he podido encontrar manera de escribir.

Ojalá llegue pronto esa cartica a tus manos.

Yo creo que si no se presenta algún inconveniente, estoy en camino de llegar pronto a Baracoa, y por lo tanto, de poderte mandar estas notas en las que en cada frase te va toda mi alma y todo mi cariño y todo mi amor santo.

Como ya tengo los hospitales en donde han de quedar los heridos, y he acordado dejar como Delegado mío al Dr. Valiente y en el Cuartel General al Dr. Martínez, puedo emprender mi viaje a Baracoa. Mañana determinaré, —después que vea si no se ha ido el oficial Montoya de Perico Pérez que dejé en el Ojo de Agua, y al Coronel Demetro Castillo—, por donde me voy. A Veranes y a Padró quizás no los veré antes de emprender viaje, pero al último tengo que escribirle por si recibe alguna carta para mí. Siempre estoy pensando que puedo tener alguna carta tuya...

Ya tengo ganas que pasen los días y que me vea yo en lugar en donde sepa el tiempo que han de tardar en llegar a tus manos mis cartas.

El General José me ha dado autorización bastante para estar a tu lado todo el tiempo que necesite estar... A tu lado digo yo en donde pueda mandarte todo lo que te tengo escrito y reciba tus cartas y tu retrato.

Pero no voy solo a esto; voy también a cumplir los encargos del General Gómez y a servir a mi Patria peleando por su honra.

A servir a mis dos amores voy. Por eso estoy contento.

Y me parece que me voy a acercar a ti, que ha de llegar hasta mi en este necesario aislamiento —una esperanza tuya— y quizás más pronto que a nadie, la noticia de que ya somos libres, de que ya hemos conseguido la Independencia que tanto ansiamos.

Si tú me has de escribir, y tus cartas me ha de señalar el camino de mi vida, tú eres y has de ser siempre la que guíes mis pasos y la maga que me guíe y la musa que me dé ideas, como eres también el corazón que me da valor para desafiar y para vencer todas las miserias de la vida.

Tú lo sabes: sin ti ni sé si puedo vivir.

¿Me has de dejar tú morir? Yo sé que no, por eso te adoro. Por eso está en tu amor toda mi gloria.

Voy a saber de ti, voy a leer algo escrito por tu mano y olvido todas mis angustias para soñar con alegrías.

Y si después tengo que volver a las mismas tristezas de ahora y vuelve este largo silencio y los meses de incomunicación que nos separan, tendré el consuelo de leer y releer tus cartas de hablar de mis sueños con tu retrato y de dejar en todo lo que de ti reciba, mis besos y mis lágrimas.

No voy pues a olvidarme de mis deberes como hombre de guerra al ir a Baracoa.

Lo repito con orgullo: Voy a cumplir con mis dos amores, y a hacerme más digno de tu amor.

No he podido tener nuevas noticias de la beligerancia. El General no tiene periódicos nuevos. Dicen que los estudiantes de Nueva York —en represalia de los insultos que los estudiantes españoles han hecho a la bandera de los Estados Unidos— han hecho manifestación pública en contra de España. Ojalá que todo esto traiga como resultado que se rompan las relaciones entre España y los Estados Unidos. Ojalá que todo esto que se dice sea cierto, y que los yankees se unan a nosotros en contra de los quijotes y enanos españoles.

De la guerra hay pocas noticias. Parece que es cosa en la que hay poco que creer lo de la suspensión de las hostilidades. El General ha tenido fuego, y por Guantánamo se bate el cobre también.

Me dijo José, que Antonio Maceo anda por Matanzas y que acaba de dar una batalla a muy poca distancia de La Habana.

Y no será extraño que vengan por aquí los soldados, si saben que está aquí el General sólo con su escolta. Y más cuando ya tiene noticias José de que hay espías por "El Triunfo".

Vi en el campamento al Teniente Coronel Bejarano, del Regimiento Hatuey de Guantánamo. Es un negro que me hace pensar en la horca; es un miserable que va dejando por donde pasa, algo así como el hálito del crimen. Voy a explicar porque me repugna este hombre: fue el que en la marcha de Sagua un día al darse la orden de ir por víveres, se dijo que sólo fueran veinte y dos, y que si se unía uno más, lo ahorcaría, y se puso a contar los que salieron y contó veinte y tres, y sin más indagatorio, sin más juicio ni más ley que su estúpida razón y el designio de su voluntad criminal, ahorcó al pobre soldado que por el hambre se unió a los otros para ir a buscar víveres.

Lo vi en momentos en que le leían un escrito que parecía una declaración: está encausado, pero aún manda sus fuerzas; aún está vivo este infame que ya debería estar muerto.

Ojo de Agua,

25 Marzo

Después de conversar con mis buenos amigos Panchito y Valiente, caí en mi hamaca pero no pude dormir bien, algo me preocupaba; me parecía que el enemigo no estaba lejos y que estábamos demasiado confiados, pero pensé en ti y... me dormí pensando en tus ojos hermosísimos cuyo fuego tengo como luz del cielo en mi retina.

Las 6 y media serían cuando ya preparado para emprender la marcha hacia mi rancho, se oyeron tiros en una de las avanzadas, yo no los oí, pero como todos se dispusieron para la marcha que ya había sido ordenada por el General, yo monté mi jaco y salí con mi pareja a camino; no era muy seguro mi rumbo, pero mis muchachos iban de vanguardia y yo los seguía con Pinto y un sobrino de Panchito —algo ñeque él—, que venía para buscar una medicina que necesitaba. Y llegué sin novedad a mi rancho en donde supe que Montoya no se había marchado y también que Padró y Veranes estaban en Monte Oscuro.

Pronto arreglé mis asuntos con el Montoya. Me esperará hasta que yo pueda ir y me escoltará hasta que llegue a donde está el General Pedro Pérez. Saldré probablemente de aquí, el viernes o sábado.

Y después de almuerzo me fui con la pareja y Pinto a Monte Oscuro a dejar mis instrucciones al Dr. Valiente y ver si el Coronel Castillo estaba dispuesto a venir conmigo.

En la prefectura vi a Veranes y a Valiente y al Secretario del Teniente Gobernador el Capitán Difícil uno de esos tipos que van diciendo que no han venido al mundo para nada útil y para nada grande, un ratón de escribanía, todo vanidad y todo necedad. Saludé al amigo y requerí amistosamente al médico que tan obstinadamente falta a sus deberes, y después de hablar de mis asuntos de medicina con el Dr. Valiente, volvimos a las cabalgaduras y nos dirigimos todos al rancho del Coronel Castillo y allí encontré a Padró y a Pullita y al presunto Jefe de las Fuerzas de Baracoa.

No quisiera recordar las frases de ambos amigos. No hablaban como cubanos dispuestos a sufrir todas las contrariedades de la guerra, sino como gratuitos censores de los actos de los demás y como jueces que levantaban su fallo terrible para aplastar y dejar en el lodo al jefe de las fuerzas orientales, a José Maceo. Los que hablan así son dos hombres que nunca han peleado, que han estado siempre lejos de las balas y que han venido a la guerra a ostentar insignias y estrellas y a vivir con sus queridas, cuando otros recuerdan en la tienda de campaña o en el monte frío y triste, a la esposa que trabaja para sostener a los hijos de sus amores. Los que se creen capaces de dar nuevo giro a la opinión, y hacer caer sobre un hombre que personalmente odian, el desamor de los hombres buenos y valientes de esta región, —son de esos para quienes la fiesta de la población ha continuado— y aún tienen tiempo para olvidar la honra al lado de la botella de ron o en la mesa del jugador!

Y van al Gobierno a llevar a sus miembros, estas ideas criminales. Saben que allá hay quienes quieran destituir a José Maceo y van a adular a los que así piensan y a pedir que se les comisione para ir a decirle al General Gómez que aquí no *se pelea* y otras cosas por el estilo. Y a pedir para ellos y porque así les conviene —puesto que son civiles, y ya con esto tienen facultad de majasear—, nuevo Jefe para las fuerzas de Oriente. Y los dos me invitaban para que los acompañara hasta el Gobierno para luego venir hasta Baracoa.

Les hice comprender todo el mal que hacían a la revolución con una propaganda tan personal como injusta; les hablé como amigo, y como compañero en la guerra les supliqué, pero nada pude conseguir.

Me despedí de ellos con pena y llegué aquí triste.

Yo les dije que no iba al Gobierno porque quería impedir con mi presencia allí que pudiera celebrar sesiones y que —por mayoría y a pesar de mi oposición— se tomaran acuerdos impolíticos y criminales.

Y que siendo para mí el General Gómez el cubano a quien creía yo deber más cariño y más respeto en la revolución, quería cumplir sus deseos de que permaneciera aquí al lado de José Maceo y al frente de mi empleo de Jefe de la Sanidad del Estado de Oriente.

Ellos se van a dividir para vivir más independientes, y al lado de sus queridas reír después cuando vengan días de división y de duelo para la causa de la revolución, y yo me voy a estrechar los lazos que deben reunir al lado de nuestra bandera a todos los hombres puros. Ellos están enfermos y rabiosos, yo estoy tranquilo y en mis anhelos encuentro fuerzas para seguir animoso mi camino y entrever —al fin— en ti mi premio y mi gloria.

Yo quiero seguir más a Oriente, más cerca de donde viene la luz; ellos vuelven la espalda a los deberes y van a las sombras en donde se esconde la mano torpe de la vanidad.

¡Pobres amigos míos! Y pobre Cuba.

Pero la verdad los atajará en su camino.

El simpático Demetrio Castillo me dijo que no podía por ahora emprender viaje porque esperaba recibir alguna ropa que había encargado de Cuba. Le expliqué que Maceo deseaba que él fuera el Jefe de Baracoa puesto que no estaba dispuesto a ascender a Félix Ruenes porque no reunía condiciones de honradez y de valor bastante para esto.

Veranes y Padró se mezclaron en nuestra conversación para decir a Castillo que no debía servir a Maceo en esto.

Pero Castillo me dijo que pensaba ir, pero después del 10 ó 12 del mes próximo.

Encontré esta mañana a Veranes instruyendo una causa por rapto de una muchacha.

Para esto pudo venir, pero no pudo hacerlo cuando lo llamé para curar a los heridos.

Miserias y vanidades, y sobre todo, ridiculeces.

---

26 Marzo.

Pasé la mañana en la tarea consoladora de premiar los servicios de algunos de mis compañeros y amigos en la Sanidad. Di a mi queridísimo Secretario Pinto, el empleo de Capitán, y al fiel y honrado Escobar, el de Teniente. También para Papita, el sanitario José P. Clavijo, hubo ascenso. Lo hice Teniente, y con el oficio en el que le participaba al Dr Martínez que tenía que prestar sus servicios en el Cuartel General del Mayor José, le acompañé su nombramiento de médico de División y como tal, Teniente Coronel.

Después de almorzar, me puse en camino con la pareja y Papita, para que éste recibiera de Martínez el hospital de Seboruco. Por el camino, y de paso por la prefectura de La Lombriz, vi a Castellanos que ya traía a Monte Oscuro al herido de Mícara; le di mis órdenes para Valiente, el Dr. y le dije que luego se fuera a Ojo de Agua y seguí mi peregrinación por estas lomas tan tristes y tan solitarias después de las fechorías de los *valerosos* defensores de la tiranía española.

Poco había andado cuando me dio el alto una fuerza nuestra. Eran de los que acompañaban al General y por lo tanto supuse que no andaría lejos. Pronto salí de dudas, porque uno de los oficiales me dijo que lo había dejado en "Los cuatro caminos"; por allí tenía que pasar para ir a Seboruco y seguí contento. Le había escrito una cartica al General, pero era mejor que yo pudiera hablarle. Creo yo que no debe destituírsele porque esto sería un escándalo que nos había perjudiciar, tanto afuera, como aquí en el campo de la guerra, y por lo tanto me parecía que yo debía prevenirle que se trataba de llevar a Gómez, malos informes de él y que para contrarrestar el mal efecto que estos chismes pudieran hacer en el ánimo del General en Jefe, debía mandar mis cartas y mis comunicaciones para Gómez.

No tardé en encontrar la avanzada y en la Prefectura de Seboruco parte de la fuerza del General y algunos de mis amigos del Estado Mayor, allí supe que el General había acampado más adelante. Subí la loma que lleva a la retirada en donde están los heridos, llegué

jadeante y cansadísimo y después de ver a Fermín Vera y a los demás, comuniqué el cambio al Dr. Martínez y después emprendí el descenso de la loma empinadísima detrás del Dr. que marchaba silencioso y muy mohino porque perdía su condición de cabeza de ratón y señor de sus actos de mambí suelto.

Papita que es ñeque de primera fuerza, había dejado olvidado los oficios y no se pudo hacer la entrega en forma. Me disculpé con el compañero a quien concedí una prórroga de cuatro días para arreglar su equipo y me fui a ver al General.

En su hamaca de colores estaba el bravo jefe de Oriente. Me estrechó la mano con afecto y hablamos de las tristezas que me llevaron hasta su lado y me escuchó y me prometió seguir mis consejos, aunque me dijo que estaba tranquilo porque había puesto cuanto había pasado en conocimiento de Gómez. Y fué cariñosa y paternal nuestra entrevista que yo quise interrumpir varias veces pero que él se empeñaba en prolongar buscando la manera de que yo estuviera cómodo en una hamaca que el Jefe de su escolta colgó para mí cerca de la suya. Cerca de las dos me despedí definitivamente, y cuando ya ponía el pie en el estribo, me llamó de orden suya el ayudante Valiente. ¿Qué me quiere General? —Lo llamo para que se quede a almorzar conmigo. Dilatará poco. Quédese. Y a una invitación tan insistente después de haberle dicho que ya había almorzado, no quise oponer mi negativa. Me senté cerca de su hamaca y seguimos la interrumpida conversación sobre distintos asuntos todos importantes, puesto que se relacionaban con nuestros empeños revolucionarios y con las operaciones militares que acaba de llevar a cabo.

Me repitió su deseo de que Castillo fuera conmigo a Baracoa y sobre mi viaje me dijo que le oficiara al General Pedro Pérez para que demorara su marcha a Baracoa hasta que yo no me incorporara a él. Respecto de la Sanidad repitió más de una vez, que aceptaba y tenía por bueno todo lo que yo hiciera, y que podía tomar las sumas que se necesitaran para atender a las necesidades de las enfermerías.

Habla siempre José Maceo de Gómez y de Martí con el mayor respeto, y tiene para ambos, frases de afecto verdadero. Esta es una de las principales causas de mi aprecio. No tiene vanidades, y sólo quiere demostrar con sus recuerdos y con sus actos, que ha sido subordinado y patriota siempre. Me decía hoy: "Yo le discutí a Martí el nombramiento de Gómez como Jefe de la Revolución, pero después, a pesar de haber llegado yo primero a Cuba, tan pronto como vino con Martí, me puse a sus órdenes. Pude pensar como cubano que un cubano y no él, por su condición de extranjero, debía ser el

Jefe, pero como soldado, como militar, hubiera faltado a mi deber si hubiera querido hacer valer derechos perjudiciales a los intereses de la revolución, porque Antonio y yo, habíamos llegado aquí primero que él y ya peleábamos cuando desembarcó.

Hay en esta franca y digna declaración, muchas cosas hermosas que yo quiero hacer notar ahora que nada más que respeto y cariño le debo y lo veo sin prevenciones de ninguna clase y lo juzgo con la libertad de mi criterio siempre independiente y siempre muy mío.

En primer lugar habla el hermano que vive orgulloso de las glorias de su hermano, y habla el cubano que ve con pasión santa a otro cubano llegar a la altura del valor, del hombre que él más respeta en el mundo como militar y como hombre, y ser este cubano de su raza y su hermano mismo.

Razón tiene para contar orgulloso, y me explicó porqué quiso hacer alguna oposición a la previsora y patriótica designación de Gómez como el Jefe de nuestras huestes revolucionarias.

Y luego, contestando a uno que se presentaba en queja contra su brigadier porque su coronel le había dicho que aquél lo había injuriado suponiéndolo capaz de haberse quedado con algo que no era suyo, le decía: "Oiré su queja y se formará el expediente que Ud. pidió en averiguación de los hechos, y para castigar la injuria, pero vea que detrás de todo esto yo estoy viendo las camarillas que tan funestas fueron para la revolución en nuestras guerras pasadas, camarillas que dieron al traste con los esfuerzos de muchos y que trajeron el Zanjón, y con él, la vergüenza y la maldición de la Patria para los que no saben sufrir y no saben esperar y no quieren obedecer sino acumular grados y estrellas pensando que la revolución ha de durar poco. Ojalá que cuando pase algún tiempo, si es que la revolución no acaba ya, y dura algunos años más, los incólumes de ahora, los que se creen con méritos para ser comandantes y coroneles, y hasta generales, no cambien sus insignias por el infamante disfraz del presentado y del traidor".

Pensando en estas últimas frases suyas, venía yo por todo el largo camino que me separaba de mi rancho.

Tenemos un gobierno que pudo haber sido una reunión de hombres ilustrados y patriotas, pero las camarillas, las intrigas viejas lo estorbaron; la del Marqués y los suyos por una parte, y la de Serafín Sánchez y sus familiares por otra. Y por eso entró Pina, que será todo lo buen hombre que se quiera, pero que no tiene instrucción ni ilustración ninguna, y entró Cañizares, autonomista que vino por obra de Serafín al campo de la guerra para ser Ministro, y son ambos

dos vanidosos que nada pueden hacer por Cuba, pero en cambio trabajan por la camarilla y son sus santones en el Gobierno.

Cuando se escriba la historia de mi pobre y queridísima Patria, yo haré que se recuerden las frases de Maceo, y yo haré que se vea todo lo que encierran de justicia y patriotismo.

De Martí me decía hoy.

"Yo sabía que Martí había de venir a la guerra. Martí era valiente y los que le hacían la guerra lo hacían por envidia. Pero yo nunca pude dudar de él, y supe siempre esperar que pudiera tener su tumba al lado de la de nuestros primeros guerreros. Martí no podía quedarse en Nueva York como otros. Nunca dudé que él y Ud., dejaran de acompañarnos en la guerra".

Murmuren los que puedan, levanten los que tengan valor para tanta propaganda infame contra este hombre que yo, en lo que pueda, trataré de combatir las camarillas de ahora, y si no puedo vencerlas por encontrarme solo en la pelea, como me sucedió en la Constituyente, haré lo que hice entonces, protestaré de ella y la denunciaré ante la conciencia de mi pueblo para que la juzguen y para que llegue algún día el castigo y no sea eterna la impunidad y el medro perdure.

Ya hoy van viendo los que me oyeron afirmar en la Constituyente, que no debía pensarse que era más apto el que contara generales en la familia o hubiera sido diputado provincial español o aún luciera entre nosotros el traje del militar español y ocupara de fresco un puesto en las filas, motivo para ser indicado como Ministro para atraer a los que no habían sabido cumplir aún sus deberes. Y también recuerdan cuando yo afirmaba que en el Gobierno deberían estar los hombres de pura historia revolucionaria, defensores ayer y hoy y siempre de la personalidad del pueblo cubano y no adulones de los españoles y hombres que consiguieron destinos antes por sus dineros y por sus bajezas, *por influencias* y por hoy también *por influencias se sentían* ya ministros!

Así combatí yo la camarilla entonces; de frente. —Estaba solo, pero cumplí mi deber y ya llegará —lo espero tranquilo, pero lo espero sin miedo— en que yo recuerde mis palabras y levante mi látigo para fustigar a la camarilla y entonces —tarde— se verá que no me equivoqué ni exageré.

Ya lo ve hoy el pueblo.

Se preguntan algunos; ¿Era tan importante la Comisión que se dió a Pina, que mereció separarlo del Gobierno cuando este venía a Oriente nada menos que a poner nuevo orden en el ejército, y darle nuevo capitán a las fuerzas orientales?

Pero el secreto es poco conocido; se separó a Pina, porque ya la otra vez que vino a Oriente el Gobierno, demostró su ineptitud y su vanidad, y sufrió los justos y severos castigos que impuso Antonio Maceo a sus necedades.

Y todo esto por sentirse algo así como una parte del Gobierno Serafín Sánchez, allá en Santi Spíritus.

Y ¿cómo no, si está en él Severo, que es hermano de Pepa?

Y hasta el mentecado de Reimundo se creerá algo y mucho...

Pobres locos... y pobre Cuba.

---

27 Marzo

He escrito a Castillo para que me diga definitivamente si va o no conmigo a Baracoa, y a Veranes y Padró para que me mande el primero las medicinas que me dijo había encargado, y al segundo mis libretas y el papel que hace ya tanto tiempo que debería estar en mi poder. No he querido ir a Monte Oscuro por dos razones; la primera, porque no me gusta tratar a los que —a mi juicio— no saben cumplir sus deberes, y luego, porque mis bestias y yo mismo, estamos cansados de tanto trajín como me he traído en estos días. Descansaré hoy —si es que el General no me manda a buscar— y así me iré preparando para emprender el lunes la marcha si Castillo se queda como sospecho.

Decía ayer el General, que Castillo tendría que obedecer su orden, e ir a ocupar el puesto para el que lo había designado, pero que el no quería que fuera contra su voluntad, porque entendía que iba a prestar un buen servicio a la causa de la Independencia y debía ir con deseos de hacer algo de importancia. Creo que Castillo hará mal si no va y creo que debería ir ahora para dar impulso a las operaciones que sin duda han de principiar a la llegada del General Perico Pérez. Pero aún recuerdo las palabras de Padró y Veranes: La influencia de la *camarilla.* —"Los hombres de valer se irán separando del General; ya Thomas se fué y Castillo dice que irá a Baracoa, pero tu verás como no se mueve de aquí". Veamos quienes son los hombres de valer que se han separado:

Padró a quien el General hizo Coronel y Jefe de su Estado Mayor, que prefirió la vida de hombre civil para estar más cerca de la querida y más lejos de las balas; Veranes que por figurar y oirse llamar Teniente Gobernador y poder estar todo el tiempo que le plazca al lado de su concubina, volvió la espalda a los heridos y abandonó su puesto en la Sanidad y nunca quiso estar cerca del peligro, y era de los que sostenían que los médicos no deben estar en los combates, sino muy seguros, en lo más oculto de la impedimenta.

Y Thomás, un ayudante valiente por deber, pero a quien no le hacen tampoco gracia las balas; pero este aún no se ha separado del General, anda con licencia para buscar alguna ropa.

Quiere y distingue el General a Castillo por sus condiciones de caballero y de hombre bueno para la pelea; por esto lo elige para ir a ser el Jefe de las fuerzas de Baracoa y cree que allí es donde puede servir mejor a su patria. Si Castillo no va, si cede a los malvados consejos de la camarilla, yo creo que Castillo faltará a sus deberes y será siempre ésta una responsabilidad para su conciencia y una debilidad que bien merecería un castigo.

Y si va obligado por José, y es éste el castigo, ¿quién sino Cuba sufrirá las consecuencias de todos estos manejos cobardes y criminales?

Vuelve Castellanos de Monte Oscuro con las cartas que llevó. No encontró a Castillo ni a Padró ni a Veranes, los dos últimos parece que han mudado su campamento para Joturo.

Mañana temprano volveré a mandar a preguntar a Castillo que piensa.

Y determinaré mañana mi viaje.

Me dicen que una pequeña fuerza que ha llegado hoy de Guántanamo al Cuartel General, dice que el guerrillero Garrido anda haciendo torerías por allá y que hay muchos soldados en la pasada.

No me preocupan las malas noticias. Sé que pasaré y que llegaré a Baracoa.

Mandé hoy al *noy* a llevarle una carta al General pidiéndole papel, pero el General anda de paseo desde ayer. Dice Peackot que fué

a Mayarí Arriba a probar el famoso potro que le regaló el Teniente Coronel Sánchez.

El Comandante Fermín Vera, herido de Sagua y el único que quedaba en la enfermería de Seboruco y al que había determinado que pasara a Monte Oscuro al cuidado del Dr. Valiente, dicen que no quiere moverse de donde está.

La haré comprender que lo que he dispuesto es por su bien y que debe cumplir mis órdenes.

Y haré que lo lleven a Monte Oscuro.

Debe ir e irá.

---

28 Marzo

Si no te cuento mi viaje, por camino nuevo para mí, para llegar hasta el Cuartel General de mi Mayor José Maceo, poco puedo decirte hoy de nuevo. Y es realmente cosa que merece contarse la de ir en mulo por montes, sin más compañero ni más guía que un muchachito hijo de mi práctico oficial Cornelio Gé. La montaña es tan alta y tan escabrosa y difícil de subir y bajar a caballo, que sólo en mi mula hubiera podido pasarla, pero las zarzas por una parte, y los palos por todas, me han traído hoy a mal traer. Pero fuí y vine, y nada me pasó. Al llegar empezó un fuerte aguacero que aún cae con furia.

Me llamó el General para hablarme de miserias y para conversar un poco y para darme encargos para Baracoa.

Me enseñó quejas de enfermos que no querían cambiar de enfermería y una ridícula del Dr. Martínez en la que se quejaba de mí porque le daba un grado más y lo mandaba a prestar sus servicios en el Cuartel General. —Es miserable y necio lo que dice el Dr. Martínez en su comunicación. Se queja de mí porque le explico un deber que está obligado a cumplir. Pero su queja no tendrá más contestación que la ratificación de mi orden, y si falta a ella, la pena que nuestras leyes imponen a todo el que falta a su deber como militar y como cubano al servicio de la revolución.

El Comandante Fermín Vera sigue en sus treces de no salir de Seboruco, pero saldrá, a pesar de todas sus quejas.

Pero es curioso lo que me pasa con este herido; sus celos porque yo no lo elegí para curarlo y preferí Amelio Acosta, son la causa de todas sus quejas. Sabe que Amelio Acosta está casi bueno, él que aún está muy malo, y esto explica su mal humor contra mí. Por eso le perdono sus impertinencias.

Son celos de enfermos que me indican que no se me ha olvidado mi poca ciencia y que mi buena suerte como médico, no me quiere abandonar todavía.

Pero de las quejas de Vera y Martínez poco hablamos porque pronto estuvimos de acuerdo con lo que había de hacer: que cumplieran ambos mis órdenes.

Y pleito concluido.

Ya está determinado mi viaje.

Saldré de aquí pasado mañana para encontrarme con Periquito Pérez e ir con él hasta Baracoa.

El Coronel Castillo no viene conmigo. Dice que para el mes próximo podrá ir. Voy yo con instrucciones de Maceo y llevo encargos que trataré de cumplir. Y entre esos encargos el más importante, el que me autoriza para aclarar lo que se refiere a Félix Ruenes y a su honra.

De todas estas comisiones que llevo, la que más me alegra es la que me autoriza a formar mi escolta y a operar por mi cuenta.

Me uniré a Ruenes y yo espero que algo importante para nuestra honra ha de hacer, si no nos abandona mi estrella, la luz de tus ojos.

Sánchez, mi compañero en la Constituyente, llegó a despedirse de Maceo estando yo a su lado. Vuelve para Las Villas en donde recibió un balazo en el pecho que le partió la clavícula derecha. Con orgullo —como siempre— estreché su mano.

Le dijo al General que a su vuelta le había dicho Roloff, que al retornar se llevara a todos los desertores que se encontrara a su paso; orden que no puede dar quien no sabe quienes son los desertores y que sólo compete al Jefe del cuerpo invasor. El General José le dijo que se lavaba las manos en este asunto puesto que nada le había comunicado sobre esto su hermano y todos los que a él se habían presentado, procedentes de Occidente traían sus pases.

Sánchez comprendió la ilegalidad de la orden del Ministro, y dispuesto a no cumplirla, habló de su viaje que estima —con razón— difícil y peligroso.

Con Sánchez manda José mis cartas para Gómez y otras que él escribe y con él envía a Gómez las más cariñosas y cordiales protestas de su patriotismo y lealtad.

Dígale a Gómez —le decía José— "que aquí estoy dispuesto a morir, pero triste por los elementos de guerra que tanto nos faltan. Mi amor a Cuba me hacía pensar siempre en la revolución y por ella estaba dispuesto a sacrificarlo todo cuando vivía feliz en el extranjero pero no pensaba en venir a la guerra ni en hacerla; sólo Martí pudo sacarme de mi nido de amores, sólo él que me obligó con su patriotismo y me sedujo con su palabra. Por él vine, y siento más que nadie que se haya muerto, puesto que si las cosas se tuercen y mis padecimientos no se curan, me veré obligado a dejar mi puesto para que otro lo ocupe. Y no lo dejaría si Martí viviera".

Recogía yo todas sus palabras, las iba escribiendo en mi corazón y en ellas veía yo mis penas y mis dolores. Contra éste hombre ejemplar, se levantan inculpaciones y él no encuentra a su lado al hombre justo y al hombre capaz de hacer comprender, a todos, la injusticia que hace levantar contra él inculpación criminal. Se siente solo entre tantos que a su lado han aprendido la manera de honrar a la patria; se siente solo entre tantos hermanos... y yo comprendí sus palabras y entendí y sentí con él todas sus tristezas.

Pero dejé en su corazón estas palabras: —Solo me veo yo porque no está a mi lado mi hermano Martí y porque está lejos todo lo que yo adoro en la tierra; pero me encierro en mí mismo para pensar en mi Cuba y en mis deberes como hijo de esta tierra esclava; por ella lucho y por ella como Ud., estoy dispuesto a morir, desprecio a los miserables, y a los ruines les enseño a ser hombres y sigo orgulloso mi camino.

Te besa,

Fermín.

2ª S.(*)

No. 9

Santiago de Cuba

Ojo de Agua, 29 Marzo de 1896

Anoté la fecha esta mañana y no había querido escribir en todo el día para condensar ahora, ya de noche, todas las alegrías de un día de preparativos de viaje. Y llegó la noche, pero con ella, una carta —con sello del Ministerio de la Guerra— que abrí con miedo. Me traía un oficio de Roloff en el que me dice que el tres del mes p.p. había comunicado al Mayor José Maceo que el Dr. Felipe Veranes estaba a las órdenes del Ministro del Interior, y otra comunicación de Sánchez Agramonte en la que me llama a la residencia del Gobierno para asuntos del servicio.

Toda mi alegría tuvo con esta comunicación de mi Jefe en la Sanidad, triste epílogo. No puedo ir pues, a Baracoa; mi deber me manda cumplir la órden de mi superior y la cumpliré sin chistar. Mañana iré temprano a ver al General y a pedirle una pareja armada para llegar a Nananjo, punto en donde con fecha 24 están expedidos los oficios.

Y le pediré la pareja armada al General porque no quisiera ir en compañía de Padró y Veranes. Me parece que detrás de esta órden de Sánchez Agramonte hay algo que se refiere al Gobierno y a sus deseos de tomar acuerdos para los cuales me necesitan.

Y si se me llama porque sabiendo como yo pienso respecto de José Maceo, se me quiere alejar de él, he de ver si la órden de ir a otra parte procede de Gómez o ha sido confeccionada por los de la camarilla que trabaja contra José Maceo. Si Gómez necesita que yo vaya a otro cuerpo de ejército por creer más utiles allí mis servicios, obedeceré la órden, e iré a donde me manden, pero si descubro la intención de separarme de aquí para obrar con más franqueza en contra de José, entonces ya se lo que debo hacer y lo que haré. Le dirigiré mi solicitud a José pidiéndole mi pase para el ejército y así me separaré para siempre de los miserables que trabajan contra la felicidad de la Patria y que todo lo subordinan a la satisfacción de las ambiciones personales.

Hablaré de todo esto mañana al general y combinaré con él mi plan de defensa. Cuando me preparaba a luchar con los españoles, a batir a

(*) Archivo Nacional de Cuba. *Donativos.* Caja 270, No. 12.

los traidores que se dicen invencibles allá por Baracoa, se me presenta otro campo de lucha en la que son o serán —según presumo— mis contrarios, compañeros y hermanos.

A Baracoa me disponía a ir seguro del triunfo. A donde me llama Sánchez Agramonte voy triste, pero altivo y dispuesto a defender mi honra y mi condición de cubano que no cede a nadie en esto de luchar por la verdad y por la justicia.

No quiero prejuzgar ni quisiera escribir nada sobre esto. Tengo fiebre y mi cabeza es un volcán en el que luchan mis sospechas con el conocimiento de las miserias que mueven los actos de muchos hombres.

¿Por qué me llama Sánchez Agramonte? ¿Qué asunto del servicio es éste que no puede comunicármelo y me hace ir a donde él está? ¿Será que se me nombra para otra parte? ¿Y cómo, si la ley dice que para separar a un Jefe de un Cuerpo de Ejército ha de ser con la anuencia y beneplácito del Jefe de aquel en donde ejerce? O es que es todo una farsa para hacerme ir al Gobierno?

Y el oficio de Roloff me indica que Veranes es de los que están en el candelero. Y es natural, Veranes es de los dos que odian a José y de los que se unen a los que sueñan con su deposición.

Espero que mañana más tranquilo después que hable con el Mayor José, veré más claro en estos asuntos más tenebrosos para los destinos de la revolución, que para mi propio.

Montoya, el Comandante de Periquito Pérez, que por mí había demorado su viaje, se irá mañana, y con él van mis asistentes baracoanos; me quedo sin ninguno, veré si mañana me quiere dar alguno el General. Podía obligarlos a seguirme, pero me da pena; perdieron su viaje con Félix Ruenes y ahora es justo que los deje ir. Los esperan allá sus familias y sus hijos. Se van los pobres tristes porque yo no puedo ir con ellos y con lágrimas en los ojos han cogido los regalitos que les he hecho para que lleven algún recuerdo mío a sus casas.

Estoy contrariado y triste, arreglaba hoy mis cuadernos en donde te escribo y ya me alegraba pensando que pronto te los mandaría todos y que pronto también habría de recibir tus cartas.

La fatalidad se opone.

Allá voy a donde se me llama, y voy dispuesto a vencer todos los obstáculos que la infamia o la envidia quieran poner a mi paso.

Me fuí del Gobierno porque deseaba servir a mi Patria, ahora voy dispuesto a servirla y a hacer respetar mis servicios.

Y ya doy por ganada la pelea para mí aunque presiento que en esta lucha ha de perder nuestra obra revolucionaria y ha de verse hasta donde llega la obra criminal de las camarillas..

Será que el Marqués se ha valido de Agramonte para hacerme ir al Gobierno?

¿A qué prejuzgar? El tiempo se encargará de descifrar la incógnita. Pero nada mitigará ahora mi cólera y mi tristeza.

Pero todo esto debemos ofrecer a la Patria. Y mucho más.

Oí decir el otro día que Perucho Hechevarría traía un nombramiento de Jefe de Sanidad igual al mío. ¿Será que Antonio Maceo lo ha dado? Pero ésto no puede ser porque Agramonte me dirige su oficio como tal Jefe de Sanidad del 1er. Cuerpo de Ejército.

Veremos.

Pero si se me quiere humillar, ellos son los que han de ver hasta donde alcanza mi entereza como hombre y como cubano.

Y si me obligan, pasaré al ejército y allí les enseñaré a ser hombres y a trabajar por la honra de la Patria.

Días aciagos se me esperan, pero sabré dominar todas las emboscadas de los enanos y los viles.

---

30 Marzo

Fuí esta mañana a ver al General y me dió una comunicación en la que me transcribe otra del Gobierno en la que se me ordena que me constituya allí.

A mi llegada aquí le dicté a Pinto la siguiente comunicación que mando ahora a Maceo para que haga de ella lo que le parezca.

"Tengo la honra de acusarle recibo de su comunicación fecha de hoy, en la que me traslada la órden del Gobierno para que me ponga a su disposición. Orden que acato y cumplo por respeto a los Jefes de la Revolución, pero que no comprendo, puesto que como Subsecretario del Exterior y Secretario efectivo por ausencia del titular, no solamente he presentado mi renuncia al Gobierno, sino que en virtud de haber ratificado mi nombramiento de Jefe de Sanidad del 1er. Cuerpo de Ejército, me separé de dicho Gobierno explicando en mi comunicación de fecha 24 del mes p.p. las causas que me impulsaban hacerlo. Las distintas órdenes y comunicaciones que he recibido del Presidente Ciudadano Salvador Cisneros, me indican que no ha sido aceptada mi renuncia, pero de ninguna manera me explican la órden que hoy acato. No debo al Gobierno sino a la Asamblea popular mi puesto en la Secretaría del Exterior, y por lo tanto nadie puede obligarme a lo que mi voluntad rechaza por no estar de acuerdo con los procedimientos anticonstitucionales que informan en todos los actos del Gobierno y sobre todo los que se refieren a la organización del Ejército puesto que sólo compete al General en Jefe o en su defecto a su Lugar-Teniente, como lo explica la Constitución, lo que él se relaciona.

A la vez debo manifestarle a Ud. que hoy recibo una comunicación del 24 del presente en la que el Jefe Superior de Sanidad me dice que a la mayor brevedad posible llegue a la residencia del Gobierno, en donde se encuentra, para asuntos del servicio.

También recibo otra comunicación también del 24 del presente en la que el Secretario de la Guerra General Carlos Roloff me dice que con fecha 3 del mes p.p. dirigió a Ud. una comunicación mandando poner a la disposición del Ciudadano Secretario del Interior al Dr. Felipe Veranes Gola para utilizar sus servicios en el ramo civil.

No hay ley que autorice al Ministro a dar semejante orden, ni el Consejo de Gobierno en la fecha a que se refiere había tomado sobre el particular acuerdo alguno, por lo tanto como Jefe de Sanidad elevo a Ud. mi protesta contra esta orden ilegal y pido que se haga comprender al Teniente Coronel de Sanidad Dr. Felipe Veranes, el deber en que está de cumplimentar las órdenes que reciba como individuo de la Sanidad de este 1er. Cuerpo de Ejército. La Ley de Sanidad solo legisla sobre el pase de sus miembros al Ejército, y si

hasta ahora en todas las solicitudes de los practicantes se ha formado expediente para aceptar o no, lo que dentro de la Ley solicitaban, ¿cómo se explica que un médico deje su lugar en la Sanidad sin previo informe del Jefe de la misma, y sea bastante expediente, la voluntad del Ministro del Interior o el capricho del que crea más cómodo prestar sus servicios en lo Civil, que cumplir sus deberes sagrados en el ejercicio de su ciencia a la cabecera de los heridos que ofrecen con tanto valor sus vidas por la libertad de la Patria? Creo que es esta una ligereza del Ciudadano Secretario de la Guerra y así le ruego dé traslado de esta comunicación al Ciudadano Presidente del Consejo porque estimo que es éste asunto del cual debe él conocer y sobre el que debe tomar su definitiva resolución.—Patria y Libertad. Jarahueca, Marzo 30-1896. El Jefe Sanidad. Fermín Valdés Domínguez.—Ciudadano Mayor General Jefe del Estado de Oriente José Maceo.

En nuestra larga entrevista me ha dicho el General que si me veo obligado a pedir mi pase para el ejército él decretará de conformidad y ocuparé en él, el mismo destino que en la Sanidad. Entiende que se me quiere obligar a ir al Gobierno para poder este tomar los acuerdos que se refieren a Manuel Suárez, a los 300 camagüeyanos que pide Gómez y quizás a los que se refieran a la deposición del General José. Y la orden que por él se me comunica indica que se me quiere formar expediente caso de no ir como se me ordena. Ya se convencerán de lo que puede todo el que —como yo—, sabe cumplir sus deberes.

Para hacer el viaje me da el general una pareja y un oficial. Lo esperaré aquí. Si vienen temprano saldré hoy.

Estoy violento y malo.

Mayarí

Bruñí, 31 Marzo

Cuando para pensar y disipar el malestar de mi cuerpo y de mi espíritu me eché en la hamaca después de almorzar, llegó como a las 12 —la pareja que me mandaba el General y el oficial que me han de prestar escolta hasta que llegue al Gobierno.

Me llamó aparte el oficial y me dijo que se tenía noticia de que por "El Triunfo" andaban los soldados y que en tal virtud el General le había dado el derrotero que debía seguir y le había encargado

me dijera que no había que demorar el viaje. Como no había yo mandado preparar la acémila y aparejar los caballos, empezó entonces la confusión y para algunos la intranquilidad del miedo, pero impuse serenidad a todos y pronto quedó arreglado, aunque aún no he querido andar en mis alforjas y ver lo que se ha quedado.

Amelio y Castellanos y Papita se despidieron con pena, y la buena mujer de Amelio, con lágrimas en los ojos. Yo los dejé con pena también, no me hubiera separado de los heridos cuando se decía que habían soldados cerca, sino teniendo ya allí los números armados que me mandaba el General, y por deber cumplir la òrden de mi Jefe Sánchez Agramonte y al mismo tiempo estar dentro de todo mi derecho para protestar allá en el Gobierno, como ya lo he hecho en el oficio que copio y que mandé al General, —de la arbitrariedad que conmigo comete el Gobierno obligándome a tomar parte en los asuntos del Consejo y ocupar —contra mi voluntad— la cartera del Exterior. Era necesario emprender la marcha y dejar la zozobra y la intranquilidad detrás de mí. No me olvido de Amelio ni de Sevilla y siento no tener ninguna noticia de las operaciones del enemigo.

Casi al caer el día llegué con mi fuerza que la forman mis dos ayudantes Pinto y Escobar, el oficial y los dos hombres armados y dos asistentes que son también acemileros, a donde había acampado pocos momentos antes, el General, al Avispero. De allí salìmos para el Arpón, en donde dormimos, y escribo ahora en Bruñí a donde solo hago alto para almorzar, pues quiero adelantar camino y llegar pronto, —y pronto estar de vuelta— si Dios quiere y mis señores del Gobierno.

El General me dijo que había tenido noticias ciertas de que los españoles están por Sabanilla y El Triunfo y que le siguen —según parece— el rastro. La fuerza está bien distribuida y tiene muchas emboscadas, él solo con su escolta está en espera de los que parecen desean recibir otra lección como las muchas que ya les ha dado en esta guerra el valiente y sereno José Maceo.

Me repitió sus consejos sobre los lugares por donde debía pasar para evitar caer en alguna emboscada y después de tomar un bocado en su mesa, nos despedimos hasta el Gobierno, quizás.

Cuando iba para el Cuartel General de José me encontré por el camino con el ayudante Valiente que venía de visitar a Paglieri —un

civil— o auditor de guerra que vive muy tranquilo al lado de su mujercita.

Valiente, que es un valiente y un buen cubano, está conmigo en lo que pienso respecto de José. Cree como yo, que sería matar la revolución en Oriente deponer a José, y entiende por lo tanto injusta y criminal la propaganda de Padró y Veranes y fuera de toda razón e impolítica la conducta que informa todos los actos del Gobierno respecto a Oriente.

En el Arpón me dicen que esta mañana han salido con rumbo al Gobierno los *del Gobierno* Padró y Veranes, *que van dejando órdenes por el camino.*

No hay soldados por aquí, ni se sabe por donde andan.

El correo de la prefectura me dice que esta mañana se han oído descargas por el rumbo de "El Triunfo".

Santiago de Cuba

Joturito.

Como a las 3 llego a esta residencia feliz de majases en donde vive tranquilamente el *famoso* Saborí expedicionario de los de Mayía. Viven aquí las familias como en un pueblo pacífico, con sus crías de gallinas y caballos en potrero y puercas paridas. Y los jefes dan lugar a esta manera de vivir. Nadie vende ni una gallina para un enfermo que no sea de la familia. Yo no he podido conseguir una por ningún precio, y se permite el comercio con la fuerza hasta tal punto, que al llegar yo y preguntar por el forraje, un niño me dijo: Si Ud. me lo paga yo le traeré una carga de ramón. Ya yo había estado aquí con el Gobierno.

Veranes y Padró acaban de irse cuando yo llegué. No quisiera encontrarlos en el camino y puesto que yo les dije en Monte Oscuro cuando los ví, que no iría al Gobierno a pesar de sus repetidas llamadas, me imagino todo lo que han de hablar y la sorpresa que han de tener cuando me vean. Quien sabe si cuando llegue ya se trame contra mí algo entre los hombres del poder.

Oigo discutir a los majases sobre el derecho que tienen a jugar. Aquí el juego es el *lícito* entretenimiento de todos sus moradores. Saborí es de los más *aguerridos* banqueros. Me reía cuando Saborí me hablaba de que había pedido su ascenso a comandante por sus *méritos y trabajos* en la guerra.

Me dice Escobar que el que grita es Saborí. Parece que el Prefecto quiere prohibir que se juegue.

Se aclara la incógnita.

Se me presenta el Prefecto a quien no había visto, pues me entendí desde que llegué con su Secretario, y me hizo recordar un detalle bufo de mi llegada. Al llegar a la prefectura, pregunté por el prefecto y una voz que recordaba la del Comendador del Tenorio me dijo: No está. Siga a la casita de más adelante si quiere acampar. Me hizo reir el cómico manigüero y seguí para este rancho de Saborí en donde me he instalado en una amplia cocina, en donde la pobre esposa del compañero expedicionario nos ha ofrecido una buena comida.

El prefecto me habló de que Veranes, como Teniente Gobernador, le había dejado dos órdenes, una encargándole que prohibiera el juego y otra en la que se le faculta para ir fuera de su zona para atender a necesidades de la prefectura. Estas órdenes son ilegales, primero, porque esta Prefectura está bajo la jurisdicción del Teniente Gobernador de Mayarí, y en segundo lugar, porque no hay ley ninguna de la República que prohiba el juego. Lo único que el Gobierno ha acordado sobre este asunto ha sido recomendar a los Jefes y a los Gobernadores, que para impedir disgustos y abusos en los campamentos y rancherías de pacíficos, traten de evitar que se juegue. Veranes, en su afán de exhibirse está dando palos de ciego. Y desacreditando al Gobierno con sus abusos de autoridad.

¡Que ridículo es todo esto!

Viene ya la guardia de la Prefectura y me dicen que los españoles siguen en "El Triunfo", pero que no ha habido fuego hoy en todo el día.

Voy a dormir algo esta noche, ya me voy acercando al Gobierno y voy estando más tranquilo. Ojalá que pronto lo esté de veras y para siempre. Que pasen todos estos días y libre de luchas políticas, pero con Patria, pueda sentirme en la gloria y reir con santa y amorosa

alegría reclinando mi pobre cabeza en donde se han librado ya tantas batallas en tu puro y ardoroso seno!

Ahora, esperar y sufrir, y pensar en tí para tener fuerzas y valor para resistir y vencer todas las adversidades y trabajar —sin tibiezas— por las libertades y por la honra de Cuba.

Trae el oficial que me acompaña, periódicos españoles y americanos para el Presidente, y me he estado riendo hoy de los quijotismos de los españoles.

Los telegramas no tienen desperdicios. Afirman que los Estados Unidos no decretarán la beligerancia, pero que si lo hacen, ya están preparadas las fragatas de guerra... y "La Bandera Española" periódico de Santiago de Cuba dice que puesto que España fué designada por la providencia para descubrir a la América, será también providencial, que ella haga comprender a los Estados Unidos sus faltas y le imponga el castigo por sus desafueros.

Estos quijotes no tienen enmienda.

Y la carta de Dupuy De Lome?

Bueno sería recordar ahora mi libro "El 27 de Noviembre de 1871".

Tan pronto como pueda, le prometo escribir una carta abierta que lo deje convencido de los crímenes de sus hermanos en vanidades y miserias.

Los Mangos, 1ro. de Abril

Después de almorzar en Jagua y pasar por el Mijial llegamos aquí en donde pasaremos la noche para seguir mañana nuestra jornada.

En el Mijial me dijeron —lo de siempre— que Padró y Veranes acababan de salir para la Prefectura de Santa Isabel de Majaguabo. No quise retroceder para encontrarles por muchas razones; me alegré pues, que mi alférez tuviera que venir a comunicar al Comandante Celedonio la orden del General por la cual queda autorizado para organizar una guerrilla con los individuos que procedentes de Las Villas o las otras fuerzas, anduvieran por aquí.

Y Padró y Veranes van a esa Prefectura a buscar un garrafón de ron. No quiero encontrarme en sus parrandas. Nos encontraremos en Canastas, a donde tengo que ir a cambiar caballos y a enterarme de si el Gobierno anda todavía por el Naranjo.

He pasado un bonito camino que une las dos Prefecturas. Era el que llevaba en tiempo de paz a los ingenios, y se nota el cuidado de los antiguos habitantes de las ya desiertas rancherías que se encuentran a los lados de la poética calzada.

El día está caliente y el viento sur molesta mucho.

He sabido por casualidad, que estamos en cuaresma y que hoy es miércoles santo.

Mañana o pasado llegaré al Gobierno. ¿Me crucificarán?

Con gusto le he estrechado la mano al Prefecto de Jagua. Es un mulato alto y rudo, de aspecto militar. Es un veterano de las tres guerras y cumple con honradez sus obligaciones, por eso merece la confianza del General José. Se llama Florencio Grimón. A él le mandaré mis cartas para José, pues ya le he suplicado que se las mande con un número para que no sufran extravío en las prefecturas.

El Prefecto del Mijial me saludó con mucho respeto y afecto, y me dijo que ya había preguntado por mí a Padró y Veranes, y que estos le habían dicho que yo estaba en camino de Baracoa.

Y que cerca me tienen mis ingratos amigos!

Siento, siento doblemente que hayan tomado tan torcido camino político. Lo siento por Cuba ante todo, y lo siento porque de veras los estimo.

Pero ellos comprenderán algún día sus faltas... pero será tarde.

Recuerdo ahora una contradicción de Padró que indica su deslealtad.

Defendió en el Gobierno y redactó oficios en nombre de Maceo en los que explicó la razón que tenía Maceo para llamarse Jefe de las fuerzas de Oriente.

Y ahora, porque el Gobierno le llama la atención sobre esto, contesta que así lo puso porque *creía que el Gobierno con el mando de las fuerzas de Oriente le había autorizado a usar este título.*

Pero une el *mea culpa* y acata la orden del Gobierno y deja de ser hoy para él, Maceo, lo que sabe que es, y él conoce más que nadie porqué.

Esto es triste, y cobarde.

Se va pasando el día bien. La buena esposa de este Subprefecto nos ha cocinado bien y nos ha preparado dos magníficas tazas de café. Tiene este honrado civil siete hijos todos chiquitos; les he dejado un poco de café y azúcar. Y es cosa de reir ver como se agrupan en cerco con cara de golosos hambrientos niños alrededor del fogón formado por tres piedras ante el que la madre reparte el café claro a sus hijitos, y esta escena se repite muchas veces al día, tantas como haya algo que comer o beber. Es tan triste como heróica la vida de estas honradas mujeres, consagradas a su esposo y a sus hijos y trabajando y sufriendo orgullosas y alegres. Cuando un pueblo tiene mujeres como estas, ese pueblo merece y puede ser libre.

Está en esta Prefectura el Comandante Celedonio Hernández, herido en Las Villas, y hermano de Andrés, Teniente Coronel muerto en la escolta de Antonio Maceo en uno de los combates del ejército invasor antes de Mal Tiempo. Es el Hernández un mulato inteligente y conocer de las cosas de nuestra guerra. Hablamos mucho de los Jefes del Ejército Invasor y me desmintió la mala noticia de que haya muerto Miró y del ataque de Serafín en el que me dijeron que había muerto Noy; me dijo que habían muerto muchos españoles y que cogimos algunas armas. Deseo llegar al Gobierno para tener más detalles.

Canasta, Abril 2

Y ya volví al campamento en donde me uní a Maceo cuando venía con el Gobierno. Para llegar aquí he sufrido las impertinencias de los Prefectos y las angustias de una marcha de ocho leguas con un sol abrasador y las bestias cansadas. A las tres llegué y me dicen

los Prefectos, pues aquí hay uno entrante y otro saliente, que se ha recibido un oficio anunciando que hay soldados por Remanganaguas, por el camino que debo seguir para llegar al Gobierno. Tendré que esperar que llegue la pareja de exploradores que mandó a tomar noticias, el Capitán encargado del Depósito de caballos de la fuerza. Y con lo que diga determinaré lo que he de hacer mañana, si seguir o esperar aquí.

Dicen que Céspedes y Padró y Veranes andan por Cauto. Supongo que llegarán aquí mañana. Si no los encuentro aquí, yo creo que no nos veremos sino en el Gobierno.

Cuando venía por la larga sabana en donde están los célebres Mangos de Baraguá, pasé una o dos prefecturas en las que sus jefes no se ocupan de poner guardias ni de atender a las necesidades de las fuerzas que tienen que pasar por los lugares en donde se encuentran. Y pensaba yo que este descuido de los hombres civiles puede ser causa de muchos males, puesto que los españoles andan en grandes columnas por todas las zonas de Oriente.

Y cuando al llegar aquí, supe de los soldados, recordé mis observaciones inspiradas por los malos civiles que comprometen con su conducta los intereses de la Patria. —Cualquier fuerza española hubiera podido hoy hacernos pasar un susto, pero todavía quedan prefecturas antes de llegar al Gobierno... y pueden haber grandes sustos—.

Pero no los temo. Los evitaré puesto que no vengo a pelear con los españoles, y pido a mi Dios que mis asuntos en el Gobierno se arreglen bien y sin que tenga el menor rozamiento con mis amigos.

Dejé en la Prefectura de los Mangos a una familia honrada y buena; aquí encuentro otro tipo de los mambises, tipo con el que no ligo y me repugna; el padre es un prefecto —el saliente— de los que no trabajan, no hay aquí con tan buenas tierras, ni boniatos, ni reses. La mujer, que no es la madre de dos niñas de 15 ó 16 años y de 5 ó 6 chiquillos, es casi blanca, el marido es mulato. A mi llegada estaba la vieja en las piernas del viejo, es ordinaria, y... hasta mala cocinera. Las dos señoritas son bonitas pero zafias y deslenguadas y sucias por añadidura; las tengo a distancia, pero como la cocina —que es el salón en donde lucen sus gracias y sus desvergüenzas entre gente de todo jaez y de todos colores, está al lado

del colgadizo de la Prefectura en donde estoy alojado, —oigo todo y me hago el sordo—. Ni mis ayudantes ni yo, nos unimos a los galanteadores y veo con pena como se marchitan estas flores y como pierden su perfume arrastrándose por el fangó. Conocía de oídas, este tipo, no tuve ocasión de apreciarlo cuando acampé por aquí, pero me repugna ahora más que cuando solo lo conocía de lejos.

Como Jueves santo, almorcé bacalao, comí frijoles colorados con jamón, yo creo que no he caído en pecado porque el jamón no es carne, es jamón.

Mañana tengo que proceder a un registro, pues el cuyo Prefecto saliente me quiere ocultar un mulo que me hace falta.

Abril 3

Sigo en Canastas. La pareja vino anoche y trajo la noticia de que la columna estaba peleando y que por el otro camino del río había llegado otra. No creen que debo salir de aquí hasta que se *aclaren* los caminos. Y aquí me estaré hasta que quiera el soldado imprudente. Me contraría esta demora, no tengo más remedio que sufrirla con paciencia.

Ni Céspedes, ni Padró, ni Veranes han llegado. Por donde andarán?

Me he entretenido por la mañana haciendo encerrar las bestias al cuidado de la Prefectura.

Me dijo anoche el Prefecto nuevo, que el viejo tenía escondidas unas mulas que decía eran de su propiedad y me indicó que mandando yo encerrar las bestias, podía hacerme de una mula, pues la de mi carga llegó aquí muy estropeada. El procedimiento ha dado muy buen resultado, ya tengo mula buena. Cuando me pueda ir, empezarán las lamentaciones.

Que distintas eran mis ideas cuando pasé por aquí con el Gobierno! Entonces venía contento y dispuesto a trabajar al lado de mis compañeros, puesto que el no quererme dejar en el Cuartel General de José Maceo, me obligaba a seguir con ellos; y a la vez me em-

peñaba en unir al Gobierno con José Maceo y evitar todo rozamiento por ver en él, males para la Patria.

Pero hoy, que triste me es como cubano, pensar en todo lo que he luchado y en las constantes diferencias que han traido casi el rompimiento —por lo menos en el afecto—, entre el Gobierno y los milires de Oriente.

Ojalá que la lucha haya terminado ya y que principien ya días de paz y de unión, pero lo dudo; los egoísmos no pasan tan fácilmente y la obra infame de las camarillas perdura.

Por conocer todas estas cosas y saber que parte me toca en estas luchas; por eso quiero llegar pronto al Gobierno. Y salir de él. Para no volver más.

Lejos de el puedo servir a mi patria y ocupar mi puesto en la pelea: pues a eso y no a terciar en debates ruines he venido.

El día está —por ahora— claro y hermoso; el sol alumbra y calienta esta tierra tan rica y hoy abandonada; hay el silencio de la soledad que me hace recordar que es hoy Viernes santo: no muy lejos de aquí, la lucha y la muerte...

Dicen que Padró puede haber seguido por Cambute y de esa manera es posible que llegue —antes que nosotros— al Gobierno.

En la carta de Dupuy de Lome al Herald, afirma que unos datos publicados en una obra americana no tienen importancia —entre otras razones— porque escribió el artículo el cubano Antonio Bachiller y Morales enemigo de España.

Los españoles que como Dupuy de Lome se atreven a negarnos razones para condenar la conducta criminal de España durante la guerra de los diez años y aún después, son tan culpables ante el mundo y ante sus conciencias de los hechos que pretenden negar, como los mismos que los cometieron.

Cada página de la historia de Cuba, desde la conquista acá encierra un cargo justificado contra la nación que supone haber traído

la civilización a América y ser la designada por la *Providencia* para descubrirla.

Los *valientes* que trajeron jaurías para acabar con los laboriosos habitantes de Cuba, los que para imponer la civilización y llevar rico botín a la corte de España, los asesinaron cobardemente, y redujeron a la esclavitud a hombres libres, —fueron también los que levantaron los centros de la riqueza azucarera con la trata degradante y criminal. Y después de traer de Africa nuevos hombres a quienes explotar y martirizar, obligándolos —con los castigos más inícuos— a un trabajo rudísimo que tanto los embrutecía como los mataba, —sostuvieron los vicios en donde los amos perdían en el tapete de oro que hacía pensar en las lágrimas y en la sangre de tantos infelices!

No se puede olvidar que los católicos importadores de la civilización, fueron los que estimaban y cuidaban al famoso perro Becerrillo porque era el feroz y más hábil en desgarrar a las pobres mujeres indias, y que estos mismos nobles civilizadores eran los que marcaban con el hierro candente los cuerpos de los esclavos y obligaban a las hembras al concubinato y al adulterio para que la cría de esclavos les produjera muchos miles de pesos.

Y han sido siempre los españoles los explotadores de todas nuestras riquezas y los viciosos que en Cuba han tenido cómoda factoría a donde mandar a hacer fortuna a todos los que allá en la corte habían perdido por sus vicios, todas sus riquezas.

Y también han sido esos tristes los que han escrito leyes que esclavizan al blanco hijo de Cuba y lo condena a otra esclavitud aún más degradante que la del negro, puesto que —a pesar del prestigio de su posición— lo obliga a ser servidor y siervo del burócrata inculto y ladrón.

Nada debemos a España, nos ha quitado grandes sumas, pero no ha atendido ni a la instrucción de nuestro pueblo, ni ha fomentado la industria, ni al comercio ha sabido amparar, solo ha explotado y cobrado el barato como bandido en pleno ejercicio de su misión devastadora.

Antes de la guerra los asesinatos de los hombres dignos fueron muchos. Todo el cubano que protestó de las infamias de los amos sufrió deportaciones y cárceles y los más murieron en la horca. Y después de la guerra ¿cuál ha sido la conducta de los civilizadores?

Weyler y Boet y Ampudia y Crespo y Arderius y Valmaseda y otros muchos viles pueden contestar...

No quiero recordar las mujeres violadas y los niños asesinados por los jefes de las fuerzas españolas, sólo quiero referirme a los actos de salvajismo que han pasado por delante de mis ojos y de los que no puede dudar el Sr. Dupuy de Lome porque los enumero yo en este escrito, puesto que si duda de ellos y así como dijo de Bachiller y Morales, no los acepta porque soy insurrecto y estoy en el campo con las armas en la mano, lo único que pensaré del desgraciado agente diplomático ante el Gobierno de los Estados Unidos, es que a más de quijote, es un cobarde y no es por lo tanto, caballero.

Poco más de trece años tenía yo cuando sufrí la primera prisión. Me prendieron en La Habana los gastadores del 1er. Batallón de Voluntarios Ligeros porque acusaron a un hermano mío del delito de haberse reído de ellos al pasar por una de las ventanas de nuestra casa el día de la Gran Parada, que en honor del Rey padre se celebró el 4 de Octubre de 1869. Yo no estaba en mi casa ni había visto a los voluntarios, pero al llegar éstos sin orden de autoridad alguna —sino porque eran españoles y voluntarios y por lo tanto jueces y amos de esta tierrra—, a prender a mi hermano y a otros amigos que allí estaban, como un valiente levantara su fusil para descargar un culatazo sobre mi anciano padre, yo castigué con un silletazo al bizarro defensor de la integridad nacional. Y por esto se me amarró y se me encerró en el vivac y por esto también se me sujetó a un proceso. Y un capitán del ejército español fue el que me tomó las primeras declaraciones y al manifestar yo que conocía al voluntario que había levantado su arma para descargarla sobre mi anciano padre, el fiscal español me amenazó con su espadín y porque me resistí a firmar la declaración si no consignaba lo que le decía, lleno de furia llamó al Alcaide y por este nuevo delito merecí ocho días de bartolina, y en ella me encerraron, cuando aún no tenía catorce años y eran tan grandes mis crímenes cuando me mandaron al peor calabozo en compañía de un condenado a muerte; el torero Floro. Y por esta ridícula causa, que hizo responder a uno de los procesados —ciudadano francés Atanasio Fortier— cuando le preguntaron por qué se reía cuando pasaban los voluntarios: ¿y por qué los voluntarios pasaban cuando yo me reía? —me juzgó un consejo de guerra después de 6 meses de causa pendiente—, consejo que me condenó a un año de encierro en uno de los calabozos de la Cabaña. Merecía castigo: era cubano, y siendo un niño defendí a mi padre que no era español y castigué —como pude al cobarde hermano del Sr. Dupuy de Lome que quería demostrar su hidalguía dando culatazos a un anciano.

Y la sentencia que me condenó fué el resultado de un Consejo y aprobada por el General Caballero de Rodas.

Y pasé un año en el mismo calabozo en donde después encerraron al patriota Juan Clemente Zenea.

Uno de los revellines de la fortaleza de la Cabaña se llama de San Francisco: la yerba crece en todo él excepto en donde hay una piedra blanca y es el lugar regado con la sangre de todos los cubanos fusilados allí por el delito de serlo. Sesenta y dos cubanos perecieron allí por infidencia durante el año que estuve preso; los vi pasar a todos para el lugar del suplicio: mi calabozo estaba al lado del de la Capilla en la calle de los Voluntarios.

Allí murió Ricardo Casanova y Francisco Jonás y tantos otros indultados por el General Valmaseda y mandados a matar por el mismo. Algunos estaban veinte y cuatro horas en la Capilla y otros sólo oían la sentencia y en silencio salían para no volver; y de noche la luna alumbró más de un asesinato tanto en el revellín de San Francisco como en la oscura bóveda de la Surtida o la Puerta de los Muertos.

Allí estaba el Brigadier Loño y el caballeroso Mayor de Plaza Dr. Gruemer y el entonces capitán Dominicos y otros muchos y un miserable Alférez Muñoz.

Y cuando yo sufría mi prisión también estaban arrestados en la misma fortaleza el Teniente Coronel Sostrada y el miserable González Boet.

No puedo olvidar que una tarde al ir al pabellón del Brigadier Loño que me llamaba para darme cartas de mi pobre madre, —vi cuando el valiente Sostrada abofeteó a Boet al intentar dirigirle éste la palabra, cuando paseaban ambos por las murallas.

Sostrada era un militar español que murió peleando y que estaba allí preso por ser masón de la Logia San Andrés y por lo tanto conspirador para los Generales consentidores y autores de asesinatos, y Boet sufría también arresto porque se le acusaba de haber violado a una señorita y haberla atado al suelo para que todos los de su fuerza gozaran de ella.

Y en la Cabaña estaba yo cuando un consejo de oficiales generales juzgó al miserable Boet y no olvido que porque el Brigadier Loño no se conformó con la resolución del Consejo que lo condenó a seis años de presidio y sostuvo que merecía la pena de muerte y no otra alguna, —fue arrestado por el General durante dos meses y amo-

nestado por no haber estado dispuesto a aceptar el voto de la mayoría de los miembros del Consejo.

El General mandaba a Loño arrestado porque acusaba a Boet, y en cambio todas las autoridades militares estaban al lado de este infame. Todos los días se celebraban banquetes en el pabellón del preso Boet, y nunca faltaban allí los más importantes hombres de armas, ayudantes del Capitán General y los Jefes caracterizados de voluntarios, sin olvidar al regente de la Audiencia y a los magistrados y burócratas de alta alcurnia; todos hacían la corte al asesino y al ladrón González Boet. Y de la Cabaña pasó a España no como presidiario, sino para que pudiera burlarse de sus acusadores y reír después de todos los que pensaron que un español puede sufrir por humillar y emplear los más inicuos procederes cuando éstos se ejercitan contra cubanos.

Pregunte Ud. Sr. Dupuy de Lome a Weyler, si no tomó ninguna participación en los fusilamientos de Boet y en sus robos.

Pero voy a refrescarle la memoria.

Tengo yo por desgracia un pariente —por afinidad— el Teniente Coronel del Cuerpo de Inválidos Don Arturo Carreras, Ayudante de Valmaseda, amigo y compañero de Weyler.

¿Se acuerda Weyler de cuando este famoso hipócrita Carreras fue como ayudante de Valmaseda, a buscar los prisioneros cubanos que tenía en su cuartel González Boet?

¿Recuerda que en la marcha fueron asesinados todos por la retaguardia de la columna?

¿Ha olvidado quién dio la orden infame?

Anote este dato Sr. Diplomático: más de 300 cubanos murieron entonces sin formación de causa.

¿Qué más causa?

Eran cubanos: ¿a qué mayor delito?

Publiqué una obra "El 27 de Noviembre de 1871". Léala Sr. Dupuy de Lome: en ella encontrará Ud. bastantes infamias autorizadas, consentidas y sancionadas por España. Bajo la bandera de la nación civilizadora se asesinaron a los ocho inocentes compañeros míos y se nos remacharon grillos en nuestros pies.

No olvida Cuba los hechos que he dejado en ese libro como castigo para los asesinos y como vergüenza para la cobarde nación que se dejó imponer por una turba de borrachos y rufianes.

Voy a concluir, pero antes recuerde a su amigo Weyler a un Capitán Domínguez que sufría en el presidio su condena de seis años de cadena cuando fuimos a las Canteras de San Lázaro, a sufrir el palo y los insultos de los agentes del Gobierno que representa en Washington el Sr. Dupuy de Lome.

El tal Domínguez —que fue indultado cuando lo fuimos nosotros—, ambos decretos se publicaron en el mismo día en la Gaceta de Madrid estaba allí por haber mutilado unos cadáveres cubanos cortándoles a todos las orejas que presentó a Valmaseda en uno de sus festines. Domínguez tenía por defensor a Weyler y trabajó por salvarlo y lo consiguió puesto que el infame, como Boet, solo pasó por el presidio por pura fórmula. Fue a Madrid y luego ocupó de nuevo su puesto en el *valiente* y *digno ejército* español.

España premia hoy las infamias de Weyler como premió a Crespo, el asesino de los estudiantes, y a López Roberts y al cobarde Mayor del Presidio Arderius y a los otros que han muerto de rodillas como Lersundi, o encerrados en un manicomio como López Ayala, perseguido por el recuerdo de aquella tarde en la que tuvo valor bastante para mandar en alta voz el fuego en el campo de la Punta.

Defienda el Sr. Dupuy de Lome a sus hombres criminales los unos, que no pueden borrar de sus frentes la gota acusadora de sangre inocente, burócratas avaros y ladrones los más, y todos cómplices en la obra continuada y antigua de exterminio y pillaje que se da en llamar de civilizadora colonización.

Pida perdón para los reos y respeto a los que no sabemos mentir y ocupamos como hombres, nuestro puesto de honor.

Y sin querer he escrito el artículo que pensaba desde que leí la carta de Dupuy de Lome al *Herald*. Mucho más hubiera podido recordar, pero lo he dejado en cartera para otra vez. Basta con esto por ahora.

Ya Pinto está poniéndolo en limpio y mañana se lo mandaré a Corona para que lo publique en *El Cubano Libre* y lo mande a Nueva York, para que lo reproduzca *Patria*.

Han llegado los exploradores con malas noticias. El enemigo ha tenido fuego con nuestras tropas en Naranjos, que el Gobierno se retiró y que después mandó un refuerzo de 500 hombres a Rabí que es el Jefe nuestro que allí defiende el campo. Dicen que otra columna española viene a reforzar la que ya se bate. Y en síntesis, que no puedo salir de aquí y tengo que esperar a que los malditos gringos se quieran retirar. Me he enterado y no puedo coger otro camino: estoy como sitiado y amolado. Dicen también que el Gobierno ha salido len honroso chaqueteo. ¿A dónde habrá ido a parar? Dios quiera que no tenga que ir hasta el Camagüey o hasta Las Villas.

Y aquí me quedaré hasta que pueda: otro día de calor y de aburrimiento entre esta gente sucia y ordinaria.

Pero: paciencia y engurrúñate.

Y se pasan los días sin que pueda yo saber de ti, ni tener el consuelo de mandarte mis cartas y cuanto escribo para ti.

Me quedo durante horas enteras abrumado por mis pensamientos, sin hablar y fijos los ojos de mi espíritu en el lugar en donde está mi esperanza, en donde estás tú, almita mía!

Y en mis ojos hay una lágrima que quema mi mejilla...

¿Hasta cuándo estaré separado de ti?

¡Qué largo y qué duro es mi martirio! Pero así vale más —para la satisfacción de mi conciencia—, el sacrificio que ofrezco a mi Patria.

Quiéreme alma mía como yo te quiero... Y no me olvides Asuntica.

Mandando Weyler acaba de cometerse un crimen cuya relación exalta y clama al cielo justicia.

El Subprefecto de Cabezas, aquí en Oriente, fue hecho prisionero por las tropas españolas y porque fué fiel a su bandera y se negó a dar vivas a España fué abofeteado, le cortaron antes de matarlo, sus partes genitales y después lo tasajearon inhumanamente. Este hombre se llamaba Francisco Alcolea, y Weyler ha consentido esta nueva barbaridad o la ha ordenado.

Ya va siendo largo este escrito y aún guardo verdades que quiero que sepa el diplomático Dupuy de Lome.

El párrafo anterior lo he unido al artículo que titulo *"Verdades"* y que dedico a Dupuy de Lome. Ya lo ha puesto en limpio Pinto y lo he mandado a Corona para *"El Cubano Libre"*.

Céspedes le ha mandado un oficio al Prefecto para que le tenga preparadas unas cargas de víveres. Parece que viene para acá.

¿Vendrán con él Veranes y Padró?

Sale ahora una pareja del teniente encargado del Depósito de caballos de la fuerza para ver si mañana puedo seguir mi viaje.

Abril 5

Después de almuerzo llegaron ayer Céspedes, Padró y Veranes y con ellos todos sus ayudantse y oficinistas y los hombres armados y desarmados que los acompañan.

Como era natural se habló de Maceo, y yo tuve que requerir a Veranes por sus frases agresivas e injustas sobre el que lo había propuesto para Jefe de Sanidad y por lo tanto, Coronel de Sanidad. Padró también habló contra Maceo, pero con sus mismos argumentos le hice comprender que si podía estar resentido personalmente del hombre, estos resentimientos, por grandes que sean, no justifican la animosidad contra el valiente Jefe cubano, único que merece la dirección de las fuerzas orientales, por sus trabajos y por su fidelidad a los principios que inspiran todos los anhelos y dan prestigio a todos los propósitos de esta revolución.

De intento quise tratar esta cuestión tan pronto como la iniciaron Padró y Veranes para de esa manera dilucidar los puntos y evitarme estar escuchando necedades que vienen a sembrar el desaliento en todos los que escuchan estas miserias.

Algo se habló después sobre esto, pero ya en otro tono y haciendo justicia a los merecimientos de Maceo.

Viene Céspedes del Gobierno y me dijo cosas que siento tener que anotar aquí. Me dice que el Gobierno ha nombrado a Mayía, Jefe de los tres cuerpos de ejército; que según la nueva Ley comprende Oriente; que impidió que siguieran para Occidente las fuerzas camagüeyanas que pidió Gómez, y que crece en los Señores del Gobierno la inquina contra Maceo en cuya deposición piensan con insistencia. Ya Pina está en el Gobierno y por eso ha podido celebrar sesiones el Consejo. También me dijo Céspedes que se intentaba celebrar sesiones como las de Maibío, a las que asistieran Jefes de todas las fuerzas, sin duda para dar publicidad a estos acuerdos. Y me agregó que una de las causas que lo habían determinado a dejar el Gobierno, era no querer tomar parte en esas juntas.

Sin duda por esto me llaman, para que yo asista como Ministro a estas reuniones en las que a mi juicio, se va —no a arreglar los asuntos de la guerra, —sino a comprometer la revolución y dar principio a una serie de miserias que Dios sabe a donde nos han de llevar.

Ya voy viendo claro en el objeto de mi llamada y también voy descubriendo cuan tristes y dolorosos han de ser para mí los días que se me esperan en el Gobierno.

Céspedes, que se *sigue sintiendo Gobernador de verdad*, ha acampado al lado de la Prefectura, en su tienda de campaña. Padró y Veranes, en un rancho vacío que está aquí cerca. Quisieron organizar un baile anoche, pero las *niñas* no se prestaron, y los músicos, un acordeón y un timbalero, tuvieron que retirarse como a las nueve, hora en que se acabó mi vela y nos acostamos.

Padró y Veranes se ha convencido de mi disposición en contra de todo lo que sea camarilla y están más sumisos. Padró, —a pesar de cuanto ha dicho y ha hecho en contra de Maceo, —ve con disgusto la determinación del Consejo, y como yo, entiende que esto puede traer serios disgustos y graves responsabilidades para los que se han atrevido a tanto sin pensar en lo que la Patria exige y que la Revolución impone a los que la dirigen y son sus representantes en el Gobierno.

Con Cáspedes viene Sauvanel, Teniente Gobernador de Mayarí. Le he dicho al amigo Céspedes las razones que tengo para haber propuesto al Pelado Sánchez en su lugar. Parece que Masó está empeñado en que se quede en su puesto el Sauvanel y si no quiere oír

lo que les aconsejo, los dejaré obrar como quieran, que después —si vuelvo el lado de José— presentaré —de nuevo— mis quejas justificadas.

Como una prueba de que Veranes quiere majasear, le oí decir que va a pedir al Presidente una licencia por seis meses para sacar de Cuba a su niña, que es ya una señorita.

Padró —parece que lleva deseos de renunciar a su destino y vuelve a pedirme la creación de una plaza de farmacéutico proveedor de la Sanidad en Oriente.

Ojalá pueda yo complacer a todos, con tal de que no perturben —con sus intrigas, los esfuerzos de los que de veras—, y sin esperanzas de agradecimientos ni honores, trabajamos por el bien de la Patria.

Las parejas de exploradores me anuncian que la tropa se retiró a Palma y que el Gobierno está en Baracoa, a poca distancia de Mapos.

Saldré mañana temprano, y a Céspedes dejo el encargo de que me remita a donde esté, los encargos que mandé hoy a buscar con su Prefecto y que Veranes me encargó a Cuba.

Ojalá no los pierda, pues me hacen mucha falta. Ya los zapatos, que son los mismos que traigo desde Pine Key, están rotos, y la ropa se me sale del cuerpo.

He estado gran rato hablando de Martí con el portorriqueño Tirado. Me recordó un banquetico que los cubanos dieron a Martí antes de mi llegada a Nueva York en el que hablaron Vargas Vila y otros. De ese banquete algo me dijo Martí con cariño, y en las palabras de Tirado recordé frases de cariño de mi hermano. Todos brindaron en el banquete aquel por el hombre político y el eminente literato. Tirado brindó por el hombre bueno y por el hermano de todos los que sufran. Recordó que un día tristísimo para él, cuando había muerto un tipógrafo compañero y paisano suyo a quien quería como a un hermano, después de depositar el cadáver en la casa de un enterrador y haber ajustado el importe de la inhumación, fué a la casa en donde trabajaba a suplicar que le adelantaran tres o cuatro semanas de trabajo, pues de este modo podía atender a todos los gastos, puesto que ganaba semanalmente veinte y cinco pesos como regente de la imprenta. Negó el amo a Tirado el favor que le pedía y lleno de angustia volvió a donde estaba su amigo muerto. Díjole

al enterrador lo que le pasaba concluyendo por pedirle lo inhumara si creía en su palabra y estaba dispuesto a esperarlo para el pago y en caso contrario, que diera parte a la autoridad y obrara conforme a la ley. Cuando el enterrador se disponía a servirlo y a esperar por el pago, se presentó Martí —a quien Tirado no había buscado: pagó el entierro y puso un billete en las manos de Tirado dejando en su angustiado corazón palabras de consuelo. El recuerdo de este noble rasgo de mi hermano, fue el tema de su sentido y cariñoso brindis. Vargas Vila le contestó con un abrazo y a mí me parece que escucho las frases de afecto conque Martí me contaba los detalles de aquel banquetico.

Mucho hablamos esta noche de Martí. De la habitación de Martí en donde me parece verlo siempre sentado delante de aquel pequeño escritorio en donde tanto escribió y en donde tantos fueron a buscar consuelo y todos encontraban los brazos y el pobre bolsillo del hermano. Sobre el bufete, me parece que me hablan de los días que pasó en Nueva York, la rosca de su grillete y una pequeña estatua del cura que peleó por la libertad de Méjico, y el retrato de su padre Don Mariano, y todos los que allí recordaban a Cuba y a sus talentos y sus mártires y cada libro de aquella buena biblioteca me señala largos días de estudio del profundo conocedor de todos los adelantos científicos y literarios y del sabio pensador que en todos los volúmenes supo dejar siempre una nota o un pensamiento que muchas veces valía más que toda la obra que se lo inspiraba. Y los paquetes de Patria y los folletos y papeles que llenaban el pequeño cuarto que era más que un despacho de hombre de letras y de un político, templo consagrado a la virtud y altar delante del que siempre estaba el sacerdote de nuestra honra y el Cristo que tenía los brazos abiertos para recibir a sus hermanos y el soldado fuerte que había de ser jefe y el espíritu, la inteligencia y el brazo que había de llevar a todo su pueblo a la pelea redentora. Ah, aquel cuarto pobre no está vacío ni solo, para mí! el espíritu de nuestro hombre más grande está allí y estará siempre para mí...

Decía Tirado: Oh! aquella puerta siempre estaba abierta para todos, y nadie salía de allí triste ni sin hallar consuelo para sus dolores.

Y así era en efecto. Martí andaba con los zapatos rotos y la ropa vieja y raída, pero siempre encontraba en su bolsillo una moneda que ofrecer al que llegaba hasta él, necesitado y triste. El, más pobre que todos, repartía entre todos, las inagotables riquezas de su alma. Por eso todos los que sufrían iban a aquel cuarto. Por eso era aquel un templo y el cuartel en donde siempre estaba de guardia

y siempre estaba vigilante el soldado que preparaba el acero para defender en la tierra esclava, el derecho que tenía a la libertad.

Y recordaba también Tirado, aquellos días tristes en los que hubo hombres en Cuba que le calumniaban cuando con valor contestó en su discurso del Cayo a los que dando al pueblo lecciones de cobardía, pintaban los días de las marchas a pie y descalzos, sin pensar que cuando unos se vendían a los españoles, otros se preparaban para domar para siempre la oprobiosa dominación española y demostrar a los tímidos que ahora podríamos llegar a caballo y victoriosos hasta los muros de La Habana.

Y recordaba Tirado que en aquellos días para que pudiera publicarse a un mismo tiempo la carta que insertaron en *La Lucha*, Collazo y Aguirre y otros, y la contestación de Martí, empasteló las formas del primer escrito que Trujillo quería publicar en hoja suelta.

Y me habló también de las penas de Martí cuando su esposa infame lo dejó y se fué con su hijo; y la mañana en que llegó a la casa de Trujilo cuando éste le avisó por un telegrama su fuga.

—Yo salí, detrás de él, de aquella casa en la que quedó la cuñada y a la que Martí no volvió más. Sin hablar lo acompañé y en los trabajos políticos lo vi emplear todo aquel día sereno y triste como siempre, pero como siempre cariñoso y afable con todos. Y nunca le oí una sola frase contra Trujillo a pesar de que aquel hombre que se unió a Carmen para hacer sufrir a Martí separando de su lado, a su hijo, le debía el más grande de los favores, pues Martí lo salvó con todo el producto de su trabajo acumulado con honradez y laboriosidad de que lo encerraran por ladrón en las cárceles de los Estados Unidos.

Tirado vivía en casa de Trujillo y por lo tanto conoce bien toda la infamia de este hombre y toda la traición de aquella mujer inicua y de aquella madre criminal.

Me dijo Tirado que Martí al ir para Santo Domingo le dejó a Benjamín Guerra dos cartas cerradas: una para Gonzalo de Quesada y la otra para su hijo Pepe, para que las entregara tan pronto como supiera que había muerto en la guerra.

Cumplió Benjamín el triste encargo. En la de Gonzalo le encargaba que guardara todos sus papeles y en la de Pepe le dejaba la cadenita de su reloj.

Me dice también que Carmen a su llegada a Nueva York solicitó de *Gonzalo* los papeles *por pertenecer a su hijo* y me dice que cuando él salió para acá dejó a Gonzalo dispuesto a acceder a sus deseos.

¡Pobre Martí! preparó su testamento y vino a Cuba a morir, para enseñar a los cubanos hasta donde es grande su obra y cuantas noblezas había en aquella alma superior; en aquel corazón tan puro como tierno. Los que supimos amarle, así como los que lo ofendieron tenemos que doblar la rodilla ante su cadáver, como ante el más santo altar!

Santiago de Cuba,

Abril 6, Naranjo.

Llegamos aquí ya cuando se esconde el sol y llegamos cansados de la larga marcha; más de diez leguas. Desde aquí me escribió el Marqués y Sánchez Agramonte, pero ya no están, volaron, y presumo que estén muy lejos.

Tanto en las prefecturas que hemos dejado atrás como en esta misma, *responden todos a mis preguntas*, que van para abajo y que están muy lejos. Rabí está acampado en Mapos y ya le he escrito para verlo mañana antes de seguir. Y seguiré hasta que llegue al fin... de esta jornada, se entiende.

Al llegar al campamento encontré las señales de la reciente lucha con las tropas: todavía humean los troncos de las casas. Todavía no he podido tener detalles ciertos de la lucha; lo que oí al Prefecto fue que tan pronto como llegó al Gobierno la noticia de que habían salido de Palma los soldados, levantó este el [campamento] y no esperó a pesar de que había tenido aquí una concentración de fuerzas y por lo tanto tenía juntos más de dos mil hombres.

La cobardía de Roloff por todas partes.

Estoy acampado en el monte: mi rancho de yerba seca, que ya encontré hecho, —es de los que ocuparon las fuerzas del Gobierno— y tan chiquito que no cabe en él más que mi hamaca; pero estoy solo y no molesto a los demás, ni me molestan a mí con charlas tontas.

Y como me quieren o me necesitan a pesar de ser el más pequeño de toda la ranchería, han venido a él mis amigos Padró y Veranes, pues no sé si te dije que juntos emprendimos esta mañana la marcha hacia el Gobierno.

A más de la cartica que escribí al general Rabí le mandé un oficio con el Prefecto, pues oigo decir que se va mañana o esta noche y no quiero quedarme sin quien me saque de estas sabanas: el irá probablemente a donde está el Gobierno y con él me voy, sino ya veremos.

Y también le noticié que me acaban de decir que los españoles están por la Ceiba de los Cafetales, a tres leguas de aquí y que se lo decía por venir conmigo Padró y traer éstos algunos miles de pesos que no deben perderse.

Cuantas cosas y cuantas noticias distintas en estos días: no podría acabar en toda la noche si tratara de apuntarlas todas y a más de que eso sería gastar tinta y papel en balde; la posición en que escribo no es nada cómoda: sentado en la hamaca y sin mesa porque mis asistentes me han perdido la tablita que cargaba en la acémila, y además hay frío y viento de agua que me apaga la vela y sobre todo ganas de que se pase la noche y con el día venga la luz que es esperanza y consuelo y cesen las tinieblas y las oscuras sombras entre las que esconde sus garras el genio del mal.

La noticia de que en Ceiba hay soldados ha alarmado a mi gente; hasta Escobar, que es de los serenos, no las tiene todas consigo. Yo no tengo gente para poner guardias y dejo este trabajo a los de Padró y Veranes, y no sé si porque se ha descuidado poner guardias o porque Escobar no sabe en donde están y como no las ve supone que no las hay, al legar a su rancho de vara en tierra, peor y más chico que el mío, dijo: "Con el enemigo a dos leguas y sin guardias". Lo llamé enseguida y después de enterarme que la noticia era sólo un "se dice" de una familia que llegaba de fuera a la Prefectura. —Le dije que para que todos durmieran tranquilos sería conveniente que hicieran una imaginaria durante la noche, me refería a mi gente: desde ayudantes hasta acemileros.

Ahora ya tendrán menos miedo, pero yo espero que mañana Rabí me saque de apuros y me deje andar tranquilo sin ocuparme de guardias ni de enemigos. Iré a su cuidado y tranquilo.

Entre las noticias *ñeques* que se dan merecen mención la que oí en Canastas, que pasaba a Oriente una comisión de Gómez y Calixto García, que ya ha desembarcado, comisión que lleva a José cartas de ambos en las que lo mandan a buscar. Y el desembarco de Calixto tan pronto se le supone por Baitiquirí como por Occidente: también me dijo hoy el Prefecto que Cebreco estaba recibiendo otra expedición pequeña por aquí.

¡Cosas de los mambises!

Lo que si es cierto es que hoy al llegar a una Prefectura vimos a dos hombres montados que al vernos emprendieron la más precipitada fuga: dos parejas salieron a escape por dos puntos y al fin copados, cayeron en nuestro poder los fugitivos que eran dos majases que al vernos pensaron que éramos soldados y dijeron: "a correr que nos necesitamos vivos para cuando se acabe la guerra".

El cuaderno se me acaba y antes de concluir, te he de decir que Veranes pide licencia para ir al Norte a llevarse su hija y su esposa.

Y yo me quedo. Lo envidio porque él te verá y yo no, por ahora, pero no envidio su conducta. Te adora siempre.

Fermín.

2ª S.(*)

No. 10

Jiguaní

Cañadones, 7 abril 1896

A la comunicación que pasé anoche al General Rabí desde Naranjo, me contestó que tan pronto como recibiera su contestación hiciera lo que en ella me decía. "Ponerme en camino hacia su Cuartel General en Mapos, y en una nota me anunciaba que Pina estaba con él". Las 11 y media serían cuando recibí el papel que en nombre de Rabí y por su orden me escribió su ayudante secretario Justo Campiña, la enseñé a Padró y Veranes y en el momento mandé preparar las cargas y aparejar las bestias para la carga. Veranes y Padró me imitaron. Como a las 12 salimos para Mapos a donde llegamos a las 2 de la mañana, pero dió la maldita desgracia de que no se encontró en el campamento el Jefe de día y en pleno monte nos tuvieron los de la avanzada hasta las 5 que tocaron diana. Estropeadísimos llegamos, pero disipó mi mal humor el afecto con que me recibió Pina y el General Rabí, pero pocas horas duró la alegría; el General estaba de marcha para seguir la dirección que lleva el Gobierno. Padró y Veranes se quedaron y acompañado de mi escolta y de Pinto, seguí yo en la larga columna de Rabí hasta llegar a este campamento sin tropiezos pero cansado, no tanto por la larga marcha como por la mala noche.

En los pocos momentos que pude hablarle a Pina supe que se me espera en el Gobierno para que siga siendo Ministro.

Poco pude explicarle de mis razones para protestar de la conducta del Gobierno, pero pensó conmigo que no podía proponer la Ley de Organización Militar. Y también le hablé sobre las cantidades que necesita el médico para cuidar de los heridos. Convino conmigo en que debe Padró proporcionar al Jefe de Sanidad todo lo que le pida.

Padró se quedó con Pina, y con él, los ñeques y necios Pullitas y Precipicios. Y también se quedó Escobar: estaba casi sin ropa, —tan rota estaba su camisa y sus pantalones—, y fué a buscarse algo

(*) Archivo Nacional de Cuba. *Donativos.* Caja 270, No. 13.

nuevo y a traerme mis encargos. Con pena me separé del buen compañero, pero al fin veré si no se pierden, mis polainas nuevas y otras cosas.

En la marcha hablé a Rabí de las determinaciones del Gobierno que yo creo abusivas y antipolíticas. Como yo, piensa Rabí que José aceptará todas las medidas que se dicten de orden militar, con tal que todas —por radicales que sean— deben emanar todas, como preceptúa la Consfitución, del General en Jefe o de su Lugar Teniente General. El está animado del más leal espíritu de unión y cree que sólo con ella podemos vencer al enemigo y llegar a ser libres.

Me habló de Calixto García con amor, y me significó cuanto deseaba que llegara a las playas de la patria.

Y como éste, pensaría José, si tras de estos nombramientos no viera la obra de las camarillas; la que trajo ya a Oriente la imposición de Carrillo como Jefe de Oriente.

Y luego Montalvo me dijo que Sánchez Agramonte le había dicho que el Dr. Galano sería el Jefe de Sanidad del 1er. Cuerpo, y que yo me quedaría de Ministro.

Le escribo a José Maceo noticiándole las nuevas que sé, pero a la vez aconsejándole que se conserve en su puesto para aplastar con sus actos heroicos y patrióticos a los envidiosos y fatuos legisladores. Y le anuncio lo que haré yo: me pasaré al ejército y en el Gobierno o al lado de José, seguiré mi ruta hasta que pueda descansar... o gozar a tu lado de la gloria!

Mañana sigo el viaje con solo un práctico y mi escolta.

Todos los que operan al lado de Rabí elogian su valor y su finura como hombre. Hace pocos días, en el último fuego, tuvo que pelear cuerpo a cuerpo con un guerrillero y salvó la vida gracias a su serenidad y su entereza.

No finge modestia, sino que es de verdad sencillo y patriota sin afectación ni vanidades; tiene en sus labios una sonrisa de bondad y en sus ojos todo el fuego de los caracteres indomables y enérgicamente grandes De un temperamento nervioso, es fuerte y erguido, y no necesita ser altivo para imponer sus órdenes En este campamento no se oyen gritos de jefes, pero tampoco se nota la algazara de los que faltan, con sus desmanes, a los deberes que están obligados a cumplir. Se obedece aquí por cariño y por patriotismo.

Es sin embargo, Rabí —por su bondad— débil, y esto perjudica el éxito de sus empresas militares, y prueba de esto fué la última batalla aquí en Naranjo en la que sus soldados no obedecieron sus órdenes y no pelearon como otras veces, llegando a un grado de indisciplina que fué la causa de que murieran dos bravos soldados y otro saliera herido.

Me contaba Montalvo que era hermoso verlo ante los enemigos descargando su revólver y cada vez avanzando en su caballo y ocupando los lugares más peligrosos en el combate.

Desde el día que lo vi en Maibío, que fue el que lo conocí, me fué sumamente simpático este noble guerrero

---

Le elogiaba Montalvo al general mi revólver, y él me propuso cambio por el mío; no me decidía a dejar el que traje en mi expedición, pero me aseguró Rabí que el suyo era el que trajo Martí a su llegada a Cuba y ya esa razón fué bastante argumento para que yo hiciera con gusto, el cambio. Tengo ya una joya! [objeto] que estuvo con mi hermano en la guerra, y que ha pertenecido a Gómez después y a Paquito Borrero y ahora era el arma conque se ha defendido la vida el General Rabí.

Vi a Collazo y me extrañó; ya yo lo hacía en los Estados Unidos. Me dijo que el Gobierno había descubierto que iban en un bote y habían matado a tres de los expedicionarios y ellos habían creído prudente no acercarse ni por el lugar del fracaso. Ya en la marcha recibió un oficio, creo que de Pina, y se fué; volvió para atrás.

Uno me dijo que entre los que se van a los Estados Unidos hay un abogadito que va a hacer propaganda para conseguir dinero y poder comprar cápsulas. Creo esto ridículo y no lo entiendo bien. ¿Ha consentido esto el Consejo? ¡Que cosas tan ridículas voy anotando!

Vega de Pestán

8 Abril

Me dió el General Rabí un práctico, pero es —como todos— una calamidad. Me ha traído aquí porque le convenía por tener su familia cerca y me ha hecho perder tiempo. Acampado en esta Prefectura ha venido uno de la fuerza de Rabí que ya va adelante. Tomo otro práctico y seguiré tan pronto como almuerce.

Las Cañadas del Yarey

De Vega de Pestán fuimos a los Jalicos, luego a los Baj [...] a Talanquera y llegamos aquí oscureciendo después de haber andado 20 leguas.

Ahora sí que hemos dejado atrás a Rabí.

Holguín, 9 Abril

Mala Noche

Al llegar aquí me dicen que el Gobierno que pasó por los Moscones y está para abajo, vuelve por aquí, que en este punto está el Brigadier Rojas y los expedicionarios recientemente desembarcados. Iré allá para saber a donde está y como he de encontrarlo. Me dicen también que vuelve, y que por eso se ha quedado por acá —amando quizás— Vivanco el Secretario Canciller.

He conocido a una almita pura y buena, que sabe sentir y sabe amar. Es además muy inteligente y escribe tiernamente y la sinceridad de sus pensamientos denota que la mujer vale tanto como la escritura.

Sus ojos hermosos son los ojos conque sueña Loynaz, y en sus labios tienen, —como en nido de amores— todos los besos purísimos que lleva en su imaginación de poeta, y es además la musa del guerrero.

Son novios. Por conocerla me he detenido en Mala Noche.

Tunas.

Monte Grande, 10 Abril

Poco tiempo me demoré en Mala Noche: la buena familia del Subprefecto Justo Magín Valdés, tío de Consuelo... de Loynaz, me ofrecieron un almuercito y en seguida me fuí al Ciego de la Rioja cerca de L's Moscones en donde supe estaba acampado el Brigadier Rojas con su fuerza; allí esperaba tener noticias del Gobierno. Y las tuve. Rojas me indicó que me dirigiera a El Lavado por el sur, que allí si no había llegado, lo esperaban las fuerzas de Mayía y Carrillo. Del Ciego pues, contramarché para —dejando a un lado y atrás a Mala Noche— pasar por Sabanazo, Las Palmas, hasta Río Abajo, en donde dormí. Aquí llego temprano y espero al Prefecto, a quien he mandado a buscar porque anda encuevado por el monte. Estoy en la Casa de Postas.

Desde Mala Noche no comen nada las bestias y ya están todas cansadas. Dos se han quedado en el camino, ha sido preciso cambiarlas en las prefecturas.

Esta última noche pasada a campo raso me ha recordado las tristes noches de la Ciénaga en las que el agua y el frío no me dejaban dormí. La lluvia sin embargo, fué poca y dormí bien.

El Hatico

En Monte Grande se unió a mí, Demetrio Castillo, Despaigne y los que le acompañan. Los invité a mi almuerzo y después de charlar bastante nos pusimos en marcha, y después de tocar para relevar el práctico, es Las Arenas, llego aquí temprano y me acampo en la Prefectura. Aquí dormiré. La jornada de hoy ha sido de diez leguas.

Castillo me ha hecho saber que el Marqués le propuso ir como Jefe de los que con Collazo debían salir de Cuba para organizar en el extranjero la manera de introducir armas y municiones y que le dijo que fuera al Gobierno a saber la resolución de este asunto. Con pena lo oí yo que sé la falta que hace en Baracoa y conozco lo que todos estiman su valor y sus condiciones como hombre de guerra, tengo más motivos que el Marqués para estimar cual es el lugar que debe ocupar y en donde puede servir a los intereses de la revolución.

En secreto me ha dado la noticia, y sabré guardar silencio, pero ya pienso en lo que he decir al Marqués, caso de que —como supongo— tenga que darme conocimiento de este asunto.

Y no solamente hay en esto falta en lo que se refiere a quitar de la fuerza a un hombre útil, sino que José Maceo ha de ver —con razón— en esto una manera de herirlo, pues le quitan no solamente a un militar de prestigio, sino a un blanco que necesita poner al frente de las fuerzas de Baracoa y a un amigo con cuya lealtad cuenta. No deja el Gobierno de dar palos de ciego. Y repito ahora lo que le dije al ocuparme del permiso que pidió para Collazo el Marqués para que volviera al extranjero. ¿A qué mandar a los que están aquí, cuando allá hay hombres que puedan prestar los mismos servicios? Ya ésta mala obra está dando sus frutos; muchos se creen con derecho a ser de los que deben volver y conozco ya algunos que piden pase y dinero y autorizaciones para ir a buscar muchas armas y mucho parque... que no llegará nunca. Y todo esto sin contar que no en todas partes hay el cuidado de las costas, como en las de Baracoa y es difícil entrar armas sin tomar medidas de seguridad adentro antes de querer dirigir desde aquí las expediciones, sin contar que esto es dar —de paso—, un disgusto a Estrada Palma.

Castillo no se opone a los deseos del Marqués y esto es otro mal. Pero la culpa no es suya.

No ha cesado aún mi impaciencia, al contrario, es mayor cada día, sin embargo, tengo la tranquilidad que me da mi conciencia y te tengo a tí para consuelo de todas mis angustias. Sí, te tengo en el alma y te llevo siempre en la memoria, y nada me hace borrar de mi pensamiento tu amorcito santo y las esperanzas que en él tengo para poder soñar con días de gloria y con largas horas de felicidad y dicha verdaderas.

Y por tí tengo también deseos de llegar al Gobierno y andaría más pronto si eso me fuera posible, —porque sospecho que quizás Estrada Palma me haya mandado con Peña— el Jefe de la expedición que ha llegado por estos lugares, —cartas suyas y con ellas alguna tuya quizás. Ojalá sea así.

Vivo anhelando ver una letra tuya, algún papel escrito por tu mano.

¡Cómo lo besaré! ¡Y cuántas veces leeré lo que en él me diga mi Asuntica, mi ángel bueno y mi esposa adorada!

Tengo ya la tristeza del que está cansado de sufrir y se deja abatir por la fatalidad. ¡Y son tantos para mí esos días! Casi todos. Pero en los que como hoy hasta tengo ganas de estar solo con mis dolores, ni se hablar ni se escribir; necesito estar mudo para hablar a solas con mi alma, necesito sentirme a tu lado a pesar de la distancia para no creerme enfermo o muerto. Y no es que hoy haya pasado algo desagradable; es que en los campos por donde he pasado, en los distintos paisajes de esta hermosa naturaleza te han buscado en vano mis ojos, y no te he podido ver ni en los rayos de este sol, ni en los montes que me parecen barreras que nos separan... quizás para siempre.

Todo lo triste viene a mi memoria en días como hoy. Supe ayer por unos que vienen de Las Villas, o mejor dicho de Pinar del Río, que una bala acabó con la existencia del inteligente médico Latorre. Era un niño, y la muerte ha hecho de él uno de nuestros héroes. Lo dejé lleno de vida y de esperanza al lado del Dr. Hugo, allá con Antonio Maceo, y gozaba con sus triunfos y tenía orgullo en llamarlo compañero. En Pinar del Río, en uno de los muchos días de fuego, acompañaba al Dr. Hugo por lo alto de una loma y ambos iban a establecer en lugar conveniente el Hospital de sangre. A Hugo se le descompuso la montura y se desmontó para arreglarla, y cuando Latorre que había detenido su caballo para esperar al compañero, le decía, con aquella sonrisa de infantil sinceridad: "Que mal jinete me ha salido Ud." —una bala lo dejó muerto instantáneamente. Y todos los días hay que lamentar la muerte de un amigo, la falta eterna de un hermano. Era Latorre, uno de los médicos más jóvenes y una de los jóvenes más inteligentes de la revolución; consiguió todos los premios de su carrera y era aunque estudiante, uno de los médicos que tenía a su lado en La Habana el Dr. Raimundo Menocal. Trabajó al lado de Zayas como médico, y era al mismo tiempo su ayudante. Estaba a la cabecera de los heridos y en los combates siempre ocupaba un puesto al lado de los jefes más valientes, y quería ser siempre de los que atacan al enemigo. Por no seguir a Suárez que lo había tratado con dureza y que no había sabido hacer honor a sus talentos, pidió a Maceo acompañarlo a Occidente, y allá fué dispuesto a entrar en La Habana al lado de Zayas, y alegre porque iba a donde todos señalaban el lugar del peligro.

No olvido cuando con la sencillez del adolescente me hablaba de sus amores y de sus ensueños. ¡Pobre niño! Pero cuantos hombres hay que envidiarían su manera honrada y digna de morir.

Me ha dado mucha pena la noticia de su muerte, como al encontrar a Nodarse con Pina la ratificación de la de Noy, mi valiente compañero.

Me disponía esta noche a escribirte y a pensar en mis penas, cuando Castillo y Pinto y todos, me hicieron ir a un baile que daban, para tener jolgorio y cena, unos mambises de la vecindad. Fuí por complacerlos, echando en el jolongo de mi alma todas mis ideas. Cantaban boleros al compás de un acordeón y un timbal, y luego vino la danza cadenciosa e inmoral, la rumba. Algunas mujeres feas y hombres de la fuerza, formaban el coro en una salita estrecha y mal alumbrada. Me senté por fuera, y estuve oyendo cantar y viendo a los danzantes que por cierto lo hacían muy mal, unos minutos, y luego dí las buenas noches y me retiré a pesar de las instancias del Jefe de Postas que hacía de bastonero, que se empeñaba en que me quedara para que comiera un pedazo de lechón que estaban asando en una hoguera cerca de la casa del baile.

Me reí de los tipos y de los trajes, pero disimulé todo y me expliqué la fiesta; son los hombres que están en el Gobierno en El Lavado; son los soldados que han de entrar en fuego muy pronto, y quizás sí sea este para ellos el último baile.

Pina me dijo que el Gobierno sigue metiéndose en asuntos guerreros y que ahora proyecta otra operación en la que quiere lucir el último parque que se ha recibido y funcionarán los dos cañones, puesto que ahora llegó un hermano del Don Juan de Sagua.

Sigue la tontería.

Tunas

El Lavado, 12 Abril

Ayer por la tarde llegué aquí, estoy pues, en el Cuartel General del Gobierno.

Llegué al fin de este viaje no estoy satisfecho, pero si resignado.

De El Hatico acá, pocas han sido las emociones. Temprano salí y después de pasar por la Soledad y El Anoncillo, llegué a Camalote en donde almorcé. A las 2 emprendí marcha, y en menos de dos horas me puse aquí.

Me recibieron muy afectuosamente el Marqués y Sánchez Agramonte, y Mayía y Carrillo. Fué la mano de Mayía la primera que estreché y luego al ir a saludar al Marqués, este me dió quejas amistosas de mi retraimiento. Invitados por Sánchez Agramonte pasamos al pabellón de Mayía a tomar café y a hablar. Tomó la palabra Sánchez Agramonte para decirme que me había escrito después de la orden que me hizo venir, para decirme que el Gobierno no admitía mis renuncias y que esperaban que yo los complaciera estando aquí, que me había mandado mi diploma y la orden de hacer entrega de la Jefatura del 1er. Cuerpo de Sanidad al Dr. Hipólito Galano. Yo no quise insistir en mi renuncia; no retiro lo que escribí, a pesar de ello me llaman y me quieren porque creen que puedo hacerles falta y vengo —contra mi voluntad—, a servir en donde quieren que sirva. Se habló de la orden ilegal por la cual Roloff había dado de baja en la Sanidad y se me dió la razón en lo de que el gobierno no debe meterse en las operaciones militares. Le dije a Sánchez que quería poner algunos reparos para aceptar, y me prometió oírme. Y así terminé mi primera entrevista en la que todas fueron frases cordiales pero en las que yo dejé sentadas mis opiniones sobre hombres y cosas.

A solas me reuní luego con Sánchez Agramonte y fué amistosa y ardiente la súplica del compañero y del cubano. Me dijo que él me había tenido siempre como un ídolo por mi libro "El 27 de Noviembre de 1871" y por mis trabajos, y que le había escrito a su señora, que quería que sus hijos, para que aprendieran a amar a Cuba, debían tener esa obra mía como primer libro de lectura; me dijo que yo era el único hombre de talento que había en el Consejo y otros exagerados ditirambos por el estilo, y me obligó a que yo le prometiera por mi amor a Cuba, que no me había de separar del Consejo; se lo prometí, pero le indiqué la idea de pasar al ejército por así tener un puesto seguro para el día en que llegara Portuondo y quedara por lo tanto, fuera del Gobierno. A todo lo que le propuse asintió, y así le dije que quería tener a mi lado a Piñán, pues lo necesitaba por su inteligencia y buenas cualidades.

Saludé luego a Roloff que ha tomado el aspecto de un esquimal *cebado*. Estuvo atento, pero con la frialdad del burro. Vi luego a los Alsinas y Amstrong y a todos.

Sánchez Agramonte me explicó que el asunto del servicio para el que me llamaba era la redacción de una nueva Ley de Sanidad. Como no pude llegar a tiempo por la demora que sufrí en Canastas, la redactaron los otros médicos, entre ellos, el Dr. E. Padró. Aún no la he visto.

Hoy ha salido para Las Villas, Carrillo con unos hombres que van a llevar parque para el 4to. Cuerpo y para el contingente invasor. Carrillo ha sido nombrado por Gómez, Jefe del 4to. Cuerpo y Serafín Sánchez, Inspector del Ejército. Me ha dado pena que a un hombre de las condiciones de Serafín se le haya quitado el mando de fuerzas; lo siento de veras y más porque ésta ha sido determinación tomada por Gómez e indica que no lo considera bastante para llevar la dirección de operaciones militares; pero este acuerdo cuando hay tantos que no saben cumplir con sus deberes, es sensible. Pero manda el Jefe, y hay que obedecer.

Pregunté hoy a Mayía si han ido los hombres que pidió Gómez y me dijo que no, que se habían sacado unos treinta que voluntariamente pidieron ir, pero que lo otros sólo van a llevar el parque y luego vuelven a su cuerpo.

Sánchez Agramonte me dijo que se alegraba que viniera Calixto García para que fuera él el Jefe de Oriente. Me dijo que se pensaba, pero que aún no se había nombrado, a Mayía, Jefe de Oriente, y al decirle yo que este nombramiento traería un conflicto, me indicó que hablara de esto algo al Marqués. Lo hice luego, pero me encontré al Marqués muy montado contra José y lo dejé con su mal humor... Que nombren al que quieran, que ya yo he salvado mi opinión y todos saben como pienso.

Manuel Suárez anda por aquí. Muy afectuoso estuvo conmigo esta mañana y muy decidor.

¿Para qué es esta reconcentración de fuerzas? No lo sé.

Sánchez Agramonte me habló de disgustos entre Mayía y Suárez, que por poco traen graves conflictos. Y que Roloff había renunciado y otras miserias por el estilo.

Y entre estas miserias vengo yo a vivir.

Pero así es preciso que sea, puesto que así me ha tocado venir a servir a mi pobre tierra.

Ya hoy empecé a actuar como Ministro. Le escribí a Estrada Palma y a Portuondo. Al primero, sobre la expedición de Peña, y a Portuondo, para comunicarle —de órden del Presidente— que ya se le cumplió la licencia y que debe venir. Ojalá venga pronto para soltarle el mochuelo.

Después veremos a donde voy.

Sobre esto de lo que haré, ya voy pensando desde ahora. Si no vuelve para atrás le escribiré a José para que me pida para el ejército y así después ya estaré fuera de toda imposición.

Más vale morir de un tiro que no de un berrinche.

Me han dado una noticia desagradable. Me dicen que a Rosendo García le han formado causa por unas filtraciones y que vive con una mujercita por esos montes de Dios, y que en el fuego en que mataron a Noy, le dieron una herida leve en un pie. Lamento y dudo que mi buen hermano haya faltado de esa manera, pero si es cierto, que sufra el castigo que merezcan sus faltas. A la revolución no se viene más que a servir a la Patria y a morir por ella, el que olvide esto debe morirse, porque ofende con su ejemplo y siembra la duda y lleva por todas partes el descontento y hace encender de rubor las frentes de los que saben ser hijos dignos de esta madre tan desgraciada como amorosa.

A Carrillo le dije hoy al abrazarlo antes de marchar con su fuerza para Las Villas —"le recomiendo a Rosendo, es mi hermano"— y me prometió que haría por él cuanto pudiera.

¡Pobre Rosendo!

Y también he sabido de Piñán. Ahora si espero verlo a mi lado. Y si no viene y Sánchez no me lo manda, lo iré a buscar.

Anoche llegó mi fiel amigo Escobar. Llegó contento porque me traía mis encargos.

Y fué un cuadro simpático el que presentaba mi rústico pabellón. Estoy acampado a orillas de una aguada en un cayito de monte. Con ramas me han hecho el *palacio* estrecho y gacho, no puedo estar en él de pie, y si de noche hay un frío y una humedad desesperante, de día el sol no me deja ni pensar, sin embargo, con mi rota frazada y la de Pinto, he improvisado toldo para el techo, y si hay aquí calor y sol, estoy lejos del bullicio y escribo y pienso a mi gusto.

Anoche pues, cuando me disponía a comer algo que me traía mi cocinero Rafael, nuevo servidor mío que se me unió en Canastas, llegó Escobar con un gran lío que había formado con la capa.

Todos se sentaron en corro, en frente de mi hamaca; Pinto, los asistentes y los de la escolta, para presenciar la operación del desemburujamiento de la capa negra y vieja que fue mía, y Escobar ha hecho de su propiedad. Recibí un sombrero de jipijapa, dos mudas de ropa, una cartera, un par de zapatos, una bolsita de cirugía y unas polainas.

Reclamó Escobar la ropa vieja y le dí la que me había quitado en Camalote para llegar aquí con aspecto de militar de Oriente. Me quité la que tenía puesta para dársela a Pinto, y el sombrero y las viejas se las repartieron Pinto y Escobar y hasta Rafael recogió mis históricos botines expedicionarios.

A la alegre charla de mis amigos, llegaron Demetrio Castillo y Despaigne que han acampado muy cerca de mí.

Y restabecida la calma, después de comer un pedazo de raspadura para desengrasar, nos quedamos hablando de nuestras cosas políticas y así nos dieron despiertos las once de la noche, hora en que mis visitantes se fuerón en busca de sus respectivas hamacas.

Entre los infinitos temas de nuestra charla recuerdo dos que no se pueden borrar tan fácilmente de mi memoria.

Al recordar yo la especie, a mi juicio calumniosa, de que José mató a Flor, dijo Demetrio Castillo: "Un compañero de expedición de José me lo ha asegurado", y dijo el nombre, pero como tengo esta

memoria de nombres tan fatal y rara, no lo recuerdo, y me alegro, así no tengo que escribirlo aquí.

Y otro de los puntos fué, que cree Castillo que Martí en virtud de las muchas diferencias que encontró a su llegada, y conocedor como nadie de las ambiciones y de las pobrezas de los hombres que como los Maceo y los Masó ocupaban los primeros puestos, sabiendo —pensé yo— que no querían los Maceos a Gómez como Jefe por el hecho de ser extranjero y luego la poca vitalidad revolucionaria de la tierra que pisaba, le hizo pensar en cual sería la cuenta que había de poder dar —después del fracaso de Fernandina— y aprovechó y fué a buscar a los españoles con la desesperación del suicida.

Yo siempre he pensado que Martí no sólo murió por la libertad de su patria tan amada, sino que fué a la tumba empujado por las miserias, por las envidias y por las cobardías de los cubanos.

Por eso es más grande su muerte, porque es gloria para la Patria y ejemplo y enseñanza para todos, y su tumba, el calvario de nuestra libertad y el templo de nuestra honra a donde como dije más atrás, todos hemos de ir a doblar, con respecto, la rodilla.

El Comandante Braulio Peña, jefe de la expedición que acaba de llegar, es un viejo amigo mío, lo conocí allá en Filadelfia la noche para mí inolvidable en que me recibieron los cubanos y americanos en un espléndido meeting. El vapor expedicionario se llamaba Comodoro y lo acompañaban Rafael Gutiérrez Marín, Ramón Peraza, Gerardo Domenech, Tomás García, Federico González y los americanos William D. Osgood y William H. Cox.

Todo se salvó y merecen todos la gratitud de la patria. Ha tenido razón el Gobierno para dar a Peña el grado de Coronel.

Algunos se han ido esta mañana con Carrillo.

Está aquí Pespunte. Con la misma cara con la que pedía huevos tibios en la fonda de la Polaca. Tan tibio como siempre. Y tan inútil.

Hoy ha pasado a las órdenes de Mayía; hasta ahora, desde que me separé de él o él se fué de donde yo estaba, ha estado majaseando.

Que apunte me ha salido este matasiete camagüeyano.

El tal Pespunte!

Ya Rabí ha llegado a Camalote y mañana estará aquí.

Hoy he hablado con el Marqués sobre mis negociaciones para arreglar las comunicaciones con el exterior y me parece que mañana me pondré en camino para atrás a fin de ver si veo al tal.

Ahora si tengo esperanzas de poder mandarte alguna de las libretas que he escrito para tí.

Ojalá pudiera mandártelas todas. Así sabrás todas mis penas y todos mis anhelos, y todo lo que te adoro.

A mi campamento solitario han venido muchos a visitarme y a saludarme y felicitarme por haber vuelto después de demostrarle al Gobierno que no me dejo imponer por nadie y que sólo me guía en todos mis actos mi amor a la Patria y la fe en los procedimientos que señala a los hombres la Ley y el deber.

Han llegado hoy al Gobierno, y me pareció que los leía el Marqués, mis oficios a José Maceo en los que le comunicaba que había recibido la orden de venir del Consejo, y el atento oficio de Sánchez Agramonte y lo que se refería a Veranes.

No les gustará quizás la forma, pero verán la lealtad del fondo. Veremos en que situación queda Veranes ahora que han nombrado a Galano Jefe de Sanidad y no quieren concederle el permiso para ir a Nueva York y no lo quieren para Teniente Gobernador.

Y Padró parece que también perderá su destino. Me dice Sánchez Agramonte que la nueva Ley de Sanidad crea las plazas de farmacéuticos mayores con el grado de Tenientes Coroneles a las órdenes de los Coroneles Jefes de Sanidad y que uno de estos puestos es el que debe ocupar Padró, Tomás.

Allá ellos.

Dice el Marqués que el Consejo está en vacaciones hasta el 1ro. del próximo mes; por eso me tomo el asueto y voy a ver si me consigo

algo que me hace falta: casa de campaña y capa y montura y otras municiones de boca, pues mi pobre despensa está ya en quiebra.

Y sobre todo voy a ver si puedo arreglar mi correspondencia contigo.

Ya que no te veo, necesito leer tus cartas y saber que no me olvida el ángel de mis amores.

Monte Grande, 14 Abril

Ayer me despachó el Marqués y he venido por otro camino más directo. Dormí en Las Peloncitas y llego aquí a las diez. Después de almuerzo sigo mi marcha.

Ayer me dieron la noticia muy temprano de que el Gobierno cambiaba de campamento, dentro del mismo potrero. Y cuando me preparaba también para marchar, llegó Rabí con su fuerza, y lo más importante para mí, del Camagüey había recibido el Marqués cartas de Nueva York. Con ansiedad esperé el momento de leer lo que fuera para mí y con la mayor tristeza vi que sólo tenía una carta que me escribía Estrada Palma como Ministro.

Ni una carta tuya. Ni de Poyo, ni de nadie.

Poco después acampamos y antes que colgaran los asistentes mi hamaca me dijo el Marqués: "Puede Ud. ir a donde quiera hasta el día 1ro. y de paso me llevará una carta para Pina": y en el acto arreglaré mi marcha.

Ya estaba yo casi arrepentido de volver para atrás y había pensado mandar a Escobar a buscar mis encargos, pero recibir la carta de Estrada Palma sola, sin ninguna tuya, me decidió a emprender este viaje para hablar con el que será el encargado de mi correspondencia y la de la Secretaría del Exterior.

Si ahora no puedo arreglar la correspondencia desespero de poder saber de tí.

Pero no quiero pensar en esto.

La carta de Estrada Palma no me dice nada de particular.

Y no he tenido tiempo de leer los periódicos.

No sé de tí. No me importa no saber de los demás.

Castillo y Despaigne se han quedado; le dijo el Marqués al primero, que hoy lo despacharía; por si nos podemos reunir ya le dejé a Castillo una carta en Camalote indicándole el rumbo que sigo.

Balán va para el Gobierno con su fuerza. Siento no haberlo encontrado en el camino.

Se me han acabado los tabacos y es probable que él me llevará algunos.

Me dicen, oigo repetir, que Manuel de la Cruz ha muerto. Pobre Manuel!

Y oigo decir que al Dr. Castillo lo han nombrado Sub-delegado en Nueva York.

Me alegro, siempre que estos títulos hagan trabajar mucho a los que —como Castillo— han pasado el charco.

Sabanazo.

No han podido las bestias continuar el viaje hasta Mala Noche y aquí tengo que pasarla pero, puesto que si allá el pasto es malo, aquí no hay más que mala pajilla.

Estoy malo del estómago. La bilis que me mata. Ahora como bien y mi cocinero es de lo mejor que hay por la manigua, sin embargo, estoy malo y es que al fin mi naturaleza se resiste ya a tantos sufrimientos. Si ayer hubiera podido llorar me sentiría mejor... Oh! no puedo olvidarlo; todo el mundo recibió cartas... Sólo yo me quedé sin noticias, mi amorcito. Buscaré al amigo que debe mandar las cartas y trataré de arreglar bien la manera de mandar y recibir la correspondencia.

Holguín 16 Abril

Sabanilla

De Pestán, punto a donde fuí cuando dejé al General Rabí, me dirijo a Canastas por otro camino, y de aquí saldré mañana. El camino que traigo es más animado y más bellos los paisajes de la naturaleza. Dejé atrás la Yaya de la zona de Jiguaní y contemplé la unión del Contramaestre y el Cauto. Mañana pasaré cerca del lugar en donde murió Martí, pero también ahora puedo llegar hasta el punto sagrado para mí, pero trataré de ir a mi vuelta.

Todos me dan la buena noticia de que ya está entre nosotros Calixto García y su expedición. Dicen que José Maceo y Periquito Pérez vienen con él y aseguran que ya mañana deben llegar a Maibío. En Canastas tendré mejores noticias, y quizás en el camino que llevaré mañana, pues me dice el Jefe de Postas de este punto que el Prefecto espera mañana a Carlos Manuel Céspedes el Gobernador.

En Pestán dejé al laborioso Teniente Gobernador Luis Martí. Sigue con su grueso abdomen y su cinto entre las piernas de puro bajo y sus largas patillas rubias y sus andares de burgués. Es un buen hombre, y el mejor Teniente Gobernador que tenemos.

Estoy en un caserón viejo y casi destruido, pero aún hay taburetes y cocina y aspecto de pueblo.

Ya ha acampado mi escolta que se ha aumentado con los cinco números que me dió el Marqués del "Batallón de Honor" del Gobierno.

Te escribiré una larga carta cuando llegue a Canastas; no me atrevo a mandarte mis libretas hasta que no reciba carta tuya y sepa que están en tu poder las que ya te he mandado.

Canastas, 17 Abril

Ya estoy otra vez en este lugar, y espero saber pronto si puedo escribirte. Ahora sí creo que he de dejar arreglada mi correspondencia. Por el camino encontré a Céspedes y le hice poner a mi disposición al Prefecto Arias. Ya estoy en brete y estoy intranquilo hasta que vea a mi hombre y sepa que puedo saber de tí.

Encontré a Valiente que lleva al Gobierno un repórter de un diario americano. Tuvo su interview conmigo.

Me dice Valiente que la expedición es buena y que trae Calixto mucho armamento.

Tengo ganas de ir para el Ramón o Jarahueca por donde dicen que andan.

He escrito un articulito que dedico a mi amiguita Consuelo la de Mala Noche, y aunque tú sabes mejor que nadie cuanto digo en él, te lo copio porque todo lo que salga de mi pluma es tuyo antes que de nadie.

Va, pues, el artículo.

Luz y Sombras.

En la puerta de un templo del placer y del amor lucía, con letras de fuego, que la pila eléctrica mantenía, —orgullosa de romper las sombras que envolvían la ancha calzada de un simpático barrio de la populosa Habana—, este dístico: "La Caridad", que indicaba el lugar de la cita y que decía a todos que en los mármoles de sus umbrales quedaban el hastío y los dolores.

Adentro el baile y la fiesta y la alegría del carnaval; todos los hombres y las más hermosas mujeres allí se reunían para olvidar y para pensar quizás, los que habían vendido al déspota sus deberes como cubanos, y los que cada día sentían con más vehemencia las tristezas y los dolores de la Patria.

El salón era estrecho para reunir tanta muchedumbre elegante: No faltaba nadie aquella noche.

Y se respiraba allí perfume de virtud, y parecía que no podía ajarse ninguna flor en aquel búcaro, formado por los ángeles más bellos de este hermoso cielo de Cuba.

*
* *

Ante la modesta escalinata se detenían los trenes más lujosos y se sentía orgullo al ver desfilar tanta virgen hermosa, y tantos amores con disfraz de ángel.

*
* *

De un cupé egoísta, que denunciaba ser de un médico, saltó una pareja al parecer feliz; tan estrecho y tan elegante era el nido de donde habían salido, que parecía orgulloso de llevarlos juntitos como en relicario de amores. (La mujer era una de las más bellas; sin grandes joyas, llevaba las más preciosas en el fuego de sus ojos y en los corales de sus labios, la sostenía en su brazo un hombre ni viejo ni joven, que en el frac demostraba su condición social).

En el salón todos estrechaban con cariño la mano del caballero y las lindas enmascaradas dejaban en su oído alguna frase cariñosa. Las damas tenían para él, una sonrisa, y los niños al pasar, repetían su nombre. No dejaba él en tanto de hablar con su hermosa pareja. Debía estar orgulloso: había enseñado a su pueblo en un hecho que guarda la historia como se honra a la Patria, y había escrito un libro que era la Biblia de las madres cubanas, según la frase cariñosa de la poetisa Luisa Pérez de Zambrana. Era el hombre de moda, y el político que había señalado, según pensó Martí, *una época de protesta en la vida del servilismo colonial* y hablaba con su esposa de la moda y de los trajes de las alegres mascaritas que lo rodeaban y lo perseguían con sus picarescas y amistosas bromas.

La señora de veinte años parecía satisfecha de su traje color de roca seca, pero apenas contestaba a su esposo; la incomodaba no poder bailar, y disgustada porque su compañero no se distinguía por su amor al baile, se sentó entre un grupo de amigas.

Con el clac bajo el brazo, siguió por el salón el hombre: había en sus labios una sonrisa, pero en sus ojos parecía que una lágrima quería dejar la cárcel en que la encerraba la fiesta.

En la oscuridad del jardín fué a buscar consuelo al lado de unos buenos amigos. Aquel hombre estaba satisfecho, pero estaba triste. La vanidad no había maleado su alma, pero la pena lo abrumaba.

*

* *

Una máscara de dominó negro se sentó a su lado. Más de un cuarto de hora le estuvo hablando tan bajo que apenas si se oía el murmullo suave de su voz. Al ponerse de pie le dijo:

—Ve, *te espera*, está enfermita y tú eres su único Doctor.

Una hora después se detenía a la puerta de una casa de La Habana aquel mismo cupé egoísta.

Con el traje de baile subía la escalera el que había sido llamado Doctor por la máscara del dominó negro.

En el largo corredor hombres vestidos de negro, y en las paredes cortinas funerarias. Desierta la espaciosa sala. En las habitaciones de la derecha, un grupo de mujeres y entre todas una pobre madre que lloraba la muerte de su esposo querido.

En los dos gabinetes de la izquierda, era muy distinto el cuadro: en el primero una tumba; allí solo se oía el chisporreteo de los blancos cirios; una mamparita de cristales separaba aquella capilla ardiente de un despachito en el que estaba acostada en un confidente una niña de rostro pálido, de ojos lánguidos y por cuyas mejillas corrían calientes lágrimas; casi de rodillas estaba a sus pies el Doctor estrechando con cariño entre las suyas, las manos de aquel pobre ángel triste.

—Soy muy desgraciada... te quiero mucho... tus glorias son mis ensueños; pero si siento tus penas, no debes estar a mi lado... yo sufriré sola... y pediré a mi Dios por tí... vete, y júrame que has de hacer por olvidarme...

Se levantó nuestro hombre y le dijo:

—No, no puedo olvidarte, tú me has consolado cuando sufría la soledad de los afectos puros, cuando la indiferencia me perseguía y no encontraba en el santo hogar, —tan puro siempre para mí,— una frase que no fuera egoísmo e interés... Me voy con todas mis penas, pero dejo en tus labios mi beso más puro.

Los cirios chisporreteaban, y entre sollozos se oía como aleteo de ángeles, y en el silencio de la noche, el eco de un adiós tristísimo...

*
* *

Corría el cupé egoísta por la ancha calzada, los vendedores de periódicos anunciaban el Diario del día con el retrato del hombre que iba en él, como hundido en el asiento, penando y echando fuera de su alma, en grandes bocanadas de humo, las penas de su corazón.

—Pero, pasarán los días y los años; si sigue fría y egoísta morirá para mí. Este carnaval político pasará también y mi lecho nupcial quedará vacío...

Y vendrán días nuevos y alegres en los que yo podré sentirme fuerte y satisfecho.

Y entonces podré morir orgulloso peleando por las libertades de mi Patria.

*
* *

Ella, —la esposa,— ha muerto.

La pobre niña de la noble pasión, que se redimía con sus lágrimas, ha perdido —para siempre— la razón.

El vive orgulloso la vida del soldado, y si muere envuelto en la bandera gloriosa de su patria, la tierra no guardará sólo su cuerpo, sino que será relicario en donde quedarán sus penas y la pureza de sus amores...

Lleva en su alma los consuelos de un cariño que pone hoy santas esperanzas en su corazón.

*
* *

Del diario del cubano que ha merecido un puesto entre los Jefes de la Revolución copio estos pensamientos:

"Antes de saber lo que era la felicidad, —que yo entreví un día en la cuna de mi hijita—, pero que se fué con ella, —antes de sentirme renacer en tu amor de ángel, te lo confieso; yo odiaba. Tú has borrado para siempre mi pasado. Sobre él hay una losa blanca en donde tu amor ha escrito: *olvido*, y mi Dios completó el elocuente epitafio con esta otra palabra: *perdón*. La losa funeraria cubre con el olvido a los que con el perdón de lo alto, duermen el sueño eterno de los muertos!"

*
* *

"Y pasarán también estos días de guerra, y cuando saludemos a la hermosa aurora de nuestra Independencia, yo volaré a tu lado y te diré, —alegre y satisfecho de todas mis penas y de todas las luchas de mi alma:

"Aquí estoy —vencedor siempre— puesto que tú me amas como yo te amo".

"Y entonces será que yo veré la gloria mía en tus ojos, en donde Dios puso todo el fuego de este sol que se alza en nuestro cielo orgulloso de alumbrar tantos actos heroicos y que calienta con sus rayos de luz las tumbas de nuestros mártires".

"Benditos sean pues, mis dolores".

"Y bendita seas tú —Asunta mía— que me has dado corazón para amar y voluntad y fuerzas para servir a mi Patria".–

"Y si me olvidas, en tu frente dejará mi espíritu el beso más amoroso, beso puro que no turbará tu dicha, ni dejará sombras en tu alma de virgen".

*

* *

"Pobre huérfano, sólo pido un hueco olvidado en donde descansar con sueño de eterna soledad".

"Pero caer con la fe en el alma, y regar con mi sangre la tierra amada de mi Cuba idolatrada".

(Por el autor, firma el amigo más íntimo del Doctor y del guerrero.)

Fermín Valdés Domínguez.

Sabanilla de Cauto, 16 Abril-96

18 Abril

Sigo en Canastas.

No ha llegado aún mi emisario Arias y estoy aquí por lo tanto, varado.

Desde ayer está aquí Demetrio Castillo y se esperará también hasta que yo arregle mis asuntos, pues quizás tenga yo que ir a donde está el General José con Calixto García y así haremos el viaje juntos.

Sigo pensando —a pesar de todo— que el General José es el Jefe nato de Oriente y que sin un acuerdo con él no debe nombrarse a otro, olvidando sus merecimientos y el cariño conque todos, a pesar de sus defectos, lo respetan como el primero en tiempo y en la lucha. Para Calixto García todos tienen buen cariño, pero todos piensan que

ha esperado hasta ahora para venir, temeroso de que le sucediera algo parecido a lo que desgraciadamente le aconteció en lo que llaman por aquí "la guerra chiquita".

Pero no piensa así el Presidente y los sabios que lo rodean.

Sé que nombrarán a Calixto García Jefe de Oriente, pero yo seguiré pensando como siempre, a pesar de todos.

Estoy cansando ya de andar de un lugar para otro, y puesto que he de quedarme en el Gobirno, ya quisiera estar de vuelta.

Pero no iré hasta que no trate antes de arreglar mi correspondencia contigo.

Me pregunto algunas veces: ¿Traerá alguna corresposdencia para mí, Calixto? Y esta idea me hace pensar en que quizás he de saber de tí. Y esto me hace desear ir a encontrarme con él. Ya no puedo sufrir tu silencio. Estoy triste, tristísimo. Y no es que dude de tí, ni suponga que me has olvidado, sino que me hacen falta tus consuelos; necesito leer algo tuyo y ver tu amorcito en cada frase tuya...

Me han hecho pasar muchos disgustos los números de escolta que me dio el Marqués; son indisciplinados y soeces.

Uno se quedó en el camino por enfermo, y hoy he tenido que mandar a otro arrestado.

No puedo ser duro con esta pobre gente y todo lo que es castigo me repugna.

Y esta mañana me encontré con uno en un cepo de campaña por haber faltado al sargento y haber abandonado la guardia. Le levanté el castigo y se lo mandé a su Jefe.

---

19 Abril

Amanece para mí el día tan triste como el de ayer. Sigo esperando y sigo sufriendo. ¡Qué largos son estos días! ¡Y qué desconsuelos tan hondos dejan en mi pobre alma!

Esperar, esperar y sufrir; a eso me condena mi mala suerte.

Pero vivo para mi patria y para tí; por ella y por tí sufro.

Ninguna noticia he tenido de la guerra ni del exterior. Corona me mandó ayer dos números de "El Cubano Libre", he puesto uno que trae "Mi Abrazo" en un sobre para mandártelo por conducto de Figueredo, pues no sé tu dirección. En el otro, hay algunos artículos en donde se recuerda el 24 de Febrero y un soneto a Martí bien sentido que he cortado para guardarlo en este cuaderno.

A MARTI

Tu muerte es redención, tu altiva muerte
Es germen de valor y patriotismo;
Que el cubano sabrá con heroísmo
Dar patria libre a tu despojo inerte.

No viste a Cuba redimida y fuerte
Salir radiante del obscuro abismo
De explotación inicua y de egoísmo
En que la hundiera España. ¡Oh triste suerte!

Como a Carlos Manuel, como Agramonte
Mi Cuba ceñirá laurel glorioso
Alrededor de tu genial cabeza.

La libertad que tiña su horizonte
Es obra tuya. ¡Duerme en paz, coloso!
Si tu vida acabó, ¡tu patria empieza!

José Figueredo.

El soneto es malo, pero está sentido; por eso lo guardo.

Veo con gusto que la determinación que indiqué de que vinieran pocos expedicionarios y muchas armas, va dando buen resultado.

Peña con sólo ocho hombres, ha traído buena cantidad de armas y parque. Y dicen que Calixto, sólo ha traído treinta hombres y muchas armas y parque.

Recibo ahora —las 10 a.m.— una carta de Céspedes en la que me dice que no utilice los servicios del ciudadano Arias, que puso a mis órdenes, en las prefecturas de Güira y Santa Isabel. Y me dice luego que sin dudar del patriotismo del tal, lo cree inconveniente en aquellas localidades. Llega tarde, para mí, el aviso, puesto que —desde anteayer— anda por esos barrios.

Lo que siento es que no haya vuelto todavía.

Me parece descubrir en la carta de Céspedes algo así como deseos de saber para qué deseaba yo a Arias y qué es lo que me detiene aquí.

Pero es muy inexperto el Ciudadano Gobernador.

Y yo perro viejo. Y de colmillo duro.

Mi silencio le enseñará a ser otra [vez] más discreto, —si es que ha escrito para enterarse de lo que no le importa.

Sigue mi impaciencia por la tardanza de Arias. Acaba de llegar uno de la gente de Céspedes que le trae encargos y me trae una cuchilla que me manda de regalo Panchito. De modo que Panchito sabe que yo estoy aquí. Le pregunté al emisario de Céspedes si le había dado algún recado para mí y me dice que no. Me demuestra esto que Arias lo ha visto, puesto que sabe que yo estoy aquí. ¿Por qué no viene Arias? Lo esperaré hoy, pero si no viene en todo el día, le dejaré aquí una carta y mañana me iré de aquí.

Ojalá que evite el viaje de mañana con la llegada aquí del Arias.

Uno que viene de donde vive Corona dice que éste ha recibido orden de estar aquí mañana, porque vienen por aquí y vienen cerca, Calixto y el General José.

No creo esto.

Y me dice el que llega con los encargos de Céspedes, que se dice que los generales están por Jarahueca. Y el viaje de Jarahueca acá, no se hace en un día.

Estoy condenado, por todos lados, a estar en el limbo.

Me manda a decir Panchito que los españoles han reconocido el lugar por donde desembarcó Peña y que van en su persecución.

Ya llegan tarde.

Cuando ya había mandado a amarrar los caballos que andaban sueltos por el potrero, casi al caer la tarde, recibo un oficio de Arias en el que me dice desde Cauto Abajo, que los soldados andan por esos lugares y que por eso no había podido cumplir mi comisión.

Se despejó la incógnita.

Y como no vengo para pelear, me quedaré hasta que se retiren los importunos españoles y me dejen terminar los asuntos que me traen por aquí.

Y por estar alerta y saber a que atenerme, mando con un práctico, una pareja de mi escolta a explorar por el camino de Cauto.

Y como el práctico que llevan mis exploradores es el asistente del Arias, con él contestaré su oficio.

Mejor explicado el recardo que me mandó Panchito, es éste: no que los españoles habían reconocido el lugar por donde desembarcó Peña, sino que un jefe español —de las guerrillas de Guántanamo— sabía del desembarco de Calixto y aseguraba que varias columnas salían en su persecución .

Gentes que han llegado de la Güira y de Cauto, dicen que han oído tiros por Banabacoa y otros lugares.

Justifica estas noticias el parte de Arias.

Otra vez estoy aquí varado por los maldecidos sorches.

Ha acampado aquí está tarde, de paso para arriba, un Coronel Manana —apodo que todos le dan— que parece hombre valiente y conocedor de la guerra, que no parece muy satisfecho de Rabí ni de José Maceo, y que —al parecer— va en busca de Calixto.

Mucho hemos hablado del valor y de la debilidad de carácter del General Rabí, y según él de la impericia —como Jefe de Estado Mayor— de Lores, el Coronel. Creo que en esto de Lores, tiene razón, porque a más de no ser hombre inteligente, ya son muchos los que me lo pintan como cobarde inútil, por lo tanto en la pelea.

Recordamos muchos hechos que acreditan las condiciones de valor de nuestros soldados y a la vez lamentamos que haya jefes que por su cobardía enseñen al soldado a temer más de la cuenta a las fuerzas españolas, y sean por sus defectos, los responsables de la indisciplina que se observa en algunas fuerzas.

Como yo cree que sólo al General en Jefe y en su defecto a su Lugar Teniente General, —como dice la Constitución,— toca orga-

nizar y dirigir las operaciones del ejército, y entiende —también como yo,— que aunque pueda hacerlo el Consejo— los nombramientos de los Jefes de los Estados y los Cuerpos de Ejército, debe indicarlos el General en Jefe para evitar de esta manera, dificultades al Gobierno y para que la mano férrea del Jefe Militar domine las diferencias, evite las ambiciones y anule las protestas de los que no estén conformes con este o aquel nombramiento.

Me gusta hablar con estos hombres que tienen verdadera significación política y militar entre los hombres en armas, porque sus opiniones me sirven para formar la mía y basarla en el estudio y conocimiento de la opinión pública.

Para Martí —mi hermano cada día más querido— tuvo frases cariñosas y sentidas.

Se lamenta de la profusión de grados que se han conferido, y teme que esto sea motivo de rémoras para la Revolución si ésta —por desgracia— durara algunos años más. Pero en esto me parece que exagera un poco los conflictos. Hay que pelear mucho, y si se pelea tanto como es necesario, no hay que temer tanto a la abundancia de Jefes y Oficiales.

Hablando de los principios de la guerra me decía el Manana.

—"No puede Ud. pensar el caos que había al principio de la Revolución; los más estaban dispuestos a presentarse, puesto que se les había dicho que había elementos para la guerra y luego se vió que no había ni armas, ni parque, y no faltó jefe que se creyó con derecho a la protesta y a exigir indemnización por las pérdidas que había sufrido al lanzarse a la guerra".

Al oírlo hablar, me acordaba de que Mayía hacía basar la venida de Martí, en haber recibido Gómez cartas de aquí, en las que se hacían cargos "a los que sólo Martí podía contestar".

Y también me acordaba de cuando hace algunas noches, me decía el Coronel Castillo, que la muerte de Martí era para él un suicidio a donde lo habían llevado las miserias de muchos, que sin duda el estimó como principio de desórdenes que podían traer una vergonzosa terminación.

También me dijo que él creía que Gómez había estado desgraciado en la batalla en que murió Martí e irracional en la manera de dirigir el ataque.

Cuando lo oía me repetía yo —para mí— lo que más de una vez he pensado, que no supieron defender como debían, al que era el alma de este movimiento político, y la Revolución misma. ¡Nada disculpa a los que lo dejaron matar!

---

26 Abril

Espero que los exploradores me han de traer buenas noticias y que mañana podré ponerme en camino.

Céspedes llega de su viaje por Júcaro y Sabanilla y se me encaja aquí con su Estado Mayor y sus simplezas. Ya le he hecho saber que no tiene nada que ver con la expedición de Calixto, y que sólo lo necesito para que haga que los prefectos faciliten los *víveres*, que puedan necesitar las fuerzas y haya carne en abundancia.

Y punto final.

Seguí hoy mi charla con el simpático Coronel Manana.

Me dice que ha disuelto Rabí el Regimiento "Céspedes" que mandaba, que lo han dividido en dos guerrillas y que una de ellas la manda un tal Francisco Diéguez que fué el práctico que llevó a Dos Ríos a la columna que mandaba Sandoval y que fué la que mató a Martí.

Parece que este hombre se unió a nuestras fuerzas últimamente, y olvidando su infame conducta pasada, no solamente se le hace —de golpe y porrazo— capitán, sino que se le da el mando de una guerrilla.

Yo comprendo que se debe ser humano con los prisioneros y que no se puede volver la espalda a los que de filas españolas, vengan a ayudarnos en nuestros trabajos revoucionarios, pero no comprendo que se dé cuartel a los cubanos traidores una vez y siempre miserables, y que se den grados y mando de fuerzas a los que por servir al español, han sido la causa de pérdidas para nosotros irreparables.

Todo el español o el cubano que directamente, como este Diéguez, haya contribuido a la muerte de Martí, no merece más que nuestro desprecio, ya que no la muerte.

Son estas debilidades de Rabí. Debilidades y faltas que han de traer sin duda grandes disgustos.

Yo no quiero por mi parte, ni conocer al Diéguez, y pido a Dios que no tenga que encontrármelo en mi camino.

Si otros se creen en el deber de estrechar su mano, yo desprecio tanto estas cosas, que ni quisiera ocuparme de ellas.

Pero hay que ocuparse, y tomar de ellas, nota.

Me hace reír con el gusto que oye Céspedes que le llamen General.

Se siente tal General y Gobernador y todo una pieza.

Vanidades humanas!

Y el Gobernandor sólo tiene honores de Coronel.

Corona también ha llegado y Sauvanell —el Teniente Gobernador— y Aguirre; está animado el campamento.

Corona me da una nota que ha recibido del Cuartel del General José, en la que se dan detalles de la expedición de Calixto. Entre otros han llegado dos Labordes y Nicolás Lamadrid, Fiol, Cárdenas y muchos amigos más. Crece ahora mi deseo de encontrarme con estos buenos amigos.

No ha llegado aún la pareja y son contradictorias las noticias del lugar en donde se encuentran Calixto García y el General José.

Me pidió Corona un suelto sobre el desembarco de Peña y escribí unas líneas que dejaré aquí cuando las publique "El Cubano Libre".

Siento yo la tardanza de la pareja, y siento más que vengan por aquí los expedicionarios antes que yo arregle mis asuntos particulares y políticos con el P.

Pero aún tengo esperanzas de que todo me ha de salir bien y ha de acabar bien lo que ahora parece que se quiere trastornar con la presencia de los soldados por estos lugares.

Pero es mucho nuestro descaro ante la fatuidad y el quijotismo de los españoles. De paso para Las Villas está aquí un negrito, corneta de Gómez, y a petición mía, nos ha tocado una buena retreta. Los españoles creerán que hay aquí acampada una gran fuerza y sólo estamos cuatro gatos, pero dispuestos —si llega el caso— a tirarles unos tiritos.

Por si se pierde el original voy a copiarte aquí mi artículo:

DE FILADELFIA

De la emigración de Filadelfia, ha llegado a nuestros playas una expedición que es la prueba más elocuente de todo lo que sabe vencer el entusiasmo y el patriotismo de nuestros hombres.

A bordo de un vapor se embarcaron ocho hombres decididos y valientes, ocho héroes que ya han escrito sus nombres en el libro de oro de nuestra Revolución; y venciendo las inclemencias del mar y burlando la persecución de los cañoneros españoles, llegaron a nuestras playas y en sus hombros desembarcaron un magnífico cañón de sistema modernísimo con 600 cápsulas, 250 Remington, 350,000 tiros, y varios aparatos eléctricos para bombas explosivas.

No encontraron en la costa fuerzas enemigas, pero tampoco —por las operaciones que se combinaban— a nuestros soldados. Pronto tuvieron noticia los españoles del desembarco y se prepararon a dar caza a nuestros hermanos, con una columna de más de 3,000 hombres, y en los pueblos ya se alegraban en brindis y banquetes, seguros del éxito. La noticia no amedrentó a nuestros soldados y los ochos custodiaron y condujeron las armas, el parque y el cañón, hasta que se incorporaron a las fuerzas del 2º Cuerpo de nuestro ejército.

Y las armas y el parque están distribuidos y con ellos pondrán espanto en las fuerzas españolas, jefes prestigiosos de Oriente y de Las Villas.

Son ocho los espartanos:

(aquí los nombres)

*
* *

De la emigración de Filadelfia, de aquel grupo de cubanos nobles y generosos son estos hombres.

Y hay entre ellos, dos norteamericanos de la raza de los héroes que guardan, con la veneración del patriotismo, en la ciudad histórica, las banderas de la independencia.

*
* *

Me parece que veo unida las dos banderas, —la de la gran república y la nuestra; y que se realiza lo que dije un día a aquellos hombres: que Cuba, libre ya, saluda al pueblo que tan fraternalmente nos abrió los brazos y nos ayudó a trabajar por la organización de la guerra.

Y es nuestra gratitud aún más santa, puesto que los que ayer protestaban a nuestro lado de las infamias españolas, hoy vienen a derramar su sangre a nuestro lado por la causa justa de nuestra libertad.

Estamos unidos a los hombres de la gran república, por el amor al derecho y a la justicia; somos hermanos ahora en la pelea, y seremos siempre defensores de los lazos de amor que nos congregan bajo la bandera de la unión de todos los pueblos de América; —de todos los pueblos que han sabido sacudir el yugo de los tiranos y encender— a la puerta del templo de la civilización— la antorcha, siempre luciente y siempre enhiesta de la libertad!

Ya aquí no cabe, vida mía, más que un beso amorosísimo de tu

Fermín.

2ª S.(*)

No. 11

Santiago de Cuba

Cauto Abajo, 22 Abril 1896

Con la satisfacción de haber hecho el último esfuerzo para ponerme en comunicación contigo, te escribí —mi Asunta queridísima— y me dispongo a contarte todas mis emociones desde que puse punto en mi libreta anterior.

Ante [anoche] llegó con la pareja, Arias, y una carta de P. en la que me daba cita para hoy en la Prefectura de Santa Isabel de Majaguabo.

Ayer emprendí la marcha después de las siete de la mañana, y fué cosa curiosa ver el entusiasmo de todos, en los momentos de la partida. *Mi corneta* —un herido de Las Villas, corneta de Gómez— tocó marcha y se reunieron a mi escolta los números armados del Coronel Castillo, los del Coronel Manana y [otros] de una comisión de Gómez que venía de Las Villas a traer al General José comunicaciones del Mayor Gómez. Reunidos todos, formábamos una buena columnita que podía pelear y que iba dispuesta a hacerlo. Buena fué la marcha, y temprano llegamos a la Güira y a la casa de Arias en donde nos dieron buen café. La Comisión de Las Villas siguió, y los demás fuimos a acampar al *poblado*, de Cauto Abajo. Al llegar para buscar nuestros *palacios*, pues habíamos mandado adelante a nuestros asistentes, nos sorprendió la noticia de que el General José y Calixto estaban acampados a una legua de distancia. Acampamos en una casa medio destruida Castillo y yo, y juntamos para almorzar, nuestros trenes; nuestros fritos.

Con el último bocado nos levantamos de las hamacas para saludar a las gentes de José y a los expedicionarios que —sin pedirnos pase ni permiso— se metieron de sopetón en nuestro campamento. Y fué aquel un momnto que no podré olvidar. Todos me saludaban con gusto y todos me saludaban con cariño y entusiasmo. Y estreché la mano a tantos buenos y nuevos compañeros y abracé con abrazos cariñosísimos a tantos buenos y dignos amigos de otros días; a Marrero, a Sotico, a Joseíto Rodríguez y tantos más que sería largo enurar, en cada uno tuve que recordar algo que no puede borrarse de mi memoria, o una de mis pobres alegrías de mis días de angustia.

(*) Archivo Nacional de Cuba. *Donativos.* Caja 273, No. 3.

Pero sentí que las penas de la expedición hubieran dejado atrás a muchos de mis más queridos amigos: Nicolás Lamadrid, Mateo Fiol y otros.

Pero mi abrazo más estrecho fué para Calixto García, el viejo y valiente General.

Al verme a su lado no pude menos que recordar a mi hermano Martí. Juntos conocimos a Calixto García en las prisiones militares, y fué aquella época para nosotros, los que allá trabajamos y luchábamos por hacer algo por la libertad de nuestra tierra, la época de los ensueños de gloria, la época alegre de esperanzas y en la que ninguna sombra oscurecía el horizonte de nuestra vida.

Yo, hombre ya, con todas las enseñanzas de los dolores; con todas las alegrías que deja en el alma al cumplimiento del deber, rejuvenecido por la lucha y fortalecido por las penalidades de la guerra, recibía en el campo de la lucha al prisionero de la cárcel militar de Madrid, al que la muerte respetó hasta en el momento heroico del suicidio, al hoy venerable anciano que tiene en sus ojos el fuego y el brío de la juventud; en su semblante, la corrección del hombre altivo y valeroso, y en la cicatriz de su frente, el sello de su indiscutible patriotismo. Cubre un algodón blanco el hueco que ha dejado la bala, parece que viven allí en ese santo hueco, todos los recuerdos de la epopeya grandiosa de la guerra de los diez años, y es la más hermosa prueba del patriotismo y del valor de nuestros hombres. Fué mi abrazo pues, apretado y sincero, y desde que nos abrazamos, franca e íntima nuestra conversación sobre los hombres nuevos y viejos que ahora llegan con él, y sobre las penalidades que han tenido que vencer para llegar a Cuba triunfantes sin que se haya perdido nada.

Le significqué cuan grandes eran mis deseos de tener una larga entrevista con él, para hablar de nuestras cosas políticas, y cuando por dejarlo algo tranquilo después de una marcha larga y pesada, quise despedirme de él para ir a saludar al General José, me llamó a su pabellón y de hamaca a hamaca, nos pusimos muy pronto de acuerdo.

El Gobierno en su anhelo de deprimir a José nombrando primero a Carrillo y luego a Mayía, Jefes de Oriente, ha demostrado su ineptitud para el manejo de las cosas de la guerra, pero ahora con la llegada de Calixto, se ha de ver sino he tenido yo derecho para criticar y protestar de sus actos ilegales y anticonstitucionales. El Marqués y Roloff, han querido hundir y avasallar al valeroso General

Maceo, y nada han conseguido, y ahora menos lo han de poder mortificar, puesto que Calixto —como hombre valiente, y por lo tanto guerrero antes que todo— sabe lo que debe a su patria y a su nombre puro, y no quiere que el Gobierno siga por una senda irracional e impolítica, y trata de encauzar el curso de nuestros negocios a fin de que no sufran tropiezo alguno por divisiones, los grandes y santos empeños de la guerra.

Blas, 23 Abril

Desde Maibío protesté de los actos del Gobierno y me coloqué en frente de los que todo lo hacían guiados por sus egoísmos y sus vanidades.

Sin saber yo como, me entero ahora que mi protesta ha llegado hasta Nueva York y que allá se conocen mis trabajos. Estoy satisfecho, y lo estoy más, porque Calixto piensa como yo. Cree él, que su condición de cubano con historia en nuestras luchas revolucionarias lo obliga a ir al lugar de más peligro y de más importancia en la guerra. Piensa él que aquí en Oriente no hay más Jefe que José que lo ha conquistado con sus campañas y ocupando su puesto en el primer momento. Al llegar Calixto se puso en relación con el General José y han sido cordiales y amistosas todas sus relaciones desde el primer momento.

Protesta pues Calixto, del nombramiento de Mayía como Jefe de Oriente, por dos razones: es la primera, que el Gobierno no tiene —por la Constitución— que meterse en esto, sino en casos excepcionales, y la otra, es que no tiene Mayía condiciones militares para ponerse por encima de Maceo.

No quiere tampoco Calixto ser Jefe de Oriente por las razones que ya dejo apuntadas y si bien él afirma que sólo en Occidente es en donde hay que operar para asegurar nuestra independencia, es esta una razón personal, puesto que yo afirmo que para asegurar el éxito de Occidente hay que pelear mucho en Oriente, y sólo explica su deseo de no venir a sembrar la discordia sino por el contrario, enseñar a ser unidos y soldados dispuestos a respetar y acatar las órdenes del Jefe militar y civil de la Revolución que es el Mayor Máximo Gómez.

Calixto, que es hombre de talento, no viene a dominar por la fuerza de las leyes absurdas ni valiéndose de pasiones, sino llega con grandes aspiraciones con esperanzas grandes también, pero convencido que no se llega a tener el derecho de hablar y de imponerse sino

después de haber peleado y de haber ocupado un puesto de honor al lado de los que como Gómez y Antonio Maceo, están allá en donde los españoles se creen y se dicen invencibles.

Juzga impolítica y absurda la organización militar, pensando que la división de la Isla en dos departamentos sólo ha obedecido a intenciones personales del Marqués. Y dice que ha de ir hasta donde está el General Gómez, pues su deber es presentarse a él para cumplimentar así sus órdenes. Y entiende que debe acompañarlo allá el Gobierno para tratar de todas las cuestiones de orden militar que son —según su juicio— las únicas que por ahora deben preocuparnos; —y sin olvidar todo lo que ahora nos preocupa, fijar la campaña de invierno que ha de ser según su opinión, y también la mía, la campaña definitiva.

De las gentes de Nueva York también hablamos en nuestra primera entrevista. Se quejó el General de la poca eficacia de Estrada Palma y de que se ocultan los fondos que hay en las cajas de la revolución.

De la expedición, después de estar de acuerdo en que sólo debía cumplir la primera orden, que le mandaba ponerla a disposición de José Maceo, ya poco tuvimos que hablar. Sólo lamentamos que por la prisa del desembarco, o por el miedo de los de a bordo, se quedarán en el barco útiles del cañón; la cureña y balas, y medicinas y otras cosas importantes, sin embargo, esta ha sido una gran expedición.

Después de haber hablado con Calixto y de haber encontrado en él a un hombre que conoce su importancia en la guerra y no viene a conquistar con ambiciones sino poniéndose al lado de la verdadera legalidad que es la que nos manda cumplir los preceptos de la Constitución y ocupar nuestros puestos en las filas del ejército, lo dejé, para ir a saludar al General José.

José estaba contento. Sólo tuvo frases de respeto y de amor para el nuevo compañero. Me dijo que desde el primer momento le había hecho saber sus intenciones de ocupar un puesto en Las Villas y que lo había saludado como al Jefe por derecho propio de las fuerzas de Oriente. Hablamos luego de la importancia de la expedición y de los hombres notables y de prestigio que traía, y también de las distintas órdenes que había recibido del Gobierno y sobre todo de una en la que se le ordenaba la distribución de los materiales de guerra que en ella se habían recibido.

También me dijo que había recibido una importante comunicación de Gómez. Pasamos luego a mis asuntos, pero no sin que antes le dijera yo que estimaba racional que la expedición quedara en su custodia hasta tanto que dispusiera de ella el Mayor General Gómez, que por fortuna para la revolución se encontraba cerca, en Sancti Spíritus.

Le presenté mi instancia pidiéndole mi pase para el ejército. Me dijo que teníamos que hablar reservadamente y lo dejé para ir a conversar con algunos amigos, de los recién llegados.

Pero antes de separame me indicó que allá por Nueva York no estaban todos conformes con Estrada, me dijo que se le creía anexionista y que no facilitaba la salida de las expediciones y que eran muchos los que se quejaban de que se malversaba el dinero que allí se acumulaba en grandes e inútiles sueldos. Me dijo Maceo que el Dr. E. Hernández me podría informar sobre esto y con esta dolorosa noticia, lo dejé.

Hablando con Calixto de su desembarco me dijo que por Baracoa no había organización ni jefes de prestigio; que Félix Ruenes está desprestigiado como militar y como hombre, que tampoco Periquito Pérez es el hombre capaz de mandar una división, y que allá falta quien lleve la dirección de las cosas políticas y militares.

Me dijo además que José Maceo pensaba mandarme como Jefe de las fuerzas si pasaba a ocupar mi puesto como militar. Y ha sido esta noticia la más grande de mis alegrías desde que estoy en la guerra. Si esto se realiza, ya me estimaré satisfecho y no me parecerá que he hecho nada para merecer esta distinción.

Piensa Calixto también que ese es mi puesto y yo me alegro con todo esto tanto, que siendo mi primera noticia al empezar esta relación la he dejado para este lugar como el avaro que guarda sus caudales para darse la satisfacción de estar con ellos todo el más tiempo posible.

¡Oh, cuando deje de ser Ministro y General y todo, y solo sea soldado, cualquiera que sea el grado que me den en el ejército, ese día lo apuntaré como el día más grande de mi vida!

Fuí luego a conversar con el Dr. E. Hernández, y voy ante todo a hacer su retrato físico y a consignar el efecto moral que ha hecho en mí, para luego hablar o escribir lo que constituyó nuestra corta entrevista.

Es un hombre de más de cuarenta años, robusto y de cara ancha y fisonomía varonil; no es su mirada simpática ni hay en sus ojos la vida de los ojos de los hombres de genio, pero si se nota en ellos su inteligencia y más que esto, la astucia y la ambición. No me parece un hombre generoso y si un hombre temible para sus odios y sin condición alguna de bondad y disciplina; es, en suma —a mi ver— un hombre inútil para la vida política y por el contrario muy apreciable y necesario en la vida militar, o en el ejercicio de su ciencia como médico. Cada vez que lo veo y hablo con él ratifico mi creencia, y me es más antipático como hombre, pero debo tratarlo y estudiarlo, y estar —por algún tiempo quizás—, a su lado o cerca de él, puesto que con el Gobierno o sin él estoy dispuesto a acompañar a Calixto hasta donde se encuentre el Mayor Gómez.

Le dije que deseaba me informara sobre los asuntos del exterior y sobre todo sobre lo que se refería a Estrada Palma, y me habló con miedo y con distingos sin concretar una acusación contra Estrada, pero sí me dijo que en una reunión había tenido que acusarlo públicamente de sus faltas y que tantas fueron las cosas que le dijo que no sabe como no dejó sobre la mesa su renuncia y se retiró del puesto. Nada parece que se resolvió en aquella reunión y las acusaciones parece que son sólo debidas a que según el juicio de algunos, no da Estrada cuenta de nada, oculta los fondos que tiene a su disposición y no se da prisa en mandar las expediciones de armas que se pueden mandar. Y nada parece que se determinó en aquella junta a la que —según me dijo— asistieron muchos: Néstor Ponce, Portuondo, Calixto y otros; y que Don Tomás, para no perder su puesto de Delegado y evitar así que hubiera un Ministro Plenipotenciario y un Delegado, trabajó a fin de que los distintos clubes acordaran, —en los momentos en que ya parecía la elección de uno nuevo—, que los Delegados fueran los Ministros Plenipotenciarios y así se aseguraba en su puesto porque como nombrado por la Asamblea Constituyente nadie podía deponerlo.

Me parece descubrir en todo esto algo viejo que renace ahora y que yo he de tratar de conocer bien y de combatir. Los hombres que han estado enfrente de Martí o que han tenido envidia de su manera honrada de hacer política, los que —cuando él luchaba solo estaban al lado de los españoles— quieren oponer su influencia hoy a todo lo que él hizo, y como ven en Estrada una personalidad levantada y sacada de la oscuridad por Martí, por eso es Estrada acusado por los nuevos revolucionarios.

Yo creo que con esta expedición empieza una nueva era de la Revolución, pero si la actitud de Calixto me parece —por lo que he podido ver— justa y bien dirigida, en Hernández me ha parecido

descubrir la representación de los hombres de la fatal influencia de Manuel Sanguily y de otros. Y sobre Manuel —como una prueba de lo que aquí digo— me ha significado José —que no sabe o no entiende de estas cosas— que Estrada le ha ocultado las cartas en las que Antonio Maceo lo ha mandado a buscar y Hernández me ha dicho que está a un lado, que pronuncia sus discursos y figura entre nuestros más prestigiosos revolucionarios, pero que no tiene parte en la política, que Estrada no le deja lugar en su oficina.

Pero hay un detalle que no ha pasado desapercibido para mí y que se demuestra que no me equivoco al pensar que en Hernández y quizás también en Calixto hay el deseo de acabar con lo hecho por Martí allá y por lo que aquí hemos hecho respetando lo indicado en sus trabajos, puesto que lo tenemos como el genio y el alma de esta guerra.

El detalle es el siguiente: cuando yo hablaba con Hernández, estaba Calixto en la hamaca de al lado hablando con Demetrio Castillo, hermano de Joaquín, el que ha sido nombrado Subdelegado allá en Nueva York, y Calixto al oir lo que hablábamos le tocó a Hernández en el pie y éste me dijo que sentía que yo le hubiera preguntado algo sobre estos asuntos, que ya tendría ocasión de hablarme pero que lo hacía con pena porque como el había sido quien había combatido a Estrada con más durezas, sentiría que fuera alguien a pensar que había en él predisposición contra él y no juicio leal.

Por todo esto creo necesario dos cosas: es la primera, que nos acompañe el Gobierno hasta donde se encuentra el General Gómez y que ya allí tengamos una reunión a la que deben ir tanto el Mayor Gómez como Calixto, y la segunda, es que después de tomados en esa reunión los acuerdos que se estimen más conducentes, debo yo ir al ejército; a Baracoa o a Las Villas, a donde quiera menos a los puntos en donde se vive la vida de las miserias políticas. Si no me matan, viviré luego contento en mi Patria o en cualquier parte, y si me matan, moriré satisfecho y en mi puesto.

Martí se fué a la tumba de Dos Ríos, huyendo de los Hernández y los Sanguily y cayó con gloria para estar —a pesar de cuanto digan y de cuanto hagan— sobre todo los envidiosos y los ruines.

Yo creo que debe ir a Nueva York el que quede de Ministro del Exterior ,porque yo dejo el puesto y me voy al ejército con pase o sin pase de José, y ver que es lo que pasa y poner mano fuerte en los hombres que falten a sus deberes para de esa manera matar

al nacer la obra perniciosa de la camarilla que representa a los que se agrupaban para insultar al lado del miserable Trujillo, o si Estrada falta, para marcarle cuál es su deber y que es lo que está obligado a hacer; pero esto podré decirlo después que no sea ministro; cuando esté peleando y lejos de los *pacíficos* del Gobierno y de los ambiciosos que vienen —como Hernández— sintiéndose ya Ministro y hasta Presidente de la República que hace un año estamos haciendo los que por creer y amar a Martí hemos contribuido a que la revolución sea tan potente que ha hecho revolunario a los sabios políticos que la veían utópica e irrealizable por lo tanto, y que ha sacado de su prudente retraimiento o que ha hecho desertar de las cómodas filas del autonomismo a muchos de los que ahora llegan criticando cuanto hemos hecho y cuanto hacen nuestros representantes en el exterior.

Por la tarde nos reunimos casualmente el General José, Calixto y yo. Nos enseñó el General José una comunicación de Gómez en la que le decía que le mandara 400 hombres bien armados y el parque que pudiera. Leí el oficio escrito con cariño y demostrando el afecto y la estimación en que el Mayor Gómez tiene al Jefe de las fuerzas orientales. Calixto manifestó que se alegraba ahora doblemente de su llegada y de haber podido traer más de mil armamentos y hucho parque.—José dijo que sacaría los 400 hombres y los mandaría. Se pusieron de acuerdo los generales y se acordó que el mismo Calixto llevaría los hombres, y que tan pronto como llegara el parque que se había quedado en Baracoa y que ya había mandado a buscar el General José, se remitiría mucho de él a Las Villas. Fue cordialísima aquella conferencia en la que criticó de nuevo Calixto los actos ilegales del Gobierno, los nombramiento de Carrillo y Mayía para Jefes de Oriente y las distintas órdenes que sobre la expedición habían recibido tanto el General José como Calixto.

De Estrada también habló Calixto para criticar su manera de organizar y despachar las expediciones, afirmó que había dinero en caja y que dado un vapor como el que los había traido, lo mismo hubieran traido 3,000 armas que las 1,000 que había desembarcado, pero que el Delegado, a todo lo práctico y necesario hacía oposición.

Se tocó incidentalmente la cuestión de poner un Jefe de prestigio en Baracoa y José asintió en estos sin decir nada en contra de mí.

Yo expliqué mis luchas y mis protestas y mis renuncias y quedó pactado que no pararíamos hasta encontrar al Mayor Gómez.

Por la noche fuí a ver a Maceo y pasamos largas horas conversando sobre distintos asuntos con Demetrio Castillo que ya lo encontré a su lado. No me pareció prudente hablarle de mi pleito y a las once me retiré.

Ayer ha sido día de angustia para mí pero al fin ví a P. y escribí dos cartas, una para Estrada Palma y otra para Fernando Figueredo en la que les digo qué dirección han de poner a las cartas que me manden. Le escribo a Figueredo porque supongo que tú has de estar todavía en Tampa, y le suplico que te dé aviso de lo que le digo. Tan pronto como reciba un rengloncito tuyo te empezaré a mandar mi diario que está todo en esto que para tí escribo y para que seas tú la que guardes todas mis impresiones y todas mis lágrimas y todos mis anhelos de gloria que poner a tus pies.

Para poder hablar con P. me fue necesario acampar cerca de un fuerte español. Estaba en guardia, pero era cosa de vernos comiendo sardinas y pan fresco a menos de media legua del enemigo. Pero me era necesario para arreglar mi correspondencia hacer esta locura y la hice y me salió bien a Dios gracias.

Anoche empecé a escribirte y el agua —llovió torrencialmente— no me dejó ver al General José.

Esta mañana se puso en marcha la columna, yo he seguido detrás, pero en espera de algunos encargos que le hice a P. y que debe traerme un propio, he hecho alto en la casa de Arias, el Prefecto a mis órdenes, y con pena veo que son ya las dos de la tarde y aún no ha venido el *cuyo propio*, y por lo tanto llegaré tarde a Canastas y quizás tampoco hoy podrá despachar mi petición el General José.

Sabanilla, 24 Abril

Cansado de esperar me decidí a dejar la casa del amigo Arias y seguir mi viaje a Canastas para encontrar al General José. Llegué casi de noche, pero después de acampar a mi gente me fuí a hablar con José.

Y fué muy útil para mí la larga entrevista. Util y agradable, porque me demostró que mis trabajos en el Gobierno han de ser estimados algún día y que se ajustan a los deseos y a los pensamientos políticos de nuestro heroico Jefe el General Gómez.

Me dió a leer Maceo una afectuosa e íntima carta de Gómez en la que le encarece la necesidad de que mande los 400 hombres de infantería que le pide en la comunicación oficial que ya conocía yo. En esa carta —en la que trata a José Maceo como jefe de Oriente— le dice que es crítica la situación de Antonio y de su fuerza en Occidente y que entiende que faltan a sus deberes los que no les presten el apoyo que pide en nombre de la Patria y para poder servirla como exigen las circunstancias del momento. Habla de la falta de parque y se lamenta de no tener los jefes necesarios, consignando la triste nota, de que algunos no ocupan sus puestos o como Mayía y Carrillo, se toman poco empeño en ocupar sus puestos. Del Gobierno también habla para criticar severamente sus actos, y para decirle que ya supone que habrán sido mucho los disgustos que le habrán dado con sus absurdos acuerdos. La carta aunque escrita para Maceo, ha sido para mí también, porque veo en ella aprobación de cuanto he dicho, y la más justa censura de los abusos cometidos por el Consejo por la mala dirección que a todos los actos del mismo, ha dado el Marqués por su soberbia camagüeyana y su deseo de revivir la vieja tradición de la Cámara tan funesta para la revolución, y el Secretario Roloff con su ignorancia supina y el mandria de Masó con sus odios de raza y con las vanidades de su ignorancia. Yo suponía que así había de pensar Gómez, pero no pensé que fuera tan conocedor de lo que por acá ha pasado, que pudiera juzgar los hechos a distancia con un criterio tan justo como imparcial y que lo dijera en la forma ruda y leal que hace de la carta a que me refiero, un documento importantísimo para nuestra historia política. Y esta carta ha llegado como un bálsamo para curar en el General José la dolorosa y triste impresión que en su ánimo dejó el oficio del Gobierno en el que le comunica el nombramiento de Mayía para Jefe del Estado de Oriente. Este oficio es la prueba de la inquina que tienen contra él el Marqués y Masó y Roloff, y la carta de Gómez la estimación que le merece a nuestro Jefe militar por su patriotismo primero, puesto que —a pesar de saber que no estamos por Oriente muy abundantes de hombres y de armas—, sabe que no pide en vano, y que ha de tener los 400 hombres armados que pide y con ellos los oficiales dignos que le ruega mande, y en segundo lugar, como militar, porque le expone sus quejas contra el Gobierno por los desaciertos últimos y le señala los defectos de los generales

Mayía y Carrillo—, casualmente los mismos que el Gobierno ha querido ponerle enfrente y sobre él, faltando a la Ley y ofendiendo por sistema al que sabe estar como hombre y como militar en su puesto y no vuelta —como aquellos— la espalda a sus deberes.

Felicita Gómez a Maceo por sus últimos combates que conoce —le dice— por lo que sobre ellos ha leído en los periódicos españoles.

Es —en suma— la carta un título más de gloria para José Maceo y para el Gobierno, algo así como la señal de que debe prepararse a sufrir el castigo a que se ha hecho merecedor por sus apasionamientos y sus injusticias.

Me dijo que iba a escribir a Gómez y yo le aconsejé que copiara el oficio que había recibido, comunicándole el nombramiento de Mayía y que para no darles lugar a otros y tratar a Roloff, que es quien lo firma, con todo el desprecio que merece, no debe contestarlo ni darle importancia alguna.

Y si se atufan, Gómez les curará la hartura de mando y de falsa autoridad que a todos tiene fuera de juicio y tan cerca del más completo olvido de todos y tan a punto de quedar anulados por completo como hombres y como cubanos.

Le habla también Gómez del nombramiento de Serafín Sánchez para Inspector del Ejército y le encarece la necesidad de que éste ponga organización y disciplina en las dos fuerzas. Le anuncia que vendrá por Oriente luego que termine sus trabajos en otros lugares, —de modo que cuando Gómez le manda a un General del prestigio de Sánchez, el Gobierno manda —con iguales títulos— a un miserable como Aguirre —teniente que se presentó a los españoles en la guerra pasada y adulador miserable, que por sus ruindades, ya que por mí no se han atrevido a darle —como quería— pase para Nueva York para vivir del dinero cubano —ha merecido de los padres conscriptos el nombramiento de Teniente Coronel.

Pero es más que esto; es el espía que viene aquí a seguir a la fuerza de Maceo para ganar fama de patriota escribiendo chismes y levantado de calumnias.

Pestán, 25 Abril

Hablamos también de otras cosas de menos importancia, necedades de Padró, y llegamos a *mi pleito*, a mi petición de pase para el ejército. Me dijo que estaba conforme y que me quería

para Jefe de la Brigada de Baracoa, que ya había mandado extender el informe para que Gómez —como General en Jefe— lo ratificara.

Decirte, alma mía, que la noche de anteayer [es] la más alegre que he pasado, sería decirte poco: si no me matan, ya podré llegar orgulloso a tu lado, y si caigo para siempre, tengo derecho a pedir que como epílogo de mi obra "El 27 de Noviembre de 1871" se hable de mi manera de morir. Será este el título mejor que yo pueda dejar para esperar que pueda yo vivir en la memoria de mi pueblo, tanto como mi libro.

Ayer me dió Maceo una comunicación en la que consta su determinación de admitirme el pase y dos oficios más sobre lo mismo, uno para Gómez y otro para el Jefe Superior de Sanidad. Luego me confió también otros para Gómez y la carta que le manda como contestación a la suya.

Ahora ya libre de la tutela del Gobierno, podré ir a luchar contra los españoles: a hacer mi campaña. Yo no he venido a la guerra a otra cosa. No he venido a buscar puestos ni a doblarme ante voluntades que están al servicio de la vanidad y del orgullo. No he venido tampoco a servir de escaño a los que sin la guerra no hubieran podido nunca ser jefes de nada y tampoco a soportar que se cometan abusos y se falsee la Ley para satisfacer conveniencias personales, y a la vez no he venido a entablar lucha entre hermanos. Se que el Gobierno no quiere comprender que falta a sus deberes. Cada día tengo una nueva razón para juzgarlo fuera de la justicia y del derecho y sin hacer un papel desairado y criminal ante mi conciencia, veo que mientras yo esté de Secretario, no me queda más papel que el de la constante protesta, y por lo tanto tengo la seguridad de que mis disgustos en el puesto que vengo ocupando han de ser cada día mayores. Por todo esto no quiero ser Ministro ni Mayor General y me alegraré que Gómez acepte lo que propone Maceo y como Coronel y Brigadier en Comisión se me mande a Baracoa.

Ha afirmado por acá Padró que se me iba a mandar como Jefe de Sanidad a Pinar del Río. Yo no he oído nada de esto, cuando el río suena es que algo hay o ha habido sobre esto en las intenciones de los señores del Gobierno y Sánchez Agramonte. Sospecho que este puesto me lo reservaban para el caso de que persistiera en no ser Ministro. Y se dijeron: no volverá a Oriente y lo mandaremos castigado a Las Villas o Pinar del Río, —pero olvi-

daron los muy necios que mi único castigo es estar al lado de hombres que a mi juicio, están faltando a sus deberes y trabajando en contra de la Revolución— que para mí no es castigo ir a donde hay peligro, puesto que yo no he venido a la guerra como Pina y Cañizares a ocupar puestos en el Gobierno, yo sólo he venido a ocupar mi puesto como cubano y a satisfacer a mi dignidad de hombre haciendo sentir a mis bárbaros verdugos de otros días, y a los asesinos de mis compañeros, el peso de mi derecho a la reparación, la que ha de hacer sentir mi machete y las balas de mi revólver.

Para otros se han hecho los altos puestos a los que se llega por la intriga y por el favor: yo no quiero ninguno, estoy contento cn el el de soldado de la Revolución, pero soldado que pelea con las armas y no General que se entretiene en dividir los elementos de la guerra para figurar y dominar sin ver que así da fuerzas al enemigo y nos inutiliza las únicas con que contamos para vencerlo.

El Jefe de Sanidad deja pues su puesto, después de haber servido a él con fe y constancia.

Fui el primero en Sancti Spíritus y fui el primero en Colón y Matanzas, y puedo decir que aquí en Oriente, todos los que me han visto trabajar, me han dicho que ninguna antes que yo se había ocupado de la Sanidad como yo me he ocupado.

Y dejaré con pena mi lugar en el Gobierno, no por la importancia personal del puesto, sino porque creo que con otros compañeros, algo hubiera podido yo hacer en él por las libertades de mi Patria, pero no quiero —puesto que mi voto no lo evita— apoyar directa o indirectamente los acuerdos de los que a sabiendas, están ofendiendo con sus determinaciones ridículas, y sembrando la división y la duda, cuando no preparando la completa perturbación de un orden de cosas que a mi juicio, debemos todos defender y apoyar hasta que pasen los dos años que al Gobierno señala de vida la Constitución.

Y me alegro de alejarme de esos hombres que si son fatales para la Patria, son falsos y viles con el que como yo, no ha hecho más que cumplir como cubano y como hombre sus deberes.

Ellos pensaron poderme mandar castigado a Las Villas, y yo lamento que sean ellos los que sufran muy pronto el castigo de todos.

Pero —más que por ellos— lo sentiré por la Revolución que tratan de comprometer tonta y vanidosamente.

Lo dije ya: estos hombres son los famosos de la Cámara, o son como Pina los enanos de la política que en la paz por miedo y por vivir al lado del español, renegaron de la Revolución del 68 y se llamaron autonomistas.

Unos y otros son simplemente traidores.

¿Podría yo —sin olvidarme de mi honra— tolerar sus abusos y sus miserias y estar unido a los que no saben amar a la tierra que le ha dado nombre y que los ha elevado olvidando —para siempre debilidades y faltas pasadas?

Si no pasara al ejército, preferiría ir a Pinar del Río o a cualquier parte.

Todo menos mi anulación.

Y tanto es ser Ministro hoy.

No creo yo que Gómez tenga ningún inconveniente en confirmar lo que Maceo le propone. El me nombró Jefe de Sanidad del 1er. Cuerpo de Ejército y él fue quien me presentó a José en una carta muy atenta. Me quería al lado de José y me estimaba útil en Baracoa; sabe ya él por mis cartas o quizás por otro conducto, que no he apoyado al Gobierno en los actos que él critica en su carta a José, y cuando sepa —y por eso quiero yo llegar hasta él— que antes de decir yo si estaba o no dispuesto a seguir desempeñando mi puesto de Ministro —me mandó Sánchez a hacer entrega a Galano de mi cargo, dejándome sin ninguno y le indique que por el delito de no pensar como el Marqués y como Roloff y como Masó, se me pretendía mandar castigado a Pinar del Río; yo creo que me hará justicia, pero si no quiere oirme— lo que no espero— y no ratifica mi pase— lo que sería el colmo de las injusticias —entonces seré yo quien pediré ir a Pinar del Río, no de Jefe de Sanidad, sino para ocupar —como soldado— el puesto de más peligro.

Y —si Dios así lo quiere— morir...

Para morir con honra.

Mala Noche, Abril 26

Anteayer salí de Canastas. Calixto tomó el rumbo del Cuartel General de Rabí en Mapos; José, —el General— volvió para atrás, y yo seguí por mi antiguo camino en el que ya soy práctico, y por el que tenía que volver porque había de encontrar algunos encargos en esta Mala Noche que no tiene para mí nada de malo.

Me ha acompañado uno de los expedicionarios de Calixto, el abogado Cosme de la Torriente, de Matanzas. Con gusto acepté hacerlo de mi séquito cuando Céspedes me lo propuso.

Atrás se han quedado muchos expedicionarios amigos íntimos míos; pero lo que más he sentido ha sido que no hayan venido los Labordes. Ya que no he tenido ni una carta de Estrada ni de los otros amigos que creo tener aún por Nueva York, con los Labordes esperaba yo tener noticias tuyas, pero —soy muy desgraciado— tampoco ellos han llegado por acá, y se me ha quedado en el aire mi esperanza. Así es mi desgracia.

Con el amigo nuevo que es el joven Torriente, he venido hasta aquí, y nuestra conversación ha sido animada y provechosa para mí.

Viene Torriente de Nueva York y conoce a los hombres que por allá viven y hacen política, y sus informes sobre hechos y personalidades me han de servir de mucho, tanto para confirmar mis juicios, como para hacerlo de algunos a quienes puedo decir que como políticos revolucionarios sólo conocía de lejos, y para desmentir acusaciones, falsas las unas, y todas mal intencionadas.

Del Dr. Hernández piensa que viene aquí lleno de ambiciones y con la intención de *volver* con poderes bastantes para hundir a Estrada Palma con quien está en lucha desde hace muchos años; dicen que desde Costa Rica y por cuestiones *femeninas*. Quiere Hernández ser el primero aquí y allá, pero presumo que será el último en todas partes o que su funesta influencia —porque ya empiezan a decir que es un hombre simpático y talentoso—, será tan funesta a la revolución como al Gobierno y sus hombres, a quienes combate —como ya he dicho— por odiosidad a Martí y a todo lo que en él tiene alguna relación.

En este punto piensa como yo el General José y también Torriente.

Es un hombre malo y pernicioso.

La ambición lo ha traido. ¡Ojalá que sufra como expiación el desvío de los buenos y que no encuentre quien lo secunde en sus planes!

Cree Torriente que sólo lo ha traido aquí su deseo de venganza y su vanidad. Pobre hombre.

De Calixto dice que no entiende bien su carácter. Ha sido esto General como todos, ingrato con sus expedicionarios; los ha dejado sin ocuparse de cómo quedan. Lleva sólo unos pocos, y cuando a todos los trataba con dureza, para él no ha olvidado ningún placer ni ha dejado de satisfacer el último de sus antojos. Y para esto ha traido 1,000 pesos que pidió a la Delegación para sus gastos.

Trata mal a sus hombres y demuestra que ya no es el hombre sereno de otros días.

Lo prueba que ha dejado atrás casi toda su expedición, y ha venido por montes dejando al enemigo a un lado, cuando lo acompañaban muchos hombres bien armados.

Se me ha quejado también Torriente de su manera grosera de tratar a sus soldados y sobre todo a sus expediciosarios.

Me dijo también el amigo, que ni Calixto ni ninguno de sus ayudantes se ocupó de ver cuantos armamentos habían llegado, ni de repartir los zapatos y carteras y hamacas y otras cosas que habían traido. Salió el General —me dijo— a la carrera y todo quedó allí abandonado o en las manos de las fuerzas de Baracoa, hasta el punto que la mayor parte de los expedicionarios ni tienen carteras, ni zapatos ni cuchillos de los que traían, por no haber tenido la precaución de repartir estos objetos antes del desembarco.

La lista de los expedicionarios tuvo que hacerla el mismo Torriente después del desembarco y para eso necesitó ir preguntando a todos para que no se quedase alguno en el tintero.

El General Rosas parece uno de esos que van por el mundo buscando puestos y honores y alquilándose al primero que les propone colocación.

Por la marcha ha dado pruebas de que no le hacen gracia los encuentros con el enemigo.

Dice Torriente que allá en Nueva York se supone que Estrada Palma dirija desde allá nuestros asuntos. Y que Gonzalo de Quesada trabajó para ocupar el puesto de Secretario del Exterior.

Esta es una calumnia, o mejor dicho: dos calumnias.

Pocas veces ha escrito Estrada y nunca he visto nada que indique su deseo de mezclarse en los trabajos del Consejo.

Y es falso que Gonzalo haya escrito a nadie pidiendo puestos.

Y así me parece que han de ser todos los cargos apasionados e injustos del Hernández, y los que con él piensan.

Al fin todos han de resultar satélites de Trujillo.

No por esto dejo yo de comprender que por allá se explota la situación. Afirman que Estrada y Castillo —que es Subdelegado por obra y gracias del Marqués— y un cuñado suyo, y Portuondo, el huido, y Enrique José Varona y Trujillo y otros, viven del dinero de Cuba y son los mangoneadores de la situación, y que Manuel Sanguily vive pobre y en protesta de estos abusos y otros como él.

También me ha hablado de un poder que el gobierno le dió para realizar un empréstito, poder que vino de allá para que aquí se firmara y que fué despachado antes que yo entrara en el Gobierno.

Y ahora poco se pensaba realizar un negocio leonino y fatal para los intereses de la Revolución, que si daba de momento algunos miles de pesos, nos obligaba al pago de un interés usurario. No hay que decir que defendían este proyecto los Trujillo y Varona que viven de estos dineros. Me dice Cosme de la Torriente que el único que combatió este proyecto —y por eso no se llevó a cabo la negociación—, fué Manuel Sanguily.

Varona, que es el Director y Administrador de *Patria* con dos sueldos, por lo tanto trabaja contra Estrada, y como es un absurdo

que el Director del órgano del Partido esté en desacuerdo con su representante, se trató de mandarlo al Brasil o a otra parte en misión diplomática, pero él se ha negado. A Yero, como Secretario por la muerte de Manuel de la Cruz, se indicaba para suplirlo y para comprometerlo a dejar la tal dirección, lo publicó *El Porvenir* de acuerdo con Estrada Palma.

Varona pues, sólo ha venido a ser un ambicioso y cabeza de motín.

Así son siempre los revolucionarios de última hora; inútiles y perniciosos.

Me dicen que Manuel Sanguily pronunció un magnífico discurso el 27 de Noviembre último, y que preparaba un elogio de Martí para la Sociedad Literaria.

Del discurso en que al hablar de mis compañeros dice Sanguily que yo he venido a defender en la guerra los principios que consagré en mi libro, —me dice Torriente que traían un ejemplar que me dedicaba Manuel—, pero que con las medicinas se quedó en un baúl que no llegó.

Lincoln Zayas, es presidente de un club y orador y propagandista fervoroso y defensor cariñoso de la memoria de Martí. También Sellén, el ruín, parece que hace algo por nuestros asuntos: pertenece al comité de la prensa.

Sobre las expediciones se cometen muchos absurdos, y las que ahora ha traido u organizado Núñez —Emilio— son las únicas formales. Las otras no han servido más que para gastar y perder muchos miles de pesos.

Estrada no da cuenta de los fondos que recibe, y son muchos. Pina le acaba de girar más de 70,000 pesos oro. Apenas si han venido dos expediciones de alguna importancia. No merecemos nada los que aquí estamos sacrificando nuestras vidas, parece que ni armas ni cápsulas deben mandarnos, y en cambio allá, se reparten el botín en sueldos y en *gastos de representación.* Portuondo también es de los privilegiados.

Ya yo suponía todo esto y por eso no me quise quedar entre tanta gente miserable, egoísta y vanidosa.

Pero por lo mismo, no quiero ni debe quedarme en el Gobierno. Son los mismos defectos en distintos hombres. Aquí peleando, esperaré sereno y en mi puesto —sin ocuparme de lo que otros hagan— que llegue el día feliz para todos, que anuncie nuestra libertad, o aquel en que yo muera... adorándote.

Fermín.

No. 12

S. S.(*)

Mala Noche, 27 Abril 1896

Holguín

Me sirve este viaje, almita mía, para conocer a muchos y —para afirmarme en los juicios que ya tengo formado sobre hombres y cosas de la guerra.

Allá pueden algunos sentirse satisfechos explotando a los que dan dinero y disponiendo de fondos que no les pertenecen, y no es extraño que haya quien entienda que los que acá peleamos no tenemos derecho a nada.

Y tengo razón cuando afirmo que las mismas vanidades y ambiciones mueven a los hombres de acá y de allá. Hablo de los hombres gubernamentales.

Aquí el Presidente y su camarilla camagüeyana, y Pina y Cañizares con la camarilla villareña o espirituana, se creen con bastantes títulos para sentirse los primeros y los únicos y los mejores.

Roloff sigue detrás empujado por Alsina y por su deseo de asegurar sus reales para el día de mañana.

Y allá me cuentan, que cuando se anunciaba la llegada de Gómez a las provincias de Matanzas o La Habana, y se creyó en el término de la Revolución, ya se habían distribuido Estrada y Trujillo, y Gonzalo y Guerra y Varona, los puestos que habían de ocupar en el Ministerio que debería formarse después de la guerra.

Estamos haciendo patria para todos, pero esto es muy ridículo y sobre todo muy bajo.

Enrique Hernández Miyares se ha vuelto a la Habana. Se fue cuando su amigo Raimundo Cabrera se fue para Barcelona. Muchos hablan mal de su Panchita. Y de él.

Yo lamento que no esté por aquí ese buen cubano que tanto vale. Miyares es de los que merecen morir entre los valientes y entre los mejores hijos de Cuba.

(*) Archivo Nacional de Cuba. *Donativos.* Caja 272, No. 1.

De Raimundo Cabrera nada nuevo se. Ya yo sabía que era un miserable, y que desde hace mucho tiempo había dado la espalda a la honra; pero esto que yo sabía, y que muchos sabían tanto como yo, no se repetía ni se creía porque Raimundo Cabrera era un rico y prestigioso autonomista y hombre de maduro juicio.

Y nadie duda de que es un miserable, ya todos saben que sólo merece el desprecio de sus conciudadanos.

Pero esto después de tanto falso y ruín halago.

Mucho me he alegrado que en este viaje me haya acompañado el joven e inteligente Dr. Cosme de la Torriente. Me ha informado con talento de cuanto pasa en Nueva York, y si fuera fácil la comunicación, me atrevería a señalar desde aquí las causas de los desacuerdos y poner desde aquí buen remedio a los males; pero aunque sean tan malas y difíciles las comunicaciones, —no cuando importa a los de allá, como sucedió en el caso del poder, que vino aquí por *doce* partes distintas—, he de escribir a Estrada Palma. Y lo haré para que sepan todos que yo no autorizo como Secretario del Exterior, los dispendios de sueldos, y para que todos sepan que el dinero que se manda es sólo para atender a los gastos de la guerra.

Los que han trabajado al lado de Martí, saben como él vivía; los que quieren ser sus críticos, deben ser mejores que él y no venir a querer vivir de su obra.

Antes de dejar el puesto de Secretario, he de poner las manos sobre estos hombres para que se acuerden de mí y sepan respetar la memoria de Martí.

En la "Cañada del Yarey" he encontrado a una Comisión de la fuerza de Rabí que viene del Camagüey y de Santa Lucía, lugar —cerca de Guáimaro— en donde se encuentra el Gobierno.

Uno de los que en ella venían, me informó de que el Gobierno había sitiado a la Zanja y que después de hacer más de 180 disparos con nuestros cañones, sólo habíamos conseguido que el Jefe español nos dijera que no se rendía y que extrañaba que se intimara tan ridícula orden.

Otro fracaso. Y otra vez Sagua de Tánamo.

Para tener una prueba de que ha sido esta vez, como en Sagua de Tánamo, el Gobierno quien mandó la operación militar, me la da el que me informa, puesto que me dice:

—"Cuando no quisieron rendirse los del fuerte, Rabí quiso cargar, pero el Marqués se opuso".

Luego el Marqués fué quien dirigió la operación.

Llevaré este otro fracaso a Gómez.

¿Aún no estarán convencidos los del Gobierno que no deben meterse en operaciones militares?

Veremos.

Ayer llegué aquí y escribí a Pina para que viniera a explicarme su intervención en los asuntos de la correspondencia del exterior, puesto que había visto una comunicación que tiene Arias firmada por él. Vino y quedamos de acuerdo en que Arias quedará en el puesto indicado por mí.

Está Pina en casa de la Sra. de Miró.

Y con ella y la familia que la acompaña van para el Camagüey.

Que Dios los acompañe. Es ridículo lo que se ve por estos mundos. Los que se creen intachables, son como Pina, los más *frágiles.*

Tunas. Los Haticos, 28 Abril

Con Pina vino Nodarse. —Vivanco, el Canciller, no se pudo molestar en venir a saludarme.

Habló Pina de que nada debía a los fondos de la Revolución y con voz campanuda empezó a emitir sus juicios sobre hombres y cosas. Juicios que poco valen, pues la crítica en labios desautorizados, es ridícula murmuración y nada más.

Torriente juzgó bien al hombre.

Me parece —me dijo—, un pedante y un necio.

Ayer llegué aquí y escribí
á [illegible] para que viniera á
explicarme R/6 su intervención
en los asuntos de la corres-
pondencia del [illegible]
[illegible]
una carta que tiene
[illegible]
[illegible]
[illegible]
quedaran [illegible]
indicado por mí.

Esta [illegible]
de las [illegible] de Abril.
Con ella y la fa-
milia y e la acompaña
van fuera de Camagüey.

El que me decía que todo lo que tenía lo había sacado de Sanctí Spíritus al venir a la Revolución, no pude menos que sonreirme; se había puesto —para venir— una chamarreta azul, la que llevó al Camagüey cuando la Constituyente, pero olvidó quitarse las botas nuevas y ocultar la lujosa montura de su brioso caballo. No ha tomado nada de los fondos de la Revolución, pero ya no hay quien no diga por estos contornos, que la Sra. de Miró... y esto explica que se le hayan facilitado por la Caja de Hacienda muchos centenes. Y esto es a más de ridículo, infame. Y más cuando hay tantas pobres familias de las que nadie se acuerda y viven abandonadas sufriendo los caprichos y las ordinarieces de muchos Prefectos: entre estas familias hay muchas que no tienen ni un boniato que darle a sus hijos. Para esas que son honradas y no ofenden, como la de Miró, a sus maridos en campaña, no tiene la *honradez* del Ministro Pina, el menor socorro.

Dijo también Pina que él nunca pensó entrar a formar parte del Gobierno, que él vino para ocupar un puesto en el ejército.

Sobre esto me dijo luego Torriente:

"De sobra sabe todo el mundo que salió de Sanctí Spíritus cuando su cuñado Serafín Sánchez lo mandó a buscar para sentarlo en la poltrona ministerial".

Que brutos son ciertos hombres.

Nos convidó Pina a almorzar en casa de las Miró. Y yo le dije que iríamos si yo demoraba mi marcha. Pero nunca pensé aceptar su brindis. Ya yo no pondré nunca —por mi voluntad— los pies en casa en donde hay quien olvida tan groseramente sus deberes.

Ayer por la tarde emprendí viaje y ya llevo andada algunas leguas. Dormiré esta noche en Camalote y pienso que mañana encontraré al Gobierno.

Si Dios quiere, cómo se dice por acá.

En Mala Noche me detuve un día para que me lavaran la ropa y hacerme de algunos encargos.

Me dio mi amiguita Consuelo, la comisión de ver a Loynaz y hablarle de lo que quiere. Soy buen correo, porque tú sabes todo

[illegible]

[illegible] tiene los [illegible] mandados [illegible]

[illegible]

12/8 [illegible]

[illegible]

Sobre esto no digo [illegible] timiento.

[illegible]

[illegible]

lo que te quiero para quedarme con el mandado, y soy bastante honrado para saber respetar a la novia del buen hermano.

Se van a juntar —si se juntan— dos literatos. ¡Cómo andará esa casa, Santo Dios!

Me dice Torriente que Pepe de Armas y Céspedes esta en Cayo Hueso, y que escribe en *El Yara* unos folletines revolucionarios que titula: El Valor Español.

Y que Pepillo su hijo, está en Nueva York, viviendo del Partido.

Me cuenta que una vez necesitó Pepillo unos cincuenta pesos y se los pidió a Trujillo a fin de que éste los obtuviera de Estrada Palma. Parece que el Delegado no estaba muy dispuesto al *sablazo*, y al saberlo Pepillo, volvió a Trujillo para decirle que si Estrada no le daba los reales, publicaría un artículo que había escrito en contra de él y ocupándose de uno de los fracasos expedicionarios de aquellos días. El medio no puede ser más miserable, pero le dió brillante resultado. Estrada le dió 100 pesos.

Y sobre esto hay muchos casos. Uno de los expedicionarios de Calixto fué una vez al mismo Trujillo a pedirle un pasaje para Tampa. No lo quiso dar Estrada, y valiéndose del medio utilizado por Pepillo de Armas, sacó *tres*.

Le pregunté a Torriente por qué Trujillo interviene en estos asuntos y me contestó:

—"El busca siempre estas agencias para quedarse siempre con la mitad de lo que le saca al Delegado".-

---

Otro de los explotadores es en Cayo Hueso, Angelo Figueredo. Ha lucrado con los expedicionarios de una manera grosera, y —aunque los hechos han sido denunciados al Delegado, éste no ha querido hacer nada en contra de él, porque es uno de sus mejores servidores en época de elecciones, y uno de sus defensores siempre que se levanta contra él alguna acusación.

Pérez Trujillo, el miembro de la Junta Central autonomista, está en el Cayo. Llegó allí en los días en que Estrada trabajaba su

reelección. Me dicen que habló en los meeting. Y que está en el grupo de los buenos.

Lástima que éste paso, que ha tenido que dar empujado por la persecución española, lo hubiera hecho antes de la guerra al mismo Cayo: así la protesta del antiguo revolucionario hubiera sido importante. Ahora no vale nada. Ha dejado a su familia en la Habana y él vive pobremente.

San José de la Plata

El Anoncillo, 29 Abril

Dejamos ayer Los Haticos después de almorzar y emprendimos la marcha hacia Camalote, pero el temor de que nos sorprendiera la noche en la vereda que lleva a Camalote, hicimos noche en una finca cerca de la Posta de la Soledad, que como este punto, se llama El Anoncillo. Bien nos trató la buena familia y pudimos comer una carnecita y unos sabrosos boniatos. La gente comió caña de lo lindo y pudimos comprar un peso de raspadura. El pobre Pinto no pudo disfrutar del banquetico, tenía fiebre, y ésta fue una de las razones que tuve para quedarme.

Esta mañana, de viaje para Camalote, supe que el Gobierno había dejado a Santa Lucía y andaba de huida. En Camalote no me aclararon el punto y seguí, pero al llegar a la Subprefectura de la Piedrona me dijo el *cuyo* Subprefecto, que por Las Caballerías, se habían oído disparos de fusilería, que se decía que una columna española de más de 2,000 hombres custodiaba un convoy que iba a Guáimaro. De fijo no sabía el Subprefecto en dónde estaba el Gobierno, y seguí para acá en busca de noticias de práctico y sobre todo del Prefecto que se me dijo debía saber a dónde estaba el Marqués y su gente. Por el camino me encontré con una Comisión que venía del Gobierno, la que me informó de que por la mañana habían dejado al gobierno con el cañón, la artillería y la escolta por Monte Carmelo, y que Mayía y M. Suárez y Rabí con sus fuerzas, habían ido a "*tirotear* a la columna porque son muchos y no se puede hacer otra cosa". Siempre lo mismo. Las operaciones y concentraciones dan siempre fatales resultados. Sagua y La Zanja no me dejarán mentir y ahora —reunidos los hombres y los generales y sus fuerzas— no se puede intentar el ataque de una columna de 2,500 hombres porque es muy grande y sólo se la puede *tirotear*. Ahora, prudentemente, el Gobierno se retira con su otra impedimenta: el cañón. Y andando al Norte, se va lejos del lugar

del peligro. Va el Gobirno, pues, hacia Oriente y lejos como va de huida andará cada día más de 12 leguas. Esto me ha hecho determinar no seguir detrás de los fugitivos, porque a más de caer, por buscarlos, en alguna emboscada española, se me hacen más largos los días que me separan de Gómez. Esta noche le escribiré al Marqués y mañana enderezo mi rumbo hacia la Prefectura de Pancho Calvo y... ¡a Gómez!

Hay por estos lugares un miedo *gubernamental* a los españoles. Los Prefectos hablan de irse a las retiradas. En ésta Prefectura no he encontrado ni al Prefecto ni al Auxiliar, ni al más insignificante civil. Pero el Subprefecto me ha proporcionado práctico para mañana y ahora —las 6 de la tarde— me deja acampado en la casa del Secretario de la Prefectura que —como todos— tampoco está. Pero volverá; ha ido a buscarnos viandas.

Me cuentan que han pasado por aquí muchas enfermos a consecuencia del sitio de La Zanja. Uno de la escolta del Gobierno murió. Esta baja hay que sumarla con las otras.

Se habla de una o dos expediciones que han entrado —según se dice— por el mismo lugar que la de Peña. ¿Será cierto?

Ya me habían dicho que Menocal, el Dr. Raimundo, no había podido revalidarse como médico en Nueva York, pero me afirmaron que había sido porque no sabía el inglés y no le habían permitido llevar intérprete. Torriente me ha explicado este triste asunto. Menocal llevó intérprete y no fué esa la causa de su *calabaza.* Componían el tribunal médicos muy ilustrados y no supo responder a las preguntas que le hicieron sobre algunos puntos de terapeútica. Me dice Torriente que este asunto se ha reservado y pocos lo saben.

Ahora recuerdo cuando algunos me decían que si venía Menocal a la Revolución, por sus talentos médicos, debía ocupar el primer puesto entre nuestros médicos. Atribuye este fracaso Torriente a que Menocal es más cirujano que médico.

Lo siento por su fama y porque es buen cubano. Pero si está anulado como médico, también lo está como político: es un pleitista como Varona y otros.

Que se dejen de pleitos ridículos y de discursos inútiles y vengan a aprender a servir a la Patria, peleando como hombres.

Copio aquí la carta que le acabo de escribir al Marqués.

Ciudadano Presidente Salvador Cisnero.

Respetable amigo:

Llego hoy aquí esperando encontrar al Gobierno en Santa Lucía, pero desgraciadamente para mí, ya Uds. han tenido que emprender marcha, y como me dicen que se dirige Ud al norte y hacia Oriente, tomo la determinación de escribirle para indicarle el rumbo que tomaré desde mañana y las razones que tengo para ello.

Para arreglar definitivamente las comunicaciones de Cartera por el punto que Ud. conoce, tuve que ir hasta Canastas y de allí fuí a saludar al General Calixto García en Cauto Abajo.

Sobre la expedición ya le he dicho en mi otra carta que nos trae más de mil armamentos y cerca de 300,000 tiros. También le remití la lista de los expedicionarios. En Canastas me despedí hace seis días de Calixto que salió ese mismo día hacia Mapos para por Camaniguan salir al Lavado.

Para llevar al General Gómez una razón importantísima sobre asuntos militares sobre la cual debo guardar secreto en esta carta por si desgraciadamente se perdiera, sigo viaje hasta Sanctí Spíritus en donde me dicen que se encuentra el Mayor.

El General Calixto puede informar a Ud. de estos asuntos puesto que los conoce.

Siento irme sin haber antes ido a ponerme a sus órdenes, pero tengo la seguridad de que luego que sepa el objeto de mi viaje ha de comprender la razón que tengo en no demorarme en inútiles contramarchas.

Vi a Pina en Mala Noche y allí quedó esperando a Masó y disponiendo el viaje de la familia del ciudadano Miró para el Camagüey.

No demoraré yo en el cuartel General del Mayor Gómez más que el tiempo necesario para hablarle y dar término a mi comisión, después me pondré a sus órdenes.

Hasta entonces pues, se despide de Ud. su adicto correligionario y amigo. Fermín Valdés Domínguez. San José de la Plata, Abril 29-96.

Con esta carta recibirá Ud. otra de mi querido amigo el joven abogado Dr. Cosme de la Torriente, uno de los expedicionarios que vinieron con el General García y que por encontrar más pronto al Gobierno y al Mayor Gómez se unió a mí en Canastas. Siento que no lo conozca Ud. ahora por los valiosos informes que le daría de nuestras cosas en Nueva York y porque el Dr. Torriente más que un cubano distinguido y amante de las glorias de su Patria, es un hombre sincero y cuyos juicios se oyen siempre con respeto, ya Ud. lo conocerá y pensará como yo. V.D.

Con mi carta le manda Torriente una presentación que le dio Manuel Sanguily.

He leído esa carta así como las otras que trae mi inteligente compañero de viaje. De todas es la más importante por los conceptos que encierra, la que Sanguily escribe a Gómez. Porque es un documento para nuestra historia y una prueba de que está con nosotros de buena fe Manuel, la hago copiar. Leéla, es hermosa la carta.

Nueva York, Diciembre 31 de 1896.

General Máximo Gómez.

Cuba.

El portador de esta carta es mi amigo el joven abogado habanero Dr. Cosme de la Torriente, que desde Abril ha estado procurando ir a la guerra, pero ha sido siempre víctima de la mala fortuna. Lo recomiendo a su consideración como hombre culto, leal y recto, de verdadero mérito moral, velado por modestia tan grande como sincera.

Su próximo viaje me facilita la ocasión de dar a Ud. mi entusiasta enhorabuena por su prodigiosa campaña de Las Villas y Matanzas.

Por ella su nombre ha recorrido todos los labios, entre los aplausos del mundo, y ha vivido varias semanas en la angustia de los corazones cubanos.

Le envidio a Ud. esa gloria tan legítima y brillante, conquistada en favor de mi país, que es el suyo también, y para bien futuro de su libertad; me atrevo a unir mi voto al de tantos hombres pre-

visores y bien intencionados, porque la fortuna proteja su vida; pero déjeme decirle que es preciso que Ud. la ayude con un poco de prudencia. La Revolución necesita de su vida, y Cuba sabe de sobra cuan grande es su corazón y su valor, para que Ud. pueda creer que todavía está en el caso de probarlo. Resérvese Ud., pues; esta lucha es difícil y hasta ahora su habilidad y su maestría son indispensables para la causa cubana.

Deséandole victorias en su camino, y larga vida, se despide por hoy de Ud. con un abrazo de corazón, su apasionado antiguo compañero y admirador. —Manuel Sanguily.

En el sitio de La Zanja, en donde tuvimos siete bajas, se dice que la de los españoles pasaron de 30. Esto nada significa, puesto que no tomamos La Zanja. Suponen que la lancha que nos hizo un disparo no pudo seguir haciéndonos fuego porque nuestros tiradores mataron al artillero. Me han pintado las defensas de La Zanja y entiendo que sólo en cerebros enfermos pudo caber la idea de tomar un lugar tan bien defendido.

Casi de noche ha llegado el Sr. Prefecto a quien ya conocí cuando venía del Camagüey en busca del Gobierno. Trae la noticia de que ya el convoy ha entrado en Guáimaro y por lo tanto que tenemos a cuatro leguas a una gruesa columna española. Ya he combinado mi viaje y mañana temprano emprendo la marcha. No estoy esta noche muy tranquilo y no sé tampoco si mañana no me harán andar a tiros los soldados, pero no hay que pensar en cosas que quizás no sucedan. Dios dirá.

Tú mi almita, y mi amor a Cuba, me acompañan. Y tus súplicas amorosas sé que llegan al cielo.

San Fernando del Chorrillo,

1ro. Mayo.

Ayer, a las 8 y media de la mañana, pasamos el río Jobabo que separa a Oriente de Camagüey.

La marcha, ayer, fué larga y pesada. Un maldito Jefe de Postas y un Prefecto miedoso, nos hicieron dar una vuelta inútil. Más de quince leguas anduve y casi de noche llegué a la Prefectura de Pancho Calvo en la finca "La Esperanza". Allí dormí y des-

pués de cambiar caballos y dejar el mío y la mula que se me ha vuelto muy coja.

Aquí he oído cosas que me indican que si sigue el Gobierno el sistema de meterse en asuntos que sólo son de la incumbencia del General en Jefe, no podrá sostenerse mucho tiempo.

Todos los soldados camagüeyanos saben que Recio Loynaz es un cobarde y que Alejandro Rodríguez es un valiente. Y por eso no comprenden porqué el Marqués ha hecho Brigadier a Recio, y Rodríguez, sigue siendo Coronel. Rodríguez está por Las Villas. Me dicen que con él va la escolta de Gómez y Boza.

Suárez anda por aquí con su escolta. Dicen que está enfermo, probablemente lo veré esta tarde en el Ciego de Najasa a donde pienso acampar y dormir.

Loreto, 4 Mayo

Desde que no escribo ¡cuántas ideas han pasado por mi cabeza!

Al General Manuel Suárez lo encontré en el Ciego de Najasa, acampé en su rancho y al día siguiente emprendimos juntos la marcha.

Hablamos mucho sobre el Gobierno y me convencí de que están esos hombres locos o que no comprenden todo lo malo que hacen o —a sabiendas— están queriendo matar la Revolución tomando acuerdos ilegales y oponiéndose por sistema a todo lo que —en uso de un derecho que le dió la Constitución— determina y manda el General en Jefe.

Supe que la determinación de nombrar —interinamente— Jefe de Oriente al General Mayía no obedeció a un acuerdo del Consejo, si no que fue un decreto del Presidente de acuerdo con su íntimo en estos asuntos anticonstitucionales, el General Roloff. Y me dijo Suárez que para nombrarlo lo llamaron y le dijeron que hacían el nombramiento porque Mayía había hecho grandes estudios y tenía un plan de operaciones brillante. Dice Suárez que escuchó con calma las indicaciones del Marqués, pero que cuando supo que las cuyas operaciones eran: la toma de La Zanja y Guáimaro y otros lugares, manifestó que los tales planes eran tan ridículos como imposibles de realizar. Persistieron entonces los sabios y Suárez dijo:

—Chico pleito, iré con Uds. a La Zanja.

Fuimos a La Zanja, me dijo Suárez, y a las dos horas de estar allí, cuando ya se habían disparado más de cien tiros de cañón, me retiré, porque no era aquel lugar para caballería y allí se quedaron los sitiadores. Todos se han convencido de la inutilidad de Mayía para dirigir operaciones militares, y no ha habido quien no se haya reído y no haya criticado sus planes. Después de la famosa reconcentración de fuerza nada se ha conseguido. La columna española entró en Guáimaro sin más bajas que un caballo muerto y hoy he sabido que la columna ya se ha ido tranquilamente. Sobre la contestación que José Maceo dió al Gobierno cuando recibió la comunicación en que éste le participaba el nombramiento de Mayía estuvo de acuerdo Suárez.

José dijo: Recibo el oficio y lo transcribo al General en Jefe.

Suárez se lamenta de que por meterse el Gobierno en asuntos que son sólo de su incumbencia o del General en Jefe, no ha podido hacer nada en bien de su cuerpo de ejército, a pesar de que ya hace tres meses que está en el.

Al día siguiente de haberlo encontrado, dejé a Suárez.

Ciudadano General en Jefe, Máximo Gómez:

Mi distinguido amigo:

En camino para su cuartel general, sé que Serafín Sánchez ha pasado ya para el Gobierno y me dicen que trae comisiones de Ud. Por si alguna se refiere a la orden que dio Ud. al Mayor General José Maceo para que éste le envíase hombres armados y oficialidad escogida, —vuelvo atrás para encontrarlo y entregarle las cartas del General José Maceo a mi ilustrado compañero de viaje, expedicionario que acaba de llegar con Calixto García y cubano de los buenos, Dr. Cosme de la Torriente. Este amigo le dirá todo lo que yo por prudencia debo silenciar en esta carta y lo único que me atrevo a encarecerle, es que mande al General José Maceo una autorización de Ud., que lo deje cumplir con entera libertad sus órdenes sin que se mezcle para nada en sus determinaciones ni el Gobierno, ni el Jefe del Departamento.

De mí poco he de decirle; cumpliendo sus deseos, renuncié mi puesto en el Gobierno y me fuí a curar a Oriente, pero antes combatí la ley de Organización Militar por anticonstitucional y porque sólo Ud. podía proponer esa ley; he combatido los procedimientos ilegales del Secretario de la Guerra que dada nuestra constitución, sólo puedo comunicar para que se cumplan los acuerdos del Con-

sejo, que no puede legislar sobre asuntos de guerra y tampoco dirigir operaciones militares. Me opuse al sitio de Sagua, y combatí por descabellada la empresa de tomar La Zanja: para estas cosas que han resultado ridículas, se ha hecho la Organización Militar que hace, —contra la Constitución— de Presidente de la República que por aquella no es más que el Presidente del cuerpo de Consejo. Y también por poner sobre José Maceo un Jefe, se dividió la Isla en dos Estados: quisieron poner primero a Carrillo, me opuse y no se tomó el acuerdo, pero el Ministro de la Guerra ha nombrado Jefe interino de Oriente a Mayía, cuando su deber era hacerlo cumplir la orden de Ud.

Estas y otras muchas cosas son las que me hacen persistir en mi resolución de separarme por completo del Gobierno y hacer renuncia de la Secretaría que desempeño, y como Sánchez Agramonte para obligarme a estar en el Gobierno me ha ordenado que entregue mi cargo de Jefe de Sanidad del primer cuerpo al Dr. Galano, he pedido mi pase al Ejército, y José Maceo quiere que vaya a hacerme cargo de la Brigada de Baracoa. De acuerdo con la ley, manda el General mi propuesta para que Ud. la resuelva, y yo sólo le digo que si se me quiere castigar, con el castigo más severo, basta con que se me obligue a seguir en el Gobierno.

Quizás con el mismo Dr. Torriente pueda Ud. mandar la resolución de los puntos que le indico aquí y los que él le comunicará, aunque son sus deseos, militar en las filas de su fuerza y no ocupar el puesto que le señala la Ley como letrado.

En espera siempre de sus órdenes es su amigo muy adicto.

Fermín Valdés Domínguez

Guanasí, Mayo 2-1896.

En la Prefectura de Guanasí en donde acampé anteayer, supe que Serafín Sánchez había salido por la mañana para el Ciego de Najasa; por haber tomado otro camino no lo encontré a mi paso. Y supe también que traía poderes de Gómez para arreglar nuestros asuntos militares. También me dijeron que Cañizares venía con él.

Pensé en lo difícil que me sería volver desde la Habana en donde se me decía que estaba Gómez y al mismo tiempo supuse que Serafín podría arreglar mi asunto.

Determiné pues, volver para encontrar a Serafín y mandar las cartas de José para Gómez con el joven Cosme de la Torriente. Escribí la carta que copio más atrás, le dí mis informes y con órdenes para que se le atendiera en las Prefecturas como comisionado

de mi Secretaría despaché a Torriente ayer por la mañana y yo me puse en camino y no paré hasta que después de haber andado cerca de diez leguas, dí con Serafín en el Ciego.

Viene Serafín como delegado de Gómez y como organizador general del Ejército. Con él vienen el Coronel Pujals y Vivanco y Lecito Salas y otros amigos viejos. Loynaz, mi buen Loynaz, se quedó atrás sacando ropa por El Senado.

Con gusto saludé al General y a los otros amigos.

Cuando ellos dejaron al General Gómez, aún no habían llegado a él las cartas que le llevan mi protesta y las razones en que fundé mi renuncia del puesto de Secretario del Exterior. Me dijeron que habían dejado a Carrillo cerca de la Trocha.

Trae Serafín poderes amplios de Gómez para anular todos los actos ilegales del Gobierno, y sobre la Ley de Organización Militar, dice que sólo se debe seguir la antigua, con las modificaciones que él crea deba tomar. Sobre todo trae autorizaciones bastantes.

Me he alegrado mucho de haberlo encontrado, para hablarle de José Maceo y decirle como se porta con Gómez y de que manera lo ha tratado el Gobierno; para explicarle todos los abusos que se han cometido y para hablarle de mí.

Pujals que viene con él por mandato de Gómez, ha oído también mis observaciones y ha atendido mis derechos.

Cañizares, a quien también mandó Gómez para que pidiera sesión permanente del Consejo a fín de que se traten con él todas las cuestiones que se relacionen con Gómez y sus derechos, y a la vez para que obligase a Mayía a cumplir las órdenes que recibió y desobedeció por culpa del Gobierno —está de acuerdo con mi campaña en el Gobierno.

Estoy, pues, satisfecho. Ahora me podré ir del Gobierno vencedor en toda la línea.

Mala Noche, 10 Mayo.

¡Cuántas cosas me han pasado, y que diversas han sido mis ideas y mis pensamientos muy distintos desde que me separé de Maceo

para ir hasta Gómez, a hoy que vuelvo tranquilo y orgulloso de mi mismo al lado del héroe negro!

En estos días no he podido escribir. Unas veces porque me lo ha impedido la mucha gente que he tenido cerca de mí y sobre todo porque no he tenido valor para intentar escribir todo lo que pensaba.

Y es que en estos días he tratado de dominarme para estar siempre en mi lugar, y también en los que he meditado mucho mis determinaciones. —He sufrido tanto, me he sentido tan cansado y tan abatido que no me he hallado con valor para escribir.

Y he hecho bien en no escribir hasta ahora, y todavía hoy me parece que están muy cerca los *días malos*, y sin querer voy a dejar mucha hiel en estas páginas que escribo para que le lleven a mi amorcito santo —con mis recuerdos— todo lo bueno que hay en mi alma y todas mis penas; pero si todo esto quiero escribir, deseo a la vez, que en mí se queden todas mis iras. Y por desgracia he tenido que tratar, y se encuentran por el camino de la vida muchos hombres a los que es poco despreciarlos y —a pesar de la repugnancia de las almas superiores, —hay que odiar.

Esto es muy triste, pero muy verdadero.

Por no dejar tanta cosa fea aquí, por eso me alegro de haber alargado tanto mi descanso en esta única tarea consoladora de mi vida. La única! Sí, la única.

Pienso en tí y me quedo como abismado en mi tristeza. Te siento cada día más en mi corazón. Te creo más en mi alma y sin embargo, al ver como pasan los días y los meses y no llegan tus cartas, y no recibo ni una letra tuya, en la que me diga tu corazón, una, una sola frase de amor y de esperanza!...

Cuando mis ojos te buscan y me parece que te veo... pero tan lejos. Cuando palpo tanto fango como hay en este mundo en el que el deber me manda vivir, y cuando le pregunto por tí a todo lo que me rodea y te busca mi espíritu en cada rayo de luz y en cada estrella, ay, mi vida, ...entonces me encierro en mis tristezas y me siento tan solo y tan triste ...

Si después de todo lo que tengo que sufrir pudiera yo tener una sola carta tuya en la que me dijera, "no te olvido"... si cuando me pongo a pensar en tantas miserias pudiera yo tener el consuelo de saber que tú me adoras como yo te adoro...

Perdóname, yo no dudo de tí... pero estoy tan solo y tan triste!...

Y tengo mucha razón para pensar que soy entre los hombres el más huérfano y el más desgraciado de todos los hombres!

Cuartel General del Ejército Libertador

Orden General día 11 Abril 1896

El General en Jefe ha tenido a bien ordenar se publique lo siguiente:

Con el fin de evitar irregularidades perjudiciales a la Organización Militar y de fijar de modo preciso y decisivo la naturaleza legal de los grados y empleos militares.

1º Sólo podrán conferil empleos y grados militares hasta el de Teniente Coronel inclusive, los Jefes de Cuerpos de Ejército y el Lugar Teniente General, con la aprobación del General en Jefe.

2º Los grados correspondientes a las clases podrán ser expedidos por los Jefes de Regimientos o Brigadas con la aprobación como último requisito legal del Jefe del cuerpo.

3º Los grados y empleos de Coronel y superiores, se expedirán como previene la Constitución de la República, por el Consejo de Gobierno, a propuesta del General en Jefe y con informe de la autoridad subalterna inmediata.

4º Los grados otorgados por Jefes militares con fecha ulterior a 16 de Septiembre de 1895, habrán de tener los expresados requisitos para su validez efectiva.

5º Los grados o empleos militares que confiera la autoridad no expresada en la presente, o de orden civil, puedan anulados y sin ningún valor.

Lo que de orden superior se publica en la general de este día para su cumplimiento y fines consiguientes —El Brigadier Jefe de Estado Mayor General— Javier Vega.

Sabanilla del Contramaestre,

12 Mayo.

Canastas, 13 Mayo

Ayer sólo pude escribir la fecha y dejar el nombre del lugar a donde hice alto para almorzar.

Podrás tú hacerte cargo de como habrá andado mi espíritu en estos días, por lo que te he dejado de escribir y por lo que te he escrito. Pero a pesar de todo no has de poder formarte cabal idea de todo lo que he sufrido. Sin embargo estoy satisfecho de mi proceder y ando a pesar de todas las luchas con la frente bien alta.

Ya sabes que iba al Cuartel General del Mayor Gómez para que me despachara mi pase para el ejército y que dejé a Torriente mi comisión y me uní a Serafín, y que con él me incorporé al Gobierno, sólo te falta saber como me separé de mis compañeros en el Ministerio, y voy a tratar de contártelo tratando de olvidar muchas cosas, porque si las recordara tiraría la pluma y no escribiría nada.

Al día siguiente de mi llegada al Gobierno, se reunió en Sesión de Consejo. García Cañizares había presentado una Memoria de sus trabajos y había pedido que para oirlo se reuniera el Gobierno. Fuí a la sesión algo violento. Había sabido por Pinto que el Marqués había manifestado que no se sentaría en sesión conmigo, —sin embargo, presidía el Marqués—, sólo faltaba Masó. Todos ocupaban sus puestos.

Dijo Vivanco que no se daba lectura al acta anterior por ser ésta continuación de la última, —cosa que no comprendí, pero que como los demás pasaron, yo dejé sin protesta alguna. El Marqués habló para poner sobre el tapete mi renuncia. Quiso que se me aceptara la que había pedido al llegar de Las Villas y sobre la cual ya había recaido un decreto del Consejo, y viendo que por ella no podía hacerme salir, sacó la que luego mandé al separarme, después de la operación de Sagua, y el oficio en que José Maceo transcribe lo que le dije cuando se me obligó a venir al Gobierno y cuando Roloff me comunicó la determinación que —contra la ley— había tomado al pasar a un destino civil al Dr. Veranes. Y dijo el Marqués que en los dos documentos yo acusaba al Consejo de haber cometido faltas y de haber obrado anticonstitucionalmente. Estaba nervioso y descompuesto el Marqués cuando hablaba. Dijo que él asumía toda la responsabilidad de los actos del Gobierno, si alguna había, y que llamaría a un número de letrados para que estos apreciaran los hechos y fallaran. No quería que mis renuncias se leyeran a pesar de pedirlo yo, pretextando que ya todos conocían esos documentos. Cañizares dijo que no los había visto y se los pasó para que los leyera, pero como Pina dijera que él tampoco tenía noticia de ellos, los pasaron a Vivanco y éste los leyó en voz baja, como

quien lee algo que no debe oirse más que por los que han de tomar parte en el debate. El Marqués por su parte, hablaba alto.

No me opuse a que se tratara de mi renuncia, defendí los fundamentos que dejé consignados en ambos escritos, y le dije que no me asustaba el anticonstitucional juicio de los abogados, pero que yo pedía para mí el derecho de hacer pública mi renuncia, pues quería para la tranquilidad y la satisfacción de mi conciencia como hombre y como cubano, el fallo de la opinión pública único inapelable para mí. Fué mi actitud enérgica, y supliqué a mis compañeros que aceptaran mi renuncia. Cañizares trató de combatirme en lo que se refería a la anticonstitucional de los acuerdos, pero no pudo; quiso defenderse Roloff de la falta que había cometido en lo que se refiere a Veranes, pero todos no demostraron sino sus vanidades, y a pesar de ellos y de la ira ruín del Marqués, mis argumentos quedaron en pie. Puesto el asunto de mi renuncia a votación, fué aceptada por unanimidad. Pedí que se me diera copia del acuerdo y se me dió poco después. No esperé que se terminara la sesión para dejarlos para siempre.

No es posible decirte todo lo que yo he sufrido en los meses que he pasado en el Gobierno. Yo no puedo estar entre hombres ruines y vanidosos que tanto daño están haciendo a la Patria. Ahora, lejos de ellos, me parece que me siento más libre y más hombre.

Siguió después la sesión. Y se acordaron cosas graves que yo no debía saber.

La marcha de Mayía para Las Villas occidentales.

El nombramiento de Calixto para la Jefatura de Oriente.

Y otras cosas, y entre estas, el comisionar a Cañizares para que viniera a Oriente a solicitar la expedición de Calixto para llevarla íntegra a Gómez.

Cañizares se acercó a mí para pedirme que lo apoyara en su deseo y le acompañara para que José no se opusiera a sus deseos.

Le contesté yo que José estaba dispuesto —como buen militar— a cumplir las órdenes de José y que si era cierto que traía instrucciones del General en Jefe como decía, sus menores indicaciones serían órdenes que cumpliría José al pie de la letra.

Pero que José —que conocía sus deberes y los cumplía siempre no estaba dispuesto a sufrir imposiciones de los que por orgullo se llaman los primeros, y por sus necedades son los últimos entre los hombres de la guerra.

Le dije a Roloff que ya yo podía irme a incorporar a las fuerzas de Maceo puesto que había éste aceptado mi pase al ejército. Leyó el oficio en que me comunica José mi pase y me dijo que podía unirme, como yo deseaba, a Serafín Sánchez para venir a unirme a Maceo: Secas y cortas fueron aquellas últimas frases mías, que serán las últimas como hombre, pues ya no me quedan con él, como con todos los demás [más] que las relaciones oficiales.

Serafín habló poco conmigo aquel día. Le comunique mi renuncia y me ratificó su deseo de que todo se arreglase porque era ridículo que el Gobierno con sus irregularidades se estuviera poniendo en frente del General en Jefe.

No sé si ya te he dicho que Cañizares le dijo al Gobierno lo que ya Serafín me había dicho a mí, que era tan hondo el disgusto del General en Jefe, que éste quería entregar el mando a Maceo para ir a mandar una guerrilla. Maceo se opuso indignado.

Me han aceptado la renuncia, pero las irregularidades quedan en pie y ya vendrá mi día, el día en que yo los vea caer envueltos en todas sus miserias.

Me decía el Marqués:

Tengo autorización para hacerlo todo. Gómez me la ha dado.

Y Serafín me dice:

—La única Ley de Organización que acepta Gómez y por la que yo con amplios poderes vengo a organizar, es la de la guerra pasada con algunas variantes.

—Lo puedo todo— dice el Marqués, y por eso les dice a los Generales que hagan sus propuestas al Gobierno sin ocuparse para nada del General en Jefe, y por eso da diplomas el Marqués sin oir a Gómez y nombra Capitanes y Tenientes porque todo lo puede.

A esto contesta Gómez con la orden del día que me ha facilitado Loynaz y que copio más atrás.

Pero siguen en sus puestos y siguen en sus irregularidades.

Yo creo que esta venida de Serafín será muy provechosa si tiene carácter bastante para oponerse a todo lo irracional e ilegal, pero si se deja influenciar por los santones, entonces las cosas han de andar más mal.

Yo estoy tranquilo.

Hay ya muchos que se unirían para dejar sin trono a los falsos dioses, pero si mañana los aplauden y los siguen todos, y no hay quien proteste, —lo sentiré por Cuba—, pero yo, lejos, y en lugar más digno, seguiré pensando lo mismo que ahora.

La noche del día de la sesión fué la del meeting en el rancho de la familia de Miró. Más adelante me ocuparé de esta fiesta a la que no fuí invitado.

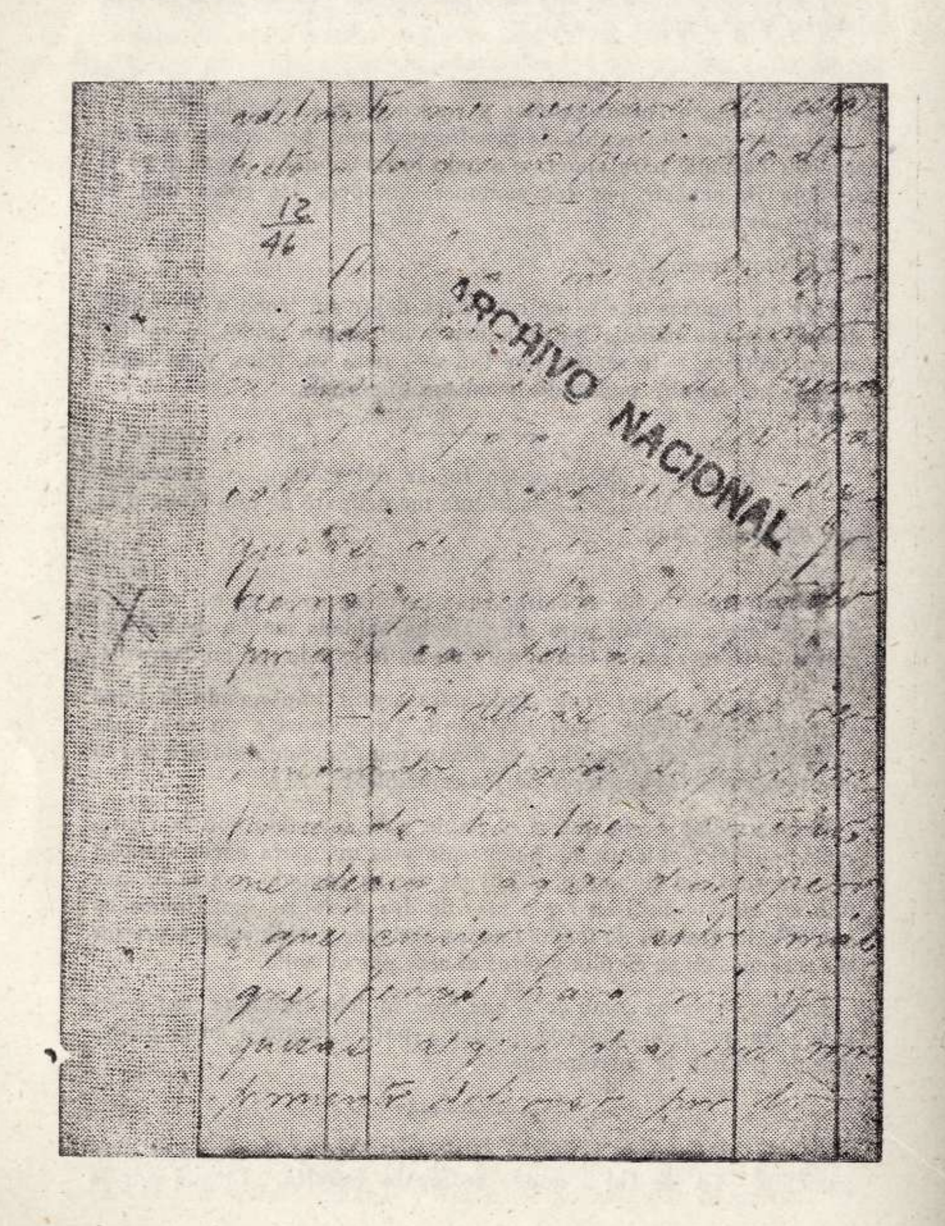
A Loynaz me lo he encontrado tan cariñoso como en sus mejores días de buena amistad para mí. Me ha hablado mucho de los disgustos de Gómez con el Gobierno y me ha felicitado por mi campaña.

—No debías haber renunciado para seguir imponiendo tu buen criterio—, me decía aquel día, pero, ¿qué consigo yo sólo más que penas para mí y quizás algún día un rompimiento doloroso por lo que importe a los intereses de los españoles?

Cañizares me decía que si el había sido investido con la representación del Gobierno, no había sido más que para hacer cumplir los acuerdos del Gobierno, y Loynaz me ha contado que se ha metido en asuntos militares y a más de dar diplomas que Gómez ha anulado, ha tratado de tomar fuerzas armadas y obligarlas a prestar sus servicios en su escolta y otros abusos por el estilo.

Loynaz —piensa como yo— que Serafín debe ser ahora muy enérgico para que Gómez pueda quedar —para siempre— en el puesto que de justicia le corresponde.

Al día siguiente de la sesión *célebre,* cambió el Gobierno el campamento. Yo me fuí a donde acampaba Serafín. Llegué por la


12/46
ARCHIVO NACIONAL

mañana y en momentos en que éste se disponía a ir al rancho de la Sra. de Miró. Me invitó y lo acompañé. Allí encontré a Mayía y a Pina y a muchos. Las señoras y señoritas estaban también de marcha. Mayía me invitó a acompañarlo a La Habana; consulté el punto con Serafín y fué éste de parecer, que deseando Maceo que fuera a Baracoa de Jefe de la Brigada, debía incorporarme a él, puesto que él podía autorizar el pase al ejército y el destino que se me daba hasta que lo sancionara con su aprobación el General en Jefe.

Ya despachado, le dije a Serafín que me iba a adelantar para ver si conseguía en Canastas algunos encargos y también para acompañar a Loynaz hasta Mala Noche a donde —con el pretexto de hacerse una ropa iba a ver a su noviecita, la simpática Consuelo.

Y por la noche emprendimos la marcha los dos viejos amigos. Y a medida que me he ido separando de los lugares en donde están esos falsos apóstoles, me voy sintiendo más contento, pero no puedo —a pesar de la distancia y del tiempo que va pasando— olvidar tantas infamias.

No está lejos del día de nuestra libertad, pero tampoco está lejos el día de la expiación necesaria.

Y mientras tanto yo seguiré mi camino sin vacilaciones de ninguna clase. Serviré a mi Patria, hoy como siempre, y si me toca morir no llevaré a mi fosa el recuerdo de ninguna cobardía ni la sombra triste de ninguna infamia.

Si llego a ella, podré decir que he cumplido con mis deberes como hombre y como cubano, que merecí siempre tu cariño santo.

Fermín.

S. S.(*)
No. 13

[Santiago] de Cuba.

Canastas, Mayo 13 de 1896.

La fiesta del rancho de [documento mutilado] que la acompañan, ha dado mucho que hablar y lo siento, [documento mutilado] que es un patriota dignísimo, por su Sra. que es cubana y lo que a la honra de ambos se refiere. Por Cuba pues, lo siento.

Loynaz y yo hemos lamentado que las necedades de Pina, y sus atenciones, hayan hecho pensar a muchos que ha tenido valor bastante para ofender con un amor criminal [documento mutilado] que da a muchos [documento mutilado] ejemplo de patriotismo y que ha sido en la paz constante defensor de nuestros derechos a la ind [documento mutilado].

Y lo que sucede en estos casos. Ya hay quien sepa que Pina gasta al [documento mutilado] de esa Sra. muchos céntenes que no son suyos, sino de la Patria, y no falta quien diga que es un hombre que no ha sabido nunca respetar a la mujer del hermano, ni del amigo y que el que ahora se muestra pródigo con dinero que no es suyo, allá en su pueblo fué espía del Gobierno español y a él se debe que fueran asesinados dos cubanos que vinieron de Santo Domingo con comisiones revolucionarias —Carmona y otro— y que si mereció de los españoles el puesto de Fiscal de Morón lo debió a esta infamia y de los mismos labios de un hermano de Serafín, hombre de peso que fué de la guerra pasada, y hoy no es más que teniente, he oído que nunca fué separatista y que hasta poco tiempo antes de haber venido denostaba a Serafín y era su más severo detractor, y a esto se une el que para salir de Sancti Spíritus tuvo que mandarle Serafín 250 pesos, que tenía fama de tahur y de tramposo y que siendo un pésimo abogado sólo se le conocían los más feos asuntos judiciales, en los que siempre trataba de burlar la ley en provecho propio.

Todo lo oigo con pena, pero lo oigo y apunto porque son cosas que han de servir para juzgar algunos hechos que sin disputa llegarán a la arena de la discusión y sobre las cuales lanzará su fallo la opinión pública.

Pina pues, daba la fiesta en honor de la Sra. de Miró y allá fué todo el mundo, no sé si invitados, o no, pero allá fueron. Me dicen que Calixto García el valiente General, presidía, y que hablaron el

(*) Archivo Nacional de Cuba. *Donativos.* Caja 272, No. 2.

12/47

Dr. Hernández y el Dr. Cañizares y que las señoritas cantaron y recitaron.

Le pregunté a Loynaz, ¿qué tal Hernández?

—Después de haber oído a Martí, ya no encuentro valor oratorio a ningún discurso.

Mi viaje con Loynaz ha sido muy agradable y *accidentado*. Salimos de noche y acampamos en el camino —antes de llegar a la casa a donde nos dirigíamos— porque nos caía uno de esos aguaceros torrenciales tan propios de estos meses y tan perjudiciales a los planes políticos de los Weyler y otros de la cría. Y era cosa cómica ver a Loynaz todo *entripado* en agua y a mí por lo *consiguiente*. Loynaz quería seguir, pero yo me opuse, la noche estaba oscura y los caminos fatales y yo no veo una *palabra* de noche. Resuelto el punto de acampar nos ofreció el pacífico, café, pero antes cambié mi ropa por otra seca que traía en las alforjas y Loynaz se retiró a una habitación inmediata mientras sus asistentes le secaban la ropa en el fuego. Y entre risas y lamentos de la gente que nos acompañaba nos tendimos en las hamacas —después de haber tomado una jícara de café— a filosofar sobre la necesidad de una capa para esta época...

Seguimos al día siguiente y sin más peripecia que algún caballo cansado, llegamos a la Prefectura de El Mango a donde hice alto para almorzar.

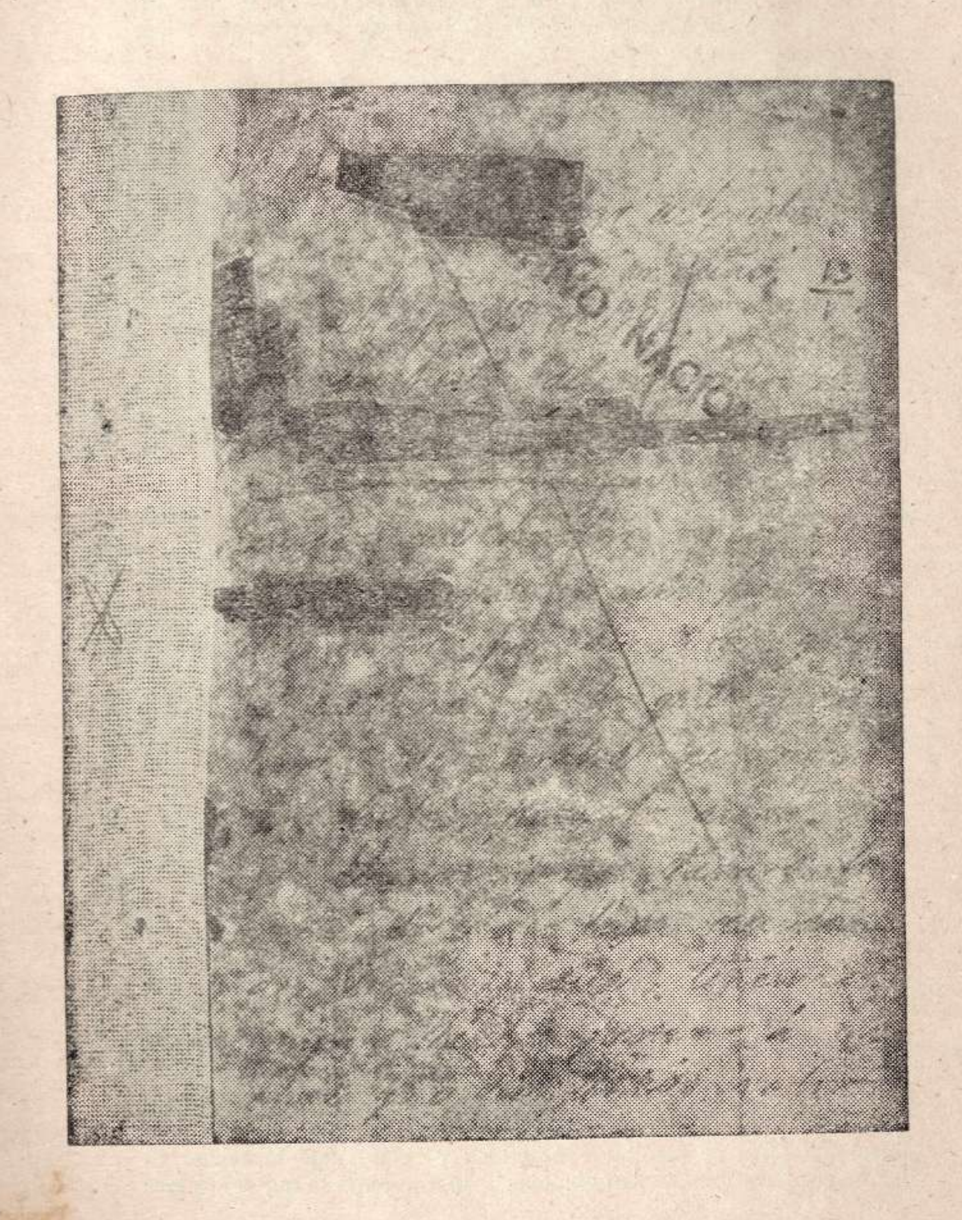
Allí me encontré con varios expedicionarios de Calixto y entre ellos a dos de los Laborde, Alfredo y Pepe. Al verlos me pasó una idea tan consoladora por la imaginación, ¿me traerían noticias o cartas tuyas? Les pregunté por tí, pero nada me pudieron decir. No te habían visto. Otro de los expedicionarios Francisco Regueira me dijo que te había conocido en casa de las Miranda.

Y nada más.

Me quedé triste. No les pude hablar mucho a mis amigos. ¡Tan tristes eran todas mis ideas!

No pude disimular mi impaciencia y le supliqué a Regueira que me oyera dos palabras.

Me dijo que te había visto, que vestías de negro, que unos días antes de verte en casa de las Miranda, estabas con tu hermana en



la estación, y que unos amigos le dijeron que tu eras mi novia. Me dijo —y esto me entristeció— que estabas muy pobre y que tenías que despalillar para vivir.

Las palabras del simpático Regueira las guardo en mi corazón. Y eso que no me dicen sino que tu vives y vives pobre... por mi culpa.

Y nada más me dijo Regueira, después me aseguró que mis cartas llegaban allá.

¿Por qué no recibo yo las tuyas?

Porque no puedo pensar que tu no me escribas.

Le hablé a Regueira de su hermano muerto en Taguasco y en pocos momentos nos hicimos amigos. Me pidió quedarse a mi lado y desde ese día es mi ayudante.

Cada día me alegro más de haber aceptado sus servicios. Creo que ha de hacer carrera conmigo.

Me enseñó el retrato de la simpática Lola y aquí recordamos los arenales de Tampa.

Me consuela hablarle de mis angustias y de mi desesperación al ver como pasa el tiempo y no puedo recibir ninguna carta tuya.

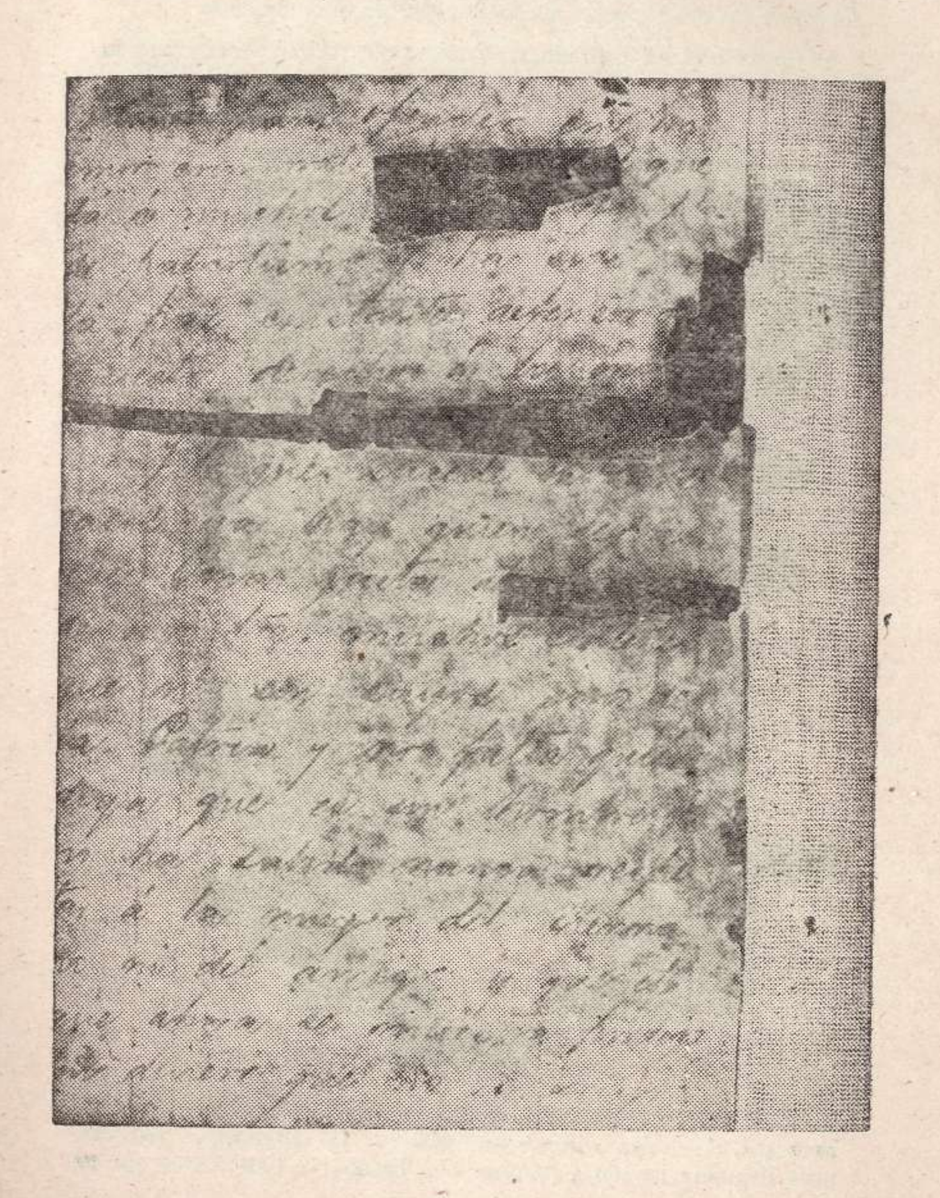
¿Cómo podré yo desde aquí, remediar tus penas y llevar consuelo a tu familia huérfana del respeto de tu padre?

No sé, no se me ocurre ningún medio. Hay centenes en las arcas de Pina para gastar y para ofrecer en cambio de sonrisas o quizás para ofender —con la ofensa más grande— a la pobre tierra que pide virtudes a sus hijos para poder pensar en llegar a ser libre.

Hay centenes para comprar grandes serones de efectos de lujo. Y se manda firmar recibos a los comisionados de traer ron y tabaco y apetitos en esta forma: *Para gastos de guerra.*

Pero como yo no tengo fondos en Nueva York, se me niega la menor suma.

No hay para los que todo lo han ofrecido a la Patria, pero los que como Pina ha sido preciso comprarlos para que vinieran a la guerra, a ellos se les llama honrados y se les deja el talego en las manos para que puedan disponer a su antojo de lo que no es más



que para los que merecen ser hijos de la Revolución, la supieron formar y saben sostenerla sin ambiciones de ninguna clase.

Pero escribiré a Figueredo, y yo espero que mi carta será atendida.

No pediré nada que no tenga yo derecho a pedir, y lo que por mí recibas, no será una limosna, sino una parte de lo que por ser mío es tuyo, puesto que ni la vida la quiero sin ti.

Te lo juro alma mía, vivo porque te adoro y porque creo que sirvo a mi Patria ocupando mi puesto en la guerra, por eso vivo.

Cuando hayamos conseguido nuestra libertad, si no te encuentro tan amorosa y tan mía como te necesita mi alma, —si cansada de sufrir y de esperar me olvidas... no me enojaré contigo, serán entonces mis lágrimas, las lágrimas más tristes de mi vida y la muerte me encontrará pensando en ti, y caeré para siempre repitiendo lo que tantas veces me he dicho:

—Creo en la felicidad ,creo en las venturas de un amor tan grande como el que llena de luz mi angustiado corazón; pero para mí sólo hay sombras y tristezas, estoy condenado por la fatalidad a vivir en constante purgatorio.

Sólo tú, vida mía, me has enseñado la puerta hermosa de un cielo a donde sólo contigo podría yo llegar.

¿Te cansarás de esperarme? ¿Te habrás cansado ya?

Y tantas ideas me abruman. Y son tan crueles las necesidades.

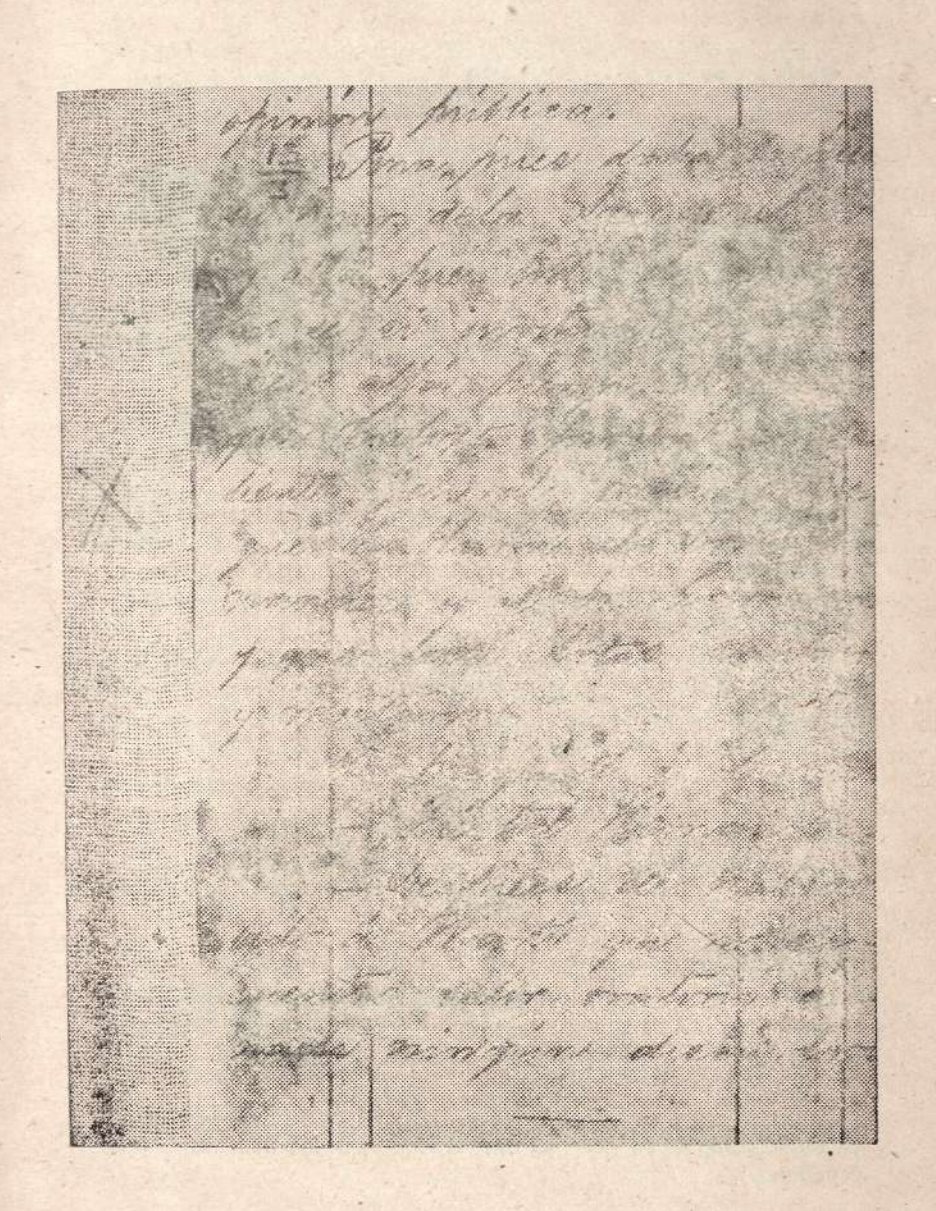
Me parece ya ver a tu madre, a tu buena madre, vieja y enferma y pobre...

Y luego te veo sola y huérfana, y tantas cosas pienso, que ni quisiera vivir...

Ahora, ahora más que nunca necesito una, una sola carta tuya, y esa es la que no llega.

Regueira es pues, mi ayudante y está contento a mi lado.

No sé todavía si esperaré aquí a Serafín que quedó en marchar para acá, o si vaya a donde está Maceo. Lo determinaré mañana, pues Regueira ha ido a reunirse con Escobar y Castellanos que en



espera de mis encargos están por la Güira o Cauto Abajo con Rafael Arias.

Ya tengo ganas que me despache Maceo y marchar a Baracoa.

A pelear, y a vivir lejos de los cobardes —la vida de la guerra, que es la única que puede salvarme ahora que sufro más que nunca, ahora que me siento más huérfano y más solo, tan solo como un muerto!

---

14 Mayo

Ciudadano Mayor General José Maceo.

Mi valiente amigo:

Tan pronto como cumpla una comisión del Mayor Serafín Sánchez, iré a unirme a Ud.

Ahora sólo le escribo para mandarle una orden del día de Gómez, y que viene a probar al Gobierno que no es él quien puede dar los grados sin el conocimiento del General en Jefe.

Serafín Sánchez trae plenos poderes del General en Jefe para arreglar todos los asuntos militares que ha desarreglado el Gobierno, y calcule hasta que punto ha llegado el disgusto de Gómez por las torpezas del Gobierno, que quiso entregar el mando a su hermano el General Antonio.

El General Serafín Sánchez ya en la Trocha, me hizo volver para atrás, para que ocupara el puesto militar para el que Ud. me designa. Mi propuesta para Gómez la abrió e informó favorablemente; sus cartas las lleva el Comandante Boza con otras mías y de Serafín.

Trae Serafín el encargo de Gómez de llevar para la Habana y Pinar del Río toda la expedición de Calixto. Yo le he dicho tanto a él como a Cañizares que lo acompaña, que para Ud. son órdenes los deseos del Mayor Gómez, y que nunca se ha opuesto a lo que las necesidades de la guerra exigen, ni ha dejado sin cumpllimiento ningún mandato justo y legal.

Trajo Serafín la orden de hacer ir a Mayía, y ya va para allá.

Calixto, a quien han nombrado los del Gobierno Jefe de Oriente, se queda por el Camagüey y hasta que venga Gómez, que viene para acá a completar y terminar los trabajos de organización que ha encomendado al Mayor Sánchez.

Antonio tiene a su lado a la fuerza de Bandera y con el parque que ya ha recibido de la expedición de Peña, ya le ha dado duro a los españoles.

No deje de poner en su orden del día la que le mando de Gómez, y también me atrevo a indicarle que nombre a uno de sus ayudantes como encargado de llevar nota de todos los que voluntariamente deseen pasar a Occidente, dando a esta orden la mayor publicidad posible.

Lo felicito por sus enérgicos combates y espero poderle dar pronto un abrazo y decirle todo lo que ahora por no hacer más larga esta carta y por otras razones, me dejo en el tintero.

Pero no cerraré mi carta, sin lamentar la muerte de Lico Berjés. Es su más adicto amigo.—Fermín Valdés Domínguez. Canastas, Mayo 14/1896 P. D.

Espero aquí a Serafían Sánchez dentro de dos o tres días.

Con el Alférez Vitaliano, mi antiguo acompañante cuando fuí a unirme al Gobierno, le mando a José la carta que copio.

Y aquí o cerca, esperaré a Serafín y me uniré a los demás que con él vienen. Espero también que aquí me he de juntar con Maceo.

Después de la Prefectura de El Mango llegamos a Los Manantiales. No quise seguir, ya habían andado nuestros caballos más de doce leguas y la vereda que los prácticos me anunciaban, me hacía pensar en los golpes que me he dado por andarlas de noche; y puesto que no había necesidad de sufrir estos peligros, me instalé en una casa *pacífica* en la que me atendieron bien, y cerca de la que podían comer las bestias.

Loynaz no se conformó con mi prudente determinación.

Le habían dicho que le faltaban 10 ó 12 lèguas para llegar a Mala Noche y se disponía a andarlas enseguida. Eran las cinco y media, y pensaba llegar caballero en una yegua blanca —a las ocho— a la morada del *ángel de sus amores* manigüeros. Lo dejé ir con sus asistentes y el práctico, pero pensando que hacía mal por lo peligroso del camino y porque al fin no habría de poder llegar aquella noche a Mala *Noche*.

Dormí yo tranquilo y muy de mañana me encaminé hacia El Ojo de Agua, Casa de Postas que está después de Las Parras. Me acompañaba una pareja armada que tomé en el camino y que me devolví desde allí porque llevaban los caballos cansados. En Las Parras vi al Brigadier Rojas que por orden del General Capote entregaba

su fuerza a un Coronel. Parece que Rojas ha dado últimamente un buen combate en el que ha cogido parque y armas al enemigo y sin embargo se le separa y me dijo que había pedido su baja definitiva.—¿Por qué todo esto? No lo sé. ¿No obedecerá todo esto a alguna de las muchas determinaciones ridículas del Gobierno? Balán me dijo que andaba cerca con su fuerza y que lo esperaba. No pude verlo y lo sentí.

Después de almorza en la Casa de Postas un buen almuercito que me preparó mi buen Rafael y que nos pareció mejor porque nos lo sirvieron con mantel limpio y cubiertos y vaso para agua, tomé un práctico y me dirigí a Mala Noche a donde llegué —sano y salvo— a la una y media poco más o menos.

Sólo una hora hacía que Loynaz había llegado. Me lo encontré muy *limpito* al lado de su dulcinea y muy afectado. Con sus pantalones muy estrechos y su chamarreta ajustada y su pera y bigote, me parecía un *docel* de aquellos de la edad media que pinta Larra. En Loynaz se reúnen el talento, la hermosura del corazón honrado, la entereza del patriota y la vehemencia apasionada del más enamorado y travieso de los cupidos. Me hace gracia cuando me quiere explicar la posibilidad de sentir dos amores a la vez: dos o más... Tiene en su Leocadia su amor ideal, su amor de General. Pero aquí en Consuelo, guarda la conquista del guerrero. Llegó con sus armas y dejó en los oídos de la doncella las notas de su laúd y empezó el idilio... que puede acabar en la Prefectura, pues sé yo que Loynaz no es de los hombres capaces de infamias. Dios quiera pues, que —a pesar de las teorías amorosas de Loynaz— esto no mate a aquello y Consuelo borre a Leocadia del libro de sus amores.

Amando pues, dejé a mi queridísimo Loynaz y yo seguí con mi gente para este lugar.

En el campamento de Serafín se me unió un pobre muchacho sobrino de Mariano Espino que andaba con Aguirre el *Teniente Coronel Organizador del Ejército* y otras zarandajas por el estilo. De modo que mis ayudantes hoy son tres: Pinto, Escobar y Regueira y a más vienen Espino y Castellanos, Vitaliano y otros muchos quieren venir conmigo y entrar en mi escolta.

Y yo lo que quiero es acabar de irme a pelear y a pensar, al lado de hombres valientes, en cosas grandes.

Al dejar a Loynaz le encargué le dijera a Serafín que lo esperaba por aquí.

No se habla por aquí más que de los tres fuegos que ha tenido el General José con las tropas españolas. Han sido más de tres, pero yo no tengo noticias más que de la quema del Cristo, del combate de "El Triunfo" y de el fuego en Cauto Abajo.

En el Cristo no tuvimos ninguna baja y se resistió el fuego del enemigo, y pudo José quemar una parte del pueblo y saquear algunas tiendas.

Pero en El Triunfo, la pelea fué brava. Llegó el General con su fuerza poco después de haber acampado el enemigo, y empezó el fuego que sostuvo más de tres horas, luego tocaron alto al fuego las cornetas españolas, pero los nuestros siguieron peleando y ellos se vieron obligados a continuar. La noche terminó el combate. Maceo se retiró con música. Se me dice que hemos tenido 30 ó 40 bajas, pero a los contrarios se les calcula que las cuentas por centenares. En el mismo batey del ingenio dejaron muchos hombres enterrados. El simpático e inteligente Lico Berjés, murió, una bala le atravesó el vientre. También hirieron a Ducureaux el valiente francesito ayudante del General. Todos pelearon con valor, pero no faltó quien viera por Jarahueca —de huida— a Lino Dou. Los españoles cometieron muchos desmanes de los que les pedirá buena cuenta el Gobierno Norteamericano, amarraron a uno de los americanos, al maquinita creo, al viejo Mr. Waiting por poco lo matan y también al hijo; machetearon a más de 4 trabajadores y prendieron a otros, saquearon la tienda del ingenio y rompieron las banderas de la Gran República. Los españoles son los quijotes más brutos que pisan la tierra. Los mata la la vanidad y los sepulta para siempre la falta de substancia gris en el cerebro.

A este asunto de El Triunfo hay que darle publicidad para que se vea que aquí se pelea y para que los hombres norteamericanos se decidan y nos ayuden a fin de terminar pronto nuestro pleito.

Después de El Triunfo peleó José en Cauto Abajo, no tengo detalles de este fuego, que parece no ha tenido para nosotros la importancia de los anteriores.

Publicó ya "El Cubano Libre" mi artículo Verdades. No me ha gustado después que lo he visto impreso. Pero ya salió y no hay más que resignarse a que lo critiquen los que lo lean.

Pienso escribir hoy una carta protestando de lo que dice Ortega en "El Boletín de la Guerra" contra los Estados Unidos, y un articuli-

to en el que me ocupe de Serafín y de Gómez. En el diré algo sobre mi renuncia de Secretario del Exterior.

Se me olvidada consignar que tengo como asistente a un discípulo de Confucio, es el primer chino que veo en la guerra; lo traía el Dr. Roig y viene de Matanzas; me sirve muy bien. Es un tipo mi chino José María.

Antes de sentarme a la mesa para almorzar llegó Regueira con Arias y Escobar y Castellanos. Pocos encargos me trajeron, pero siempre hubo la alegría de ver espuelas nuevas y un sombrero, tinteros y navajas, zapatos para Pinto y un espejo que ha sido la novedad para todos. Se hicieron los cambios de ordenanza y comimos en platos nuevos y abrimos una de las 6 latas de mantequilla que recibí, rancia y de bodega, pero que nos supo a gloria.

Con gusto volví a ver a mi lado al honrado y cariñoso Escobar y ya me arregló mi barbero Castellanos.

Ha cambiado mi fisonomía. A mi bigote se une mi pera militar que conservaré hasta que se acabe la guerra; si vieras un retrato mío que te copiara mi fisonomía militar, te habías de reír.

Llegan ahora —las 2 de la tarde— unos 100 hombres de la fuerza de José que andaban con el cañón. Los manda Miniet y me traen la la noticia de que ya se disolvió el cuerpo de artillería y que han dejado escondidos los dos cañones. Si no se hubieran emprendido operaciones tan inútiles como Sagua de Tánamo y La Zanja, no hubiéramos llegado tan pronto a la necesidad de abandonar nuestra artillería. Lo que no se ha podido hacer por aquí con los cañones nos hubiera facilitado muchas operaciones en Las Villas si se hubiera tenido el talento de mandarlos cuando llegaron y contábamos con parque suficiente; pero así son todas las operaciones del Gobierno. Ya no hay artillería y los cañones sin parque y sin artilleros se han escondido en dos Prefecturas.

Más de 2000 hombres fueron con Tejeda y otro Jefe a Cauto Abajo. Me dice Arias que nos hicieron 13 bajas, pero que los españoles tuvieron más de 30 muertos Hasta en el camino han dejado muertos.

Me quedo aquí esperando a que Arias vuelva con los encargos míos que aún no ha podido sacar P.

Y mañana te volveré a escribir.

Te volveré a decir que estoy sin consuelo porque no sé de ti, y te llevará mi carta quejas y lágrimas de quien no ha dejado ni dejará nunca de adorarte. Pero esta larguísima carta que todos los días te escribo y en donde dejo todas mis ideas, esa la dejaré aquí en espera de saber que tú no me has olvidado y que siempre te acuerdas de tu pobre viejo.

Sí Asuntica mía, es tanto lo que sufro ahora —como siempre— que quisiera haber muerto, pero las balas no me matan. Así lo quiere la fatalidad, es preciso que yo viva sufriendo.

Ya es tarde, me voy a acostar sin sueño. Acabo de escribir un Artículo "Con el corazón". Haré que Pinto te lo copie mañana. ¡Qué triste estoy vidita mía!

---

15 Mayo

— Con el Corazón —

La revolución, que no pudo tener como sudario un pacto infame que no acusará nunca de cobardía a los hombres que supieron defender nuestros derechos, tuvo apóstoles y mártires en los tristes días de paz en los que parecía que los cubanos olvidaban al lado del español, la infamia que como sombra degradante y vil, cubría el sol hermoso de nuestras libertades.

Entre estos hombres que supieron luchar y supieron conjurar todos los obstáculos y dar la voz de alarma, es el primero y el más grande, aquel que supo morir en Dos Ríos y desafiar como guerrero las iras de la soldadesca española después de haber vencido con su propaganda honrada y patriótica los temores de los unos y las ambiciones de los que se llamaban cubanos para alargar la vida de la esclavitud que les daba honores y riquezas a cambio de la honra vendida.

Pero no estaba solo Martí. Entre los que con él lucharon, ocupan puestos honrosos muchos hombres, que fuera y dentro de la Patria continúan su obra redentora.

La guerra tiene su Jefe en el más prestigioso, en el anciano Gómez, —que es para todos—, el primero entre los soldados de Cuba y el

Magistrado que ha de poner la Patria al frente de sus destinos el día ya próximo de nuestra independencia. El es la Revolución, y él es el genio de nuestra guerra, por eso el pueblo lo aclama, y por eso nuestra Constitución le da el puesto que merece, el más alto y también el más difícil. De Oriente ha ido a caballo a Occidente, y fuerte y valeroso, es el guerrero más digno de los laureles en los combates; y allá está en su puesto erguido sobre los estribos desafiando a los soldados españoles. Viven a su lado los valientes, y sólo pueden discutir sus virtudes los cobardes y los españoles que le temen.

De Occidente viene ahora a estas tierras en donde los hermanos Maceo con sus heroísmos han sabido demostrar sus indiscutibles méritos y sus altas virtudes patrióticas, viene a visitarnos como delegado del ilustre Mayor Gómez, el General Serafín Sánchez a quien ha confiado la organización de nuestro ejército.

Nacen pocos hombres tan puros y tan leales como el General Sánchez, en su alma sólo hay grandezas y generosidad, por eso puede representar dignamente al General en Jefe.

Modesto pero severo, trabajó Serafín Sánchez allá en Cayo Hueso por la Revolución y estuvo siempre al lado de Martí, cuando no faltó quien lo creyera visionario y quien se atreviera a querer lanzar quijotescos veredictos contra el más honrado de nuestros mártires y el más humilde de nuestros hombres valerosos.

Como el apóstol de nuestra honra, como Estrada Palma, más merecedor cada día del respeto de todos y cada día más digno del puesto de confianza que le señaló nuestra Asamblea Constituyente, —ve hoy el General Sánchez como todos vienen a compartir con el soldado de Martí y Gómez y Maceo, las glorias y los trabajos, y con cuanta rapidez nos acercamos al término de nuestros anhelos.

Martí no ha muerto para Cuba mientras viva el General Sánchez y los que con él supieron romper la tutela degradante y levantar como hombres nuestra bandera libertadora.

Lleve el noble amigo la aclamación más sincera de todos los orientales al General Gómez. Con él estamos todos para vencer, y a su lado estaremos siempre para honrarlo.

Caerá ante los heroísmos de nuestros soldados la dominación que desesperada y maltrecha se revuelve en agonía cruel, pero merecida.

Y el día de la victoria, la Patria escribirá dos nombres en la bandera de la Revolución, el nombre de Martí, —el mártir—y el

nombre de Gómez, —el libertador—. Canastas, Mayo 15/896. Fermín Valdés Domínguez.

Pego del "Cubano Libre" del 10 de Abril lo siguiente:

PRIMER CUERPO DEL EJERCITO
LIBERTADOR
CUARTEL GENERAL

Extracto de Operaciones Militares.

Al General en Jefe del Ejército Libertador Máximo Gómez:

GENERAL:

Tengo el honor de poner en su conocimiento las siguientes operaciones llevadas a cabo en las fechas indicadas en la relación siguiente, por este Cuartel General y fuerzas dependiente del mismo.

El 2 de Febrero último, acampado en "Maibio de Cauto" como recibiera noticias de que una fuerte columna enemiga se aproximaba, envié a su encuentro, por el camino de "Troncones" a "Cauto Abajo", al capitán Francisco Riquenes con la guerrilla montada de su mando, saliendo después este Cuartel General sin encontrar dicha fuerza enemiga, que había tomado otro camino con rumbo a mi campamento, cuya sorpresa parece que era su principal motivo. Volví a éste colocando la fuerza en orden de combate, mientras disponía que el Comandante Cristóbal Pérez con 30 hombres, marchase por el camino que aquel debía traer. Batido y atraído hasta el cuerpo de guardia por el Comandante Pérez, tomó posiciones el enemigo en los bosques que cubren la margen opuesta del "Cauto", trabándose rudo combate que duró como 4 horas, al cabo de las cuales y como a las seis de la tarde, emprendió la fuga el enemigo que fué perseguido, aunque inútilmente por haber llegado la noche, a cuya sombra se refugió en la fortaleza del ingenio "Santa Ana" donde llegó como a las 12, habiendo dejado en el campo 21 muertos y retirados muchos heridos que según confidencias, pasan de 40. De nuestra parte tuvimos las siguientes bajas: muerto el teniente Enrique Toirac y heridos los comandantes José Inés Hechavarría y Toribio Osorio, capitanes Rafael Cabrera y Tomás Díaz; Sub Tenientes Miguel Millet, José D. Bárcena Pablo Grimond; sargento Hilario Rodríguez; cabo Juan Dousaetoir, y soldado Pablo Aguirre y además 4 caballos heridos.

El 7 del mismo mes de Febrero me dirigí con mi Estado Mayor y 25 hombres montados de mi escolta al punto nombrado "Purrana",

destruyendo totalmente el puente de este nombre, distante medio kilómetro del pueblo de Dos Caminos, retirándome como una hora más tarde sin haber recibido la más ligera manifestación de hostilidad por parte de la fuerza acampada en el pueblo ni por la del fuerte próximo al puesto.

Después de una operación emprendida sobre Sagua de Tánamo, atacada los días 15 y 16 del mismo mes de Febrero con asistencia del gobierno de la República y por iniciativa del ciudadano Secretario de la Guerra, acampado en "San Francisco" a un kilómetro del Ramón de las Yaguas el día 6 de Marzo, fui atacado por una columna de 5,000 hombres al mando del General Lachambre y de la que formaban parte otros tres generales.

En esta relación que suscribe el General José, se habla de las operaciones en las que me he encontrado y de una manera hábil deja al Gobierno la responsabilidad del fracaso de Sagua.

Toda la inquina del Marqués contra mí, viene de que he defendido a José cuando injustamente se le ha atacado y que no he secundado a los que por vanidad se han creido los primeros, no siendo sino los últimos en las filas revolucionarias.

En el mismo número del "Cubano Libre" se publicó la siguiente nota de los expedicionarios del

MAYOR GENERAL Calixto García.

GENERAL Avelino Rosas, del ejército de Colombia.

TTE. CORONEL Juan Pablo Cebreco, veterano del 68.

COMANDANTES José Rodríguez y Almanzor Guerra, veteranos del 68.

CAPITANES Manuel Rodríguez del ejército de Honduras, Pablo Pujadas, Natalio Dupotey práctico de esta expedición y de la del Tte. Coronel Sánchez Hechavarría; Bruno Mariño.

TENIENTE Arturo Lara, del ejército de Chile.

DOCTORES Eusebio Hernández, médico y orador notable; Pedro Betancourt y Martín Marrero, jefes del movimiento insurreccional en Matanzas; Ramón Negre, Ciro Troncoso, Julián Betancourt, hijo del Rector de la Universidad de la Habana y sobrino del vice-presidente

de la Cámara Española; Francisco Regueira, dentista, hijo del notable Dr. Regueira; Carlos García, dentista, hijo y ayudante del general García.

[falta una hoja del diario]
indicándole como ha de contestarme. Veremos si así puedo saber de ti. Que es cosa para mí muy triste que todos reciban cartas de Tampa y el Cayo, y sea yo el único condenado a no saber de ti y a vivir penando.

Aún no ha llegado Serafín, pero no creo que pueda tardar más de dos o tres días; después seguiré con él y espero no parar hasta Baracoa, a donde me destina el General José. Quisiera que volara el tiempo, la inacción me abruma.

Necesito moverme y trabajar, necesito la lucha y los peligros, para olvidarme de mí.

Hoy me he encontrado con un Guardia Municipal de Baracoa, el español Soto, civil al servicio de una de nuestras Prefecturas, ha venido a saludarme. Con pena me miraba el pobre hombre, le he parecido tan delgado. Y realmente lo estoy. Pero no me siento enfermedad material ninguna, estoy más fuerte que nunca y más dispuesto para todo lo que sea movimiento y actividad. Me río yo de mi aspecto militar cuando me veo en algún espejo, la pera militar y guerrera; pero aunque me ría, hay en mi semblante los surcos de mis dolores.

¡Son tantos y tan profundos!

Pero de todos el que más me mata y me entristece es no saber de ti —vidita mía—. ¡Por Dios, escríbeme!

---

16 Mayo

No sé si he rectificado en estas notas lo que escribí sobre mi compadre Quinco Zamora el de Baracoa. Por si me he olvidado de hacerlo, debo decirte que no es él como supuse o como leí, el alcalde español; es uno de allende que parece que tiene su mismo nombre; el pobre Quinco, con Homobono Pérez y otros, han sufrido los horrores de la persecución infame de los españoles. Lo que he sabido, por los baracoenses que he visto y con quienes he hablado de las cosas y de los hombres de allá, es que Eladio Lafita y dos de los hijos de

Angel, su hermano, son voluntarios y guerrilleros. —Si no vienen a unirse a mí, les preparo una buena lección.

Pensaba yo anoche en lo que te escribía sobre mi viaje a Baracoa hace algún tiempo.

Sin buscarlo voy a Baracoa. El destino me manda a vengar a los que allí han sufrido infamias cubanas.

Y te juro que no llevo odios personales de ninguna clase. Sólo llevo mi amor a tu Cuba y la fé en tu amor santo. Quien tiene en su alma esos dos grandes amores, no puede dar calor a ninguna idea que no sea grande y salvadora. Contigo siento la vida, con mi Patria pienso en la muerte que es vida de honra, y no le temo.

Pero yo no he de morir, yo tengo que llegar hasta donde tu estás, yo tengo que contarte todas mis angustias y tu tienes que ver en mis ojos la lágrima que será para tí el más elocuente testimonio de mi cariño.

Yo no puedo morir sin verte, aunque no me quieras, aunque me hayas olvidado...

Cuando después de la guerra todos se preparen a gozar con la alegría del triunfo, yo volaré a tu lado. Quisiera llegar a tu lado con el traje del guerrero y sin que la población me quite antes el aspecto de severidad que da la vida del monte y el sol de nuestros campos. A tu lado me sentiré joven —a pesar de mis largos años de sufrimientos—, más largos que los que ya cuento de vida, —si tu no has olvidado mis protestas de amor sincero y eres la misma Asunta que dejé, —Ah, entonces me verás como me ha regenerado y fortalecido esta vida honrada en la que —por ti— sirvo a Cuba y me hace digno de tu cariño.

Tu lo sabes, no busco gloria ni honores, y si alguna corona de laurel puedo merecer, sólo la quiero para ofrecértela en prueba de mi pasión.

Después de la guerra ya no me debo a mi Patria, entonces soy sólo tuyo. Después de haber cumplido con mis deberes como cubano, nadie ni nada me separará de tí... si tu quieres, y me quieres.

Yo creo que debe haber llegado a Gómez la propuesta de José que llevó Cosme de la Torriente y con ella mis cartas, y me alegraré recibir pronto su contestación, no tan sólo por lo que se refiere a mi

destino militar —pues esto lo puede arreglar el General Serafín Sánchez, sino porque quiero saber como piensa Gómez de mí y si sabe apreciar, como espero, mi campaña en pro de lo justo y de lo digno.

Pero esta contestación de Gómez me llegará probablemente cuando ya esté por Baracoa.

En "El Boletín de la Guerra" que es el órgano oficial de nuestro gobierno, se publicó hace días un artículo de Ortega en el que se dicen perrerías a los norteamericanos. Le escribí a Mola protestando de la injusticia de los ataques, pero me parece que debo publicar algo sobre esto en "El Cubano Libre" y por eso he escrito la cartica siguiente, que le daré cuando venga por acá o le mandaré, si tengo que marchar antes.

Dice así mi cartica al "Cubano Libre".

De justicia

Sr. Director de "El Cubano Libre".

Mi distinguido amigo:

Días hace mandé a la redacción del órgano oficial del Gobierno, mi protesta —como Secretario del Exterior y como cubano agradecido—, de los conceptos ofensivos e injustificados que contra la gran República Norte Americana formula el Sr. Ortega en un artículo que publicó "El Boletín de la Guerra" y que su director aceptó con aplauso.

Y ruego a Ud. de a estas líneas un lugar en las columnas de su valiente publicación, pues entiendo que es nuestro deber honrar a los hombres que como nuestros hermanos de los Estados Unidos, nos ayudan y nos defienden y vienen a morir aquí al pie de nuestra bandera.

Es su más adicto amigo,

Fermín Valdés Domínguez,
Sub-Secretario del Exterior.

En campaña, 16 Mayo 1896.

Recibí anteayer una carta de Manuel Despaigne. Me escribe desde Monte Oscuro y me habla de sus deseos de ser colocado. Me encarga su petición como Ministro, me cree aún en el Gobierno.

Su carta es cariñosa y patriótica. Le contesté ayer para decirle que no podía ya influir en las determinaciones de mis compañeros en el Consejo, pero que le ofrecería un puesto a mi lado tan pronto como pudiera. Creo que Despaigne sería un buen ayudante mío o que podría yo utilizar sus servicios a mis órdenes.

Veré esto cuando tenga ya la orden de marchar a Baracoa. En mi carta le mando recuerdos a Demetrio Castillo que está con él, y al que —según me dice— nada ha comunicado aún José sobre su viaje a Baracoa. Y a la vez le doy el pésame por haber perdido las dos acémilas. Me contó el subteniente Vitaliano que el día que los soldados pelearon con José en "El Triunfo" sorprendieron a las acémilas que iban muy cargadas y que para salvarse los que la llevaban, tuvieron que hacer fuego y dejarlas en poder del enemigo al retirarse, —percances de los que viven majaseando—.

He sabido que Veranes anda todavía fungiendo de Teniente Gobernador.

¡Qué para bien suyo sea!

Ya son las tres. Me parece que tampoco hoy llegará Serafín. Mañana si lo espero.

Mañana, si Arias no viene hoy, mandaré a Escobar con tu carta.

Ya he olvidado el número de las que te he escrito desde casi todos los lugares en donde he estado.

¿Las has recibido todas?

Y si las has recibido, ¿por qué no me has contestado?

¿O es qué no me has escrito?

Hablando de esto con Serafín Sánchez me dijo que si quería, podía mandar tus cartas a Pepa para que ésta por su conducto me las remitiera.

No sé que pensar sobre tu silencio, ni encuentro explicación que me satisfaga. Todas aumentan mis dudas y mis sufrimientos.

Me parece que tengo copiadas en mi memoria tus últimas cartas que recibí en Cayo Hueso y me parece mentira que tu puedas haberme olvidado.

Perdóname alma mía, pero te quiero tanto y temo tanto perder tu cariño que me vuelvo loco y no sé ni lo que pienso ni lo que escribo. Sólo se quererte, adorarte, y pensar en tus ojos y buscar en tus labios la palabra salvadora.

¡Malditos españoles! Y la guerra no se acaba.

Si han de seguir para mí todos los días como los que he pasado y paso sólo me quedará el consuelo de pedir a la muerte que se apiade de mí y en sus brazos descansar para siempre.

¿Pero tú me quieres? ¿No es verdad prieta mía? ¿No es verdad mi Asunción de mi alma?

Ya de noche llega uno de los números de mi escolta en el Gobierno que va con permiso a su casa. Me dice que con Serafín viene Calixto y todo el Gobierno.

¿Qué significa esto? Cuando yo los dejé, Calixto seguía para Camagüey con el Gobierno y Serafín y Cañizares eran los que venían hacia acá.

¿Por qué viene ahora también el Gobierno y Calixto?

Son estos misterios gubernamentales que no entiendo, pero que el tiempo se encargará de aclararme. —Me dice mi ex-escolta que los dejó por La Mula, de modo que pasado mañana pueden estar por aquí. Oigo también que con ellos vienen las fuerzas que con parque mandaba Maceo a Occidente, pero esta noticia no la asegura mi repórter, cree éste que van para abajo.

Pienso escribir mañana a Maceo anunciándole éstas novedades. Y aquí esperaré los acontecimientos sin hacer prejuicios. Sin embargo, la vuelta de Calixto, dado su carácter de Jefe de Oriente, por nombramiento del Gobierno me hace pensar que se trata de algo contra Maceo, y me lo hace pensar más que lo acompaña el Gobierno.

Ya he dicho que entiendo que será muy útil y provechosa la venida de Serafín Sánchez si no se deja influenciar y hace que se respete la autoridad militar del General en Jefe, pero si entra en componendas y cede —por debilidad— a los ruines empeños del Gobierno, preveo muchos días tristes para la Patria y quizás el término funesto de la guerra. —Ojalá que me equivoque.

Y pienso así porque sé todo el odio que guarda el Marqués y sus satélites, para el General José.

Cada día me alegro más de estar lejos de esas miserias y de los hombres que sólo viven para ser sus esclavos. Hay momentos —como ahora— que me asalta la idea de haberme querido quedar, para oponerme a los planes de los vanidosos Señores del Consejo, pero me pasa ese deseo cuando pienso que nada había de conseguir y que sólo me quedaría con la pena de cargar con la responsabilidad de lo acordado por la mayoría.

Estaré al lado del General José para defenderlo y para ayudarlo a luchar. Poco importa la inquina cuando los que la ejercitan no tienen razón para atacar, y —como le dije al Marqués— sobre el juicio apasionado de un grupo de enemigos, está el sensato veredicto de la opinión pública. Contra José puede decirse todo lo que se quiera, pero ninguno puede acusarlo de corbarde; ni como hombre político y como cubano, nadie tampoco puede discutir su honradez. Defectos tiene, y muchos, pero al pensar en ellos y al conocer los de los otros bien puede decirse:

—El que esté sin pecado, que tire la primera piedra.-

Y lo que repetía Martí:

—Con estos bueyes tenemos que arar.

Y es Maceo de los mejores del potrero.

Y de los que no ha sido preciso llamar ni catequizar; sino de los que cuando los que ahora ocupan los primeros puestos de la República, —estaban sirviendo al Gobierno español o pensando en la independencia por la evolución para no exponerse a los azares de la guerra —desembarcaban y peleaban cuerpo a cuerpo y formaban, con solo el prestigio de sus nombres las legiones de bravos que han llevado triunfante a la Revoución hasta los Remates de Guane.

Por esto digo que el Gobierno puede pensar hasta en la deposición de José Maceo, pero yo no quiero pensar en las fatales consecuencias de esta impolítica medida.

Voy a terminar otro cuadernito sin saber de tí, sin saber si tu me quieres todavía y queriéndote yo más que nunca.

Te besa,

Fermín.

S.S.(*)
No. 14

Santiago de Cuba

Canastas, 17 mayo 1896

Ciudadano Mayor General José Maceo

Mi querido amigo:

No sé si habrá Ud. recibido una carta que le mandé con el alférez Vitaliano en la que le digo porqué estoy aquí.

El General Serafín Sánchez me dijo que lo esperara en este lugar y ya creía yo que llegaba hoy, cuando me dan la noticia de que con él viene todo el Gobierno y Calixto.

Cuando yo los dejé, Calixto seguía para Camagüey con el Gobierno a pesar de haber aceptado la Jefatura de Oriente, y Serafín y Cañizares eran los que venían hacia acá. No puedo pensar que será lo que traerán esos hombres, pero para que Ud. sepa todo, le escribo...

Ya he dicho que entiendo que será muy útil y provechoso la venida de Serafín Sánchez, si no se deja influenciar y hace que se respete la autoridad militar del General en Jefe, pero si entra en componendas y cede —por debilidad— a los ruines empeños del Gobierno, presiento muchos días tristes para la Patria.

No estoy ya en el Gobierno, pero estoy con Ud. para defender sus derechos.

Tan pronto como llegue Serafín y sepa para que vienen todos, iré a unirme con Ud.

Mientras tanto, no olvide que es un adicto amigo,

Fermín Valdés Domínguez. Canastas 17 Mayo 1896.

Con Castellanos mandé al General José la carta anterior. Y espero aquí a los sabios y conspícuos.

También he despachado para la Güira a Escobar por si ya ha podido Arias sacarme alguna cosa más, pues ahora con la llegada del Gobierno ya veo yo que se me va a imposibilitar todo.

Con lo que consiga, me iré, que luego en Baracoa me haré de lo que me falta.

(*) Archivo Nacional de Cuba. *Donativos.* Caja 272, No. 4.

Hoy me he incomodado con mi pera militar y me he afeitado; me quedo con mi bigote nuevo que es *típico* en mí. Dice Regueira que así estoy mejor y *más* joven.

Es que hay necesidad de matar el tiempo de alguna manera cuando se está en espera larga como estoy yo ahora. Comer, dormir, charlar y desesperarse: esa es la vida a que me veo condenado.

Siento dolor en el corazón. Pero no es dolor de enfermedad; es que las penas ya no me caben en él.

¡Son tantas!

Y sólo una carta tuya podría curarme. Pero tu carta no llega. Yo sin embargo, la espero ansioso todos los días.

Copio la nota de los encargos que me ha mandado el otro día el amigo P.

2 bolsas de cirugía; 1 estuche de navajas, 1 espejo chico (muy bonito), 1 sombrero (para Pinto), 3 varas de hule negro (que no hemos partido porque espero la capa y si no viene, tiene que hacerme sus veces), 2 pares de espuelas con correas (para Pinto y para mí), 2 ruedas de cigarros (de Pinto), 2 cajitas de plumas de acero, 2 tinteros de campaña, 1 molino para café, ¡6 latas de mantequillas! (ya nos hemos comido tres!), 1 barra de jabón para lavar la ropa y 6 platos hondos esmaltados.

¿Qué te parece mi convoy? Lujoso, ¿no es verdad?

A más de esto el Pelado Sánchez me mandó con Escobar 50 tabacos de Mayarí, un manojo y unos turrones de coco: los tabacos llegaron, pero no así el manojo ni los dulces. Se perdieron, dice Escobar, cuando por el ataque de Cauto Abajo tuvieron que dejar la Prefectura y huir a las retiradas. No me cuela esta pérdida: se comieron los dulces en compañía de algunas mambisas, y se fumaron *retiradamente* mi manojo mayaricero. En castigo no les he dado un solo tabaco de los 50 que me han traido.

La mantequilla ha sido el acontecimiento culinario; la comimos con carne, con casabe, con café y a toda hora. Nos durará poco, pero en la guerra no se puede ser conservador, porque a lo mejor hay que ir a pelear o tocar retirada y no siempre se puede tener cuidado de la impedimenta, por eso lo mejor es *aligerarla* siempre todo lo más po-

sible, y llevar digerida la comida del día siguiente, pues cuando se almuerza no se sabe si se puede comer, ni a donde se ha de hacer la comida si la hay.

Me contaba el Espino la manera de deshacerse de Aguirre que puso en ejecución el General José. Seguía el *teniente coronel* Aguirre, cumpliendo su encargo de espía hasta que llegó a cansar la paciencia del General. Lo llamó éste y le habló con dureza y lo desafió como hombre, el muy ruin palideció, y sin esperar nuevas *razones* se volvió al Gobierno, a dar cuenta de su jesuítica y baja comisión. Allí lo oyeron con fruición los enemigos del General José, y como ya dije, lo dejé agregado a Serafín para venir de nuevo para acá. Creo que el Gobierno ha hecho mal en mandarlo después de haber tenido un disgusto con el General José y también entiendo que Serafín no debía traerlo a su lado.

Desde Maibio me toca estar al lado de José y enfrente de los actos ilegales y ridículos del gobierno.

Sólo al General en Jefe toca la organización del Ejército. Por eso manda a Serafín. ¿Por qué el Gobierno da comisiones militares que se refieren a la organización a hombres como Aguirre?

¿Y quién da autorización para estas delegaciones al Gobierno? ¿La Constitución? ¿El General Gómez? Si —como dice el Marqués— el General en Jefe le hubiera dado todas sus autorizaciones y todos sus poderes sobre este punto, no hubiera nombrado al General Serafín Sánchez organizador del Ejército, ni lo hubiera mandado, ni hubiera ordenado hacer pública la "orden del día" que ya he copiado, —sobre los empleos militares.— Y sobre todo, estaría conforme con todo lo hecho por el Gobierno y no le diría a José —como he leído yo en su última carta— que lo supone cansado y disgustado por las *irregularidades* del Gobierno, y no hubiera llegado su disgusto hasta el punto de querer entregar a Antonio Maceo el mando del Ejército.

Si para todo lo que hace el Gobierno está autorizado por el Jefe militar como suponen los Señores del Consejo, ¿por qué el venerable Gómez protesta de todos ellos hasta el punto de pedir una fuerza para seguir peleando por la independencia de nuestra patria, y quiere dejar el puesto que le señaló la Constitución?

¡Qué miserables son y que criminales!

Todo ésto y mucho más tengo preparado para hacer público tan pronto como llegue la oportunidad.

No se quedará el Marqués sin la réplica que merece; no dejaré de hacerle todos los cargos que merece.

Y si ahora estoy callado, no lo hago más que para asegurarme en mi puesto militar y luego que me haga fuerte en él, emprender la campaña.

Ahora estudio un plan y trato de conocer bien las posiciones del enemigo.

No les atacaré por la espalda, pero como los conozco y sé de cuantas infamias son capaces, me preparo.

Y con buenas armas y con todo el parque que guardo en mi memoria, les arremeteré. Y los venceré.

Llega la noche sin que hayan llegado Serafín ni los del Gobierno.

Tampoco ha vuelto Escobar de su viaje a Cauto Abajo.

He pasado toda la tarde hablando con Regueira de Tampa. Me ha hecho la historia de sus amores con Lola y hablando de estas cosas me he acercado a tí.

Mañana le escribiré a Pancho Ibern para que te vea.

Tengo todos los medios de poder saber de tí. Y de que tu sepas también que yo te adoro más cada día.

---

18 Mayo

Sigue la espera. Y con ella el mal humor.

Ha llegado hoy mi sobrino Joaquinito. Me ha informado de las condiciones en que se encuentran las fuerzas de Baracoa, y por lo que me dice veo todo lo que se puede hacer en pro de la organización de aquellos batallones que están sin Jefe y sin dirección. Ahora entiendo yo que es más útil mi presencia allí.

Me dice el Prefecto que el hermano del Coronel Manana que pasó ayer por aquí y que va a donde está el General José, le dijo que venía de la fuerza de Rabí y que pensaba que no sería aquí el punto de concentración de las fuerzas. De todos modos, aquí estoy bien, pues he de saber la dirección que tomen el Gobierno y José.

Seguiré pues, esperando.

Escobar llegó hoy de Cauto Abajo con las manos vacías. Díceme que Arias viene detrás —si no es cierto que los soldados andan por aquellos lugares— cosa que se susurra. Que P. no ha venido y que mis encargos no acaban de salir.

Paciencia y paciencia.

Entre todas las noticias que me dá Joaquinito la que más me ha gustado ha sido la que me anuncia que es fácil la comunicación con los Estados Unidos.

Podré escribirte y... quizás podré tener noticias tuyas.

Ya quisiera que me hubieran despachado y estar en camino para Baracoa.

Llega hoy aquí Francisco de Paula Valiente, el ayudante de José Maceo que fué a llevar al Gobierno, al repórter americano.

Me dice que cree que dentro de dos o tres días puede estar aquí el Gobierno y Serafín.

---

19 Mayo

Es hoy día memorable y triste para mí. Hoy hace un año que murió en Dos Ríos mi Martí, mi hermano queridísimo. Pero no por eso es más triste el día para mí: todos son para mí iguales para llorar al más grande y digno de nuestros hombres.

Después de almuerzo me dieron la noticia de que una fuerza acababa de acampar en "Laguna Blanca". Mientras me preparaba para ir a saludar a mis amigos, pues se suponía que eran los del Gobierno y Serafín, volvió el Prefecto que había ido al llamamiento de la misma. Me dijo que no había llegado más que Serafín y su es-

colta y que con él me anunciaban la visita. Monté y fuí a recibirlos al paso del río. Con gusto estreché la mano honrada de Serafín y saludé a todos los que vienen con él.

Loynaz se quedó atrás. Quiso ir mi buen amigo al lugar en donde murió Martí. Loynaz ha sabido y sabe honrar a su maestro: por eso lo quiero más.

Traía Serafín para mí la orden que copio de Roloff. Serafín me aconsejó contestara en la forma que copio aquí y que no me ocupara ni diera importancia a las cosas de Roloff; que yo estaba dentro de la ley y por consiguiente, que su orden era un absurdo.

Antes de acampar vino con Pujals y sus ayudantes a la casita en donde estoy acampado y pasamos un largo rato hablando muy amistosamente de las necedades de los hombres del Gobierno, de los amores de Loynaz y de otras cosas, sin olvidar al General Rosas que con sus cobardías y modales afeminados nos dió *tela* para reir un rato. a su costa.

Escribió Serafín a José Maceo, y Pujals y yo también escribimos. Le dice Serafín que lo espera aquí hasta el 23 y que si no puede venir para ese día, le indique el lugar y la fecha en que pueda verlo. Una pareja salió ya con las cartas.

Por la tarde pasé al campamento del General —que está muy cerca del mío— con Regueira. Le consulté lo que debía hacer y me dijo Serafín que esperara a que José contestara y que después me fuera a poner a sus órdenes como militar y Jefe de la Brigada.

Me alegré cuando en mi campamento dijo Serafín criticando públicamente la orden que me acababa de dar de Roloff:

—Sobre cuestiones militares no hay más ley que la antigua con las modificaciones que ha hecho el General en Jefe. Es muy fácil —añadió— hacerse el legislador, pero lo difícil es saber legislar.

Ciudadano Coronel de Sanidad Militar Fermín Valdés Domínguez.

Póngase a la disposición del Jefe Superior de Sanidad a fin de que éste le de el destino que crea conveniente.

Soy de Ud. con toda consideración. Patria y Libertad.

Mayo 10-1896. El Secretario de la Guerra Carlos Roloff.

En contestación a la orden de Ud. de fecha 10 del presente, debo de contestarle, que en comunicación de 31 de Marzo último, el Jefe Superior de Sanidad me comunicó mi baja en el Cuerpo, manifestándome además lo que a la letra copio:

Pongo en su conocimiento que según datos adquiridos por esta Jefatura en la Cancillería del Gobierno, no ha sido aceptada su renuncia del cargo de Secretario del Exterior, en vista de lo cual y atendiendo al artículo 6 de nuestra Constitución, queda Ud. relevado del cargo de Jefe de Sanidad del primer Cuerpo de Ejército. Haciendo la entrega correspondiente al Ciudadano Dr. Hipólito Galano que por derecho de antigüedad le corresponde según escalafón. Quedando anotado en su hoja de servicios el motivo de esta medida. Queda de Ud. con toda consideración en Patria y Libertad. Naranjo Marzo 31 - 1896.

El Jefe Superior de Sanidad Dr. Sánchez Agramonte. Ciudadano Dr. Coronel Fermín Valdés Domínguez.

No perteneciendo pues a la Sanidad, no creo deba ponerme a la disposición de su Jefe, puesto que ya lo estoy a las órdenes del Jefe Militar del primer cuerpo de Ejército, en virtud de haber solicitado mi pase al Ejército conforme lo preceptúa el artículo 18 de la Ley de Sanidad. Patria y Libertad. Canastas Mayo 19–1896. Fermín Valdés Domínguez. Ciudadano Carlos Roloff, Secretario de la Guerra.

Ciudadano Mayor General José Maceo.

Mi queridísimo General:

Ha llegado hoy Serafín Sánchez solo, y con ésta le mando una carta de él y otra de Pujals.

Ha creído que para hablar con Ud. de los asuntos que lo encomendó el General Gómez, no necesita para nada del Gobierno y por eso ha venido solo, dejándolo acampado con el General Calixto en la Yaya.

Quería irme yo con la pareja que lleva estas cartas, pero cree Serafín que debo quedarme para que al separarnos pueda Ud. disponer de mi como le plazca.

Sin más ordene a su adicto amigo. Fermín Valdés Domínguez. Canastas, Mayo 19 de 1896.

¿Qué me importa que hombres como Roloff traten de mortificarme con órdenes tan necias como la que recibí hoy, cuando hombres como Serafín saben que estoy dentro de la ley, y que son, los que se creen incólumes, los que están dando el más triste espectáculo?

Aguirre el ex-inspector a quien Serafín separó de su lado por inútil a pesar de haberlo puesto a sus órdenes el Gobierno, llegó aquí esta noche en busca de un caballo que había dejado en este depósito y con él le mando a Roloff mi contestación, puesto que me dice que se vuelve mañana para el Gobierno.

—Como no vino con Ud. Cañizares el que decía que era el comisionado para llevar a Las Villas la expedición de Calixto.

Hice comprender al Gobierno que no lo necesitaba para cumplir las órdenes que tenía del General Gómez y el Consejo revocó el acuerdo por el cual se le autorizaba para venir.

—Ya han empezado a comprender todo lo que se debe al General en Jefe, me dijo Serafín, y a ver todo lo malo que han hecho.–

Aún no puedo apreciar bien la importancia de los trabajos realizados por Serafín, pero creo que han de ser útiles y que servirán de norma para lo que es necesario emprender a todos los que amando a Cuba, estén dispuestos a luchar contra todo lo que se oponga a su libertad y a su honra.

---

20 Mayo

Me dice Serafín que Leyte Vidal, que venía con su expedición en el "Bermuda", llegó cerca de Cuba el 5; pero por una falsa alarma no desembarcaron más que 25 de los 90 expedicionarios que traía, 200 armas y 3,300 tiros. Los expedicionarios desembarcados creen que

por haber levado anclas el vapor tan pronto como una luz hizo sospechar a los de a bordo que se acercaba un cañonero, la hélice hizo zozobrar algunos de los últimos botes. Creen que se han ahogado como 20 ó más expedicionarios y que fué una cosa que nada justifica la de haber fondeado el vapor a 6 millas de la costa. El tal Leyte Vidal se ha lucido.

Decía con razón hoy Pujals, que ya este hombre no debía venir a la revolución. No sólo pesa sobre él la responsabilidad de la pérdida de lo que se ha quedado a bordo, sino de las vidas de ha sacrificado por su impericia.

Muy temprano vino Serafín a verme: llegó Loynaz, que al venir para acá ayer perdió el rumbo y fué a parar a Los Mangos a donde durmió. Después de almuerzo fuí yo al campamento. Y después volvieron a seguir la agradable tertulia.

Hablando con Serafín me he olvidado de todas mis luchas con los hombres del Gobierno, en él encuentro siempre al hombre puro y honrado y al amigo cariñoso.

Con Loynaz he hablado largo de sus visitas a Dos Ríos y al lugar donde murió Martí.

De tanto que he hablado con él de esto, me parece que ya he visto y estado en aquel lugar muchas veces.

Mayo 21

"El Cubano Libre" del 30 de Abril.

¡VIVA CUBA LIBRE!

OTRA EXPEDICION DE FILADELFIA

De la emigración de Filadelfia ha llegado a nuestras playas una expedición, que es la prueba más elocuente de todo lo que sabe vencer el entusiasmo y el patriotismo de nuestros hombres.

A bordo de un vapor se embarcaron ocho hombres decididos y valientes, ocho héroes que ya han escrito sus nombres en el libro de oro de nuestra revolución; y venciendo las inclemencias del mar y burlando la persecución de los cañoneros españoles, llegaron a nuestras playas y en sus hombros desembarcaron un magnífico cañón de sistema moderno con cuatrocientas cápsulas, doscientos cincuenta Remingtons, cuatrocientos mil tiros y varios aparatos eléctricos para bombas explosivas.

No encontraron en la costa fuerzas enemigas, pero tampoco —por operaciones que se combinaban— a nuestros soldados. Pronto tuvieron noticias los españoles del desembarco y se prepararon a dar caza a nuestros hermanos con una columna de más de tres mil hombres, y en los pueblos ya se alegraban en brindis y banquetes seguros del éxito; la noticia no amedrentó a nuestros soldados y los ocho custodiaron y condujeron las armas, el parque y el cañón hasta que se incorporaron a las fuerzas del segundo cuerpo de nuestro Ejército.

Ya las armas y el parque están distribuidas, y con ellos pondrán espanto en las fuerzas españolas Jefes prestigiosos de Oriente y de Las Villas.

Son los ocho espartanos: Braulio Peña, Rafael Gutiérrez Marín, Ramón Peraza, Gerardo Domenech, Tomás García, Federico González y los americanos William D. Osgord y William H. Cox.

De la emigración de Filadelfia, de aquel grupo de cubanos nobles y generosos son estos hombres.

Y hay entre ellos dos norte-americanos de la raza de los héroes que guardan, con la veneración del patriotismo, en la Ciudad histórica las banderas de la Independencia.

Me parece que veo unidas las dos banderas, —la de la gran República y la nuestra— y que se realiza lo que dije un día a aquellos hombres: que Cuba, libre ya, saluda al pueblo que tan fraternalmente nos abrió los brazos y nos ayudó a trabajar por la organización de la guerra.

Y es nuestra gratitud aun más santa puesto que los que ayer protestaban a nuestro lado de las infamias españolas, hoy vienen a derramar su sangre a nuestro lado por la causa justa de nuestra libertad.

Estamos unidos a los hombres de la gran República por el amor al derecho y a la justicia: somos hermanos ahora en la pelea y seremos siempre defensores de los lazos de amor que nos congregan bajo la bandera de la unión de todos los pueblos de América, —de todos los pueblos que han sabido sacudir el yugo de los tiranos y encender— a la puerta del templo de la civilización —la antorcha, siempre luciente y siempre enhiesta de la libertad.

Fermín Valdés Domínguez,

Campamento, El Lavado, Abril 14 de 1896.

[documento incompleto]

para los asuntos de la Patria.

También recibí dos números de "El Cubano Libre" en donde se publicó mi artículo sobre la expedición de Peña.

Desde ayer le pedí a Loynaz que escribiera algo sobre el 19, o sea, sobre el aniversario de la muerte de Martí. Al fin hoy —antes de irse a Mala Noche, a donde lo lleva su *pasión*— escribió un precioso artículo que ya he mandado a Corona para que lo publique.

Me he separado hoy de Loynaz con pena. Se va él y ya no volverá por aquí, puesto que Serafín —si no llega Maceo, y aunque llegue— tiene que ir a La Yaya en donde será la reconcentración de las fuerzas de Rabí. Yo seguramente no seguiré con José Maceo, me quedaré aquí e iré a Baracoa, pero de todos modos ya no tengo para que volver para abajo. No veré pues por ahora a mi buen amigo, más querido ahora que nunca, puesto que es Serafín de los que saben apreciar mis trabajos en el Gobierno y comprenden cuanta razón tengo para protestar de todos los actos impolíticos e injustos de los hombres del Consejo. Le aconsejé que no se quedara en el Camagüey, que siguiera con Serafín y que si quería mandar fuerzas, aceptara el empleo que le ofrecían en Sancti Spíritus. Me dijo al despedirse, que le escribiera mis impresiones y yo le prometí hacerlo, así como él también me ofreció tenerme al corriente de sus glorias.

Veo en él algo así como un rayo del espíritu de Martí, y ahora que me siento tan huérfano o más huérfano que nunca, me consuela su amistad.

Mucho hemos hablado Serafín y yo de los asuntos políticos que se refieren a la situación de nuestra guerra.

Espero yo que su visita ha de ser muy provechosa para hacer respetar los derechos del General en Jefe.

La carta de Portuondo tengo que mandarla al Presidente, pero antes haré que Pinto la copie aquí. Quiero quedarme con una copia para recordar en todo tiempo las miserias de los que critican a Don Tomás Estrada por envidia y por vanidad que no saben reprimir. Portuondo ha querido imponerse a Estrada, y éste ha sabido defender sus derechos y hacer respetar los poderes y las autorizaciones que tiene como representante del Gobierno de la Revolución. Yo sé que los que se unen a Portuondo y al Dr. Hernández, son los que nunca han hecho nada por la Revolución, los que se opusieron a ella y luego —sin títulos— quieren llamarse los primeros y los mejores.

Mañana, cuando le mande la carta de Portuondo, le pondré dos letras también como comentario a todo lo que dice Portuondo. Sé que el comentario no les ha de gustar, pero poco me importa. Yo les quiero decir todo lo que los desprecio y lo que espero de la justicia de los cubanos el día de la liquidación de cuentas.

Tiene siempre Serafín un recuerdo de las ocurrencias de los hombres de la Revolución. Hablando hoy de Spotorno, el autonomista y españolizado de ahora, decía que —en la guerra vieja le oyó decir:

—Tienen razón en llamar Cuba Libre al agua con miel, porque en verdad que esta guerra es una *sambumbia.*

Lo recordaba esta mañana, porque se nos presentó un hombre a caballo en un rústico aparejo de hojas de plátano, que me preguntó en inglés si sabíamos a donde se encontraba el Coronel Planas. Supimos que el tal, era marinero holandés de una barca norteamericana y que de Santiago de Cuba había venido a la guerra.

—Me prendieron los españoles —nos dijo— pero yo me dí la libertad a las 11 de la mañana del segundo día de prisión.

De marinero he pasado a ser jinete y hombre de armas. Tengo con Planas mi caballo y mi rifle.

Nos fué simpático y como lo viéramos irse solo —por no quererle dar práctico hasta Júcaro el Jefe de Postas, que es un posta... temerosos de que se fuera a ahogar porque el Cauto está hoy crecido y no da paso, lo llamamos para que se uniera con Loynaz y fuera con él libre

de peligro por el camino del monte, por el que no hay que pasar el río para llegar a Júcaro: le dimos de nuestro pobre almuerzo, picadillo de carne con sebo y plátanos asados, y lo despedimos.

No faltan hombres de las distintas partes del mundo en la revolución.

En este concepto... y hasta en otros, puede repetirse que la Revolución es una sambumbia.

Cuando recibí hoy la carta de Portuondo, me alegré. Me pareció que era una carta tuya la que tenía delante. Pero no fué así. Tu carta, la carta que yo espero, esa no llega, esa no viene a traerme la vida que me falta.

Que he de hacer sino sufrir y llorar. Y qué triste es sentir como caen en el corazón las lágrimas que no corren por la mejilla!

Me siento cansado y triste. Oh ¡Dios mío! ¿Por qué no vendría yo con Martí para morir con él en Dos Ríos?

Pero mi estrella y tú, parece que me condenan a sufrir, y yo doblo mi cabeza y sufro. Y sólo la levanto para sentirme orgulloso de todos mis sufrimientos y para encontrar en ellos fuerzas para seguir, como hombre, cumpliendo mis deberes.

Y así, si muero, moriré con mis dos amores en el alma y llevaré en el corazón mis penas y con ellas seguiré viviendo...

Esa es mi fatalidad y mi castigo quizás.

Sepa yo de tí, aunque sepa que no me quieres ya, sepa yo que llega hasta tí mi amor santo y muera yo después; pero no puedo conformarme a no saber de tí, a vivir así en esta soledad tan grande de mi espíritu y de mi alma!

Mayo 22

New York, Abril 8 - 1896

Ciudadano Secretario de Relaciones Exteriores,

Fermín Valdés Domínguez.

Mi distinguido compañero y estimado amigo:

Aprovecho el conducto que me ofrece un amigo para escribirte a ver si tengo más suerte que por el de la Delegación. Creí que mis

cartas a esa llegaban porque así lo aseguraba el encargado de la correspondencia, pero no es así, pues ayer la Señora Caridad Agüero me dijo que había tenido carta del respetable Marqués, quien le decía no tenía noticias mías desde mi salida de esa. Tú y mis otros compañeros de Gobierno saben lo urgente que es mandar armas a esa del modo que sea más seguro; pues bien, Don Tomás por razones más o menos especiosas se ha estado oponiendo en la celebración de un contrato que tengo trabado con ese objeto y cuyas bases te remito adjunto, para que se estudien y se convenzan de lo ventajoso que es para nosotros. Al fin he logrado el consentimiento de Don Tomás y creo que esta noche lo firmaré.

Estoy bastante disgustado de la conducta que aquí se observa por la Delegación y así está toda la colonia. Se llega a afirmar que se abre la correspondencia y no se le da curso sino se cree conveniente. El árbitro de ello es el Sr. Trujillo a quien Ud. debe conocer. Don Tomás es buen patriota, pero lo creo vanidoso al extremo de preferir cualquier cosa antes que dejar de recibir un elogio de la prensa. Cuando hay alguna persona que cree pueda censurar sus actos, se lo gana dándole algún destino aunque este sea innecesario y perjudicial a Cuba, puesto que aumenta los gastos. Según tengo entendido, los gastos generales de la Delegación pasan de dos mil pesos mensuales —nada de ellos en armas y parque, que es lo que se necesita.

Mis poderes por consideración al mismo Don Tomás, vinieron en forma ambigua que ha dado lugar a que se crea no tengo ninguna facultad y ni se me consulta ni se me atiende cuando por creerlo indispensable emito mi opinión. Sólo he podido hacer algo por mi cuenta en la cuestión diplomática. —No quiero provocar divisiones ni hacer valer mis derechos por lo que deseo llegar a esa cuanto antes; pero para ello necesito me envíen al Capitán Bruno Mariño que llevó el General García y remita orden para que si quieren, en lo que se refiere a la expedición que he de llevar, pueda obrar con independencia; de otro modo, no podré ir o será descubierta la expedición como ha sucedido con las otras, lo que sobre demorar mi viaje a esa que tanto deseo, podría costarme un fracaso como el que actualmente envuelve a Guerra, Bueno y otros. Cuando llegue a esa, emitiré mi opinión sobre todos estos asuntos.

La Resolución del Senado pasada en Marzo último reconociendo la beligerancia y pidiendo al Presidente su intervención amistosa con España por lograr la independencia, fué aceptada anteayer por el Congreso y hoy ha sido pasada al Presidente. No sabemos que hará éste, pero creo no obrará hasta fines de Mayo o sea en la época de las lluvias, cuando se haya convencido España de su impotencia para

dominarnos. Mi hermano Pepe que fué con el General García éste le explicará muchas de las cosas que aquí han pasado y cual ha sido mi conducta que he creído inspirada siempre en los principios de ese Gobierno. Necesitamos de todos modos envíen prácticos buenos de mar y tierra, cúmplase o no el contrato cuyas bases remito y digan el modo de avisar a esa, el día que aproximadamente desembarcará la expedición para que vaya a recibirla las fuerzas de tierra. Uds. tienen clave numérica conmigo y el Delegado, pero convendría que además de ese conducto se valieran para más seguridad del mismo práctico y manden repito, y así lo convine con el General García que me envíen al Capitán Bruno Mariño para poder llegar a esa el mes entrante. Por las bases del contrato que envío verán que el contratista asume todos los riesgos de salida, y viaje en alta mar y desembarco en el lugar previamente designado, y como sólo se le abonan veinte mil pesos por expedición de mil armas, medio millón de tiros, cañón, etc., resulta que en el caso más desfavorable para nosotros pagaremos el doble valor de los efectos, y en el más ventajoso menos de la mitad más. Sólo será hoy objeto de discusión el artículo 9, esto no es obstáculo porque a nosotros para nuestra mayor seguridad nos conviene hacer ese arreglo nosotros mismos. El contrato realiza nuestro ideal —nos obliga a hacer la expedición sólo cuando tengamos el dinero y la concesión contiene, —de modo que a nada nos ata.–

Don Tomás al principio se oponía al contrato, pero lo convencí de sus ventajas que *él ya sabía;* creo que el fundamento de su oposición era sólo el que lo hiciera yo, porque él quisiera que nada hiciera para demostrar a esa, que todo lo sabe hacer él, independiente del Gobierno.

Temo no obstante que se pongan obstáculos al cumplimiento del contrato, por lo que deseo que Uds. dispongan su cumplimiento como atención preferente, para evitar se quieran hacer expediciones aventuradas que tan caras resultan. La de Calixto cerca de cien mil pesos, la de Collazo más de sesenta mil, etc. En fin, más de trescientos mil pesos ha tenido la Delegación y sólo han llegado a esa unas dos mil armas, cuando con ese contrato irían con esa cantidad cerca de diez mil y cinco millones de tiros.

Le suplico entregue esta carta al Marqués a quien no se si podré escribirle hoy, que la tome como suya.–

A mis compañeros de Gobierno, un estrecho abrazo, otro para ti con los recuerdos de tus amigos del Cayo que no te olvidan y al

venerable Marqués un fuerte abrazo con la admiración que por él y por ti siente tu afectísimo, Rafael M. Portuondo.

* * *

Contrato de compra venta de armas.

1.–9,000 Rifles Remington 43 y 4.500,000 cartuchos.

Puedo variar la clase de armas y parque, abonando la diferencia del precio, y examinar el cargamento antes de la salida.

2.–Podrá el vendedor embarcar las armas en el vapor y puerto que desee, pero deberá desembarcarlas precisamente en el lugar designado previamente en la isla de Cuba.

3.–Se harán nueve expediciones de 1,000 rifles y medio millón de tiros cada una, y los cañones, parque, dinamita, etc., que se indique en cada uno sin exceder el peso de tres toneladas. Medicinas y demás efectos en cantidad razonable, gratis de flete.

4.–Llevará como tripulantes, 20 hombres en cada expedición y los desembarcará con las armas sin cobrar nada por este servicio.

5.–Por cada expedición de armas y efectos indicados en el artículo 3 se abonará el valor de la misma y $20,000 por flete y seguro, comprendiendo en este, absolutamente todos los riesgos, incluso el de desembarco.

6.–La pérdida de la expedición ya en tierra, en el lugar designado, será a mi cargo, pero si se hace el desembarco en el lugar distinto del designado, o en este, a pesar de avisarle el peligro, será de su cuenta la pérdida por captura de las fuerzas españolas.

7.–Los viajes se harán cuando yo lo indique, entendiéndose que procuraré se haga lo más frecuentemente posible, sin exigirle más de uno mensual.

8.–Los gastos judiciales como embargos, fianzas, honorarios, etc., serán de cuenta del vendedor.

9.–Serán también de su cuenta, los gastos de comisionados para convenir con las fuerzas de tierra el lugar del desembarco.

10.–Por la rescisión injustificada del contrato, abonará, en concepto de daños liquidados, treinta mil pesos si fuere antes o después del primer viaje y se reducirá cinco mil pesos, por cada viaje

sucesivo realizado hasta que por razón de esta reducción llegue a diez mil pesos límite inferior.

11.–Deberá cumplir el contrato cualesquiera que fueren las leyes, disposiciones, etc., dictadas por esta nación, España u otra cualquiera.

Expedición más barata.

1,000 Rifles Remington	$	9,000.00
500,000 Cartuchos id.		7,000.00
1 cañón y su parque		4,000.00
1 tonelada dinamita		400.00
Total . . .	$	20,400.00

Expedición más cara.

1,000 Rifles Máuser	$	16,500.00
500,000 Cartuchos id.		13,500.00
Cañón, parque, dinamita, etc.		4,400.00
Total . . .	$	34,400.00

Ciudadano Salvador Cisneros,

Respetable Sr.:

Envío a Ud. la carta de mi amigo el ciudadano Rafael Portuondo que recibo hoy.

La Revolución por la independencia sigue aquí triunfante a pesar de las irregularidades que ha cometido el Gobierno y de las que he protestado oportunamente; y así, cuando aquí no hay quien no se sienta dispuesto a estar incondicionalmente al lado del General en Jefe viendo en él al genio de la guerra y a la Revolución misma, —allá, cuando muchos que se ocultaban entre los españoles y negaban la posibilidad de la guerra, se tienen ahora por los más puros y pretenden deponer al ilustre Estrada Palma, porque conoce sus historias y sus vicios y sus ambiciones, —el pueblo sabe decir a Estrada Palma: estamos contigo y la emigración acuerda solemnemente que en memoria de Martí, el mártir fundador de la era esta de justicia y reparación, se le nombre Delegado vitalicio del Partido Revolucionario.

La Constitución hace inviolable al noble anciano Estrada Palma, pero aún lo hace más digno del respeto de todos, la aclamación de los emigrados a quienes tanto debe la Patria.

Los endiosados de última hora que quisieron romper con la Constitución, han de sentirse humillados cuando hayan visto y vean en lo adelante que sus empeños resultan ridículos ante la voluntad salvadora de los pueblos que como el nuestro tiene tan sabio criterio cuando se trata de dar a cada uno el puesto que merece.

Que bien sabe él quienes han sido los que han servido con la honradez de Martí y quienes los que la han explotado y engañado: por eso amamos todos la Revolución que aquí aclama al caudillo Gómez y allá enaltece al Delegado de los cubanos que fundaron el partido Revolucionario, y despreciamos los veredictos de los que ayer fueron rémoras para los que tratábamos de hacer algo por la Revolución, o aún se sienten humillados por la manera de llegar hasta nosotros y ocupar un puesto al lado de los que nunca han sido políticos de alquiler.

Y por eso también defendemos la Constitución tal como fué escrita y no como la vanidad o la ignorancia quieren interpretarla.

Es de Ud. con toda consideración. Fermín Valdés Domínguez. Canastas, Mayo 22-96.

Después de escribir la carta con la que le remito al Marqués la de Portuondo, me he sentido —mi Asunta— tranquilo y contento. Necesito que sepan como pienso yo sobre todo lo que se refiere a la Revolución y con cuanto desprecio sé yo mirar a los hombres que con sus vanidades ofenden a la Patria.

Esta tarde, como por la mañana, vino el General Sánchez a mi rancho.

En la conversación se habló mucho de las gentes del gobierno y Pujals dijo algo así como que Roloff se iba a los Estados Unidos como encargado de expediciones.—Si esto es cierto, ya veo que ha conseguido uno de sus ideales, volver al Cayo. No lo envidio, porque a cambio de adulaciones no quiero volver a la vida que allá tienen muchos que olvidan sus deberes. Siempre quedará mi juicio: que todo el que se va con permiso del Gobierno, lo que hace es buscar —de esta manra— el modo de legalizar la deserción. Porque irse cuando aquí se necesita a todo el que esté dispuesto a servir a su Patria, es tanto como desertarse.

Mañana te escribiré por P. Ibern. ¿Recibirás mi carta? ¿Tendré contestación tuya?

Veremos!

---

23 Mayo

Recibo la comunicación siguiente:

"En contestación a su comunicación fecha 19 del actual, debo manifestarle que no habiendo Ud. cesado en el Cuerpo de Sanidad, está obligado a cumplir la orden que se le diera de incorporarse al Jefe Superior de su Cuerpo.

Soy de Ud. con toda consideración,

"Patria y Libertad". La Yaya, Mayo 21 de 1896.

"El Subsecretario de la Guerra, encargado del despacho. Rafael Manduley.– Ciudadano Coronel de Sanidad Militar, Fermín Valdés Domínguez".

Pujals y Serafín me aconsejaron que no contestara nada y esperara al lado de José que los acontecimientos vinieran a aclarar este asunto; comprendiendo todos que se veía claro el deseo del Gobierno de que no me uniera a José Maceo.

No contesté nada y me limité a dar el recibí que me pidió el Capitán Ayudante del Marqués portador del oficio.

Al ver el nombre de Manduley al pié, pregunté a Pujals sobre la marcha de Roloff y me dijo que el Consejo había acordado que fuera al extranjero. Creen que puede servir para organizar expediciones y yo —respeto la creencia— pero creo que no sirve el polaco para nada.

Y con su marcha parece que se ha nombrado a Manduley Sub-Secretario de la Guerra y encargado del despacho; todo de una pieza. Nombra el Gobierno a un hombre que no ha sabido ser militar ni cumplir los menores deberes como tal, que ha sido siempre un gran majá y un cobarde: ha querido premiar sus faltas y darle un puesto honroso. Antes que elevar a Manduley a ese puesto, pudieron haber pensado en otros hombres que como Pujals y Serafín y Loynaz y otros, que merecen la confianza del General en Jefe. Pero así son las cosas del Gobirno, o mejor dicho las que inspira el Marqués, que es el Gobierno mismo.

Llega Cárdenas de Banes y trae cartas para el Gobierno: entre ellas viene una para el Secretario del Exterior, muy abultada. Creo que ahí vienen cartas tuyas, pero como ya no soy el Secretario no he querido abrir el sobre y le he encargado a Cárdenas que trate de recogérmela si como pienso trae ese sobre alguna carta tuya.

¡Cuántas angustias!

Con Cárdenas le escribo a Ibern para que te entregue una carta que te escribo y te vea y me hable de tí.

¡Dios quiera que al fin pueda yo ver aunque no sea más que una letra tuya!

Mañana vuelve Serafín para La Yaya. Todavía no ha venido la pareja que fué a llevar las cartas al General José.

¿Y yo? Pienso seguir mañana hacia donde está José y luego probablemente tendré que volver hasta Gómez, pues creo que sin la aprobación de la propuesta, José no me mandará a Baracoa.

Y a todo esto ni Arias ha venido, ni Escobar ha vuelto, ni Castellanos tampoco aparece.

Sin embargo yo creo que ya mañana tendré alguna noticia del paradero de José.

* * *

Estamos pasando hambre. No hay aquí puercos, y ya se me acabó la manteca. Los ríos andan crecidos y las comisiones de viandas no llegan, ni han podido salir hasta hoy; con carne y plátanos movidos y *sebote* para cocinar, estamos pasando los días en esta célebre Prefectura, que por no encontrarse en ella nada que comer, se ha dado en llamar "muela quieta".

Este muchacho Cárdenas, que es el baracoano, hijo del rico Don Juan Cárdenas, era uno de los oficiales valientes de la fuerza de José; a más del General, me lo han dicho muchos.

Y con él, ha hecho uno de sus absurdos el Gobierno; hay muchos hombres que por sus padecimientos o por sus años, no pueden prestar servicio en las fuerzas, y esos son los que deben ocuparse para los empleos civiles, pero quitar de la fuerza a hombres necesarios por su valor para darles puestos civiles, sólo se le ocurre a los hombres del

Gobierno, que tienen la suerte de no dar un paso que no sea una injusticia o una barbaridad.

Cárdenas falta en el ejército y no está en su puesto como Recaudador de Hacienda.

Pero los Señores del Consejo no se enmiendan. Castillo, Demetrio, es uno de los Jefes más estimados del General José, y tanto le han dado y tanto le ha dicho el Marqués, que ya veo yo que no va a ir a Baracoa y sí a los Estados Unidos, como le han propuesto.

Quitan de aquí a un hombre útil, y aumentan los gastos de la Delegación con un sueldo más; y gordo, puesto que ya Demetrio mandó a su familia a Nueva York.

---

24 Mayo

Esta noche harán 10 meses que estoy en la guerra y un año que no sé de tí.

Y en estos diez meses, ¡cuántos han sido mis sufrimientos!

La guerra no me ha impresionado. He venido a ella con fé y con decisión de hombre, y no sé lo que es el miedo; no me han hecho sufrir ni las balas, ni las marchas, ni las privaciones; lo que me ha hecho protestar de la vida mambisa han sido las envidias y las vanidades de muchos hombres ruines y cobardes.

Pero todo es preciso sufrirlo por Cuba. Todo hay que sumarlo como cosas impuestas por el español infame.

Y estas vanidades y estos disgustos pasarán.

Los vanidosos y endiosados de última hora, sufrirán su castigo, y ya no está lejos el día de la liquidación en que el pueblo, —con su sano y sabio criterio, haga justicia, y a cada uno de el lugar que debe ocupar en el banquete de las libertades.

Al cabo, los que no valen, sufrirán su castigo. Y los ruines, irán al montón.

En estos diez meses que llevo yo de guerra, han sido muchas las cartas que te he escrito y muchas las lágrimas que he dejado en estas notas que para tí escribo.

Aquí encontrarás todas mis ideas, mis sueños y mi anhelos, y la esperanza de encontrar algún día a tu lado, la felicidad y la dicha que ahora anda tan lejos de mí.

En estas líneas verás como en lucha con las pasiones, he tratado de servir a mi Patria lo mejor que he podido, pensando que yo no valgo nada, que sólo sirvo para aquellos que los demás entienden que yo pueda servir mejor; que la vanidad no ha inspirado nunca ni mis protestas ni mis quejas, y que siempre me ha servido de guía y de consulta el recuerdo de aquel carácter tan dulce como enérgico de mi hermano inmortal, y la memoria de sus virtudes me ha hecho mejor y más tolerante

No sé si en estos diez meses he merecido como soldado de la Revolución, alguna corona de laurel; si tu amor la encuentra entre mis notas, guárdala, porque es tuya; tú lo sabes, sirvo a Cuba para poder llegar hasta tí orgulloso y tranquilo por haber podido cumplir mis deberes.

Qué te ha pasado a ti en estos diez meses? Me separé de ti adorándote, y hoy te quiero más. Por cumplir con mi Patria y con mi conciencia vine aquí. ¿Te acuerdas de mí, tanto como yo te adoro? Creo yo que dudar de tu cariño es ofenderte y ofenderme, pero es tan triste la soledad de mi alma!

Toda la mañana se la han pasado Serafín y Pujals en mi rancho. Aquí han escrito sus cartas y me las han dejado para que las entregue al General José. Cree Serafín que debo quedarme aquí hasta que vuelva la pareja que fué a donde José, para —si viene con ella el General—, encaminarlo a La Yaya y darle la carta que para él me deja Serafín y otras de Gómez.

Por indicación de Pujals, le he pasado una comunicación a Sánchez Agramonte solicitando mi pase al Ejército, y otra al "encargado del despacho de la Secretaría de la Guerra" diciéndole que después de haber pedido mi pase al ejército y de haber elevado el General José la propuesta al General en Jefe, había pedido mi baja al Brigadier Jefe de Sanidad.

Antes de que se vaya Serafín, que será después que almuerce, le he de suplicar que diga allá en el Gobierno que no toquen más el violón en lo que a mí se refiera.

Le pregunté a Serafín si Gómez había nombrado a Calixto Jefe de Oriente. Me dijo que sí, pero yo creo que esta ha sido una com-

ponenda de Serafín con el Gobierno que ojalá no traiga malos resultados.

Trae entre otras Serafín, órdenes del Mayor Gómez para la formación de Consejos de Guerra en los que se han de juzgar a los desertores del ejército de Las Villas, y en las comunicaciones que trae Serafín, Gómez se dirige al General José como Jefe de los dos cuerpos de Oriente; para nada se mienta a Calixto, y es lógico que así sea, pues Gómez sabe todo lo que se debe a un hombre que como José tanto representa en Oriente. Tampoco habla el General Gómez de los tres Cuerpos como formando un solo Estado, lo que viene a probarme que la tal división en dos estados, oriental y occidental, no es —como dice el Marqués— cosa de Gómez, sino como pienso yo, la manera de poner un Jefe sobre el General José Maceo.

Cree Serafín que José ha tenido razón para estar en oposición a los absurdos del Gobierno y que ha hecho bien en no respetar como justas y legales más que las órdenes del General en Jefe.

—No sé— me decía hoy Serafín—, como José no ha mandado a paseo al Gobierno y se ha ido a pelear a Occidente.

Le expliqué yo que si no había tomado esta determinación había sido porque desde Maíbio comprendió que éste era el deseo del Gobierno y que a este fin dirigía todos sus ataques y todas sus órdenes injustificadas. Pero también le manifesté que bastaría la menor indicación de Gómez, para que se fuera con su gente a Occidente.

Esta noche cuando llegue la hora en que desembarqué, recordaré el momento en que puse en las manos del Capitán el libro que escribí para tí en Pine Kay.

Sé por Collazo que tú lo recibiste, y que lo leyeron todos allá en los arenales de Tampa.

En aquellas, como en todas las líneas que para tí escribo, dejé mis penas y mis esperanzas.

¿Cuándo leerás lo que ahora te escribo?

¿Y cuándo recordaremos juntos estos días de pena y de gloria?

Serafín piensa que este año se acabará la guerra, pero por mi anhelo de verte, me parece que nunca se ha de acabar; y si no

tengo cartas tuyas, si no sé que me quieres, más largos y más tristes serán para mí los meses y los días.

Pero espero en tí, y cuento con tu corazón que es todo mío.

Te besa,

Fermín.

S.S.(*)

No. 15

Santiago de Cuba

Canastas, 24 Mayo, 18-96

Cuando hace diez meses llegué a Cuba, escribí en mi diario:

"Por Cuba y por mi Asunción". Y hoy, en la campaña, sin dejar mi puesto y sin flaquezas, puedo repetir:

"Por tí y por mi Cuba".

---

25 Mayo

Se fué ayer Serafín bajo un fuerte aguacero. No quiso que el río lo obligara a estar un día más en esta Canasta.

Vino a despedirse de mí y a dejarme una pareja armada que le pedí; y pude obsequiarlo con un poco de ron porque en aquel momento llegó Arias con algunos de los encargos que me mandaba el amigo P.

La llegada de Arias fué un acontecimiento. Pinto, Regueira, Joaquinito, el agregado Espino y mis asistentes Santiago y Rafael, y el chino José María, todos pedían algo y todos se creían con derecho a heredar al compañero. Recibí 2 capas, una para Pinto y otra para mí, un par de botas muy buenas, 2 pares de botines, uno de Pinto y el otro mío, —Pinto le dió el suyo a Joaquinito; también recibí media docena de camisetas, seis pares de medias y otra media docena de toallas, dos trajes de dril y una vieja casa de campaña. Le di uno de mis fluses a Regueira, y hubo repartición y herencias de chamarretas y pantalones y zapatos. Y a todos les tocó algo del rico botín. Aún me faltan muchos de mis encargos, pero creo que estos serán los últimos para mí, pues no podré estar aquí mucho tiempo. Siento que no me hayan sacado la montura, pues la mía está muy rota, y Joaquín no tiene ninguna.

Ayer se fué Espino con rumbo a Cambute a sacar una hamaca, le dije que de allí podía seguir para La Yaya en donde encontraría al

(*) Archivo Nacional de Cuba. *Donativos*. Caja 270, No. 14.

General Serafín Sánchez, pues ya yo no podía tenerlo entre mis ayudantes.

Y Escobar no vuelve. Ya tengo cuidado y pena no sea que le haya pasado algo. Espero sin embargo, que su demora dependa de que se ha quedado esperando la vuelta de la pareja que fue hasta el Cuartel General del General José para volver con ella. Quien sabe si se ha quedado en Jarahueca al lado de alguna mambisa *del* color.–

Y mientras tanto, yo sin fumar e impaciente, pues no puedo olvidar que se fue solo y desarmado, y sin un papel mío, pues no sé si conserva el que le di cuando nos separamos en la Prefectura de Santa Isabel.

Esta mañana he despachado a Regueira y Santiago con un viejo de esta Prefectura para que traigan puercos y otros *asuntos* culinarios; porque "Muela Quieta" está más *quieta* que nunca. Carne y plátanos *movidos*. Y nada más. Y sebote.

Qué tranquilidad tan triste hay por aquí! Sólo se ve alguno que pasa herido, o las comisiones de ganado, y no pocos majases, de esos que no salen de las Prefecturas más que para esconderse en el monte cuando saben que puede venir el soldado español, o no hay quien los encuentre si viene algún oficial reclutando *pacíficos* en nombre del General José.

Y aumenta la tristeza de estos días, el cielo siempre nublado y la lluvia.

Y hoy para que sea más imposible la comunicación con el *exterior* hasta el *cuyo* río no da paso.

---

26 Mayo

Ayer vino Corona el simpático director de "El Cubano Libre" y el pesado Capitán D. Bernardo Ayudante del Marqués y hombre de confianza para *asuntos menores*.

Pasaron conmigo el día y esta mañana emprendieron marcha hacia el Gobierno.

Pasamos anoche un rato agradable. Regueira volvió antes de comer trayendo dos magníficos puercos y todos nos reunimos para hablar de la Revolución, recordar los últimos días de paz y aquellos en

los que se juntaban los jóvenes en la redacción de "El Triunfo", el valiente periódico de Yero. De todo habíamos como buenos camaradas y nos acostamos sin más preocupación que las pulgas... que, como casa en donde no hay mujeres, abundan en mi rancho.

Esta mañana llegó el Ayudante de Calixto, José Nicolás Jané que con una pareja de Serafín había ido cerca del ingenio de P. No puede seguir hasta La Yaya porque el río no da paso.

Me trajo Corona un número de "El Cubano" en donde publicó, como fondo, mi artículo en el que hablo de Serafín Sánchez.

Me dijo que trataba de dedicar un número extraordinario a Martí y que como ya tenía un artículo de Loynaz, otro de Céspedes y otro suyo, quería que yo escribiera algo. He tomado algunos pensamientos de mi diario y se los mando por complacerlo.

No puedo ni debo escribir ahora sobre Martí. Ya llegará el día en el que yo pueda decir todo lo que por patriotismo debo callar ahora.

Va Corona al Gobierno llamado por el Presidente. Sospecho que lo llaman para decirle que no publique nada que yo le mande, sin duda pensando que yo quiero dar publicidad a mi renuncia y a las causas que me han obligado a hacerla.

Que pobres son, y que cobardes.

Nadie sabe —a punto fijo— en dónde está el General José. Y la pareja que mandó el General Sánchez no vuelve. Ni tampoco Escobar.

"EL CUBANO LIBRE"

10 Mayo, 96

CON EL CORAZON

La Revolución, que no pudo tener como sudario un pacto infame que no acusará nunca de cobardía a los hombres que supieron defender nuestros derechos, tuvo apóstoles y mártires en los tristes días de paz en los que parecía que los cubanos olvidaban al lado del español la infamia que como sombra degradante y vil, cubría el sol hermoso de nuestras libertades.

Entre estos hombres que supieron luchar y supieron conjurar todos los obstáculos y dar la voz de alarma, es el primero y el más grande, aquel que supo morir en "Dos Ríos" y desafiar como guerrero las iras de la soldadesca española, después de haber vencido con su propaganda honrada y patriótica los temores de los unos, y las ambiciones de los que se llamaban cubanos para alargar la vida de esclavitud que les daba honores y riquezas a cambio de la honra vendida.

Pero no estaba solo Martí: entre los que con él lucharon ocupan puestos honrosos muchos hombres que fuera y dentro de la Patria continúan su obra redentora.

La guerra tiene su jefe en el más prestigioso: en el anciano Gómez, —que es para todos—, el primero entre los soldados de Cuba y uno de los magistrados que ha de poner la patria al frente de sus destinos el día ya próximo de nuestra independencia. El es la Revolución y él es el genio de nuestra guerra; por eso el pueblo lo aclama y por eso nuestra Constitución le dá el puesto que merece, el más alto y también el más difícil. De Oriente ha ido a caballo a Occidente, y fuerte y valeroso es el guerrero más digno de los laureles en los combates; y allá está en su puesto erguido sobre los estribos desafiando a los soldados españoles. Viven a su lado los valientes y sólo pueden discutir sus virtudes los cobardes y los españoles que le temen.

De Occidente viene ahora a estas tierras, en donde los hermanos Maceo con sus heroísmos han sabido demostrar sus indiscutibles méritos y sus altas virtudes patrióticas, viene a visitarnos, como delegado del ilustre Mayor Gómez, el General Serafín Sánchez, a quien ha confiado la organización de nuestro ejército.

Nacen pocos hombres tan puros y tan leales como el General Sánchez: en su alma sólo hay grandezas y generosidad: por eso puede representar dignamente al General en Jefe.

Modesto, pero severo, trabajó allá en Cayo Hueso por la Revolución y estuvo siempre al lado de Martí, cuando no faltó quien lo creyera visionario y quien se atreviera a querer lanzar quijotescos veredictos contra el más honrado de nuestros mártires y el más humilde de nuestros hombres valerosos.

Como el apóstol de nuestra honra, como Estrada Palma, más merecedor cada día del respeto de todos y cada día más digno del puesto de confianza que le señaló nuestra Asamblea Constituyente —ve hoy el General Sánchez como crece la obra del genio, como todos vienen a compartir con el soldado de Martí y Gómez y Maceo

las glorias y los trabajos y con cuanta rapidez nos acercamos al término de nuestros anhelos.

Martí no ha muerto para Cuba mientra viva el General Sánchez y los que con él supieron romper la tutela degradante y levantar como hombres nuestra bandera libertadora.

Lleve el noble amigo la aclamación más sincera de todos los orientales al General Gómez: con él estamos todos para vencer, y a su lado estaremos siempre para honrarlo.

Caerá entre los heroísmos de nuestros soldados la dominación que desesperada y maltrecha se revuelve en agonía cruel, pero merecida.

Y el día de la victoria, la Patria escribirá dos nombres en la bandera de la Revoución, el nombre de Martí: el mártir —y el nombre de Gómez el libertador—

Valdés Domínguez

Oriente, Mayo 8 de 1896.

Recibo una carta del ciudadano Luis A. Urgellés Toirac, —Prefecto de Nibujón en Baracoa. Es este Luisito, el que allá en la playa era maestro de escuela y enamorado de mi amiguita Elvirita Urgellés su prima. Le contestaré su larga epístola que me indica que sigue siendo el mismo; creo que será mejor Prefecto que Preceptor.

Da ya "*El Heraldo de Madrid*" cuenta de la nota que pasa el Gobierno Americano, en la que se exige a España libertades y justas reparaciones para los cubanos en armas.

En ese periódico hay un hermoso artículo titulado "Los Secretos del Día" en el que el periodista dice al final: "Tengan todos los españoles el valor de sus convicciones. Si el poner término a la guerra de Cuba, para perder de todos modos aquel pedazo de nuestro territorio, vale un sacrificio tan grande como el del honor que no lo haga la nación inconcientemente; que sepa por qué y para qué lo hace. No es en la sombra de los despachos ministeriales donde se debe decidir la suerte de Cuba. Ni aún las cortes nos parecen investidas de poderes bastantes para eso. Acúdase al plebiscito, al voto directo del pueblo. Y sí España prefiere la paz a la honra,

que no concierte soluciones ineficaces: páctelas desde luego, provechosas y decisivas. Ante un fallo semejante inclinaríamos la cabeza y daríamos nuestro acatamiento: lo que no podríamos dar nunca, es la conformidad de nuestro espíritu".

Ciudadano General Serafín Sánchez.

Mi queridísimo amigo:

No ha llegado aún la pareja que mandó Ud. hasta el General José Maceo, va sólo el oficial ayudante de Calixto con la otra que Ud. le dio.

Y yo aquí en esta Canasta rota y con *suspicacia*... de todos matices.

Le ruego vea como anda mi asunto entre los conspicuos del Gobierno, porque no me gusta dejar de cumplir las órdenes que recibo.

Si ya he puesto todos los medios por separarme de los sabios e ir —modestamente— a pelear, ¿por qué sé me quiere atar de nuevo?

Esto es tonto y antipatriótico.

A Baracoa o a Occidente, pero lejos de los que son gobierno, y cerca de los españoles: yo no he venido a formar en las camarillas, sino a luchar contra los españoles.

Los vanidosos —y otros Hernández— están de más ahora.

Lo quiere y abraza. Fermín Valdés Domínguez.

Me da conocimiento Jané de una carta en la que se le anuncia al General José el desembarco de una expedición y me preparo para salir mañana a primera hora. Queda él aquí con sus encargos y sus órdenes. Voy en busca de José porque me dice que está en la loma o puerto del Escandel. Valdés Domínguez.

---

29 Mayo.

Anteayer muy de mañana salí en busca del General José para entregarle la carta en que se le anunciaba la expedición. Me acompañaban mi ayudante Regueira, Santiago y la pareja armada que me dejó el General Serafín Sánchez. El río no daba paso y fuimos por Cayo Francés —costeándolo— hasta la Güira; allí vimos al Prefecto José Ginarte, que es un *majá enfermo* que no pudo ni decir-

me por donde andaba el General José, ni darme *víveres* para almorzar; seguí a la Subprefectura de Manuel Jústiz, y allí llegué como a las 2 y media de la tarde después de haber andado más de 15 leguas.

Supe que el General José no estaba en el Escandel y pensando que podía venir hacia Canastas por conocer ya el lugar en donde el General Serafín Sánchez espera la respuesta a las cartas que le mandó con la pareja, determiné no seguir un viaje inútil. No estando el General José en el Escandel, a qué había de seguir expuesto a que nos cansáramos y no viera a las parejas ni pudiera entregarle las cartas que tengo para entregar al General. La carta pues, en donde se anuncia la expedición, y que me entregó la noche antes el expedicionario y ayudante del General Calixto García, mi amigo Jané, la puse en un sobre y se la dí al Subprefecto Jústiz para que la encaminara hasta el General por medio de su agente en la Güira, el oficial Faustino.

La comida fué pobre, pero como había hambre, comimos sin ocuparnos de que el ajiaco era de jutía, pero no debo olvidar que por obsequiarnos nos dieron *posturas* de gallina y café. Allí pasamos la noche y temprano nos pusimos ayer en camino hacia acá. Si antes de ayer anduvimos más de 15 leguas por las vueltas que nos hizo dar el maldecido Cauto que con su creciente no da paso, la vuelta fué aún más larga. Delante de la casita en donde vive el buen Jústiz y su amable familia, hay un arroyo que era preciso pasar para *acortar* camino —como dicen por acá— cuando se necesita dar un rodeo peligroso o rodear un río; pasamos el *cuyo* arroyo gracias al valor de un negro de la Subprefectura que nos sirvió de práctico. Pocas veces he tenido que resistir —a caballo— mayor impetuosidad de la corriente de un río, ni me he creído más cerca del fondo, pero mi mi potro se portó bien, y pasamos. Después de pasar muchas veredas infernales en las que no sé como no perdí los espejuelos, llegamos a los mejores caminos y por ellos llegué a Cayo Rey en donde está la Prefectura de la imprenta. Traía el artículo que había preparado para "El Cubano Libre" y quise entregarlo para evitar así tener que mandarlo después de mi llegada a Canastas.

El Colmenar se llama el lugar en donde tiene Jústiz su Prefectura, y desde allí hasta Cayo Rey hay más de 10 leguas, por el camino que me vi obligado a traer.–

Más de una hora me pasé esperando en la Prefectura al Secretario de la redacción, al hermano del talentoso "Cautivo" de Santiago de Cuba. Vino, al fin, el joven Daniel Fajardo, del que con razón me dijo Regueira que parecía recién llegado del pueblo o que en la manigua vivía como en la ciudad: vestía saco y su camisa y faja y

gorra que no demostraban manigua, sino eran por la limpieza *rara avis* en estos campos de *desnudez* más que de *soledad* en los que por lo común todos andamos *mustios* en *verbo* de ropa. Estreché su mano con gusto y no acepté la invitación que me hizo de ir a la redacción, por no exponerme a un aguacero y porque el camino de la *retirada* de [la] imprenta me habían dicho que es de lo peor que se *gasta* por estos montes a donde los españoles no pueden llegar a pesar de todo el *valor* y *bizarría* que le es tan común en los periódicos que de ellos se ocupan.

Me dió el joven Fajardo un folleto que publica *"El Fígaro"* sobre la guerra y me puse en marcha. Mi almuerzo en la Prefectura fue comerme con Regueira y Santiago dos boniatos asados que me regalaron allá en la casa de mi simpática amiguita María Jústiz. Y volví a desandar el camino, o mejor dicho la vereda, para llegar a las interminables sabanas que están antes de los Mangos de Baraguá, a dos leguas de esta Canasta de mis pecados.

Llegué a Canastas *pues*, como diría el afeminado general Rosas, cerca de las tres de la tarde —sin discusión sobre este punto— porque Regueira *sigue* preocupado sobre la hora en que el famoso bilongo mató a Merced.

Jané me esperaba. No siguió para La Yaya por mi viaje y ahora no lo deja pasar el río.

Anteayer supe por Regueira —que tuvo que volver para buscar unas cartas que tenía Pinto —que Arias y Escobar estaban con tabacos y otras cosas del otro lado del río. Hoy Pinto intentó ir a encontrarse con ellos y traerlos para acá, pero todavía el Cauto sigue hondo y no puedo pasar. No llovió ayer mucho por aquí, pero en las *cabezadas* si llovió y las tales cabezadas me tienen embromado.

Al llegar aquí me dice Pinto que el General José anda cerca, que así se lo ha dicho un oficial que pasó para Las Villas.

Pensando bien volví acá. No ha llegado aún la pareja que llevó al General José los pliegos del General Serafín Sánchez, y si yo seguía, hubiera podido suceder que el General José viniera por otro lado y no pudiera yo entregarle las cartas que tengo para él del General Sánchez.

Dícese que el General José ha tenido otros combates con los españoles; no los deja él quietos ahora que tiene parque.

También se habla de que Freyre ha desembarcado por Baracoa. Si esta noticia es cierta, ya Baracoa tiene su Jefe y entonces mi puesto estará en Occidente. Veremos.

Todavía —como dice Pinto— no se me va a lograr ir a Baracoa.

Pero yo —trabajando— estoy bien en todas partes. Sólo lo siento porque en Baracoa pensaba poder tener buena manera de saber de ti y modo seguro de mandarte mis cartas.

Corona no ha vuelto por acá, lo que me indica que pudo pasar el río y que sigue en La Yaya.

Me dicen Jané y Regueira que el venezolano y *titulado* general Rosas vino a la Revolución no llamado por el General Antonio Maceo —como él afirma— sino por huir a la persecución de los tribunales de su país. Se le acusa de haber asesinado a varios por sus tierras. De modo que el tal Rosas —a más de ser un cobarde como todos los expedicionarios me cuentan—, es un miserable que ha tomado a nuestra guerra como refugio.

Si fuera un valiente tendría un lugar como hombre, en las filas de nuestro ejército; pero de otro modo para nada puede servirnos.

Pero el Gobierno, que siempre sabe hacer las cosas al revés, lo ha nombrado presidente de la comisión que ha de redactar nuestro Código Militar.

En primer lugar, es un absurdo que el Gobierno se meta en lo que sólo incumbe mandar al General en Jefe, y sobre todo, qué desgracia, que nuestro Código Militar lo redacte un criminal de la calaña del tal Rosas.

Sobre esto escribiré a Gómez y al General Sánchez tan pronto como tenga papel en que hacerlo, porque ya todo el que tenía Pinto en su cartera se ha concluido.

Me dijo Fajardo, el Secretario de la Redacción de *El Cubano Libre* que había recibido un acuerdo del Consejo en que se le suprimía a los periódicos que se publicaban en la manigua el carácter oficial: me dijo también que se publicaría el acuerdo en el primer número que se tirara. Dejo para entonces mis comentarios, aunque desde ahora sospecho que ha guiado al Marqués en este acuer-

do la inquina contra José Maceo, por lo que en su parte oficial dijo sobre quien ordenó la operación de Sagua de Tánamo. Creo que no me he de equivocar.

Me decía anoche Jané que una Señora muy respetable de Nueva York le había dicho que Pina y Cañizares eran unos hombres sin títulos para ocupar puestos de importancia en el Gobierno de la Revolución, y que el primero —Pina— era un espía del Gobierno Español y un enemigo de todos los cubanos que pensaran en la guerra —no exceptuando a su cuñado Serafín.

Y me habló del asesinato a que ya —por desgracia— he tenido que referirme al escribir otras cosas sobre el *famoso* Ministro de Hacienda sin hacienda ni propia honra.

De Trujillo el miserable, también hemos hablado Jané y yo.

Sigue siendo un mercader que ya no puede recordar a quien vendió su vergüenza y su dignidad.

Y por haberse hecho revolucionario, no ha conseguido tener un poco de valor y alguna dignidad: sigue tan *faino* como antes.

Me cuenta Jané que se permitió acusar al General Calixto de haber tenido la culpa del naufragio del Hawkins, y él, que había recibido orden del General Calixto de no ocuparse de hablar ni discutir responsabilidad de ninguno sobre esto, hizo que se le relevara de este compromiso moral para poder llamar a la Delegación al Trujillo, y allí delante de muchos, insultarlo.

Ni Calixto, y menos el venerable Estrada Palma tuvieron responsabilidad sobre esto, él, el acusador y ruín, fué el culpable —a juicio de los expedicionarios— puesto que él fué quien intervino en la compra del vapor y recuerdan que en el momento de embarcarse fue a despedirlos y les decía que el vapor era magnífico.

Y Trujillo es a pesar de sus miserias, un hombre importante en Nueva York.

Por castigar a ese miserable, quisiera estar en Nueva York. Y vengar a Martí. Pero ya le llegará su hora.

Acaba de llegar Castellanos y me trae a carta que copio.

El Espartillar, Mayo 23–96.

Sr. Dr. Fermín Valdés Domínguez.

Canastas.

Estimado amigo:

Es en mi poder su apreciable de 17 del que cursa. Los manejos del Gobierno que Ud. me indica para dar a García el mando de Oriente, los conozco desde antes que éste hubiera venido con la expedición, pues ya hace tiempo que vienen laborando esas ruindades.

Yo no [he] tenido ni tengo interés ninguno en el mando de Oriente, pues este cargo dada la idiosincrasia de los Jefes subalternos de este Departamento, no trae más que tormento e inconveniencias; pero hoy es cuestión de dignidad por mi parte, no aceptar a ninguno de esos Generales como mis superiores, porque no tienen méritos que acrediten ese puesto.

Torpezas son estas del Gobierno, cuyo origen dolorosamente conozco —que dicen muy poco en favor del patriotismo de esos — y que de seguir, darán al traste por tercera vez con la Revolución, pero esta tiene todavía hombres dignos que la historiarán, dando a cada cual en su día, lo que por su conducta, legítimamente les corresponda.–

Agradezco sus buenos deseos, y queda de Ud. como siempre, atto. amigo y compatriota. José Maceo...

Ya se van acentuando las consecuencias de la injustificada labor antipatriótica del Gobierno.

---

30 Mayo

Anoche no pude dormir pensando en la carta que recibí del General José.

Justas me parecen sus quejas. El Gobierno con sus injusticias desde Maibio, ha hecho todo el mal que ha podido y ahora ya se palpan sus perniciosos efectos.

La carta de José me indica que sabe apreciar su dignidad y que como cubano fiel a los empeños del Partido Revolucionario, está en su puesto.

Con Jané he hablado de estas cosas políticas y nos hemos puesto de acuerdo en lo que debo yo hacer.

Escribiré hoy a Serafín indicándole la necesidad de que se reúnan el General Gómez, Calixto y José Maceo, el *Presidente* y yo con Serafín para que en esa reunión se expliquen las razones que tiene José para protestar de los actos del Gobierno y se le haga comprender a los endiosados de qué manera deben servir a la Patria.

A Calixto también le he de escribir y a él le explicaré las causas de esta junta que estimo necesaria.

Y mientras estas cosas pasan, José Maceo se está batiendo con los españoles.

Me afirma Jané —y es cosa que no quiero ni puedo dejar de apuntar— que Calixto no quiso aceptar el nombramiento de Jefe de Oriente cuando el Gobierno se lo confirió el día que fue aceptada mi renuncia. Al día siguiente de haber recibido el oficio del Gobierno me cuenta Jané que le dijo Calixto, acompáñame al Gobierno. Y fue y les dijo:

No acepto un nombramiento que Uds. no pueden otorgarme: sólo al General en Jefe y en su defecto a su Lugar Teniente incumbe esto. Uds. están fuera de sus atribuciones. Yo iré a Occidente.

Al día siguiente —cuando ya todo estaba dispuesto para la marcha de los hombres de Calixto para Occidente—, llegó el Teniente Coronel Bazán con pliegos de Gómez para el Gobierno y para Calixto.

Dice Jané que Gómez decía a Calixto en sus comunicaciones que se quedará aquí de Jefe de Oriente; le mandó la orden y el nombramiento. Aparte de esto escribió a Calixto diciéndole que lo esperara por aquí.

Me alegro de estas explicaciones que vienen a justificarme las afirmaciones del General Sánchez y que al mismo tiempo me demuestran que es posible ahora —más que nunca— llegar a un arreglo político de todas estas pequeñas diferencias que podían ser muy grandes si no hubiera sobre lo que todo lo dejan a sus vanidades algo más grande y bueno.

Canastas, Mayo 30, 1896

Ciudadano Mayor General Serafín Sánchez:

Queridísimo amigo:

Allá le habrá llegado *El Cubano Libre* y en él habrá visto como lo sigue queriendo su viejo amigo del Cayo y el último de sus soldados en la expedición que nos trajo a las playas cubanas. Nada digo sobre Ud. en el artículo que con el corazón escribí, que no sea cierto; lo conocí a Ud. pobre y honrado en la escogida de Gato y lo estimé más, cuando luego lo vi luchar sin miedo en los campos de la guerra después de haber salido con su actitud enérgica y su inquebrantable patriotismo, la primera expedición que como opina con justicia el General Gómez, fue después del fracaso del General Martínez Campos el primero y más efectivo hecho de armas de nuestra revolución.

Después de su marcha llegó aquí el 26 por la tarde el inteligente amigo nuestro Sr. José Nicolás Jané, Ayudante del General Calixto García. Trajo él una carta que tuvo la bondad de mostrarme, y comprendiendo yo la urgencia de los asuntos que en ella se indicaban, me puse en marcha al siguiente día, rogándole se quedara aquí para dar cumplimiento a sus órdenes.

Por no permitirme el paso el río Cauto, anduve más de 15 leguas hasta que sabido que el General José Maceo no se encontraba ya en El Ramón, ni en las lomas del Escandel, sino que persiguiendo fuerzas españolas y, según se afirmaba, en marcha hacia acá, podía suceder que nos cruzáramos en el camino, decidí desandar el largo camino que ya había hecho, enviándole por conducto seguro la carta que ha puesto en mis manos el Sr. Jané.

Ayer llegué aquí y a las pocas horas recibí una carta del General José Maceo que me manda como contestación a otra mía que le mandé al abandonar el Gobierno.

Cuando me escribe el General Maceo aún no ha llegado a él la pareja que Ud. le envió y nuestras cartas.

Conoce Ud. los desaciertos del gobierno, sabe Ud. mejor que nadie apreciar los disgustos que éstos han proporcionado al primero de nuestros hombres militares y al primero de nuestros hombres políticos después de la muerte de Martí; y por mí conoce también la injustificada y ridícula oposición, que por vanidad o por provincialismo, ha guiado los actos públicos del Marqués contra el General Maceo, queriendo imponerle primero la Jefatura de Carrillo y luego la del General Mayía. José Maceo dispuesto siempre a cumplir las órdenes

del General en Jefe, ha estado y está en su puesto. Al llegar Calixto lo recibió como al hermano que viene a cumplir sus deberes, pero en la carta que tengo en mi poder, se duele de que el Gobierno haya encontrado otra manera de deprimirlo nombrando al General Calixto García, que con lealtad de hombre le manifestó su deseo de pasar a Occidente, de Jefe de esta Región.

Bien sé yo que el Gobierno dio al General Calixto el nombramiento a que se refiere el General José Maceo; fue el acuerdo tomado en la misma sesión en que se aceptó mi renuncia, también conozco cual fue la contestación honrada y digna del General Calixto y que si está entre nosotros en espera del Mayor Gómez se debe a las comunicaciones que recibiera del mismo de manos del Teniente Coronel Bazán.

No hay en la carta que guardo del General José, ni una sola frase que pueda ofender en lo más mínimo ni que indique que dude de la sinceridad de las palabras que oyó con verdadero gusto —como el mismo me dijo— de los labios del General Calixto. Hay sí en ella, la protesta digna y altiva del cubano y del Jefe Militar que no está dispuesto a sufrir sistemáticas humillaciones.

De todo esto ¿qué se desprende? En primer lugar, el Gobierno, o mejor dicho el Marqués, queriendo inmiscuirse en lo que no le pertenece, compromete la labor santa de nuestra causa; que el General Calixto García ha sabido comprender esto desde el primer momento y ha estado en su puesto y que José Maceo contesta a todos los que intentan deprimirlo batiéndose, mientras otros se ocupan de perturbar con murmuraciones la obra de reparación que a pesar de todo nos ha de llevar a la independencia.

Pero para que este camino sea más fácil, para que entre hermanos no haya una sola diferencia y para que veamos más pronto el término de nuestros anhelos, me parece conveniente que antes que oficialmente se reunan allá en La Yaya como Ud. me indicó las fuerzas de José y las demás, convendría que se celebrase una reunión presidida por el General en Jefe en la que se encontraran los Generales José Maceo y Calixto García, el Marqués, Ud. y a la que yo asistiría también no por vanidad, sino porque me creo con derecho a exigirlo después de haber sido yo el único que he protestado con dureza, pero con sinceridad, de todos los actos ilegales del Consejo y que para mayor gloria para mí, recuerdo la manera incorrecta y procaz del Presidente de tratar los asuntos de mi renuncia en la sesión en que fue admitida como avergonzado ante los acontecimientos que con la llegada de Ud. y las noticias de los disgustos del General en Jefe caían sobre su conciencia y justificaban mis actos.

José acepta, —yo se lo afirmo— las determinaciones del General en Jefe, pero bueno es que en esa reunión utilísima a mi ver para los destinos de Cuba, se señalen al Gobierno las atribuciones que le da la Constitución; se le haga justicia al soldado que como Maceo ha estado en su puesto desde antes de la guerra y al noble y valeroso General Calixto García que tiene bastantes timbres para el respeto de todos con sus glorias propias, y no es de los que necesitan buscar en las ajenas, manera de encontrar prestigio y puesto alto.

Y para Gómez, para nuestro queridísimo Jefe en la Revolución, la junta que indico será también útil y provechosa.

Pongo esta carta abierta en las manos de mi amigo el Sr. Jané, porque quisiera que tuviera de ella conocimiento mi distinguido amigo el General Calixto, para quien no es nuevo mi respeto ni mi amor que tuvo su cima cuando yo un niño y con Martí mi hermano y mi padre intelectual, iba yo a verlo allá en las prisiones militares de Madrid, y al mismo tiempo dejo a Ud. el encargo de que los deseos que en ella expreso, lleguen hasta el General en Jefe y Ud. bien sabe que nunca me han guiado ni la ambición ni la sed de gloria y que ofendería la memoria de nuestro inolvidable Martí si olvidara ahora sus sabios consejos y creyera que de otro modo mejor pudiera servir a mi patria.

A Loynaz y a Pujals y a todos los suyos, un abrazo mío, y para Ud. la sinceridad del afecto de su admirador y su soldado adicto,

Fermín Valdés Domínguez.

Canastas, Mayo 30]96.

Ciudadano Mayor General Calixto García.

Mi muy distinguido amigo:

Todavía recuerdo el primer abrazo que le di en Cuba libre, que no será el último en que —como el que yo lo ha querido siempre— ha de ofrendarle la sinceridad de su afecto; pero más que ese abrazo recuerdo yo el que nos dimos allá en Madrid, preso Ud. y representante de la dignidad cubana, y yo pobre, y expresidiario e imposibilitado para ir a los campos que Ud. con tanta honra y con tanto valor dejó.

Después, —Ud. no lo olvida— cuando Flor y Martí luchaban en la Habana, la revolución que era Ud. mismo, nos unió también en la desgracia: para todos hubo cárceles, pero para ninguno pudo dejar el español en nuestras almas olvido e indignidad.

Ud. como Martí y como otros, supo ser cubano lejos y fuera de la patria. Como al cubano en su puesto escribió Martí en los últimos momentos de New York, cuando ya el deber y los compromisos de la Patria lo obligaron a dejar de lado los asuntos de Jacksonville, e ir a donde esperaba su visita, el que fue con él Jefe del movimiento revolucionario.

A todos los hombres de la revolución actual, cabe la misma gloria: a los que vinieron por estar cerca de la Isla, a los que como Ud., la inspiraron con sus virtudes y a los que como Ud. le dieron dirección con sus energías.

Escribo una carta a mi amigo y compañero de expedición, el General Serafín Sánchez, y que lleva abierta mi ya muy estimado Sr. Jané a quien he hablado largo de nuestros asuntos.

De su noble conducta no soy yo el apologista, que de glorias tan altas como las de Ud. y las de Gómez lo son el pueblo cubano y todos los que han seguido su vida y han sido testigos de sus luchas.

Nada pues agrego a lo que en mi carta a Serafín Sánchez digo a Ud. Sé que viene Ud. como soldado dispuesto a pelear por la honra y no olvido al escribirle que todos lo aclaman como a uno de sus Jefes más prestigiosos y entre todos, es el último pero no el menos sincero el que está a sus órdenes y es su amigo, Fermín Valdés Domínguez.

Canastas, Mayo 30, 1896

Ciudadano Mayor General José Maceo.

Mi queridísimo amigo:

Recibí ayer su carta de fecha 28 del presente.

Tiene Ud. razón en cuanto me dice del Gobierno, pero sé que el Mayor Gómez vendrá pronto por aquí y todo se arreglará como a la Patria conviene que se arregle. Todos han de quedar en sus puestos: los que como Ud. saben cumplir con sus deberes y los que como el General Calixto García no pueden traicionar sus palabras honradadamente dichas.

Aquí en Canastas lo espero yo con cartas del General Serafín Sánchez, con documentos y cartas cariñosas de Gómez y con el deseo más ferviente de hablarle largo y tendido de muchas cosas y asegurarle mi sincero afecto. Fermín Valdés Domínguez.

Ayer le mandé al General José la carta que copio. *Troncón* pasó por aquí y aproveché la oportunidad que se me presentaba, puesto que él iba a donde estaba el General.

Jané no puede pasar por el río crecido y aquí pasamos juntos estos largos días.

Dicen que Calixto y las fuerzas de Rabí andan en operaciones y que el General José se está batiendo; pero no sabemos la certeza de estas cosas. Son dichos...

Y no olvido que la imaginación mambisa es fecunda.

Nunca ha estado tan crecido el río como hoy, pero —a pesar de esto— Regueira ha ido a ver a P. y Joaquinito con Castellanos a buscar monturas y a comprarme tabacos.

Aquí me he quedado —*pues*— con Pinto, Escobar, la pareja que me dejó Serafín y mis asistentes.

Pero Jané está conmigo también y la pasamos confortablemente, puesto que unimos los *convoyes*.

El mío es muy pobre, pero él lo trae repleto: de general.

La fiesta —por mi parte— no durará hasta que se componga el río y de paso.

Ojalá sea mañana mismo, —a pesar de estas cosas culinarias. No quisiera yo que mi carta a Serafín —que llevará Jané con la del Mayor Calixto García— se demoraran. Hoy uniré a esas otra que escribiré a Loynaz y unas líneas que a la vez quiero mandar a Pujals.

No deja pasar el río. Detiene eso a Jané, pero es a la vez motivo de angustia para mí porque no olvido el pliego que llevó Cárdenas al Gobierno y en el que sospecho que fue alguna carta tuya.

Y nadie ha podido volver.

Allá están —del otro lado— todos a los que yo les encargué que se ocuparan de recogerme esas cartas. Si es que han llegado...

El Cubano Libre dedica su número del 19 del presente a José Martí. Aparece en dicho número a más de dos artículos, de Corona el uno, y otro de Tirado que se firma *Demajagua*, el que escribió Loynaz y mis *notas*.

Como recuerdo dejo aquí esos dos artículos:

En Dos Ríos

Hoy es día luctuoso en la Patria: el 19 de Mayo. Cuba recuerda la lúgubre tragedia que hace un año tuvo por escena esta llanura y la escarpada margen del Contramaestre engrandecidas de hermosura en el panorama espléndido que los horizontes le ofrecen, como si la naturaleza se vistiera de sus mejores atavíos para asistir al más grande de los duelos.

Sobre esta tierra que en su triste peregrinación el patriota besa, cayó el más puro y el más bueno de los hombres.

En el silencio de este día los recuerdos se multiplican. Aún revela este sitio el fragor de aquella lucha cuerpo a cuerpo en que de sangre española se tiñera el machete libertador.

La cerca echada abajo por los pechos de nuestros caballos en la carga irresistible, la casita en que una familia presa de desesperación y espanto, pasó la hora cruel del combate, y los muebles como quedaron del imponente desorden de aquel día; los árboles atravesados de balazos, todo prepara el ánimo para la tristeza que allí se conmemora.

¡José Martí!... El espíritu del excelso Redentor de Cuba, allí inspira a las almas abnegación y piadosa fe, y el ensueño de una patria generosa en que sean hermanos los hombres y vivan en el bien y en el honor. —El nos ofrendó en este sitio su vida cuando hubo dado a la humanidad una República, un asilo a la justicia, a los cubanos patria.

A Martí le llora la América, que en él miraba su primer tribuno y más grande estadista y el más virtuoso de sus hijos. Le lloran los desvalidos que le vieron la piedad sincera. Le llora Cuba que le debe honra y existencia surgiendo a su mandato como abnegada, invencible guerra.–

El tuvo antes de morir su apostolado de mártir, mas no conoció la ira ni contra el error. Y el error le salía al camino; mas siempre le guardó respeto.

Y ante su obra, la Revolución redentora, se convence el error, y luego ante la tumba del mártir arrepentido llora.

Vendrán los años y los siglos, y colmarase este sitio de los tributos piadosos de la posteridad: la gratitud nacional levantará sus monumentos y traerá de todas partes a los hombres silenciosos y reverentes que aman la Patria... Y verán que el maestro mártir no ha sido olvidado; que ya depositó sobre este suelo la primera ofrenda de lágrimas, el más humilde de sus discípulos.

E. Loynaz del Castillo.

Dos Ríos, 19 de Mayo de 1896.

MARTI

NOTAS DE MI DIARIO

Cada día que pasa después del asesinato de Martí, se eleva más su monumento de Luz; y es más amada su vida, y es más grande su gloria.

Pero aún no se sabe todo lo que encerraba en su cerebro gigante. El orador era egregio; el político, honrado y creador; el literato, maestro; el poeta, ángel y profeta; y el hombre, hermano y padre, —más que amigo— de todos los caídos. La miseria era su altar, y en la redención de los débiles y en la curación de las enfermedades del alma, buscaba y encontraba fuerzas para vencer las ambiciones y las vanidades de los poderosos.

Su obra mejor es la guerra que nos libertará; su mejor discurso, y su testamento inolvidable, es su muerte.

Amó a su pueblo, vivió para él, por el luchó y por él supo morir.

Sobre su tumba se escribirá la fecha de nuestra redención. Es ese el único epitafio digno del genio de nuestras libertades patrias.

Y cuando pienso en la vida pura y digna de Martí, siento que se oprime de pena hondísima mi corazón. [Sufrió en su pobre casa paterna, sufrió en la deportación y en el presidio, no pudo encontrar paz y amor al lado de su necia y ridícula mujer]. [Lo incluído entre corchetes anteriormente, aparece tachado, y escrito de puño y letra de Fermín Valdés Domínguez, en el recorte del periódico, lo siguiente: sufrió en la deportación y en el presidio] traicionó su amistad el mismo a quien salvó con el producto de su trabajo personal de la deshonra y de la cárcel infamante, fue criticado y calumniado por los que debieron estar a su lado en el momento de morir, y....

aún después de muerto hay quien no bendiga —de rodillas— su nombre! Pero por eso mismo durará más la memoria de sus grandezas. El, genio de nuestras libertades, ha de vivir para el pueblo cubano mientras haya un solo hijo de esta tierra capaz de ofrecer su vida —con heroica abnegación— por nuestra independencia y por nuestra libertad!

Y los que lo calumniaron...! qué larga y qué triste ha de ser para esos miserables la expiación a que los condena ya sus propias conciencias! Ah! para mí no ha muerto ni puede nunca morir mi hermano queridísimo! Me parece que lo siento a mi lado y que sus brazos me abrazan, y que su voz es la que me alienta en los momentos de prueba y de tristeza!

—Pero a eso venimos: a levantar el altar de las libertades patrias sobre esas tumbas! Y aquí no es triste el eterno sueño de la muerte, y es envidiable morir! Y para seguir adelante, sin dudas ni vacilaciones, para dejar de lado todos los sufrimientos, hay que sentir en el alma el amor patrio, como el más grande de los deberes, como bálsamo santo de todas las penas y como premio de todos los heroísmos!

Valdés Domínguez.

En el mismo número del *Cubano*, hay entre otras cosas un decreto de la Secretaría de Hacienda, que dice en el preámbulo que por sí formula su decreto sobre que no se ven reses en el Camagüey, lo que es ridículo, puesto que los Secretarios sólo son los que pueden hacer conocer los acuerdos del Consejo y nunca dictaminar nada por su propia cuenta.

Pero tan tontos son, como tan ridículos.

---

en el mismo periódico encuentro lo siguiente:

República de Cuba

Consejo de Gobierno.

El Consejo de Gobierno en sesión celebrada el día diez del que cursa, tomó entre otros acuerdos el que sigue:

"Todos los periódicos que durante la Revolución se publiquen en "el territorio de la República, perderán el carácter oficial con que

"algunos se revisten, debiéndose concretar a ser el eco de la opinión "pública, aunque con la obligación de insertar los acuerdos del Go- "bierno y partes oficiales que de las operaciones militares les sean "remitidos.

"Y para su publicación doy el presente en Carvajal, a once de "Mayo de mil ochocientos noventiseis".

El Secretario del Consejo,

José Clemente Vivanco.

No se puede dar acuerdo más ridículo.

Pero los Sres. del Consejo deben estar muy satisfechos. Y muy dispuestos a seguir en sus *partos* que parecen *abortos*.

Cuando vea a José he de indicarle lo que a mi juicio debe hacer: *El Cubano Libre* será —a pesar del Sr. Marqués— órgano de las fuerzas que manda el General José.

El acuerdo sólo encaja a los Molas que en el *Boletín de la Guerra* publican y aceptan los artículos de los Ortega y otros mentecatos.

---

1 de Junio

Ya llegamos al 1ro. de Junio y aún estoy en Canastas.

No pensé yo cuando vine pasar aquí más de 3 ó 4 días en espera de Escobar y mis encargos, pero los acontecimientos han venido de tal suerte que sin querer y sin desearlo aquí me estoy pasando una larga temporada de verano.

Y el lugar no es nada bueno para la cuya temporada. Ya hay peste a consecuencia de los detritus de las reses que se van beneficiando y no se queman convenientemente y luego el río crecido no nos deja pasar al otro lado.

Jané está aquí obligado por el río. No siente él esto, pues así pasa una temporada en la que se repone de sus penas expedicionarias y se prepara de ropa y otras cosas para entrar —confortablemente— en el desempeño de su cargo de ayudante del Mayor Calixto García.

El día amanece hoy hermoso, parece que no ha de llover tanto como los más que ya han pasado: el río —aunque crecido— va

buscando su nivel. Hoy le escribiré a Loynaz; ayer no pude hacerlo por las *ocupaciones* de la vagancia y por emplear más tiempo del necesario en comer y *hasta* beber.

Quisiera que siguiera la bonanza del tiempo y que bajara por completo el río, para saber de Serafín y de los que andan del otro lado y para poder yo saber si —como sospecho— en el paquete para el Secretario del Exterior fué alguna carta tuya. Espero esa noticia con impaciencia, y no sé porqué con la esperanza de ver letra tuya. ¡Ojalá!

Soñando con tus cartas y pensando en tí vive tu pobre

Fermín.

S.S.(*)

No. 16

Santiago de Cuba

Canastas, 1 Junio 1896

Ciudadano E. Loynaz del Castillo.

Queridísimo hermano:

Puse al lado de tu precioso recuerdo unas notas para que las publicara *El Cubano Libre*. Y luego leyendo lo que escribiste, me sentí más cerca de Martí y halló consuelo mi corazón más huérfano cada día y en el que vive —como recuerdo santo— la memoria de la noche tristísima, lluviosa y fea en la que abracé a Martí y sin saber por qué, lloramos lágrimas tristes allá en el muelle de Cayo tan hospitalario como querido para mí.

Contigo hablo yo de estas cosas buscando en los consuelos de tu amistad, la manera de resistir y de vencer todas las injusticias y de humillar todas las vanidades que nos salen al paso y que olvidando las enseñanzas del Maestro intentan detener la marcha honrada y triunfante de nuestra Revolución.

Al General Serafín Sánchez le escribo larga carta que deseo leas tú para que me digas cual es tu opinión sobre los asuntos que en ella toco y para que si como espero piensas como yo me hagas el favor de ayudarme y de influir con tu consejo sano a fin de que cada uno quede en su puesto y los endiosados o equivocados reciban también de paso, saludable lección.

El simpático e inteligente amigo Sr. Jané, Ayudante del General Calixto García, te lleva con estas líneas un apretado abrazo mío.

¿Qué me cuentas de Mala Noche y de tu apasionada Consuelo?

El idilio que empezó en su Prefectura me temo yo que acabe en Prefectura con honores de Vicaría. Y no te pese dejar al corazón obrar con libertad, pues tú no mereces sino dichas y alegrías y glorias.

No quisiera saber que te quedabas en el Camagüey. Al lado de Serafín o entre los buenos soldados de Sancti Spíritus, está tu puesto.

Sigo aquí en espera de las órdenes de mis superiores y ansioso de recibir carta tuya.

(*) Archivo Nacional de Cuba. *Donativos.* Caja 270, No. 15.

Tu hermano no te olvida y te quiere tanto como tu merece ser querido. Valdés Domínguez. Canastas, Junio 1ro./96.

Acaba de llegar —las nueve de la mañana— el Capitán Manana que viene de llevar un oficio del General Calixto al Mayor José Maceo. Me dice que la pareja que mandó el General Sánchez, llegó el mismo día que él dejó el campamento del General José cerca del Ramón. Trae pliegos del General José para Calixto. Creo, pues, que la pareja de Serafín llegará aquí de mañana a pasado; ya deseo que acabe de llegar para saber a dónde he de ir, o si he de esperar aquí al General José. Sigue Manana hoy mismo viaje al Cuartel del General Calixto y con él se va también Jané y la gente que lo acompaña. Siento que me deje el buen compañero y nuevo amigo mío Jané; pero me alegro porque así llegarán oportunamente mis cartas a los Generales Sánchez, y García, y la que hoy le escribí a mi buen Loynaz.

Dice Jané que la comunicación que llevó Manana al General José era simplemente la copia de las órdenes que recibió del General Gómez, de mano del Teniente Coronel Bazán. Y que Calixto si acepta quedarse por acá y sólo lo hace pensando en organizar un contingente de 1,000, o más hombres armados, para llevarlos a Occidente en el próximo mes de Noviembre, después de las aguas. Que decididamente Calixto no quiere la Jefatura de Oriente.

Sobre esta irrevocable determinación de Calixto, me ha contado rasgos curiosos el amigo Jané.

Dice que el General Calixto le ha dicho al Gobierno después de hacerle presente al Marqués y a los demás que en ninguno reconocía facultades para poderlo nombrar Jefe de Oriente, puesto que esto sólo lo podía hacer el General en Jefe, y nadie más; —que respecto del deseo de los *civiles* de darle el mando de estas tierras le recordaba aquello de la fábula de las ranas pidiendo Rey, y les afirmaba que les había de pesar, pues a él no lo habían de obligar a hacer planchas tan grandes y ridículas como las que forzaron a hacer al General José en Sagua, y al General Rabí en la Zanja. Y a diario les repetía que no les permitiría que se metieran en sus asuntos militares, pues sobre él no reconocía más autoridad que la del General en Jefe y su Lugar Teniente.

Creo que José al ver las órdenes que, según Jané, le copia Calixto en su comunicación, prestará obediencia, aunque siempre verá la inquina del Gobierno sobre todo los actos que con él se relacionan.

Por esto creo necesaria y política la reunión que indico en mi carta al General Serafín Sánchez.

Al mediodía ha llegado aquí Corona, de vuelta del Gobierno. No me ha traído, como esperaba, ninguna carta tuya. Paciencia, y ¡a seguir sufriendo!

Me cuenta Corona que el General Calixto fue cerca de Jiguaní y del campo enemigo se trajo 3,000 reses, sin que haya sufrido su fuerza una sola baja; solo hirieron a un caballo.

Vivanco, al darle a Corona el acuerdo del Consejo que priva a los periódicos del carácter oficial, le dijo que se ha querido evitar que se vuelva a publicar algo por el estilo del artículo de Ortega; y, para no mortificar a Molita, se ha tomado esta determinación general.

Esto no es —a mi ver— del todo sincero; —hay además algo contra los partes de José y— sobre todo —contra el que se refiere a la operación de Sagua.

---

2 Junio

Ya Rodoff dejó al Gobierno. Pina fue a embarcarlo. Sin duda Cárdenas los ha acompañado, puesto que seguramente se irá el Ministro por Banes.

Que lo lleve la suerte, y que lo traiga muy gordo y con muchas armas.

Y pasan los días y yo no acabo de recibir ni órdenes de José ni la aprobación de Gómez sobre la propuesta que le hizo José y que llevó Cosme de la Torriente.

Me parece imposible ya que no haya recibido una sola carta tuya.

Me parece que la soledad me rodea, y que una fatalidad a quien no puedo vencer, ata mi pobre vida al poste cruel de la desgracia.

Pero la campaña que pronto principiará en Baracoa o en Occidente, concluirá con todas estas penas, y el término de todas, será el más glorioso para mí.

Y si sobrevivo, será esa la prueba de que debo sufrir y no puedo soñar en dicha alguna. Que vivo muerto. Y que es mi tumba tan grande como el mundo, y tan honda como una maldición.

Hoy se fue Corona para su imprenta. Vuelvo a quedarme sólo con Escobar y Pinto. Y ya me va cansando tanto tiempo en Canastas...

Aunque a mí ya todo lo que no sea andar en operaciones me cansa y me molesta.

Sin cartas tuyas me parece que estoy en un destierro.

¿Me habrá olvidado mi prieta? ¿Habrá pensado mi Asunta que no debe quererme, y que mi amor la ofende?

¡Tantas cosas pienso! Y por ser tantas, y tan tristes, estoy de muy mal talante.

Céspedes el Gobernador y *general* —de *dedo*— ya dicen que, por la Hormiga, ha encontrado mujer, y vive en alegre contubernio.

No lo envidio, ni lo he de imitar. Quiero imponer respeto con mi conducta y si no muero quiero que estas líneas que ahora escribo, sirvan de apuntes verdaderos a los sabios de la calaña de los que dan la vuelta al mundo desde sus bufetes, y son —casi siempre— los encargados de escribir las historias o inventarlas.

Céspedes no ha sabido cumplir sus deberes aquí. Llegó como el hijo de Carlos Manuel y el autor de un libro inoportunamente publicado a vengar la muerte de su padre: aparentó que no aceptaba el puesto que le dio el Gobierno; pero después se ha encontrado tan bien en él, que ya no parece ocuparse de sus bélicos deseos de los primeros días.

Sobre su libro habrá que escribir mucho algún día, no para discutir las virtudes de su padre, que fue un genio y un mártir, sino para imponer el castigo merecido al que se atrevió a lazar sobre Zenea el calificativo, injusto y cobarde, de traidor. Y sobre otras cosas habrá que escribirse.

Otros lo harán.

Y sobre Zenea, Piedad, que sabe escribir con tanto talento y corrección, y es hija dignísima de padre tan merecedor del respeto de todos los cubanos, no será —sin duda, la última— en ocuparse de liquidar esta cuenta.

Y si el *Gobernador* se atufa, Bobadilla lo arreglará.

Debo a la bondad de Coronita, el haber leído y tener aún en mi poder el primer cuadreno de la publicación de "El Fígaro" de La Habana que se titula: *Crónicas de la Guerra de Cuba.*

No vale nada la tal publicación; está escrita con cobardía, y es una serie de retratos y malos grabados entre los que el escritor —que es una *pluma* castiza, según reza el prólogo—, deja mucho en el tintero, quizás por no caer en incorrecciones que lo pudieran llevar a Ceuta, o por complacer a los que como Pichardo el director de *El Fígaro* y discípulo de Ramiro D. Mariano, —un poeta que tuvo insultos para los hombres de la guerra de los 10 años y es de los que ahora ha coburgado(*) y se encuentra muy bien entre los miserables que en LaHabana aún tienen tiempo para divertirse y olvidarse de sus debers como hombres y como cubanos.

No ha podido enseñarme nada la tal publicación sobre los combates y las *victorias* españolas desde el 24 de Febrero hasta el 31 Octubre del año p.p. Pero a más de conocer por el retrato a algunos jefes españoles, he recordado a otros que han pagado ya sus culpas, y los pocos que como Bosch y Santoscildes, tenían fama justificada de valientes.

Trae malos retratos de Martí, de los viejos; el último de Nueva York si es buena copia. Pero el grupo en donde copia dos de su juventud se lee al pie este disparte histórico: *son de cuando hacía sus estudios en Sevilla.* Sólo de paso, o cuando fue a buscarme por estar yo enfermo en época de feria, estuvo Martí en Sevilla. Y muchas cosas más pudiera señalar, pero el Cuaderno no merece la pena.

Pero en él se reproduce íntegro el Manifiesto de "La Junta Central del Partido Autonomista, al pueblo de Cuba", que —según el de la correcta pluma— "tuvo una gran resonancia no sólo en esta isla sino en toda la Nación".

(*) Alonso, Martín. *Enciclopedia del Idioma*, Madrid, Aguilar, 1958, t. p. 1102. "Coburgo.—Ga. adj. Cuba. Dice de la persona que se casa por interés".

No se puede dar nada más infame que este escrito que debemos tener siempre presente los que luchamos con las armas en la mano por la Independencia de la Patria, pues con las mismas afirmaciones que en él hacen los cubanos que lo firman, los hemos de castigar algún día, pues seríamos muy cobardes si perdonáramos a los que de tan traidora manera se pusieron al lado de los españoles y enfrente de nosotros usando como armas contra nosotros la injuria y la calumnia.

Contra Martí y los que con él luchábamos hay todo el veneno de los hombres ruines y cobardes: copio aquí esas frases que no olvidaré —si no muero el día de la liquidación de cuentas— y que de todos modos han de ser para zoilos de la política de nuestra tierra, el anatema que los ha de condenar al desprecio de todos.

Copio pues:

"Aún sin haber sonado el grito de insurrección, torpemente proferido desde el extranjero, con riesgo de ajenas vidas y daño de ajenos intereses, por un grupo de conspiradores, irresponsables de hecho, que han vivido muchos años lejos del país, cuyo verdadero estado desconocen, y al que pretenden librar de males que no han querido compartir, como no compartirán hoy tampoco los que traigan su descabellada y culpable intentona, ni quizás los peligros en que envuelvan a los obcecados instrumentos de su locura; aún sin que este trastorno del orden público hubiese amenazado los intereses fundamentales y el porvenir de esta sociedad, la Junta Central habría cumplido el deber de dirigir su voz al país en víspera de inaugurarse un nuevo régimen a cuya creación han cooperado sus representantes parlamentarios en medio de una atmósfera de benevolencia y de concordia que ellos *no habían encontrado jamás en la Metrópoli* y de que querían dar leal testimonio ante sus conciudadanos; porque si ese cambio en la disposición de los ánimos demuestra que empiezan a desaparecer en grandísima parte, los recelos y los obstáculos con que tantas veces tropezaron las reformas coloniales, justo es y conveniente hacerlo constar, que el verdadero país cubano a despecho de los emigrados conspiradores, sabrá corresponder a esta rectificación de la política tradicional, si el Gobierno la mantiene en el mismo espíritu de concordia y de confianza que le dio origen".

En otro párrafo dicen los *conspicuos* de Teniente Rey:

"El Partido Liberal Autonomista que ha condenado siempre los procedimientos revolucionarios, con más razón y energía había de condenar y condena la revuelta que se inició el 24 de Febrero...

"El Partido Liberal Autonomista condena todo trastorno del órden, porque es un partido legal, que tiene fe en los medios constitucionales, en la eficacia de la propaganda, en la incontrastable fuerza de las ideas, y afirma que las revoluciones, salvo en circunstancias enteramente excepcionales, y extremas que se producen muy de tarde en tarde en la vida de los pueblos, son terribles azotes, grandes y señaladas calamidades para las sociedades cultas, que por la evolución pacífica, por la reforma de las instituciones y los progresos y el empuje de la opinón, llegan al logro de todos sus fines racionales y de todas sus aspiraciones legítimas. Pero además, nuestro partido es fundamentalmente español...

Y más adelante:

..."en vez de esas mejoras —(las autonómicas con la paz y por la paz) y progresos que tan fundamentalmente espera, los pretensos regenerados ¿qué pueden ofrecernos? Los horrores de la guerra civil, la lucha armada entre los mismos hijos del país, que acaso en no lejanos días adquiriese siniestros caracteres, en lontananza, una más completa ruina y un retroceso fatal en el camino de la civilización".

Por esto cuando lleguemos a nuestra independencia, por caridad, debemos ahorcar a todos estos infalibles profetas.

Siguen luego las profecías:

"Pero no sucederá, por fortuna! Todos los indicios demuestran que la rebelión, limitada a una parte de la provincia oriental sólo ha conseguido arrastrar, salvo pocas excepciones, a gentes salidas de las clases más ignorantes y desvalidas de la población, víctimas del lamentable atraso en que se ha dejado a tan hermosa comarca, fácil presa de los agitadores y que carecen de cohesión y disciplina, por lo que es lícito esperar que pronto habrán de dispersarse o rendirse"...

¡Que cubanos son estos que escriben tales necedades!...

Con estas frases termina el Manifiesto:

"El Partido Liberal de 1878, que más afortunado, ha visto como se han cumplido y se cumplen aquellas promesas, (las de la *Metrópoli*) no romperá su bandera ni cederá el campo a los que vienen a malograr nuestra trabajosa cosecha, de hacernos cejar en la senda del progreso pacífico, a arruinar la tierra y a nublar la perspectiva de nuestros destinos con horribles espectros: la miseria, la anarquía y la barbarie".

En la Habana firmaron este escrito y lo publicaron el 4 de Abril del 95 los cubanos siguientes: José María Gálvez, Carlos Saladrigas, Juan Bautista Armenteros, Luis Armenteros Labrador, Manuel Rafael Angulo, Gonzalo Aróstegui, José Bruzón, José María Carbonell, José de Cárdenas y Gassié, Raimundo Cabrera, Leopoldo Cancio, José A. del Cueto, Marqués de Esteban, Rafael Fernández de Castro, Carlos Font y Sterling, José Fernández Pellón, Antonio Govín y Torres, José Giberga, Joaquín Güell y Renté, José María García Montes, José Hernández Abreu, José Silverio Jorrín, Manuel Francisco Lamar, Herminio C. Leyva, Ricardo del Monte, Federico Martínez Quintana, Rafael Montoro, José Rafael Montalvo, Antonio Mesa Domínguez, Ramón Pérez Trujillo, Pedro A. Pérez, Leopoldo Sola, Emilio Terry, Diego Tamayo, Miguel Francisco Viondi, Francisco Zayas y Carlos Zaldo.

Entre estos ruines, ya algunos como Pérez Trujillo y quizás otros han protestado.

Pérez Trujillo está con los *equivocados* del Cayo, y allí ha ido a confesar que firmó por miedo y por no caer en las garras de los españoles, él, que había sido de los revolucionarios de la guerra de los 10 años; pero su firma al pie de este escrito me parece un pecado mortal. Muy bien tiene pues, que ponerse Trujillo con Dios, para que alcance la absolución que hoy pide.

Pero sé que ya lo han perdonado los buenos del Cayo y creo que han obrado bien.

Al fin el pobre Pérez Trujilo era de los que en la Junta del Partido están como ocupando un sillón, y como figuras decorativas; entre Montoro y Gálvez y Saladrigas y otros infames, sin olvidar a Don Ricardo del Monte, se redactan estos papeles.

También se ocupa este Cuaderno de las gestiones pacificadoras de Leiva y Spotorno; pero son estas cosas que no merecen más que guásima y olvido.

Para mis notas sobre la muerte de Martí copio lo que sobre esto dice el Cuaderno de "El Fígaro".

"Una semana después del combate del Jobito se daba la acción de Dos Ríos, notable por haber perecido en ella D. José Martí, Delegado del Partido Revolucionario Cubano y alma del movimiento iniciado el 24 de Febrero. Como hemos dicho, Martí desembarcó con Máximo Gómez en la parte sur de la jurisdicción de Baracoa, y desde el instante en que llegó se propuso llevar a Puerto Príncipe el fuego

de la guerra, aprovechando para ello la experiencia militar de su compañero, el cabecilla dominicano, que en la anterior campaña había hecho del Camagüey el teatro favorito de sus operaciones. Uno y otro se encontraban cerca de las ventas de Casanova, y según se ha sabido, Martí, una vez organizada la expedición que al mando de Gómez había de marchar sobre la provincia de Puerto Príncipe, se proponía dirigirse en busca de la costa para embarcarse con rumbo al extranjero y continuar allí fomentando los intereses de la revolución separatista. En esto, una columna mandada por el Coronel Jiménez de Sandoval salió de Palma Soriano para Remanganaguas y se dirigió luego a las Ventas de Casanova. De allí se encaminó hacia el río Contramaestre, apresando en el trayecto a un individuo apellidado Chacón al que ocupó correspondencia de los rebeldes y también dinero con el cual iba a hacer algunas compras por orden de los jefes insurrectos. Chacón facilitó también algunas noticias relativas a la situación de los enemigos, y con vista de ellas el Coronel Jiménez de Sandoval, el 19 de Mayo, dio la orden de marcha, llegando hasta la Brija. El escuadrón de Hernán Cortés, guiado, por su Capitán Don Osvaldo Capaz, iba a la vanguardia y acometió a un grupo mandado por el cabecilla Bellito que había salido al paso de la tropa. Enterado de ello el Coronel Sandoval, avanzó hasta la sabana de Dos Ríos e hizo romperle fuego a la columna. Fue viva la refriega y fatal su resultado para las armas insurrectas, pues al ir el práctico Antonio Oliva en socorro de un corneta el cual estaba rodeado de un grupo numeroso, disparó su rifle sobre un jinete que cayó a tierra, resultando ser José Martí. El primero que reconoció el cadáver, fué el capitán Don Enrique Satué. Alrededor del inanimado cuerpo de Martí, se trabó un combate muy reñido por el interés que en rescatarlo mostraban los rebeldes. Hubo también otro incidente importantísimo; el de la herida de Máximo Gómez que extendió como auténtica, durante algunos días, la noticia de su muerte".

"Una versión afirma que Gómez estuvo en el lugar de los hechos desde el principio del combate, y que al querer rescatar en persona el cadáver de Martí, recibió una descarga que le produjo una herida, aunque no de gravedad. Otra dice que el célebre cabecilla se había separado ya de Martí para dirigirse al Camagüey, y que hallándose a cierta distancia de Dos Ríos, oyó el rumor de la refriega. Al conjeturar entonces lo que pasaba, acudió en socorro del Jefe Civil de la Revolución, pero tarde ya porque Martí estaba muerto. En ese instante, recibió Gómez la herida, siendo recogido por Borrero, quien lo puso sobre su caballo y logró salvarlo en esa forma".

"Sea cual fuere la verdad de este episodio, lo cierto es que dueños del enemigo las tropas españolas, emprendieron la marcha a Remanganaguas en donde se procedió al embalsamiento del cadáver de Martí. Desde Remanganaguas se le condujo a Santiago de Cuba. resultado herido en el cuello el Teniente D. Jorge de la Torre al repeler un ataque de los insurrectos que intentaban apoderarse del sarcófago. Ya en la capital de Oriente, los restos de Martí quedaron expuestos en el cementerio, y a pesar de la rápida descomposición que se había operado en ellos, el agitador separatista fué reconocido por muchas personas, según se consignó en el acta correspondiente. El Coronel Sandoval despidió el duelo al verificarse la inhumación y el General Salcedo hizo dar a aquellos mortales despojos decorosa sepultura".

"He aquí las palabras del Sr. Sandoval en dicho acto:

"Señores: Ante el cadáver del que fué en vida José Martí, y en la carencia absoluta de quien ante su cadáver pronuncie las frases que la costumbre ha hecho de rúbrica, suplico a ustedes no vean en el que a nuestra vista está al enemigo y sí al cadáver del hombre que las luchas de la política colocaron ante los soldados españoles. Desde el momento en que los espíritus abandonan la materia, el Todopoderoso apoderándose de aquellos los acoge con generoso perdón allá en su seno, y nosotros nos hacemos cargo de la materia abandonada, cesa todo rencor como enemigo, dando a su cadáver la cristiana sepultura que los muertos se merecen. He dicho".

---

3 Junio

El día ha amanecido hoy alegre, sin lluvia ni nublado; pero para mí está tan nublado como todos.

Y tan triste.

Ayer dejé de escribir lo que sentía, porque todo lo veía negro, y no recordaba que en este confuso correr de la envidia y de la murmuración y del ansia de arrebatar reputaciones, hay quien repita que ni a Martí ni a Flor los mataron las balas españolas, sino que fueron asesinados por cubanos.

Y en mis angustias sentí de veras celos, y quise volar a tu lado y pedir que me dejaran ir a donde tu estás. Me figuraba que ya no me querías y que otro más dichoso que yo era tu novio...

Y esta tierra me pareció tan triste y me sentí tan angustiado que al fin caí en mi hamaca con fiebre y hoy, aún no estoy bueno.

Roloff va y como yo no he creído patriótico la publicación de lo que ha determinado mi salida del Gobierno, allá irá a contar mentiras que quizás lleguen a tus oídos...

Y yo sin saber de ti, sin poder escribirte, y sin recibir ni una, ni una sola carta tuya.

Pero en mi alma hay dos consuelos.

Como cubano he protestado de las irregularidades y abusos del Gobierno, y como mi oposición no podía impedirlos, me separé de él y pedí mi pase para el ejército para pelear y nada más.

Como esposo espiritual tuyo soy el mismo y lo seré hasta que muera, que ojalá sea pronto.

Canastas, Junio 4/896.

Ciudadano Serafín Sánchez

Mi muy querido General:

Como aún no ha venido la pareja que mandó a llevarle sus cartas al General José Maceo y puede Ud. necesitar la que me dejó, se la mando.

Yo quedo aquí, según me indicó, con las cartas que me dejó para el General.

Tenga la bondad de entregar al Capitán Jané, ayudante del General Calixto García la capa y el paquete que le envío.

Lo abraza su afectísimo. Valdés Domínguez.

Dígale al Dr. Roig que no le mando al enfermo que dejó aquí sin medicinas, porque sigue malo con fiebre y una afección pulmonar grave, que se acuerde de él y de lo que le dije al irse de aquí; que se acordara de dejar medicinas; sin ellas se morirá este pobre hombre.

Ayer llegó Regueira de su viaje a P. Para el Domingo me anuncia algunos asuntos culinarios.

Esta mañana he despachado a la pareja que me dejó aquí Serafín; con ella le mando la carta que copio más arriba. Y también le he mandado a Jané la capa que le sustrajo Regueira y otros encargos suyos.

La pareja no me dejó dormir anoche con sus conversaciones y para no tener que amonestarlos, hoy tomé la determinación más radical y pacífica; la de devolverla a Serafín Sánchez. No temo que vengan por aquí los españoles y si por desgracia vienen, lo mismo estoy con pareja que sin ella, y —por ahora— no me he de mover de aquí.

Hoy espero a Joaquinito y a Castellanos.

Escobar fué a buscarme papel para escribir, que tengo en la Prefectura de Arias.

Ayer me mandó Corona un número viejo de "Patria" en el que hay un lindo artículo de Diego Vicente Tejera sobre Martí. Haré que Pinto me lo copie aquí, luego que vuelva de una exploración que ha ido a hacer —acompañado de Rafael y Santiago—, en busca de pollos y huevos.

Al Pinto, mi pobre y buen compañero le ha dado hoy fiebre. ¡Maldito paludismo de la Ciénaga! Mató —o volvió loco a Piñán— que es lo mismo, a mí me ha dejado flaco y al Pinto sin dos días bueno desde aquellos largos y tristes días de los que ya nadie se acuerda; pero que fueron los primeros de lo que puede llamarse la guerra en Occidente. Quiero que vaya a curarse en casa del Pelado Sánchez o donde él quiera; pero no hay razón que lo haga separarse de mi lado. Hoy le decía Regueira:

—Vete Pinto a donde el Pelado con Joaquinito y Castellanos, allí te curarás y sólo el cambio te será provechoso, a más de que allí nada te ha de faltar.

No contestó nada de momento, el frío de la fiebre lo hacía tiritar en su hamaca; pero, luego que tomó un cocimiento y le hablé yo en el mismo sentido, se sentó y con energía y cariño hacia mí, díjo resueltamente:

—No me separo de Ud. hasta que ya no pueda montar y tenga que quedarme en cualquier parte.

No vale que yo me llame a carácter y que quiera imponer, por bien suyo, mi voluntad —entonces él— que no me tutea, me mira con cariño y me dice:

—No puede ser chico, no puede ser: No te dejo—

Por eso lo quiero tanto.

Y por eso copio yo el artículo de Tejera.

José Martí

(Esbozo)

Al llegar esta vez a Nueva York, hace pocos días, experimenté la sensación de que me faltaba algo, y ese algo era la presencia de Martí. ¡Tanto me había acompañado otras veces y guiado a través de la imperial ciudad, que nunca después había podido yo evocar la imagen de ésta sin que al punto surgiese, como para iluminarla, el recuerdo del inquieto desterrado!

Su ausencia ahora renueva en mi corazón el dolor de esa su muerte no por gloriosa menos lamentable, y con mano torpe aventúrome a trazar alguno que otro rasgo de su fisonomía, porque creo que los que lo conocimos de cerca debemos apresurarnos a dar los elementos conque ha de componerse la imagen definitiva de ese hombre que será, o es ya la primera o una de las primeras figuras de la historia patria.

El simple aspecto de Martí producía impresión extraordinaria. Era delgado, nervioso, recio, de movilidad tan continua, que a primera vista se asemejaba a la inquietud morbosa; pero luego se veía que no era aquella sino la condición indispensable de la vida que se había dado, la sola manera de realizar el trabajo enorme que se había impuesto. Aquellos movimientos que se sucedían con vertiginosa rapidez, aquel pasar incesate de una cosa a otra, aquel ir y venir perpetuos y siempre de carrera, producían al fin de cada jornada, un resultado de asombrosa regularidad y gran provecho: los asuntos de su consulado, la dirección y redacción del periódico propio que casi nunca le faltaba, sus correspondencias para diarios y revistas de todos los países, su vasta correspondencia privada, las traducciones que las casas editoriales le pedían... todo quedaba escrupulosamente despachado. Y había además tenido tiempo para hacer visitas, para acompañar y guiar por la ciudad a amigos que de todas partes le llegaban y para servir a todo el mundo, pues Martí era para compatriotas y extraños, todo complacencia y abnegación. Sin contar con

que todavía —parece increíble— había encontrado modo de leer lo importante de toda la prensa americana y extranjera y de no dejar pasar libro nuevo sobre cualquier materia sin estudiarlo y anotarlo. Y fuera por último —ya esto es pasmoso— de que jamás dejó de tener entre manos la composición de algún discurso, de una poesía, de un concienzudo examen crítico de un drama... ¿Háse visto mayor capacidad para el trabajo?

Y cuando al cabo de tal tarea cotidiana se rodeaba por la noche, para descanso y distracción de familiares y amigos, maravillaba el ver con que frescura y buen humor, con que viveza y abundancia, con que verdadera inspiración abría y sostenía durante largas horas una conversación que era en realidad incomparable. El que no oyó a Martí en la intimidad no se da cuenta de todo el poder de fascinación que cabe en la palabra humana: ningún cubano, ninguno, ha tenido la conversación de Martí. ¡Qué variedad, que gracia, que elevación, que fuego, que nitidez y que elegancia! ¿Había afectación en su manera de decir? Algunos lo creían; yo no: el atildamiento, el horror a la llaneza eran naturales en su temperamento soberanamente artístico. ¡Qué conversación! El oído percibía en aquel raudal inagotable modulaciones exquisitas; los ojos veían pasar, llenas de movimiento y luz, imágenes extraordinarias; el pensamiento quedaba absorto ante perspectivas extrañas que se le abrían y el corazón se ensanchaba al son franco de expresiones henchidas de nobleza y generosidad. ¡Cómo irradiaba y sonreía aquel rostro, de suyo pálido y severo! ¡Cómo relampagueaban aquellos ojillos, debajo de la enorme frente, de aquella frente serena y blanca, la más hermosa que haya dado albergue a una privilegiada inteligencia!

La inteligencia de Martí era genial. Martí, como Víctor Hugo, a quien se parecía por lo abierto del ángulo de la visión, sorprendía aspectos nuevos de las cosas, relaciones recónditas, sentidos ocultos; penetraba, abarcaba, desentrañaba; miraba claramente armonizarse todo en el concepto que tenía del mundo y de la vida. Veía tanto, que al querer expresar lo que veía el idioma le faltaba, el espacio también, y tenía que apelar a concreciones supremas, que parecían naturalmente confusas al auditorio, ignorante del proceso que las había formado. Sí, esa oscuridad de expresión, que ha sido para muchos el solo y grave defecto de Martí, no provenía de insuficiencia de nociones ni de trabucación de especias, sino por el contrario del exceso mismo del número de ideas, de la amplitud exagerada de las concepciones. Escribiendo o hablando en la tribuna, la menor excitación nerviosa ponía en movimiento y encendía mundos tan vastos en el cerebro, que para exteriorizarlos la pluma y la lengua, no muy disciplinadas después de todo, tenían que ceñirse a simples apun-

taciones luminosas, al parecer incoherentes. Pero tome el crítico un discurso cualquiera de Martí, el más abstruso; busque las sendas por donde el autor llegó a esos puntos brillantes que se nos antojan aislados, inconexos, y hallará que éstos son en realidad cumbres de montañas que se ligan allá abajo y componen un sistema apretado y grandioso.

¡Y qué destellos en medio del desorden! Las letras castellanas le deben a Martí frases fulgurantes, de vencedor atrevimiento!

Martí era genial. Su prodigiosa inteligencia tenía a su servicio una voluntad de hierro, tenaz, encarnizada, dominadora; voluntad que por la persuasión o por la fuerza se imponía y arrastraba. Preferentemente por la persuasión. No, yo no sabré dar idea del poder de seducción de aquella palabra sutil que parecía salir del corazón y al corazón se encaminaba, flexible, acariciadora, ingenua sin embargo, y siempre honrada que para el bien esclavizaba y atraía, que engrandecía al vencido levantándolo a la clara percepción de su deber. Al político americano sabía hablarle el lenguaje sobrio que el sajón aprecia; a nuestra raza la deslumbraba o conmovía; al negro... ¡Oh! qué lenguaje no sabría hablarle al negro cuando todos los negros lo adoraban?

Así ha hecho esta revolución que nos asombra. Laborando durante largos años, solo, solo, solo, avivando en el seno de una generación cansada y descreída la chispa reducida y vacilante llevado de la fe pasmosa que tenía en los suyos, sin más mandato que el de su conciencia, sin más estímulo que su amor a Cuba, y todo muy callado, muy callado, porque ese cubano tuvo hasta la grandeza de ser un buen conspirador. La súbita revelación de su trabajo causó en la adormecida colonia el espanto de un trueno que estallase en el espacio azul.

Desapareció en medio de la tempestad que desató, y su vida, en el momento de apagarse, resplandeció en su trágica unidad. Bala española tenía que matar al hombre que había entrado en la vida con un grillete español ceñido al pie. Y España pasará por la vergüenza de que el cubano que liberta a Cuba, aparezca en la Historia arrastrando como el esclavo antiguo una cadena material.

Diego Vicente Tejera.

Canastas, Junio 5/896.

Ciudadano Mayor General Serafín Sánchez.

Mi distinguido amigo:

Puede Ud. pensar que mi aburrimiento es grande, metido en esta Canasta, y siendo estos los primeros días verdaderamente inútiles que paso en la Revolución. Pero aquí estoy, con sus cartas, fiel a sus indicaciones, en espera de la pareja que Ud. mandó, o del General José Maceo. Pero como corren por aquí versiones, —hijas quizás de la brillante imaginación mambisa— de que el General José va a donde Ud. está; le suplico me dé las noticias que sobre esto tenga, pues yo mientras tanto me estoy aquí, fiel a lo que con Ud. me comprometí.

Y ahora le voy a suplicar un favor: es éste, que le escriba en mi nombre al General Gómez, a fin de tener yo lo más pronto posible en mi mano la aprobación como espero, de la propuesta que sobre la Brigada de Baracoa le hizo de mí el General José Maceo.

Muchos recuerdos a Pujals, un abrazo a mi hermano Enrique Loynaz, para todos mi afecto sincero y para Ud. el cariño de su admirador y amigo leal.

Valdés Domínguez.

Aquí espero su contestación y dígale al Dr. Roig que no olvide a su enfermo.

La fiebre de Pinto y el aburrimiento de la inacción, me hicieron ayer pensar en dejar este campamento e ir en busca de José, pero luego —consultando a mi hamaca, a falta de almohada, —resolví quedarme y escribir al General Sánchez la carta que copio.

Y sin más emociones que las naturales del campamento, van pasando los días. Anteanoche no pude dormir por los cuentos, tan largos como pesados y sin gracia del sargento jefe de la pareja armada que me dejó el General Serafín Sánchez, y por sus murmuraciones con mi chino José María, y anoche los robos de una comisión me tuvieron en vela también hasta la madrugada. Es cosa curiosa la manera que tienen de vivir algunos en la guerra; hay Gobernadores y Tenientes Gobernadores como Céspedes y Veranes y Sauvanell que se ocupan de pasear con sus escoltas y comer bien y tener queridas y a los que el Sr. Ministro de Estado del ramo de Hacienda el Sr. Pina, les da todo el dinero que necesitan para

mantener sus vicios; hay majases que como Manduley no han hecho nada por la Revolución desde el 24 de Febrero acá, pero a los que se les hace Ministros y se les busca cómoda manera de seguir majaseando y como consecuencia natural de estos abusos consentidos y premiados, andan por las Prefecturas *comisiones* vendiendo y robando a destajo. Ayer pernoctó aquí una de ésas, compuesta de media docena de negros. No se ocupó el Prefecto de ver sus papeles, pero ellos acamparon cerca del camino que va para Júcaro y comieron y cambiaron caballos. A uno de los tales, le compré un poco de tabaco en rama y como se descuidaran Rafael y José María, y por ir a visitar a las comadres de los ranchos cercanos, el que me vendió el tabaco u otro, entró en la cocina y se llevó unas alforjas de saco de Rafael, y lo triste del robo ha sido que nos dejó sin raspadura. Una sola que por pronto me quedaba y que era todo el dulce que tenía para tomar un poco de chingángara caliente por la mañana es sustitución lastimosa del café que no probamos desde que nos dejó Jané. Y luego por la mañana no ha sido poca la zozobra en que hemos estado más de una hora, porque los raqueros levantaron el campo a la madrugada, y cuando antes de las cuatro salieron en busca de los caballos y las acémilas los asistentes, me dieron la mala noticia de que se habían llevado, *los cuyos*, mi caballo y mi mula y otras bestias de los demás. Mientras Santiago, con su máuser y el Prefecto y Rafael salieron a ver si los detenían en la huida, los que aquí quedamos, nos pusimos a buscar nuestros animales y al fin pude respirar tranquilo cuando supe que mis bestias estaban aquí y que sólo habían pagado el pato el Prefecto y un viejo maldiciente esposo de otra vieja, ciega y más maldiciente y más ruin que él.

Pero la raspadura mía y un mazo de tabaco y unas velas de Rafael y sus alforjas de saco; nada de ese apareció, a pesar de haber ido el famoso Coronel Bori —como por burla llamamos a Santiago— con máuser y todo. No hubo, pues, chingángara por la mañana, y gracias que pudimos tomar un poco de leche caliente, cosa que aunque hay vacas, no se puede conseguir todos los días por las payasadas de un moreno, cabo auxiliar, que es el tipo más acabado del gallego con mando.

Hoy hay otro tema para matar la mañana; preparar las cuerdas y remendar la vieja casa de campaña que me mandó el amigo P. Están en funciones Escobar y Santiago, Pinto duerme el sueño de los enfermos, y Regueira espera que yo deje la pluma para charlar de Tampa y de su Lola.

Y yo aquí, sin un recuerdo tuyo y llevándote yo a ti en mi corazón como mi única esperanza y como mi único consuelo.

Es bonito el artículo que he copiado de Tejera.

Recuerdo con cuanto afecto me hablaba de Tejera, Martí, en mis días de Nueva York. Con afecto y con pena, porque lo contaba entre los muchos que habían pagado con despego e ingratitud a sus empeños por remediar sus miserias y hacerles fácil y cómoda la vida.

No tuvo Martí más riquezas que las que le pudo proporcionar su trabajo y estas pobres riquezas estuvieron siempre en los bolsillos de todos los que las necesitaban, porque él no sabía ni podía guardarlas en los suyos. Cuando lo conoció Tejera, desempeñaba Martí un consulado suramericano, y escribía muchas correspondencias para periódicos importantes de distintos países de la América Latina. De esas correspondencias le dio dos a Tejera: partió pues con él, la riqueza que necesitaba; pero que él entendía que no era suya desde el momento en que había otro a quien pudiera hacerle falta parte de ella. Fue él, pues, quien encaminó a Tejera, y al verlo con las alas caídas y el pecho oprimido por las miserias que se le venían encima, le dio fuerzas para volar y bríos para emprender nueva campaña como periodista que lo llevó hasta París. Y me decía con pena, pero sin ira ni rencor:

—No ha tenido una letra para mí. —Pero en su vida de poeta no le quedará tiempo entre sus amores y sus glorias... Yo me alegro de sus triunfos porque todos se los merece.

No he visto nada escrito sobre Martí por Sellen el hipócrita y egoísta. Puede que su conciencia le haya hecho dejar sobre la tumba del amigo a quien no supo querer, alguna lágrima de sincero arrepentimiento.

Pocas veces sueño, pero son los míos, noches enteras de delirio y de verdadera enfermedad. Al día siguiente me levanto como aturdido y cual si hubiera pasado una larga y penosa enfermedad.

Cuando llegué a la guerra no sufría esta intranquilidad morbosa en mis sueños; por el contrario, me consolaban y me fortalecían. Soñaba casi siempre —que te veía amorosa y buena, que en tus ojos había siempre una lágrima para llorar mi partida necesaria— y que en tus pensamientos sólo había amor para mí; pero después de mi

enfermedad de la Ciénaga y de mi herida, mi cuerpo se ha debilitado tanto, y luego, ¡han sido tantos mis disgutos! ¡y es ya tan largo tu silencio! que son mis sueños lúgubres y tristes como mi vida. Te ven siempre en ellos mis ojos, pero me parece que descubren en los tuyos una mirada dura para mí y que me juzgas ingrato y que con dolor de tu alma —crees que ya yo no te quiero y que estoy aquí no por mi deber— sino por mi gusto...

Y tantas otras cosas, vida mía, que no te digo, porque te adoro —y no quiero mortificarte con mis dolores...

Contigo y con Martí —son mis sueños. He visto en ellos a Martí caer en el combate y lo he visto adelantarse solo, cuando algún jefe huía del peligro, y desafiar con su cuerpo el empuje de los hombres enemigos y esperar sereno el momento en que la bala española lo matara, y esperarla sonriendo y apretando con la mano su corazón, comprimiéndolo como para así dominar el dolor intensísimo que en él producían las ambiciones, las iras y las pasiones de los hombres que él no había conocido de cerca, que él había juzgado como ángeles —con aquella bondad y caridad con que juzgaba a todos los hombres, creyendo encontrar virtudes aún en los envilecidos—, y que luego le hicieron soñar en el suicidio como única manera de dejarles ancho el campo y fácil la conquista de sus ambiciones, y a la Patria expedita la obra de su independencia a la que él había ofrecido sus afanes y por la que él gozaba, muriendo, el más grande de los homenajes. Pero moría sin vanidad y sin ira; moría con una sonrisa de perdón en sus labios y lágrimas de amor para todos los que dejaba huérfanos en la tierra.

Y en mis sueños y aún despierto, he unido mis lágrimas a esas lágrimas suyas.

Y me ha parecido que besaba su frente y que en sus labios había un reproche cariñoso para todo el que quisiera, por defenderlo, maldecir a los que fueron sus verdugos, a los que lo obligaron a venir —sin condiciones físicas para el combate— a demostrarles que si había sabido vencerlos en la campaña de las ideas, los dominaba para siempre en el campo de la guerra y los obligaba —con la manera gloriosa de caer— a sentir vergüenza en sus almas, y a vivir humillados ante el mundo y ante sus conciencias.

Y al despertar me parecía que oía su voz y que aún me repetía sus consejos y con la dulzura de su palabra me mandaba que dominara mi inquina, en mis escritos, contra todos los cobardes y los falsos servidores de la Patria!

Oh! para mí no ha muerto ni puede morir nunca, mi hermano queridísimo!

Ni tus ojos pueden dejar de alumbrar el desdichado camino de mi vida.

¿Y cómo he de pensar que tú que me has querido pobre y desgraciado, puedes olvidarme y dejarme de amar, ahora que ya soy todo tuyo, y gano con mi trabajo como hombre y como cubano, nombre honrado que ofrecerte?

Tu no puedes ser coqueta. Tu no puedes olvidarte de tu corazón tan puro y tan mío. Tu no puedes ser mala con el que tanto como yo te quiere y siente por ti una adoración que lo hace bueno y que lo obliga a ser siempre el hombre honrado y patriota a quien Martí llamaba su hermano.

Oh! yo no puedo olvidarme de ninguno de los momentos que pasé a tu lado! ellos son los que ahora, en mis largos momentos de aislamiento y de tristezas me dicen: —Ten fe; ella te ama como siempre te amó, y en su alma no cabe olvido.

Pero es tan largo el tiempo y tan amarga la distancia, y tan triste para mi tu silencio.

Cada expedición que llega, es para mi una esperanza...

Pero hasta ahora son esperanzas que se desvanecen. Y que me dejan más triste.

Leyte Vidal y Ruz, acaban de llegar y muchos expedicionarios. ¿Me traerá alguno una carta tuya? ¡Ojalá!

Quisiera tener que ir al Gobierno nada más que por convencerme de mi felicidad o de mi desgracia.

Mas espero con fe en ti y seguro de que cumplo con dignidad mis deberes.

Sin embargo. Estoy tan huérfano desde la muerte de Martí. Tan huérfano y tan solo... que hasta me parece que me ha de faltar tu amor.

Llegó hoy Joaquinito y con él, Castellanos: no fue mala la *desploración* a que los mandé: el Gobernador Céspedes les dio monturas y frenos para sus jamelgos y Joaquinito pudo comprarme algunos

tabacos malatogos, nuevos, pero fumables; es el vicio que me permito y con el que trato de olvidarme de mis penas. ¡Cuántas veces se van en largas bocanadas de humo tantos pensamientos tristes, y otros cuantos sueños color de cielo me llevan hasta tu lado!

Ah, ¡las mentiras de la imaginación son consuelo de lo alto... En esos momentos parece que algo que no es humano viene a dar fuerza al cerebro que se quiere doblar por el abatimiento y por el pesar y la pena hondísima!

Me dice el Alférez Oliva, encargado del depósito militar de caballos de las fuerzas del General José en estos potreros, que la pareja que mandó el General Serafín Sánchez a donde el General José, ya está cerca, que debe llegar aquí mañana. Dicen que el General José está más allá del Ramón.

Veremos si recibo alguna carta que me señale el camino que debo tomar.

También me dice Joaquinito que Céspedes viene para acá, pues tiene que ir a reunirse con el Gobierno.

Si no me escribe el General José espero que la pareja me indique si viene o no por aquí; pero si nada sé por ellos, me servirán para repetirle al General Serafín Sánchez las preguntas de mi última carta.

Ya no tengo ganas sino necesidad imperiosa, de empezar de nuevo mi campaña Me avergüenzo de tantos días como estoy pasando en esta desierta Canastas sin hacer nada de provecho. A veces me consuelo pensando que aquí me dejó el General Serafín Sánchez con el encargo de poner en las manos del General José, cartas importantes del General Gómez y hablarle de lo que es preciso hacer para castigar a los jefes y oficiales de Oriente que desertan de las fuerzas de Las Villas, pero es tan fácil esta comisión, que la creo como un pretexto para no desesperarme...

Sin embargo, debo esperar y esperaré: ese es mi deber y sólo a cumplirlo he venido a la guerra.

Decirte que ahora más que nunca pienso en ti —sería repetirte lo que tantas veces te ha escrito aquí mi alma más que mi pluma.

Decirte que sin ti no quiero la vida —es ofrecértela una vez más.

Como siempre: adorándote, firma tu

Fermín.

S.S.(*)

No. 17

Santiago de Cuba

Canastas, 6 Junio 1896.

Llegan hoy el General Serafín Sánchez, que deja al gobierno en camino del Camagüey; y de su nido de amores nuevos, el Gobernador Céspedes.

Me trae el General Sánchez una comunicación del Gobierno en la que se me vuelve a decir que vaya a recibir órdenes del Jefe Superior de Sanidad; pero me dice el General Sánchez que ya les ha dicho que yo seguiré con él hasta encontrar al General José y que después si es necesario, bajaré con él.

La pareja de Serafín no ha llegado todavía.

Y yo que mandé a Regueira y a Escobar a recoger mis encargos de P. Y mañana temprano estamos de marcha. Veré si los encuentro en el camino.

Me dice Pujals que Calixto García con 1,000 hombres está peleando por Jiguaní.

Miranda, 7 Junio

Ayer recibí una carta de José Maceo que trajo la pareja del General Serafín Sánchez que luego copiaré.

Como ya me había dicho Serafín, quedó determinada mi marcha con él y nos preparamos para la campaña que hemos de emprender, pues es tanto como esto tratar de arreglar los difíciles asuntos creados por las necedades del Gobierno.

Pujals me dijo que José Maceo le había escrito hace ya mucho tiempo una carta al General Gómez en la que le dice que se verá obligado a dejar su puesto en el primer cuerpo por las irregularidades del Gobierno: creo que esa carta fue la que le escribió después de los asuntos de Maibio.

José Maceo le escribe a Serafín Sánchez y le dice que lo espera hoy en Majaguabo; ayer recibió noticia de la cita y esta mañana nos pusimos en camino.

(*) Archivo Nacional de Cuba. *Donativos.* Caja 270, No. 16.

Y aquí pasaremos la noche y mañana llegaremos a donde está Maceo.

Mi queridísimo Pinto se quedará mañana en camino de donde vive el Pelao: allí pasará unos días hasta que se determine si voy a Baracoa o si sigo con Serafín a Las Villas o a... Pinar del Río.

Copia Joaqüinito la comunicación del Trinché del Ministerio de la Guerra y la carta del General José Maceo:

A pesar de su contestación evadiendo la incorporación de Ud. a este Gobierno, se hace indispensable que cumpla lo ordenado distintas veces.

Patria y Libertad. Tranqueras, 3 de Junio de 1896.

El Secretario de la Guerra

P. A. Rafael Manduley.

Ciudadano Coronel de Sanidad Militar Fermín Valdés Domínguez.

Los Peladeros, mayo 29 de 1896

Dr. Fermín Valdés Domínguez,

Canastas.

Estimado amigo:

Hoy 29 a las 8 de la mañana acabo de recibir la suya y la de Sánchez a quien contesto también, designándole lugar y día en que habremos de celebrar nuestra entrevista.

En la fecha que él quería que nos hubiéramos reunido, no se hubiera realizado, porque en esa fecha andaba a una legua de Santiago de Cuba operando y como es natural a tiros con el enemigo.

Pronto tendremos el gusto de conversar largo y tendido, mientras tanto quedo como siempre a sus órdenes, atto., amigo y s.

José Maceo.

Joaquinito y Castellanos acompañan a Pinto.

Siento verdadera pena al separarme —aunque sea por unos días— de mi hermano Pinto. Pero me consuela pensar que por su bien tomo esta determinación.

Cuando dejé a Piñán en la Ciénaga, se me quedó a su lado un pedazo de mi alma. Y muchas veces —cuando me han dicho que estaba loco o que había muerto—, he sentido pena de haberlo dejado solo...

Hoy estoy contento: supe ayer por un ayudante del General Lacret que vino con Serafín Sánchez; que Piñán está bueno y sano en la Ciénaga. Pero Pinto no se quedará si tengo que ir a Las Villas.

He acampado en un ranchito, pues llueve y no he querido que se moje Pinto; mi vieja casa de campaña se moja —a pesar de los parches y zurcidos.–

Loynaz y Lecito han estado y aún me acompañan en mi rancho: han venido a comerme la raspadura que me consiguió Regueira en su viaje de exploración —ahora inútil— a Santa Isabel y a leer el Cuaderno de los Anales de la guerra del Fígaro y a reírnos un poco de las cosas ridículas que por estos mundos pasan.

Y el *guerrero* Trinché con sus monosílabos y ridiculeces, y el Rosas que ya parece que ha terminado el prológo, la dedicatoria y la fe de erratas de su Código militar del que aún no ha escrito, *pues*, ni un solo artículo, y otros pagaron el pato.

Y en el tal cuaderno hay un retrato de Roloff.

No se parece dijo Loynaz, aunque tiene aspecto de comunista cesante.

—Es cierto —indiqué yo— porque este Roloff expresa algo en su semblante, y la verdadera cara del polaco y Ministro de Guerra, ahora en asuntos de Marina, —no dice nada.

—¡Qué va a decir! —dijo Lecito Salas— que dormitaba en su hamaca: —la cara de Roloff es una cara que desdice!

Majaguabo Maceo, 8 Junio

Hoy llegamos aquí después de pasar por Santa Isabel.

Seguimos en el mismo campamento.

9 Junio

Salímos ayer muy de mañana y un práctico que se buscó el General Sánchez; el sargento encargado del depósito de caballos que está en Miranda. Por Santa Isabel y por un camino de todos los demonios llegamos aquí después de haber andado más de ocho leguas.

Es este campamento por su posición malo para un combate, pues está a tres leguas de San Luis, o como a legua y media de Santa Isabel. Hace cinco meses peleó aquí Maceo con más de 5,000 hombres, al mando de Tejeda, que ya es hoy General. Las fuerzas españolas vinieron por Manacal.

Algunos hombres de las fuerzas de José nos advirtieron que debíamos estar con cuidado pues no podríamos estar aquí muy tranquilos durante mucho tiempo, llegando a asegurarnos que si permanecíamos aquí dos días, tendríamos necesariamente que pelear. Entre los que vímos, un capitán comisionado de Maceo para reunir los hombres que andan majaseando por las Prefecturas, se brindó a llevar al Coronel Baracoa una carta en la que el General le anunciaba nuestra llegada aquí, y se le decía que lo esperábamos.

Raro es que no hallamos encontrado aquí al General José, pues para el 7 fué la cita que nos dió. Dicen que anda lejos; que está allá de Peladeros y que ha dado orden de recoger gente desarmada, lo que hace suponer que se trate de alguna expedición: quizás la que yo le anuncié en la carta que me dió Jané y le mandó desde la Prefectura de Jústiz.

Hay buen pasto para las bestias, pero no hay que comer para la fuerza. Y también me extraña que sabiendo José que teníamos que venir aquí, no preparara algo parar el General y su fuerza.

Con las alarmas *de ordenaza* pasamos el día de ayer; pero dormimos bien y hemos amanecido con un día hermoso.

Pasé ayer el día en mi rancho con Loynaz y Lecito Salas y Escobar; Regueira andaba explorando un puerco por la Prefectura de Santa Isabel que al fin vino cadáver, a pesar de haber dicho el cuyo Prefecto —en su defensa— que lo había criado con leche.

Afrecí mi comida a los amigos que honraban mi modestísimo rancho y, gracias a P., a la carne y a la jutía pude unir arroz y

jamón y raspadura, con la que el bueno de Rafael nos hizo un poco de dulce de guayaba.

Y toda la tarde me la pasé hablando de Martí y de sus penas en la casa de sus padres, de sus amores en España y Guatemala y de su matrimonio, tan fatal para él como culpable de más de una de sus mayores angustias y dolores.

El capitán que llevó ayer la carta a Baracoa me dice hoy que viene éste para acá.

El Alférez Vitaliano también ha venido a mi rancho; ayer lo encontré por el camino de Santa Isabel. Es un buen práctico y aquí estará conmigo hasta que llegue Baracoa.

Me dice Vitaliano que ha llegado un convoy a Santa Isabel con 200 ó 300 hombres; estos no vendrán por aquí.

En esta magnífica finca, nacieron los Maceos en el lugar en donde hoy hay unos zapotales; no hay ya casas en el lugar.

Serafín me ha dado para que se lo arregle y haga que lo copien, un sentido artículo en el que se describe el lugar en donde se dió la batalla de Dos Ríos en la que murió Martí.

Mayarí, 11 Junio 96

La Ensenada.

Ante ayer llegó por fin Baracoa. Supimos que José Maceo andaba en los asuntos de una gran expedición que había desembarcado por Baitiquirí al mando de Portuondo. Supuso Baracoa, —por las órdenes que nos enseñó del General—, que este anda por el Ramón o más allá. Acordamos dejar el campamento y dirigirnos a este lugar en donde esperaremos unos días, puesto que Baracoa se encargó de llevarle noticias de nosotros.

Poco ha tenido nuestro viaje digno de recordarse si no lo es la admiración que a los que saben ver y saben sentir les causó los hermosos paisajes orientales.

Antes de llegar ayer a Joturo del Padre, en donde dormimos, hicimos alto para almorzar en el Ingenio "El Triunfo", teatro de una de las últimas batallas de José.

No es "El Triunfo" ya, el ingenio animado de otros días en el que todos los cubanos iban a comprar los efectos necesarios para sus familias y en donde el buen Waiting estaba siempre dispuesto a hacer algún bien y auxiliar a todo el que sufría. La casa y la fábrica del ingenio están solas, y tanto en una como en la otra, se veía que por allí había pasado la guerra y que el raquero español había roto los armarios y escudriñado hasta el último papel para buscar, —¿qué? ¿la prueba de que Waiting nos auxiliaba en nuestros empeños?–

Para eso que lean los periódicos de los Estados Unidos y que sumen las expediciones que ya han desembarcado y las que llegan todos los días. Pero Waiting, —perseguido por los españoles— y que necesitó que José le diera escolta hasta Santiago de Cuba, está ya en Nueva York y allí hará la reclamación necesaria, puesto que no han sido los insurrectos, sino los españoles los que no le han dejado terminar su zafra: —pensaba, con razón, el General Sánchez, que se debían quemar las casas, puesto que así podría producirle mayor suma la reclamación, y ser —por lo tanto— mayor la *pena* de los arruinados españoles.

Recordé yo el día que fuí a conferenciar con el viejo Waiting y almorcé con mantel rojo y vasos limpios y ricos cubiertos. Quizás los majases tengan la culpa de la batalla de "El Triunfo", pero nos ha convenido por los abusos alcohólicos que se han evitado y porque conviene a los intereses de la guerra que no muela ningún ingenio, y menos los ingenios de los norteamericanos, pues así se darán estos más prisa, por lo que les importa, a intervenir en nuestros asuntos.

Ya en Joturo nos contaban las mujeres que los españoles, que al fin de la batalla apenas tenían cinco cápsulas conque defenderse, pusieron —como parapetos— a todas las mujeres que vivían en las rancherías de los trabajadores de "El Triunfo" y decían que si llegábamos hasta ellos— cuando no les quedara conque defenderse las matarían.

Hidalgos, hidalgos y caballeros, y miserables siempre!

Me dice Loynaz que Pina le pidió a Menocal que renunciara la Subsecretaría de la Guerra para poder nombrar a Manduley en su lugar.

Menocal es un valiente y un hombre a quien por sus méritos, nombró la Asamblea, y Manduley es... un monosílabo.

Mandé a Escobar a llevar a Pinto sus cigarros: le escribo y le mando mis abrazos.

En Joturo y aquí hemos encontrado a muchos individuos de la fuerza que de orden de José, reclutan hombres armados y desarmados para mandarlos a donde él espera. Los quiere para poder traer la expedición.

Nos dijeron que a Santa Isabel lo que llegó no fué un convoy, sino una columna, y afirman también que por el Ramón andan las tropas españolas en persecución de nuestros soldados.

Cada día es más amable y bueno conmigo el General Sánchez, y mayores las atenciones que le debo.

Hoy hemos acampado en una vieja casa de tabaco y juntos pasamos estas largas horas de espera.

A mí siempre me ha parecido que aquí la vida honrada es la que nos hace olvidar todas las miserias de la Revolución, pensando en las grandezas de los combates.

Así ahora, en estos campamentos, —unidos todos— sin envidias, se ríe y se recuerdan las tonterías de los *grandes* y las debilidades de los infinitamente pequeños.

Repetía hoy Serafín que el General Gómez no ha de aprobar nombramientos como los de Aguirre y Tomás Collazo a quienes el Gobierno —porque sí— ha hecho Tenientes Coroneles.

Enrique Collazo con haber traído una expedición solo es Teniente Coronel, y el hermano, por méritos que se le suponen, se eleva de golpe a la categoría de Jefe.

Tonterías, necedades.

Pero necedades y tonterías que son siempre de malos efectos. Y que desacreditan al Gobierno que se mete en asuntos que no son de su competencia.

Me prometo hablar largo con Portuondo de las cosas que me han pasado en el Gobierno. Y de los abusos que se han cometido. No explican estos que el plan de gobierno propuesto por Portuondo fuera mejor que el aceptado por la mayoría de la Asamblea: lo que sí indican todas las ilegalidades de los *señores del márgen*, que no eran ellos los hombres a quienes debimos confiar la representación del pueblo cubano en armas, que es el que forma el núcleo honrado de la Revolución.

Ojalá Portuondo se preste a servir a la Patria ayudándome a dejar las cosas en su verdadero punto.

Mientras yo escribo o hablo con todos, Loynaz escribe en su diario dos preciosos artículos: "Nostalgia" titula el uno y "Un Mártir" el otro.

En el primero pinta la belleza del paisaje y en el otro recuerda a un pobre caballo destrozado por una úlcera el trabajado lomo y que tendido en nuestro camino esperaba, allá por el Joturo, el momento de morir; ya estaba casi cadáver cuando lo vimos, apenas si podía menearse; las moscas y los gusanos, con crueldad de verdugos lo habían vencido y —como Loynaz pinta— las auras esperaban el último momento para clavar en él, el picotazo destructor.

Y aquí riendo o pensando pasan los momentos tranquilos y yo encuentro aire nuevo y bueno para mis pulmones enfermos por haber vivido tantos días en una cueva de egoísmos, vanidades y criminales ambiciones.

Y en tí pienso —vida mía, y pienso tanto...

Desde que supe que Portuondo vino estoy soñando con una carta tuya. ¿Me traerá alguna Portuondo?

Ojalá, Asunta mía, ojalá.

Pero si tampoco llega ahora la carta tan esperada, si todavía no ha sonado la hora de la alegría para mi alma; entonces... seguiré sufriendo y amándote. Y adorándote siempre.

Y creyendo en la sinceridad y la pureza de tu amor.

---

12 Junio

Más noticias sobre la expedición.

Se confirma la llegada de Portuondo —desembarcado cerca del Ramón—. Trae 1,500 armas largas 700,000 tiros, medio millón de casquillos, dos cañones y además las armas y revólveres que traen los setenta y pico expedicionarios; también —entre otras cosas— se nos aseguran que vienen 200 machetes.

Ha acampado aquí hoy fuerza de Mayarí que va a donde los llama el General Maceo.

Si no fuera la pena que me causa no tener noticias tuyas, pocas serían las horas más alegres que éstas, que puedo yo pasar en la guerra.

En fraternal unión paso el día gozando con la honrada lealtad de Serafín, que es un ejemplo de virtudes y un modelo de sinceridad política. Bien ha hecho el General Gómez en haberlo nombrado organizador del ejército; organiza y señala con sus energías cuál es el camino de los hombres justos y patriotas.

En la relación que escucho siempre con alegría de la campaña de Occidente, hay hechos que indican el poder de nuestras armas.

Apunto algunos por su importancia futura.

Gómez antes de la llegada de Weyler había prohibido que se quemara: Weyler dijo, por esto, poco tiempo después de hacerse cargo del Gobierno, que ya estaba pacificada la provincia de Pinar del Río. Gómez, en contestación dio un decreto en el cual dijo que él había querido respetar las propiedades, pero que puesto que Weyler utilizaba esta manera honrada de hacer la guerra en contra de la Revolución, se veía obligado a poner la tea en las manos de sus soldados; de modo que no era él, sino España la que quemaba sus propiedades y dejaba por todas partes la destrucción.

Por otra parte es ridículo el hecho de haber formado una trocha entre la provincia de la Habana y Pinar del Río: esta trocha nada significa, puesto que se comprende que se quiera evitar que una provincia insurreccional lleve a otra la Revolución, pero la trocha

entre dos provincias en las que se pelea mucho, es tonto. Así sucede que Gómez ha pasado cuantas veces ha querido la tan famosa trocha de Pinar del Río y que ahora le haya escrito el General Antonio Maceo al General Gómez que no se intranquilice por él, que pronto le hará una visita en la provincia de la Habana; que para pasarla ya tenía preparado un coche.

Y Pujals dice que estando acampado el General Antonio Maceo a la vista de un pueblo de la provincia de Pinar del Río, se le presentó un maestro de escuela quejándose de que el Ayuntamiento del lugar le debía siete meses de sueldo, y que estaba —por lo tanto— en la miseria. El General Antonio Maceo por remediar sus hambres y miserias le dio cuatro centenes y mandó a Miró que le pasara una orden al Alcalde español en la que le hiciera saber que si no se le pagaban los sueldos al maestro, iría él a incautarse de los fondos del *cuyo* ayuntamiento: todos se rieron y entre la burla de los del estado mayor se firmó la tal orden. Pero lo curioso del cuento es que el Ayuntamiento pagó en el acto los sueldos. El profesor —sin embargo— tildado de insurrecto tuvo que dejar el pueblo y unirse a las fuerzas de la República. Los españoles se apuraron en pagar: la idea de que Maceo pudiera meterse en el pueblo los amedrentó y fué poco el tiempo para llamar al recaudador y pagar sin chistar: lo mandaba la autoridad militar: lo ordenaba Maceo...

¡Pobres españoles!

¡Cómo anda la Posta! Hoy ha recibido el General Sánchez las dos últimas cartas que le escribí desde Canastas.

También ha recibido el General Sánchez una comunicación del General José en la que le explica porqué no pudo estar el 7 en el lugar de la cita.

A mí me dice:

"Amigo Domínguez: la conferencia que les prometí a Ud. y a Serafín Sánchez no puedo llevarla a efecto porque desde hace cuatro días estoy recibiendo una expedición magnífica traída por Rafael Portuondo y para conducirla necesito lo menos 3,000 hombres. Venga Ud. y hablaremos largo. Su amigo y S. S. – José Maceo.–

Yo le contesto:

"La Ensenada.–12 Junio 1896–
Mi querido amigo: Hoy recibo su comunicación fecha 7 en la que me dice porqué no pudo estar en Majaguabo Maceo el día de la cita.

Por indicación del Coronel Baracoa he venido aquí con el General Sánchez, pues nos dijo que por este lugar debía pasar Ud.

"No me pongo hoy en camino porque han pasado ya muchos días y puede suceder que no esté Ud. en el punto desde donde nos escribió. Nos quedamos pues el General y yo, en espera de Ud. o de que nos indique por donde viene o a donde nos hemos de encontrar".

"El General Serafín Sánchez me encarga haga llegar hasta Ud. su felicitación, pues la Patria está de plácemes por el feliz arribo de la expedición Portuondo: supongo que mi carta anunciando ésta, llegaría a tiempo: a la felicitación del General, uno la mía muy sincera y a Portuondo le anticipo mis abrazos".

"Lleva esta carta el Brigadier Vega que va a encontrarse con Ud.

"Tengo ya ganas de verlo y de charlar largo. De los *gringos* no hay que ocuparse; ahora no se les ve el rabo ni por casualidad. Valdés Domínguez".

Quisiera adelantarme yo, pero el General desea que espere aquí con él y me quedo, *pues.*

Mi buen Pinto me escribe una cariñosa cartica de la que con gusto copio estos párrafos.

"Estimado y querido Doctor: Me pregunta como estoy: le diré que muy bien, pero extrañando y echando de menos su grata compañía y deseando me avise, cuanto antes, para volver a su lado a compartir, como siempre, las penas y alegrías'.

Le contesto aconsejándole que venga a unirse a nosotros, pues quizás cuando llegue José o alguna comunicación suya no sé si podré avisarle. Ojalá venga pronto. No me encuentro sin él.

El querido Loynaz escribió hoy unos versos que le pedí copiara en este cuaderno tuyo: serán esos bonitos versos recuerdo de estos días de campamento.

¡A LAS ARMAS!

I

¡A las armas!... Ya luce el claro día
De *Patria y Libertad!* Altivo suena
El bélico clarín. La vil cadena
Que a Cuba opresa en su dolor uncía
Despedazó la horrísona metralla,
Y despliega la hermosa rebeldía
Su pendón en los campos de batalla.

II

¡A las armas, cubanos! ¿Quién no siente
Subir al corazón la augusta llama
Que al noble pueblo de valor inflama?
En ira santa se subleva Oriente
Ira indomable que al tirano aterra
Y en los campos cubanos, cual torrente
la púrpura se esparce de la guerra.

III

¡A las armas! Refléjese en la historia
Del cubano adalid radiante espada
Y consagre la Cruz apesarada
De patria gratitud la excelsa gloria
Que tenga el mártir que en la lid sucumba
En cada corazón una memoria
Y lágrimas de amor sobre su tumba.

IV

Irradie en el vencido la clemencia
La hermosa estrella que a luchar nos guía
La espada que humilló la tiranía
No en odios marchará la Independencia
¡A las armas! ¡Un viva al éter suba!
Los machetes alzad...! Y la existencia
Sea noble ofrenda para darla a Cuba!

Enrique

Junio, 96

---

13 Junio

Esta mañana siguió el Brigadier Vega hacia el cuartel general del Mayor José: con él mandamos nuestras cartas.

Entregó el Gobierno al General Sánchez los ridículos papeles de la organización del ejército por el Marqués. Serafín no acepta ninguno de los descabellados planes del Gobierno sobre este punto: no los acepta por ilegales y tontos.

Me he alegrado que estos papeles que ha oído discutir Valiente —el ayudante de José— hayan venido a demostrar una vez más, cuantas han sido mis razones para dejar a los falsos apóstoles de la Constitución.

Criticando Serafín las necedades del Marqués y de los otros Señores, recordó que en Santo Domingo después de la guerra de los 10 años, vivía un viejo cubano, Belén Pérez, de gran moralidad y talento y patriotismo acrisolado: al llegar allí Fernando Figueredo, quiso que este le contara todo lo que se refería a la capitulación, dos noches pasó Figueredo relatando los hechos, como él sabe hacerlo; cuando concluyó dijo:

—He terminado.—

El viejo cubano que había escuchado atentamente el triste relato, levantó su cabeza y sentenciosamente murmuró:

—Cuanto Ud. me ha contado me demuestra que Uds. han sido, lo que no debían haber sido, y han dejado de ser, lo que podían haber sido.

Se refería a los hombres del Gobierno y de la Cámara y esto mismo se puede aplicar a los del Consejo de ahora.

El prefecto de aquí merece un buen recuerdo, es un español pequeño de estatura, feo él, conversador él, pero activo y siempre dispuesto al cumplimiento de sus debres. No nos han faltado viandas ni carne, ni miel, y ha puesto a nuestra disposición el taller de zapatería.

Me alegro que haya pasado esto. A Serafín le dijeron al venir a Oriente:

Tenga cuidado con la *suspicacia* oriental. Y le aseguraban que se moriría de hambre.

Y se ha encontrado con que nada le ha faltado y tiene todo lo que desea.

Ya llegan algunos anunciando que José está en camino hacia acá.

Se acerca pues, el momento para mi anhelado, de saber si Portuondo me trae alguna carta tuya.

Y también quiero que al cabo vea Serafín las razones que tiene José para protestar de los abusos del Gobierno. Y lo justo de sus quejas.

Ahora —las 12 del día— hemos mandado a Vitaliano para que investigue a dónde se encuentra el General José y vuelva para encaminarnos lo más pronto posible.

Vuelve por la tarde Vitaliano: no hay noticias de Maceo.

Ah! No olvidaré estos días que me sirven de aliento y de consuelo. En ellos recuerdo mis ensueños de otros días no lejanos aún en los que aprendí a adorarte. Al lado de Serafín me parece que me acerco a ti.–

Y con cuanto gusto le oigo asegurar que en esta primavera se acaba la guerra. ¡Tanta fe tiene en el éxito de la obra hermosa de la Revolución!

Todo el día lo pasamos recordando hechos heroicos y chistes que van unidos a las bufonadas de los Trinchés y otros Bermúdez de Castro de la Revolución.

Y si los días pasan sin sombras, las veladas me hacen pensar que pueden llegar para mí días de paz y alegría en los que yo a tu lado sienta la gloria de tu amor y vea libre y feliz a esta Patria tan amada.

No sé que será de mí.

Creo que tendré que volver con Serafín a encontrar a Sánchez Agramonte y a recoger la resolución de Gómez sobre mi pase al ejército; pero como Serafín me ha hecho venir con él y no tiene médico, y me dijo en Canastas que había dicho al Gobierno que con él volvería, me parece, y eso me consuela, que mientras se decida a dónde he de

ir a trabajar por mi Patria, estaré con él ayudándole en sus trabajos de unión y concordia.

Pronto saldré de mis dudas y podré pensar en mi porvenir. Y en mi lugar como soldado de la Revolución.

La velada de esta noche ha sido sabrosísima: Serafín recitó poesías de Andrés Bello: "La oración para todos", otras de Byron y patrióticas quintillas de Luis Victoriano Betancourt. Recordaba yo obras y hechos de políticos españoles de la madera de Ríos Rosas y rasgos de la vida de Martí.

No puede hablarse de cosas grandes sin recordar a mi hermano queridísimo.

Entre otras cosas recordaba yo que un día en el que se celebraba en Madrid y en la casa cubana de Carlos Sauvalle el aniversario del 10 de Octubre, cuando hablaba Martí y en inspirado párrafo se dolía de los grandes dolores de la Patria, cuando decía "Cuba llora y se levanta altiva para honrar a sus mártires" un mapa que estaba colgado a su espalda cayó sobre su cabeza quizás desprendido por la trepidación del piso por los aplausos y las demostraciones de entusiasmo de todos los que allí se habían congregado.

Uno de los que luego hablaron dijo que era el espíritu de la Patria el que había puesto el plano de Cuba sobre su cabeza como corona y como símbolo de que ella oía y aplaudía las frases inspiradas y patrióticas del orador de 17 años que enfermo y pobre, arrastraba su vida que ya contaba largos días de penas y de dolores tristísimos.

El ha muerto y la patria vela al pie de su tumba... ni Solanito Ramos ni ninguno de los que allá lo aplaudieron aquel día memorable sé yo que estén en la guerra, pero todos han de recordar sus palabras y veo en ellas la profecía de su obra inmortal.

Por eso apunto este dato con tanto orgullo para mí.

Oh, para mí no ha muerto Martí! Vive en mi corazón y en él estará mientras aliente.

---

14 Junio

Hombres como el General Serafín Sánchez enlazan las dos revoluciones y hacen buenos a los que saben amar las libertades patrias.

Y es agradabilísimo oír al General cuando recuerda a hombres y hechos que no pueden olvidar los cubanos.

Hablaba ayer de un Jefe mejicano, el famoso Cantú.

El Cantú un día en el que se peleaba de lo lindo, como quedaron muchos heridos, preguntó después de terminado el combate. ¿Cuántos han sobrado?

*
* *

Era muy serio y muy militar, y en sus cosas muy excéntrico.

Llegó una vez a una casa en donde vivía una hermosa; se pasó en ella más de cuatro días, en ellos no le dijo una sola palabra de amores y al retirarse dirigiéndose a su adorado tormento-anónimo, le dijo con tono brusco:

—Señorita ¿es Ud. afecta al matrimonio?

La joven entre sorprendida y confusa le contestó:

—No señor.

Y Cantú se despidió sin decidir nada más ni explicar sus palabras.

El General Inclán, mejicano también y hombre valiente, aunque de distinto carácter, le decía que cuando él formara familia en Cuba, después de la guerra y quisiera atemorizar a sus hijos, les diría:

—¡Ahí viene Don Cantú!

*
* *

Y a Serafín Sánchez y a Río Entero les contaba Cantú que estando a las órdenes del Presidente Juárez en época de la guerra con Maximiliano, recibió la órden de impedir que en un pueblo no distante de la capital se mezclaran los curas en los asuntos políticos y con sus fiestas religiosas y sus procesiones trabajaran por el imperio, utilizando el fanatismo de los ignorantes y de las mujeres.

—Yo era Capitán —decía Cantú— y allá me fuí con mi escuadrón a cumplir el mandato de Don Benito. A la entrada del pueblo había un puente: lo pasé sin novedad y pronto me enfrenté con una procesión y con un curote muy grande que llevaba un palo largo con un muñeco, le dije que se retiraran todos inmediatamente, no me obedeció el cura aquel grandote y me pasó un objeto extraño por

los ojos, me incomodé y sacando mi espada dije a mi gente: —¡despejen!— y caímos sobre aquella multitud; pronto había por las calles altos montones de beatas, los curas se fueron a sus iglesias y como por ensalmo quedó restablecido el orden y la libertad y la ley en su lugar.

En esta revolución no faltan tipos y figurones.

Manduley, Don Rafael, es uno de los más conspicuos. Ya lo conodía yo en la paz, de procurador sin pleitos allá en Baracoa, y luego me lo encontré de diputado por Masó Don Bartolovo... mi otro que tal.

Se oye cuando habla, no dice nunca nada que no demuestre que siempre anda su cerebro por la guardarraya de los disparates. Ningún Bartolomé tan ñeque como Masó pudo tener más digno abogado. Fue Jefe de Estado Mayor del Vice-Presidente y su compañero de majasismo; lo acompañó siempre en los montes en donde esperaba que los de afuera les llevaran la noticia de que ya se había terminado la guerra.

Manduley es un tipo. En la Constituyente nos hizo reir mucho por sus necedades y locuras y quijotismos. Se dice de limpios y nobles pañales, pero no demuestra esto su facha de ratón de escribanía pobre y su aspecto y constitución raquítica que denuncia de lejos que sufre *orzuelos* en mal punto.

Apegado a los términos ridículos de los leguleyos no soltaba en la Asamblea la señoría y otros giros con los que quería dar más fuerza a la forma catedrática de sus peroraciones que a nadie convencían y a todos movía a la risa y a la burla.

Portuondo, fue quien lo castigó más entonces y yo me burlé de sus metáforas altisonantes.

Y si en las cosas serias es el bufón por sus tonterías se agranda el tipo en las cosas más triviales de la vida: sus asistentes se llaman Bermúdez de Castro y Trinché, y carga decenas de platos y paquetes de cubiertos y jarros de todas formas y batería de cocina y palangana y todo lo que encontró en la cocina de su casa y raquea en las casas a donde lo ha llevado sus deseos de estudiar la guerra de lejos y darse cuenta del alcance militar de sus planes de ataque a una larga y prudente distancia de los combates. Y asombra pensar en como puede ser esto cierto, cuando se diga que en todo el tiempo que fungió como Jefe de Estado Mayor del Bartolo de la Revolución, no se vió en

ningún combate. Y después de la Constituyente se quedó de majá suelto sin destino, pero raqueando por sus respetos con sus dos acémilas bien repletas y sus famosos asistentes los Trinché y los Bermúdez de Castro.

Ni como hombre vale, ni como militar ha tirado un tiro; por este merece ser Ministro de la Guerra y por eso lo ha investido el gobierno con tan honroso cargo.

Me dicen que anda ahora muy pegado de su cargo y que —dado su puesto militar—, gasta quépis y vive en gran abundancia repartiendo raspaduras y casabe y comprando así voluntades...

El cuadro pues, de los hombres del Gobierno, no puede ser más ridículo personalmente hablando.

Pero los *mejores* son el Manduley, Don Bartolo y el *conspicuo* Dr. Cañizares y Melo de Portugal...

Hoy nos ha visitado otro buen ejemplar; un tal Zaldívar de Castro y de la Torre y otras más zarandajas. Es hermano del Teniente Coronel Micerov, tan majá como él y tan hablador y pretensioso. Anda ahora con unos certificados de curaciones asombrosas y por ellos pide al Gobierno a donde se dirige, el grado de comandante. Y no está muy de acuerdo conmigo porque no quise darle más título que el de Alférez. Es un orador de tomo y lomo y un médico manigüero, muy aficionado al masaje cuando la enferma es joven y bonita: es un loco este pobre viejo.

Está en nuestro Cuartel General, y dice que sigue con el General Sánchez hasta unirse a su Jefe el Brigadier Vega, el teniente auditor de Guerra Paglieri. Es este joven el tipo del cubano que olvida sus deberes y oculta en una retirada sus aptitudes para la pelea. Ha dejado la fuerza para casarse y esconderse con su mujercita en una retirada y ahora no sabe como ha de hacer para volver a la campaña. Es la cosa que más entristece visitar estos ranchos de las familias en los que todo falta. Las mujeres y los niños están anémicos y enfermos, hace meses que en la mayor parte de los ranchos no se ha comido más que boniatos y son pocas, muy pocas las familias que pueden comer carne. Venir pues a la guerra a aumentar las miserias de las familias contrayendo matrimonio o viviendo en concubinato con una de estas pobres mujeres, es criminal.

Hoy han venido al campamento algunas pobres mujeres a buscar remedios para sus hijos y para ellas mismas; los niños todos sufren vermes y están casi muertos, y las madres casi todas están tísicas.

Se necesita no tener corazón para no olvidar todo lo que el hombre tiene de bestia ante estos cuadros tan tristes.

Y eso que ahora principia la guerra.

Sin embargo, dice Serafín que este año acabamos, y ya es esto bastante consuelo para los que más nos dolemos de los dolores ajenos, olvidando así los sufrimientos propios.

---

15 Junio

Mayor General José Maceo

Mi distinguido amigo:

Aquí estamos sin saber a donde está Ud., pues son muchos los que nos dan distintas direcciones. El General piensa que para no exponernos a cruzarnos en el camino esperemos aquí.

Mandamos hoy a Vitaliano que viene de práctico con nosotros para que nos indique el camino que debemos seguir.

Esperamos pues sus indicaciones para seguir marcha, que ya anhelo verlo y abrazarlo.

Suyo siempre. Valdés Domínguez.

La Ensenada, Junio 15/896.

Esta carta se la mando al General con un capitán que le lleva hombres civiles desarmados. También escribió el General Sánchez.

Ayer vino Pinto y Escobar a quien había mandado a Sabanilla a comprarme tabacos: su *desploración* no fué de lo mejor. Pinto vuelve algo restablecido y sin fiebre. Con verdadero gusto lo abracé.

Joaquinito y Castellanos se quedan con el Pelado hasta que yo sepa de fijo, a donde he de quedarme.

Anoche hablamos Loynaz y yo de los trabajos revolucionarios de Martí, y de la disposición del pueblo cubano en pro de la guerra.

Manuel Sanguily no tiene razón cuando deja en su primer discurso la falsa afirmación que atribuye al partido autonomista haber influido con su propaganda en los empeños de Martí. Los cubanos no han necesitado nunca oír los discursos de los Montoro y Fernán-

dez de Castro para ser separatistas: pensaban en la guerra porque tenían en sus almas la memoria de tantos años de dominación y de tiranía; porque la leyenda de los heroísmos de 10 inolvidables años de guerra eran la enseñanza para los hijos y formaba el culto santo de la Patria que los padres trasmitían en sus pláticas a los hijos; y estas enseñanzas eran la base de las protestas de hoy. Los cubanos aclamaban a los oradores autonomistas cuando éstos, por buscar un aplauso, dedicaban frases altisonantes a los soldados de la independencia: los periódicos y los libros en que se aplaudía la paz y se la tenía como medio y fin de todas las aspiraciones cubanas, se quedaban en el grupo de hombres sin pudor que vivían de los favores de los españoles y para probar esto recordaba yo que cuando publiqué la 1ra. edición de "El 27 de Noviembre de 1871" los 3,000 ejemplares volaron en menos de 10 días. No era mi libro un libro autonomista. Al contrario, en él se juzgaba con criterio cubano a Conte y a los miserables de su calaña, y fué ese libro como dijo Enrique José Varona, el primer capítulo, que se escribía, —en frente del déspota— de la historia de las penas y grandezas de la Patria. —5,000 ejemplares se vendieron en unos días, y después otros 3,000, y más tarde los 2,000 de la edición de "El Triunfo" y la suscripción popular para el mausoleo de los estudiantes que reunió más de 20,000 pesos, todo esto vino a demostrar que el pueblo cubano no había hundido en el Zanjón la dignidal ni la honra cubana. Y fuí por haber arrancado una carta al hijo de Castañón y haberla publicado sin miedos el que la suerte designó para demostrar que no se tocaba en vano a la puerta del templo de las ansias reivindicadoras de nuestro pueblo. Los autonomistas de la calle de Teniente Rey comprendieron lo falso de su posición y no se atrevieron a hacerme la guerra abiertamente: se arrastraban como cobardes reptiles para morderme y al fin tuvieron que aplaudir mi obra, y unirse a las aclamaciones del pueblo. No debe pues la revolución nada a la propaganda autonomista; si por conveniencia la recordaban, cuando no lo hacían para deprimirla y para condenarla se valían de sus glorias a fin de popularizar sus peroraciones con las que querían matar en el pueblo el ansia de protesta. Pero nada pudieron hacer en contra de la propaganda honrada de Martí y fatalmente se vieron envueltos en la guerra, y en el momento del alzamiento nada valió que los zoilos lanzaran al viento la miserable proclama española.

Lo que dice Manuel Sanguily en su discurso sobre los autonomistas, servirá para que en día quizás no lejano, muchos que nada han hecho, se quieran vestir con plumas ajenas: grajos a quienes habrá que despojar de las plumas de pavo real. Pero no han de faltar los que protesten y los que den a las cosas su verdadera importancia y los hombres ocupen sus puestos.

Los elementos con los que las guerra se forman estaban latentes, los distintos factores de la revolución esperaban, arma al brazo, el momento de la lucha; sólo faltaba que hubiera una voluntad y un talento bastante grande para reunir los distintos elementos y las fuerzas distintas, y ese hombre surgió como una providencia y fué Martí, el genio al que encomendó la obra redentora.

Para los falsos cubanos que quisieron ahogar los sentimientos patrios, guardará la historia su anatema y quedará con la protesta y con la guerra la demostración de que los pueblos cuando defienden, como el pueblo cubano, derechos que le son propios, van siempre unidos y fuertes a la victoria, porque no mueve a los hombres sentimientos y deseos egoístas ni personales sino grandes y elevados ideales que están escritos en sus conciencias y que a todos señalan el camino de la honra y a todos lleva a la muerte o a la victoria y abre a la Patria senda de gloria.

Pero tampoco —por estas mismas razones— pudieron contener la revolución los hombres que aunque patriotas, soñaban con las evoluciones pacíficas que estimaban bastantes para llevarnos a la independencia. Estos como el Marqués, se quedaron en espera cuando sonó el 24 de Febrero, pero al cabo se unieron y aceptaron lo práctico y lo honrado: la guerra.

En Sanguily hay que aceptar la sinceridad de su confesión patriótica: pensó que debía unirse a la obra de Martí y al venir a la legalidad, que es la guerra, trata de explicar su conducta; está equivocado en la forma pero, por lo que a él toca, hay que abrir los brazos para recibirlo en nuestras filas.

Pero bueno es tomar nota de las razones falsas que aduce en favor de los autonomistas, para contestar algún día a los que quieran recordarlas en defensa propia o en desdoro de los que nunca olvidaron sus deberes.

Al hablar de estas cosas políticas con Loynaz, recordábamos con dolor que, a pesar de los merecimientos de Martí, aún hay muchos que lo discuten y que no saben honrar su memoria. Y con razón decía mi Loynaz, que en los hombres del Gobierno hay quienes si no se alegran de su muerte, la juzgan como un hecho que ya pasó y al que no hay que ir a buscar nada. Es que esos hombres —digo yo— recuerdan que no estuvieron a su lado, que se opusieron a su obra y que se han visto arrastrados por la Revolución y obligados al cumplimiento de sus deberes.

Pienso yo como mi amigo Loynaz, que debían los del Gobierno haber declarado el 19 de Mayo día de duelo. Pero esto no se les ocurre a los egoístas: si alguno se lo hubiera indicado, no se hubieran opuesto por temor al anatema del pueblo; pero no son de los que recuerdan que la honra de la Patria y la propia dignidad les obliga a caer de rodillas sobre aquella tumba que guarda el perdón para todos los endiosados y los egoístas.

Loynaz fué a Dos Ríos y allí dejó un recuerdo. Para que los que mañana lo encuentren y lean sus frases de amor y no las crean —como fueron— hijas sólo de un alma pura y de su respeto santo al maestro y al patriota, las escribió en nombre del Gobierno Provisional de la Revolución.

Cuando por el mismo lo supo el Marqués, éste estimó justo y bueno el homenaje de mi amigo; lo aceptó pero ni a él ni a ninguno de los del Gobierno, se les ha ocurrido hacer nada que indique al pueblo que ama a Martí y a los que sabemos venerar su memoria, que hay sinceridad en este asentimiento al que se ven obligados los que sufren el peso de sus ambiciones y las esconden para aparecer puros y dignos. Pero bien sabemos los que luchamos sin estímulo que el deseo de ver libre a nuestra tierra y terminada la obra del hermano inolvidable que no son los cobardes capaces de amar al que fue todo valor y todo lo supo dejar en ofrenda de amor en el altar de las libertades patrias.

No para impedir la obra de la Revolución sino para poder contribuir mañana al sostenimiento y prestigio de la República hay que juzgar a los hombres de ahora y señalar sus miserias. Mañana será quizás tarde y el olvido de los procedimientos injustos deje ocupar puestos en la historia al lado de los grandes a los que por sus ruindades, egoísmos e injusticias son tan pequeños, a los que andan ahora —a pesar de sus puestos y sus ambiciones— como perdidos entre tantos héroes humildes que serán mañana los continuadores de la obra de Martí y son hoy sus más valerosos soldados.

Bien decía anoche Loynaz, ahora es el momento de juzgar a los hombres: enfrente de sus faltas, sin pasión, pero con la rudeza de la verdad.

Y ojalá que al fin todos sean dignos del perdón de la Patria y puedan llegar penintentes a donde Loynaz dejó sus lágrimas y su hermoso recuerdo escrito en nombre de los olvidadizos y perversos.

Una y media. Acaba de recibir una carta del General José el Mayor Serafín Sánchez. Le dice que si no puede seguir hasta su Cuartel

General lo espere aquí. La carta de José es del 12. Dice el correo que la trajo, que ya están en Jarahueca números de la escolta del General.

De hoy a mañana lo espero por este punto si es que no nos llama a Jarahueca.

Esta noche han llegado Portuondo, Padró, Puyet y otros expedicionarios. También vino el negro de Pine Key. Portuondo vino a nuestro rancho y fue grato y triste para mi lo que me dijo.

Me habló de tí, me dijo que te había visto en Tampa y que tú le habías dicho que no recibías cartas mías. ¿A dónde se han ido mis cartas? No he dejado nunca de escribirte y si no te he mandado más que uno de mis cuadernos ha sido temiendo que se perdieran como probablemente se ha perdido el que te mandé. Una esperanza tengo: trae Portuondo un paquete de cartas de la delegación, ¿vendrá en él alguna carta para mí?

Tú dices que yo no te escribo, y yo no he recibido ni una carta tuya desde que estoy aquí.

Pero lo que de tí me dice Portuondo me ha hecho feliz; me demuestra que tú no me olvidas, que te acuerdas de tu pobre Fermín, del que te adora cada día más, y trata de hacerse cada día más digno de tí.

Escribiré mañana mismo y escribiré todos los días y con más fé esperaré en mi puesto el momento de ver letra tuya y el grande y feliz momento de poderte ver y de decirte todo lo que he sufrido y todo lo que sufro por servir a mi Patria y por poder volver a tu lado con la pureza del amor más santo.

Quisiera poder escribirte mucho esta noche, pero me ahoga la angustia y quiero gozar con la idea de que no estoy solo en la tierra, de que aún hay en el mundo quien se acuerde de mí, quien me espere amorosa al fin de esta campaña, y que si muero, tus ojos, tus ojos lindísimos, tendrán una lágrima para mí.

Oh, ¡gracias o tí tengo esperanzas y ensueños...

Te besa y te adora,

Fermín.

S.S.(*)

No. 18

Mayarí

Joturo del Padre

La Ensenada, 16 Junio 1896

¡Cuántos recuerdos se han unido en mi pobre cerebro de anoche acá! Te han visto mis ojos y me ha parecido que te tenía cerca, que te oía hablar de mí con Portuondo!

Jarahueca del Medio,

18 Junio

Temprano dejamos ayer nuestro campamento y nos dirigimos a Tí Arriba a donde esta el General José; casi ya al llegar nos encontramos con la descubierta de la columna del General que venía de marcha. En Palmarejo, que fué el lugar del encuentro, hicimos alto para almorzar y, juntos ya, continuamos la marcha hacía acá, dormimos a poca distancia de aquí y creo que mañana seguiremos con rumbo a Canastas.

Pasé un día ayer triste y alegre...Cada expedicionario que encontraba me parecía que podía decirme algo de lo que necesito saber para poder pensar que vivo. Cerca de tí me parecía que estaba cuando abrazaba o hablaba con tanto conocido viejo; pero fue grande y consoladora mi alegría cuando ví a tu primo José Matilde. El me trae carta de mi Asunción, me dije, y volé a encontrarlo, pero nada... Me anunció que un tal Roche me traía una carta tuya y lo busqué, y Pinto también fue en su busca, pero me mandó a decir que no pudo recoger tu carta... Oh, qué triste, qué triste es esto para mí: ni una sola carta tuya desde que estoy en la guerra... Pero como acepto estos martirios y en ellos encuentro la mejor manera de servir a mi Patria, sufriré con tristeza y pensaré en tí...

Todos me dicen que tú has recibido algunas cartas mías, y lo que más me consuela, que tú me has escrito y que por Figueredo me has mandado tus cartas. Si la fatalidad hace que no lleguen hasta mí tus cartas, tengo el consuelo de saber que no me falta tu cariño...

(*) Archivo Nacional de Cuba. *Donativos.* Caja 271, No. 2.

Te seguiré escribiendo, tuyos serán todos mis pensamientos porque tuyos han sido, son y serán siempre todos los latidos de mi corazón.

Me dicen que tú no has recibido mi diario, y lo siento, pues en él dejé tantas lágrimas y tanto hermoso recuerdo! Pero todo, todo hay que ofrecerlo a la Patria, como cuanto hay en mí de bueno y digno es tuyo, tuyo solamente. Un año llevo casi de guerra y no tengo que reprocharme nada, absolutamente nada que no sea la comprobación de que a tí me une el más santo y el más grande de los amores. Y así pasaré el tiempo que me falta de martirio y amándote así, viviendo sólo para adorarte, me encontrará la muerte, si es que debo morir lejos de tí.

Hasta las más insignificantes palabras de los expedicionarios que a ti se referían, las anotaba yo en mi alma, las escribía en mi corazón este cariño tan grande que te tengo.

Unos me dicen que tú has recibido cartas mías, otros que hace tiempo que tú no sabes de mí y todos, que estás pobre, que tu buena madre, que como a madre mía la quiero, sigue mala... y todo me hace pensar en tantas cosas...

Larga fué ayer la marcha y en toda ella he venido pensando en tí y elevando en silencio la oración más ferviente a mi Dios, la oración más pura.

Ah; en esta guerra tan necesaria como justa se quedan tantas penas en estos montes, teatro de tantos diarios heroísmos.

Otros pelean por vanidad, muchos han venido por necesidad, yo estoy aquí por deber, y porque quiero ser digno de tí y que me acompañe vivo, —con la bendición santa de mi madre, que desde el cielo me alienta con su amor—, la luz divina de tus ojos y la satisfacción de honrar con mi constancia y fe en la lucha la tumba de mi hermano...

Ni siento vacilaciones, ni me intimidan los peligros... y sólo me entristece estar lejos de tí.

Pero los días de lucha pasarán y nadie podrá sentirse más dichoso que yo cuando vuele a tu lado y te lleve toda esta pasión que vive en mí y me hace bueno y me da fuerzas porque tu amor me salva y me alienta.

Y sé que tú no me olvidas, y ni un minuto me olvido de que lo sé hoy más, por lo que me han dicho los expedicionarios.
Sé que me quieres y yo sé que te adoro.

Apenas si pude ayer ocuparme de otra cosa que no fuera pensar en tí y soñar con mi vuelta...

Sin embargo, no olvide que he venido porque Serafín ha querido que yo lo acompañe para que lo ayude en sus empeños y en el cumplimiento de las órdenes que trae del General en Jefe.

Poco después que acampamos me fuí al Cuartel de José y le hablé de mis cartas y de los acuerdos del Gobierno.

Hablando de su renuncia me dijo que no la retiraba, pues entendía que las vejaciones del Gobierno lo obligaban a esa determinación irrevocable.

Loynaz estaba allí; le había ido a llevar los pliegos y las cartas que traía para él, el General Sánchez del General Gómez y del Gobierno.

Almorzamos con el General José y al toque de marcha vinimos todos con el General Periquito Pérez a nuestro campamento.

Después de un café cordialmente ofrecido por el General Sánchez, nos pusimos en camino.

Por la marcha y por la hora que acampamos —las 7 de la noche—, no pudo hablar el General Sánchez con el Mayor José. Quiso también el General Sánchez que José leyera las cartas del Mayor Gómez y viera que en ellas lo trataba como Jefe del 1ro. y del 2do. cuerpo de ejército.

Hoy, —después de almorzar— vino José. —Larga y franca fué la entrevista. Expuso José las razones de sus disgustos con el Gobierno y con energía manifestó que no aceptaba la Jefatura de Calixto García porque quien no había estado como él desde el primer momento en el campo de la guerra no podía venir al año de guerra a mandar en la casa propia y en ejército organizado y llevado por él a los combates y a la gloria.

Venía Serafín a buscar parque y armas de la expedición de Calixto, y ahora José pone a su disposición 1,000 armamentos largos y más de 80,000 tiros. Aunque Serafín trae órdenes de recibir esas armas y ese parque todo lo llevará José hasta que lo entregue a las fuerzas de Rabí que ya mandó venir con ese objeto.

De los desertores —otro de los asuntos cuya resolución también encargó Gómez a Serafín—, acordaron que se trataría de reunir el mayor número de estos individuos y puesto que ya se sabe que

Gómez está por Camagüey, o quizás más cerca, se les conduciría ante él para que determinara lo que estimase más conveniente. Autorizó el Mayor Gómez a Serafín para formar —de acuerdo con el General José— un Consejo de Guerra permanente para juzgar a los desertores: esta medida no la ha adoptado Serafín por pensar que no deben juzgarse a los desertores fuera del lugar en que cometieron la falta por muchas razones de orden legal y porque no sería posible castigar a ninguno. Y también porque del estudio de la cuestión se desprende que cualquier castigo tomado aquí parcialmente, traería la deserción de muchos con provecho del enemigo: por eso han pensado tanto Serafín como José dejar esta cuestión gravísima para que la resuelva el General Gómez.

Dijo José que urgía que yo fuera a ocupar mi puesto como Jefe la Brigada de Baracoa. Serafín manifestó que en virtud de las repetidas veces que me había llamado el Gobierno, pensaba él que debía yo volver, hasta encontrar al General en Jefe a fin de que me despachara, pues él me había traído —contra la voluntad del Gobierno— por estimarlo conveniente para la misión que traía del General en Jefe.

Después de la entrevista —que fue larga y muy ínttima, —hablé con Serafín.

Estimó justa y digna la actitud del General José, y me dijo que al darle su carta para José el General Calixto, en que le ruega que retire la renuncia, le había dicho aquel, particularmente, que en el caso del General José, haría lo mismo que este ha hecho.

Pero el General Serafín Sánchez que es uno de los hombres más leales y más puros que he cono cido, no le argumentó nada en contra de su renuncia; la cree digna, y no es hombre que dobla su dignidad por una complacencia tonta.

Como el General Sánchez no tiene pujos de vanidad, ni orgulllo de su representación oficial, está en su puesto y así —con la sencillez y justicia del buen patriota—, sirve a su patria y honra a la causa de la Revolución.

Su conducta correcta viene a demostrar cuan perniciosa y antipolítica fué la seguida por los hombres del Gobierno, que con sus desaciertos y necedades han preparado y han provocado estos conflictos, tales como la renuncia del General José, primero con los nombramientos de Carrillo, Mayía y Calixto García y siempre con las comunicaciones en que Roloff decía a Maceo quijotadas como

la de que su autoridad como ministro estaba muy por encima de él y hasta del General en Jefe.

Hablaba yo de todo lo que ha pasado y de todo lo que ha hecho el Gobierno para deprimir la autoridad de José y decía yo que tal parecía que los que ayer fueron los obstruccionistas y se opúsieron a los empeños y luego se vieron envueltos en ellos y no les quedó más camino que aceptarlos y servirlos, parece como que hoy se han coaligado para hacer todo el mal posible y para comprometer el éxito de la guerra con sus estupideces y vanidades, pareciendo que obran como en consonancia con aquellas fatales doctrinas que, dominados por el miedo, oponían a las salvadoras y redentoras máximas de Martí; máximas que fueron y son y serán siempre, el código de la Revolución.

Hombres así, tan ruines, no han debido nunca ocupar puesto alguno en el Gobierno. ¡Nunca sentiré bastante haber dado mi voto a hombres tan farsantes como perversos!

Pero ya el país los conoce y no creo que esté lejos el día en que tengan que caer envueltos en sus deshonras y perseguidos por el anatema de todos. Y condenados a ver como conseguimos la libertad de la Patria, a pesar de sus maquiavelismos y sus cobardías: entonces contritos o hipócritas se doblarán... pero... ya será tarde.

Y, los muertos no deben dejar la húmeda y oscura soledad de sus tumbas.

Me han visitado muchos amigos y no pocos militares que desean ir conmigo a Baracoa: entre estos Brink, nuestro compañero de Pino Key, Amelio Acosta mi herido de Sagua que ya está bueno y otros varios.

Mucho he hablado de mi viaje a Baracoa y por lo que me ha dicho el General José me parece que voy a poder tomar a Baracoa. Cuento para esto con un cañón tan grande como el que acaba de traer Portuondo; el de Calixto y con el valor del Carreras y de todos los que por allá me esperan. Creo que me iré pronto con la fuerza que trae el Teniente Coronel Cardosa, y que ha venido a traer armas y parque de la expedición de Calixto.

Y creo que iré solo. Demetrio Castillo me parece que no quiere ir a pelear. Supe por Pujals que desea que Serafín lo nombre Subinspector y Serafín está de acuerdo. De Félix le oí decir a José que intenta mandarlo lejos; quizás a Las Villas.

Ya deseo acabar de ver a Gómez, y que me despache para poder ir a pelear.

Y a ver si ahora puedo, por Baracoa, recibir alguna carta tuya. O fleto un bote para mandarte a uno con todo lo que escribo para tí; corazóncito mío.

Santiago de Cuba

Banabacoa, 20 Junio.

No pude escribirte ayer, vida mía, acampamos en un monte en donde no se podía estar ni en la hamaca. Me acosté triste porque no había podido conversar contigo y decirte lo que pienso en tí y lo que te adoro.

La tarde fue para mi ayer inolvidable por las conversaciones y para mi, santas noticias que de ti me dio Rocha y otros expedicionarios, Con cuanto gusto los oía yo cuando todos decían que tú no me olvidabas y que era imposible que dejaras de quererme...

Cada afirmación de estos nuevos amigos, que ahora llegan a compartir con los que ya estamos aquí las fatigas y penas y las glorias de la guerra, quedan y quedarán para siempre en mi pobre corazón.

Porque me demostró Rocha que te quería y por poder hablar con él del ángel de mis amores, le propuse que viniera conmigo ahora que me destinan al mando de la Brigada de Baracoa; le encargué también que invitara a José Matilde Camús para que se uniera a él, y con gusto los oí alegrarse de mi leal manifestación; a ellos se han unido otros dos compañeros y ya los cuatro están a mis órdenes.

No he recibido ninguna carta tuya, pero me he consolado con oirles hablar de tí...

Pero esto no le basta al que no tiene más anhelo en la vida que poder cumplir sus deberes patrios para volar a tu lado. Después de conseguida la independencia de la Patria, ya no me liga a la vida otra aspiración que la que se encierra en la pasión santa y vehementísima que me une a tí —Asunta queridísima— con lazo de amores que ni la muerte podrá romper.

Y así se explica que, fuera de las muchas penas materiales y de los cruentos dolores que aquí se sufren por las miserias y vanidades de los hombres, yo no tengo en mi cerebro más ideas ni sienta más alegría que las alegrías y las ideas que me hacen olvidarme de todo lo

triste y lo pequeño para pensar en ti que eres para mi lo más grande y lo más hermoso en que puede fundar su orgullo y ver una alegre y dichosa esperanza mi corazón tan rico en ternura y en fe para ti, que con la luz de tus ojos rompes para siempre el oscuro y triste velo de mi porvenir...

Ya para mi no hay la angustia de la soledad que por tantos años me persiguió. Oh, mi Asunta, aterrado y triste vi morir a mi madre, mis lágrimas entonces me parecieron pocas—, desde entonces llevo luto en el alma y como huérfano andaba por el mundo buscando alientos en el cariño de mi hermano Martí, tú pusiste fe allí donde sólo habían penas y como nunca sospeché poder amar, te amé, oh, ¡ángel mío!

No sabe ni sabrá nunca ofender con pensamientos impuros tu amor, quien te quiere como yo te quiero, quien te adora con la pasión con que yo te adoro.

Y como ya otras veces te he dicho, la prueba mayor de mi patriotismo es haberte dejado y estar aquí en mi puesto después de haber encontrado en tu corazón, —tan bueno y tan amoroso—, el ideal con el que yo había soñado cuando pensaba que merecía sentir a mi lado un afecto puro y bueno, y tan hermoso como puro.

Todo lo he ofrecido a mi Cuba, y no me pesa: por ella doy mi vida, que no valdría nada para mi si tu no existieras, y si un día tú no me hubieras salvado son tu amor.

Esposo, más que amante, soy yo para tí. ¡Oh, yo lo sé! ¡tú no puedes olvidarme!

Seguimos marcha hacía el Cuartel General del Mayor Gómez. Y vamos lentamente por la carga que llevan sobre sus espaldas más de 3,000 hombres; pero llegaremos.

El pobre Regueira ha recibido la noticia de que Lola tiene otro novio y anda en bailes. No creo que él la quería mucho pero, sin embargo, ha sentido el *golpe.*

Me dicen que vives en Ibor. Lo siento. No me gusta ese barrio de Tampa; pero tú eres tan buena que todo lo malo no te puede torcer en el camino de la vida.

Me dan también la mala noticia de que tu madre sigue mal. Lo siento y me preocupa su vida por ella, que es una santa, y por tí que eres un ángel.

De tu hermana Yoya me cuentan que no está buena; pero al mismo tiempo sé con placer por Rocha y José Matilde que Angueira está gordo y bueno. Me alegro; buen abrazo le guardo, y para tu madre y tu hermana, sin olvidar a Yoyita, un apretado lugarcito en este corazón que es todo relicario de mi amor y que es —por lo tanto— todo tuyo.

Me parece en mi delirio por ti, que aun te quiero poco; me siento tan pobre y tan sin valor para merecer tu amor, que todavía creo que no es bastante la consagración por ti y para ti de toda mi vida y de todas mis ideas y de todos mis deseos; puedes pues pensar que lejos de ti te quiero más cada día y más fe tengo en tu cariño.

No quiero que tú estés triste. Yo no he de morir mientras tú me ames. Ten la seguridad que el día que yo pueda morir será aquel en que se borre mi pasión de tu memoria y olvides que yo te adoro: sólo ese día podré morir.

Es tarde y se me acaba la vela. Un beso, vidita mía y, hasta mañana.

¡Oh, no me olvides nunca!

---

21 Junio.

Al toque de diana nos preparamos para la marcha, pero supe en el Cuartel General del Mayor Maceo que no seguíamos hoy la marcha.

El Teniente Coronel Reyes había llegado con correspondencia y órdenes de Gómez para los Generales Sánchez y Maceo y creo que también traía correspondencia de Calixto para este último.

Cuando llegué me dijo Loynaz que el General estaba de mal humor, como ya conozco a este valeroso soldado de nuestra honra y sé disculpar sus faltas y admirar sus virtudes, dí poca importancia a las palabras de mi hermano y buen compañero Loynaz y me senté en la hamaca del General Maceo; —a su lado, y sin dar oído a sus quejas, le hablé de su dispepsia y le prescribí un purgante que luego tomó. Se quejaba de los Jefes que no saben cumplir sus órdenes y le vuel-

nen la espalda cuando —como ahora— hay que hacer comprender a todos los individuos de la fuerza a lo que los obliga el deber y el patriotismo, y a más de esto sentía que los trabajos expedicionarios le impidieran ocuparse de las distintas operaciones militares que tenía en cartera. Serafín le manifestó que para cumplir las órdenes del General en Jefe, tenía que llegar con las armas y los pertrechos que trae, hasta Canastas o Dos Ríos. Cuando hablaba de esto conmigo, me decía:

—Si Rabí o Calixto no mandan gente del 2o. Cuerpo para que cargue el convoy, escondo el parque y me voy a pelear; de Canastas no me hace pasar ni el Papa. Después se dolió de que Calixto le escribiera invitándolo a que desistiera de su renuncia y —con razón— decía que esos eran consejos que sólo indicaban que no había sabido entender Calixto lo que le mandaba su dignidad; y agregaba: Serafín es honrado y en un hombre incapaz, por lo tanto, de darme semejantes consejos.

Muchos hombres enfermos y algunos ancianos soldados de las revoluciones pasadas vinieron a pedirle carne y viandas y muchas mujeres también abandonadas unas por sus esposos y otras que los tienen en la guerra, le llevaban sus miserias y le contaban sus angustias, el cuadro era tristísimo: veía con dolor a las pobres mujeres descalzas y mal vestidas y ellas y los hijos escuálidos, anémicos, flacos y sin vida. De las 300 reses que tiene el General José en uno de los potreros de las cercanías mandó que el Prefecto repartiera 100 entre estas familias que no tienen quien las socorra y que sufren las injusticias y los descuidos de los Señores Gobernadores y se lamentan de que el Gobierno se haya hecho porque sí, árbitro de los destinos de la República y —olvidando los conceptos de la Constitución impiden que las autoridades militares se mezclen en la organización y sostenimiento de las Prefecturas y el sostenimiento de las zonas de cultivo y otras cosas de orden —ahora—, puramente civil.—

Recordé al General que ayer no comió el General Sánchez por no tener carne y mandó que fueran a avisarle que podía mandar por un toro para el *sacrificio* y sintiendo no haberlo obsequiado —cuando hasta pocos momentos antes había estado en su cuartel— con una taza de café, mandó a sus asistentes a hacerle una cafetera para que se la llevaran a su campamento. Para mí hubo también café y copa.

¿Por qué nos quedamos?

Sabía el General José que todos los días salía de Dos Caminos la guerrilla de María Cristina a forrajear y a dar agua a sus caballos,

en el río Guaninicú, y pensó mandar al Comandante de su escolta José Antonio León con 70 hombres de caballería de distintas fuerzas y 10 de la escolta del General Serafín Sánchez que éste le dió gustoso tan pronto como supo su objeto. Las nueve de la mañana serían cuando salieron los valientes a esperar en lugar conveniente a los guerrilleros españoles. De tres y media a cuatro se oyeron las descargas y los tiros sueltos: todos esperábamos ansiosos noticias de la pelea y como a las cinco y por un camino que pasa por nuestros ranchos, —el mismo por donde salió la fuerza que combatía—, llegaron dos heridos que venían con otros números trayendo uno de estos por delante de su caballo, en sus brazos, el cadáver de un compañero. El muerto era Alvaro Reinaldo, soldado de la escolta del General Sánchez y expedicionario de los de Leyte Vidal. Y los heridos Rafael Gómez sargento del General Sánchez y Félix Matos de la fuerza de Aguilera. Los heridos y los que lo acompañaban y traían al expedicionario muerto nos contaron que la pelea había sido ruda, que los españoles se defendieron con energía y valor, que el fuego fue sostenido y certero, pero que a pesar de todo, les habían dado machete y en la huida habían dejado armas y parque y magníficos caballos. No pudieron estos decirnos el número de bajas que nos habían hecho y cuantos españoles habían quedado en el campo, pero si supimos que el bisoño guerrero, el valiente expedicionario Reinaldo, había muerto por perseguir a un guerrillero y matarlo cerca del fuerte, desde donde los españoles hacían fuego certero a los que se atrevían a ponerse a tiro: el expedicionario Reinaldo, soldado nuevo, todo valor, ofreció su vida dignamente y la gloria cubre desde hoy su modesta y olvidada fosa aquí, cerca de estos ranchos nuestros y al pie de hermosas palmas! Digno monumento para un soldado de nuestra Revolución; una palma y una bandera! Los dos heridos no presentaron signos graves.

Después, —como a la media hora— llegó un grupo de valientes: traían dos muertos, el cabo de Aguilera Juan O'Connor y Jesús Rodríguez de la escolta del General Pedro Pérez y un herido grave, del 2° batallón de Prado, José Ferrer. Entre los que llegaban estaba un Comandante de la Escolta de General Pedro Pérez, padre del Jesús muerto y hombre de valor por la serenidad y energías, que según todos, demostró en la pelea; y por la hermosa tranquilidad con que veía a su lado el cadáver de su hijo, —este me dijo que la guerrilla—, que la componían unos 50 ó 60 hombres, había sido destrozada, pero que no [pudo] reconocer el campo porque del pueblo vino fuerza fresca para atacarnos: más de 1000 infantes.–Calcula que hayan muerto treinta españoles y afirma que se han cogido muchos caballos, armas y parque. Hice que Roig curara al herido y me fuí a oir la relación de un villareño que recordaba cuando gritaba ¡Viva Las Villas! y levantaba su machete; me enseñó sus trofeos guerreros y

un magnífico machete y un buen caballo del enemigo. Han peleado como valientes, orientales y occidentales, cubanos que en todas partes se unen como hermanos para saludar a la gloria con este grito:

—¡Viva la Revolución!–

Todos hablan de la bizarría y valor del capitán Noblet muerto también en el ataque: no dejó su puesto y estuvo en él, sereno y altivo hasta que una bala lo dejó sin vida. José Antonio León, enseñó —como Jefe y como cubano— que no le da la espalda al peligro, cómo se lucha y cómo se espera con la sonrisa en los labios la muerte honrosa o la victoria. Me cuentan que con su revólver, tirando con la mano izquierda hizo certeros disparos, pero que en un momento en que un guerrillero le apuntaba, lo salvó de la muerte el bravo Troncón, el Hércules Negro de Oriente, que derribó al guerrillero de un puñetazo y después que le desarmó le dió muerte con su mismo rifle. De este se sabe que como gran tirador contó más de diez hombres a quienes despachó con su tercerola, enseñándole que ya sabemos que para pelear hoy, hay que ir a buscar los soldados al lado de los pueblos, y lo prueba el hecho de que Portuondo desembarcó una gran expedición, la mejor y más completa que nos ha llegado de los Estados Unidos y —a pesar de que los españoles han sabido que para recogerla y conducirla estaba el General José en Tí Arriba y que casi la traemos toda en esta marcha—, ni atacaron al General en ese punto, ni nos perturban en nuestra difícil peregrinación. Son muy prudentes los que en sus partes, oficiales o no, dan siempre batallas decisivas que ya nada significan, pues a pesar de ellas la guerra sigue y con ella la seguridad de nuestro triunfo. Hay pues que pensar con Serafín Sánchez que, si no nos atacan en el camino, y llega a Occidente el parque que llevamos, no hemos de tener que pelear con él; ya los españoles están vencidos y anulados.

No sabe aún el General José, —que ha estado esta tarde en nuestros ranchos— las pérdidas que habrá sufrido el enemigo, pero han sido muchas: nosotros contamos cinco muertos y otros tantos heridos.

Me dicen que ahora, ya de noche, manda el General José al lugar de la acción fuerzas de infantería; supongo que lo hará para reconocer el campo: mañana lo sabremos, si es que mañana no peleamos.

Ojalá. Tengo ganas de *probarme* con mis hombres de Baracoa.

Volvió el Dr. Roig. Llegó esta mañana con el Teniente Coronel Reyes: es un necio y un médico inhumano; tuve que reprederlo hoy porque amenazó y trató mal a un pobre herido que se quejaba cuando

lo curaba. Y es más que inhumano, es bruto, porque como hombre de ciencia debe saber que los quejidos y los lamentos del herido no acusaban debilidad ni cobardía, sino que denunciaban un estado de excitación nerviosa que le hacía quejarse y revolverse en el suelo durante la curación.

¡Al montón con él!

Santa Isabel de Majaguabo

22 Junio

Copio la lista de las bajas de ayer, que guarda el General José.

Muertos:

Alvaro Reinaldo
Juan O'Connor
Jesús Duany
Florencio Noblet
Isidro Grenet.

Heridos:

Rafael Gómez
Félix Matos
José Ferrer
Manuel Bacett y
Daniel Mendoza.

Después de las ocho dejamos el campamento, descansamos en Majaguabo Maceo y hemos venido a acampar a las puertas del ingenio de Panchito Auza y a la vista de los fuertes españoles; pero los Pelayos no saldrán y pasaremos tranquilos la noche.

Pocos momentos antes de nuestra llegada se acababa de marchar Panchito que se había demorado en espera del General. Yo lo mandé a buscar y luego supe por Corona —el Secretario de la Prefectura— y por Boni Bueno, expedicionario de Ruz que anda por aquí majaseando y esperando encargos, que ya hoy no podría volver, pero que por la mañana estaría aquí.

Nos dan dos noticias que son signos de la situación angustiosa y triste en que se encuentran los españoles. Es la primera, que han suspendido todas las construcciones militares, abandonando —por lo tanto—, los fuertes y hospitales que tenían en construcción. La otra es que ayer les hicimos 30 bajas, a más de las balas y los 5 máussers que les cogimos y de los 11 caballos que les matamos.

Y dicen también los mambises que se afirma que España está dispuesta a concedernos autonomía más amplia que la del Canadá por diez años y después la independencia con tal que depongamos las armas.

Esta última noticia me hacer reir, y si es cierta viene a demostrar el triste estado en que se encuentran nuestros *padrazos*.

Pero la Constitución y nuestro patriotismo les contesta que con los que peleamos no hay más arreglo que aquel que tenga por base funmental la Independencia.

Y si non... ¡non!

Cauto Abajo, 23 Junio

Anoche te escribí una carta que te mandé hoy. ¿Llegará?

Todos sueñan con glorias que, o han pasado o no pasarán nunca, y siempre serán —al cabo— para todos, falsas glorias.

---

24 Junio

Andaba yo de mal humor ayer. Se dividió la columna al romper marcha. Seiscientos hombres con el General José fueron a hacer viandas en la zona de San Luis, y nosotros seguimos para este campamento de Cauto.

Y digo que andaba de mal humor, porque creí que tendría tiros el General José y ya yo estoy cansado de andar de *manso* por estos montes.

Como el General José no me invitó a un paseo militar no fuí; pero cuando por la tarde oí tiros a lo lejos, me puse tan triste que no pude ni escribirte en estas libretas que son sólo para tí y me tendí en la hamaca a soñar y a pensar en todo lo que tu me quieres.

Y al prepararme para dormir vi a muchos que hablaban de glorias...

Y por eso escribí las pocas frases que aquí puedes leer.

Canastas, 25 Junio

No fué la operación de José más que un paseo militar que acabó sin consecuencias.

Volvió ante noche y ayer pasamos si día acampados sin que nadie nos molestara. Esta mañana mandó Serafín a preguntar a José si salía, y como éste no se preparaba temprano para la marcha nos pusimos en camino y a pesar del tiempo y las lluvias llegamos por la tarde. Encontramos al General Rabí y aquí en buena armonía pasamos la tarde. Yo acampé en mi antiguo alojamiento.

---

26 Junio

Serafín acampó lejos, camino del Cedro y yo me fuí esta mañana a colgar mi tienda cerca de él porque en la Prefectura no podía sufrirse la peste a perro o caballo muerto. Y porque con la gente de Rabí y la de Demetrio Castillo hay que tener mucho cuidado con los caballos. Di esta mañana un paseo por San Agustín en donde están acampados Padró y Portuondo y a mi vuelta saludé a José Maceo que llegó aquí esta mañana.

Serafín me encargó que hablara a Portuondo de la reunión que quiere celebrar con los Jefes militares a fin —de cumplimentando las órdenes del General en Jefe—, resolver lo que se refiere a los desertores. Cree Portuondo que no debe tomarse acuerdo alguno sobre esto, que lo único que procede es tomar nota de los oficiales y clases que fueron con el Ejército invasor y reclamar a los que falten allí y llevar a todos para que en el lugar en que cometieron la falta sean castigados. José piensa que Portuondo tiene razón. Y en apoyo de su opinión me recordaba hoy que cuando el Gobierno se unió a él y propuso la formación de un tribunal de revisión, llevaba un número de desertores que estaban dispuesto a volver a ocupar el lugar que tenían en las filas del cuerpo de Occidente.

He sabido hoy que el gobierno ha nombrado Sub-secretario del Exterior al Dr. Eusebio Hernández.

Es natural que sea premiado el miserable que viene a traer sus vanidades y sus ambiciones... y a adular a los que son, como el Marqués y sus compañeros en el Gobierno, tan pequeños como ruines y perversos.

Pobre Patria si sobre los cobardes que la degradan no estuvieran los soldados valerosos que saben honrarla.

Y Cuba será libre a pesar de todas las traiciones y pequeñeces.

Y los *grandes* de ahora pasarán para siempre y ocultarán muy pronto sus miserias.

Poco importa, pues, que los tontos se pavoneen pensando que son Ministros y hombres conspicuos.

Caerán empujados por sus faltas y en sus olvidadas tumbas no se detendrá el patriota para dejar una sola lágrima. ¡Pobres miserables!

Mayor General Máximo Gómez, Jefe del Ejército Libertador.

Mi respetable Señor y amigo:

Perdone que vaya esta carta a perturbarlo imprudentemente en los momentos en que son sus gloriosos trabajos más útiles y son sus determinaciones como Jefe de nuestra Revolución, código en donde todos los cubanos deben ver las leyes que marcan el verdadero patriotismo.

Pero es preciso que yo me dirija a Ud. para tributarle mi humilde elogio como uno de los miembros de la Constituyente, por sus últimos decretos: en ellos está la más hermosa defensa de cuanto la Constitución hizo pensando en las necesidades de la guerra.

Cuando envié a Ud. con la correspondencia del Mayor General José Maceo mi propuesta para que fuera sancionado por Ud. mi pase al Ejército, volví al Gobierno, pero mi tenacidad en demostrar a mis compañeros sus errores, mi diaria protesta ante los abusos, las miserias y las ruindades de los que a diario barrenan la Constitución, hicieron que el Marqués pusiera sobre el tapete la renuncia que yo hice al separarme de Ud. y venir a ocupar el puesto con que Ud. me honró de Jefe de Sanidad el Primer Cuerpo de Ejército. No permití que se discutiera el punto, sostuve y fundé de nuevo mi renuncia, pues yo ni podía tolerar los abusos cometidos por el Secretario Cañizares, ni sancionar el nombramiento como Jefe de Oriente del General José Mayía Rodríguez, cuando acababa de desobedecer una orden de Ud., y por esto a mi juicio, sólo merecía un castigo.

Por fortuna al fín me ví fuera del Gobierno, y cuando el General José Maceo me llamaba para prestar mis servicios a su lado, ya en camino recibí distintas comunicaciones del nuevo Ministro de la Guerra Señor Manduley en las que me cita para que comparezca ante el Gobierno.

El General Serafín Sánchez creyó que debía seguir con él y con él estoy en espera de su resolución, y con él iré hasta Ud. si es que antes no tengo la honra de recibir sus órdenes.

Ocupa ya, según me dicen, el Dr. Eusebio Hernández mi puesto en el Gobierno; para mí sólo quiero el lugar que Ud. me designe en el Ejército: quedan para los políticos vanidosos los cómodos puestos del Gobierno que yo, hermano de Martí, no quiero más glorias que la de morir como soldado de su ejército.

Lo respeta y admira su adicto. Fermín Valdés Domínguez.

---

27 Junio

Después de haber pasado ya estos largos días en los que sólo por haber estado con Serafín he podido soportar la inacción, ya me parece que se acerca el momento de poder tomar posesión de mi destino militar, si es que antes no se les ocurre a los del Gobierno formarme Consejo de Guerra.

Después de la carta que ahora escribo a Gómez y con la influencia de Serafín, creo que podré servir, como deseo, a la Revolución.

Hoy entrega José el parque y las armas a la fuerza de Rabí y hoy se reunirán los Generales con Serafín para resolver el asunto de los desertores.

Demetrio Castillo, que parece ya dispuesto a ir a Baracoa, y Lico Despaigne, Teniente Gobernador de Bayamo, andan también por aquí.

Esta tarde quedó constituido un Consejo de Guerra con carácter de permanente para que, según desea el Mayor Gómez, se juzguen a los desertores: Loynaz hizo de Secretario del Consejo. Poco o nada podrán hacer estos Señores del Consejo si no toman un acuerdo con carácter general, dejando a los acusados expedito el derecho de reclamar, y justificar que los documentos que les han servido de pase, son legales.

Este Consejo poco hará en bien de la disciplina militar. Poco o nada.

Pujals y Loynaz se quedaron esta tarde en el campamento del General José. Serafín y yo, volvimos a nuestros ranchos. Con gusto le oí decir a Serafín que había tenido gran placer en conocer y tratar al General José. El General Gómez me lo recomendó —me dijo el General Sánchez— pero no pensé que fuera tan honrado y tan patriota. Los que lo critican no saben estimar todo lo que vale; y a tal punto llega mi admiración y mi respeto hacia ese hombre que si por cualquier desgracia lo mandaran como Jefe de la invasión, yo no tendría incoveniente en ir a sus órdenes como segundo Jefe. Y convino conmigo en que en este hombre se reúnen virtudes que no tiene el Mayor Antonio. Me alegré de oir sus juicios y de que pensara decir al Gobierno y al General Gómez que estaba al lado de este hombre honrado que tantas muestras de valor y patriotismo ha dado desde que estalló la Revolución.

Y también pensó conmigo que es el único Jefe de Oriente. Y que el Gobierno ha procedido muy mal tratando de deprimir su autoridad.

Como después de hacer el General José la entrega del parque al General Rabí emprenderemos la marcha y piensa el General Sánchez que debo seguir con él hasta el Gobierno y hasta el Cuartel General del Mayor Gómez, le dije a José que me marchaba, pero que, como tan pronto como vuelva me pondré en camino hacia Baracoa, bueno sería que no mandara a Baracoa a los que están aquí con Cardosa y Carrera. Me dijo José que aunque estas fuerzas volvieran a Baracoa antes de mi vuelta, yo tendría buena escolta para entrar peleando en *mis dominios.*

Como yo le dije al General José que le hablaría de él al General Gómez y que ya le había escrito hoy, me dijo que conmigo le escribiría él también. Me indicó que intentaba una operación con el cañón grande para la que desearía que Gómez viniera para reunir fuerzas de caballería e infantería de otros cuerpos.

Mañana recogeré esa carta, que con gusto llevaré.

Gómez estoy seguro que no encontrará mal, como los fatuos del Gobierno, que lleve yo correspondencia de un Jefe tan digno como José Maceo.

Recibo hoy el último número de "El Cubano Libre" en el que encuentro el siguiente suelto oficial:

El Consejo de Gobierno en sesión celebrada el día de ayer acordó nombrar Subsecretario de Relaciones Exteriores al Ciudadano Doctor Eusebio Hernández en sustitución del Dr. Fermín Valdés Domínguez, por renuncia de éste, aceptada por acuerdo del día siete del actual.

Igualmente se acordó en la propia sesión aceptar la renuncia que del cargo de Subsecretario de la Guerra presenta el Ciudadano Mario García Menocal, nombrando en su lugar al Ciudadano Rafael Manduley para el desempeño de dicho cargo.

Lo que se hace público para general conocimiento. Patria y Libertad.—La Yaya a veinte de Mayo de mil ochocientos noventiseis.

El Secretario del Consejo,

José Clemente Vivanco.

Sobre las cosas del Gobierno también hablé esta tarde con el General Serafín Sánchez. Me dijo que al pasar por el Gobierno, le aconsejaría a Pina que renunciara su puesto, pues entendía que era indigno el que se quedara en el Gobierno puesto que éste por sus desacierto debía caer y caería. Piensa también Serafín que con un triunvirato de militares tenemos bastante Gobierno, y se evitarían las vanidades y las miserias de Don Salvador y Don Bartolomé y la ridícula representación de la Guerra que han puesto en el *reverendo majá*, el famoso Manduley.

El Trinché de la Revolución, como le llamo yo.

Creí que hoy nos pondríamos en marcha, pero aún no ha podido hacer entrega José de todo el parque. Hasta mañana pues, estaremos, sin duda, aquí.

Esta mañana se han firmado las actas del Consejo que ha condenado a los desertores.

Poco práctica me ha parecido la determinación de los del Consejo, pues los tribunales militares sólo están para aplicar las leyes y oir las reclamaciones de los acusados.

Dicen que el General Gómez ha dado buena metida a los españoles por el Camagüey, que ha destruido una fuerte columna y al mismo tiempo se ha ocupado de castigar a los del Gobiernoo que han sembrado el desorden por todas partes. Como prueba de que yo tenía razón cuando afirmaba que sólo al General en Jefe correspondía dar grados hasta Teniente Coronel y proponer al Gobierno de Coroneles para arriba pego la siguiente orden:

CUARTEL GENERAL DEL EJERCITO LIBERTADOR

Orden General del día 4 de Junio de 1896.

Realizada de un modo brillante, para honra y gloria del Ejército Libertador del Pueblo de Cuba, la Invasión de las comarcas Occidentales; plantadas en Cabo "San Antonio" las banderas de los aguerridos Batallones comandados por el Lugar Teniente General ANTONIO MACEO; y distribuidas convenientemente las fuerzas del Ejército en toda la Isla, en condiciones suficientes a resistir ruda campaña en tiempo indefinido, ha llegado el momento de regularizar por modo equitativo y justo, los ascensos y recompensas, que por méritos, y servicios prestados a la Patria (por individuos del Ejército) le sean legalmente concedidos a fin de organizar de manera definitiva el Ejército.

He tenido a bien disponer lo siguiente:

PRIMERO: Los grados de Jefes, desde Coronel a Mayor General expedidos por el Consejo de Gobierno, sin previa propuesta del General en Jefe del Ejército, y durante la actual campaña en la guerra por la Independencia; no serán considerados válidos para efectos y fines militares.

SEGUNDO: Los grados a Jefes y Oficiales desde Teniente Coronel a Sub-Teniente inclusive en cuyos diplomas no aparezca el Vto. Bno. del General en Jefe a la firma del Jefe del Departamento a que pertenezca el agraciado: no serán considerados válidos para efectos y fines militares.

TERCERO: Los grados de Sargentos y Cabos cuyos diplomas no satisfaga las exigencias del artículo 13 de Organización Militar no son acreedores a las consideraciones de tales.

CUARTO: Los Jefes y Oficiales que hayan perdido sus diplomas deben solicitar se les provea de otros, previa justificación en relación jurada de testigos —de superior graduación al solicitante— que presentarán al Jefe del Departamento para su resolución.

QUINTO: El grado concedido EN COMISION para asuntos del servicio invisten al agraciado de las consideraciones del mismo aún después de cesar ésta, si continúa en activo servicio, pero no así, cuando pasen a reemplazo o agregados, en cuyos casos sólo disfrutarán la que les conceda su diploma de carácter definitivo.

Patria y Libertad. Dada en "Consuegra" a 4 Junio de 1896.–El General en Jefe.

Máximo Gómez.

Hoy ha recibido el General Sánchez números del "Boletín de la Guerra" de Molita y unas proclamas en donde el mismo Melchor Loret de Mola, Gobernador Civil de Camagüey, anuncia la llegada al *suelo patriótico y hospitalario del Camagüey, del General Gómez, nuestro venerable y querido General en Jefe, el invicto Libertador.*

Es el que leo con gusto el No. 25 correspondiente al 15 de Junio del "Boletín de la Guerra". Quiero guardar los siguientes párrafos de un artículo en que Mola se ocupa del *regreso triunfal del General en Jefe.*

"Son dos caracteres completamente distintos, el General en Jefe, todo seriedad, rigidez, brusquedad y Máximo Gómez, el venerable anciano, afable, complaciente de amena conversación, dulce e insinuante voz.

Respetuosos y sumisos siempre a la severidad del primero, como nos resignamos a la bienhechora crueldad del cirujano, aprovechamos la amabilidad del segundo, en esos minutos de descanso que tiene, para tener con él un interview sobre la situación actual de la guerra y su terminación.

—General, le dijimos, a su fina perspicacia no se ocultará la resonancia que ha de tener en todo el mundo su vuelta al Camagüey y la ansiedad que hay por conocer su opinión sobre el estado de la guerra y sus propósitos y esperanzas para el porvenir; y esto excusa nuestro deseo de solicitar de su amabilidad algunos datos para tratar con acierto de la cuestión en nuestra modesta publicación.

Como Ud. es el alma, por decirlo así, de la Revolución, pues dirige no sólo la campaña, sino hasta la marcha política de los sucesos y viene de Occidente, verdadero barómetro de la guerra, natural es que le tenga bien tomado el pulso de la cuestión y puede dar su atorizada opinión acerca de su estado actual y hasta de la forma y tiempo de su solución.

—Respecto de la primera, nos contestó, —que ha de imponer como consecuencia obligada la segunda, puedo afirmar, que terminada la campaña de invierno, con éxito brillante para nuestras armas, como es notorio, contamos con más y nuevas ventajas para la de verano, cuya estación, que es un azote para los soldados españoles, no perjudica en nada a nuestros soldados.

—De aquí que podemos combatir por tiempo indefinido y mejor éxito, si cabe, que hasta ahora.

Weyler, General activo y duro, hombre que se impone, ha hecho ya cuanto humanamente ha podido, y no podrá hacer más de lo hecho; aun así le mandase su Gobierno 100,000 hombres más, esos soldados no servirían sino de reemplazos para cubrir las bajas, y las cosas seguirían de la misma manera. Le hacen falta en primer término dos elementos poderosos y necesarísimos en todas las guerras: mucho dinero, mucho, para mantener contentos a sus soldados, y buenos Generales, que no los tiene, pues cubren su deficiencia con partes falsos, no cumpliendo por lo tanto sus planes de operaciones.

—Y bien; y la solución, General?

—Ya, ya vendrá con la independencia absoluta; pero es preciso que para ese grande abrazo de Cuba con España, que ha de dejar burladas ambiciones extrañas, es preciso que desaparezcan, o que se vayan borrando, hondos rencores, que como es natural, nacen en todas las guerras. Ya leemos en los periódicos de la Península la palabra PAZ.

Para esta solución venturosa, para Cuba y España, me ocurre, que el General Campos ha de meter su mano. Es hombre de corazón y grandes dotes. Este hombre desde la época en que empezó a figurar en la política de su país es el único que siempre ha sacado a España de todos sus apuros.

Es uno de los pocos, quizás el único, de los Generales Españoles, que entienda cuando se debe hacer la guerra y cuando se deba firmar la Paz. Eso como político, que como guerrero, también sabe y conoce los momentos de emprender retiradas que significan victorias. Así el General Campos me sirve a mí de barómetro. Cuando él se marchó para España se llevó la bandera colonial y cuando lo vea moverse es para arreglar las CUENTAS.

—Me autoriza Ud. para publicar textualmente lo que se ha dignado manifestarme...

—Como guste, pues aparte de que todos mis actos los realizo a la luz del sol, lo que he dicho está en la conciencia de todo el mundo".

El propio Sr. Mola, director del que fue órgano oficial del Gobierno y hoy Gobernador Civil, publica una *Alocución* en la que dice que la norma de su gobierno ha de ser esta máxima: *Todo por la guerra y para la guerra.*

Y en una Circular de igual fecha 1ro. de Junio, dice entre otras cosas:

Que para salir del territorio es "indispensable" salvo-conducto de las *autoridades superiores civil y militar del Estado;*

que los Tenientes Gobernadores tendrán su residencia en sus respectivas Brigadas y procederán siempre de perfecto acuerdo con el Jefe de aquellas;

que las Prefecturas serán montadas militarmente, dotándolas de la fuerza armada necesaria con el fín de que se hagan respetar, hostilicen al enemigo y hagan el servicio de vigilancia del territorio.

En todos estos importantes documentos se ve la mano práctica del General en Jefe. Las Prefecturas con sus privilegios concedidos por el Gobierno, han sido hasta ahora un estorbo para todo lo que estamos obligados todos a hacer en provecho de la Revolución. No han tenido la culpa los torpes civiles, sino los presuntuosos del Gobierno que pensando deprimir a los *militarotes* —como ellos dicen—, tanto daño nos han hecho y han sido tantos los abusos de autoridad y de poder que los han puesto en ridículo a cada paso.

Otro expedicionario, cuyo nombre no recuerdo, me decía esta mañana que con él ibas tú a mandarme una carta, pero —por desgracia para mí— tampoco pudo ir a tu casa. Pero me habló de tí y me sentí dichoso.

A Rocha y José Matilde los dejé en la Prefectura de Cauto hasta mi vuelta.

Mañana seguiré quizás hasta Gómez: ya deseo estar de vuelta y en Baracoa.

¿Cuándo leerás estas líneas que soñando contigo y amándote te escribo?

Te besa,

Fermín.

S.S.(*)

M. 19

Santiago de Cuba
Tenencia de Mayarí
Canastas, 28 Junio de 1896

Los días calurosos de Junio ya anuncian epidemias para los españolés y para nosotros aguas y días de prueba en las que las fuerzas enemigas sientan todo el empuje de los que nunca saben volver la espalda a los peligros y han demostrado sus heroísmos.

Confiesan ya los españoles que Gómez les ha dado una batida en el Camagüey y el General José ha de tenerlos en jaque hasta que —como él espera— llegue por aquí el General en Jefe.

Y así se prepara la campaña de invierno. Si es que llegamos allá.

Esta noche ha venido el General José a visitarnos en nuestro campamento.

Recordaba yo las hermosas descripciones de Martí en sus días de campamento, —cuando veía en su hamaca al General Sánchez y delante— en el suelo —al General José, a los tenientes coroneles Sánchez y Castillo, a Pujals, a Loynaz y a otros buenos amigos que están en el estado mayor del amigo leal y correcto caballero Serafín Sánchez que merece el respeto y el cariño de todos, tanto como hombre como por General.

De estas tertulias íntimas de los hombres valientes y sin vanidades, no se puede olvidar nunca el que —como yo— tenga todos sus sueños y fíe todas sus esperanzas y sus dichas en las glorias de la Patria.

Nos despedimos para encontrarnos pronto y al estrechar su mano me repitió sus afectos y la sinceridad con que me espera para que ocupe el lugar para que me ha propuesto al General en Jefe.

Holguín
El Salto, 29 Junio

Esta mañana a las 3 y media tocó diana Serafín, pero no salimos de Canastas hasta las 7 porque íbamos en la vanguardia del General Rabí y como era natural —dada la carga de parque y armas— la

(*) Archivo Nacional de Cuba. *Donativos.* Caja 271, No. 3.

columna andaba despacio. En San Agustín hicimos alto para esperar a los de infantería, pero como estos tomaron otro camino seguimos a Júcaro en donde paramos para almorzar y a las dos nos movimos de nuevo y aquí nos hemos acampado en lo que fué un gran rancho. Estamos juntos Serafín y su Estado Mayor, y Portuondo con algunos expedicionarios suyos que se unieron a nosotros en San Agustín. Escribo pues, oyendo la charla amistosa de todos. Serafín pinta con la vehemencia y la honradez de su carácter las glorias de Martí y su carácter de redentor y su indiscutible cualidad de Jefe y alma de esta revolución. Y con alto criterio patriótico discuten todos los actos del Gobierno que con sus disposiciones absurdas tanto daño ha hecho a la Revolución oponiéndose con sus órdenes a que los talleres del Camagüey y de Oriente, —tan bien organizados cuando Gómez y los Maceo tenían la dirección de los *pacíficos y civiles*—, no puedan ahora ayudar a los valerosos soldados de todas partes iguales en patriotismo ante las necesidades de la guerra y tan dispuestos, los unos como los otros, a ofrecer sus vidas por las libertades cubanas.

Serafín recordó que gracias al esfuerzo militar, se habían organizado buenos talleres de herrería, maquinaria, zapatería y otros, pero que Cañizares los había cerrado con sus absurdas disposiciones.

De la gloriosa campaña de Oriente, de las expediciones, de todo se habla; y sobre todas las conversaciones a mí me parece que está el espíritu del hermano mío a quien cada día quiero más... De mi Martí queridísimo.

Estoy cerca del lugar en donde murió y mañana he de buscar al Prefecto para que me acompañe a ese santo pedazo de tierra cubana en donde cayó y en donde su sangre generosa demostró que en su alma no había más que grandezas.

Siento que no esté aquí Loynaz para que me acompañe: iré con mis fieles compañeros Pinto y Escobar.

Cuido yo de enseñar con mi conducta a los que están a mi lado, que todos somos hermanos y que si la educación o la condición social puede separar fuera de aquí a los hombres, el patriotismo, el valor y la honradez a todos nos une en estos montes y son tan altas las virtudes e igualmente respetadas las tumbas. Pero a pesar de mis consejos tropiezo a veces con miserias: Y, como me sucede siempre, son estas unas de las penas que más me afectan.

Y escribo esto porque hoy he sufrido una decepción: tengo a mi lado, como ayudante a Regueira, lo he tratado como si hiciera ya

mucho tiempo que hubiera estado a mi lado, y no he tenido ni tengo deferencias con los demás que no haya tenido con él: entre todos distribuyo todo lo que me regalan o puedo comprar. Hace días —cuando me trajeron unas espuelas— le di a Regueira las mías, las que había usado yo durante mucho tiempo: las perdió o se las robaron, y como ahora tiene que andar sin ese *utensilio* tan necesario para las marchas, hoy les pidió a Pinto y a Escobar que les dieran una de las de ellos. Les tengo yo prevenido que no presten las armas ni los arreos o las cosas necesarias para los combates y las marchas. A la petición hecha en forma poco cariñosa, unió insultos y ha querido como imponerse entre los míos, sin respetarme. Lo he requerido, pero ya yo sé que no puede seguir a mi lado. Hoy ha encontrado antiguos compañeros suyos entre los expedicionarios de Portuondo y lo dejo: mañana le diré que me separo de él con amistad y que elija entre seguir con Rabí o Portuondo o volver al Cuartel General de José y así vuelve la calma en mi *rancho y mi grupito.*

Son ya las siete de la noche, se han servido ya todas las comidas: la primera fue la de Serafín y los suyos, depués la mía y mi grupito y ahora Portuondo *oficia de pontifical* con sus compañeros.
Todos están animados y contentos.

Un nombre corre de boca en boca: el de Gómez. Unos temen encontrarse con él, otros recuerdan cuando quiso apalear con su machete a Sierra el famoso corneta expedicionario que a pesar de su instrumento y de haber escrito una táctica militar, ha sido uno de los cubanos más p. . . usilánimes y todos los aclaman como el primero entre los valientes y el militar de más prestigio.

Ya debe andar el General en Jefe por las Tunas quizás con Calixto García.

Y yo soy el que más anhelo verlo. Espero que no ha de tener para mí más que bondad y cariño y no temo que me regañe. Espero, pues, volver pronto, o que se resuelva mi porvenir en la guerra.

Esta mañana en San Agustín, le dijo Serafín a Padró que si renuncia su puesto en Hacienda, —y esta renuncia la hará porque según piensa el General Sánchez, Pina renunciará también, podrá nombrarlo —por estar de acuerdo en esto el General José, Subinspector del ejército del 1er. Cuerpo.

Le decía yo a Portuondo que en Nueva York se comentaría mucho mi renuncia y la de Menocal y los nombramientos de Manduley y el Dr. Eusebio Hernández.

No debo yo ahora explicar en los periódicos las razones que he tenido para renunciar. Y la triste acción del Gobierno por la cual Pina hizo renunciar a Menocal.

Discute ahora el Dr. Roig sobre asuntos legales que no entiende. Este pobre hombre no sabe ni ser médico. ¡Pobres soldados los que él cure!

Guayacán, 30 Junio

Por primera vez —en mis viajes por estos lugares— acampo aquí: es un bonito campamento en buen potrero

Pero —a pesar de estar mi casa de campaña en una hermosa arboleda—, he pasado un mal día; he tenido fiebre y dolor de cabeza; soñé anoche contigo y me levanté triste y nervioso.

¡Qué tristes son estos días de inacción para mí! Si ya ocupara mi puesto en el ejército, tu recuerdo, tu amor, me alentaría, pero ahora siento estar tan lejos del ángel de mis amores y mi alma te busca y mi corazón se oprime de pena...

Hoy para consolarme de mis dolores hablaba de tí con Portuondo y cuando la fiebre me hizo tenderme en la hamaca, en mi delirio, me parecía verte y que leía en tus ojos tu cariño.

Todavía no estoy bueno, me siento aún enfermo y en mi cabeza me parece que hay un mundo de ideas tristes.

Volveré a dormirme pensando en tí...

No vacilo ante mi deber, pero ¡qué grande y triste es el sacrificio que hago por mi Patria!

No he podido ir a Dos Ríos porque no he querido separarme de Serafín.

Llevo a Martí en el alma y no olvido su muerte. Su triste muerte, tan triste como gloriosa que fué ejemplo y castigo para muchos.

Mi amistoso regaño hizo efecto y como he visto restablecida la cordialidad y la calma entre mis compañeros, más que ayudantes, no le he dicho nada a Regueira y sigue conmigo. Es un muchacho grande de buen corazón y valiente a quien la guerra hará hombre y hombre de provecho.

Ya le he perdonado el mal rato que me hizo pasar ayer.

Ay ¡mi vida, no quisiera escribirte esta noche sino volar a tu lado, necesito oirte decir que me quieres, necesito encontrar la vida en tus ojos y el premio de todos mis afanes patrióticos en un beso purísimo de tus labios...

Y que tus manos sintieran el fuego que da a mi frente más que la fiebre, la pena.

Libres de soldados españoles andamos por aquí; dicen algunos que ya el General José ha peleado por Cauto, pero quizás sean estas noticias, *mambisadas.*

Mañana, quizás acampemos en La Yaya en donde nos volveremos a unir a las fuerzas de Rabí que parece han tomado otro camino.

¿Cuándo veré a Gómez?

Esta es la pregunta que me hago todos los días.

¡Son tantos mis deseos de encontrarlo y de que me despache!

Si yo no puedo ir a donde tú estás, allá va mi pensamiento y allá quisiera que llegaran mis amorosísimos suspiros.

Y la lágrima tristísima que —a pesar mío— rueda por mi mejilla.

¿Sabes tú Asunta de mi alma, cuánto te quiero?

Jiguaní

"La Yaya" 1 Julio.

Mejor, porque apenas he dormido y me he pasado la noche pensando en tí y viéndote con los ojos de mi fantasía...

Mejor porque es un día más que empieza para sufrir y una noche menos de espera y de tristes dolores. Y mejor también porque me acerco a Gómez. Y podré al fin saber a dónde voy.

Cuando pasen estos tiempos y podamos recordar sin ira estos días, yo podré decir que con orgullo he sufrido no sólo como cubano que ha venido a la guerra a ofrecer su vida a la Patria, y que por servirla ha dejado su felicidad en tus labios y su cielo en tu corazón, sino que también he sufrido y sufro por no haber querido doblarme ante las injusticias, que he cedido mi derecho para que nunca hayan diferencias entre cubanos y menos entre nuestros Jefes. Mis días más tristes han sido los que he pasado en el Gobierno y son también éstos en los que —por ellos también— no puedo aún ocupar el puesto de confianza que me señaló el General José Maceo.

A los envidiosos y tontos de la guerra pasada hará responsables, la historia, del Zanjón; y si no fuera porque la Revolución está cada día más potente, y no hay miseria que pueda detener el carro de la Libertad, —los mismos fatuos de la Cámara que son— por desgracia —los que imponen sus vanidades en el Gobierno, impedirían que pudiéramos llegar al término de nuestros patrióticos anhelos.

Es Portuondo —el Ministro— hombre de talento; pero no es sincero ni leal como amigo ni como hombre: abusa de su perspicacia y de su talento y está muy pegado a sus méritos. Pero quitándole estas vanidades que lo empequeñecen y que denuncian sus pocos años y que explican la facilidad con que se ha visto llegar a Teniente Coronel y diputado y Ministro y Jefe de una gran expedición, vale más —mucho más— que todos los que componen el Gobierno.

Dice él que va al Gobierno a protestar de todos los abusos, a defender la Constitución y que si no vé que se escuchan sus protestas, está dispuesto a renunciar.

También me ha indicado que intenta pedir una licencia de seis meses para llevar a Occidente un contingente de 1,000 orientales.

Aún no está satisfecho: quiere más gloria...

Yo no siento envidia ni de él ni de nadie y le ayudaré en sus empeños siempre que sea bastante patriota para no cambiar por halagos y glorias pasajeras su obligación de ser defensor de la Constitución que es el Código fundamental de nuestra Revolución.

Si es justo estaré a su lado para defenderlo. Pero si se une al Marqués y a Masó lo despreciaré tanto como desprecio a estos viles.

Pero no creo que Portuondo pueda igualarse a tan inútiles figurones.

Me contaba Portuondo ayer, durante la marcha, que Masó lo había tratado con mucho despego antes de reunirse la Constituyente, cuando fué al Camagüey al Cuartel General de Gómez. Que entonces le dieron a Masó un banquete y que en él lo indicaron como Presidente y que Masó al contestar dijo —entre otras cosas—, que Gómez era hermano adoptivo de los cubanos, como para indicar que no siendo cubano, no podía ser Presidente de la República. Portuondo le replicó que Gómez era cubano y merecía, más que otro alguno, el más alto puesto de la Revolución.

Esto unido a que Portuondo fué —según me dijo— el que pidió en el Gobierno que se encausara y depusiera a Masó por haber desobedecido las órdenes que se le habían dado, hacen que él suponga que no ha de encontrarlo muy *cariñoso*.

Yo recordé que más de una vez me dijo que Portuondo era un ingrato: que a él le debía su carrera militar, y otras cosas por el estilo.

Llegamos temprano a este campamento; Rabí, con su fuerza, llegó algunas horas después.

Creo que el General Sánchez espera aquí a Calixto García. Ya hay quien diga que Gómez está por Las Tunas.

Portuondo y los suyos creo que siguen hoy para *Buena Noche* antes *Mala Noche*, como pone Loynaz en los sobres de las románticas epístolas que espeta a su aérea sílfide, la espiritual y metafórica Consuelo.

Mi buen hermano Loynaz, con sus amores románticos, me parece que va a tronchar su carrera .

El dice que no se casará con la Consuelo, pero el General Sánchez y yo creemos que caerá en la red que —con talento— le tiende la suegra y la familia del prefecto en donde vive Consuelo.

Piensa ya Loynaz abandonar el ejército pretextando que no se ha sabido recompensar sus servicios. Y no tiene razón. Es comandante y será pronto Teniente Coronel, y ha sabido alcanzar con su valor y talento las notas más hermosas en su hoja de servicios; pero esta pasión lo tiene loco y lo hará hacer una locura si se casa; y temo que se casará, porque está en la cima del precipicio y hay una mano inteligente que ya se encarga de empujarlo: la suegra.

Es lástima que él también, que tanto vale, sea de los que han venido a la guerra a perder el tiempo, —que la Patria necesita—, en amoríos, las más de las veces, criminales.

Me dicen que Portuondo nos acompañará hasta mañana.

El día ha sido calurosísimo, ha llovido poco, pero el viento sur me trae trastornada la cabeza.

No es este campamento tan poético como el de Guayacán, pero es bueno el potrero, hay mucha yerba y en las cercanías hemos podido conseguir queso, una puerquita, algunos ajos y tabaco torcido. En un rancho viejo he puesto mi tienda; entre mi hamaca y la de Escobar está mi mesa de tijera y a los lados dos asientos de cujes construidos por mi ordenanza el simpático Santiago.

Es uno de los ranchos más ordenados del campamento.

¡Cuánto recuerdo hoy a Pine Key! Hace un año que saludábamos a Serafín Sánchez en su cumpleaños. Y pronto hará también un año que desembarcamos y que andamos por estos montes. Tan lejos estoy de tí ahora, como cuando desde Pine Key te escribía.

En este año, ¡cuántos han muerto y cuántas ilusiones han pasado para no volver!

Pero si he sufrido mucho, ha crecido mi amor hacia tí.

Anoche vino a mi rancho Portuondo y habló sobre muchas cosas políticas.

Dijo que él pensaba que la Revolución no podía durar dos años más porque la miseria de los cubanos y la debilidad y pobreza de los españoles lo impedía.

Pensó que una de las razones porque fracasó la guerra pasada fué la de que los hombres inteligentes con tantos años de guerra se vieron encerrados en un centro tan reducido que los hizo pequeños en todo, y que los llevó a todas las debilidades: para impedir que esto suceda en esta guerra, opina Portuondo que cada 3 ó 4 meses se deben mandar al extranjero a los hombres de talento y prestigio a fin de que estando sueltos durante algún tiempo en el potrero

social de las poblaciones libres en donde está la familia o las afecciones más puras, se preparen para volver con nuevas fuerzas al campo de la lucha.

Y dirigiéndose a mí, dijo:

—Buena falta te hace a tí unos meses de potrero.

—No los necesito para servir a mi Patria, le contesté, pero lo que si te afirmo es que si voy, no vuelvo.

—Si vuelves. Te ha de suceder lo que a mí; a los dos meses ya estás deseando volver.

No quise entrar en discusión con Portuondo sobre este punto. Defendía él su viaje con estos argumentos y me pareció incorrecto combatírselos.

Al ocuparse anoche Portuondo de los meetings en los que había hablado en Tampa y el Cayo, dijo que una de las razones que había tenido para no haber asistido a uno de los que se celebraron en Nueva York durante su permanencia allí, fué que en él se elogiaba a la Delegación y él estaba en contra de ella y para no acusarla en público, prefirió no asistir a él.

Me parece que Portuondo pensó vivir como Ministro y Estrada Palma le hizo ver que él era el Delegado de la Revolución en el exterior: todo ha sido cuestión de reales y de vanidad.

En lo que yo creo que Estrada Palma ha estado en su puesto.

El abogado Hevia me ha entregado una carta de Isaac Carrillo de la que copio los siguientes párrafos: "Aquí no se publican sino muy pocos documentos oficiales de la Revolución; Antonio Maceo es el único que manda sumarios brevísimos de sus operaciones.

El Presidente Cleveland continúa observando su actitud de esfinge, y nadie, absolutamente, conoce sus planes e intenciones, lo que a todos nos desconcierta, especialmente a los que como yo, están persuadidos que la revolución cubana [no será] resuelta sino en Washington.

La Revolución anterior no alcanzó nunca, ni con mucho, la popularidad que la presente en este país. Como la presión del sentimiento público a nuestro favor es muy grande y constante, abrigo la

creencia de que hará ceder la impasibilidad, real o apartente, de Mr. Cleveland".

En la carta me recomienda a su hijo Mario y me dice que con él me escribió recomendándomelo porque teme que por su constitución delicada no podrá resistir la vida ruda de la guerra y a la vez me indica que lo retenga a mi lado en el Gobierno. Cree Isaac que su hijo Mario anda con Rego por la Siguanea, pero Serafín me informa que lo dejó con Fonts y Sterlings el de Hacienda.

Mañana le contestaré a Isaac y le escribiré a Mario.

¿Qué será de Antonio? No olvido la última vez que lo vi. Fue allá en Cayo Hueso a bordo del vapor que lo llevaba a la Habana. Me dijo entonces:

—A Martí lo matan, y si tú vas también te matarán. De los *tres mosqueteros* como nos decían en San Pablo, sólo quedaré yo que ya estoy viejo para meterme en asuntos guerreros.

Mi pobre hermano Martí ha muerto ya en su puesto, yo aún espero luchar mucho antes de caer, si es que caigo, pero no envidio la vida de mi queridísimo Antonio, que para poder vivir en Cuba tendrá que sufrir tantas humillaciones. Y Antonio no es español, de todos los Carrillos de Albornoz es el mejor y el más amante de su Patria. Quizás no esté ya en la Habana sino en Nueva York al lado de su Irenita.

Y no olvido tampoco un rasgo de valor de mi compañero leal: Cuando me prendieron en San Dionisio, nadie se atrevía a ir a la Cárcel, y él —al día siguiente— el Domingo 26, el mismo de la Parada, fué al mediodía a verme y a llevarme una onza por si algo necesitaba; fué este un rasgo de valor que no se olvidar.

Con Isaac no me ha unido nunca amistad estrecha y nunca he creído en su patriotismo; pero si ahora está con nosotros, hay que aceptarlo con gusto y quererlo con todo el cariño que merecen los cubanos que saben cumplir sus deberes.

Como amigo antiguo y sincero, me escribe, y como cubano que ama la Revolución, acepto y estimo su amistad.

Hace días que no tenemos noticias de la Habana ni leemos periódicos,

No sé conformarme con esta vida de inacción. Me parece que es tiempo que estoy robando a mis deberes, pero no tengo yo la culpa, es de los necios del Gobierno. No se lo perdonaré nunca!

Hoy se ha separado de nosotros Portuondo, va hacia Mala Noche. Con Portuondo se han ido el Capitán Cuspier, el abogado Hevia, el Dr. Vieta, [ ]y otros expedicionarios suyos.

Van al Gobierno. ¿A qué? Puede que el Mayor Gómez les haga variar de rumbo.

---

3 Julio

Temprano ha pasado Padró que va hacia donde se encuentra el General Gómez, porque el General José Maceo le ha escrito que lo vea para que le explique su situación ahora que ya se anuncia otra expedición cerca de Baracoa. También le indica a Padró la necesidad de que yo vaya a ocupar mi puesto en Baracoa, cosa más urgente ahora que nunca, por las expediciones.

Quería yo seguir con Padró, pero Serafín me dice que pasado mañana estaremos de marcha y por lo tanto no tengo que apurarme porque nos hemos de juntar con Padró antes que éste llegue a donde está el Mayor Gómez. Seguiré, pues, con Serafín.

Mando ahora a Regueira a encontrarse con Arias en Cauto y a que me traiga mis encargos y los del General Sánchez.

Holguín, Vega de Pestán.

4 Julio

Ayer no pude apenas escribirte. El calor por una y un trabajo ingratísimo que he emprendido, cual es dictar a Pinto la relación detallada de todos mis disgustos en el Gobierno y de los motivos de protesta que me han hecho pasar días tan tristes en el Gobierno, todo junto me produjo una fiebre que me hizo hundirme en la hamaca, pues fué tan alta que no podía tenerme de pie.

Las dos de la tarde serían cuando dejé el trabajo y tomé un poco de antipirina. Cuando tiritaba de frío —a pesar del calor—, mandó Rabí a avisarle a Serafín que tenía noticias de que el enemigo estaba cerca. Poca importancia dí a la noticia cuando me aclararon

que los españoles estaban a 4 leguas. Una hora después me levanté mientras tanto se ensillaron los caballos y todo el mundo se puso en espera. Me fuí hasta la tienda de Serafín y allí me dijo el mismo Rabí que había mandado fuerzas a tirotear al *atrevido* que osaba molestarnos, y me dí a pensar en lo inoportunos que son los soldados españoles: sentía yo que pudieran venir, aunque de seguro que esa hubiera sido para mí la mejor medicina. Toda la tarde la pasé mal; el dolor de cabeza no me dejó ni un momento. Por la noche, tomé quinina y me envolví en la frazada, pero como mi tienda es estrecha y vieja, y llovió bastante me mojé de lo lindo; pero dormí y desperté hoy bien, y sin acordarme de los soldados, —supe por Serafín que no había tales soldados—, que todo se redujo a que unos hombres armados de una comisión de ganado del General José habían tiroteado a una guerrilla española.

Llegó el General Calixto García y acampó cerca de nosotros. Serafín y Carlos Manuel que desde ayer está en el mismo campamento, fueron a saludarlo. Yo también quise verlo por si había recibido alguna comunicación del General Gómez o del Gobierno para mí. Nada me trajo y nada tampoco pudo aclararme sobre mis empeños y mis deseos de salir de esta insostenible situación.

Cuando llegué al campamento del General García, con Lecito que me quiso acompañar como práctico, hablaba con Serafín y Carlos Manuel de sus campañas y de las fatigas que le imponían sus deberes como Jefe de Oriente, y luego, hablando del General José, dijo que él que conocía el carácter de José que no se había dejado imponer por nadie ni había doblado nunca su voluntad ni ante su hermano, —no podía creer que en la desgraciada empresa del sitio de Sagua de Tánamo, se dejara manejar por Roloff que no es capaz de mandar ni a un asistente. El, José —decía— me lo ha asegurado, pero yo no lo creo. Puede Ud. creerlo le replique yo, y ese ha sido uno de los actos más patrióticos de la vida política de este hombre. A pesar de su voluntad de hierro comprendió que lo que se quería era buscarle un conflicto y él supo sufrir y los sabios del Gobierno que contaban con que habían de ser rechazados y entonces por insubordinación podían deponerlo, quedaron burlados.

Pasamos algunos momentos en la tienda del General, y luego nos volvimos Serafín, Carlos Manuel y yo.

Con Calixto viene Mario Menocal como Jefe de Estado Mayor. Me dijo al verme:

—Compañero, mi renuncia de Subsecretario de la Guerra fué aceptada antes que la hiciera, y me contó lo que ya yo sabía; que el Gobierno le pidió la renuncia para dar colocación al Manduley.

Con Calixto vienen otros amigos y compañeros viejos míos.

Ya cuando nos despedíamos de Calixto, supe que Enrique Collazo venía con él: por verlo, volví después que almorcé. Me dió gusto estrechar su mano, me parecía que estaba cerca de ti. Collazo me traía a la memoria los días que pasamos juntos en West Tampa: me habló de ti, me dijo que tú siempre me querías, pero para verme apurado usó una broma que me hizo sufrir un momento, me dijo:

Ella lo quiere a Ud., pero como ya por allá se sabe que Ud. se ha casado en Baracoa, puede que ella se aburra de quererlo.

—¿Cómo? dije, ¿quién se atreve a ofenderme con tal falsedad?

Se echó a reir y me calmó, pero ya yo le había suplicado que cuando le escribiera a su esposa le suplicara en mi nombre que tratara de aclarar este punto.

Ni en broma me gusta que nadie dude de mi fe en tu amor y del culto que para ti tiene mi corazón.

Con Collazo vienen otros más que parece que andan zafándole el cuerpo a Gómez.

Regueira volvió sin haber podido cumplir su comisión.

Y como el río va trayendo agua y es cosa peligrosa la de quedarse del lado allá del río, Serafín ordenó la marcha y como a las 4 y media llegamos a este feudo del célebre Prefecto que para que los españoles no le quemaran la casa le puso en la puerta un papel suplicando clemencia para la habitación solariega: "La casa no tiene la culpa" decía el papel, pero el caso fué que la casa y el papel se quemaron.

Por el camino y casi al llegar encontramos a los tres números que Serafín había mandado a buscar los efectos que teníamos en Mala Noche.

Y supe luego con pena e indignación que Calixto había arrestado por creerlos majases a los números de Serafín, y que al ir Loynaz a reclamarlos y a hablar por ellos, lo arrestó también el General García.

No he leído la carta que sobre esto escribe Loynaz a Serafín, pero estoy con el para protestar de estos abusos de los que son más militares para imponer arrestos que para pelear.

Me dijo Pujals que Loynaz siguió un día con Calixto, pero que al llegar a Talanqueras éste lo llamó, le dió explicaciones, le dijo que él lo estimaba mucho, pero que lo había arrestado porque al hablarle del arresto a los números, lo había hecho en tono muy duro y por disciplina había tenido que arrestarlo, y le indicó que se volviera, porque él le diría al General Sánchez que le había mandado esperarlo en Mala Noche.

Han tocado silencio y apago mi vela.

Un beso, y hasta mañana.

Buena Noche, antes Mala Noche.

5 Julio

Y no pude dormir anoche pensando en ti.

¡El 4 de Julio me trae tantos recuerdos! ¿Te acuerdas de aquella fiesta del Cayo, en donde tanto te hablaban mis labios como mi alma, y mi pobre corazón? Yo no olvido nada de lo que te dije, ni como te seguían mis ojos en el baile y la pena conque te dije adiós aquella noche.

Me parecía que te veía y que tenía en mi mano aquel abanico tuyo que yo rompí...

¡Cómo entristecen y consuelan los recuerdos!

Temprano dejamos el campamento y aquí llegamos después de una marchita bastante rápida. Aquí encontramos como 50 pacíficos recién salidos que andan de huida porque se teme que pueda llegar aquí el enemigo.

Mientras el General Sánchez escogía el lugar en donde hemos de de acampar, me fuí con Lecito a saludar a Loynaz y a su Consuelo. Con gusto abracé al amigo y estreché la mano de su simpática mujercita, que —probablemente—, será.-

---

Tunas, 6 Julio

Río Abajo

Un fuerte aguacero no me dejó seguir escribiendo ayer y...

Curana, 7 Julio

Tampoco ayer pude escribir, pero no fue sólo la lluvia —como el día anterior— lo que me impidió hacerlo; ayer han sido las distintas emociones del día y la imposibilidad material de poderte dedicar ni un momento para dejarte en el papel mis anhelos y mis pensamientos.

No te he podido decir que en Mala Noche —ahora Buena—, nos dió Loynaz un banquete, que no nos molestaron los soldados que, según dijeron, los tiroteaban las fuerzas del Brigadier Rojas y que ayer llegamos *sin novedad* a Río Abajo.

Pero el día de ayer merece párrafo aparte.

Cuando —después de andar como ocho leguas que separan a Mala Noche de Río Abajo— buscaba el General Sánchez lugar en donde acampar, alguien dijo:

¡Viene el General Gómez!

Mandó Serafín a formar la fuerza y yo cambié de cabalgadura; monté mi hermoso caballo blanco; pero, cuando monté, ya Serafín y su Estado Mayor habían ido a encontrar al Mayor Gómez. Los alcancé en el camino y fue para mí, momento de alegría, aquel en que estreché la mano del noble anciano y del guerrero invencible.

Al verme me habló con cariño, me dijo que ya sabía de mis luchas, y Serafín le informó que para que el Gobierno no me hiciera llegar hasta él como preso, él había tenido que responder por mí y asegurarles que yo iría con él. La conversación, hasta que llegamos al campamento, fue general: a todos hablaba y para todos tuvo una frase y un cariñoso saludo. Al llegar, a donde estaban formadas las fuerzas, los soldados con vivas al General Gómez: allí estaban Loynaz y Portuondo que se habían quedado atrás: Padró, que estaba acampado cerca de allí se unió a nosotros. En el lugar en donde iba a acampar el general se formó un grupo, y a caballo el General Gómez habló a todos de sus campañas, de la batida que dió hace

poco a los españoles en el Camagüey, de las debilidades y cobardías del General Suárez y de la fé que tenía en la revolución que no podía detenerse en su marcha triunfante ni por el esfuerzo de los españoles ni por los trabajos ruines de los cubanos que por la autonomía sueñan con la paz infamante.

La República, decía Gómez, "puede admitir a todos los cubanos que con sus trabajos políticos se han opuesto y se oponen a la Revolución, y ¿cómo ellos no han de ser admitidos cuando abrimos las puertas hasta para recibir a los españoles que nos combaten? pero yo como revolucionario no puedo admitir en la comunión honrada de hombres libres sino a los que como yo se han sacrificado, han trabajado y ahora luchan por la independencia de la Patria cubana".

Y decía esto porque en la conversación que tenía con todos, los que lo rodeábamos a caballo, se había referido a una hoja impresa pero sin firma que escribieron, según se dicen en la Habana y algunos presentaron al nuevo Cónsul americano Mr. Lee, en la que se le afirma que ya el país no acepta más que la independencia, pero a esta se le buscan inconvenientes para así encontrar en los Estados Unidos una manera de imponer a los cubanos una paz española. Se dice que el trabajo de la exposición que en el escrito se reproduce, es autonomista y que Montoro es el padre de la criatura. No he podido leer la hoja.

Y sobre otras muchas cosas habló el Mayor.

Nunca me ha parecido más venerable y digna su figura: se ha dejado toda la barba que da a su cara más hermosa expresión de talento y de energía, descubriéndose en ella, a pesar de su severa mirada, la grandeza y la finura de sus sentimientos.

Nos despidió cortesmente y cada cual fué a arreglar su tienda; eran ya más de las doce de la mañana.

Tan pronto como arreglaron su pequeña tienda, empezó la audiencia. Serafín y Pujals fueron de los primeros, yo esperé que otros le hablaran para ir con todos mis deseos de saber que había de ser de mí.

Después de almuerzo ya estaba inquieto; Serafín me había dicho —consultándole yo, cual sería la hora o el momento más oportuno de hablarle— que lo hiciera tan pronto como los viera solo.

Todos almorzamos tarde, casi a las 2, pero Portuondo desde antes del almuerzo del Mayor se le sentó al lado y no dejó la palabra ni para escupir: ya eran casi las 4 y el muchacho estaba en cátedra. Padró [que] tenía que hablar al General Gómez, se adelantó, pero

Portuondo siguió a pesar de Padró: yo no pude sufrir más y casi a las 5 me acerqué, saludé al Mayor y me uní a la conversación de mis amigos, pero necesité, en un aparte, decirle a Portuondo que necesitaba hablar con el Mayor, para que después de una posdata de media hora me dejara el asiento que ocupaba al lado de la hamaca del genio de nuestra guerra: una caja de los aparatos eléctricos que trajo Portuondo en su expedición.

Pedí perdón al Mayor por el tiempo que necesitaba para hablarle, pero él me dijo con cariño que me sentara a su lado y que llamaría a Carlos Manuel de Céspedes a quien necesitaba hablar y que estaba dispuesto a oirme con gusto. Ante todo me dijo que estaba satisfecho de mi trabajo en el Gobierno y que mi conducta había sido correcta. Y respecto de mí me dijo que debía ir al Gobierno y pedir mi baja en la Sanidad para así dejar cortesmente a mis antiguos compañeros, que la baja no me quitaba mi título de médico y *al mandar fuerzas como Zayas, podría curar a mis heridos mucho mejor que otros Jefes que lo hacemos sin ser médicos.*

Sus palabras me hicieron gozar: al fín voy a ser militar y a mandar mi Brigada. Estuve a punto de darle un abrazo.

Serafín, Céspedes y Pujals vinieron a los pocos momentos de estar yo hablando de mis anhelos y seguimos hablando de las injusticias del Gobierno con José Maceo, de las que dijo que lo obligaban a tener que luchar con José para evitar una catástrofe política, puesto que no hay Jefe alguno en toda la Revolución que pueda ocupar el lugar que José ocupa en Oriente, ah! si lo hubiera, decía Gómez, ya tendría yo un Jefe más valiente que Antonio que llevar a Occidente y afirmó que él lo llevaría.

De los nombramientos de Carrillo y Mayía y de la Delegación de Cañizares en Las Villas y de las operaciones militares del Gobierno en Sagua de Tánamo, de todo hablamos y en todo estuvo de acuerdo con mis protestas en el Gobierno.

Yo he llegado, nos dijo, y les he demostrado sus errores y le he negado al Marqués que yo lo hubiera autorizado a hacer una nueva Ley de Organización Militar; ellos han tenido que bajar la cabeza ante la verdad de mis argumentos. Pero han sufrido una equivocación conmigo: por mi historia en Occidente, sin duda creyeron que yo había de venir espada en mano para acabar con todos, y me han visto más humilde y más respetuoso, pero a la vez más firme en mis deseos que se cumpla al pie de la letra la Constitución y sea el Gobierno y sus miembros respetados por la corrección de sus actos y no despreciado y ridiculizado por sus pequeñeces. Así Ud. Valdés

Domínguez, debe ir muy cortesmente sin recordar lo pasado pero a hacer constar que me ha visto, que está conmigo en ideas y que sabe que José Maceo que es como cubano uno de los más patriotas y de los más valientes, cederá a todos mis deseos y obedecerá todas mis órdenes como ha obedecido las que llevó del General Serafín Sánchez; pida su baja de la Sanidad y con ella ya, venga pronto a reunirse conmigo.

Después habló de otras cosas: llegó un viejo que ha sido Prefecto, pero que a pesar de estar de baja, al saber que él estaba por allí salió sin cuidarse del agua, a sacarle alguna vianda que le traía, tiritaba el pobre viejo y Gómez lo trató con cariño y llamó a su cocinera y le dijo:

—Hágale una buena taza de café a este hombre.

Le indicó Serafín que entre los desertores que había encontrado en aquel punto al cuidado de un Jefe, había un teniente coronel y otros oficiales más. El teniente coronel, que estaba por allí, vino a presentarse al Mayor. Quisiera poder recordar todas las palabras elocuentísimas del gran patriota Máximo Gómez. Cuando empezó a hablar, su rostro antes dulce y cariñoso, se animó como movido por eléctrico impulso y dio principio a la patriótica y enérgica acusación: se dirigía al desertor y le señalaba sus deberes allá al lado de los que pelean en Occidente en las filas vencedoras del General Antonio Maceo. Dijo el teniente coronel que había vuelto porque estaba enfermo y sus palabras excitaron su elocuente peroración; —por la lluvia habían bajado la casa de campaña y el Mayor no le veía la cara al acusado, ordenó que levantaran la tienda; quiero que me vea ese hombre, decía, y entonces le dijo que cual era su enfermedad, que para su curación le había permitido hacer una larga marcha para volver a Oriente a curarse en su patio. El deber de Ud. era morir en su puesto, al lado de sus compañeros y no olvidar su honra y dar la espalda a la gloria de caer como valiente: yo no quiero honrar a los desertores formándoles Consejo de Guerra, para mí los desertores no son militares ni merecen el juicio de la Ley, ya están condenados por mi conciencia como General en Jefe y como hombre honrado, y como militar que no sabe volver la espalda a los peligros; no merecen los desertores que se les aplique penas de nuestro Código, y yo en nombre del ejército cubano los degrado para siempre con mi perdón.

Tanto a éste como a los otros los mandó incorporarse a su fuerza para ir con ellos a pelear.

Ningún orador podía ganarlo en elocuencia y vehemencia de tribuno.

Contentísimo me separé del Mayor casi de noche. Me felicitaron mis leales Pinto y Escobar y Loynaz y otros buenos amigos, y mi alma tan cansada de sufrir me hizo soñar ya con mis días de gloria.

Guardaré las palabras de Gómez y su ofrecimiento y el deseo de que vuelva pronto a su lado para que ocupe el puesto que me guarda el General José Maceo, como uno de mis más hermosos laureles.

Y como todos son tuyos, vidita mía, aquí te queda este que va a ti con mi deseo de ser cada día más digno de tu amor, más merecedor de tu cariño!

Con el General Gómez vienen antiguos compañeros de expedición. El Brigadier Castillo es uno de ellos, Santiago Tejedor, Ayudante de Gómez que ha sufrido ya dos balazos y es Comandante por méritos de guerra, Alfredo Pié, ayudante de Castillo, y otros. Con gusto vi a estos amigos que por sus méritos y patriotismo han conseguido puesto honroso en nuestro ejército libertador.

Mi rancho —como siempre— estaba animado por la visita de mis cariñosos amigos: entre muchos estaba Tejedor que hablaba de las noblezas y valentías del General Gómez.

Para recordar su valor me contaba que en un combate en Matanzas, lo hirieron a las dos de la tarde en una pierna, y nada dijo para no desconcertar a sus soldados; después del combate hizo una larga marcha y a las diez de la noche cuando el asistente le quitó la polaina y vió la bota empapada de sangre, confesó su herida y vino el médico a curarlo.

En la misma pierna de la úlcera antigua ha sufrido dos balazos en esta guerra y no desmaya ni se envejece el noble anciano.

Un día, agregaba Tejedor, —uno de esos días de frío y de agua del invierno pasado—, llegamos después de una larga marcha a una casita en donde vivían algunas mujeres cubanas; por la lluvia y el frío suplicó —como es su costumbre— a la familia que le permitieran acampar en la casa, la dueña le dijo que no se lo consentía porque se exponía a que los españoles le quemaran la casa si pasaban por allí: no replicó nada Gómez y dijo: como el campo es de los insurrectos, acamparé en el patio que se abre al monte y allí, a pesar del agua y del frío, puso su pequeña tienda el pobre viejo. No sabían aquellas egoístas mujeres que el que les había pedido asilo era el General Gómez y cuando lo supieron fueron a suplicarle que

fuera a la casa: no aceptó él entonces la invitación: todo cubano —les dijo— tiene por ser defensor de la libertad de la Patria, tanto derecho como yo al cariño y a la consideración de los cubanos. Uds. no son cubanas, y al irme de aquí yo dejaré un papel al Prefecto en el que le diré bajo mi firma, que no permita que ningún cubano se acerque a aquella casa, porque los que en ella viven son españoles. Las mujeres le llevaron café y lloraron a su lado pidiéndole perdón y el guerrero con su entereza les dio la más dura y provechosa lección.

Al toque de diana nos levantamos todos: yo más contento que nunca: las palabras de Gómez fueron mi cuelga. No creí pasar tan contento el día de mi santo. Hoy he cumplido 43 años; sino hubiera visto a Gómez me sentiría hoy viejo, pero lo vi y borré todas mis angustias con sólo unas palabras. Estoy joven de alma y mi corazón que es tuyo, empieza ahora a vivir y a sentir la felicidad que es la verdadera vida.

Saludé al Mayor Gómez. Sabía que Serafín y Céspedes tenían que cumplir una comisión del Mayor en las Tunas, y Portuondo, Padró y yo seguíamos para el Gobierno; pero que como el rumbo nuestro era el mismo de Serafín, haríamos juntos la primera marcha y luego seguiríamos y también que el Mayor Gómez se iba para encontrarse con Calixto y que con él marchaba también Pujals.

No me ocupé de la manera en que se estaban colocando las fuerzas después del toque de formación, y cuando el pito del Mayor ordenó "a caballo" monté y cual fue mi asombro al ver las fuerzas en tres columnas cubriendo un cuadrilongo que se abría ante nosotros, al toque de corneta se adelantó el Mayor y todos lo seguimos, la corneta tocó orden y atención, todos ocuparon sus puestos y después de ordenar con voz segura la formación desenvainando su espada, se levantó el noble guerrero sobre sus estribos y con voz segura, con entereza y claridad, saludó a Portuondo como cubano que había sabido cumplir con uno de los deberes que enaltecen y que hacen a los hombres dignos del cariño de todos sus compatriotas y presentó a las fuerzas a Carlos Manuel de Céspedes como hijo del noble mártir de San Lorenzo; Portuondo y Céspedes hablaron también para dar gracias por las palabras del Mayor y cuando todos vitoreaban a la República, a Gómez, a los oradores y a la Revolución, hubo quienes se acordaran de mí y pidieran que hablase.

¿Qué podía yo decir?

Pero era tan hermoso aquel cuadro que no vacilé: me adelanté y dirigiéndome a mis "compañeros" les dije que esta guerra ya tan gloriosa para las armas cubanas no podía perderse porque la alentaban dos grandes potencias y dos grandes y eternos principios, los que justifican la razón de nuestra guerra para siempre explicada en la propaganda inolvidable y en la obra inmortal del héroe de Dos Ríos y por la justicia que ha puesto la espada de la honra en la diestra de Gómez, esto o cosa parecida dije y terminé saludando la bandera de la Revolución en la que se leen ya dos nombres como símbolos de victoria: "el de Martí, el mártir; y el de Gómez, el libertador"— Todos mis amigos me felicitaron por mis palabras y entre todas las demostraciones de afecto que no sé agradecer bastante, recuerdo las de Tirado:

—Gracias en nombre del muerto.-

Después nos despedimos y seguimos los que bajamos juntos hasta aquí a donde acampamos hoy como a la una de la tarde: el potrero es bueno, pero anda escaso en *víveres.*

Ya tengo el práctico y creo que mañana si no se les antoja otra cosa a mis compañeros, seguiremos hasta Camalote, pues Serafín y Céspedes tienen que demorarse por aquí para cumplir el encargo del Mayor Gómez quitar al Teniente Gobernador, el General Varona, y en lugar de éste poner a otro joven que pueda desempeñar bien el puesto y secundar la obra de Molita en el Camagüey, que como yo ya me figuraba, no es sino la obra de Gómez.

El Mayor le explicó bien su plan a Céspedes en mi presencia: es preciso, le dijo, que la autoridad civil obre de perfecto acuerdo con la militar, para que así pueda contar aquella con el apoyo de esta y ésta el auxilio de aquella para la alimentación de las fuerzas, para la custodia de los hospitales y sobre todo para que estando armados y por lo tanto de acuerdo con el elemento militar en cada prefectura, haya una pequeña guerrilla que no deje tranquilas a las fuerzas españolas que se atrevan a salir para que cuando una columna llegue al punto a donde dirija el ataque, ya lleve en la impedimenta muchos heridos y sea la guerra una verdadera guerra de persecución sin tregua: para esto necesita Gómez hombres, porque no a todos los Pre-

fectos se les puede dar armas, porque no todos pelean ni todos saben comprender lo grande de este plan y —sobre todo— en Oriente.

Solito en mi casa de campaña acaba el día de mi santo y pensando en ti te besa y no te olvida, tu

Fermín.

* *
*

Con esta publicación se cumple un propósito informado a través de las páginas del periódico YARA, Habana, sábado 4 de febrero de 1899 y que dice: "DIARIO DE SOLDADO. Pronto aparecerá el primer tomo del interesante libro que con este título ya tiene en prensa el Coronel Fermín Valdés Domínguez. Los que saben cuánto ha hecho en el campo el cubano sin tacha y el militar valeroso ya esperan ansiosos este libro que será sin duda tan popular como EL 27 DE NOVIEMBRE DE 1871 *agotado ya a pesar de haberse hecho cinco ediciones".*

Dicho propósito no pudo realizarse por diversas circunstancias, no ajenas, probablemente, a los intereses que ya medraban desde el gobierno interventor y acentuados en la república enajenada por la política de entreguismo.

A los 73 años de haberse anunciado la edición del primer tomo del DIARIO DE SOLDADO *tenemos la satisfacción de ver plasmada en realidad tan legítima aspiración de su autor. El Centro de Información Científica y Técnica de la Universidad de la Habana agradece la colaboración prestada por todos los compañeros que han hecho posible esta publicación.*

IMPRESORA UNIVERSITARIA "ANDRE VOISIN"

Valdés Domínguez, Fermín.
Diario de soldado. -

